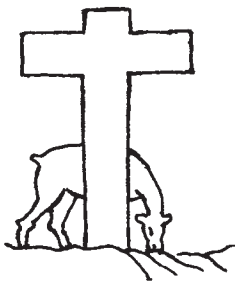


Vida Sobrenatural

REVISTA BIMESTRAL
Año LXXXV. Volumen CV
Enero-Diciembre, 2005
Números 637-642



SICUT CERVUS AD FONTES

SALAMANCA

VIDA SOBRENATURAL
REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Fundada en 1921 por el Siervo de Dios P. Fray Juan González Arintero, O.P.

Director: *Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*

Secretario: *Fray José Ramón Enjamio, O.P.*

Administrador: *Fray Luis Rodríguez, O.P.*

Promotor de la causa del P. Arintero: *Manuel Ángel Martínez, O.P.*

Vocal: *Fray Juan Miguel Domínguez, O.P.*

Apartado 17

37080 SALAMANCA

Teléfono 923 21 50 00. Fax 923 26 54 80

Imprimi potest: Fray Manuel F. Santos Sánchez, O.P.
Prior Provincial

**DONATIVOS PARA EL SOSTENIMIENTO
DE LA REVISTA EN 2005**

España	16 Euros
Europa comunitaria . . .	26 Euros
Otros países	30 Euros
Número suelto	4 Euros

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

Fray Luis de Granada, predicador de la vida cristiana

Queremos dedicar la primera parte de este número de *Vida Sobrenatural* a recordar a uno de los personajes más importantes de la escuela española de espiritualidad de nuestro siglo de oro.

Luis de Sarriá nació en Granada en 1504, en un hogar humilde. Siendo niño quedó huérfano de padre y su madre tuvo que ponerse a pedir limosna en la puerta de un convento; así lo declara el mismo fray Luis en una carta dirigida a san Carlos Borromeo. A los ocho años sirvió de paje a los hijos del conde de Tendilla; con ellos se inició en las humanidades.

A los 20 años tomó el hábito dominicano en el convento de Santa Cruz la Real de Granada. De 1529 a 1533 reside como estudiante en el prestigioso colegio dominicano de San Gregorio de Valladolid. Allí se familiarizó con las obras de los autores clásicos. Más tarde, al escribir sus libros, citará con gusto a los filósofos antiguos e incluso hará resúmenes de sus sentencias morales. Pero mayor fue la influencia de los autores de la antigüedad cristiana, en especial de los Padres del desierto.

Acabada su formación regresa a Granada y comienza su ministerio pastoral. Se ofreció voluntario para ir de misionero a Nueva España (México), pero su Provincial se opuso a ese proyecto. En 1534 fue enviado a Córdova, donde restauró el convento dominicano de Santo Domingo de Escalaceli, cuna de la reforma de su Orden en España; allí promovió la devoción popular a san Álvaro de Cordova, fundador de dicho convento. Pronto se convirtió en un predicador famoso y muy apreciado por el pueblo. Conoció a san Juan de Ávila; fue su discípulo, amigo entrañable y biógrafo. En Escalaceli experimentó una gran purificación interior e inició algunos de sus tratados importantes.

En 1550 comienza su etapa portuguesa como consejero y predicador del infante don Enrique, el Cardenal, arzobispo de Lisboa. En 1554 publicó en Salamanca el *Libro de la oración y meditación*. En este libro formula un método muy personal de oración dirigido especialmente a la gente sencilla. Fue el libro de cabecera de santa Teresa de Jesús. En 1578 –diez años antes de su muerte– contaba ya con 64 ediciones europeas. Gonzalo de Arriaga en su *Historia del colegio de San Gregorio de Valladolid* dice que «traían los manuales las niñas de cántaro debajo del brazo, las fruterías y verdulerías lo leían cuando vendían y pesaban la mercancía». Por las dificultades que tuvo con la Inquisición se vio obligado a revisarlo y añadirle alguna parte. Para evitar ser sospechoso de *alumbrado*, omitió toda profundización en la oración mística. Fray Luis de Granada buscó ser práctico. Su único objetivo fue arrastrar a todos los cristianos a la perfección evangélica. De este período es también la publicación de la *Guía de pecadores* (Lisboa 1556-1557) y del *Manual de diversas oraciones y espirituales ejercicios* (Lisboa 1557). Éstas son sus tres obras más importantes desde el punto de vista de la espiritualidad.

Estando en Portugal fue elegido Provincial de esta Provincia. Al poco tiempo, en 1559, la reina regente doña Catalina, viuda de Juan III y hermana de Carlos V, le propuso

como arzobispo de Braga; pero rechazó esta propuesta porque quería dedicar todo su tiempo y energías a la instrucción del pueblo cristiano, mediante la predicación y la publicación de sus libros. En su lugar, él mismo propuso a su hermano de hábito fray Bartolomé de los Mártires, obligándole –como Provincial suyo– a aceptar el cargo. Más tarde, en 1582, san Carlos Borromeo le suplicó al papa Gregorio XIII que escribiera una carta laudatoria y estimulante a fray Luis, por haber hecho tanto bien a la Iglesia con sus libros. Movido por dicha súplica, el papa le escribió un *Berve*, reconociendo sus méritos como servidor de la Iglesia y poniendo de relieve sus muchos libros llenos de doctrina y devoción para el bien espiritual del pueblo cristiano.

Fray Luis murió en Lisboa el 31 de diciembre de 1588. Casi cuatro siglos más tarde, en octubre de 1986, se inició en Lisboa el proceso de canonización.

Francisco Barbado Viejo ha plasmado perfectamente la importancia de su legado en los siguientes términos: «Fray Luis de Granada es de los escritores que más contribuyeron a formar el carácter y el espíritu cristiano del pueblo español. Escribe siempre para el pueblo, poniendo a su alcance, con una claridad y precisión inigualables, las doctrinas más excelsas del cristianismo. Nadie como él supo unir a la elevación de pensamiento, profundidad y seguridad de la doctrina, la amenidad y transparencia de estilo, asequible a todos. Ningún libro fue tan leído y meditado en España como los suyos».

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

Magisterio espiritual de fray Luis de Granada

EL MENSAJE

Lo que fray Luis, predicador y escritor, pretende es enseñar a sus oyentes y lectores la profesión cristiana: en qué consiste, cuáles son sus objetivos o metas, qué obstáculos la traban, cómo se logra.

En cuanto al constitutivo, la respuesta está en el nombre, en la frente: seguir a Cristo, vivir su vida por la gracia y el ahínco. Él vino a este mundo para dar a los hombres vida y enseñarles a vivirla: «Habiendo venido el Hijo de Dios a ser el maestro, el predicador, el capitán y guía de esta vida espiritual, y el espejo y dechado de ella». En esta frase se compendia y dibuja lo peculiar o específico de la profesión cristiana. El objetivo o meta es, por tanto, la vocación común de todos los cristianos a la santidad. Ninguna tesis fue defendida con tan tesonera firmeza por fray Luis como la vocación común de todos los que son cristianos a vivir en plenitud su profesión. Una tesis que, en verdad, rompía monopolios reduccionistas, y que le costó tan amargos tragos, por mor del empecinado y equivocado teólogo Melchor Cano.

Fray Luis sufrió polvo, vergüenza, veda de sus libros. Mas no rindió armas, y menos aún se apeó de la tesis de la vocación, generalizada a todos los estados, a encarnar el vivir cristiano.

Otro de los núcleos de ese mensaje del escritor espiritual es la concepción de la Iglesia como misterio sacramental, como realidad sobrenatural santa, irradiando luz y fuerza

santificadoras en las estructuras de la sociedad humana. Fray Luis es hijo sumiso y leal de la Iglesia-institución; pero no se aferra a moldes oxidados o puramente externos: va al meollo, al Cuerpo Místico vivo, a la fuente limpia que mana y corre de Cristo, y, a través de ella, a todos los cristianos. Con sentido, pues, trascendente-creyente y con sentido histórico-observador, distingue así los dos elementos constitutivos de la Iglesia: el sobrenatural y el temporal.

En cuanto al primero, ya he indicado que es el primordial. En cuanto al segundo, gusta fray Luis fijarse en dos épocas de contraste: la vigorosa de la Iglesia primitiva o naciente, y la débil y agrietada de «estos miserables tiempos». Quizá sea un tópico, hasta en los epítetos. En todo caso, no se le enturbia, a pesar de las sombras, la mirada: la Iglesia, a pesar de las sístoles de las herejías, se ensancha por nuevos horizontes, que compensan con creces las pérdidas o amputaciones. Fray Luis, providencialista y optimista, sueña con un Nuevo Mundo cristiano. Y es que cree también en la tesis del crecimiento de la Iglesia en santidad: por eso arguye, una y otra vez, alegando que Dios es hoy el mismo que ayer, y que no falta su gracia a su Iglesia, ni faltan santos en todos los géneros o estados de vida. Lo que hay que hacer es vivir con autenticidad la profesión cristiana. El predicador levanta la voz, fustiga el vicio, llama a examen de conciencia, a penitencia; es nube que riega con agua del cielo las almas para que produzcan frutos de santidad.

PEDAGOGÍA DE LA VIDA CRISTIANA

Fray Luis escritor es el predicador de siempre, enamorado de su oficio, servidor y sembrador de la palabra evangélica, amigo del cristiano, ora sea pecador, ora simplemente tibio. Con el hombre de carne y hueso, con el hombre redimido, con el hombre de cualquier clase social

entabla un diálogo caliente, cordial, y se brinda como maestro y como guía para enseñarle el largo y aparentemente áspero camino de la santidad cristiana. «Hay más miel en el camino de Cristo de la que el mundo piensa», exclama, incitante.

Tema, pues, central de su magisterio de escritor es la vida cristiana. No es un tema nuevo, ni pretende enseñar exquisiteces para paladares finos. Es maestro predicador popular. Es simple y ahincadamente un guía, un pedagogo de la profesión cristiana, vivida en plenitud, en tensión de responsabilidad y de altura.

Si quisiéramos escoger un par de páginas, en las que fray Luis explique abreviadamente su lección espiritual, sin titubear elegiríamos el soliloquio, que acaba siempre por ser un coloquio, con que empieza el *Memorial de la vida cristiana*, un libro tan socrático, tan sereno y estimulante, tan transparente:

«Así como fueron diversos los gustos y los juicios de los autores que escribieron, cristiano lector, así fueron diversas las materias y argumentos que trataron. Porque unos hubo que, aficionados a la hermosura de la elocuencia, procuraron criar un orador perfecto, tomándolo desde la cuna y llevándolo por todos los pasos y escalones de esta facultad hasta ponerlo en la cumbre de ella. Otros procuraron formar de esta misma manera un príncipe acabado. Otros un gran capitán, otros un cortesano: y así cada uno procuró esclarecer y levantar con su pluma aquello que en más precio tenía.

Puesto cierto que entre todas las cosas humanas ninguna hay de más precio, ni más divina, que un perfecto cristiano: el cual así como se ordena para un fin sobrenatural, así también la vida que vive es sobrenatural, por lo cual es llamado de los santos hombre celestial, o ángel terreno.

Pues si las otras facultades –que son tanto menores que ésta cuanto su fin es menor– tuvieron autores que con tanta diligencia enseñaron todo lo que para cumplimiento de ellas se requería desde el primer principio hasta el último fin,

¿cuánto más debida cosa será no faltar esto mismo en esta profesión celestial, que cuanto es más alta que las otras tanto es más dificultosa de acertar, y tanto más necesidad tiene de ser enseñada?

Pues esto es, cristiano lector, lo que muchos años ha tengo deseado: ver algún particular libro que tratase de formar un perfecto cristiano, y que fuese una suma de todo lo que pertenece a la profesión de esta vida celestial. Porque así como los buenos oficiales procuran tener los instrumentos que pertenecen a su oficio, y los que estudian algún arte o ciencia trabajan por tener algún libro en que esté recopilado todo lo que pertenece a aquella ciencia para tener en un solo lugar más recogida la memoria, así también parece que convenía hacer esto mismo en ésta, que es arte de las artes y ciencia de las ciencias. Y habiendo este recaudo, hallarían fácilmente los que de veras desean servir a Dios doctrina y luz para su vida; y los confesores y predicadores celosos del bien común tendrían adonde sin mucha cosa pudiesen remitir a sus oyentes para saber lo que cumple a su profesión».

Claridad de miras, río ancho de propósitos, altura de meta, servicio al bien común, un pie tras otro, sin dejar nada atrás. La pretensión es así de generosa, así de ambiciosa: «formar un perfecto cristiano, llevándolo por todos los pasos y ejercicios de esta vida, desde el principio de su conversión hasta el fin de la perfección».

Duro quehacer, la mirada en la cumbre, las manos en la tosca madera humana: «Y para esto hago cuenta que lo tomo entre las manos así tosco y rudo como quien lo corta de un monte con sus ramas y con su corteza y comienzo a labrar en él poco a poco hasta llevarlo a su debida perfección».

Está, pues, alta y clara la meta, está trazado el diseño o «curso de toda la vida cristiana», está radiante «esta filosofía celestial», que es arte de las artes y ciencia de las ciencias. El premio del escritor no es otro que el premio que

espera el predicador de su esfuerzo: «ningún trabajo corporal» iguala la satisfacción del «menor provecho espiritual» del prójimo.

En estos pasajes, fúlgido núcleo de condensación del proyecto temático y de las íntimas intenciones de fray Luis escritor, no es, efectivamente, difícil adivinar al predicador. Y, además, las instancias que predominan en su faena.

Ante todo, quiere dar al lector «doctrina y luz» para realizar su profesión cristiana, que es una profesión humano-celeste, es decir, de santidad, de perfección. A su juicio, la suprema profesión del hombre es la de ser un perfecto cristiano: «entre todas las cosas humanas, ninguna hay de más precio, ni más divina, que un perfecto cristiano». Ser perfecto cristiano es vocación universal de todos los cristianos, no privilegio, y menos monopolio, de unos cuantos. Fray Luis ha diseñado con tan primorosa y luminosa clarividencia su proyecto abarcador («bien veo yo que para esto no faltan hoy día libros de muy sana y católica doctrina, mas por la mayor parte todos ellos prosiguen un intento particular») de modo que pretende ser, a la par, pedagogo, es decir, propinar a sus lectores una suma o andadera de «poco espacio y poca costa», un memorial pequeño, cómodo y nutritivo: «porque él te podrá servir de predicador que te exhorte a bien vivir, y de confesional que te declara cómo te has de confesar, y de aparejo para cuando hayas de comulgar, y de devocionario en que puedas rezar, y de materia copiosa para meditar».

El mérito, pues de fray Luis escritor estriba, a todas luces, en ser tan universal, que trata de todo lo que interesa a todos los cristianos, tanto principiantes como más aventajados.

ÁLVARO HUERGA TERUELO, O.P.
Granada

Fray Luis de Granada, asceta y místico

El Cardenal Pedro de Berulle en el que tanto influyó fray Luis, lo considera como *el gran maestro de la vida ascética*. Donoso Cortés lo califica como *el primer asceta del mundo*. *El más popular escritor ascético de la Iglesia española*, lo llama Paulino Álvarez.

Razones más que suficientes hay para todas estas afirmaciones. Fray Luis fue un gran asceta y escribió como nadie de ascética. El mismo la practicó mediante la sobriedad, los ayunos, el estudio, las disciplinas..., a lo cual habría que añadir los sufrimientos físicos derivados de las enfermedades casi habituales y los padecimientos y preocupaciones morales –también frecuentes– derivados de sus cargos.

Pero junto a estas expresiones sobre el Luis ascético tenemos otras, muchas, que lo consideran y defienden como *un gran místico*. Y así, entre otros, Arintero, el cual citando una página de Fray Luis en la que enseña que «la oración es pascua del ánima, deleite y abrazo con Dios, beso de paz entre el esposo y la esposa, sábado espiritual, reposo de los que triunfan, regalo de los justos, puerta real para entrar en el corazón de Dios, primicias de la gloria venidera, maná que contiene en sí toda suavidad», dice: «casi todo esto, como es evidente, pertenece de lleno a la oración que llaman *sobrenatural* o *infusa*, o sea, a la *mística contemplación*». Menéndez Pidal lo considera como el maestro de todos los escritores de literatura religiosa mística: «El fervoroso ímpetu que el Concilio de Trento imprimió al pensamiento católico produjo entre nosotros la gran

literatura mística de cuatro generaciones, representadas por Fray Luis de Granada, maestro de todos; por santa Teresa, fray Luis de León– San Juan de la Cruz...».

Álvaro Huerga, o.p., hoy por hoy el mejor especialista de Fray Luis, respondiendo a la pregunta *¿Fray Luis asceta o místico?*, dice: «Decididamente la disyunción no nos agrada porque falsea la realidad desde sus fundamentos. Pero si tuviésemos que responder, diríamos que Fray Luis es un místico finalizante que postula una ascética de mediación». Es decir, que toma a un cristiano desde sus comienzos y por medio de la ascética lo va elevando hasta llegar a las cumbres de la mística. La razón que dan algunos para que la ascética aparezca con más relevancia en los escritos de Fray Luis es porque iban dirigidos a todos, principalmente al pueblo sencillo. No cabe, pues, esperar una mística expresa como la contenida en los escritos teresianos o sanjuanistas, que se dirigían principalmente a religiosos. Pero no hay que equivocarse. Para Granada lo ascético y lo místico son dos caras de la misma moneda. Para él no tiene sentido hablar de una vía ascética en contraposición a una vía mística. El pensamiento granadino es de meridiana claridad. Para que haya mística prepara la ascética el camino; pero no es menos cierto que, sin la mística, la ascética carecerá de alas para elevarse y nunca podrá dejar de arrastrarse sobre la tierra.

Fray Luis fue un verdadero místico por la presencia palpable, habitual y actuante de *los dones del Espíritu Santo*, pues *en realidad lo que constituye el estado místico es el predominio de los dones*. Fue un alma plena de la presencia del Espíritu. No se explica ese trabajo ingente de sus reflexiones y escritos, la connaturalidad y familiaridad con que trata los misterios de Dios, de la Virgen y de los santos y demás verdades, sin tener la *experiencia* y el sentido de Dios, propio del *don de sabiduría*.

Y tampoco habría sondeado hasta las profundidades de Dios, penetrado, cuasi intuido en la entraña de sus perfec-

ciones y escrutado los abismos de la Trinidad, sin esa chispa que le capacita para –al mismo tiempo– abrir el corazón a la gozosa percepción del designio amoroso de Dios, sin el *don de entendimiento*.

Por el *don de ciencia* conoció que las cosas creadas son huella, vestigios, reflejos, luminares del creador. ¿Quien como Fray Luis cantó de manera tan bella la grandeza de Dios revelada en las cosas tanto grandes como pequeñas? Pero ¿quién mostró mejor la relatividad de las mismas? Guiado por este don vivió al mismo tiempo el desasimiento y desprendimiento para alcanzar a su autor: Dios. Ilustrado por ese don conoció la situación de los hermanos, y se puso a la escucha de los gritos de los que Dios había puesto en su camino y a afligirse por ellos, a derramar lágrimas por los pecadores –como santo Domingo– e impulsado por la compasión a movilizar los medios materiales y espirituales para remediarlos.

A su vez, no se puede comprender aquel modo de vida, el trabajo asiduo, la serenidad en medio de los grandes dolores físicos y morales, verdadero martirio, sin el *don de fortaleza*. Fue fidelísimo a las cosas pequeñas, pero afrontó con grandeza de espíritu obras grandes tanto unas cosas como otras, con constancia y perseverancia.

Su vida de oración conventual, así como privada, por nada del mundo aminorada sino siempre creciente, el aliento prestado a los grupos oracionistas portugueses, el amplio número de fórmulas de oración diseminadas por todas sus obras, todas llenas de unión y ternura, nos hablan del *don de piedad*. Este don le condujo a extinguir en su corazón el más leve foco de tensión y acritud –que producen amargura, cólera, impaciencia– transformándolos en sentimientos de comprensión y de tolerancia, y le llevó a vivir con esa ternura y mansedumbre que le caracterizaba.

¿A qué se debe aquella delicadeza de conciencia, aquel huir de la más leve ocasión que pudiera ser ofensa para el Señor o para el prójimo –sino a aquel *santo temor* de Dios

que –sin quitarle la confianza que como hijo debe tener con el Padre– se muestra reverencialmente temeroso, pues Él es su Dios y Señor? Por ese mismo don tenía una profunda conciencia de la debilidad humana, pero también una confianza inmensa en la misericordia de Dios.

Tampoco se puede entender la clarividencia en descubrir los senderos de Dios, el trato de las cuestiones referentes al gobierno político, eclesial, congregacional, así como de las personas individuales, sin el *don de consejo* que –como hemos visto– actuó suave pero eficazmente en él en las decisiones que tuvo que tomar en el amplio campo de sus responsabilidades. Por todo esto podemos decir que fray Luis fue un verdadero místico.

HERMINIO DE PAZ CASTAÑO, O.P.

LES ANUNCIAMOS LOS NUEVOS PRECIOS DE LA REVISTA PARA EL AÑO 2005:

ESPAÑA:	16 €
EUROPA COMUNITARIA:	26 €
OTROS PAÍSES:	30 €
Número suelto:	4 €

APROVECHAMOS IGUALMENTE LA OCASIÓN PARA AGRADECERLES SUS APORTACIONES, QUE HACEN POSIBLE EL SOSTENIMIENTO Y LA DIFUSIÓN DE NUESTRA REVISTA

Fray Luis de Granada admirador y cantor de la Naturaleza

Fray Luis de Granada es un apasionado de la naturaleza. Contempla y recrea el paisaje, admirando su belleza y elevándose hasta la más alta sensibilidad espiritual y mística. Su gusto literario, su llaneza en el decir, su fluidez estilística, la capacidad contemplativa, van a encontrar ya desde sus comienzos en el marco incomparable de la Alambra un estímulo y un entorno que permanecerán vivo en su retina a través de su vida y que fray Luis evocará cuando ya anciano, escriba en Lisboa su monumental obra *Introducción al Símbolo de la fe*. Traerá a su memoria recuerdos de su primera juventud y «verá» reflejarse imaginativamente esa página miniada por el Creador, que es Granada.

Fray Luis desde la lejanía del recuerdo, evocará a Granada, su ciudad natal, describiendo con mimo y exquisita sensibilidad «las ricas portadas, los zaquizamíes de marfil, las mesas de arrayán cortadas a tijera» (Obras V, 24); (...) «las violetas moradas, los blancos lirios, las resplandecientes rosas (...), las clavelinas, los claveles, las azucenas y alhelíes, las matas de albahaca» (Obras V, 97); (...) «el laurel el arrayán, el ciprés, los cedros olorosos, los álamos y la yedra que viste de verdura las paredes de los jardines y les sirve de paños de armar» (Obras V, 98).

Y en mirada retrospectiva sobre la lejanía del recuerdo, pero viva en su memoria, describirá el entorno geográfico de la ciudad querida y soñada: «Verás la llanura de los campos tendidos por largos espacios, los montes que se levantan en lo alto con sus collados cubiertos de nieve y la caída

de los ríos que, nacidos de una fuente, corren de Oriente a Occidente, y verás las arboledas que en lo alto de los collados se están meneando y los grandes bosques con sus animales y cantos de aves que en ellos resuenan» (Obras V, 51).

Sin duda hay en estos recuerdos una descripción del entorno granadino, y una evocación de la Alambra, el Generalife, la Sierra y la Vega de Granada. En los textos de fray Luis rezuma la luz embriagadora del paisaje (Obras V, 103).

Fray Luis siente un particular regusto y sosiego espiritual, contemplando las maravillas de las criaturas, al hacer una sabia lectura del libro de la naturaleza: «...todo este mundo es un gran libro escrito con el dedo de Dios, y todas las criaturas son las letras de él, las cuales tienen sus propias significaciones con que predicán la gloria de su Hacedor».

Fray Luis se extasía hablando de la creación y de sus maravillas; se recrea, con sencillez y mimo en la contemplación de la naturaleza, deteniéndose en descripciones detalladas, sublimes, amorosas. Describe con inusitado gozo el cielo, la noche estrellada, el sol que vivifica las plantas, regula los días y las noches, estableciendo las diferentes estaciones.

Con exquisito y refinado espíritu de observación se fija tanto en las faenas del rústico labrador, como está atento al comportamiento de los animales, o describe la belleza de las flores o el crecer de los campos.

Nos habla con candor inimitable de la formación y aparición de las flores en arco iris de colores, de los frutos más variados, del renovar explosivo y exuberante de la naturaleza.

Escribe, con transparencia azulada, sobre la grandeza del mar, del curso de los vientos y nos acerca, con ojos limpios a la contemplación de las islas, joyeles del mar. Habla entusiasmado de la multitud y variedad de los peces que pueblan las aguas; de la hermosura y fertilidad de las tierras;

de la variedad y diversidad de las flores; de los distintos árboles tanto frutales como silvestres; de las especies animales y de su admirable perfección, de su instinto de conservación, de sus medios defensivos y ofensivos, del celo con que cuidan sus crías o de cómo se curan de sus enfermedades.

Sobrecoge el detenido y mimado análisis que hace de sus habilidades del mosquito, de la diligencia de las hormigas, del artificio de las arañas, de la utilidad de las abejas o del gusano de seda...

Fray Luis es un cantor enamorado de la naturaleza. Un recreador literario y místico de la hermosura contemplada y vivida con ternura de niño y veneración de anciano. Y desde la embriaguez del paisaje, se levanta en vuelo de águila, hasta Dios, el Hacedor de todo lo creado. «¿Qué es todo este mundo visible “–exclamará Fray Luis desde el entusiasmo y el asombro–” sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis a los ojos de todas las naciones, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que con él estudiasen todos y conociesen quien vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo, tan hermosas y acabadas, sino como unas letras quebradas e iluminadas, que declaran el primor y la sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadores de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadora de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condenadoras de nuestra ingratitud?» (Obras V, 36).

Fray Luis, cuando escribe, ora y ora contemplando la naturaleza. Y en su oración hay un diálogo interior que resuena y cae como cascada refrescante y limpia a través de su pluma. Su espíritu reposa en la contemplación, y el alma asciende de las cosas a Dios y retorna desde la luz y el agua viva de Dios a la naturaleza, como espejo de su hermosura, derramándose en los hombres, objeto privilegiado del

amor tierno y cercano a Dios. Los escritos de fray Luis, son como dulce miel, por su tono suave y balsámico, por la sonoridad de sus expresiones y por la luminosidad, precisión, variedad y belleza de sus imágenes. La intimidad de su espíritu rezuma ternura desbordante y la expresa en canto enamorado. Fray Luis vive y ama. Todo lo que pasa por su sensibilidad reverdece en primavera florecida. La luz del alba, la flor de los campos, el canto de los pájaros, el murmullo de las fuentes, la sonrisa de un niño... todo, absolutamente todo, es motivo de atención gozosa y entusiasmada en fray Luis. «Por donde –escribirá fray Luis–, claramente se sigue que todo este tan perfecto teatro, poblado de tantas cosas, esclarecido con tantas lumbreras, hermoñado con tanta variedad de cosas, cercado de los grandes y resplandecientes cielos, gobernado con tan ciertas y maravillosas leyes, fue criado sólo para servicio, mantenimiento y uso del hombre y para que le fuese un espejo que mirase al Criador y un libro natural en que leyese su sabiduría, su omnipotencia, su providencia y su bondad».

Fray Luis es el escritor, el poeta, el cantor de la naturaleza y el místico que va más allá del paisaje.

URBANO ALONSO DEL CAMPO, O.P.
Granada

Fray Luis de Granada, predicador y escritor

En su agudo análisis de la sociedad española del siglo XVI, Julio Caro Baroja observa: «Si preguntamos a muchas personas cultas, no sólo de aquí, sino de fuera, qué es lo que dio el siglo XVI como más destacable en el orden espiritual, nos dirán, sin vacilar, que los grandes escritores místicos y ascéticos. Entre los más sobresalientes abrirá la marcha, por edad, fray Luis de Granada (1504-1588), al que seguirán santa Teresa de Jesús (1515-1582), fray Luis de León (1527-1591) y san Juan de la Cruz (1542-1591)».

Fray Luis de Granada figura, pues, en primer lugar de la sumaria lista. Admitiendo ese juicio, que es global y calibrado, cabría puntualizarlo con un par de preguntas más, acompañándolas de una respuesta inmediata:

Fray Luis de Granada es medular y prioritariamente predicador. El ser predicador no obsta, ni resta, ni se opone a ser también escritor: señala simplemente una prioridad. Fray Luis fue, en efecto, un predicador que se prolonga en el escritor; la palabra escrita es, según su gráfica expresión, un «sermón mudo». Mudo no significa muerto, sino eloquio silencioso.

Los libros de fray Luis conservan su voz untuosa, su voz viva y dialogadora; son libros más para escucharlos que para leerlos. Son... sermones.

El oficio de predicador requiere vocación, entrenamiento, duro aprendizaje, amor y gracia. Fray Luis ha observado los caminos de la vida y la variedad de profesiones. Y ha visto –nótese que no escribe: habla, dialoga con el lector– que «unos naturalmente son inclinados a jugar, otros

a cazar, otros a montar, otros a pescar, otros a edificar, otros a hablar y conversar, otros a murmurar, otros a las letras profanas, otros a las armas, otros al regalo y buen tratamiento de sus cuerpos, otros a pompas y vanidades, otros a leer libros de caballería, otros a mudanzas de lugares, otros al vicio de la curiosidad –que es desear ver cosas nuevas y saber las vidas ajenas–; otros son como los atenienses, que en ninguna otra cosa se ocupaban sino en oír nuevas; otros hay muy aprehensivos, los cuales son muy voluntarios(os): y así son muy vehementes en todas las cosas que quieren; y finalmente otros a otros infinitos géneros de cosas: las cuales son tantas cuantas son las condiciones de los hombres que, cuan diferentes son en los rostros, tanto lo son en las condiciones y en los particulares apetitos e inclinaciones que de ellas proceden».

Fray Luis, agudo observador de las aficiones y de los gustos humanos, traza un diseño de una belleza y de una movilidad extraordinaria. Por ninguno de esos rumbos se fue él. Volitiva y vocacionalmente enfiló un camino o profesión clara, o, si queremos, dos: el de la virtud, como el Hércules de la fábula; el del predicador, como el Domingo de Guzmán de la historia.

Opción, pues, fundamental de *sequela Christi* y de *sequela Dominici*: profesión virtuosa o religiosa en la Orden de Santo Domingo, Orden de predicadores.

Por fidelidad a esa vocación y a esa profesión, abrazadas de por vida en plena juventud, su espíritu tuvo una peculiar sensibilidad, favorecida por el ambiente, para proyectarse al servicio o ministerio de la predicación no sólo entre los cristianos viejos, sino también entre los cristianos posibles. O sea, predicar el evangelio a toda criatura. Arraigó y creció en su espíritu el afán de «evangelizar» no a los cumanos lejanos, sino a los cumanos cercanos: a los moros y a los judíos que convivían con los cristianos, pero no compartían con ellos la fe cristiana. El haber nacido y vivido en Granada, y el haber optado aquí por el hábito

de «fraile predicador», explican ese permanente sueño evangelizador; esa apertura a la predicación del evangelio a los no cristianos. Granada era en sus días, y aún muchos años después, un hervidero religioso de cristianos, moros y judíos.

Ese horizonte vital y vocacional tuvo un ensanche o apertura que quiero poner de relieve: Granada se convirtió en 1526, por la presencia de Carlos V y de su Corte, en capital de España, y en sede de una reestructuración de la política indiana, con especial atención al problema de la evangelización del *Novus Orbis*. Para fray Luis, «predicador» en ciernes, fue una excepcional ocasión de vislumbrar un campo futuro de siembra de la palabra de Dios, un campo en el que la mayoría de sus coetáneos no pensaban más que cosechar gloria y riqueza. De hecho, y a no tardar mucho, fray Luis, que parecía destinado a la cátedra, se alistó en una leva de misioneros para Nueva España (México). Fray Domingo de Betanzos, estampa viva del Patriarca Fundador, estuvo a punto de llevárselo. La frustración de ese proyecto, por causas ajenas a su voluntad, no apaga la vocación del predicador, que va a prevalecer sobre la del catedrático: fray Luis seguirá amando y sirviendo y sembrando el evangelio, por un camino paralelo a san Juan de Ávila, precursor y espuela: no por el *Novus Orbis*, sino por Andalucía y Extremadura. Los años floridos de su mocedad y de su madurez, de los 30 a los 50, los pasó como predicador itinerante, adentrándose por el Alentejo luso y anclando en Lisboa, donde ciertamente predicó la cuaresma de 1554. Lisboa, mirador del Atlántico, metrópoli bulliciosa a la que acudían gentes de todos los países, feria de mercaderes, era a la par templo abierto de cristianos, moros y judíos. El paisaje geográfico de Granada ha quedado atrás, el problema espiritual es el mismo.

Subrayemos, cosa que ya notó Azorín, el espíritu tolerante del predicador y del escritor fray Luis. Las raíces de esa tolerancia religiosa hay que buscarlas, creo yo, en su

innata bondad, pero también en una serie de circunstancias que contribuyeron a su actitud respetuosa, a su voluntad de diálogo, a su concepto teológico de la libertad de la fe, lejos de fanatismos abruptos, aunque no lejos de un sano proselitismo. Hay «muchos –advierte–, falsamente celosos de la fe, los cuales tienen creído que no pecan haciendo mal y daño a los que están fuera de ella, ora sean moros, o judíos, o gentiles».

El haber convivido en Granada y en Lisboa con «no cristianos», tal vez el recuerdo, tan vivo en Granada, de fray Hernando de Talavera, y sobre todo su idea de la libertad religiosa nos ponen en la pista para comprender una apertura que, por desgracia, no era común en el siglo XVI.

Fray Luis no traiciona su teología de la fe, ni su servicio al evangelio: dice sí al proselitismo cristiano, también a la libertad religiosa: la fe es libre. Proclamarlo en un tiempo en el que el fanatismo se endureció tanto, es una grata sorpresa. La *Introducción del símbolo de la fe*, la obra culminar y la más grandiosa de fray Luis, es, junto con el *Breve tratado o catecismo*, la predicación escrita de muy largo andar y de muy abierta tolerancia religiosa de fray Luis: un sermón inacabable, convertido a grandes trozos en diálogos apacibles entre un catequista y un catecúmeno.

En resumen: fray Luis, a través del libro se hace escuchar de gentes y en sitios a los que no puede llegar *vivae vocis oraculo*. El libro es, repitámoslo, un «sermón mudo». El sermón oral y el sermón escrito son dos modos de predicar. Fray Luís es siempre... predicador.

ÁLVARO HUERGA TERUELO, O.P.
Granada

Excelencia y actualidad de los escritos de fray Luis de Granada

Fray Luis, escribía Azorín, es de ahora como de hace cuatro siglos. Y no exageraba el gran literato español. Pero no sólo en cuanto al estilo literario, sino también cuanto al contenido de sus obras. Como éste es un tema amplio me limitaré a señalar algunos puntos más relevantes entre los verdaderamente excelentes de la doctrina del granadino.

1. IMPORTANCIA DE LA PALABRA DE DIOS

Dominico por vocación, toda su vida la pasó al servicio de la Palabra de Dios. Para él la predicación es oficio de caridad. Predicó mucho y como muestra de ello están los 17 volúmenes de sermones, tanto de *tempore* como de *sanc-tus*. Pero además quiso despertar el hambre de la palabra de Dios, relatando las excelencias de la misma y sus maravillosos efectos, animando a los predicadores para que realicen esta tarea con alegría y pureza y escribiendo la *Retórica* como manual de todo predicador. La Biblia es el alma de la teología y lo fue en la teología de fray Luis, adelantándose a la Const. *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II.

2. CRISTOCENTRISMO

Para el P. Granada, Jesús es el Dios encarnado, el mensajero del reino, el que pasa por la tierra haciendo el bien, el que murió y resucitó y está con el Padre intercediendo por nosotros. De su pluma sale como caudal suave, canta-

rino y armonioso la exposición más tierna de los misterios de la vida, muerte y resurrección de Jesús, lo mismo que su presencia en los sacramentos. Nada tan bello, como delicado y con tanta unción se ha escrito en nuestro idioma. Quien se acerca con sencillez a la lectura del *Vita Christi* queda cautivado y fascinado, enamorado de Cristo, y en actitud de *seguimiento* del Maestro. Esto es lo que pretendió fray Luis en todos sus lectores, que se sientan atraídos por el Señor y que le sigan.

Hoy que, de nuevo, se vuelve al seguimiento –que ha sonado la hora del seguimiento– y no puede ser de otra manera, lo vivió él en fidelidad renovada, lo enseñó a sus oyentes y nos lo transmitió de modo tan hermoso e inimitable como él acostumbra a hacerlo siempre.

3. VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD

Expone la vocación de todo fiel cristiano a la santidad, de toda clase de personas en sus distintos estados, sin excluir a nadie. Cómo es y cómo se hace un cristiano perfecto y ayudar a conseguirlo, fue tarea fundamental de toda su vida y de su obra. Doctrina que hasta que el Concilio Vaticano II (*Lumen Gentium* 39-42) la respaldó no había obtenido *consenso* común entre los teólogos. Melchor Cano, por ejemplo, escribía: *A fray Luis le podía reprender gravemente... en que pretendió hacer contemplativos y perfectos a todos.*

4. ORACIÓN

Las obras de fray Luis son una escuela abierta de oración, en la que el cristiano aprende a *estar y hablar* con Dios (*Libro de la oración y meditación*). Fray Luis, como dirá Huerga, *democratizó la oración* como medio para llegar a la

cima de la espiritualidad. Hoy, cuando proliferan escuelas de oración de la más variada procedencia, se ensayan diversos métodos, es curioso ver cómo fray Luis, en un ambiente de puritana ortodoxia, irrumpe con sus enseñanzas sobre la oración. Su libro, por antonomasia, lo titula *Libro de la Oración y Meditación*, el manual o vademécum más importante que produjo aquella España del siglo XVI *enamorada de la oración* (Bataillon), aquel país que pensó en Dios con una intensidad y ardor que acaso no se ha dado antes ni después, a juicio del antropólogo y sociólogo Julio Caro Baroja. Esta obra de fray Luis, que fue el libro de cabecera de Santa Teresa, «garza mística», maestra, a su vez de oración, es el libro de aquello que como él mismo dice *debe ser a cada uno familiar*. Comprendió, por excelencia, la trascendencia que tiene la oración y ¡qué bien lo expresó!: «La oración es una pascua del ánima, unos deleites y abrazos con Dios, un beso de paz entre el esposo y la esposa, un sábado espiritual en que Dios huelga con ella y una casa de solaz en el monte Líbano... un espejo limpio en que se ve Dios, y se ve el hombre y se ven todas las cosas» (*Libro de la Oración y Meditación*). A uno se le va el pensamiento en pos de fray Luis y ¡cómo quisiera experimentar las delicias de ese mundo delicioso descrito por él, que constituye la oración! Ese es el camino que tan plenamente descubrió y vivió el granadino, y descubren y viven o intentan vivirlo muchos de nuestros contemporáneos.

5. LA ECOLOGÍA

En este tiempo en que sea por sana admiración, sea por miedo o por defensa de lo *humanum*, se habla tanto de la naturaleza, vemos cómo cuatro siglos antes fray Luis escribe uno de los más bellos tratados del universo mundo. Dotado de una gran sensibilidad y sana percepción, se formó al contacto de los incomparables paisajes de la

Alhambra en la que vivió –como paje de los hijos del conde de Tendilla, alcaide de esa ciudad–, años de adolescente y de mozo antes de vestir la librea dominicana. Es en verdad un sabio de la naturaleza, un cantor del universo entero: del mundo grande, celeste y estrellado, de la tierra, de los animales, de las plantas y de las flores, de lo grande y de lo chico, para lo cual tiene especial complacencia, y simpática y castiza expresión, dedicándole los más cariñosos diminutivos.

Fray Luis se revela como un alma candorosa, transparente, observadora, ingeniosa, lleno de amor por todo lo creado que luego describe con prosa cadenciosa, bella, inigualable. El lector experimenta a través de vocablos tan preciosos y precisos, mucho más que una simple percepción, más que un conocimiento plástico. De lo escrito dirá Salinas: *sale la poesía total, infusa en toda cosa creada por la gracia de Dios, la increíble poesía del mundo, poesía de lo cósmico en todas sus dimensiones, del cielo y de las golondrinas que lo surca, del mar y de los peces que le cruzan* (Guillén).

De verdad que de no haber ya un patrono de la ecología, fray Luis sería, y con toda razón, el más firme candidato.

6. DIÁLOGO ECUMÉNICO

Actual, también hoy, en el diálogo ecuménico, con cristianos, musulmanes y hebreos (*Introducción al Símbolo de la fe*), fray Luis es un modelo de tolerancia en materia religiosa. A nadie se le debe obligar a abrazar la fe católica, aunque llevado de sano proselitismo tiende a mover a los posibles lectores no cristianos a la concesión a la religión de Cristo. Hablando de la expulsión de los judíos y de las calamidades sufridas, escribe:

No fue pequeño azote el que padecieron los que no quisieron recibir nuestra santa fe católica en tiempos de los Reyes

católicos, don Fernando y doña Isabel, cuando por ellos fueron desterrados de España. En el cual destierro pasaron grandes trabajos, así en la navegación para otras nuevas tierras, como en los malos tratamientos que padecieron entre las naciones bárbaras y crueles donde moran, llegando este destierro hasta las partes de Oriente.

Y refiriéndose a la nación que los expulsó hace una valiente y oportuna amonestación: *la caridad cristiana y el celo de la salvación de las ánimas me obliga a avisar a muchos falsamente celosos de la fe, los cuales tienen creído que no pecan haciendo mal y daño a los que están fuera de ella, ora sean moros o judíos o herejes o gentiles. Engáñanse éstos (los celosos) grandemente, porque también éstos (los maltratados) son prójimos como fieles.*

Adelantándose a nuestro tiempo y como constante de su espíritu puso la tolerancia religiosa como piedra angular para el diálogo.

HERMINIO DE PAZ CASTAÑO, O.P.
Granada

EL EQUIPO DE LA REVISTA
VIDA SOBRENATURAL
LES DESEA
UNAS FELICES FIESTAS DE NAVIDAD
Y PRÓSPERO Y VENTUROSO
AÑO NUEVO 2005

El mejor sermón de fray Luis de Granada: su buena muerte

Fray Luis no murió víctima del dolor que le produjo el engaño de la «monja de Lisboa». Fray Luis está tranquilo con la seguridad que rezuma de su último sermón. Ya hacía tiempo que iba diciendo y afrontando el paso definitivo, lejos de las pompas y vanidades del mundo, desde la soledad deseada y buscada, la que como él dirá «la verdadera y perfecta soledad no la hacen los lugares, sino los corazones: solo está quien está con Dios, y solo está quien vive dentro de sí; y solo está quien cortó y despidió de su corazón todas las aficiones del mundo, porque fuera está ya del mundo quien no quiere nada de él, no tiene porqué recibir pena ni gloria de las cosas que no ama, pues donde no hay amor no hay pena, ni cuidado ni alegría ni turbaciones». Fray Luis sabía que el fin de su andadura terrena estaba cercano. Esperaba con gozo a la hermana muerte. Está preparado para el encuentro definitivo con el Señor. Este fue el Padre Granada: el siervo fiel y prudente hasta el fin. Sólo le queda recibir el premio y entrar en el gozo de su Señor. Y así fue. Está finalizando la última etapa de su vida; entrevé la meta. Ha conservado hasta el fin la lucidez de su mente y la fidelidad a su vocación.

Lo que ha sido el objetivo de su celo apostólico, se presenta ahora a su memoria: «El mayor de todos los espacios del mundo (para lo cual sólo el hombre fue criado y para el cual fueron criadas todas las cosas del mundo, y por el cual el mismo Criador y Señor de todo vino al mundo y murió y predicó en el mundo) es la salvación y santificación del hombre». Fray Luis espera esta misericordia del

Señor, él que tantas veces la había practicado y proclamado. Anhela ya el abrazo definitivo con el Padre. La esperanza de su vida es ya dicha cercana. Para fray Luis se acerca la posesión de la Paz definitiva, la Luz sin ocaso, la Vida sin fin.

El padre maestro fray Luis de Granada falleció en el convento de Santo Domingo de Lisboa a las nueve de la noche del día 31 de diciembre de 1588. Tenía ochenta y cuatro años cumplidos.

Fray Juan de las Cuevas, testigo de los últimos momentos de la vida de fray Luis y de su santa muerte, nos ofrece un testimonio insustituible. Sus palabras son claridad gozosa, luz serena, fraternidad hecha proximidad y anhelo, esperanza rendida. Es el testimonio del amigo, del sacerdote y del hermano:

«No se contentó el año de 1588 con todos los males que nos tenía hechos, sino que nos llevó también al buen padre fray Luis de Granada. Murió víspera del año nuevo, a las nueve de la noche, y fue a tener los buenos años en el cielo, donde mudará la cuenta de ellos en eternidad.

El principio de su enfermedad fueron unos vómitos de cólera [=bilis]; y pensando los médicos que procedían de frialdades del estómago, comenzaron a curarle con cosas calientes, y comenzó a tener calentura, de suerte que, yendo en crecimiento, le enflaqueció de manera que habiendo caído malo a los 15 de diciembre, cuando vino a los 30 del mismo (mes) le hallaron los médicos tan flaco, que le mandaron dar luego los sacramentos. Y llegándose a él un padre grave de esta casa, le dijo: «Padre Maestro, sepa vuestra paternidad que los físicos dan poca esperanza de su vida, y dicen que está en mucho peligro». Y el buen viejo entonces levantó las manos a Dios y le dio gracias, y respondió al padre que esto le dijo: «Ningunas nuevas me pudierais dar, padre mío, mejores ni de mayor consuelo que éstas».

Y avisándome de ello su compañero (fray Francisco Oliveira), fui luego a verle y le dije que sería bien recibirlos,

y él dijo que holgaba mucho de ello, y que fuese luego. Y por estar fuera el prior de esta casa (fray Amaro López), pidióme el superior se los administrase yo; y mientras él se reconciliaba (porque había confesado el día antes), fui a traer el Santísimo Sacramento; y después de haber hecho las ceremonias que se habían de hacer según ordinario, llegando a darle el Santísimo Sacramento, le pregunté si creía que aquel Señor que yo tenía en las manos era Jesucristo, hijo de Dios vivo, salvador del mundo. Respondió las palabras que se siguen:

«Creo que está aquí la gloria de Dios, la bienaventuranza de los ángeles, el Redentor del mundo. Yo os doy muchas gracias, Señor, por la merced que me habéis hecho de traerme a este punto. Recibo de vuestra santísima mano la muerte sin resistencia ni contradicción alguna».

Y después de otras devotas palabras, concluyó diciendo: «Venid, venid, Señor, para remedio de mi alma».

Y entonces le di el Santísimo Sacramento; y le pregunté si pedía el santo Sacramento de la Extrema-Unción en caso que lo tuviese [en] necesidad. Respondió que sí, y que se lo trajese luego, porque quería oír todo el oficio y responder a él. Y así le traje luego el santo sacramento de la Extrema-Unción, y dicha la confesión antes de dársele, pidió, como es ordinario, perdón a todos los que estaban presentes de cualquier ofensa que les hubiese hecho o mal ejemplo que les hubiese dado. Y luego le di el santo sacramento, y él lo recibió con mucha devoción, respondiendo a todo lo que se decía.

Acabado el oficio, llamó a todos los novicios y les hizo una plática, en la cual, entre otras cosas que les dijo, les encargó mucho que tuviesen cada día un rato de meditación de la pasión de nuestro Señor, y que cada día hiciesen examen de su conciencia, y que siempre procurasen cerrar la puerta del corazón a todas las cosas del mundo y fuesen muy observantes en su religión; y con esto, besándole los novicios la mano, les dio su bendición.

Fuímonos todos, y él se quedó encomendándose a nuestro Señor, como siempre lo estaba haciendo.

Tornéle yo después a hablar, y le fui siempre visitando algunas veces, diciéndole algunas cosas espirituales, porque él holgaba de ello, que, aunque ya no podía hablar, preguntádoselo yo, por señas me lo daba a entender. Y leyéndole algunos ratos de la pasión de nuestro Señor, le pregunté si lo entendía, y díjome que sí. Y preguntándole si tenía algún dolor grande que le impidiese pensar en Dios, me hizo señas con la mano diciéndome que no.

Y pocas horas antes que muriese pidió que le pusiesen en las andas o féretro para descansar allí.

Y así se fue acabando poco a poco, sin hacer muestras de dolor ni trabajo. Y fue su muerte tan sosegada y dichosa como él la pudiera escoger.

Bien sabe todo el mundo cuán devoto era este buen padre, y particularmente este adviento pasado, porque tenía más oración y ayunaba todos los días; y con ser de ochenta y cuatro años, tomaba muchos días disciplina, según me certifica su compañero. Y esto, juntamente con la pena que recibió de las cosas de María de la Visitación, tengo entendido que fue mucha parte para acabarle.

Llóranle en esta ciudad muchos pobres y personas necesitadas, a quienes hacía limosna de cantidad de dineros que personas principales fiaban de él para que los repartiese. Y a mi parecer, le debemos llorar todos, pues nos falta un hombre que tanto nos ayudaba con su doctrina y ejemplo para el camino del cielo. Yo le lloro por esta razón y por la soledad que me hace. Pero consuélame mucho el haber visto el discurso de su enfermedad y muerte, en que he echado de ver cuán bueno y fiel es Dios para con los suyos, y cómo no sabe desamparar en la muerte a los que con verdad le han servido en vida.

Como yo le había dado los sacramentos, pidióme el padre prior que hiciese todo el oficio del entierro, y así se hizo la recomendación del ánima, y le llevamos a la iglesia

aquella noche que murió, donde por la mañana, como se supo su muerte, comenzó a concurrir gente a verle, porque estaba el rostro descubierto, y verdaderamente hacía devoción mirarle: porque estaba de mejor semblante y parecer que cuando estaba vivo.

Hízose el entierro a las cuatro de la tarde el día de año nuevo, y moviése toda la ciudad, y concurrió tanta gente que apenas nos le dejaban enterrar. Y fue tanta la devoción del pueblo, que se ahogaban por llegar a verle y besar la ropa y tocar rosarios en su rostro. Y cuando le llevábamos a la sepultura, le fueron cortando la capa y los hábitos para reliquias, de suerte que cuasi le echaron desnudo en la sepultura, y si no le defendieran los religiosos, no le quedara hilo de ropa: hasta un diente solo que tenía en vida, se lo quitaron en muerte.

Hízose el entierro con mucha solemnidad y devoción y concurso del pueblo y de las religiones. Diósele sepultura particular y honrada, como se debía a tal persona.

Luego el día siguiente hubo misa y sermón, de gran solemnidad y concurso de gente.

Fue cosa de consideración acertar a hacer su entierro día de año nuevo y primer domingo de mes, donde se hacen en esta casa dos fiestas muy señaladas: la una, del nombre de Jesús, que se celebra con mucha solemnidad, aderezando la iglesia muy ricamente, y con música de instrumentos y voces; y la otra solemnidad es de la procesión del rosario de nuestra Señora, que también se hace muy solemnemente, de manera que estaba su cuerpo en el coro (que es la capilla mayor) y tratábamos de su entierro, y estaba el coro y la iglesia muy bien aderezada y se celebraba su sepultura con música y regocijos. Y así parece que, con ser la muerte de este dichoso padre uno de los mayores trabajos que agora nos pudiera venir por la falta que nos hace, parece que por otra parte ha sido un linaje de alivio y consuelo por los trabajos de estos días pasados: porque con la santidad tan venerada y fundada de este buen padre se ha

remediado algo de la fingida y mentirosa de María de la Visitación, y dejan los hombres de hablar ya de ella con lo mucho que tienen que hablar de las grandes virtudes del padre fray Luis de Granada».

De esta forma, rodeado de sus hermanos en la celda humilde del convento de Santo Domingo de Lisboa, con la pluma en la mano y la luz de Dios en su alma, se apagó una de las más claras lumbreras en la historia de España: Fray Luis de Granada.

URBANO ALONSO DEL CAMPO, O.P.
Granada

La fiesta de Navidad: Liturgia y primeras representaciones iconográficas

La liturgia de navidad posee una riqueza extraordinaria que se ha ido perfilando e incrementando a lo largo de los siglos. Aquí no podemos entrar en todos sus detalles, nos limitaremos únicamente a apuntar algunos temas relacionados con la liturgia eucarística de esta solemnidad y con la aparición de las primeras representaciones iconográficas del misterio del nacimiento del Señor.

1. LOS ORÍGENES DE LA FIESTA DE NAVIDAD

Esta fiesta comenzó a celebrarse en Roma en torno al año 336. Aunque los evangelistas no nos proporcionan ningún dato a cerca de la fecha del nacimiento de Jesús, en la Iglesia de Roma se le asignó el día 25 de diciembre, haciéndola coincidir con el solsticio de invierno y la fiesta del *Natalis solis invicti* (nacimiento del sol invencible), dedicada al dios Mitra; su culto se había extendido mucho entre los soldados del ejército durante los siglos III y IV. Algunos emperadores habían proclamado a Mitra como «sustento de su dominio imperial». Además, el dios Mitra era considerado como el maestro y el agente de la creación, una especie de mediador entre el cielo y la tierra. El culto a Mitra comportaba oraciones e invocaciones al sol. En la teología mitraica el simbolismo de la luz adquirió una importancia primordial. Con anterioridad encontramos ya en la Escritura la asociación de la luz con el Mesías. Así,

Malaquías profetiza que llegará un día en que para los que temen a Dios «se alzaré un sol de justicia que traerá en sus alas la salvación» (4, 2); también en el evangelio de san Juan se habla de Jesús en varias ocasiones como «luz» y «luz del mundo».

En ese mismo siglo se comenzó a celebrar en Oriente la fiesta de la Epifanía. Se eligió el día 6 de enero por razones semejantes a las de la Iglesia de Roma, es decir, porque en ese mismo día se celebraba en Egipto y en Arabia la fiesta del solsticio de invierno en honor del Sol victorioso. En su origen en las Iglesias orientales existían tradiciones diferentes; en unas se celebraba ese día el misterio de la natividad del Señor, junto con la visita de los pastores y la adoración de los magos (Jerusalén); en otras la natividad y las bodas de Caná (Chipre, Asia Menor, Palestina); en otras la natividad y el bautismo (Egipto). Como vemos, la fiesta de la Epifanía se había convertido en la fiesta de las primeras fases de la obra de la redención. Pero después de adoptarse la fiesta de la navidad occidental, en Oriente la Epifanía pasó a conmemorar, hasta el día de hoy, el bautismo del Señor.

Según un sermón atribuido al obispo Optado de Milevi (†392), en Occidente la fiesta de navidad conmemoraba al mismo tiempo la natividad del Señor, la adoración de los magos y la masacre de los inocentes. Pero cuando, a mediados del siglo IV, comenzó a celebrarse en Roma la Epifanía, la adoración de los magos se convirtió en el tema central de esta fiesta, reservando para el día de navidad la conmemoración del nacimiento del Señor junto con la visita de los pastores.

Una de las características singulares de la fiesta de navidad, tal y como se celebra en Occidente, consiste en la celebración de tres misas, o cuatro si incluimos la vespertina. Al principio sólo se celebraba una sola, que corresponde a la cuarta actual. El papa la celebraba en la antigua basílica constantiniana de San Pedro. En ella se leía ya el comienzo

de la carta a los Hebreos y el prólogo de san Juan. El papa san León Magno (†461) conoció esta misa; sus sermones contribuyeron de forma decisiva a profundizar en la teología litúrgica de navidad; él introdujo el tema del «admirable intercambio» de la oración sobre las ofrendas que se sigue rezando aún hoy en la misa de medianoche. Ese intercambio consiste en que Cristo nos hace partícipes de su divinidad y recibe de nosotros nuestra humanidad. San León introduce también en la liturgia de navidad algunos temas que hasta entonces estaban reservados para la liturgia pascual, como el de la «regeneración» y el de la «novedad de vida». Además, según su pensamiento, en esta fiesta se trata de celebrar tanto nuestro nacimiento a la vida como el nacimiento de Cristo en Belén. Su pontificado es uno de los períodos que más han contribuido a enriquecer la liturgia navideña.

Más tarde cuando se construyó una réplica de la gruta de Belén en las inmediaciones de la basílica de Santa María Mayor de Roma, se quiso imitar también la liturgia nocturna que se tenía en Palestina. Según el testimonio de la virgen Eteria, la celebración de la Epifanía en Palestina se iniciaba durante la noche en la basílica de la natividad de Belén, y de allí se iba en procesión a la basílica de la Resurrección de Jerusalén. A partir de entonces el papa comenzó a celebrar una misa en la gruta de la basílica de Santa María Mayor, no a medianoche como se hace actualmente, sino «al canto del gallo» (*ad galli cantum*), de ahí ha quedado el nombre popular de *misa del gallo*.

La tercera misa de navidad (la misa actual de la aurora), surgió porque el 25 de diciembre se conmemoraba en Roma a santa Anastasia. Era la fiesta de las autoridades bizantinas que residían cerca de la basílica situada al pie del Palatino donde se celebraba esta liturgia. Para honrar a dichas autoridades el papa celebraba la misa de santa Anastasia antes de ir a San Pedro para celebrar la misa del día. Poco a poco se fue convirtiendo en una misa de

navidad y se le asignó la segunda parte del evangelio de la actual misa de medianoche. En los siglos VII y VIII se completaron sus fórmulas litúrgicas.

Los libros litúrgicos antiguos recogen estas cuatro misas celebradas en Roma: la primera en la tarde del 24 de diciembre en la basílica de Santa María Mayor; la segunda, durante la noche, en la pequeña gruta de esa misma basílica; la misa de la aurora en Santa Anastasia y la última en la basílica de San Pedro. En el siglo XI, esta última misa se trasladó a Santa María Mayor, convirtiendo a esta iglesia en la basílica de la navidad. En el siglo XIII, santo Tomás de Aquino explicará el sentido de las tres misas del día de navidad relacionándolas con el triple nacimiento de Cristo: «En el día de navidad se dicen tres misas para conmemorar el triple nacimiento de Cristo. Uno eterno, oculto para nosotros; por eso se canta la misa de medianoche, en cuyo introito se lee: *Me dijo el señor: Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado*. Otro temporal, pero espiritual, por el que nace Cristo *en nuestros corazones como el lucero*, como dice san Pedro; por eso la misa de la aurora, y en el introito se dice: *La luz brillará hoy sobre vosotros*. El tercero, temporal y corporal; es el que tuvo cuando salió del vientre virginal revestido de carne y hecho visible a nosotros. Por eso se canta la tercera misa a plena luz, y en su introito se dice: *Nos ha nacido un niño*. En orden inverso, también se puede decir que el nacimiento eterno tuvo lugar en la plenitud de la luz; y así se recuerda en el evangelio de la tercera misa. Mientras que el nacimiento corporal tuvo lugar de noche, en señal de que venía a las tinieblas de nuestra flaqueza; por eso se dice en la misa del gallo el evangelio de este nacimiento» (III, q. 83, a. 2, ad 2).

En dependencia de la navidad se añadieron otras fiestas como la de la Anunciación, el día 25 de marzo; la de la natividad de san Juan Bautista, el 24 de junio; la de la Purificación, el 2 de febrero, cuarenta días después de navidad. En la tradición litúrgica oriental, al día siguiente de

navidad había una celebración de la virgen María, que recibía distintos nombres según los diferentes ritos litúrgicos (bizantino, sirio, copto). En la liturgia romana de los siglos VI-VII esta celebración mariana, que conmemoraba la función materna de María en la encarnación, se transfería al 1 de enero. Más tarde, desapareció de la liturgia romana este carácter mariano del 1 de enero, y la misa de ese día se convirtió en una misa de la octava. El evangelio de este día narraba la circuncisión, relato que dio su nombre al día de la octava. La reforma litúrgica del Vaticano II devolvió a esta fiesta su carácter mariano.

2. LA LITURGIA EUCARÍSTICA ACTUAL

En este apartado vamos a recorrer algunas peculiaridades propias de las misas de navidad tal y como aparecen en el misal actual, aunque no podremos detenernos a comentar la riqueza de todos sus elementos.

La misa vespertina

El nuevo misal propone cuatro misas con antífonas, oraciones y lecturas propias. La fiesta se abre con la misa vespertina. Esta primera misa, celebrada en la tarde del 24 de diciembre, se sitúa entre el final del Adviento y la venida de Cristo en la carne. Su antífona de entrada, inspirada en un texto del libro del Éxodo (16, 6-7), es un anuncio de la gloria que vamos a contemplar en el día de navidad: «Hoy vais a saber que el Señor vendrá y nos salvará, y mañana contemplaréis su gloria». Con estas palabras Moisés anunció en otro tiempo la próxima intervención de Dios para realizar el milagro del maná. De este modo se nos anuncia la venida del Señor en la carne y en el pan eucarístico simbolizado por el maná. La primera oración se dirige al Padre; en ella se habla de la navidad como «la fiesta esperanzadora

de nuestra redención» con la que Dios nos alegra cada año; y se le pide que así como ahora acogemos «gozosos» a su Hijo redentor, lo recibamos también «confiados» cuando venga como juez. La oración sobre las ofrendas habla del misterio del nacimiento del Hijo como la instauración del principio de nuestra salvación, y se pide al Padre que nos haga comenzar estas fiestas de navidad con una entrega que sea digna de este santo misterio. Nuestra entrega sólo puede ser total, sin reserva alguna, imitando así, aunque sea de lejos, la generosidad de Dios expresada en este misterio. La antífona de comunión orienta de nuevo nuestra atención hacia la «gloria del Señor» que se revelará en el nacimiento del Hijo de Dios. La oración final pide al Padre que su pueblo «renazca» al conmemorar el nacimiento de su Hijo. Ya desde esta misa se comienza a proclamar el «gloria» que había sido omitido a lo largo de todo el Adviento, exceptuando las fiestas y solemnidades que caen en este tiempo litúrgico.

La primera lectura está tomada del profeta Isaías (62, 1-5). En ella donde se habla de la Jerusalén futura—ahora la Iglesia—, que recibirá un nombre nuevo pronunciado por la boca de su Señor; será como una corona resplandeciente o como una diadema real en las manos de su Dios; ya no la llamarán «abandonada», ni a su tierra «devastada», sino la «favorita» del Señor; Dios se desposará con ella y encontrará en la futura Jerusalén una alegría semejante a la que encuentra el marido con su esposa. Estas palabras proféticas se aplican a la Iglesia. Esta imagen del desposorio expresa con toda su fuerza el misterio de la encarnación: el amor apasionado de Dios por la humanidad le condujo a hacerse uno de nosotros para unirnos a él. El estribillo del salmo responsorial canta «las misericordias del Señor», y el salmo (88) habla del Señor como una roca y como un padre para «su elegido»; él le mantendrá eternamente su favor, y su alianza será estable.

En la segunda lectura Pablo anuncia a los judíos de Antioquia de Pisidia que Jesús, descendiente de este pueblo, es el verdadero Salvador de Israel prometido por Dios. Para ello les cuenta brevemente la historia de salvación comenzando por la elección, continuando por el éxodo de Egipto, la promesa hecha a David y la predicación de Juan el Bautista.

El canto del Aleluya nos remite de nuevo al día de navidad: «Mañana quedará borrada la maldad de la tierra, y será nuestro rey el Salvador del mundo». Son palabras que resumen perfectamente el espíritu de esta celebración, haciéndonos pensar en la navidad como una Pascua.

En el evangelio escuchamos, en primer lugar, la lectura de la genealogía según el evangelio de Mateo; y a continuación el relato del anuncio de su nacimiento hecho a José en sueños, por el «Ángel del Señor», es decir, por Dios mismo. El evangelista se esfuerza en reconstruir la lista de los antepasados de José para entroncar a Jesús con la familia de David, pero no le queda más remedio que rendirse ante un misterio inaudito: María esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. Mateo nos cuenta el nacimiento de Jesús con una sobriedad sorprendente; se limita simplemente a decir lo siguiente: «Y sin que él hubiera tenido relación con ella, dio a luz un hijo; y él le puso por nombre Jesús».

La misa de medianoche

La liturgia nos propone elegir entre dos antífonas: una más breve, tomada del salmo 2, que ya se cantaba antes de la reforma del misal efectuada por Pablo VI y que dice así: «El Señor me ha dicho: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy»; la otra es más larga y nos invita a alegrarnos en el Señor, «porque nuestro Salvador ha nacido en el mundo» y porque «hoy, desde el cielo, ha descendido la paz sobre nosotros». La primera oración alude al tema de la

«luz»: Dios ha iluminado esta noche santa con el nacimiento de su Hijo, que es la luz verdadera. Luego apunta hacia el futuro y pide al Padre que nos conceda gozar en el cielo del esplendor de su gloria a los que hemos experimentado la claridad de su presencia en la tierra. La oración sobre las ofrendas alude a un tema propio de la liturgia de navidad, el del «admirable intercambio» entre Dios y nosotros. Se trata de un intercambio de dones: nosotros nos entregamos a él junto con el pan y el vino, y le pedimos que él nos haga participar de la divinidad de su Hijo, quien ya nos unió de modo admirable a la naturaleza del Padre al asumir la naturaleza humana. La antífona de comunión está tomada del prólogo del evangelio de san Juan para centrar de nuevo nuestra atención en el misterio celebrado: «La Palabra se hizo carne y hemos contemplado su gloria». Con todo el realismo del que es capaz, el evangelista expresa este misterio juntando dos realidades alejadas: la Palabra y la carne; una sumamente espiritual y la otra material. La oración final pide al Padre que nos conceda a cuantos celebramos rebosantes de alegría el nacimiento de su Hijo, la gracia de vivir una vida santa y llegar así un día a la perfecta comunión con Cristo en la gloria.

La liturgia de la Palabra comienza también con un texto del profeta Isaías (9, 1-3. 5-6); se trata de un oráculo que profetiza el nacimiento de un niño al que le da diversos nombres: «Maravilla de consejero»; «Dios guerrero»; «Padre perpetuo»; «Príncipe de la paz». Este personaje es como una «luz grande», que viene a iluminar al pueblo que caminaba en tinieblas y habitaba en una tierra de sombras. Su presencia produce una alegría inmensa. Viene a sostenerlo y consolidarlo, a romper la vara del opresor y a retirar el yugo de su cerviz.

El salmo responsorial anuncia que Dios viene a regir la tierra con justicia y fidelidad; invita a toda la tierra, incluso a las criaturas inanimadas, a cantar un cántico nuevo; a proclamar día tras días su victoria, a contar a los pueblos

su gloria y sus maravillas. El estribillo proclama que «hoy nos ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor».

La segunda lectura, tomada de la carta a Tito (1, 11-14), nos dice que «ha apareado la gracia de Dios» que trae la salvación a toda la humanidad, enseñándonos a vivir más humanamente mientras esperamos su aparición final. Jesús es la encarnación de la gracia de Dios. Su enseñanza moral nos trae la salvación. Jesús nos salva enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y enseñándonos a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa. Su entrega por nosotros nos rescató de la impiedad y nos purificó para que nos dediquemos a las buenas obras.

El Aleluya recoge el anuncio del nacimiento del Señor a los pastores por parte del Ángel del Señor.

El pasaje evangélico está tomado de san Lucas. En él se explica por qué el nacimiento de Jesús ocurrió en Belén, según las profecías de la Escritura, y no en Nazaret donde vivió la mayor parte de su vida. La razón se atribuye al censo decretado por el emperador Augusto. Estando en Belén para tal fin, a María le llegó el tiempo del parto y dio a luz en un establo y envolviendo al niño Jesús en pañales lo acostó en un pesebre, porque no habían encontrado alojamiento en la posada. El evangelista no da ninguna explicación de por qué no habían encontrado sitio en la posada. Por lo que se refiere al mencionado censo, algunos Padres de la Iglesia nos dicen que al apuntar a Jesús en la lista del censo de todo el universo, todos los de la lista quedaron santificados por la presencia de su nombre. San Efrén decía que en los días de ese rey que censó a los hombres, el Señor descendió del cielo para censar a la humanidad en el *Libro de la Vida*; el Señor fue inscrito sobre la tierra y él nos inscribe a nosotros en el cielo. El anuncio a los pastores corre a cargo del «Ángel del Señor», es decir, Dios mismo les trae «la buena noticia», «la alegría para todo el pueblo». El signo que les ofrece para reconocer al Salvador, Mesías y Señor está marcado por la humildad:

«encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». El pasaje evangélico se cierra mencionando a una legión del ejército celestial que rodea al Ángel del Señor y alaba a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra, paz a los hombres que Dios ama».

Misa de la aurora

La antífona de entrada retoma las palabras del profeta Isaías leídas en la primera lectura de la misa de medianoche, combinadas con una cita del evangelio de san Lucas correspondiente al pasaje de la anunciación dirigida a María: «Hoy brillará una luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor; y es su nombre: Admirable, Dios, Príncipe de la paz, Padre perpetuo, y su reino no tendrá fin». Las dos primeras oraciones son las mismas que las del misal de san Pío V. La primera presenta a los creyentes como los que viven inmersos en la luz de la Palabra de Dios hecha carne, y pide para ellos que resplandezca en sus obras la fe que el Padre hace brillar en su espíritu. La oración sobre las ofrendas recurre de nuevo al tema de «admirable intercambio», pidiendo que los dones que presentamos a Dios estén a la altura del misterio de la navidad, y que así como el Hijo hecho hombre se manifestó como Dios, así también nuestras ofrendas nos hagan participar de los dones del cielo. La antífona de comunión es una invitación a la alegría: «Alégrate, hija de Sión; canta, hija de Jerusalén; mira a tu rey que viene, el Santo, el Salvador del mundo». La oración final implora para los que han celebrado «con cristiana alegría» el nacimiento de Jesús, poder penetrar con fe profunda este misterio y «amarlo cada vez con un amor más entrañable».

La primera lectura, es muy breve, está tomada del profeta Isaías (62, 11-12). En ella el profeta anuncia la venida del Salvador, precedida de la recompensa. Esta venida transforma la vida y la imagen de su pueblo, que hoy es la

Iglesia entera. Con este advenimiento lo llamarán «Pueblo santo», «redimidos del Señor»; Sión será llamada «Buscada» y «Ciudad no abandonada». La segunda lectura está tomada de la carta a Tito. Este pasaje es un canto a la misericordia de Dios. Nos hace entender el misterio de la navidad como la aparición de «la Bondad de Dios y de su Amor» a la humanidad. La misericordia de Dios no viene motivada por nuestras buenas obras, sino que las precede y las fundamenta. Por pura misericordia hemos sido salvados con el baño del segundo nacimiento y con la renovación que nos trae el Espíritu Santo, derramado copiosamente sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador. Habiendo sido justificados de este modo, es decir, gratuitamente, ahora somos herederos, en esperanza, de la vida eterna. Todo esto tiene su origen en el misterio de navidad. El Aleluya repite la alabanza del ejército celestial en el momento del anuncio a los pastores.

El evangelio de esta misa es continuación del de medianoche. Los pastores se apresuraron a ir a ver lo que les comunicó el Señor, no por falta de fe en su palabra. En Belén encontraron a María y a José y al niño acostado en un pesebre y comunicaron a los presentes lo que el Señor les había contado de este niño, provocando la admiración. San Lucas anota que María meditaba todas estas cosas en su corazón. Esa actitud ejemplar de María es la que debe provocar en nosotros el nacimiento del Señor. También la actitud de los pastores es modélica; el evangelista nos dice que «se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído»; todo concordaba con lo que Dios mismo les había anunciado. Lo que vieron con sus ojos fue un niño recién nacido, pero su fe penetró en otro misterio. También nosotros vemos y oímos suficientemente como para decidirnos a creer.

Misa del día

La antífona de entrada está tomada del profeta Isaías: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; lleva a hombros el principado, y es su nombre: Mensajero del designio divino». Este niño nace para toda la humanidad, para todo aquel que quiera recibirlo. La primera oración retoma el tema del «admirable intercambio». Nos recuerda la creación del ser humano a imagen y semejanza de Dios y la recuperación de nuestra dignidad gracias a Jesucristo, y pide al Padre que nos conceda compartir la vida divina de aquel que hoy se ha dignado compartir con nosotros la condición humana. En la oración sobre las ofrendas se le pide a Dios que acepte la ofrenda que le presentamos, que no es otra cosa que Jesucristo mismo, quien nos reconcilió de modo perfecto; ofrenda que encierra en sí la plenitud del culto que un ser humano puede presentar ante Dios. La antífona de comunión está tomada del salmo 97 donde podemos leer: «Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios». La oración final nos recuerda que la finalidad del nacimiento del Salvador es comunicarnos la vida divina; en ella se pide humildemente al «Dios de misericordia» que nos haga participar del don de su inmortalidad.

La liturgia de la Palabra comienza una vez más con un pasaje de Isaías (52, 7-10), donde el profeta anuncia el final del destierro de Babilonia; Dios mismo vuelve del destierro con sus hijos fieles; se instala de nuevo en la ciudad santa; los vigías «ven cara a cara al Señor». Dios consuela a su pueblo; rescata a Jerusalén; muestra su victoria a la vista de todas las naciones. El salmo responsorial canta esta misma victoria. El pasaje de la carta a los Hebreos de la segunda lectura nos muestra, por una parte, la dificultad de comunicación entre Dios y la humanidad. Dios no ha dejado nunca de hablar a los hombres, pero la historia muestra que no ha habido entendimiento. Ya no es sólo la diferencia de

nivel la que hace difícil la comunicación, sino también la mala voluntad. El hombre no entiende a Dios, o entiende al revés su mensaje, o no quiere entenderlo ni aceptarlo. Para superar esa dificultad en la comunión, en esta etapa final de la historia, Dios ha decidido hablarnos de una manera todavía más elocuente: por medio de su Hijo hecho hombre. Este pasaje nos hace, además, penetrar en el misterio de la identidad de Jesús: él es aquel «por medio del cual [Dios] ha ido realizando las edades del mundo»; él es «reflejo de su gloria, impronta de su ser; él sostiene el universo con su palabra poderosa»; él es nuestro redentor, el que nos ha purificado de nuestros pecados; él merece ser adorado por todos los ángeles de Dios. El versículo del Aleluya es una invitación a la adoración: «Nos ha amanecido un día sagrado; venid, naciones, adorad al Señor, porque hoy una gran luz ha bajado a la tierra».

En la misa del día se lee el prólogo del evangelio de san Juan, pasaje que algunos cristianos de la antigüedad llevaban consigo como si fuera una reliquia sagrada. A partir de la Edad Media comenzó a recitarse al final de la misa. La costumbre tuvo su origen en el siglo XII cuando algunos presbíteros empezaron a recitarlo, por devoción, mientras volvían a la sacristía y se quitaban las vestiduras litúrgicas. Algunos fieles pidieron a los presbíteros que recitaran ese evangelio en el altar; y así lo hicieron, primero en secreto, y luego en voz alta. Más tarde Pío V lo incorporó definitivamente a la misa, así se siguió proclamando hasta el pontificado de León XIII. En este pasaje evangélico se sigue profundizando en la identidad del que nació en Belén: él es la Palabra (el Logos) que existía ya «en el principio»; este «principio» no debe confundirse con el «principio» del que nos habla el primer relato de la creación en la primera página del Génesis. Se trata de un principio sin principio, es decir, de la eternidad. «La Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios». No hay pasaje evangélico que afirme con tanta claridad la divinidad de

Jesús como éste. La Palabra interviene en la creación: por medio de ella se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. La Palabra es «vida» y «luz». Estas dos bellas metáforas, llenas de fuerza expresiva, nos acercan al misterio. La Palabra es la luz que ilumina a todo ser humano que viene a este mundo; siempre ha estado presente en el mundo, pero ahora se ha hecho carne, se ha dejado ver y tocar. La luz brilla en la tiniebla, pero la tiniebla se resiste a la luz, porque no quiere que se vean sus malas obras. La luz viene a los suyos, pero tampoco la acogen. En cambio, a quienes la acogen les concede ser hijos de Dios. Después de hablarnos de la identidad del Hijo de Dios, el prólogo expresa el misterio de la encarnación con una fuerza y claridad insuperable: «Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad».

3. *Algunos temas propios de la liturgia de navidad*

Guiados por la presentación que hace J. Lemarié en su libro titulado *Navidad y epifanía*, vamos a tratar muy brevemente tres temas que están muy presentes en la liturgia de navidad:

1. *El hoy de la liturgia navideña*. La navidad es la conmemoración del nacimiento de Cristo en Belén; algunos textos evangélicos leídos en las misas de la fiesta insisten –como hemos visto– en este aspecto histórico del misterio. Pero no podemos reducir la navidad sólo al acontecimiento histórico, porque su significado quedaría empobrecido. La liturgia de navidad es más que un simple recuerdo del nacimiento de Cristo; es un canto a la presencia de Cristo en su Iglesia. El hecho histórico irrepetible cobra en la celebración litúrgica una misteriosa actualidad. En navidad Cristo le concede a la Iglesia el mismo don que hizo cuan-

do vino por primera vez a habitar con los suyos. Y a su vez, en navidad la Iglesia acoge de forma misteriosa y real a Cristo. La celebración litúrgica de la navidad se convierte en la representación y prolongación del misterio del nacimiento de Cristo en Belén, con la particularidad de que cada uno de nosotros podemos unirnos a este misterio.

2. *La contemplación de la unidad de divinidad y de humanidad en Cristo.* La liturgia de navidad es eminentemente contemplativa. En ella podemos contemplar en primer lugar el misterio de la encarnación como el misterio de las bodas del Hijo de Dios con la naturaleza humana a la que se unió sustancialmente. Esta unión es un misterio insondable. El Hijo de Dios, sin dejar de ser lo que era, se hace en el tiempo lo que no era. En una de sus homilías de navidad San Juan Crisóstomo expresa este misterio diciendo así: «Hoy, aquel que es, viene al mundo, aquel que es viene a ser lo que no era: en efecto, siendo Dios, he aquí que se ha hecho hombre, pero no cesa por ello de ser Dios. Se ha hecho hombre sin que la divinidad sufra cambio alguno [...]. Se ha hecho carne permaneciendo lo que era: el Verbo, y sin que su naturaleza propia haya sido modificada» (p. 71). Aunque no podemos comprender este misterio sí podemos acogerlo en la fe; podemos admirarlo y entusiasmarnos ante él, y, sobre todo, podemos adorarlo. La adoración nos permite captarlo con mayor atención y agudeza.

3. *La gloria del Verbo encarnado.* Aunque el Hijo de Dios asumió una naturaleza humana verdadera, sujeta al sufrimiento y a la muerte, sin embargo, en ella resplandece la gloria de Dios. El autor del cuarto evangelio se presenta como testigo de esa gloria. El Hijo de Dios tomó la naturaleza humana para ennoblecirla, para darle la fuerza de Dios, para hacerla incorruptible. El papa san León Magno expresa esta idea diciendo que «haciéndose hombre el Hijo de Dios restaura al hombre».

La humanidad del Verbo es toda ella santa y pura. Es santa porque ha sido concebida por obra del Espíritu de santidad; por otra parte, su carne ha sido formada de una carne virginal. Por eso su nacimiento es «todo nuevo», «único y singular», «admirable e inefable». Esta carne que desconoce la opacidad del pecado transparenta la gloria.

La contemplación navideña de la Iglesia no se detiene solamente en el niño, sino que a través de él piensa también en la gloria del resucitado, pues en la mañana de la resurrección el cuerpo del Señor ha sido liberado para siempre de la debilidad. La resurrección desemboca y se expande en la gloria pascual, arrancando definitivamente a la humanidad de Cristo de la muerte y de toda debilidad. La liturgia de navidad es una liturgia de gloria, es una confesión de fe en la gloria del Verbo encarnado.

Esta liturgia pasa sin cesar del aspecto temporal del misterio a su aspecto eterno. Detrás del rostro del niño la Iglesia percibe siempre la gloria celeste del Señor resucitado; al contemplar al Verbo encarnado no se centra tanto en la condición de esclavo o en su pobreza y desnudez, sino en el hombre nuevo que surge de repente en el seno de una raza caída.

4. *Primeras representaciones iconográficas de la navidad*

Las primeras representaciones relacionadas con la navidad de las que tenemos constancia se refieren a la adoración de los magos. El fresco de la capilla griega de las catacumbas de Priscila es la representación más antigua de la Epifanía. En esta pintura la Virgen María está sentada en una silla sin respaldo; tiene al niño Jesús sentado sobre sus rodillas y envuelto en pañales; mira de frente; su peinado, sin ningún velo encima, nos recuerda al de las emperatrices de la primera mitad del siglo II. Los magos se acercan a ella apresuradamente; van vestidos con trajes de estilo oriental; llevan regalos en las manos, sin bandeja. El

primero está pintado en verde, los otros dos, al igual que la Virgen están pintados en rojo y marrón.

Otra representación semejante y posterior, de la primera mitad del siglo III, la encontramos en la luneta del arcosolio de la cripta de la Virgen situada en el cementerio de los santos Pedro y Marcelino. La Virgen con el niño está en el centro de la composición; a cada lado está situado uno de los magos; la simetría ha conducido al artista a sacrificar a uno de ellos. La Virgen está sentada en una silla de alto respaldo con forma redondeada, modelo que, en adelante, será representado con frecuencia; sostiene a su hijo en sus brazos; lleva la cabeza cubierta y va vestida con una túnica flotante de color blanco. Los magos están vestidos, según el estilo oriental, con manto flotante; llevan sus regalos en una bandeja.

En la bóveda del cubículo 54 de las catacumbas de los santos Pedro y Marcelino, de mediados del siglo III, la Virgen aparece representada a la derecha y dos magos a la izquierda. Por falta de espacio se suprimió el tercero; se trata de una omisión voluntaria porque otros frescos más antiguos o contemporáneos de este ya habían adoptado la representación de tres magos.

En un fresco de las catacumbas de Domitila, de la primera mitad del siglo IV, el artista se encontró en presencia de un rectángulo y se decidió por situar a la Virgen con el niño en el centro de la composición; para equilibrar la escena situó dos magos a su derecha y otros dos a su izquierda. En este fresco la Virgen aparece sosteniendo al niño Jesús sobre su rodilla izquierda; lleva la cabeza cubierta con un velo y va vestida con una dalmática que le llega hasta el suelo; con su mano derecha hace un signo a los magos para que se acerquen.

Aparte de estas representaciones de la adoración de los magos, las primeras representaciones de la natividad de Jesús son del siglo IV, se encuentran grabadas en sarcófagos de piedra. La primera representación conocida está en

un fragmento de sarcófago del año 343. Representa la escena de la adoración de los pastores. El niño Jesús aparece fajado completamente, sólo se le ve el rostro. En la escena hay dos pastores. La luna está bien caracterizada. La Virgen y san José no aparecen representados. En cambio si aparecen el buey y el asno. La presencia de estos dos animales es tan frecuente en la iconografía del nacimiento que uno se siente inclinado casi inconscientemente a pensar que se trata de un hecho histórico. San Lucas no los menciona en absoluto, pero al señalar que la Virgen envolvió al niño en pañales y lo acostó en un pesebre prueba suficientemente que allí se guardaban animales.

Orígenes, en una de sus homilías sobre el evangelio de san Lucas asocia el hecho de que María tuvo que acostar a Jesús en un pesebre con las siguientes palabras del profeta Isaías: «Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento» (1, 3). Desde entonces esta asociación va a ser frecuente. En el año 380, san Gregorio Nacianceno, que sentía una profunda admiración hacia Orígenes, predicó una homilía en Constantinopla donde se hace eco de esta misma asociación de ideas: «Celebra la navidad por la que eres librado de las ataduras y rinde homenaje a esta humilde aldea de Belén que te ha vuelto a abrir el paraíso. Adora el pesebre gracias al cual te nutres del Verbo. Reconoce, como el buey, a tu dueño –como advierte Isaías– y, como el asno, el pesebre de tu Señor».

Más tarde encontramos esta misma asociación de ideas en el evangelio apócrifo del *Pseudo Mateo*: «Al tercer día del nacimiento del Señor, la bienaventurada María salió de la cueva y entró en un establo donde puso al niño en un pesebre; y el buey y el asno lo adoraron. Entonces se cumplió lo que se había dicho por el profeta Isaías: *El buey conoce a su dueño y el asno el pesebre de su señor*. Esos dos animales, teniéndole en medio de ellos, lo adoraron sin cesar. Entonces se cumplió también lo que dijo el profeta

Kabame: *estarás como en medio de dos animales*. José y maría permanecieron tres días en este lugar con el niño». Pero cuando se escribe este texto –en el siglo VII– ya habían pasado varios siglos desde la primera representación del nacimiento del Señor juntamente con la de estos dos animales. Eso quiere decir que el *Pseudo Mateo* no ha hecho más que recoger una tradición anterior.

Según la tradición greco-oriental, Jesús nació en una gruta. Desde la antigüedad se les enseñaba a los peregrinos que pasaban por Belén la gruta de la natividad. En el texto de Lucas no dice expresamente que se tratara de una cueva, pero tampoco se dice lo contrario. Es más en Palestina ha existido hasta bien recientemente la costumbre de albergar los rebaños en cuevas. Sin embargo, en Italia, al no existir esta costumbre, los artistas romanos del siglo IV, representaban el nacimiento en un establo en forma de pequeño edificio resguardado bajo un techo saliente a veces cubierto de tejas. El evangelio apócrifo del *Pseudo Mateo* al que ya nos hemos referido conjuga estas dos tradiciones: sitúa el nacimiento de Jesús en una cueva iluminada por una gran claridad donde dos parteras, Zelomi y Salomé, vienen a asistir a la Virgen, y adonde acuden también los pastores; pero a los tres días la sagrada familia se traslada a un establo.

En el siglo V se introduce la representación de un ángel sin alas que sin duda está destinado a recordar al coro angélico que llevó a los pastores al pesebre.

En el siglo VI se introducen otras modificaciones. De esa época se conserva un relieve en forma de semicírculo¹ en el que aparece la Virgen representada en el medio con una aureola en torno a la cabeza; está acostada en un lecho. A su lado se encuentra el niño Jesús acostado en pesebre, vestido simplemente con una túnica y los brazos envueltos, su cabeza también está rodeada por una aureola. Cerca de

1. Pasta verde del Museo Británico.

la cuna no podían faltar el asno y el buey. En el ángulo izquierdo formado por el semicírculo está san José, con una aureola que rodea su cabeza; está sentado, en actitud meditativa, apoyando el codo izquierdo sobre la rodilla izquierda. En el ángulo derecho están los magos postrados. En la parte superior hay una inscripción que dice: *Navidad*; y en la inferior otra que dice: *llegada santa de la madre de Cristo*.

En una pasta de vidrio del siglo VII se representan distintos episodios. El niño Jesús está acostado en el centro, envuelto en pañales; las cabezas del buey y del asno aparecen de frente asomando por los montantes del pesebre. La Virgen también está acostada a su lado sobre un lecho de madera que muestra sus cuatro patas y con su mano derecha toca el pesebre donde reposa su hijo. San José está a la izquierda, sentado sobre una especie de cajón de madera y apoyando su rostro sobre la mano izquierda en plan meditativo. Los tres santos personajes tienen la cabeza rodeada por una aureola circular. En lo alto aparece representada la luna en su fase creciente, insinuando la visita de los pastores; y a la izquierda, tocando la aureola del niño Jesús hay una estrella que insinúa la adoración de los magos.

Es frecuente encontrar una yuxtaposición de escenas, o diversas escenas en paneles diferentes, pero adyacentes.

Las representaciones del pesebre varían según los relieves. Jesús aparece algunas veces acostado en un gran cesto de mimbre posado sobre el suelo, o sobre una cuna de cuatro patas, o sobre una cuna posada sobre un caballo, o también sobre una tabla mesa cubierta por un paño. San José aparece con frecuencia agarrando con una de sus manos el bastón propio del pastor profesional.

Todas estas representaciones iconográficas nos ayudan a intuir la visión que los cristianos de la antigüedad tenían del misterio de la navidad.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca

Testigos

En el tesoro, el corazón

Sor Isabel Cabeza, O.P.

3. NUESTRO PUNTO DE VISTA

Teniendo ante los ojos algunos de los sencillos textos bíblicos del tesoro de sor Isabel hemos recordado unas palabras de Guido el Cartujano: «Buscad leyendo, y encontraréis meditando; llamad orando y se os abrirá por la contemplación»¹. Estas palabras son, a grandes rasgos, la descripción del itinerario espiritual de esta hermana. Lo refiero a los textos bíblicos porque puede verse en la elección de los mismos la progresión que esa frase diseña.

Divergencia

Hemos de comenzar manifestando una pequeña discrepancia respecto a algunos de los testimonios indudablemente ponderados, incluso de los aportados por personas que conocieron a sor Isabel mucho más larga y profundamente que nosotros². Nos vamos a referir a algo extra-ordinario de esta hermana, de quien los testimonios subrayan el tenor normal de vida y la sencillez y ‘normalidad’ –insisto en esta característica– en el conjunto de su conducta. Hemos puesto con toda intención extra-ordinario (separados los vocablos integrantes de este concepto por un guión), queriendo significar algo fuera de lo habitual, de lo corriente, de lo cotidiano. Ni más ni menos, ni menos ni más. Es

1. *Scala*: PL 184, 476C.

2. Por ejemplo **T7j**, **11b**, **13i**. Hay también una clara excepción en **T16c**, en aquel «Sor, he notado a Jesucristo».

decir, que probablemente no tendríamos ninguna dificultad en admitir la negación de cualquier otro contenido de lo extraordinario, si esto es entendido como maravilloso, llamativo, espiritualmente ampuloso, etc. Pero insistimos en que en ella había algo muy poco frecuente, poco ordinario (= extra-ordinario).

El fascinante mundo interior humano, iluminado por la fe, enardecido por la caridad y espoleado por la esperanza cierta, no puede dejar de repercutir en la totalidad del ser humano. No es gratuita ni extraña la relación que se hace de los fenómenos místicos al inventariar los cognoscitivos, los afectivos y los corpóreos: en todos esos ámbitos tiene lugar el influjo de la experiencia bajo la acción del Espíritu. Nosotros partimos de uno, en escala reducida, de «baja intensidad», si se le quiere denominar así, pero no por ello de importancia menor, ni menos significativo³.

El hecho

No podríamos recordar cuándo fue la primera vez. Pero sí que a partir de un determinado momento del diálogo con sor Isabel, ya fuera personalmente o en su Comunidad, guardábamos la imagen y una profunda impresión de algo que nos había llamado la atención en ella (lo hemos observado también en alguna otra persona). Se trata de una a modo de seriedad especial, muy peculiar, en el momento –dentro de la conversación– de la transición desde otro tema cualquiera a comenzar a tratar uno espiritual. Sobre todo si se refiere a Dios Nuestro Señor. El cambio se adivinaba también allá en lo profundo del espíritu, pero su manifestación exterior era lo que se hacía patente. En el caso de sor Isabel, de su rostro, bien puede decirse que infantil,

3. Puede verse en A. ROYO MARÍN, OP, *Teología de la Perfección Cristiana* (Madrid 19583), Cuarta Parte: Los fenómenos místicos extraordinarios, pp. 785-865.

risueño, divertido o casi pícaro –así lo tuvo hasta el final de su vida–, la mutación era a una peculiar circunspección en el rostro, nada adusta, llena de amabilidad, pero que no dejaba de ser percibida y de impresionar al interlocutor. Con una impresión suave, amable también, pero muy clara y un tanto brusca, rápida⁴. Se trata de un fenómeno sencillo, nada estridente, pero patente y claro, y con efecto edificante que invitaba a la interiorización. Cuando ya nos era conocido y familiar el hecho e íbamos a hablar con ella personalmente o al conjunto de las hermanas de su monasterio, nos complacía fijarnos en esa sencilla pero evidente transformación (casi diríamos «espiarla»), muy clara, y, a la vez, nada espectacular, ni llamativa siquiera, pero obvia. Camino de su monasterio nos decíamos: «A ver si hoy también lo detectamos». Pues bien: la expectativa nunca nos defraudó, el cambio se produjo siempre.

De color habitualmente encendido, el tono de su rostro subía de intensidad; la mirada se hacía seria e intensamente brillante. Se hacía patente la fuerza de la atención, recogida, concentrada. No atención ‘a todo’ o ‘a cualquier cosa’, no dispersa, sino sumamente focalizada, dirigida de forma muy determinada a ‘algo’ o a ‘alguien’, puesta, con toda precisión, en ‘algo’ o en ‘alguien’. A partir de ese momento, ella era fundamentalmente, quizá exclusivamente, receptiva, apenas nos es posible rehacer algún diálogo, o recordarla hablando, probablemente porque ella no se expresó; ella era, sencillamente, la que escuchaba. Lo elocuente entonces no podía ser su palabra, sino su gesto, su ademán, lleno de fuerza en su sencillez y suavidad. ¿Como interpretar ese hecho?

4. Advierte ya la Sagrada Escritura que las acciones del Espíritu Santo son *cum festinatione*, aprisa, rápidamente.

La raíz

Cuando uno halla en santo Tomás la expresión «*gravitas animae*», se tiene la convicción de que tendrían que ser esas palabras precisamente las empleadas para *denominar con total exactitud* el aspecto físico de la *última fase* de aquel fenómeno (uso esta palabra, de momento, en el sentido más elemental y llano, sin prejuzgar nada). En esa circunstancia comienza a haber seriedad; ya no hay risa, ni sonrisa siquiera. Pero no se trata de una seriedad adusta, mucho menos aún torva, sino totalmente amable, cercana, acogedora, suave, atrayente. En el rostro se refleja, a un mismo tiempo y por paradójico que pueda parecer, serenidad y anhelo, ansia e indecible paz, tensión y calma. Hay una atención especial. Quien lo presencia tiene la seguridad de que por parte del protagonista no sólo se oye, sino que se escucha, no sólo se ve, también se mira, y uno y otro, además, con gran atención. Pero un escuchar y un mirar natural o espontáneamente inexplicables, de los que el contenido trasciende a emisor y a receptor.

¿Cuál es el contexto, en santo Tomás, en que aparece esa *gravitas animae*, así denominada por él? Se encuentra en la *Suma de Teología*, II-II, 168, 2, en un contexto curioso. Se pregunta santo Tomás: «¿Puede existir alguna virtud en el juego?» Y él mismo responderá afirmativamente, reconociendo que el juego es incluso necesario en la vida humana⁵. Advierte, sin embargo, que se han de evitar algunas cosas en él. Una de ellas, «que se pierda totalmente la gravedad del espíritu (*ne totaliter gravitas animae resolvatur*)»⁶.

5. «Ludus est necessarius ad conversationem humanae vitae» II-II, 168, 3 ad 3m.

6. «Utrum in ludis possit esse aliqua virtus». Responderá, entre otras cosas, «...Aliud tamen attendendum est, ...ne totaliter gravitas animae resolvatur»: II-II, 168, 2 resp. No deja de ser bien sugerente que tuviese lugar, en una personalidad con tanto sentido del humor como la de sor Isabel, la concentración de seriedad (llamémosla, de momento, así) que comentamos. Ver L. JEAN LAUAND, *Deus ludens. O ludico no pensamento de Tomás de Aquino e na pedagogia medieval*, Sao Paulo 1998.

El don del Espíritu Santo pertinente para intervenir en la situación descrita, interpretando los diversos elementos que la integran creo que sería el don de temor. Y probablemente como el que mejora la virtud de la templanza. El don de temor perfecciona primariamente la virtud de la esperanza, y secundariamente la de la templanza. El Espíritu Santo mediante el don de temor viene en ayuda del ser humano con su omnipotente moción para mantener esa *gravitas animae* (seriedad).

Dos palabras para interpretar esa actuación. Aclaremos ante todo que el temor presente en el don del Espíritu Santo creemos que no hay modo de aquilatarlo dentro de los márgenes tan cuidadosamente perfilados en la teología, por más que se hayan hecho sutiles disecciones. Todas las nociones de temor (mundano, servil, inicial, servilmente servil, etc.), pueden ser útiles para, a muy grandes y burdos rasgos, aproximar el tema, aunque quedando lejísimos de él. Probablemente se usa el concepto «temor» por la semejanza de algún elemento reactivo en el sujeto, una especie de concentración, de recentramiento o de movimiento centrípeto (atención a la presencia en todos estos vocablos de la noción 'centro'), con lo que ocurre en el repliegue que está presente también en el temor. Pero nada más. Lo terrible, lo sobrecogedor, lo magnífico, son referencias inexcusables al intentar expresar el sentimiento del hombre ante lo divino, ante Dios (*coram Deo*). «Cuanto más se le concede a una criatura acercarse a Dios, tanto más crece en ella la reverencia delante del Dios tres veces Santo; se comprende entonces la palabra de san Agustín: «Tú puedes llamarme amigo, yo me reconozco siervo». O bien la palabra, para nosotros más familiar, pronunciada por aquella que ha sido gratificada con la más alta intimidad con Dios: «Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava» (Lc 1, 48)⁷». Pero la realidad es

7. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana*, 15 de octubre de 1989, n° 30 C.

inefable, y cualquier expresión es reflejamente percibida casi como blasfema⁸. En una palabra: nada que ver con el miedo tal como ordinariamente lo entendemos. Nos sentimos especialmente obligados a esta pequeña explicación, que quizá pueda parecer un tanto banal e innecesaria, pero que creemos útil porque nos es conocida la reticencia y un cierto rechazo del vocablo 'temor' cuando es referido a la relación del hombre con la divinidad. Y ello por razones tan atendibles como la noción de Dios como Padre, y de la intimidad y confianza que en Él se debe fundar.

Atribución a la oración de recogimiento

Quizá ilustra mejor el contenido del temor, tal como está presente en el don del Espíritu Santo, el modo o grado de oración que lo incluye. Quiero decir, si el fenómeno mismo de que venimos hablando, como religioso que es ha de ser asimilable o concomitante a un determinado modo o grado de oración (hecho, también, religioso), creo encontrar la máxima similitud con *la oración de recogimiento*. Brotaría del desbordamiento o redundancia en lo corpóreo de la atención coyunturalmente puesta en algún asunto del área de la contemplación y/o ya sometido a la mirada contemplativa.

La contemplación es *mirada* de fe, puesta en Jesús; esa atención a él es simultáneamente renuncia al 'yo'. Es *escucha* de la palabra de Dios obediente en la fe, acogida incondicional del siervo y adhesión amorosa del hijo. Es *silencio*, amor silencioso. Aquellos primeros rayos de luz divina que con un nuevo y no conocido esplendor alumbran y deslumbran, inundan por dentro y por fuera, cautivan y

8. 'Reflejamente', quiero decir, al 'volver' sobre lo expresado; 'blasfema': no porque haya voluntad de ofender a Dios, sino por la enorme distancia a que queda de Él lo dicho; casi a la misma que una blasfemia... Este sentimiento no ha sido raro en los místicos: ver Y.M. CONGAR en *Situación y tareas de la teología hoy*, Salamanca 1970, pp. 163-190.

alegran, vivifican e ilustran el entendimiento –*recogiéndole* aun sin que él lo procure–. Suelen durar muy poco: vienen de repente cuando menos se esperan, y, a lo mejor, en medio de la incomparable alegría, desaparecen como por encanto. Pero dejan el espíritu tan animado, tan cambiado, tan rico y tan lleno de vida y de energía que, a poco que se repitan o se prolonguen estas ilustraciones, producen como una renovación prodigiosa. «La entrada en la contemplación es análoga a la de la liturgia eucarística: *recoger* el corazón, *recoger* todo nuestro ser bajo la moción del Espíritu Santo, habitar la morada del Señor que somos nosotros mismos, despertar la fe para entrar en la presencia de Aquel que nos espera, hacer que caigan nuestras máscaras y volver nuestro corazón hacia el Señor que nos ama para ponernos en sus manos como una ofrenda que hay que purificar y transformar»⁹.

Esto es lo que suele llamarse estado de *oración de recogimiento*, el cual es *infuso* y muy superior al *adquirido* con nuestros esfuerzos y diligencias. La tarea humana apenas si puede hacer algo para alcanzarlo: Dios lo da cuando quiere y como quiere. Mas no por eso debemos dejar de disponernos para recibirlo sin resistencia, y no endurecer nuestros corazones cuando se deje oír la invitación divina. Pues en esta oración el alma aprovecha y se ilustra más en un solo momento, que con años enteros de serias y penosas consideraciones. Tal es el *primer grado de la contemplación* clara y distinta que suele venir después de la oscura, confusa e imperceptible del *silencio* y del *primer sueño espiritual*, en que la luz recibida apenas se advierte más que por los saludables efectos que en el alma produce; aquí se producen de un modo notorio –advirtiendo bien el alma que le vienen de Dios– otros efectos aun mucho mejores.

Mientras que la *meditación* se dedica al discurso, en la *contemplación* no se discurre, ni se compara o raciocina; de

9. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2711.

una simple y tranquila mirada se ve y se admira todo de un golpe, y con una claridad y unos efectos tales, que exceden incomparablemente a cuanto se pudiera lograr a fuerza de discursos. Verdad es que también llevan a cierta manera de *contemplación adquirida*, cuando, después de mucho considerar por partes un asunto y penetrarlo bien, se queda uno mirándolo todo a la vez, con paz y serenidad, apreciándolo así mejor que si con trabajo se fueran examinando los detalles. Pero esta contemplación, tras de ser poco duradera, es muy inferior a la notoriamente *infusa*, en que sin esfuerzo ninguno, sin previa preparación, y aun cuando menos se piensa y se procura, de repente queda el alma llena de luces y de afectos. Aquí las potencias, que antes estaban inquietas, divagando, sin ser posible recogerlas, se recogen ellas mismas suavemente, porque oyen el silbo del amoroso Pastor que las llama y las atrae para confortarlas e ilustrarlas¹⁰.

La mente que en un principio acostumbra a ocuparse en la *consideración* de los misterios, es elevada por una atracción de la gracia de tal manera que se maravilla de ver que, sin ningún trabajo, su entendimiento queda engolfado e iluminado en los divinos atributos, donde permanece tan fuertemente adherido, que nada hay que lo separe. Está el alma durante estas ilustraciones sin poder obrar por sí misma; pero recibe y experimenta las operaciones de Dios, mientras place a su bondad obrar en ella. Después queda como una esponja metida en ese gran Océano¹¹. El conocimiento adquirido en la meditación es oscuro y poco eficaz, pareciendo como el de cosa *pintada*, que impresiona poco; mientras que el de la contemplación es *vida*, y atrae y cautiva todos nuestros afectos. El cambio producido en nuestra conducta por la meditación se hace lentamente y paso a

10. «Aquí, dice santa Teresa (*Moradas cuartas* 4, 2), no están las potencias *unidas*, a mi parecer, sino *embebidas*, y mirando espantadas qué es aquello».

11. SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del Amor de Dios* 1.6, c.7.

paso, mientras la contemplación hace correr e incluso volar hacia la perfección.

Oigamos a santa Teresa: «*Y no penséis que es por el entendimiento adquirido, procurando pensar dentro de sí a Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí. Bueno es esto y excelente manera de meditación, porque se funda sobre verdad, que lo es estar dentro de nosotros mismos; mas no es esto, que esto cada uno lo puede hacer (con el favor del Señor, se entiende todo). Mas lo que digo es en diferente manera; y que algunas veces, antes que se comience a pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor. Que no fue por los oídos, que no se oye nada; mas siéntese notablemente un recogimiento suave al interior, como verá quien pase por ello, que yo no lo sé aclarar mejor. Paréceme que he leído que como un erizo o tortuga cuando se retiran hacia sí; y debíalo de entender bien quien lo escribió. Mas éstos, ellos se entran cuando quieren; acá no está en nuestro querer, sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced. Tengo para mí que cuando su Majestad la hace, es a personas que van ya dando de mano a las cosas del mundo*»¹².

Según esta descripción teresiana, la oración de recogimiento infuso se caracteriza, ante todo, por la unión del entendimiento con Dios, «el cual, con su hermosura y claridad infinita, lo atrae y embelesa por de fuera, o sea, objetivamente; mientras por dentro, con su omnipotente virtud, lo posee, cautiva y conforta, enriqueciéndole con los preciosos dones de ciencia, consejo e inteligencia, mediante los cuales le hace penetrar como de un golpe en ese mundo superior donde resplandecen sus inefables maravillas»¹³.

12. TERESA DE JESÚS, *Moradas cuartas* 3, 3.

13. JUAN G. ARINTERO, *Grados de oración*, a.8.

IV. EN UNA PALABRA

Lo afirmado hasta aquí requiere una comprobación. Se trata de un cierto contraste para determinar si lo supuesto por nosotros responde o no a la realidad de las cosas. Se nos impone la tarea de confirmar si los que se suponen efectos de la actividad contemplativa se dan efectivamente en sor Isabel.

En el aspecto físico los rasgos aludidos (el color encendido, el brillo en la mirada, la intensa atención, la seriedad) serían, de forma sencilla, la manifestación de la visión y el amor experimentados al ocupar su mente en la realidad de Dios y quedar ofuscada por los rayos de luz sobrenatural, que en una sola mirada sencillísima hace ver claras y concretas las cosas espirituales y divinas ilustrando en la misma mirada, el conjunto y los pormenores ofrecidos.

En el aspecto espiritual y conductual, bastará con confrontar lo que se le atribuye por los que de ella hablan según lo que vieron y comprobaron en ella con lo que les suelen adjudicar los tratadistas espirituales. «Romper con las mil bagatelas» de la vida ordinaria, «recogimiento habitual», «viva presencia de Dios», «luces vivas sobre Dios y sus misterios»¹⁴. Y por si pudiera extrañar en una religiosa contemplativa sus capacidades notables de decidir, su prudencia, su inteligencia práctica, etc., será bueno recordar a Teresa de Jesús: «Creedme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor»¹⁵. Esto es lo que se «pide» a los contemplativos.

14. Ver ROYO, *Teol. de la perfección...*, p. 659s.

15. *Moradas*, 7, 4, 12. Cf. *Ib.* 13; *Cuentas de conciencia*, 5^a, 5; *Meditaciones sobre los cantares*, 7, 3. En este último lugar: «Entiendo yo aquí que pide [al esposo] hacer grandes obras en servicio de Nuestro Señor y del prójimo, y por eso huelga de perder deleite y contento; que aunque es vida más activa que contemplativa, y parece perderá si le concede esta petición, cuando el alma está en este estado, nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María; porque en lo activo y que parece exterior, obra lo interior, y cuando

Lo que sor Isabel «dio», fruto de lo que atesoró, lo encontramos volviendo a ella. Enumeramos a continuación una serie de características desde las que remitimos (solamente en las que cuentan con más insistencias) a los lugares donde se encuentran citadas o aludidas tales características. Lo podríamos haber hecho con todas, pero no será difícil al lector realizar tal tarea en aquellas que no están indicados.

Tales características serían éstas:

EN «SU TESORO»: Presencia de lo sobrenatural (confianza) [CA 1, 2, 3, 5, 8, CB 69]. Gozo, alegría [CB 70, 71, 72]. Vida interior, oración [CB 66, 75, 76]. Luz viva de los misterios: Unión a Cristo [CA 10, CB 34, 38, 39, 43, 45, 46, 47, 73, 79, 80], Ascesis [CA 10, CB 35, 42, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56], Humildad [CA 11, CB 41, 67, 68], Amor [CA 7, CB 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 40, 44, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 81, 82, 83, 84]. Paz, Decisión, Sentido de la Trascendencia, María, Fe, Prudencia, Filiación divina, Vida, Perdón, Oración.

EN LA MUESTRA EPISTOLAR: Unión a Cristo [MA 3, MB 4, MC 8, MD 10, ME 11, MG 15, MH 19, MI 20], Entrega a los demás [MA 1, 2, MC 6, 7, 9], Alegría [MC 7, MH 18, MI 21], María [MB 5, MF 13], Amor [MF 14], Oración [MG 16], Paz [MH 17, MJ 22, 23].

ACERCA DE ELLA: Oración y piedad, Alegría, Vocación, Docilidad, Prudencia, Determinación, decisión, Amor, Fecundidad (Fundación en África), Disponibilidad, Oración [T7c, 11f, 14d], No negar nada a Dios, Equilibrio, Entrega a los demás, servicialidad, Inteligencia, Desprendimiento, pobreza, Lo ordinario, normal [T7j, 11b, 13i, 16c (extra)], Obediencia, Equilibrio, Bondad, cortesía, respeto.

las obras activas salen de esta raíz, son admirables y olorosas flores; porque proceden de este árbol de amor de Dios y por solo Él, sin ningún interés propio, y extiéndose el olor de estas flores para aprovechar a muchos, y es olor que dura; no pasa presto, sino que hace gran operación».

Creemos que sor Isabel, dotada de cuanto en ella vieron sobre todo sus hermanas de hábito, ahondó en efecto en todos esos rasgos, y penetró con sencillez y profundidad en su esencia hasta la última esencia y en su sustancia hasta la postrera base sustancial de todo. En ese espíritu profundo del ser humano reside la unión con Dios, natural y sobrenaturalmente.

Blosio¹⁶, uno de los buenos tratadistas místicos nos explica qué significa «perdersse en Dios»: «Resplandece en su centro una luz incomprensible, la cual dando de hito en hito en los ojos de la razón y del entendimiento los oscurece; mas queda abierto el ojo simplicísimo del alma, es decir, el pensamiento puro, desnudo y libre de toda imagen y levantado sobre el entendimiento. Aquí recibe el alma la palabra escondida, que Dios le habla en silencio interior y en lo más secreto. Digo, pues, que el alma enamorada de Dios, se deshace y desfallece en sí misma y, como convertida en nada, se encierra en el abismo del eterno amor, donde muerta a sí, vive en Dios sin hacer nada ni sentir más que aquel amor de que gusta». Creemos que sor Isabel acabó estando perdida en Dios.

En el final de sor Isabel, su entrega, se plasmó en las palabras que dijo al entrar en el quirófano; la aceptación, por parte de Dios, en su marcha de entre nosotros. Sólo hemos de desear que acierten quienes vieron *su siembra como promesa* de ubérrimo fruto, del que ya pueden dar fe, y la dan, quienes la conocieron o trataron alguna vez.

ALBERTO ESCALLADA TIJERO, O.P.
Salamanca

16. LUDOVICO BLOSIO (1506-1566), *Institutio vitae spiritualis*.

Textos de Fray Luis de Granada

DEL FRUCTO DE LA ORACIÓN MENTAL

En otra parte declaramos ya cómo ninguna diferencia esencial había entre la oración vocal y mental, pues como la una es acto de aquella nobilísima virtud que llaman religión, así también lo es la otra, y ambas tienen un mismo oficio, que es pedir limosna a nuestro Señor, aunque la una la pide con solo el corazón, y la otra con el corazón y con la boca juntamente. Solamente podrá aquí entreenir alguna diferencia accidental por parte de las circunstancias con que se puede hacer la una oración y la otra. Porque siendo verdad que la devoción y espíritu con que oramos es como vida de la oración, tanto una oración será más excelente que otra, cuanto se hiciere con mayor espíritu y devoción. Por dónde, si el que reza por unas cuentas o por un libro, ora con mayor espíritu y devoción que el otro, ésa será mejor oración. Porque orar desta manera es muy gran parte para ser oído, según aquello del Salmo, que dice: Clamé con todo mi corazón, óyeme, Señor. Y en otro lugar: El deseo de los pobres oyó Dios, esto es, la oración que se hace con espíritu: porque no es otra cosa orar en espíritu, sino pedir con entrañables sospiros y deseos del corazón, como ya dijimos. Tal fue la oración de Ana, madre de Samuel, que viéndose acosada de su competidora, hizo oración a Dios con grande ansia de su corazón, de donde le vino que con la fuerza y embebecimiento del espíritu hacía tales gestos por defuera, que el sacerdote Helí creyó que estaba beoda: mas no era cierto del vino que él pensaba, sino del vino de la devoción que se había exprimido en el lagar de su ánima con el husillo de la tribulación.

Mas aquí es de notar que también llamamos oración mental a la meditación y consideración de las cosas de Dios, aunque cuando en esto nos ocupamos, no pidamos por entonces nada. Y esta consideración no se puede negar sino que es de grande y inestimable provecho. Porque así como la especulación y estudio de las ciencias humanas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría humana, así la consideración de las cosas divinas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría divina, que es el mayor de los dones del Espíritu Sancto, al cual se ordenan todos los otros.

Y demás desto, esta consideración es un muy principal medio para alcanzar la verdadera devoción, que hace al hombre ligero y prompto para toda virtud (como luego diremos) que es la cosa que más declara y engrandece la excelencia deste ejercicio.

Trae también consigo esta manera de orar otro gran provecho, que es la digestión y sentimiento de las cosas espirituales. Porque el que reza por sus horas o por sus cuentas, pasa por las cosas más ligeramente hasta llegar al término de su oración y dar cabo a sus devociones ordinarias: mas el que considera, no tiene cuenta con esto, sino con estarse en una palabra de la Escripura, o en un misterio de la vida de Cristo, todo el tiempo que halla que rumiar en ella, que a veces acaesce durar por grande espacio, como se lee de S. Francisco, que toda una noche entera se estuvo repitiendo estas dos palabras: Dios mío, conózcate a ti, y conózcame a mí. Y mucho más aprovecha un misterio desta manera considerado, que muchos otros pasados apresuradamente y de corrida. Bien es verdad que también el que reza por un libro podría hacer esto mismo, si todas las veces que llegase a un paso dulce y devoto, hiciese allí una estación, y se pusiese a considerar despacio lo que allí el Espíritu Sancto le diese a sentir. Y así hay algunas personas que se están un gran pedazo de tiempo rezando la oración del Pater noster, o el Símbolo de la fe (que es

el Credo) deteniéndose en la consideración de los misterios que allí se contienen, con grande gusto y aprovechamiento. Y esta manera de rezar (demás de ser muy fácil a todo género de personas) es de grande provecho, y es la misma que aquí enseñamos y encarecemos, que es la que tiene aneja a sí la consideración.

DE LA MATERIA DE LA ORACIÓN MENTAL

Porque por la oración mental entendemos también la consideración de las cosas de Dios (como acabamos de decir) será bien declarar aquí cuál sea la materia desta consideración, que es el argumento proprio deste tratado. A lo cual brevemente se responde que todas aquellas cosas que pueden mover nuestro corazón a amor o temor de Dios, aborrescimiento del pecado y menosprecio del mundo, etc. son materia desta consideración, y así todas las Escripturas sanctas, y todas las vidas y ejemplos de los sanctos, y finalmente toda la fábrica deste mundo con todas cuantas criaturas hay en él, porque de todo esto saca el varón devoto materia de consideración. Pero entre todas estas cosas señala Sancto Tomás dos, en la 2.2, en la c. 82/ a. 5, donde dice que la verdadera devoción se despierta en nosotros con la consideración así de las perfecciones de Dios como de sus beneficios, y también con la consideración de nuestros propios defectos y peccados: porque con lo uno aprovechamos en la caridad, y con lo otro en la humildad, y así lo uno es como echar raíces firmes en lo bajo, y lo otro como crescer y subir a lo alto: y lo uno y lo otro es necesario para el aprovechamiento de la vida espiritual. Y para mayor declaración desto añadiré aquí lo que el cardenal Cayetano dice sobre este artículo de Sancto Tomás por estas palabras, que son mucho para notar.

En este artículo tercero debes notar dos causas intrínsecas que el Sancto Doctor señala de la devoción, las cuales son, por una parte la meditación de las perfecciones de

Dios y de sus beneficios, y por otra, la consideración de los propios defectos. A la primera parte pertenesce la consideración de la bondad, misericordia, justicia, caridad y hermosura de Dios, con todos los atributos y perfecciones suyas, y señaladamente la de la caridad y amor para con todos los hombres y particularmente para con cada uno dellos. Item, la consideración de los beneficios divinos y señaladamente de la creación, la redención, el bautismo, el Sacramento del altar, las inspiraciones divinas, los llamamientos y voces de Dios, o por si o por otras causas segundas, el habernos esperado tanto tiempo a penitencia, el habernos misericordiosamente preservado de tantos peligros así de cuerpo como de ánima, y el haber diputado sus mismos ángeles para nuestra guarda, con todos los otros beneficios suyos.

A la segunda parte pertenesce la consideración de sí mismo, conviene saber, de los propios defectos y miserias así de las culpas presentes como de las pasadas, la facilidad y promptitud tan grande que tenemos por parte de nuestro apetito para pecar, el estrago de la propria hacienda (que es, de las habilidades y bienes de naturaleza que Dios nos dio) por haber habituado las potencias de nuestra ánima a mal obrar; la habitación en esta región tan distante y tan apartada de la conversación y amistad de Dios, la perversidad de nuestro apetito, que más siente los provechos y danos temporales que los espirituales, la desnudez y pobreza de las virtudes, las heridas y llagas espirituales de nuestra ánima, que son ceguedad, malicia, concupiscencia y flaqueza, las cadenas con que estamos atados de pies y manos, que son los impedimentos grandes que por parte de nuestra carne tenemos para bien obrar, el estar en tinieblas y hedores y amarguras, y no sentirlo, no oír la voz del pastor que nos llama de dentro, y sobre todo esto, haber hecho tantas veces a Dios nuestro capital enemigo pecando mortalmente, y por consiguiente, haberle hecho tan grande injuria como si no lo quisiéramos tener por Dios, y haber puesto

en su lugar y hecho dioses al vientre, y al dinero, y a la honra, y al deleite, y otras cosas semejantes, las cuales antepusimos y preciamos más que a Dios.

Pues con estas meditaciones, las cuales habían de ser cotidianas a los Religiosos y a todas las personas espirituales (dejado aparte el mucho hablar de las oraciones vocales, cuando no son de obligación) se engendra la devoción, y con ella juntamente todas las otras virtudes. Y no merecen nombre de Religiosos ni Religiosas ni de personas espirituales los que a lo menos una vez al día no se ejercitan en esto. Porque así como no se puede alcanzar el efecto sin la causa, ni el fin sin el medio, ni el puerto sin la navegación que para él se ordena, así tampoco se puede alcanzar la verdadera religión sin frecuentar y repetir los actos de las causas y medios de donde ella procede. Hasta aquí son palabras de Cayetano, en las cuales ves cuánto alaba y cuán encarecidamente encomienda aquí el ejercicio desta meditación. Porque primeramente dice que con la consideración cotidiana destas cosas se engendra la devoción, y con ella consecuentemente todas las otras virtudes, cuyo estímulo es la devoción. Lo segundo, que no merecen nombre de Religiosos ni de personas espirituales los que a lo menos una vez al día no se recogen un poco para vacar a este sancto ejercicio. Lo tercero, que así como no se puede conseguir el fin sin los medios, y el puerto sin la navegación, así tampoco la pureza y perfección de la religión, sin los ejercicios de la oración y consideración, que son las causas della.

Y lo que dice que para esto se debe dejar el mucho hablar de las oraciones vocales, no lo dice para condenar por esto el uso de la oración vocal, porque no es cosa que cabe en entendimiento de hombre de razón, alabando la oración mental, condenar la vocal. Porque si es sancta cosa llamar a Dios con el corazón ¿cómo puede ser no sancta añadir a la voz del corazón también la de la boca y de la lengua que él crió para su alabanza? Mas dice esto para condenar no el uso, sino el abuso de las oraciones vocales de

algunas personas que rezan tan apresuradamente, tan de corrida y tan sin atención y devoción, que ningún fruto o casi ninguno sacan desta manera de rezar. Y aun algunas veces en lugar de fruto sacarán daño, cuando ya que se ponen a rezar y hablar con Dios, no hacen esto con la reverencia y atención y con las otras circunstancias que debrían, como lo declara este mismo doctor en la Suma de Pecados. Y pluguiese a Dios no fuesen muchos los que en esta culpa caen. Mas quien mira de la manera que muchos clérigos y sacerdotes el día de hoy rezan y cantan las horas y el Oficio divino así en público como en secreto, y el poco fruto y devoción que desto sacan, verá claramente con cuánta razón reprehende este doctor, no el uso, sino el abuso desta manera de orar.

Todas cuantas veces leo esta doctrina, confiésote, cristiano lector, que me maravillo mucho de ver en cuán pocas palabras comprendió aquí este doctor todos los ejercicios y cuasi toda la doctrina de cuantos libros espirituales hay: porque quienquiera que atentamente los leyere, verá que aunque en la manera de las palabras parezcan diferentes, pero en la substancia ni dicen más ni pretenden más de lo que este doctor enseñó, ni aun encarecen y autorizan más sus ejercicios, de lo que éste los encareció. Por dó parece claro cómo la Iglesia se rige por un mismo Espíritu, cómo todos los siervos de Dios tienen un mismo maestro, pues todos vienen a dar en un mismo fin en un mismo camino. Haz tú lo que este doctor enseña (que es señalar cada día un pedazo de tiempo para pensar en tus pecados y en los beneficios de Dios, entre los cuales el más principal es el de nuestra redención, donde entran todos los misterios principales de la vida de Cristo) y trabaja como animal limpio por rumiar las palabras y obras de la vida deste Señor, que ni es otra cosa el rosario de nuestra Señora ni otra la que todos los libros devotos enseñan. Todo es un mismo manjar: mas como son diversos los gustos, unos lo guisan de una manera, y otros de otra. Lea quien pudiere los opúsculos de

S. Buenaventura que fue un doctor tan señalado en letras, en devoción, en religión y en prudencia de gobernar (pues a los trece años de su profesión fue General de su Orden y después Cardenal) y ahí verá cuántas maneras de potajes hace este sancto de la vida y pasión de Cristo enseñándola a meditar unas veces por las horas del día, otras por los días de la semana, otras reduciéndola a himnos y oraciones vocales, otras haciendo della un árbol de la vida del Crucificado. Y todo esto hada el sancto varón porque entendía por una parte cuánto nos importaba este sancto ejercicio, y por otra cuál diferentes eran los gustos de los hombres, y por esto guisaba este manjar de tantas maneras.

Para declaración del fructo que de aquí se sigue, no alegaré más de lo que este sancto doctor alegó, que es la experiencia de muchas personas que él escribe en su tiempo grandemente aprovechadas por medio destes ejercicios: y lo mismo podemos alegar agora, pues quienquiera que mirare este negocio con claros ojos, hallará por cierto que todas las personas que tienen sus tiempos diputados para emplearse en estas sanctas meditaciones y consideraciones, regularmente hablando, están más aprovechadas en el servicio de Dios y en el camino de las virtudes, y más promptas para todas las obras de piedad y misericordia, y para todos los trabajos y asperezas de la en qué derramarse la vista.

Puesto el hombre en este lugar, y armando el corazón y la frente con la señal de la cruz, levante los ojos de su ánima a considerar estas tres cosas, conviene saber, qué va a pedir: y qué va a hacer, y con quién va a hablar.

Cuanto a lo primero, si mirare qué va a pedir, hallará que va a pedir gracia y gloria, con todo lo demás que para estas dos cosas le pueden ayudar, que son las mayores que se pueden pedir: cuya petición, para que sea eficaz, ha de ir acompañada con todas aquellas condiciones que arriba pusimos, y señaladamente con una grande atención y humildad de corazón, como allí se declaró, porque estas cosas hacen que las tales peticiones no vuelvan vacías.

Pues si pasas adelante y miras lo que vas a hacer, hallarás que vas allí a procurar el espíritu de la devoción por medio de la consideración de las cosas de Dios (que es causa della) y por aquí verás que aun para esto es menester más que para lo pasado, pues (como dijimos) basta para impetrar la atención que llaman virtual, aunque falte la actual, mas no basta para alcanzar devoción (como dice Sancto Tomás) porque este buen afecto procede desta actual atención y consideración de las cosas de Dios. Por dónde verás con cuánta solicitud y cuidado debes entender en este negocio, para que no se te derrame el corazón) porque de otra manera no alcanzarás lo que pretendes.

Mas si miras lo tercero, que es con quién vas a hablar, hallarás que vas a hablar con aquella soberana Majestad que hinche cielos y tierra: por lo cual entenderás, no sólo con cuánta atención, sino también con cuánta humildad y reverencia debes hablar sobre tan importantes negocios con tan grande Majestad.

Y para mejor sentir esto, y entender que cuando estamos en oración, no hablamos al aire, ni que está lejos de nosotros el que nos ha de oír, pongamos ante los ojos la presencia deste Señor, que está en todo lugar, no sólo por potencia y presencia, sino también por verdadera y real esencia. Porque dondequiera que hay algo que tenga ser, allí está él como causa y fuente de ser, dándolo a todas las criaturas: porque la causa y el efecto de necesidad han de estar juntos y tocarse uno a otro. Y por esto en todo lugar es necesario que esté Dios presente: y así lo contemplaba el profeta Elías cuando decía: Vive el señor Dios de los ejércitos, en cuya presencia estoy. Pues así has de entender que lo está él a tu oración, oyendo tus palabras, mirando tu devoción y deleitándose en ella: porque aunque universalmente asista a todas las cosas, mas particularmente asiste a los que oran, como nos lo denuncia la Escritura divina, diciendo: No hay nación en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cercanos a sí como nuestro Dios asiste a

todas nuestras oraciones. Pues ¿qué más quieres tú, que saber tan cierto (aunque no lo veas con ojos de carne) que te ve y te oye desta manera Aquél que tan piadoso y poderoso es para remediar tu vida?

Pues cuando delante dél así te veas, debes hacerle una profundísima reverencia. Y llamo aquí reverencia un reconocimiento de la majestad de Aquél a quien vas a hablar. Para lo cual debes levantar un poco los ojos a pensar la grandeza, la majestad, la infinidad, la inmensidad, la omnipotencia, la sabiduría, la bondad, la hermosura, y las otras perfecciones deste soberano Señor, las cuales sobrepujan todo entendimiento criado: porque esta consideración bastará para que te humilles hasta el polvo de la tierra, y encojas tus alas, y te sumas en los abismos en presencia de tan grande Majestad. Y ésta misma te hará estar con temor y temblor delante este Señor, porque cuanto tu corazón estuviese más tomado deste temor, tanto menos se descuidará ni derramará en otros pensamientos peregrinos.

Hecha esta reverencia (porque el justo al principio es acusador de sí mismo) comience luego a acusarse de sus pecados trayendo sumariamente a la memoria la mala vida pasada, y pidiendo humildemente perdón della, para que con esto haga propicio al Juez con quien ha de negociar sus negocios. Para lo cual podrá decir con toda devoción la Confesión general, o el psalmo Miserere mei, Deus, o otra cosa semejante, para despertar con estas sanctas palabras la tibieza que el corazón suele tener al principio de la oración. Y no sólo pida al Señor perdón de los pecados, sino también ayuda para que aquel poco de tiempo que quiere llegarse a hablar con él, esté allí con aquel temor y reverencia que se debe a tan alta Majestad, y con aquella atención y humildad que se requiere para recibir el Espíritu Sancto y la gracia de la devoción que en aquel ejercicio se reparte a todos los que religiosamente perseveran en él. Esto basta para la preparación, en la cual puede el hombre extender las velas todo cuanto quisiere en el conocimiento

de sí mismo y de sus propias miserias, como adelante se declara.

También ayudará mucho para esta misma preparación (cuando el ánimo estuviere muy derramado) recogerlo con la lición de algún libro devoto o con algunas oraciones vocales (como arriba dijimos) porque éstas suelen ayudar mucho a recoger el corazón, cuando se rezan devotamente.

DE LA MEDITACIÓN

Después desta preparación síguese la meditación o consideración de alguna cosa de las susodichas en el capítulo precedente, conviene saber, o de algún paso de la vida de nuestro Salvador, o de alguno de los otros beneficios suyos, etc. porque esto es como el fundamento y substancia deste ejercicio. Y porque la principal materia desta consideración es la vida de nuestro Salvador, será bien declarar aquí en cómo nos hayamos de haber en ella.

Pues para esto será bien que el hombre lea primeramente en este libro, o en algún otro semejante el paso o pasos de la vida de Cristo que quiere meditar si no tiene ya en la memoria la substancia dellos, por haberlos otras veces leído: y cuando después quisiere rumiar esto y tratarlo en su corazón, debe hacer cuenta que aquel misterio pasa allí delante dél, figurándolo así en su imaginación, pues para semejantes cosas nos fue dada por Dios esta potencia. Y procure asistir allí con un corazón humilde, compasivo, amoroso y devoto, contentándose con mirar sencillamente y sin demasiada especulación aquel sagrado misterio que tiene delante, con las principales circunstancias que hay en él. Las cuales (si tratamos de la vida y pasión de Cristo) son cuatro, conviene saber, quien padece, por quién padece, por qué causa, y en qué manera, ¿Quién? Dios de infinita majestad, etc. ¿Por quién? Por el hombre, criatura tan ingrata y de desconocida. ¿Por qué

causa? Por sola bondad y misericordia. ¿Mas de qué manera? Con grandísima humildad, y caridad, y mansedumbre, y paciencia, y obediencia, etc. Éstas son las principales circunstancias que en estos misterios debemos considerar.

Aquí es mucho de notar que aunque este sancto ejercicio sea juntamente del entendimiento y de la voluntad, porque el entendimiento va considerando las cosas, y la voluntad sintiéndolas y aficionándose a ellas, pero mucha más cuenta se ha de tener con ejercicio de la voluntad que con el del entendimiento, por ser este más fructuoso. Porque muchos letrados hay que conocen muchas y muy altas cosas de Dios, que con todo esto le aman poco: y muchos filósofos dice el Apóstol que hubo en el mundo, los cuales también conocieron a Dios, mas no por eso le glorificaron ni sirvieron. Y por esto no pretendemos aquí tanto alcanzar conocimiento especulativo de Dios (aunque éste sea bueno) cuanto amor y temor suyo, aborrescimiento del pecado, menosprecio del mundo y de sí mismo, alegría en el Espíritu Sancto, y entrañable devoción, con otros tales afectos que son movimientos y obras de la voluntad, en las cuales consiste todo nuestro bien. Mas porque la voluntad (como arriba dijimos) es potencia ciega que no puede obrar sin que preceda alguna luz o obra de entendimiento (cualquiera que ella sea) por eso nos servimos aquí del entendimiento, para que alumbre, guíe y despierte la voluntad a estos sanctos afectos y movimientos. De suerte que así como el aguja es necesaria para coser, no porque ella sea la que cose, sino el hilo, mas no puede entrar el hilo sin ella, así también es necesario el uso del entendimiento para el de la voluntad, puesto caso que lo que principalmente se pretende, sea el de la voluntad: aunque bien veo que no es en todo semejante la comparación, sino sólo en que lo uno es medio para lo otro. Por donde así como sería grande yerro gastar el hombre todo su tiempo y trabajo en los medios dejando el fin, así también lo es el de algunos que poniéndose a considerar estos sagrados misterios, más usan

del entendimiento que de la voluntad, y más parece que están allí estudiando para predicar, que meditando para orar y para aficionarse a las cosas de Dios.

Pues para evitar este inconveniente, trabaje el hombre por aplicar, lo más que pudiere, el sentimiento de su voluntad a estos misterios, pensando en ellos con un corazón humilde, devoto, amoroso, temeroso y encogido ante la presencia de Dios, con quien está tratando: porque éste es el fin y el principal fructo deste ejercicio. Ca no dieron los ángeles, cuando el Señor nació, paz a los hombres de buen entendimiento, sino a los de buena voluntad: en cuya reformation está nuestra sanctificación, pues muchas veces vemos que se halla buen entendimiento sin buena voluntad; mas nunca se halla buena voluntad sin sano entendimiento.

Bibliografía

URBANO FERRER, *¿Qué significa ser persona?* (Biblioteca Palabra 21), Ediciones Palabra, Madrid 2002, 286 pp.

Una de las corrientes más importantes del pensamiento cristiano de las últimas décadas es la corriente personalista. Esta corriente agrupa a un conjunto de autores que tienen en común la centralidad del concepto persona e intentan señalar las consecuencias que su valor tiene para el comportamiento ético y la vida social. La presente obra del profesor de ética de la universidad de Murcia hace un repaso a algunos de los autores de esta corriente (Kant, Max Scheler, Taylor...).

La obra está dividida en dos partes. En la primera de ellas se ofrece un acercamiento a la problemática de la persona. En primer lugar, se ofrece el surgimiento del pensamiento sobre la persona a partir de las insuficiencias del sujeto transcendental. La clave para entender la aparición del concepto «persona» en la fenomenología se encuentra en la teleología que el yo imprime en sus actos. Aunque los autores analizados coinciden en el planteamiento básico, difieren en el modo de entender su articulación. De este modo el autor presenta las diferencias existentes entre la concepción de Max Scheler y Edith Stein. En un segundo momento, se destaca que en el concepto de persona el yo se encuentra vinculado a su entorno social, aunque la persona es irreductible a su entorno social. Por último, el autor analiza el problema de la identidad personal. En esta parte de la obra queda claro que una de las características más propias del concepto de persona es su imposibilidad de ser objetivado, por lo que la identidad personal no puede ser resultado de criterios dados, sino que es la persona lo que es dado de modo irreductible. A lo más que puede aspirar el pensamiento es a describir los marcos en los que se da la persona. Este marco se encuentra caracterizado por el espacio público, la historia, el lenguaje y la pertenencia a una cultura.

Una vez realizada esta aproximación, en la segunda parte de la obra se ofrece un estudio sistemático de la realidad personal. Arrancando de las características del ser personal se analiza la relación de la persona con la sociedad. Esta presentación sistemática finaliza con el análisis de la persona como ser moral. En esta parte se vuelve a insistir en la irreductibilidad del ser personal y en su condición de dato previo que desborda cualquier intento de identificación objetiva. La relación de la persona con el mundo social es desarrollada desde las instituciones concretas en las que se realiza esta relación: la familia, la nación, el estado. En el análisis de la dimensión moral

de la persona, el autor deja claro que la dignidad personal es irreductible y no depende de la dignidad que cada sujeto sea capaz de expresar en las realizaciones concretas de sus actos morales.—*Ricardo de Luis Carballada*.

RICARDO CUADRADO TAPIA, *Diccionario de valores. Juan Pablo II a los jóvenes del mundo*, EDIBESA, Madrid 2004, 524 pp.

En este libro se recogen en forma de diccionario las enseñanzas del papa Juan Pablo II, dirigidas a los jóvenes durante sus audiencias generales de los miércoles y en otras alocuciones pronunciadas durante sus 102 viajes apostólicos y misioneros por 129 países. Abarca los viajes realizados hasta el año 2003.

Es un libro dirigido a los jóvenes de habla hispana y a quienes comparten su vida con la juventud como animadores. Con él se quiere ofrecer un material valioso para reflexiones o catequesis, útil para convivencias, encuentros y reuniones juveniles. Propone 214 *decálogos* formados a partir de las frases más impactantes y más esenciales de los discursos del papa. El procedimiento seguido en la composición de cada decálogo consiste en estudiar cada discurso, identificar el tema dominante y exponerlo en forma de decálogo; no es un estudio temático elaborado de forma sincrónica, sino que cada discurso es analizado y presentado de forma independiente de los otros. El autor ha dedicado varios años en la realización de este trabajo. La dinámica propuesta para su utilización consta de los cuatro pasos siguientes: lectura, reflexión en grupo, oración y canto.

El diccionario no está ordenado por palabras, sino por frases alusivas a un tema capital para la fe cristiana o relacionado con las dificultades mayores que encuentran nuestros jóvenes a la hora de vivir su fe o relativo a los problemas humanos que también afectan a los jóvenes cristianos. Entre esos temas podemos destacar los siguientes: la necesidad de abrir el corazón a Cristo; la búsqueda de caminos de fraternidad y de paz; el acercamiento al sacramento de la reconciliación como ayuda necesaria en el crecimiento humano y cristiano, y como liberación del pecado que hay en cada ser humano; la solidaridad con las personas afectadas por el SIDA, solidaridad expresada en la oración, aprovechando la ocasión para preguntarse por el propio comportamiento sexual; la superación de las fuertes tentaciones de la evasión (droga, alcohol, sexo, etc.), del conformismo, de la indiferencia pasiva, del escepticismo, de la violencia y de la idolatría; el amor sin cálculos y sin límites o fracturas; la necesidad de anunciar a Cristo con el propio testimonio de vida; la búsqueda apasionada de la verdad; el amor a la Iglesia; la construcción de una «nueva Europa» y de un mundo mejor; el compromiso con la paz; el respeto hacia la naturaleza; la ayuda dirigida a otros jóvenes con el fin de resucitar en ellos la ilusión por la vida; etc.

Al final del diccionario encontramos un elenco de los viajes apostólicos realizados por Juan Pablo II y de los 14 países más visitados durante 26 años de pontificado.

Se trata sin duda de una buena herramienta de trabajo en el ámbito de la pastoral juvenil, y muy recomendable para los grupos que se toman en serio la reflexión cristiana y humana en este ámbito.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

LUIS FRAYLE DELGADO, *Pensamiento humanista de Francisco de Vitoria* (Aletheia 38), Editorial San Esteban, Salamanca 2004, 189 pp.

El poeta, traductor –de Dante, Vitoria y Leibniz–, filósofo y cate-drático de latín, Luis Frayle, nos ofrece en el presente ensayo una presentación y divulgación del pensamiento de Francisco de Vitoria, fundador, juntamente con Domingo de Soto, de la llamada «Escuela de Salamanca». Es importante volver sobre el pensamiento de este dominico del siglo de oro español, cuyo pensamiento ha sido luz no sólo para muchos pensadores, políticos, juristas y hombres de acción, tanto de su época, entre los que –como nos dice el autor– no son los menos importantes los misioneros de las Indias, sino también para las generaciones posteriores. En opinión del autor, este pensamiento debería ser más importante en nuestro tiempo, caracterizado por una humanidad convulsa por tantos enfrentamientos y disensiones, terrorismo, crímenes de lesa humanidad y guerras sin fin (cf. pp. 11-12).

A juicio de Luis Fraile, nos encontramos ante uno de nuestros pensadores más eminentes, cuyas teorías han influido, a la larga, de forma decisiva en la moral y el derecho, «que es lo mismo que decir en la buena marcha de los pueblos y naciones». Pero esto no siempre ha sido reconocido. Sus teorías fueron poco a poco impregnando el pensamiento de los principales intelectuales formados en Salamanca hasta llegar a influir en las Leyes de Indias.

Aquí se subraya que Vitoria es sobre todo un teólogo. En la base de sus teorías jurídicas está la persona humana y sus derechos. Los dos aspectos fundamentales, complementarios y unificadores de su concepción del derecho son: el *iusnaturalismo* y el *universalismo*. Esa es su aportación más valiosa y el legado a la posteridad que la Escuela de Salamanca recibió, conservó y desarrolló.

Este ensayo cumple su objetivo de acercarnos al pensamiento de este gran humanista español. En sus páginas se percibe el entusiasmo del autor por la figura y el pensamiento de Francisco de Vitoria. La repetición de algunas ideas no le quita mérito, sino que ayuda a fijarlas mejor.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

San José, un hombre *justo*

San José lleva el nombre de uno de los antiguos patriarcas, caracterizado por los «sueños» y por haber librado a su familia del hambre causada por una prolongada sequía. Entre los antiguos israelitas el nombre no se imponía al azar; muchas veces expresaba la actividad o el destino de aquel a quien se le daba; en otras ocasiones evocaba las circunstancias de su nacimiento o el futuro intuido o deseado por sus padres. En hebreo José significa «que Dios añade» (otros hijos) al que se le da este nombre.

Los escasos datos que tenemos de san José nos los han transmitido los Evangelios; pero sólo aluden a él para presentarnos a Jesús. Lo primero que nos dice san Mateo es que era descendiente de David y que su padre se llamaba Jacob. En cambio san Lucas nos dice que su padre se llamaba Helí. Para explicar esta contradicción, los Padres de la Iglesia recurrieron a una tradición transmitida por Julio el Africano (muerto después del año 240) y recogida por escrito por Eusebio de Cesarea. Según esta tradición, y

siguiendo la llamada «ley del levirato»¹, Jacob se habría casado con la viuda de su hermano Helí para darle descendencia al difunto; de este modo, José sería hijo de Jacob, según la naturaleza, e hijo de Helí según la mencionada ley.

El siguiente dato nos comunica que José era el esposo de María, la madre de Jesús. Ya estaban desposados cuando Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo. Entonces entre los israelitas, como entre casi todos los pueblos, el matrimonio constaba de dos momentos: en primer lugar, los desposorios, y luego venía el matrimonio propiamente tal, que concluía con la introducción de la esposa en la casa del esposo. Jurídicamente los desposados ya estaban vinculados entre sí. Aunque cada uno seguía viviendo con sus padres y no mantenían relaciones conyugales, los desposorios sólo podían disolverse mediante un acta de divorcio. Y si uno de los desposados moría, el otro pasaba al estado de viudez. Podemos suponer, sin riesgo de equivocarnos mucho, que cuando contrajeron matrimonio María tendría 14 años, mientras que José estaría en torno a los 18.

La iconografía tradicional, influenciada por los evangelios apócrifos, representa a José como un anciano. Esos evangelios pretendían explicar de forma razonable el hecho de que el Nuevo Testamento nos hable de los «hermanos de Jesús» y la práctica de la continencia por parte de José durante el nuevo matrimonio; por ello nos dicen que José era un hombre anciano y viudo cuando se casó con María y que anteriormente había tenido varios hijos. Según una

1. La palabra *levirato* viene del latín *levir*, y significa *cuñado*. El libro del Deuteronomio explica en qué consistía esta ley del siguiente modo: «Si unos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin tener hijos, la mujer del difunto no se casará fuera con un hombre de familia extraña. Su cuñado se llegará a ella, ejercerá su levirato tomándola por esposa, y el primogénito que ella dé a luz llevará el nombre de su hermano difunto; así su nombre no se borrará de Israel» (25, 5-6). En los casos que nos cuenta el Antiguo Testamento el niño nacido no lleva necesariamente el nombre del fallecido.

de esas leyendas, José tenía 89 años cuando se casó con María, y vivió aún hasta los 111 años. En razón de esta supuesta longevidad se convirtió en el patrón de la buena muerte. En realidad estas leyendas dañan la imagen de José que nos presenta el evangelio, y nos impiden comprender el verdadero alcance de su personalidad y de su misión. Hay otra leyenda relativa a los desposorios recogida igualmente por la iconografía clásica. En este caso se nos cuenta que para elegir un esposo a María, el sumo sacerdote del Templo reunió a todos los hombres no casados de la tribu de Judá; cada uno llevaría en la mano una vara y el esposo designado por el cielo debería ser reconocido por el florecimiento de esa vara. Sólo floreció la de José.

En el siguiente paso san Mateo nos cuenta muy brevemente un momento extremadamente crítico en la vida de José al enterarse de que su esposa estaba encinta. Se le planteó entonces un grave dilema: ¿qué hacer?, por un lado no quería encubrir el hecho aceptando como hijo a un niño del que no conocía al verdadero padre; y, por otro, estaba convencido de la inocencia de su esposa y no quería entregarla al riguroso procedimiento de la Ley, que acabaría con la vida de la madre y del niño mediante el procedimiento del apedreamiento. José era de esas personas que prefieren padecer una injusticia antes que hacérsela a otro. Aunque debió sentirse herido en sus sentimientos más profundos, y desconcertado ante ese acontecimiento tan inesperado, no quiso hacerle daño a su esposa. Pero la intervención de Dios, durante un sueño, vino a aclarar las cosas. Esa intervención es una anunciación del nacimiento del Salvador semejante a la que recibió María, según nos narra el evangelio de san Lucas. En ese momento José recibió la misión de cuidar y proteger a Jesús y a su madre, María, y crear un hogar para el Salvador de todos. En esa tarea concentró todas sus energías. El alcance de esa vocación única no lo descubrió de golpe, sino poco a poco en contacto con Jesús y las circunstancias de la vida; pero siempre se mostró

obediente a los planes de Dios por novedosos y desconcertantes que pudieran parecerle.

Desde ese momento José está presente en todos los acontecimientos que envuelven el nacimiento de Jesús y toda su infancia, adolescencia y tal vez su juventud y edad adulta. Estuvo presente en su nacimiento, no pudiendo ofrecer a su esposa más que un humilde establo donde dar a luz, y a su niño recién nacido un pesebre. En ese contexto José escuchó admirado lo que decían los pastores de su niño. A los ocho días lo llevó a circuncidar y le impuso el nombre que le había indicado el Ángel del Señor. A los cuarenta días, con su esposa, viajó con el niño a Jerusalén para presentarlo en el Templo; como era pobre sólo pudo rescatarlo con un par de tórtolas o dos pichones; allí escuchó las profecías del anciano Simeón y de la profetisa Ana. El Ángel del Señor se dirigió de nuevo a él en sueños para mandarle huir a Egipto y salvar la vida del niño de la ira asesina del rey Herodes. Muerto Herodes, el Ángel del Señor le habló otra vez en sueños para ordenarle que volviera a Israel. «Pero –nos dice el evangelista san Mateo– al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí; y avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea, y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliese el oráculo de los profetas: *Será llamado Nazareno*». Comparando a los Apóstoles con san José, Bossuet decía que aquellos tuvieron la misión de manifestar al Verbo encarnado mientras que éste último tuvo por misión ocultarlo.

Más tarde vemos a José angustiado, buscando a su hijo adolescente que se le había extraviado. No podemos imaginar el impacto que producirían en su corazón las palabras de Jesús cuando, en esa ocasión les dijo a sus padres: «¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?»; palabras que no podían menos de traerle a la mente su manera tan peculiar de ejercer la paternidad con respecto a Jesús.

Los evangelios nos informan también sobre el oficio de José, aunque la palabra que emplean, traducida normalmente por «carpintero», designaba en la época tanto a quien trabajaba la madera (serrador, carpintero, ebanista, escultor), como al constructor de casas e instrumentos agrícolas. Jesús ejerció este mismo oficio.

Por lo que se refiere a su fisonomía espiritual, san Mateo la retrata con una sola palabra: era un hombre «justo». Esa palabra, profundamente enraizada en la espiritualidad judía del tiempo, evoca la rectitud moral, el apego sincero a la Ley divina y una afectividad totalmente orientada hacia Dios². La palabra «justo» se aproxima bastante al sentido cristiano actual de la palabra «santo».

Como «padre», José introdujo a Jesús en las tradiciones religiosas de su pueblo; le transmitió el significado de la pascua, le enseñó a recitar el *semá*, le mostró la ciudad santa de Jerusalén, le paseó por el Templo, etc. En la intimidad de su relación filial con José, Jesús aprendió a decir «abba», expresión que luego emplearía para dirigirse a Dios Padre. Desde el punto de vista de la madurez humana y psicológica, José fue para Jesús el ideal de varón adulto.

Desconocemos la fecha de la muerte de José, pero podemos suponer que sucedió durante la adolescencia o juventud de Jesús o antes de que éste comenzara su ministerio público.

Aunque los Evangelios nos dicen muy poco sobre José, podemos leer entre líneas y descubrir en ellos una personalidad llamativa desde el punto de vista humano y religioso, caracterizada por la humildad, la obediencia sin reservas a los planes salvíficos de Dios y por una generosidad sin límites que le llevó a poner totalmente su existencia al servicio de Jesús.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

2. Cf. P. GRELOT, art. «JOSEPH (saint)», I. *Écriture, Dictionnaire de Spiritualité*, t. 8, Paris 1974, c. 1297.

Jesús felicita a los discípulos misericordiosos

*Jesucristo ha enseñado que el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a «usar misericordia» con los demás: «bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». La Iglesia ve en estas palabras una llamada a la acción y se esfuerza por practicar la misericordia (Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*).*

El texto de Mt 5,7 declara bienaventurados a los discípulos misericordiosos, a los que se promete que alcanzarán de Dios su misericordia. En otras traducciones o interpretaciones del mismo pasaje se llamará dichosos a los que socorren a los demás prometiéndoles a su vez que ellos serán socorridos por Dios. También se podría entender la bienaventuranza como una felicitación a los discípulos que son piadosos y ayudan a los demás, los cuales recibirán la recompensa de ser ayudados¹ por Dios.

Esta bienaventuranza es semejante a un grupo de pasajes en los que se declara que la medida que usemos con otros también ésta será usada con nosotros. Como dice Santiago 2, 13: *el juicio será sin corazón para quien no tuvo corazón.*

La persona misericordiosa es aquella que manifiesta tener una sensibilidad hacia la miseria y la desgracia del prójimo y que hace todo lo que está de su mano para ayudar.

1. A. MAGGI, *Las bienaventuranzas*, Córdoba 2001, p.105.

Por ese sentimiento y por su decisión, estos discípulos alcanzarán de Dios el mismo trato. Quien da recibe, quien perdona es perdonado, quien socorre al necesitado será socorrido en su necesidad.

Los discípulos misericordiosos

La cualidad de los protagonistas de esta bienaventuranza tiene para el evangelio la misma raíz que la acción de Dios: los misericordiosos alcanzarán misericordia.

La misericordia se orienta en el NT en dos direcciones. Una es la de perdonar, y la segunda es la de ayudar a quien se encuentra en una situación de necesidad. Por tanto, se es misericordioso perdonando a los pecadores y acogiendo con afecto a los que están en una situación dura y sufriente.

La misericordia conlleva, por un lado, la comprensión de las debilidades de los demás y, por otro, la ayuda eficaz y real al prójimo. Los elementos que podemos encontrar en la misericordia son:

1. la experiencia del sufrimiento ajeno;
2. la compasión por el necesitado;
3. la comprensión de su debilidad;
4. la necesidad de hacer algo eficaz por otro.

Los discípulos que son felicitados por Jesús en Mt 5, 7, son aquellos seguidores suyos que han experimentado y oído el clamor de la necesidad ajena, considerándola como propia, y están ayudando a otros en su situación de dificultad. No se trata sólo de un sentimiento experimentado sino también de un comportamiento que socorre al necesitado. Y aunque el *macarismo* claramente nos habla de actividad, no se nos especifica el tipo de actividad concreta realizada. Quizás esto se haga con el fin de no circunscribir la misericordia a una o varias posibles acciones. Se deja el texto indeterminado y se generaliza convirtiendo a la misericordia en un punto de partida de numerosas posi-

bilidades de actuación; por ejemplo, la misericordia hacia un necesitado puede expresarse en el perdón (Mt 18, 15-34) y en las diversas obras de misericordia (Mt 25, 31-36)².

La tradición de la Iglesia llama obras de misericordia a una serie de catorce actuaciones³, que naciendo del amor, tienen como objetivo beneficiar a los que padecen una necesidad. Un ejemplo es el libro de Tobías, donde se describe al anciano Tobías como un hombre justo y misericordioso que da de comer al hambriento y entierra a los muertos ajusticiados.

Los seguidores de Jesús que quieren vivir esta felicitación no deben sentirse como los fuertes que ayudan a los débiles en su necesidad⁴, sino como los hermanos que amorosamente se identifican con los que padecen la carencia o la dificultad. El discípulo no ayuda jamás desde la potencia y la superioridad, sino desde la identificación con el otro, como ha hecho el maestro.

Dios Padre, rico en misericordia

En el AT se habla abundantemente de la misericordia de Dios que constituye junto con la fidelidad uno de sus atributos más notables. En el libro de los Salmos se da tanta importancia a este rasgo distintivo de Dios que en diversas ocasiones se nos recuerda que su misericordia es eterna (Sal 117). También la profecía de Isaías (Is 40-66) insiste en los rasgos de la misericordia divina.

2. Cf. F. CAMACHO, *La proclama del Reino*, Madrid 1986, p.141.

3. Las obras de misericordia son catorce, siete de ellas son llamadas corporales y otras siete calificadas como espirituales. Las corporales son: visitar enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, redimir al cautivo, vestir al desnudo, dar posada al peregrino y enterrar a los muertos. Las obras de misericordia espirituales son: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos del prójimo y rogar a Dios por vivos y difuntos.

4. A. MAGGI, *Las bienaventuranzas*, Córdoba 2001, p.109

En la Biblia hebrea se declara que Dios es misericordioso porque salva a su pueblo, porque lo llama a la conversión y le da el don de la fe a los pecadores. En los textos veterotestamentarios se afirma que el valor y la perfección de la misericordia divina se manifiesta en la calidad de su perdón, que es sin límites.

Desde el punto de vista terminológico se suele describir la misericordia divina como fidelidad (*hesed*) y como ternura (*rajamín*) de Dios.

La palabra *hesed* (ternura) hace relación a tener una disposición favorable de la propia voluntad hacia otra persona, en concreto, de Dios hacia el hombre. Es amar, querer favorecer, hacer un regalo, es mostrar la bondad y la fidelidad hacia alguien. Y esto es una de las cosas que Dios hace con la humanidad: ser tierno y amarnos como Padre.

El término *rajamín* se traduce por entrañas, y más concretamente por útero. Es el sentimiento de relación con el otro, que no me es ajeno, y al que experimento como parte de mí, como en el caso de la madre respecto de su hijo. ¿Acaso Dios no tiene misericordia de sus hijos? La respuesta es evidente, sólo cabe responder que Dios tiene misericordia infinita con nosotros y que se conmueve por lo que nos sucede. Se alegra de nuestras alegrías y se compadece de nuestros males, como un padre lo hace con sus hijos.

En el AT el texto más rico sobre la misericordia de Dios lo encontramos en Ex 34, 6-7, allí se dice: *Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la culpa de los padres en los hijos y en los nietos hasta la tercera y cuarta generación.*

La misericordia de Dios en el AT, va más allá de la justicia, la presupone y la supera; porque la justicia da a cada uno lo que es suyo y la misericordia es un dar al que no lo merece. El amor es desmedido y generoso y no tiene medida. Así es también la misericordia de Dios que prevalece por

encima del pecado y de la infidelidad, buscando siempre que el pecador viva.

En la versión de los LXX la misericordia es resaltada como una cualidad típica de Dios, que se manifiesta en que no actúa con ira ni con desdén, y que es capaz de alejar de sí todo mal y de perdonar.

En Ex 3, 6 ss., la clemencia y la misericordia divinas se identifican, y en esta *perícopa* los dos términos se convierten en sinónimos. Ser misericordioso en Lc 6, 36 significa, en sentido negativo, no juzgar ni condenar, y, en positivo, tiene el valor de perdonar o dar. También se identifica en los evangelios la misericordia de Dios con su perfección.

Juan Pablo II en su encíclica *Dives in misericordia*, describe la misericordia de Dios como una de las formas del amor divino. Para él la misericordia es un amor de madre que engloba ternura, paciencia, comprensión, gratuidad, disponibilidad para perdonar, etc.

Hay que recordar que la misericordia de Dios es un atributo que le hace a Dios unirse con el sufrimiento. Pues Dios Padre en la Pasión del Hijo se volcó sobre él con toda su misericordia entrañable para hacer suya la Pasión de aquel que será por Él resucitado y sentado a su derecha. Dios, por su misericordia, no podía estar impassible en la Pasión y muerte de Jesús. En la cruz de Cristo se estaba cumpliendo lo que dice Dios en Oseas 11,8: *mi corazón se vuelve dentro de mí y todas mis entrañas se estremecen* y el Sal 91, 15: *estoy con él en el apuro*.

Jesús, personificación de la misericordia

Jesús confiere un significado definitivo a toda la tradición veterotestamentaria de la misericordia divina. No sólo nos hablará de ella con sus parábolas sino que él mismo la encarna y personifica⁵. En Jesús se vuelca y presenta en plenitud la misericordia del Padre.

5. Cf. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n.º 2.

Jesucristo se nos presenta en el evangelio como un hombre profundamente sensible a las necesidades y penas de los demás, que siente la llamada de hacer algo eficaz para aliviar estas situaciones. Jesús pasa siempre del estreñimiento de las entrañas a la ayuda al prójimo.

En Jesús su misericordia y compasión se muestra sobre todo cuando cura a los enfermos de sus males y cuando perdona a los pecadores. Los enfermos, cuando se dirigen a Él suelen utilizar la fórmula: *Señor, ten misericordia de nosotros*⁶. Con esta frase le están mostrando su necesidad, le piden su compasión y le ruegan que intervenga con una acción poderosa.

Para poder entender mejor nuestra bienaventuranza, hace falta comprender Mt 23, 23, donde se da la situación contraria a la misericordia. Por medio de una lamentación de Jesús nos acercamos al sentido de nuestro *macarismo*. Al tratar del comportamiento de los hipócritas, Jesús muestra la necesidad de practicar la justicia sintiendo la necesidad de hacer algo eficaz por el bien del prójimo necesitado.

Ilustrando la necesidad de practicar la misericordia con el prójimo tenemos la historia narrada por la parábola del buen samaritano en Lc 10, 30-37. Este texto nos ayuda también a entender el significado de nuestra bienaventuranza. Pues en este episodio se nos habla tanto de la compasión como de la misericordia. En el desarrollo de la parábola del buen samaritano se perciben varios momentos de un mismo proceso:

1. Necesidad del prójimo. La persona necesitada no puede salir por sí mismo de su situación.
2. Compasión.
3. La ayuda eficaz de quien ve al necesitado.

6. Mt 9, 27; 15, 22; 17, 15; 20, 30 ss.

En el NT la misericordia es una realidad que estará unida en Hb 2, 17 al sacerdote, dando a entender que la raíz de la misericordia de Jesús está en su propia experiencia de sufrimiento y de prueba. Se afirma en el texto de la carta a los Hebreos que porque Jesús lo ha pasado mal, por esa causa, puede ayudar a los que ahora pasan por la prueba.

La misericordia será también, en algunos pasajes, sinónimo de limosna, y, de este modo, se convierte en una expresión concreta de la caridad con el prójimo. Nunca puede ser la limosna una muestra de ostentación, de búsqueda de honor y de un acto de amor propio; sino que la verdadera limosna busca y nace de la necesidad de hacer el bien al prójimo gratuitamente.

La cumbre de la reflexión sobre la misericordia se encuentra en el texto de Lucas, que es conocido como el evangelio de la misericordia, y donde más y mejor se concentra este mensaje es en Lc 15, donde se nos narra una parábola contada de tres formas distintas: la oveja perdida (Lc 15, 4-7), el dracma perdido (Lc 15, 8-10), y el padre misericordioso (Lc 15, 11-32). La clave para entender esta parábola se encuentra en la lectura atenta de Lc 15, 1-3.

La promesa de alcanzar misericordia

La misericordia de Dios hace que el hombre tenga dignidad, porque su ternura y su amor por nosotros elevan nuestra condición haciéndonos hijos. Por eso los que se sientan y se comporten como Dios, se parecerán a él, serán padres y madres de aquellos a los que quieren mejorar en su humanidad.

El premio prometido por la bienaventuranza que traerá la felicidad no es otro que la promesa de una intervención de Dios que tratará al discípulo como él ha hecho con el necesitado. La recompensa será, por tanto, una intervención de Dios que mostrará plenamente lo que ya el creyente ha hecho y ha anticipado en su comportamiento con

el prójimo. Los misericordiosos serán tratados como hijos que poseen todo lo que el Padre posee y tendrán los mismos sentimientos y la misma perfección que el Padre celestial.

En esta ocasión, Dios no repara ninguna deficiencia ni llena un vacío, lo que hace es mostrar su agradecimiento por lo que se ha hecho con el prójimo y que Él siente que se le ha hecho a Él mismo.

Podríamos afirmar que lo que Dios hace es recompensar el bien hecho con un bien del mismo tipo. La intensidad es lo que sin duda será diferente, pues el hombre da con medida y Dios nos da sobreabundantemente.

RAFAEL GONZÁLEZ BLANCO, O.P.
Salamanca

Fe-Fidelidad

1. *La fe, la fidelidad y su diversidad*

La fidelidad tiene varios significados e interpretaciones, y se usa de muchas maneras en el habla común. Pero toda esta rica variedad expresa la misma significación fundamental. Fidelidad es la característica de la persona fiel, leal, sincera, de confianza total, cumplidora de su palabra, comprometida con su promesa, de noble amistad... Pero todo ello está enraizado en la fe humana. La fidelidad proviene de la mutua fe personal, nace de la fe, se desarrolla con ella y en ella. Consecuentemente, la fidelidad autentifica y garantiza la persona de fe. Pero este concepto de fe tiene también varios significados y aplicaciones, que comportan su correspondiente gradación conforme sus diversas motivaciones y valoraciones: fe social, matrimonial, profesional, política, empresarial, científica, amistosa...; ante todo, la fe religiosa natural y, por excelencia, la fe religiosa revelada... Pero la estructura de fe auténtica es la misma en toda su diversidad: es el *acto de creer porque hay razón fundada para creer*. La vida sociable normal es una experiencia diaria de fe. La calle es el lugar más común de la práctica de la fe; en ella se ejerce la fe con su natural sencillez y certeza.

Cuando estamos de visita en una ciudad que no conocemos, nos fijamos en los transeúntes que pasan por la calle, con el deseo de pedirle a alguien que nos informe y nos oriente al lugar donde queremos ir. Pero nos cuidamos bien de preguntarle a alguien que nos inspire confianza; y una vez informados, se lo agradecemos, y haciéndole caso, nos dirigimos al lugar indicado y desconocido. Esta costumbre tan humana constituye un acto de fe social: hemos

creído en alguien que nos ha inspirado confianza y certeza; y por ello, creyendo *lo que él nos ha dicho*, hemos seguido su orientación para llegar al lugar deseado. Así de razonable, fundamentada, cierta y verdadera es la fe, en la dimensión comunicativa de la vida humana.

Ante esta multiplicidad de significados, el concepto general de la fe puede definirse como la confianza personal, razonablemente fundada, en una entrega comprometida. Por ello hay que distinguir claramente la fe auténtica de la credulidad, o de la fe crédula. La credulidad se constituye por un asentimiento firme, motivado por cierta conformidad o sintonización con cualquier cosa o acontecimiento, sin fundamento serio y racional. La fe, de suyo, tiene sus razones fundamentales, en las que se apoya, y de las que se sirve. La fe no es ciega, como suele decirse rutinaria y aún despectivamente. El principio de la fe es: «si no viera, no creyera». No se ve lo que se cree, pero sí se ve lo que da fundamento para creer. La fe es un acto tan racional como la ciencia, aunque distinto, porque su campo de acción y su forma de conocer son diferentes. Oponer la fe y la ciencia es manipular la razón deformándola. La fe exige reflexión firme y estimuladora; en ella no se da seducción, ni imposición, sino atracción personal, convincente y voluntaria. El ciego es la imagen del creyente. Sin la visión ocular del camino, tiene la certeza razonable para caminar con seguridad. No sólo lo evidente es racional.

La fe humana exhibe toda su importancia en fomentar la comunicación sociable y solidaria de la humanidad con toda su riqueza comunitaria y personal. En su raíz, la fe es la tendencia instintiva y sociable de la naturaleza humana hacia la mutua relación necesaria. Sin ella, la humanidad resulta un archipiélago de incompatible correlación social. La ausencia de fe provoca la deshumanización babélica y belicosa de la lucha degradante del hombre contra el hombre. Triste experiencia humana. «Más vale que Dios no te

hubiese dado la razón, porque de ella te sirves para portarte peor que los animales», decía el diablo a Fausto (Goethe).

La fe humana puede realizar su dimensión sociable y solidaria de forma adecuada traduciéndose en la *simpatía* y en la *empatía*. Una y otra constituyen, con sus caracteres diferentes, relaciones naturales de afectuosa comunicación humanitaria. La *simpatía* surge de la coincidencia y sintonía de una complementariedad temperamental. La *empatía* implica la compenetración de diferencias individuales en compartir una misma identidad personal. Ambas crean ambiente de convivencia social.

2. *La fidelidad y la religión*

La *fidelidad* es el fruto sazonado de la fe vivida. Como el amor, la fe se vivencia y se manifiesta en obras. Quien tiene fe auténtica vive la fe, y su vida es un testimonio *fehaciente*. A la fe auténtica se aplica el dicho popular: «Obras son amores, que no buenas razones». O como dice el poeta: «Si vacilas, si deja un porqué/ en tu boca un negro amargor;/ ven a mí, yo convengo, yo sé./ Mi vida es mi argumento mejor./ Todo yo soy un acto de fe;/ Todo yo soy un fuego de amor» (Amado Nervo). Fe y amor se compenetran entre sí y se autentifican en su respectiva realidad.

En primer lugar, la fidelidad religiosa se especifica por una fe de religión natural, que supera la mera fe humana sociable. La fe religiosa natural se enraíza en la conciencia del hombre que, al experimentar su existencia contingente, siente la necesidad de la religación con un principio y un fin último. Consciente de no haberse hecho a sí mismo, el hombre barrunta haber sido hecho por Otro, lo que le hace descubrir estar religado con ese Otro. Carece, pues, de la autonomía propia en todos los aspectos. Y esta carencia autonómica le hace darse cuenta de que su existencia implica una coexistencia, su vivir es un convivir; lo que supone que el hombre contiene en sí mismo una correligación

constitutiva radical. En su vida concreta vivencia que es un ser religado con una doble dimensión esencial complementaria.

En la primera dimensión, vivencia la religación con el medio ambiente donde se desarrolla su vida individual y la relación social con sus iguales, de los que necesita para realizarse en su coexistencia humana. Es su dimensión horizontal, la más palpable de manera inmediata. Pero sólo ésta dimensión es insuficiente e incompleta. Por ello, surge el presentimiento razonable de otra segunda dimensión, fundamental e insustituible, en la que se manifiesta la religación radical con el principio de quien ha recibido su ser personal para realizarse en su existencia contingente, individual y comunitaria. Este principio es el Dios personal que se manifiesta en su existencia misteriosa, absoluta y trascendente, que lo sustenta y lo invade todo en todo. Y en la vida está entroncada la dimensión vertical de la existencia humana. «La vida del hombre tiene una dimensión trascendente en que, por decirlo así, sale de sí misma y participa de algo que no es de ella, que está más allá de ella. El pensamiento, la voluntad, el sentimiento estético, la emoción religiosa constituyen esa dimensión» (Ortega y Gasset).

En esta dimensión trascendental y vertical, el hombre se conciencia de su ser religioso, por estar religado con el Ser Absoluto y Supremo, quien por todos es llamado Dios. Ser personal automanifestado en la existencia del mundo, que sin él no existiría. Ortega y Gasset lo expone con solidez y brillantez filosófica: «El mundo que hallamos es, pero, a la vez no se basta a sí mismo, no sustenta su propio ser, grita lo que le falta, proclama su no-ser y nos obliga a filosofar, buscar al mundo su integridad, complementarlo en Universo... Es el mundo un objeto insuficiente, fragmentario, un objeto fundado en algo que no es él, que no es lo dado. Ese algo tiene una misión fundadora, es el ser fundamental... Por su carácter de ser fundamental, no

puede parecerse al ser dado que es, precisamente, un ser secundario y fundamentado. Es, por esencia, lo completamente otro, lo formalmente distinto, lo absolutamente exótico» (*¿Qué es filosofía?*, Lecc.Vª).

3. *Religiosidad Natural*

La religiosidad natural es concebida y vivida, de varias formas, conforme la conciencia y el talante personal de cada cual, con una actitud plenamente consciente y comprometida, con tibieza, menosprecio, aún con decisivo abandono y desinterés... De aquí también los diversos tipos religiosos que suelen darse: creyentes auténticos, creyentes de costumbre y de ambientación socio-cultural, débiles y superficiales... ateos y agnósticos, científicos y filósofos indiferentes..., ateos y agnósticos políticos y militantes...

Pero la realidad de su radical religación-religiosa natural es innegable e inseparable de su existencia, que permanece siempre indestructible, porque forma parte de su naturaleza humana. Como el hijo siempre estará filialmente religado al padre, por mucho que se desentienda, y aún reniegue de él con total abandono. Renegar de una realidad connatural no es anularla, ni aniquilarla. Por el contrario, es marcar la huella de una presencia ausente insustituible. Lo natural no puede *des-prenderse* de su realidad congénita, sin *des-hacerse* de su individualidad personal. Las prótesis son el sello del vacío de lo natural, que no puede sustituirse por lo artificial. Más realistamente, ni el hijo natural puede sustituirse por el hijo adoptivo.

Consciente de religación religiosa natural, el hombre se percata de una referencia específica hacia Dios. San Pablo anuncia el mensaje evangélico en el Areópago de Atenas a los paganos, entre ellos filósofos estoicos y epicúreos, que le prestan una extraordinaria atención religiosa. Y el Apóstol oportunamente les cita la clásica afirmación que sintetiza la religiosidad natural de su fe: «En Dios vivimos,

nos movemos y existimos. Como lo han dicho algunos de vuestros sabios: Porque somos también de linaje suyo». Admirable profesión de fe natural que el Apóstol completa y perfecciona adecuadamente con la fe revelada: «Por tanto si somos del linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad se parezca a oro, plata, piedra o escultura hecha por arte y genio humanos» (Hch 17, 28-29). Si somos linaje de Dios, estamos emparentados con Dios. Emparentamiento que la fe revelada expresa formalmente: «Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza; y le ha creado varón y mujer. Y los bendijo...» (Gn 1, 26-28). Revelación que es realizada plenamente por y en Cristo, en quien y por quien, somos hechos copartícipes de su vida divina (2P 1, 4).

Los paganos no son ateos, ni agnósticos, como solemos considerarlos vulgarmente. Tienen, al contrario, un respetable sentido religioso, al cual Dios ilumina en todo hombre que viene a este mundo, ateniéndose a sus respectivas circunstancias humanas. San Agustín experimentó esta iluminación, que confesó admirablemente: «Nos hicistes para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (*Conf.*, lib. 1, 1). «Dios mío, yo no existiría en absoluto si no estuvierais en mí Vos. ¿O más acertado es decir si yo no estuviera en tí? Origen, guía y meta del universo?» (*Conf.*, 1, 2, 5,).

La actitud de los ateos y agnósticos suele manifestarse de forma negativa o indiferente; pero toda negación e indiferencia respecto de las dimensiones fundamentales de la vida humana empobrecen y desquician al hombre. El vacío de la negación y de la indiferencia religiosa contradice la capacidad de la plenitud del ser del hombre. Porque lo originario y connatural al hombre es la religiosidad, como consecuencia de la religación innata de su ser contingente con el Ser Personal Absoluto. Por ello, el hombre transpira siempre religiosidad, aun inconscientemente, que se vivencia con frecuencia en la espiritualidad y en la ética humanitarias. Es clásico en este aspecto el pasaje evangélico: «Tuve

hambre, y me disteis de comer, sed, y me disteis de beber... era forastero, y me alojasteis... estuve enfermo y en la cárcel, y fuisteis a verme y a visitarme». Todo ello se hace ignorando a Dios y aun no creyendo en él, pero esta actuación inconsciente en ellos les es revelada por el Señor mismo: «Os aseguro que lo que hicisteis a cada uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 34-40). Pero el ateísmo y el agnosticismo militantes son fenómenos secundarios, derivados de gestos arrogantes, que deshumanizan el auténtico ser personal con autosuficiencias superficiales y superfluas.

4. *Ejemplos de religiosidad natural*

En estos ejemplos de agnósticos y ateos, se siente la transpiración religiosa reflejada en sus respectivas concepciones, científicas y filosóficas, de respetuosa profundidad y hasta de expresivo fervor. «Mi religión, escribe Einstein, consiste en la humilde admiración de ese espíritu superior e iluminado que se revela en los detalles más insignificantes que nuestras débiles y frágiles mentes pueden percibir. Esa convicción profundamente emocional de la presencia de un poder superior de raciocinio, revelado en el universo incomprensible, conforma mi idea de Dios». «Creo –escribe Fernando Savater– que lo sagrado nos subyace y nos constituye. Lo sagrado es una de nuestras dimensiones más irrenunciables». «Ser piadoso es distinguir entre lo otro y los otros, fomentando el respeto a esta diferencia y profundizando hasta el éxtasis en el *sobreconocimiento* de saber que, todo lo que somos y nos pertenece, se asienta y se ve penetrado por aquello que no somos y a lo que pertenecemos».

Pero Ortega y Gasset resalta como el más significativo y prestigioso filósofo, por su sensato realismo, y por la sencillez, la claridad y brillantez de su expresión literaria. Una anécdota le sirve de principio y estímulo para su exposición

filosófica: «Nunca olvidaré que cierto día, en el Ateneo, me confesó un ingenuo ateneísta que él había nacido sin el prejuicio religioso... Semejante manera de considerar la religión es bastante chabacana. Yo no concibo que ningún hombre, el cual aspire a henchir su espíritu indefinidamente, pueda renunciar sin dolor al mundo de lo religioso; a mí, al menos, me produce enorme pesar sentirme excluido de la participación de ese mundo. Porque hay un sentido religioso, como hay un sentido estético, un sentido del olfato, del tacto, de la visión... Y hay ciegos e insensibles, y cada sentido que falta es un mundo menos que se posee... Pues si hay un mundo de superficies, el del tacto, y un mundo de bellezas, hay también un mundo más allá, de realidades religiosas... Porque es lo cierto que sublimando toda cosa hasta su última determinación, llega un instante en que la ciencia acaba sin acabar la cosa; este mundo transcienzífico de las cosas, es su religiosidad [...]. Todo hombre que piensa: la vida es cosa seria, es un hombre íntimamente religioso. La verdadera irreligiosidad es la falta de respeto a lo que hay encima de nosotros y a nuestro lado y más abajo. La frivolidad es la irreligiosidad».

La reflexión del filósofo Maritain, converso cristiano, resulta aclaratoria: «El ateísmo absoluto, dice, parte de un acto de fe al revés, y es un compromiso religioso de gran estilo...; proclama la desaparición de toda religión, y él mismo es un fenómeno religioso». La filosofía aristotélica confirma su verdad: la teología es superior a todas las ciencias, porque tiene por objeto el Ser, que está por encima de todos los seres. La Causa de todas las causas. El Ser Divino personal.

5. *La fe religiosa y la fe cristiana*

En cuanto estamos diciendo, es importante discernir entre la fe religiosa natural y la fe revelada cristiana. La característica fundamental de la fe cristiana es que nos ha

sido revelada por la misma persona en quien creemos: Cristo, el Señor, «el camino, la verdad y la vida». La fe religiosa natural se constituye por los sentimientos y presentimientos naturales razonables del hombre, que le hacen barruntar la existencia de un ser divino superior y trascendente, un tanto impersonal, al que se siente religado como origen, principio y fin de toda existencia. Profundo y verdadero sentimiento religioso que, por su intuición cordial, suele percatarse de la verdad presentida. El gran Pascal lo dijo: «el corazón tiene sus razones, que la razón no comprende». En la persona humana, la razón está unida al corazón, por lo cual las razones del corazón captan verdades que superan las limitaciones del simple razonamiento. Un corazón limpio percibe la verdad vital más clara y profundamente que una inteligencia arrogante.

La fe cristiana se caracteriza por la persona de Cristo. Por ello el creyente en Cristo es y se llama cristiano. Cristiano viene de Cristo. Resulta importante tener esto muy presente. Porque en ello consiste la diferencia más expresiva entre el creyente cristiano y el creyente no cristiano. Al creyente mahometano, me decía uno de ellos, no le gusta que lo llamen mahometano, sino *muslime* o *musulmán*: el entregado a Dios. Mahoma, profeta, no es para ellos lo que Cristo para los cristianos: «El camino la verdad y La vida». El camino y la norma de vida es el Corán. La doctrina, no la persona, marca el criterio y la valoración del musulmán. De manera parecida ocurre con los budistas y demás movimientos ascético-religiosos. Para los cristianos, al contrario, Cristo no es un profeta, ni aun el profeta espiritual más grande e insuperable, como le consideraba Mahoma. Cristo es el Mesías profetizado. El Dios-Hombre Salvador. Por ello, Cristo personalmente se presenta y se ofrece estimulando a sus discípulos a seguirlo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos». Cristo lo es todo para el cristiano. «En la vida y en la muerte somos de Cristo». La fe en

Cristo es la comunión con Él. Todo creyente y bautizado en Cristo está revestido de Cristo, está cristificado. Puede decir el como el Apóstol Pablo: «Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí. Ahora en mi vida mortal, vivo creyendo en el Hijo de Dios que me amó y se entregó a la muerte por mí» (Ga 2, 20). Cristo es la vida para el cristiano, y «su vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3, 3).

6. *La fe y la creencia*

Fácilmente también se confunden la fe y la creencia, porque ambas proceden del hecho de creer, pero sus características esenciales son diferentes. La fe es un acto personal racionalmente pensado y voluntariamente decidido por el hombre. La creencia o las creencias son como un sustrato de realidades sobre el cual se desenvuelve la existencia humana. Las creencias constituyen las costumbres que surgen instintivamente de la coexistencia social en el medioambiente geográfico-climatológico de la vida, y marcan el temperamento histórico-cultural de sus habitantes. La dinámica existencial humana supone las creencias como una especie de materia prima con la que se relaciona en su desarrollo vital. Las creencias las tenemos, pero no las hacemos; porque, a diferencia de nuestras ideas y pensamientos, no son actuaciones personales del hombre.

Ortega y Gasset lo expone con su característico estilo: «las creencias constituyen la base de nuestra vida, el terreno sobre el que acontece. Porque ellas nos ponen delante lo que para nosotros es la realidad misma. Toda nuestra conducta, incluso la intelectual, depende de cuál sea el sistema de nuestras creencias auténticas. En ellas «vivimos, nos movemos y somos». Por lo mismo, no solemos tener conciencia expresa de ellas, no las pensamos, sino que actúan latentes, como implicaciones de cuanto expresamente hacemos o pensamos Cuando creemos de verdad una cosa, no

tenemos la «idea» de esa cosa, sino que simplemente «contamos con ella». La creencia es el estrato de la coexistencia social. Pero la fe auténtica es la convicción y la decisión razonables de quien ha descubierto el principio y el fundamento y la fuente de la vida.

JUAN ANTONIO PASCUAL DE AGUILAR, OSB.
Monasterio de la Santa Cruz del Valle de los Caídos

El misterio de San José según el pensamiento de Francisco Pfanner, fundador de la Trapa de Mariannahill (I)

Solemos decir que *Mariannahill* –Monasterio trapense fundado en 1882 cerca de la ciudad de *Durban (Natal/Sudáfrica)* y hoy Casa Madre de los Misioneros de Mariannahill– no se entiende sin aquél que fue su fundador, *el siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner*. Pero el Abad Francisco nos corrige: *Mariannahill* no se entiende sin *san José*.

Al fundar el Monasterio de Mariannahill el Abad Francisco se embarcó en una *aventura misionera* que requería cantidad de *medios materiales* para poder ser llevada a cabo y que precisaba de *religiosos santos* para su puesta en práctica. Y todo ello con el único fin de acercar la *salvación de Cristo* a los pueblos africanos del sur del continente. A fin de llevar a buen puerto la nave de Mariannahill, así diseñada, el Abad Francisco se buscó como experto marinero y práctico a *san José*. Por ello *Mariannahill* reconoció desde un principio a *san José* como a su *protector*.

Para comprender el alcance de estas afirmaciones habría primero que ensayar un acercamiento a la rica personalidad del Abad Francisco en cuanto a su vida y obra se refiere, y luego habría que acudir a sus escritos, para rastrear en ellos su peculiar pensamiento acerca del misterio de *san José*.

Respecto a lo primero, ya apareció en esta revista de *Vida Sobrenatural* una semblanza del Abad Francisco Pfanner, y a ella nos remitimos (*Año 77 - Mayo/Junio 1997, n.º 591, pp. 210-224*).

Acerquémonos ahora a los escritos del Abad Francisco para descubrir en ellos las líneas básicas de su pensamiento sobre *san José* y poder hacer una sencilla presentación del mismo, con el fin de ver qué inteligencia tenía el *Abad Francisco* sobre la *misión* de *san José* en la historia de la salvación y en la pequeña historia de Mariannahill.

El pensamiento que sobre *san José* emerge de estos escritos puede quedar sistematizado en torno a *cuatro afirmaciones*, a saber:

1. *San José: el primer misionero en África.*
2. *San José: arquitecto, administrador y financiero.*
3. *San José: modelo de santidad, maestro espiritual y formador de religiosos.*
4. *San José: protector en la tierra y guía seguro hacia el cielo.*

1. SAN JOSÉ: EL PRIMER MISIONERO EN ÁFRICA

Recuerda el Abad que hubo un tal José, hijo de Jacob, que vendido a unos nómadas por sus propios hermanos, fue llevado a Egipto y llegó a ser jefe de la Casa del Faraón. Cuando años después se dio a conocer a sus hermanos, les dijo: *para vuestro bien me ha enviado Dios a Egipto delante de vosotros*. Estas palabras también las podía repetir con propiedad el mismo *san José*, pues para bien de la tierra africana y de todos sus moradores llevó al Redentor a un país en el norte del continente africano. *San José* llevó al Redentor a la tierra de los gentiles.

Y continúa el Abad diciendo que los trapenses cuando llegaron a Sudáfrica, aunque poco era lo que tenían, era mucho en comparación con lo poquísimo que tenía *san José*: «...*Cuando nosotros llegamos a esta parte de África y pudimos ofrecer descanso a nuestros cuerpos fatigados sobre la hierba, cubiertos con mantas y bajo tiendas, ¡qué ricos fuimos en comparación con san José! San José pro-*

blemente no tenía una tienda donde protegerse del sol y de la lluvia».

Situado en el valle del Nilo, *san José* no se preocupó únicamente de atender las necesidades materiales de los tesoros que Dios le había encomendado a su custodia, Jesús y María; se preocupó también de la salvación de la gente que vivía a su alrededor, que atraídos por su lengua extraña y por su indumentaria diferente, se acercaban a él. A *san José* «no le podía ser indiferente si los indígenas conocían o no al Dios verdadero y al Salvador recién nacido».

Y dirigiéndose a sus monjes el Abad les dice: «...vosotros habéis dejado atrás, igual que José, a vuestros familiares, vuestras posesiones y vuestra patria. Incluso habéis dejado un continente de clima moderado y habéis venido a África, al mismo continente al que vino él, bajo ese mismo sol de justicia con casi idéntica temperatura a la que tuvo que soportar él». Si *san José* llevó a los paganos al mismo Salvador, los trapenses misioneros de Mariannahill llevaron a Jesús a África. Y añade el Abad Francisco: «Cuando llegamos aquí, nuestros africanos sabían de *san José* y del niño Jesús tanto como hace 1800 años los habitantes de Heliópolis en el valle del Nilo. La única diferencia es ésta: *san José* llevó a Jesús, su luz y su gracia a los africanos en la punta noreste del continente y nosotros a los que viven en estas regiones del sur».

Pasa el Abad Francisco ahora a poner de relieve otra dimensión de la comparación que está realizando entre la llegada de *san José* al norte de África y la llegada de los trapenses al sur, y señala que *san José* «no llevó otra cosa que sus pies heridos y su ropa gastada después de tan largo y duro viaje desde el país de los judíos. Vosotros os acordáis muy bien de cómo, después de dos años de luchar contra los espinos y los cactus en nuestro hábitat anterior, estaban vuestros pies heridos y vuestros hábitos hechos jirones... ¿Acaso no es cada bautismo de uno de estos nativos que hasta ahora se tenían como cerrados e imposibles de convertir, una victoria del bien

e incluso de los trapenses?.. De hecho, san José ha demostrado ser no sólo nuestro tutor, sino también nuestro guía misionero. Ha escuchado nuestra oración».

La confesión que hiciera José, el hijo de Jacob, ante sus hermanos la pone el Abad en labios de *san José* y dirigida a los trapenses: *«Por vuestra salvación he sido enviado a África delante de vosotros».* Esto significa para el Abad que *san José* se ha convertido en un modelo misionero para los Trapenses: *«...para que de san José aprendáis el celo misionero».* Por todo lo dicho, el Abad no dudó un momento a la hora de poner toda su actividad misionera bajo el cuidado y protección de *san José*: *«Por esta razón queremos poner todo lo que tiene que ver con la conversión y la cristianización bajo la protección de san José: las escuelas, el instituto para los chicos y el colegio para las chicas, las chozas para predicar y más adelante la Iglesia para la misión».* Y vuelve el Abad a poner en boca de *san José* las palabras de aquel otro José, hijo de Jacob, para decirles ahora a los africanos: *«Por vuestra salvación, por vuestro bien corporal y espiritual, Dios me ha enviado a vosotros y a África, para que tengáis en mí un padre, un tutor y un protector».* Se convierte así *san José* no sólo en una ayuda para la actividad misionera, sino también en parte integrante del contenido mismo del mensaje a difundir con dicha actividad. El misionero ha de confiar en *san José* y ha de hablar sobre *san José*.

El Abad pide frecuentemente a *san José*, seguro de su influencia poderosa, por esta causa: *«Estoy convencido de que tiene que ser un ferviente deseo de san José, a quien se considera como patrono de toda la Iglesia, que aquel continente, en el cual él mismo evangelizó durante siete años, recibiera por fin la luz del cristianismo... Hemos empezado la letanía a san José precisamente por eso, para que él nos envíe buenos misioneros o candidatos para la Trapa. Y tú, ¡oh san José, haz uso de tu influencia poderosa! ¡Es ahora cuando te necesitamos! Se trata de salvar millones de personas. Se trata de convertir la tierra que un día te dio cobijo. Se trata de*

demostrar, y de demostrar ante el mundo entero, el gran poder que tienes. Se trata de demostrar que quien se dirija a ti, de ninguna manera quedará defraudado».

2. SAN JOSÉ: ARQUITECTO, ADMINISTRADOR Y FINANCIERO

Para centrar bien desde un principio este segundo rasgo característico de su pensamiento sobre *san José*, podría servir de ayuda la siguiente afirmación, un tanto contundente, del Abad: «*San José era un modesto carpintero en la pequeña ciudad de Nazaret, que le costaba Dios y ayuda procurarse para sí mismo y para su familia lo necesario para vivir*». Y junto a esta afirmación, la constatación de un hecho, según el cual el Abad Francisco y sus monjes trapenses experimentaron de continuo, que en la solución de los múltiples problemas y necesidades materiales que entrañaba la empresa monástica y misionera de Mariannahill, la mano de *san José* siempre andaba cerca.

Conviene destacar el modo concreto cómo el Abad va exponiendo y desarrollando su pensamiento acerca de *san José* en cuanto arquitecto, administrador y financiero. El Abad, a la par que expone doctrina, va haciendo aplicaciones prácticas de la misma a la situación concreta de la vida monástica y del trabajo misionero. Se podría afirmar que su pensamiento al respecto es altamente práctico.

Escribe el Abad de *san José* que «*se consideraba en la obligación de alimentar, vestir y procurar un techo a su santo Hijo adoptivo y a su Madre*». Y ¿qué medios utilizó para ello? Trabajar como carpintero. Y saca el Abad una conclusión práctica para sus monjes: «*Hay que suponer, y por tanto debemos creer firmemente, que san José se ha defendido contra el hambre, la desnudez y la necesidad, exclusivamente con el trabajo de sus manos. ¡Qué instructivo resulta esto para la clase trabajadora y, por tanto también, para los mismos trapenses!*».

Por ello cuando la necesidad llame a la puerta hay que acudir a *san José*: «*Él sabe mejor que nadie lo que significa ganarse la vida, alimentar una familia y sostenerla de acuerdo con su clase social, hasta en los días de la vejez, cuando a los brazos les faltan las fuerzas*». Y además, por otro lado, «*¿cuándo por fin entenderá el mundo que tiene que volver a llevar una vida más sencilla si quiere esperar la llegada de tiempos mejores?*».

Práctico como era el Abad Francisco en la solución de los mil problemas materiales con los que cada día se encontraba, no dudó en poner en relación a *san José* con los bienhechores de Mariannahill, al afirmar: «*Esperemos que san José mueva en Alemania muchos corazones, para que proporcionen a nuestros indígenas vestido y una casa digna y el aprendizaje de los oficios manuales, especialmente el de carpintero, que tanto amaba san José, haciendo por ellos lo que ellos no pueden hacer por sí mismos, debido a su necesidad e ignorancia*». Ahora bien, el Abad sabía que Mariannahill tenía contraída una deuda con sus bienhechores, cauce por donde llegaba la ayuda de *san José*, al manifestar con corazón agradecido: «*Por eso seguimos ofreciéndole a Dios gozosamente nuestras penitencias y rezando a diario nuestras oraciones y misas por nuestros bienhechores y amigos. Porque gracias a sus limosnas podemos alimentar a nuestros sesenta niños y dar vestido a innumerables personas que andan desnudas, lo que es casi imprescindible para llegar a ser cristiano*».

El Abad Francisco narra casos concretos de cómo ha sentido la ayuda palpable de *san José*, y nos describe con viveza de trazos su peculiar visión acerca de *san José* como arquitecto, administrador y financiero: «*Ciertamente no es poco lo que le pido a san José... Tal vez haya quien diga que pedir tanto dinero a través de la Hojita de san José es una exageración por parte del P. Francisco. Él debe creer que es el único en el mundo que necesita dinero o que sólo hay que pensar en sus Zulúes. Todo esto suena a descarado. Pues*

*mirad, yo no tengo reparo alguno en dejarme llamar desca-
rado. Y es que los muchos años de experiencia me han lle-
vado a tener una fe ciega en san José y a esperar todo de él.
Son ya 19 años los que llevo haciendo los mejores negocios
con el carpintero de Nazaret. Desde hace 19 años comienzo
edificaciones nuevas sin tener un céntimo en el bolsillo. Una
vez comenzada la obra, me dirijo a este maravilloso archi-
tecto para que me construya el edificio, sea grande o peque-
ño; o al menos me preste el dinero a través de sus amigos y
clientes, libre de intereses, para devolvérselo en el día del últi-
mo juicio. Por eso los nombres de muchas personalidades
figuran en nuestro libro mayor, aunque no tengan cartilla de
intereses. En su lugar todos ellos pueden recoger sus intere-
ses de manos de un personaje mucho más rico e importan-
te que el P. Francisco; a saber, de manos del inagotable José
de Nazaret».*

Esta faceta más material de la actividad religiosa y misionera, que llevó a cabo el Abad Francisco y su recur-
so constante a la ayuda de *san José*, es reflejo de lo prácti-
co que era el Abad, de la confianza que tenía en la Pro-
videncia de Dios y de la sensatez del que sabe que sin los
medios materiales tampoco avanza el Reino de Dios. La
misma actividad misionera de ayer y de hoy no deja de pro-
bar y verificar todo esto.

3. SAN JOSÉ: MODELO DE SANTIDAD, MAESTRO ESPIRITUAL Y FORMADOR DE RELIGIOSOS

El tercer rasgo más característico del pensamiento del Abad Francisco sobre *san José* no se centra tanto en lo que *san José* hace, sino en cómo fue y vivió; y en lo que de ello se desprende en enseñanzas prácticas. En este sentido el Abad está convencido de que la vida espiritual y religiosa de sus monjes tendrá el vigor deseado en la medida en que los monjes miren a *san José* como modelo de santidad,

como maestro de vida interior y como su más experimentado formador.

1. *San José, el varón justo y santo*

Según el Abad, la condición humilde de *san José* y el hecho de tener que trabajar no fueron impedimento para que alcanzara un alto grado de santidad al vivir la justicia del Reino de los cielos, pues «*aunque estaba muy ocupado con su trabajo, su corazón conversaba continuamente con Dios en la oración y en la santa meditación*». Además «*todo su hacer, todo su ir y venir, todos sus esfuerzos y trabajos estaban orientados por una recta intención. Por eso san José progresaba diariamente de virtud en virtud y subía los peldaños de una gran santidad*». De todo ello el Abad desprende una enseñanza práctica para sus monjes, cuya vida está reglada por la máxima benedictina «*ora et labora*», al afirmar: «*¡Que gran ejemplo nos da san José! Hay quien piensa que por sus muchas preocupaciones, tareas y trabajos no puede rezar ni progresar en la vida espiritual... Siguiendo el ejemplo de san José, debemos hacer lo uno sin descuidar lo otro, es decir, compaginar el trabajo con la oración y andar continuamente en la presencia de Dios*».

En otro sermón el Abad se fija en *san José* como modelo de santidad, destacando cómo vivió la virtud de la modestia. El que fuera predestinado desde toda la eternidad a ser el educador del Verbo encarnado, fue un hombre modesto. Según el Abad, la modestia de *san José* se prueba de varias maneras. En primer lugar, porque «*nadie le conocía ni sabía de él*». En segundo lugar, porque se comportó siempre así, de ahí que en el Evangelio más le veamos «*como el servidor de María y del niño Jesús que como su amo y su señor*». Y, en tercer lugar, por la falta de noticias acerca de la muerte de *san José*. Dice al respecto el Abad: «*No sabemos cuándo murió san José, lo que de nuevo nos demuestra su vida modesta y escondida*».

Según el Abad, la modestia de *san José* «*fue el fruto de una grandísima humildad. Se mantenía siempre en un segundo plano porque no se tenía por digno de ejercer un oficio tan alto*». Queda aquí apuntada la humildad, la otra gran virtud de *san José*, que da entidad a su condición de varón justo y santo. Aquella palabra del Magníficat, según la cual el Señor ensalzó a los humildes, se cumplió en María y luego en el justo José. *San José* vino a ser grande porque «*Dios le encargó los oficios más importantes*». Más aún «*Dios también le dio aquellos cargos que exigen una gran confianza*». Ahora bien, si todas estas cosas grandes hizo Dios con *san José*, fue porque *san José* era humilde y sencillo. Lo fue antes de que Dios lo ensalzara y lo siguió siendo después.

Como lo hiciera anteriormente hablando de la modestia de *san José*, recorre de nuevo el Abad la vida de *san José* destacando ahora su humildad. Humilde José en Belén, humilde en Jerusalén, humilde en Egipto, humilde en Nazaret: «*Poco o nada pinta allí porque, a los ojos de sus vecinos aparece tan insignificante, tan humilde, que cuando luego pasado el tiempo, la gente comenta las peripecias de Jesús, concluyen que no puede ser grande dado que es el hijo del carpintero José. Pronto José desaparecerá del todo, sin que nadie se dé cuenta. Se hace tan pequeño que ya nadie lo ve*». Esta humildad de *san José*, afanosamente buscada, fue grata sobremanera a los ojos de Dios.

Y Dios ensalzó a *san José*, no sólo encargándole el cuidado de Jesús y María, sino también la protección de la Iglesia, que es la obra de Jesús. Afirma el Abad: «*Y como san José es el único entre los santos que cerca de Jesús ha desempeñado todos los cargos de confianza, así ninguno de ellos ejerce un patrocinio tan universal como san José. La Santa Madre Iglesia le ha nombrado patrono y protector suyo...*».

2. *San José, maestro espiritual*

Una de las ocupaciones centrales de la vida de un monje gira en torno a la conversión del propio corazón. El monje vive atento a la acción de Dios en su mundo interior. La vida espiritual debe ordenar la actividad del monje. El Abad Francisco está convencido de que para lograr este objetivo sus monjes deben mirar a *san José*, experimentado maestro de cosas y asuntos espirituales. Escribe el Abad: «...*pues también el hecho de que fue un hombre callado ha aportado no poco a su grandeza y a su santidad. Reflexionemos sobre su silencio. En él hay mucha virtud admirable*».

Pasa ahora el Abad Francisco a realizar un nuevo recorrido por la vida de *san José*, descubriendo que la tónica que informó todos los hitos que jalonaron su existencia fue el silencio. La vida de *san José* fue una vida llena de acciones, realizadas en obediente y elocuente silencio. Pero hay otros silencios en la vida de *san José*, donde humanamente hablando hubiéramos esperado una palabra, pero resuena el silencio con mayor fuerza y elocuencia que cualquier palabra. *¡Cuántas virtudes esconde su silencio!* Otra lección que del silencio de *san José* se puede extraer es la ecuanimidad y el desprecio de lo terrenal: «*Cuando José recibió la orden de huir a Egipto, no se preguntó primero lo que ocurriría con su casita de Nazaret; tampoco pudo encargarse de su cuidado a un buen amigo por telegrama. Callado y silencioso, puso todo eso y cuanto tenía en las manos de Dios*».

Realizado el elogio de *san José* como varón silencioso y habiendo animado a vivir el silencio, como condición previa para llevar una vida espiritual y virtuosa pujante, el Abad advierte que hay ciertos silencios que no son virtuosos: «*Hay, sin embargo, una clase de silencio que es sospechoso; a saber, cuando uno guarda silencio por ira o susceptibilidad. Los franceses y las serpientes, cuando se enfadan, silban. Los susceptibles se vuelven taciturnos. Este es el silencio más peligroso, porque estas aguas taciturnas*

penetran profundamente en la tierra hasta socavar casas enteras. Estas personas hacen imposible la convivencia pacífica tanto en el convento como en el mundo».

3. *San José, formador de religiosos*

Cuando el Abad Francisco se pone a pedir cosas a *san José*, sus peticiones abarcan el abanico entero de sus necesidades; por ello a *san José* se le pide ayuda para acometer empresas misioneras, obras materiales y la formación misma de novicios y novicias. Afirma el Abad: *«Ciertamente no es poco lo que le pido a san José: buenos novicios y novicias, buenos misioneros y mucho dinero».*

Con meridiana claridad se lo cuenta a sus bienhechores: *«Nuestros lectores ven que atacamos el paganismo con gran energía y total seriedad. Y san José siempre está entre los protagonistas, no sólo como arquitecto y misionero, sino también como maestro de novicios; pues como tenemos tanta gente nueva, le he puesto a san José también como maestro de las novicias de las Hermanas Rojas».*

Que *san José* sea experto formador de religiosos lo encuentra el Abad Francisco justificado en que cuando llegó a Egipto con Jesús y con María, falto de todo, tuvo que vivir como un ermitaño. Asegura: *«No decimos, por tanto, ningún disparate si afirmamos que san José ha fundado la primera ermita, o –puesto que vivía con su familia– el primer convento. ¿Se debe a esta circunstancia el hecho de que Egipto se poblara luego de tantos ermitaños y se convirtiera en la cuna de la vida monacal?».*

4. *San José: protector en la tierra y guía seguro hacia el cielo*

El sermón que el entonces Prior Francisco predicó el 19 de marzo de 1885 terminaba así: *«Esperemos finalmente que el gran padre y tutor de la cristiandad y patrono de toda la*

Santa Iglesia nos ayude a bien morir. Amén». El contenido de esta afirmación, expresada en forma de oración de petición, nos introduce de manera acertada en la última de las líneas que caracterizan su peculiar pensamiento sobre el misterio de *san José*. Considera ahora el Abad a *san José* como aquél que ayuda al navegante, mientras dura la travesía y cuando se llega al puerto último y definitivo de toda navegación. La protección de *san José* se experimenta ahora mientras uno es peregrino, y en la hora de la muerte, cuando uno llega a la meta.

Compara el Abad a la eternidad como un mar. La vida aquí en la tierra es como un viaje por un ancho río, lleno de rápidos y corrientes; salpicado de islotes y bancos de arena; poblado de muchos animales dispuestos a hundir el barco. *«Cuando finalmente, después de muchas aventuras, termina nuestro viaje, es decir cuando se acerca la muerte, se nos dice que tenemos que hacer trasbordo y subir a un gran crucero para atravesar el inmenso océano pacífico de la eternidad»*.

Explotando el filón de imágenes marítimas y de navegación, el Abad Francisco recuerda que nadie está seguro si al llegar a la otra orilla entrará o no en el puerto de la salvación; y que por ello se necesita contar con una mano experta que nos conduzca durante estos viajes: *«¿Quién es el práctico que nos guiará seguros, tanto en el río de la vida hasta el puerto de embarque como en la travesía hacia la eternidad?.. Pues, ¡este práctico es san José! Estamos de enhorabuena cuando él aparece. ¡Ay de nosotros si no nos ayuda! Necesitamos a san José como práctico de navegación, tanto para nuestra seguridad física como para nuestro bien espiritual»*.

Recuerda el Abad que *san José* también vela por la seguridad física de las personas y narra la protección que en tal sentido experimentaron los trapenses tanto en Bosnia como en Sudáfrica.

Afirma con contundencia el Abad: *«Quiero que todo el mundo se entere de que san José es un gran marinero. Pero*

mucho más le necesitamos como práctico y guía espiritual. Como tal nos puede hacer un excelente servicio, pues es el mejor patrono de la buena muerte. Y es que de eso depende todo; de poder morir bien. Este es el viaje más importante cruzando el mar de la eternidad. ¡Oh eternidad, mar inconmensurable! O mare, quam magnum et spatiosum!.. Deseo a todos nuestros amigos y bienhechores la asistencia de san José en la hora de la muerte como guía seguro hacia la eternidad».

CONCLUSIÓN: A MODO DE RESUMEN

Cuatro fueron las preocupaciones del Abad Francisco al acometer la aventura misionera de Mariannahill: la evangelización de los pueblos zulúes, la obtención de los medios materiales necesarios, la formación de buenos y santos monjes y hacer que todo ello quedara orientado hacia el cielo, hacia Dios. Y con el fin de poder atender estas cuatro preocupaciones el Abad Francisco buscó y encontró en san José a su poderoso Protector.

El Abad Francisco escogió a san José como protector de todas las empresas misioneras de Mariannahill, porque san José fue el primer misionero que llegó al continente africano cuando llevó al Niño Jesús a Egipto: «San José, buscando refugio en tierra de Egipto, fue el primero que llevó a Jesús al continente africano... San José fue el primero que plantó el grano de mostaza del cristianismo en tierras africanas... San José llevó por primera vez al Salvador a los gentiles en el valle del Nilo».

El Abad Francisco escogió a san José como protector de todas las obras materiales, de desarrollo social y de promoción humana de Mariannahill, como eran templos, conventos, hospitales, escuelas, talleres, establos y granjas, porque san José fue el que alimentó, vistió y cobijó al Niño Jesús en Nazaret: «La gente dice que soy un exagerado a la hora de

pedir dinero para los zulúes...; que soy un descarado... Con gusto me dejo llamar atrevido porque cada necesidad material se la encomiendo a san José. En los últimos 19 años los negocios más redondos los he realizado con el carpintero de Nazaret... Comencé las edificaciones sin un centavo en el bolsillo y san José, mi constructor y arquitecto, me suministró siempre el dinero necesario para ello».

El Abad Francisco escogió a *san José* como *protector* de todas las *tareas* realizadas en Mariannahill *tendientes a la formación de religiosos santos*, porque *san José* fue el que formó y educó al Niño Jesús con el ejemplo de una vida santa, humilde y silenciosa: «*San José fue un hombre religioso y santo porque supo guardar silencio... Ser silencioso es tanto como ser santo. Un monje silencioso es humilde, paciente, no hace mal ni se queja... San José enseña a nuestros novicios a ser buenos religiosos porque les educa en el silencio interior*».

El Abad Francisco escogió a *san José* como *protector* de toda la *vida y actividad* desarrollada en Mariannahill porque, realizada la travesía, se necesita un *experto marinero y práctico* que introduzca el barco en el puerto y *san José* es esa mano segura y experta que guía a personas y actividades hacia Dios, *puerto feliz de toda navegación*: «*Quiero que todo el mundo se entere de que san José es un gran marinero. Pero mucho más aún le necesitamos como práctico y guía espiritual. Como tal nos puede hacer un excelente servicio, pues es el mejor patrono de la buena muerte. Y es que de eso depende todo, de poder morir bien. Este es el viaje más importante, el que cruza el mar de la eternidad. ¡Oh eternidad, mar incommensurable! O mare, quam magnun et spatiosum!*».

Y recogiendo todas estas ideas, el Abad Francisco compuso una bella *Letanía a san José*, que transcribimos por su originalidad:

«*¡San José!*

Tú que a María y Jesús les has construido la hermosa casita de Nazaret,

¡ruega por nosotros!
Tú que le has preparado en Belén un refugio,
¡ruega por nosotros!
Tú que has buscado para tu Hijo y su Madre un albergue
en Egipto,
¡ruega por nosotros!

¡SAN JOSÉ, TÚ ERES NUESTRO ARQUITECTO!
¡San José!
Tú que has instruido a tu santo Hijo en todo lo bueno,
¡ruega por nosotros!
Tú que le has enseñado a llevar una vida ordenada,
¡ruega por nosotros!
Tú, que con Jesús y María, has vivido un recogimiento
monástico,
¡ruega por nosotros!

¡SAN JOSÉ, TÚ ERES EL MAESTRO DE NOVICIOS
PERFECTO!
¡San José!
Tú que has sido el primer predicador de la fe entre los afri-
canos,
¡ruega por nosotros!
Tú que has sido el primero en hablar a los paganos de tu
Hijo adoptivo Jesús,
¡ruega por nosotros!
Tú que has sembrado en los corazones de los africanos la
primera semilla de mostaza del cristianismo,
¡ruega por nosotros!

¡SAN JOSÉ, TÚ ERES EL MISIONERO PERFECTO!
¡Santo arquitecto, construye grandes casas para tu Hijo!
¡Santo maestro de novicios, forma buenos novicios y
novicias para tu Hijo!
¡Santo misionero, convierte muchos incrédulos y paganos
para que crean en tu Hijo!

¡San José, por nuestros Zulués, ruega por ellos!
¡San José, por nuestros queridos niños, ruega por ellos!
¡San José, protégelos como protegiste al dulce Niño Jesús!
Amén».

Y en clima oracional damos por concluido este estudio sobre el peculiar acercamiento al misterio de *san José*, realizado por el Fundador del Monasterio de Mariannahill, al *Siervo de Dios Abad Francisco Pfanner*.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca

Oración de un afligido en peligro de muerte: Sal 88 (87)

El salmista es un fiel piadoso atacado de una grave enfermedad desde su juventud, y por ello está aislado de la vida social y hasta de sus allegados y amigos íntimos. En tono deprecatorio y con no poca resignación, expone el doliente su triste situación, apelando a un milagro de la omnipotencia divina para que le libre de la muerte segura. Tiene conciencia de que la enfermedad le ha sido enviada por Dios, sin embargo, no hay quejas contra este modo de proceder de la Providencia divina. Pero para mover a Dios a que le libre de la muerte, recuerda que en la región tenebrosa de los muertos no podrá continuar alabándole.

Se ha dicho de este Salmo que es «el más triste de todo el Salterio». Porque es un grito patético de uno que sufre sin alivio. Porque en otros Salmos la luz penetra a través de las nubes al fin, pero aquí la bruma se hace más oscura al final. Es sintomático que la última palabra es «oscuridad»¹. No protesta como Job, alegando su inocencia, pero tampoco tiene conciencia de pecado. Únicamente expone su situación, sin averiguar las causas morales de su enfermedad. Y llevado de su ardiente fe, pide una curación milagrosa, pues sus esperanzas de ultratumba son sombrías, ya que los difuntos están abandonados en la región del *sheol*, de la que no es posible salir, y en la que no hay comunicación afectiva con Dios, que constituye su centro espiritual.

Podemos dividir la composición entre partes: a) el doliente está al borde del sepulcro, abandonado de sus

1. A. F. KIRKPATRICK, *The Book of Psalms*, Cambridge 1951, p. 523.

amigos (2-8); b) ¿no hará Yahvé un milagro para salvarlo? (9-13); c) ¿por qué Dios le rechaza? (14-19). Algunos autores han sugerido que el doliente es el prototipo del Israel sufriendo en el exilio, y que, por tanto, sus quejas tienen un carácter *nacional-colectivo*². Pero nada insinúa en el contexto de modo concreto que el Salmo tenga este sentido colectivo. Por lo que generalmente se le interpreta como una *lamentación individual* al estilo de otros Salmos. No hay reacciones fuertes, como en el libro de Job, ni deseos de venganza, ni expresiones desesperadas. Pero es difícil determinar la época de su composición, sin embargo, como contiene algunas palabras arameas, los críticos, en general, se inclinan por su origen postexílico.

Al borde del sepulcro, abandonado de todos (1-8)

1. Al maestro de coro. Cántico de los hijos de Coré. Sobre la «enfermedad». Para la «aflicción». *Maskil*. De Emán ezraita³. 2. ¡Oh Yahvé, Dios mi Salvador! Grito de día, y gimo de noche ante ti. 3. Llegue mi oración a tu presencia, inclina tu oído a mi clamor. 4. Pues harta de males está mi alma, y mi vida al borde del sepulcro. 5. Ya me cuentan entre los que bajan al foso, soy ya hombre sin fuerzas. 6. Abandonado entre los muertos⁴, como los traspasados que yacen en el sepulcro, de quienes ya no te acuerdas, y que fueron arrancados a tus manos. 7. Hasme puesto en lo profundo de la hoya, entre las tinieblas, las sombras abismales. 8. Pesa tu ira sobre mí, y has desencadenado contra mí todos tus furiosos⁵.

2. Hipótesis de Teodoro de Mopsuestia, Calmet, Wethe, Cheyne, Briggs.

3. Los títulos atribuidos a determinados personajes, como los «hijos de Coré», son convencionales, y añadidos posteriormente en la colección del Salterio. La traducción «enfermedad» es problemática, lo mismo que la de «aflicción», pues la expresión hebrea *le ànnôth* puede traducirse «para responder», aludiendo a la alternancia de coros.

4. »Abandonado» es traducción insegura. Los LXX traducen «libres».

5. Lit TM: «quebrantamientos» u olas rompientes.

Utilizando frases estereotipadas del *Salterio*, el poeta declara su situación angustiada⁶. Día y noche suspira por la ayuda divina, pues, víctima de una enfermedad incurable –¿lepra, parálisis?– el salmista se siente *al borde del sepulcro*⁷. Y como su mal es incurable, nadie hace nada para remediarlo, *contándose ya con los que bajan a la fosa*⁸. Destinado a una muerte prematura, se considera como los *traspasados* por la espada, y piensa que en el *sheol* están como fuera del alcance de su Providencia⁹. Porque en aquella región tenebrosa de *sombras abismales*, el difunto siente la orfandad de Dios. Y el salmista doliente se siente ya cerca de esta triste situación, porque Yahvé ha derramado sobre él *todos sus furores*, que le anegan como olas devastadoras¹⁰.

¿No puede Yahvé hacer un milagro y salvarle? (9-13)

9. Has alejado de mí a mis conocidos, me has hecho para ellos abominable, estoy encerrado y no tengo salida. 10. Mis ojos languidecen por la aflicción. Te invoco ¡oh Yahvé!, todo el día, y tiendo mis manos hacia ti. 11. ¿Harás tú ya prodigio alguno para los muertos? ¿Se levantarán las sombras para alabarte? 12. ¿Contará alguno en el sepulcro tu piedad, y en el averno tu fidelidad?¹¹. ¿Será conocido prodigio alguno tuyo en las tinieblas, ni tu justicia en el país del olvido?

Como Job, el paciente se siente abandonado de sus allegados¹², pues se le considera maldito de Dios, y bajo este aspecto les resulta *abominable*. Si la enfermedad que sufría

6. Cf. Sal 22, 3; 17, 6.

7. Cf. Sal 107, 18; 6, 6; 30, 10; 63, 10; 86, 13; Ez 32, 24.

8. Cf. Sal 28, 1; 30, 4; 143, 7.

9. Cf. Is 38, 18; Sal 6, 6. 30, 10. 63, 10. 86, 13. Ez 32, 24.

10. Cf. Sal 42, 9.

11. En hebreo *Abbadon* («perdición»), nombre que se aplica al *sheol* (cf. Jb 26, 6; 28, 22; 31, 12; Pr 15, 11; 17, 20; Ap 9, 11).

12. Cf. Jb 19, 13s; Sal 31, 10; 38, 12.

el salmista era la lepra, se comprende bien este ambiente de aislamiento, impuesto por exigencias higiénicas¹³. Por lo que el paciente se siente como un prisionero *sin salida*, agarrotado por la enfermedad, mientras que *languidecen sus ojos*, agotados por el sufrimiento. Por otra parte, el pensamiento de ultratumba le aterra, ya que el *sheol* no puede *alabar* a su Dios. Conforme a la mentalidad de la época piensa que Dios no se preocupa de los que moran en la región de los muertos, y por tanto, no es concebible un *prodigio* en favor de ellos. Por eso ansía que Dios le cure milagrosamente antes de cerrar los ojos a la vida, ya que no es concebible que Yahvé le vuelva a resucitar una vez que haya entrado en la región tenebrosa. Allí las sombras –en hebreo *refaim*, que significa espíritus débiles, sin consistencia, como en ectoplasma– no puede proclamar las *alabanzas de Dios*¹⁴. Aquello es el *país del olvido* por excelencia¹⁵, pues no se conciben relaciones amorosas recíprocas de Yahvé y las sombras.

¿Por qué Dios le rechaza? (14-19)

14. A ti clamo, pues, ¡oh Yahvé!, y mis plegarias van a ti desde la mañana. 15. ¿Por qué, ¡oh Yahvé!, me rechazas, y me escondes tu rostro? 16. Soy un mísero afligido y lánguido desde mi mocedad, soportando tus terrores hasta desfallecer. 17. Derrámanse sobre mí tus furores, y me aniquilan tus espantos. 18. Todo el día me rodean como aguas, y todas a una me envuelven. 19. Has alejado de mí amigos y compañeros, y son mis parientes las tinieblas.

Sumido en la mayor soledad, no le queda al paciente otra cosa que *clamar* a Dios, implorando auxilio. No tiene conciencia de culpabilidad, por lo que se pregunta por qué

13. Cf. Lv 13, 46; 2 Cro 21, 21; Jb 31, 34.

14. Cf. Is 26, 14; 38, 18; Sal 6, 6; 30, 10; 31, 13; 115, 17; Jb 14, 21.

15. Cf. Qo 9, 5-6. 10; Si 14, 16; 17, 22-23.

Dios le ha entregado a esta triste situación *ocultando su rostro* y abandonándole¹⁶. Porque durante toda su vida, desde sus tiernos años, ha sufrido incensantemente, víctima de los *terrores* mortales enviados por el mismo Dios¹⁷. Dada la mentalidad religiosa de los antiguos hebreos, todo ocurre –lo malo y lo bueno– porque Dios lo quiere, pues en sus esquemas de filosofía de la vida no tienen importancia lo que llamamos causas segundas. Porque no distinguen entre voluntad *positiva* y *permisiva* divina; y todo lo engloban, atribuyéndolo directamente al Dios omnipotente.

El salmista, pues, se siente así como un náufrago, a punto de ahogarse en medio de las aguas y olas amenazadoras de Yahvé (v. 10)¹⁸. Y sus consideraciones se cierran con un pensamiento sombrío, pues se siente solo, y no tiene otros consoladores y parientes que las mismas *tinieblas*. Se siente abandonado de sus amigos, de sus familiares y del mismo Dios. El desventurado Job había declarado: «Diré a la pudedumbre: ¡Tú eres mi padre! y a los gusanos: «¡Mi madre y mis hermanos!»», pero al final recupera su salud, y es rehabilitado en la sociedad. En cambio, el salmista cierra *ex abrupto* su composición sin luces de esperanza, lo que es algo único en las deprecaciones del Salterio. Por eso, son muchos los autores que suponen que falta algún fragmento alusivo al auxilio divino, librándolo de la muerte, como es ley en otras composiciones salmódicas similares.

MAXIMILIANO GARCÍA CORDERO, O.P.

16. Cf. Sal 74, 1; 10, 1.11.

17. Cf. Sal 55, 6; Jb 20, 25.

18. Cf. Sal 18, 5.17; 3, 54; Jb 2, 4.

19. Jb 17, 14.

Testigos

El mensaje a nuestro tiempo de un insigne maestro de la vida espiritual: el beato Columba Marmión, O.S.B.

Entre los frutos de santidad que la orden benedictina ha producido a lo largo de su secular existencia, Dom Columba Marmión ocupa un lugar preeminente en los tiempos modernos. La Iglesia acaba de pronunciarse recientemente sobre sus virtudes y milagros. Ello justifica una semblanza en este catálogo hagiográfico para los lectores de lengua española del que el célebre dominico P. Antonio Royo Marín denominaría el gran maestro de la vida espiritual del siglo xx.

El Beato Columba Marmión había nacido en Dublín el 1 de abril de 1858, de buena familia irlandesa y madre francesa, de suerte que mezcló en sus venas la mejor sangre cristiana de occidente. Después de cuatro hijas, era el primer varón que venía al mundo, y sus padres, con ingenua piedad, lo habían consagrado a Dios. No obstante, a la hora de ingresar en el seminario, mantuvo una violenta lucha interior para escoger con libertad. Dom Thibaut, en su monumental biografía, no dice formalmente cuál fue el objeto de esta lucha... ¿No podía ser que este debate se librara entre vida religiosa y sacerdocio diocesano? Joël –tal era su nombre de pila– siendo seminarista, escribía en 1881 a monseñor Salvado, obispo de Australia: «Durante todos mis estudios, es decir, en estos últimos ocho años, he experimentado continuamente un gran atractivo por el estado religioso; he dado diversos pasos para realizar mis deseos, aunque viva-

mente contrariado por los miembros de mi familia, pero jamás he tenido éxito a causa de la negativa de mi obispo, el difunto cardenal Cullen».

Hizo sus estudios filosóficos en Clonliffe, en el colegio de Holy-Cross. Después, el nuevo arzobispo de Dublín, monseñor Mac Cabe, lo envió a Roma, al colegio de la Propaganda Fidei, para terminar su teología. Allí se reveló excelente estudiante, como para salir el primero de su curso con medalla de oro. Pero sobre todo, la piedad nativa de este hijo de la «Isla de los Santos», encontraría en la enseñanza y el ambiente romanos, los robustos asideros que le sostendrán toda su vida.

Y ahora, al día siguiente de su ordenación en Roma (16 de junio de 1881), la impresión de Maredsous iba a terminar de orientarle. Volvió a su patria y aceptó como hijo sumiso los cargos que el arzobispo le confió: Vicario de Dundrum, en los suburbios de la capital, con las capellanías de una prisión y un convento de religiosas; después, en la función de profesor de filosofía en Clonliffe, pero sin desoir nunca la llamada a una vida de obediencia total y plegaria continua.

Era necesario reflexionar y asegurarse antes de dar el paso. Tras la muerte de su padre, en abril de 1878, se había sentido el mayor de los hijos, con deberes frente a su hermano menor: quería subvenir en la medida de sus posibilidades a sus estudios universitarios, lo que no podría hacer más que restando a sus propios ingresos. Razón suficiente para retrasar la decisión.

Así pues, hasta el 21 de noviembre de 1886, fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, con la autorización de su obispo, con gran pesar por parte de amigos y discípulos, y muchas profecías del estilo de «no ha de perseverar», lograría el joven sacerdote irlandés volver a la abadía de Entre-Sambre-et-Meuse, para recibir el escapulario de los antiguos monjes y el nombre de uno de los más ilustres de entre ellos: Columba, gloria de la Iglesia de Irlanda.

No imaginemos, pues, que el joven postulante que acabamos de dejar en la abadía el 21 de noviembre de 1886, iba a encontrar un lecho de rosas. Ha venido a sufrir, a humillarse, a obedecer, para dar testimonio así de la entereza de su amor a Cristo. «Aridez, tentaciones, tedio», es literalmente o en sustancia lo que se encuentra frecuentemente en su diario íntimo, al fin de cada día.

A pesar de todo, perseverará, recompensado en su renuncia continua por «luces» –como hace notar en sus diarios–, sobre el misterio de Cristo y sobre la vida interior, e incluso, por la dulzura misma de algunas oraciones en medio de la aridez.

Reza, escucha las lecciones y reprimendas de un maestro de novicios bastante austero, lee y saca jugo para su vida de los autores espirituales. Con sus lecturas y sus meditaciones, construye, sobre la base teológica que ya poseía, su propia teología. Hace cuanto se le encomienda, profundizando en el sentido de la obediencia religiosa. Y así pasa, después de los tres meses acostumbrados de postulante, el año de noviciado. Fray Columba, admitido por unanimidad en Capítulo, hará su profesión el 10 de febrero de 1888.

Pero mientras los otros jóvenes religiosos permanecen bajo régimen especial de formación hasta que terminen los años de preparación al sacerdocio, él, sacerdote ya, se mantendrá por dos años todavía bajo la férula del venerado pero tremendo padre Maestro.

Fuera ya del noviciado, el P. Columba recibirá su parte en los trabajos de la casa. Se le probará primeramente como vigilante de la escuela abacial. «Pero –escribe Dom Thibaut–, el ser extranjero, su acento, su carácter jovial, las equivocaciones ocasionadas por su imperfecto dominio de la lengua francesa, no le predisponían en absoluto a mantener la disciplina entre los chicos traviesos y revoltosos. En este terreno, tenía que naufragar». Si permaneció durante seis años en la escuela, fue tan sólo como profesor de inglés.

Más acertado fue destinarle a otra enseñanza, la de filosofía, que ya había practicado en Conlifle. Los jóvenes Desclée, hijos de los fundadores de Maredsous, le fueron confiados y, con el fin de efectuar periódicos repasos, los antiguos alumnos de Maredsous llegaron a ser estudiantes de Lovaina.

Pero enseguida demostró otra aptitud: una verdadera vocación de predicador. Un día, un cura de los alrededores de Maredsous, el de Graux, a una legua de la abadía, vino a buscar un padre para predicar su adoración. «Me coge usted de improviso –debió responder el prior– no tengo a nadie disponible... Hay un joven monje extranjero, pero realmente no sé lo que se puede esperar de él: habla el francés imperfectamente; me temo que no le va a servir. –Déjemelo cuanto antes; siempre será una novedad para mis parroquianos»-. Tres días después, al devolver a Dom Columba, el cura declaraba: «Jamás he tenido un predicador semejante en mi parroquia».

Un día de septiembre de 1891, uno de esos pastores anglicanos inquietos y tentados de unirse a la Iglesia romana, llegó a Maredsous. Emocionado por la liturgia allí desplegada, pidió a Dios un signo: «Si el P. Abad me manda llamar para hablarme antes de comer, o si me envía a alguno para que me hable de mi alma, abriré mi corazón; si no, partiré esta misma tarde y no diré nada». El P. Abad le envió a Columba: «Sí –dijo al reunirse con el huésped después de la misa conventual–; él me ha mandado buscarle y me ha dicho que debía hablarle de su alma. La cosa no me ha hecho mucha gracia, pero lo hago por obediencia». ¿Será necesario añadir que el pastor abjuraría unos meses después? Incluso se hizo monje de Maredsous, y después de Downside, en Inglaterra, siendo un eminente escritor católico: Dom Beda Camm. Su conversión puede ilustrar la acción espiritual de dom Columba.

El 13 de abril de 1899, una colonia de monjes partía de Maredsous para instalarse sobre la colina cargada de

historia de Mont-César. A su cabeza, dom Robert de Kerchove, pronto primer abad, que escogería a dom Columba Marmión para prior. La divina Providencia había preparado este candelabro de donde pudo surgir la luz que el joven monje tenía dentro de sí.

Si no parecidos, al menos eran complementarios. Dom Robert mantuvo en el cargo a dom Columba los diez años que éste permaneció en Mont-César, y tenía suficiente confianza en su prior como para obligarle a aceptar el abadiato. «He debido hacerle sufrir, dirá después de la muerte de Mannión, pero no he vuelto a encontrar religioso más obediente que él». En verdad, el abad Robert fue, con mucho, después del padre maestro de antaño, el segundo forjador de su virtud.

Para los monjes jóvenes agrupados en Mont-César para su preparación al sacerdocio, dom Columba, prior, fue además el encargado de la dirección espiritual y profesor de dogma.

El profesor, que era también padre espiritual, marcó así las almas con una señal indeleble. Su mejor éxito fue ese joven monje que debía morir en Maredsous, a los 27 años, en auténtico olor de santidad: dom Pío de Hemptinne.

Verdaderamente, la influencia que dom Marmión ejerció a lo largo de estos años de Lovaina fue enorme. De allí saldrá un potente movimiento litúrgico animado por su doctrina. En esta época se intentaba devolver al clero el sentido y el sabor de ritos y fiestas, enseñarles a sacar de la liturgia la sustancia de su meditación, conformar su vida interior a su función sagrada: justo a lo que tendía dom Columba. Dom Cunibert Molilberg, monje de María Laach, recordaba haber asistido por entonces a «una conferencia de domingo, durante la cual, dom Marmión, comentaba a su manera, propiamente carismática, la misa de un simple ‘domingo verde’». Esto ocurría en 1905 ó 1906. En el transcurso de esa conferencia, el P. Beauduin, el futuro dom. Lambert, se enfervorizó. Terminó haciendo profesión bene-

dictina en Mont-Césari, y aquí se convirtió en el animador que todos conocemos. Dom Molilberg ha querido indicar con las líneas que acabamos de transcribir, una de las fuentes de este fervor. Hay que reconocer a dom Marinión el mérito de un descubrimiento personal y de una sabrosa comunicación del sentido profundo de la liturgia católica, que gira en torno a Cristo en sus misterios. Tuvo conciencia propia, y debía infundirla en un vasto público, del valor nutritivo, vital, de la plegaria oficial de la Iglesia.

En la mañana del 29 de septiembre de 1909, dos monjes extraños a la abadía, se presentaron en las puertas de Mont-César pidiendo entrevistarse con el prior, dom Columba Manniön. Venían de parte del capítulo de Maredsous con una noticia importante: dom Columba acababa de ser elegido, o más exactamente, propuesto para abad de Maredsous. Tenían el encargo de comunicarle la elección y de rogarle la aceptara.

En realidad ya lo sabía desde el día anterior, cuando recibió un telegrama que le hizo pasar una noche horrible, porque se daba cuenta de la responsabilidad que eso suponía. «Durante esta noche –anota el día 29– libré una dura batalla; me tentó el desaliento y la desesperación. Después de la misa de San Miguel, sentí una gran paz y confianza. Creo que el arcángel será mi protector».

Así es como volvió a la abadía que había escogido en su juventud. Aunque, verdaderamente, no hacía más que diez días que había salido de ella por última vez, después del retiro que acababa de predicar allí. Pero en esta ocasión, se echaron las campanas al vuelo mientras él se acercaba al monumento gótico ceñido por el follaje púrpura y oro del otoño; volvía como prelado. En el capítulo, cuando se le hubo preguntado si aceptaba su elección, este fiel hijo de San Benito respondió: «'Oboedio'. Obedezco la voluntad de Dios». Y como divisa tomó estas admirables palabras de la Regla, en el capítulo que dedica al abad: «prodesse magis quam praeesse». O sea, «Ser útil, servir,

más que mandar». Se le entregaron las llaves de la Iglesia y el sello de la abadía.

Su abadiato estará jalonado de alegrías y de penas, como la vida de cualquier hombre. Entre las alegrías incluimos, por lo menos, estos dos acontecimientos: en 1912, la semana litúrgica de Maredsous; en 1913, la conversión de Caldey, famosa abadía anglicana conquistada por él para el catolicismo.

Y henos aquí, en vísperas de la guerra, con un episodio privilegiado, esta vez, en el capítulo de amarguras. ¡Qué cantidad de desgracias y desórdenes de toda especie sembrados por doquier! La guerra ha cambiado el rumbo de vidas y personas.

Agosto de 1914: invasión alemana en Bélgica. Después de subvenir en Maredsous a las necesidades más inmediatas de heridos y refugiados que habían llegado a la abadía, en septiembre, el abad creyó conveniente, después de tomar consejo, escapar fuera del país ocupado, para asegurar un refugio –por algo es padre– a la juventud que debería reunirse con la armada nacional, o por lo menos, librarse del dominio del enemigo.

Él mismo intranquilo, por lo que pudiera pensarse de su ausencia de Maredsous, rechazando el consejo del cardenal Mercier, que trataba de tranquilizarlo, no paró hasta conseguir volver a su abadía.

Su salud, trastornada desde los tiempos de la guerra, no volverá a recuperarse del todo. Una obesidad, que no es necesariamente señal de buena salud, no dejaba de entorpecerlo. Y aquella humillante somnolencia que le perseguía por doquier. Menos mal que su humor disimilaba el ridículo.

En vísperas del viaje a Lourdes, en septiembre de 1922, que le había ordenado su obispo, imploraba oraciones porque decía que «mis sesenta y cuatro años comienzan a pesar». A la vuelta, comentaba con el monje que le acompañaba: «Hace unos años, fue Paray, y eso me pareció una

gran gracia. Poco después, era elegido abad de Maredsous. Ahora vuelvo de Lourdes, donde he tenido una estancia muy agradable. En adelante, me retiraré a la soledad hasta que el Señor me lleve». A partir de entonces, pensaría mucho en la muerte.

Las fiestas jubilares de octubre no lo distrajeron demasiado. Guiado por este pensamiento, decide dar su última conferencia a las queridas monjas de Maredret el 17 de diciembre. El 30 de diciembre de 1922 escribe a las clarisas de Cork, postrado y agotado. Al día siguiente por la tarde, sacó al azar, como patrono del nuevo año a San Juan de Dios.

No obstante, siguió respondiendo a las exigencias de la vida. Se rindió al deseo largamente mantenido por su comunidad, conforme a la tradición, de mandar pintar su retrato: ya era hora de realizarlo. Fue, pues, a Anvers, al taller del gran pintor Janssens. A la vuelta, se pasó por el convento del Sagrado Corazón de Linthout, y el querido carmelo de Lovaina. Aquí dio a sus queridas hijas una última conferencia, hablándoles del cielo y diciéndoles a modo de despedida: «Mis queridas hijas, nos reuniremos en el seno del Padre». Esta expresión, a decir verdad, les resultaba familiar, porque fluía de un corazón acostumbrado a la inmensidad de la paternidad de Dios.

El abad volvió a Maredsous el 20 de enero, fuertemente resfriado. Allí había cundido la gripe, y una veintena de religiosos estaban en cama. Dom Columba, pese a encontrarse en baja forma, visitó a los enfermos para darles ánimos. El 25 apenas conseguía mantenerse en pie, pero tenía que celebrar la misa de la Conversión de San Pablo. Había prometido, en su última carta espiritual fechada el 23, a una pequeña novicia irlandesa que profesaba ese día, ofrecer la misa por ella: fue su última misa. Al prior le pareció aquella misma tarde que estaba francamente acabado. «Puedo decirle –le declaraba el enfermo– que desde hace años, no pasa una hora sin que yo piense en la muerte».

Al día siguiente, 26, recibió la extremaunción. «Reverendísimo padre, ¿acepta usted la voluntad de Dios?» preguntó el prior, que le administraba el sacramento. «Ente-ramente», respondió dom Marmión, con toda la diligencia y fervor que podía poner en su respuesta un hombre que había profundizado tanto en el sentido de la obediencia religiosa. «Al día siguiente –cuenta doni Thibaut–, la postración era extrema. El enfermo se deshacía reconociendo los más pequeños servicios recibidos, y agradeciéndolos con una humildad emocionante. Jamás se mostró exigente; incluso llegó a rechazar el colchón que se le ofrecía, prefiriendo seguir en el jergón ordinario; pero, ante la insistencia del enfermero, cedió finalmente, sometiéndose a todas las prescripciones con una simplicidad de niño.

«El alma, a pesar del abatimiento, permanecía presente. La intoxicación causada por la uremia acarreó la torpeza de los sentidos exteriores, pero la vida interior seguía viva». Uno de sus hijos le dijo que su presencia era todavía necesaria; dom Columba respondió: «Yo me abandono en manos de Dios». «Poco tiempo después, habiéndole preguntado otro si estaba contento de irse al cielo, él le contestó de la misma manera».

«Dadme mi Vía crucis» –dijo varias veces–. Durante muchos años él había hecho el Vía crucis todos los días, excepto el de Pascua; era su devoción preferida. Pensaba, con Lacordaire, que «la meditación de los sufrimientos de Jesucristo es la que ha formado a todos los santos».

El 29 de enero, es la fiesta de San Francisco de Sales, tan querido por él. Le presentaron la imagen del santo obispo; él la beso y mandó que se le leyera su oración, pero añadió: «No se tiene mucha devoción cuando uno está malo».

Rezaron en alta voz a su alrededor para sostener su fervor. Los telegramas recibidos de la reina de los belgas y del cardenal Mercier, a pesar de los amables recuerdos que esos nombres debían evocar en su corazón, no provocaron en él reacción perceptible.

Sin embargo, se conmovió ante la llegada del abad de Lovaina, ahora presidente de la Congregación benedictina belga, dom Robert de Kerchove, pero después de recibirlo, no logró trabar conversación con él.

El 30, el enfermo estaba demasiado debilitado para que pudiese decir nada. Tan sólo cuando por la tarde su confesor le dijo: «Reverendísimo Padre, pronto va a comparecer ante Nuestro Señor Jesucristo; demuéstrole ahora aquella confianza inquebrantable que usted nos ha predicado tan a menudo», sólo entonces se le oyó murmurar muchas veces este versículo del Magníficat: «El Señor ha acogido a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia».

Exhaló su último suspiro poco antes de las 10 h. de la noche, el martes 30 de enero de 1923.

El más elocuente de los monjes de Maredsous de aquel entonces, dom Maurice Festugière, había compuesto la oración fúnebre, en la que se propuso poner de manifiesto cómo el difunto había realizado la divisa escogida por él: «Más servir que mandar».

Después de los responsos, los restos mortales de Dom Columba fueron trasladados al panteón de abades, a donde llegarían bien pronto y cada vez más, cristianos de países lejanos tanto como paisanos de los alrededores, arrodillándose ante su lápida para pedirle que intercediera por ellos.

Cristo es la verdadera sed del alma. El mérito de dom Marmión estuvo en descubrirlo. *Cristo, vida del alma, Cristo en sus misterios, Cristo, ideal del monje, Cristo, ideal del sacerdote...* siempre la persona de Cristo como centro de la religión, del pensamiento, de la vida. «La misión providencial de dom Mannión –escribía el P. Philipon, O.P.–, estuvo en devolver a la espiritualidad moderna su fuente: la persona de Cristo». Su papel es el de redescubridor, restaurador; él fue el primero en defenderse contra la opinión de que era un innovador tras san Pablo... Hay que remontarse muy atrás en el camino seguido por los grandes

místicos, para encontrar una comprensión tan poderosa del misterio de Cristo, del cual, la obra de dom Marmión no es más que una larga y perspicaz meditación en la que espíritu y corazón se funden: es una comprensión apasionada. «He comprendido –escribe a su abad en 1901–, que la perla preciosa de que habla el evangelio es Jesucristo». «Si me preguntan: ¿en qué consiste la vida espiritual? yo responderé: en Cristo». «Se ha apropiado –escribe el P. Buzy– la tesis de san Pablo».

El abad de Maredsous había muerto, pero su mensaje, que había penetrado fuertemente en la espiritualidad cristiana, permanecía vivo. Cristo era la verdad y el todo. Dom Marmión pretendió explicar a las almas que se llaman cristianas toda la realidad de lo que significa pertenecer a él, que es la causa, el modelo y el fin de su vida sobrenatural o de su santificación, de manera que su conciencia quede embebida de esta verdad.

Pero si los cristianos son miembros de Cristo, serán también hijos de Dios, su Padre. Su adopción, es decir, su libre incorporación a Cristo, los injerta en la misma vida de la Trinidad. La Trinidad no es una abstracción teológica, sino una realidad viva y personal capaz de transformar el ser y la vida del cristiano. Esta idea de la adopción divina, descubierta y desarrollada por dom Marmión, le valió el título de «doctor de la adopción divina» concedido por el P. Philipon.

Cristo en sus misterios es una meditación mantenida a lo largo del año litúrgico, acerca de los objetos particulares de las fiestas que lo jalonan: acontecimientos de la vida histórica de Dios hecho hombre, etapas de la obra redentora y de la santificación de los hombres, conmemoraciones que deben producir frutos de santidad. Entre la obra escrita, este libro es el que justifica mejor el título otorgado a su autor por dom Lambert Beauduim, de «teólogo de la liturgia». Quizá habría que decir con mayor precisión, «de la espiritualidad litúrgica».

En *Cristo ideal del monje*, propone al monje benedictino la imitación de las virtudes del Señor hecho hombre; pero tienen la misma utilidad para todo religioso, y aun para cualquier cristiano, como manual de ascesis católica. Ya se sabe que la Regla de San Benito, utilizada abundantemente por dom Marmi3n, es cristoc3ntrica. *Cristo, ideal del sacerdote*, siempre Cristo, pero tomado como modelo particular de aquellos que, imitando y continuando su misi3n esencial, deben manifestar su presencia en el mundo, continuar su obra lit3rgica y pastoral, y conducir al pueblo de Dios a trav3s de *Cristo Sponsa Verbi*, por su parte, se destina a las v3rgenes, esposas del Se3or.

Nos resta el tesoro, en parte in3dito, de sus cartas, que suman m3s de 1.700. Escritas todas de pu3o y letra, son, naturalmente, la m3s aut3ntica expresi3n de s3 mismo. Cartas de amistad o de direcci3n espiritual, marcadas todas por la preocupaci3n principal, si no exclusiva, de un hombre de Dios.

Este mensaje de dom Marmi3n, predicado ac3 y all3 siguiendo la necesidad o la oportunidad, repetido incansablemente, aunque jam3s en t3rminos id3nticos, sino adapt3ndose a cada auditorio, ¿es realmente nuevo? No, repetimos, en tanto que la fidelidad a la teolog3a de santo Tom3s es continuamente afirmada, pero podemos decir que nadie, desde hac3a tres siglos, hab3a recogido con tanta viveza ni expuesto con tanta insistencia, el papel de Cristo en la elaboraci3n de la santidad cristiana, concebida como adopci3n del hombre por Dios.

Esta elevada teolog3a ha sido presentada en un lenguaje familiar, asequible a todo el mundo: «El plebiscito silencioso que significa la difusi3n universal de las obras de dom. Marmi3n –escribe dom Capelle–, se debe, sin duda, a la enorme desenvoltura con la que nos presenta las verdades m3s elevadas como lo m3s simple del mundo».

Dom Marmi3n fue un maestro de la vida espiritual en todo el rigor del t3rmino. En 3l, el te3logo no se separ3

jamás del apóstol, y el apóstol, en todos sus contactos con las almas, recurría siempre a las luces del teólogo. Pero su teología no tenía nada de seca ni de altiva... Conocía todo el valor científico de la filosofía y teología tomistas. Pero le habría parecido faltar a su misión si no las hubiese aplicado a la vida espiritual. Su enseñanza no era solamente fruto de la especulación, sino, sobre todo y ante todo, el fruto de su oración. No la entendía más que como un medio de llevar a los demás hacia Dios: «La primera caridad, como dice Lacordaire, es la caridad de la doctrina».

Del testimonio aportado por el sucesor del cardenal Suhard en la sede de París, monseñor Feltin, por entonces arzobispo de Burdeos, transcribimos estas líneas: «¿Cómo no voy a responder a su deseo, después de leer y releer frecuentemente lo que Vd. llama trilogía de dom Marmión? Ahora que, particularmente mientras viajo, utilizo las *Palabras de vida al margen de la misa*, precioso auxiliar en la meditación cotidiana... Ahora, sobre todo, que tengo conciencia de lo mucho que he adquirido en contacto con esos volúmenes... Uno de mis colegas en el episcopado, con el que yo charlaba hace algunos meses de espiritualidad y de obras recientemente aparecidas, me dijo: Desde hace varios años no utilizó para mis retiros y mis meditaciones más que los escritos de dom Marmión; en él encuentro siempre algo nuevo y apropiado para mi vida... Jamás se agota la riqueza de sus obras...» (1947).

Leamos la opinión de otro obispo, monseñor Guerry, arzobispo de Cambrai: «La personalidad de dom Marmión dominará la historia de la espiritualidad del siglo xx. El influjo de este eminente maestro de la vida espiritual es extraordinario... Lo que entusiasma en dom Marmión es, en primer lugar, su doctrina profunda, luminosa, que eleva. En segundo lugar, la doctrina que él enseña es una guía para la vida espiritual. En tercer lugar, un soplo de vida pasa a través de todas las páginas de dom Marmión y arrebató a sus lectores, porque desde los primeros contactos

con él, se intuye que todas las verdades que les presenta las ha vivido previamente en su alma».

«Eminente maestro de vida espiritual» le llamó el secretario de Estado de Pío XII, monseñor Montini, más tarde S.S. Pablo VI, agradecido por el envío de *Cristo ideal de sacerdote*. Después, en 1958 el mismo Pío XII evocará las obras «tan notables por la justicia de la doctrina, la claridad de su estilo, la profundidad y riqueza de pensamiento» que «representan una inestimable contribución al tesoro de escritos espirituales de la Iglesia».

Monseñor Beaussart, arzobispo auxiliar de París, escribía por su parte en 1947: «La simplicidad y profundidad de esta doctrina, su auténtico catolicismo, su perfecta armonía y su solidez sin falta, su influencia poderosa y dulce sobre la vida interior y apostólica, no me parecen explicables más que por la santidad del Padre».

Pero la canonización es algo que sólo pertenecerá a la autoridad suprema. Los monjes de Maredsous, cediendo a las múltiples invitaciones llegadas de las voces más autorizadas, y uniéndose a la «fama de santidad»... que rodeaba ya a la memoria de su difunto abad, iniciaron el proceso de beatificación con Monseñor André-Marie Charue, doctor y maestro en teología de la Universidad de Lovaina, que había manifestado en diversas ocasiones su gratitud y su admiración por el maestro espiritual de su generación. Inauguró el proceso diocesano el 7 de febrero de 1957, que no concluyó hasta el 28 de noviembre de 1961. Ese día el obispo de Namur, en Maredsous, selló y lacró los expedientes enviados a Roma y sometidos al juicio de Pedro.

El postulador, dom Benoît Becker, procurador de los benedictinos belgas en Roma, apenas se había hecho cargo de la causa, cuando obtuvo la conformidad de uno de los más eminentes príncipes de la Iglesia, el cardenal Gaetano Cicognani, para hacerse responsable de la causa como ponente o relator. Pero éste, no llegaría a ver el fin del proceso romano: muerto en 1962, fue reemplazado en este

puesto por S. E. El cardenal Larraona, que le sucedió también como presidente de la Congregación de Ritos.

Finalmente concluido el proceso, S.S. Juan Pablo II beatificó a Dom Columba Marmión el 3 de septiembre del año 2000. En tan solemne acto estuvieron presentes aparte de la comunidad benedictina de Maredsous, todos los abades y priores conventuales de la orden.

TOMÁS MORAL, O.S.B.
Leyre

Bibliografía

- THIBAUT, R., *Dom Columba Marmion, un maestro de la vida espiritual*. Traducción española del original francés por los benedictinos de S. Benito de Buenos Aires, Buenos Aires 1950; *Dom Columba Marmion, su vida, su doctrina, su dirección espiritual*. Versión española de E. L., Buenos Aires 1941.
- TEITIEY, M., *Dom Columba Marmion, a biography*, Dublin 1994.
- DELFORGE, T. - MORAL, T., *Dom Columba Marmion (Siervo de Dios)*, en *Nova et vetera* 17 (1981) 37-46.
- AAS, XCI, 2000, 79 ss., XCLII, 2001, 342 ss. *Proceso y Breve de Beatificación de Dom Columba Marmion*.

Textos de san Francisco de Sales sobre el abandono espiritual

DEFINICIÓN

El abandono es una conformidad a todo lo que Dios pueda querer, sea cual sea el objeto de esta voluntad divina, es decir, la conformidad total. «Una conformidad nacida del amor y llevada a un grado muy elevado» (Lehodey, *El santo abandono*).

Don total y filial respecto a todo lo que se pueda presentar, sin que nada sea fijado por adelantado.

Este abandono es para san Francisco de Sales «la disposición de un alma que expresa la perfección de su amor a Dios, por un heroico arrancarse a todas sus preferencias personales, y una adhesión constante de su voluntad a la voluntad divina» (P. Veuillot, *La santa indiferencia*).

Se trata aquí de todo lo que concierne a la voluntad de beneplácito:

La voluntad de beneplácito, que hemos de ver en todos los acontecimientos, quiero decir, en todo lo que nos ocurre: en la enfermedad, en la muerte, en la aflicción, en la consolación, en las cosas prósperas y adversas, en una palabra, en todo lo imprevisto. Y hemos de estar prontos a someternos esta voluntad de Dios en cuantas circunstancias hubiere, lo mismo en las cosas agradables que en las desagradables, en la muerte como en la vida; en fin, en todo lo que no es manifestamente contra la voluntad de Dios significada, porque ésta tiene siempre prioridad. (Entretenimiento XV, sobre la voluntad de Dios).

Se habla aquí del suceso puro, sobre el cual razonablemente no podemos nada. La conformidad a esta voluntad

es la finalidad de la resignación y de la indiferencia ignacianas. El alma está desasida y en pura espera del beneplácito divino.

La indiferencia «es la energía singular de una voluntad, desprendida de todas las cosas, que en la plenitud de su libre albedrío, reúne todas sus fuerzas para concentrarlas sobre Dios y su santa voluntad, y no se deja conmover por ninguna criatura, a fin de conservarse dispuesta a todo acontecimiento, presta a actuar o a no actuar, esperando solamente que la Providencia declare su beneplácito» (Lehodey, *El santo abandono*).

San Francisco de Sales no distingue expresamente entre indiferencia y abandono: no parece poder concebir la indiferencia sin el amor. El amor, principio de la conversión y del progreso, hace al alma cada vez más indiferente a todo fuera de su amor y, cuando el amor es absoluto, su indiferencia también lo es. Esto es lo que distingue la indiferencia salesiana de cualquier otra. La causa de la santa indiferencia es el santo amor.

Dios nos ama con la fuerza de un padre, con la delicadeza de una madre; debemos tener, pues, confianza inquebrantable.

La Providencia soberana no es otra cosa más que el acto por el cual Dios quiere proveer a los hombres de los medios necesarios o útiles para llegar a su fin (Tratado del amor de Dios, lib. 2, cap. 3).

Hemos encontrado imágenes donde se encuentra el abandono más total, el amor más filial frente a todo lo que Dios pueda querer. San Francisco utiliza aquí, sobre todo imágenes del niño en el regazo de su madre o cogido de la mano, y el de la navegación. La imagen fundamental del abandono es el reposo de S. Juan sobre el pecho de Jesús.

IMAGEN DE LA NAVEGACIÓN

Es preciso simplificar nuestro espíritu, y habiendo abandonado y dejado todo lo que desagrada a Dios, permanecer en paz en nuestra barca, es decir, hacer en paz los ejercicios de nuestra vocación. Y no nos apuremos en absoluto por nuestro avance; pues como aquellos que están en una barca donde hay buen viento, sin remar llegan al puerto, así los que están en una buena vocación sin preocuparse por su aprovechamiento, aprovechan y avanzan perpetuamente (Cartas, t. XXVI, p. 270).

Os asemejáis a los que navegan por la mar. La barca les lleva, y ellos permanecen allí sin preocupación; reposando avanzan, y no tienen que preguntarse si llevan buen camino. Ese es el deber de los marinos, que mirando a las estrellas, saben que están en buen camino y dicen a los demás que están en la barca: ánimo, vais en buen camino. Seguid sin temor esta buena estrella y esta brújula divina, mis muy queridas hijas, pues es Nuestro Señor; la barca son vuestras Reglas; las que la conducen son los superiores (Entretenimientos espirituales).

IMAGEN DEL NIÑO SOBRE EL REGAZO DE SU MADRE

El alma que se ha abandonado (renunciado a un derecho en favor de alguien), no tiene otra cosa que hacer más que permanecer entre los brazos de Nuestro Señor, como un niño en el seno de su madre, el cual, cuando ella lo pone en el suelo para caminar, anda hasta que su madre lo vuelve a coger, y cuando ella lo quiere llevar en brazos, él se lo deja hacer. No sabe ni piensa en absoluto donde va, sino que se deja traer y llevar donde le place a su madre: esta alma se deja llevar, cuando ama la voluntad de beneplácito de Dios en todo lo que le sucede, camina, cuando hace con gran cuidado todo lo que es la voluntad de Dios significada (Entretenimientos espirituales).

Abandonarnos, pues, a la voluntad de Dios, con la confianza y simplicidad de los niños pequeños, que no tienen idea de castigos ni recompensas. Únicamente aman con todo su ser. Ni siquiera son conscientes de tener una voluntad. Al menos podemos decirnos: Dios pensará por nosotros. Permanecer en esta sencillez y seguridad, haciendo los ejercicios exigidos por la vocación personal. Aceptar toda voluntad divina, sea cual sea, «alegremente», tanto tiempo como Dios lo quiera.

La voluntad que ha muerto a sí misma para vivir en la de Dios, está sin ningún querer particular, quedando no solamente conforme y sujeta, sino totalmente anonada en sí misma y convertida en la de Dios; a semejanza de un niño pequeño que no tiene todavía el uso de su voluntad para querer ni amar cosa alguna más que el seno y el rostro de su madre, el cual no piensa de ningún modo en querer estar de una manera u otra, ni en pedir cosa alguna, sino en estar entre los brazos de su madre, con la cual piensa ser una misma cosa; ni se preocupa de acomodar su voluntad a la de su madre, porque no siente la suya ni se cuida de tenerla, dejando a su madre el cuidado de ir, hacer y querer lo que creyere bueno para él.

Esta es, ciertamente, la soberana perfección de nuestra voluntad, que es estar así unida a la de nuestro soberano Bien como estuvo la del santo profeta, que decía: ¡Oh Señor vos me habéis guiado y llevado según vuestra voluntad (Sal 72, 24), porque, ¿qué quería decir el Profeta sino que de ningún modo había usado su voluntad para guiarse, antes se había dejado simplemente guiar y llevar por la de Dios? [...]. Pues nosotros, oh Teótimo, como hijos pequeñuelos del Padre Celestial, podemos ir con Él de dos maneras: porque, primeramente, podemos andar sobre nuestro propio querer, el cual conformamos al suyo, teniendo siempre de la mano de nuestra obediencia la de su divina intención y siguiéndola a todas partes a donde nos guía; y esto es lo que Dios requiere de nosotros por la significación de su voluntad, porque ya

que Él quiere que yo haga lo que me ordena, quiere que tenga el querer de hacerlo. Dios me ha significado su voluntad de que santifique el día de descanso; y puesto que quiere que lo haga, quiere por consiguiente, que lo quiera hacer, y que para ello tenga mi propio querer por el cual siga el suyo, conformándome y correspondiendo a él.

Mas podemos también ir con Nuestro Señor sin tener ningún querer propio, dejándonos simplemente llevar de su beneplácito divino, como un niño pequeño en los brazos de su madre, por un cierto género de consentimiento admirable, que se puede llamar unión, o más bien unidad de nuestra voluntad con la de Dios. Y este es el modo con que debemos procurar conducirnos en la voluntad del beneplácito divino, por cuanto los efectos de esta voluntad proceden puramente de su Providencia, y suceden sin que nosotros los hagamos.

Es verdad que podemos querer que sucedan según la voluntad de Dios, el cual querer es muy bueno; pero podemos recibir los sucesos del beneplácito divino con una sencillísima quietud y tranquilidad de nuestra voluntad, que, no queriendo cosa alguna, se conforma simplemente a todo lo que Dios se haga en nosotros, sobre nosotros y de nosotros [...]. Si se hubiese preguntado al dulce Niño Jesús, cuando era llevado en los brazos de su Madre, donde iba, ¿no hubiese tenido razón en responder: Yo no voy a ninguna parte, sino que es mi Madre la que va por Mí? Y a quien le hubiese dicho: Pero, al menos ¿no vais con vuestra Madre?, ¿no hubiera contestado razonablemente: No, Yo no voy en realidad de ninguna manera, o si voy a donde va mi Madre, no voy con ella ni por mis propios pasos, sino que voy por los pasos de mi Madre, por Ella y en Ella?, y si alguien le hubiese podido replicar: pero, al menos, oh queridísimo Niño, vos queréis de buena gana dejaros llevar por vuestra Madre. No, ciertamente, hubiese podido decir; no quiero eso, en verdad, antes bien, así como mi Madre bondadosísima camina por Mí, Yo la dejo igualmente el cuidado de andar por Mí a donde bien le pareciere; y así como no ando más que por sus pasos,

así tampoco quiero más que por su querer. De modo que no tengo ninguna atención ni a querer ni a no querer desde que me encuentro entre sus brazos, dejando todo el cuidado a mi Madre, excepto el de estar en su seno, gustar las dulzuras de sus pechos y mantenerme unido a su cuello amabilísimo para besarla amorosísimamente con los besos de mi boca (Ct 1,1).

Y para declararos los pensamientos de mi alma os diré que, mientras me hallo entre las delicias de estas caricias santas, que sobrepujan toda suavidad, me imagino que mi Madre es un árbol de vida y que Yo estoy en Ella como su fruto, que soy su propio corazón; por eso, así como su andar es suficiente para ella y para Mí, sin que Yo me cuide de dar ningún paso, así también su voluntad me basta para Ella y para Mí, sin que Yo muestre ni tenga ningún querer en lo que a ir o a venir respecta.

De igual modo, no me preocupo de si camina rápida o lentamente, ni si va hacia una u otra parte, ni inquiere en modo alguno a donde quiere ir, contentándome con que, sea como sea, Yo esté siempre en sus brazos y entre sus pechos, donde «me apaciento como entre lirios»... El salvador de nuestras almas tuvo el uso de la razón desde el mismo instante de su concepción en el vientre de su Madre, y podía hacer todos esos discursos; privilegio de que gozó aún su mismo precursor, san Juan, desde el día de la Santa Visitación; y aunque uno y otro, durante aquel tiempo y el de la infancia, gozaron de su propia voluntad para querer y no querer, sin embargo en las cosas exteriores dejaron el cuidado de todo a sus madres, para que hicieran y quisieran por ellos lo que era necesario. Nosotros debemos, Oh Teótimo, ser como ellos, haciéndonos dóciles y flexibles al beneplácito divino, cual si fuéramos de cera, no preocupándonos en desear y querer las cosas, sino dejándolas querer y hacer a Dios por nosotros (1P 5, 7). Y nota que dice toda nuestra solicitud, esto es, tanto aquella que tenemos en recibir los sucesos, como la de querer o no querer; porque él tendrá

cuidado del resultado de nuestros asuntos y de querer lo que sea mejor para nosotros.

En vez de eso, *empleemos cariñosamente nuestro cuidado en bendecir a Dios por todo lo que haga, a ejemplo de Job, diciendo: el Señor me ha dado mucho; el Señor me lo ha quitado; bendito sea el nombre del Señor (Jb 1, 21).*

No Señor, yo no quiero ningún suceso, porque dejo que Vos lo elijáis por mí totalmente a vuestro agrado, pero, en lugar de querer los sucesos, os bendeciré porque los hayáis querido. ¡Oh, cuán excelente es esta ocupación de nuestra voluntad!, cuando abandona el cuidado de querer y elegir los efectos del beneplácito divino, para alabar y agradecer el beneplácito de tales efectos (Tratado del amor de Dios, lib. 9, cap. 14).

El abandono es mucho más que la aceptación. Es «el contento de caminar con los ojos cerrados». Se encuentran aquí los frutos del abandono: «la paz y la alegría que nada turbará. Me basta que Dios sea Dios [...] que yo viva o muera, me importa poco». *Es el amor puro, enteramente desinteresado.* Pero no es en absoluto la pasividad quietista. Dios nos pide «dar nuestros pequeños pasos» y «cogerlos de su mano».

La voluntad se va mitigando y sin embargo no está anulada, vive «abismada y mezclada» en la voluntad de Dios. Es la «muerte de la voluntad» expuesta en el libro IX del Tratado del Amor de Dios. Y sin embargo «estar así unida es ciertamente la soberana perfección de la voluntad». Muchas veces en estas imágenes, es cuestión de gracias místicas.

El discípulo de san Francisco de Sales debe tender, desde luego, al amor puro. Testigo de esto es la imagen del músico sordo, que ama sin ninguna consolación en retorno. Aquí la pureza del amor estalla en su más alto grado. La exigencia de pureza va tan lejos que la presencia o ausencia de la felicidad de amar no debe turbar en nada el corazón, es decir, la voluntad superior; pues la voluntad inferior

puede estar terriblemente turbada. Dios sólo; sin retorno sobre sí: éste es el ideal salesiano.

Un músico de los más excelentes de que se tiene memoria, y que tañía perfectamente su laúd, llegó a quedar en poco tiempo tan extremadamente sordo, que no le quedó el menor uso del oído; sin embargo, no dejó por eso de cantar y tocar su laúd delicada y maravillosamente, a causa de la gran costumbre que había adquirido, y que su pérdida del sentido auditivo no le había quitado. Mas, porque no sentía ningún placer en su canto ni en el son de su instrumento, ya que estando privado del oído no podía percibir ni la suavidad ni la belleza de la música, no cantaba ni pulsaba el laúd más que para contentar a un príncipe del que había nacido súbdito, y al cual tenía una extremada inclinación a complacer, acompañada de una infinita gratitud por haber sido criado desde su juventud en su palacio; por lo cual gozaba de un placer sin igual en complacerle, y cuando su príncipe le manifestaba que le agradaba su canto, sentíase todo arrebatado de contento.

Mas sucedía algunas veces que el príncipe para probar el amor de este amable músico, le mandaba cantar, y al punto, dejándole en su cámara, se salía a cazar; pero el deseo que el cantor tenía de seguir la voluntad de su señor hacía le continuar tan atentamente su canto como si el príncipe estuviera presente, aunque en verdad ningún placer sentía en ello: primero, porque él no percibía el placer de la melodía de que su defecto físico le privaba, y en segundo lugar, no sentía el contento de agradar al príncipe, pues que estando éste ausente no podía gozar de la suavidad de la hermosa y exótica música que tañía (Tratado del amor de Dios, lib. 9, cap. 9).

Se trata del amor de Dios, por Él sólo, en las desolaciones. El abandono es un amor puro de Dios, porque obra en nosotros el más completo despojamiento del amor propio. El amor debe ser purificado por las pruebas temporales y espirituales. Por esta razón el libro IX del *Tratado del amor de Dios* insiste ampliamente sobre el papel del sufrimiento en la vida espiritual.

Las angustias espirituales hacen el amor extremadamente puro y limpio, porque estando privado de todo placer por el cual pueda sentirse aficionado a Dios, nos une y junta a Él inmediatamente, esto es, nuestra voluntad y corazón a la voluntad y corazón divinos, sin ninguna mediación de contento ni pretensión alguna. ¡Oh, cuán afligido se ve el pobre corazón cuando, como abandonado del amor, mira por todas partes, y al parecer, no le encuentra!

No le encuentra en los sentidos exteriores, porque no son capaces de ello; no le encuentra en la imaginación, que está cruelmente atormentada con diversas impresiones; no le encuentra en la razón, turbada con mil oscuridades de discursos y aprensiones extrañas; y aunque al fin le encuentre en la cima o región suprema del espíritu, donde reside este divino amor, sin embargo le desconoce, y le parece que no es Él, porque la grandeza de los tedios y las tinieblas le impiden sentir su dulzura; le ve sin verle y le encuentra sin conocerle, «como si estuviera soñando» y fuera obra de la imaginación. Así, Magdalena, habiendo encontrado a su querido Maestro, no recibe ningún alivio con ello, porque no creía que fuera Él, sino tan sólo «el Hortelano» (Jn 20, 15).

¿Qué puede hacer entonces el alma que se halla en tal estado?

...El divino Salvador, próximo a su muerte y lanzando sus postreros suspiros, «con un gran grito» y muchas lágrimas, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Palabra que fue la última de todas y por la cual el Hijo amado dio el soberano testimonio de amor al Padre.

Así pues, cuando todo nos falta, cuando nuestras angustias y tedios llegan a su grado máximo, esta palabra, este sentimiento, esta entrega de nuestra alma en manos de nuestro Salvador, no puede faltarnos. El Hijo encomendó su espíritu al Padre en esta última e indecible angustia; y nosotros, cuando la agitación de las penas espirituales nos quite toda otra suerte de alivios y de medios de resistir, encomendemos nuestro espíritu en las manos de este Hijo Eterno, que es nuestro

verdadero Padre y, «humillando la cabeza» (Jn 19, 30) de nuestro acatamiento y conformidad a su beneplácito, resignemos y depositemos en Él toda nuestra voluntad.

La cima de esta espiritualidad del desprendimiento absoluto culmina en el abandono filial en Dios. El modelo se encuentra en la imagen de la hija del cirujano, que se deja sangrar por su padre sin preguntar nada, mirando únicamente a su padre con cariño. Es la mayor simplicidad y la mayor paz en medio de las pruebas. Simplemente se repite: mi padre me ama mucho. Es el amor efectivo, en el más alto grado, en plena vida. La voluntad se mantiene en una general espera y «la rebasa para vivir por completo en la voluntad de Dios». Se alaba así no la voluntad de Dios en sus efectos, sino en su propia excelencia.

Hallándose afligida de una continua fiebre la hija de un médico y cirujano excelente, y sabiendo que su padre la amaba de un modo extraordinario y único, decía a una de sus amigas: yo tengo mucha pena, mas sin embargo, no pienso en los remedios, porque no sé lo que podría servir para mi curación, pues podría desear una cosa y necesitar otra; ¿no adelanto, pues, más con dejar todo el cuidado de esto a mi padre ya que él sabe, puede y quiere por mí todo lo que es necesario para mi salud? No es razonable que yo piense en ello, ya que él pensará suficientemente por mí; no tendría razón en querer algo, porque él querrá de modo suficiente lo que me sea provechoso; únicamente, pues, esperaré que él quiera lo que juzgue conveniente y no me preocuparé más que en mirarle cuando esté junto a mí, en testimoniarle mi amor filial y en hacerle conocer mi confianza perfecta.

Y diciendo estas palabras, quedó sorprendida por el sueño, mientras que su padre, juzgando a propósito darle una sangría, dispuso todo lo necesario; así que, llegándose a ella tan pronto como despertó, y luego de haberle preguntado cómo se encontraba después de su sueño, le indicó si quería ser sangrada para curar. Padre mío, respondió ella, vuestra soy; yo no sé lo que debo querer para sanar; a vos toca querer y

hacer por mí todo lo que os pareciere bueno, pues, cuanto a mí, me basta amaros y honraros con todo mi corazón como lo hago. Así pues, le vendan el brazo y el padre mismo dirige la lanceta sobre la vena; pero mientras da el golpe y salta la sangre, jamás esta amable hija miró el brazo herido ni la sangre que brotaba de la vena; antes, teniendo los ojos fijos en el rostro de su padre, no decía otra cosa sino a veces y suavemente: mi padre me ama profundamente y yo soy toda suya. Y cuando hubo terminado, no le dio las gracias, sino repitió solamente una vez más las mismas palabras de su afecto y filial confianza.

[...]¿No testimonió esta hija un amor más atento y más firme hacia su padre de ese modo que si hubiera tenido mucho cuidado en pedirle los remedios para su mal? [...]

¿Por qué te mezclas en querer o no querer los sucesos y acontecimientos del mundo, pues no sabes lo que debes querer, mientras que Dios querrá suficientemente por ti todo lo que puedas querer, sin que te fatigues en ello? espera, pues, con tranquilidad de espíritu los efectos del beneplácito divino, y que su querer te baste, ya que Él es siempre muy bueno; que así ordenó a su amada Santa Catalina de Sena cuando le dijo: «piensa en Mí y Yo pensaré por ti».

Es muy difícil expresar bien esta extrema indiferencia de la voluntad humana, que se halla así reducida y muerta en la voluntad divina (Tratado del amor de Dios, lib 9, cap. 15).

«Nuestro Señor realizó durante toda su vida este ideal». San Francisco de Sales ha concebido un tratado de la caridad donde todas las tesis que se pudieran encontrar en otros lugares, convergiesen hacia este ideal del abandono, o más exactamente del amor puro, como pura entrega al amado, siendo el abandono la condición y la consecuencia. Es esta síntesis lo que constituye su verdadera originalidad. Para llegar ahí es preciso un desprendimiento total, fruto de un muy largo y doloroso esfuerzo de ascesis y purificación, jamás completamente terminado por lo demás.

Así mismo se ve qué grado de pureza puede alcanzar a amor de Dios y cuánto nos queda por hacer. Una imagen como la de la hija del cirujano permite, por sí misma, a san Francisco de Sales expresar casi todo lo esencial sobre la delicada cuestión del abandono. Por estos ejemplos se constata el valor didáctico y sugestivo de las imágenes del santo y el interés e incluso la necesidad de la imagen para la enseñanza religiosa.

Según los *quietistas*, «el alma debe suprimir todo acto de la voluntad y del entendimiento y aniquilar sus potencias en nombre del puro amor de Dios. Por eso, según ellos, es preciso prohibir todo cuidado de la propia salvación, proscribir como imperfecciones la virtud de la esperanza y todo acto de amor de Dios, suprimir, en fin, de la oración toda petición» (L. Cagnet, *El crepúsculo de los místicos*).

La doctrina de san Francisco de Sales no se pierde en un ideal que está por encima de las posibilidades dadas por Dios a los hombres. No cae en la pasividad quietista.

Después de haber contemplado las imágenes del abandono, nos será muy útil recordar solamente algunas de las exigencias del santo. Él repite que es preciso actuar al servicio de Dios y de los hombres:

Mientras estemos en el mundo, no podemos amar más que haciendo el bien, porque nuestro amor aquí debe ser activo, (...) no hay nada que inste tanto a la práctica del bien como el amor celeste (Cartas, t. 19, p. 250).

(El amor de Dios consiste) en la resolución del corazón, que quiere siempre e inseparablemente permanecer unido por todas partes a la voluntad divina (Cartas, t. 15, p. 20).

Yo amo las almas vigorosas, independientes y que no son en absoluto femeninas (Cartas, t. 20, p. 216).

Es preciso retomar nuestro primer valor y antes morir que soltar la presa (desistir de una idea) (Cartas, t. 14, p. 284).

Cuando los pensamientos de envidia vienen, hace falta retorcer el corazón como una servilleta para hacerle entrar en razón (Entretenimientos espirituales).

Monseñor Olier decía de san Francisco de Sales: «es, en el fondo de su dirección, el más mortificante de los santos». «Nada de grandes maceraciones en la Visitación, sino la voluntad de no rehusar nada a Dios, de sacrificarse totalmente en el detalle de la vida cotidiana, de renunciar progresiva pero inexorablemente a todo egoísmo y a todo orgullo».

La maestra debe enseñar a las novicias el valor y arrancar de ellas, tanto como sea posible, las fruslerías, las ternuras consigo mismas y los malos humores [...], a fin de que [...] hagan obras de una perfección sólida y poderosa por medio de una devoción no tierna y muelle, sino poderosa, animosa (Constituciones).

Se lee muy poco el tomo XXV sobre la Visitación, así como las directivas dadas por San Francisco de Sales a su clero.

Aunque pobres en imágenes, estos textos aportan muchas enseñanzas sobre la espiritualidad de san Francisco.

Ser religiosa [...] es estar ligada a Dios por la continua mortificación (Entretenimientos espirituales).

Nadie está más convencido que él de que es preciso morir para vivir en Cristo. A pesar de su amistad tan espiritual con Madame de Chantal, es extremadamente exigente con ella. En un periodo en que ella estaba desgarrada por violentas pruebas interiores, le escribía:

Es preciso que vuestro corazón sea desollado al vivo para ser ofrecido en sacrificio de holocausto viviente a nuestro Dios (Cartas, t. 21, p. 152).

En sus terribles arideces que han durado más de cuarenta años, Santa Chantal recibía este consejo:

Vos debéis declarar vuestra absoluta resignación completamente árida, sin examinar vuestro mal, ni siquiera para decírmelo (Cartas, t. 20, p. 200).

Yo no me atrevo a pedir que seáis librada de él.

En 1616 él había exigido de santa Chantal un decisivo y heroico esfuerzo de desprendimiento de corazón respecto

a él. En Lyon, el 12 de diciembre de 1622, la santa volvía a encontrar al fin a san Francisco, a quien no había podido confiar el estado de su vida interior desde hacía tres años y medio. Estaba enfermo y envejecido; los dos presentían que era una visita de despedida. A pesar de ello, ella debió hablarle, durante cuatro horas, únicamente de los asuntos de su congregación; después él la envió a visitar sus conventos de la región. El Santo moría días después, sin volver a verla.

Monasterio de la Visitación de Valencia

Las Religiosas Celadoras del Reinado del Corazón de Jesús inician la causa de beatificación de su Fundadora Amadora Gómez Alonso en la Diócesis de Valladolid.

El día 28 de junio a las 20 horas el Arzobispo de Valladolid ha decretado la apertura del proceso diocesano de canonización de la Sierva de Dios Rvda. Madre Amadora Gómez Alonso, Fundadora de la Congregación de Celadoras del Reinado del Corazón de Jesús. El postulador diocesano de dicho proceso es D. Francisco Cerro Chaves, director del Centro de Espiritualidad de Valladolid.

Poema

Sensatez de vida

La vida la recibimos
al momento de nacer,
y fugaz se nos escapa,
sin repetirse otra vez.

Es en sí una aventura
que hay que saber vivir,
para ser feliz, y valga,
cuando marchemos de aquí.

El malgastarla es locura,
también no vivirla en paz,
hemos de sacarle el jugo,
llevarlo a la eternidad.

Ha de ser el trampolín,
valor, que haga saltar,
desde esta vida a la otra,
esa que es ya eternidad.

Cojamos de ella la esencia,
y démosla con amor,
tengamos mucha paciencia,
respeto y comprensión.

Vivamos cada minuto
con la misma intensidad,
saboreando con gusto,
sin dejarlo malograr.

Hay que saber elegir
lo que vale y lo que no,
lo que nos cuenta al partir,
y aquí llena el corazón.

Son siempre valores puros,
metas dignas, y razón,
es el darse, proyectarse,
cuanto más mucho mejor.

BASILIO BENITO SÁNCHEZ
Salamanca

Bibliografía

SYLVIE GERMAIN, *Etty Hillesum, Una vida*, Sal Terrae, Santander 2004, 167 pp.

La figura de Etty Hillesum, judía holandesa que murió en los campos de exterminio nazi de Auschwitz, ha irrumpido con extraordinaria fuerza en nuestras conciencias, a través de su *Diario*, escrito en los dos últimos de su vida, y las cartas escritas a sus amigos.

Sylvie Germain, escritora avezada en diversas facetas literarias, ha elaborado una ágil y atractiva biografía de Etty, combinando hábilmente las profundas y hermosas reflexiones que Etty hace ante el odio y la sinrazón aniquiladora nazi, con otros dos bellos testimonios del holocausto judío: Ana Frank y Edith Stein. Intercala también textos poéticos de R. M. Rilke, al que la joven judía holandesa profesaba especial admiración.

Todo el atractivo y vitalidad que ofrecen la vida y escritos de Etty y sus acompañantes, son contrastados por la autora del libro con datos estremecedores de la barbarie nazi, resaltando así más la fortaleza de espíritu de esta gran mujer.—Ángel Pérez Casado, *O.P.*

ANSELM GRÜN, *Elogio del Silencio* («ST BREVE» 43), Sal Terrae, Santander 2004, 109 pp.

En el actual y casi unánime elogio del silencio falta un aspecto que es subrayado una y otra vez en la tradición conventual: el silencio como tarea, como exigencia de trabajo interior y de cambio. Por eso el autor de este libro quiere dar a conocer las experiencias y enseñanzas sobre el silencio de los monjes de los siglos III al VI. Estos monjes veían el silencio como una tarea espiritual que requiere la implicación de todo el ser humano; no se trata propiamente de una técnica de distensión o de profundización, ni tampoco de un método para desconectarse del entorno. El silencio busca más bien el ejercicio de actitudes esenciales y nos plantea una exigencia moral: eliminar nuestras actitudes viciadas, combatir nuestros egoísmos y abrirnos a Dios. Los monjes no absolutizaron el silencio, sino que lo consideraron como un medio entre otros. Como parte integrante del camino espiritual podemos descubrir en él tres fases: el encuentro con uno mismo, el desprendimiento o liberación (de los pensamientos, temores, inhibiciones, etc.) y la unidad con Dios y con uno mismo. El presente libro se estructura en torno a estas tres fases, que no siempre se producen en la vida en ese orden.

Además de las interesantes reflexiones relativas al silencio, entendido aquí como una nueva forma de relación, a lo largo de estas

páginas el autor va como dejando caer verdaderas perlas de la literatura de los Padres del desierto.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JOSEPH GEVAERT, *El primer anuncio. Proponer el evangelio a quien no conoce a Cristo. Finalidades, destinatarios, contenidos, modos de presencia* («Recursos catequéticos» 20), Sal Terrae, Santander 2004, 166 pp.

Actualmente, en el mundo occidental, nos encontramos con que el número de cristianos convencidos son minoría. Esta situación plantea un reto urgente a la Iglesia. Es necesario comenzar por el principio: por el primer anuncio de Jesucristo. En los últimos decenios las comunidades eclesiales del área occidental se han dedicado preferentemente a la catequesis de los que ya son cristianos, desarrollando una gran especialización en este ámbito. También se ha introducido tímidamente el catecumenado para quienes piden el bautismo. Pero nos encontramos bastante desprovistos y poco preparados frente a la tarea prioritaria de anunciar el Evangelio a los no cristianos y a los bautizados que no conocen a Jesucristo. Teniendo en cuenta estas carencias, el presente libro quiere ser una breve introducción al problema del primer anuncio de Jesucristo, proporcionándonos una información seria sobre los términos y contenidos de este primer anuncio que precede normalmente al catecumenado. Se excluyen intencionadamente de la exposición temas como el diálogo interreligioso y la inculturación por considerarlos pertenecientes a la teología de las religiones y a la misionología. La materia expuesta ha sido organizada y redimensionada, con el fin de responder mejor a la realidad, gracias a los diálogos que el autor ha mantenido con estudiantes procedentes de todos los continentes. En los cinco capítulos del libro se reflexiona sobre los problemas generales del primer anuncio del Evangelio, la presencia de los cristianos en medio de los no cristianos, el testimonio de la vida cristiana, el encuentro con las personas o la creación de lugares de encuentro, la fe en el Dios de Jesucristo, los contenidos del primer anuncio del Evangelio, algunas orientaciones generales sobre la metodología a seguir... Nos encontramos ante un libro serio que nos hace reflexionar sobre una preocupación urgente para toda la Iglesia, pues como se recuerda en estas páginas, «el anuncio del Evangelio con vistas a la conversión a Dios y la fe en Jesucristo es la primera y principal actividad de la Iglesia, su razón de ser» (p. 19).—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

UMBERTO DE VANNA, «Eres grande» *Tu vocación profunda. 15 minutos cada día para saber quién eres de verdad y valorarte* («Recursos catequéticos» 21), Sal Terrae, Santander 2004, 175 pp.

Apoyándose en una larga experiencia de trabajo en colegios con adolescentes y en centros juveniles, el autor ofrece a los jóvenes estas

páginas con el objetivo de ayudarles a descubrir sus cualidades, los miedos ocultos que les impiden salir adelante y confiar plenamente en sí mismos, es decir, se trata, en definitiva, de ayudarles a descubrir su verdadera vocación. Tiene más presentes a los jóvenes que se sienten fracasados. De ahí las primeras palabras del título, que son una invitación a la magnanimidad. La introducción comienza narrando una historia en la que un joven, humillado y triste, que se dirigió a un rabino para pedirle un consejo de amigo que le ayudara a escapar a su fracaso. Umberto Vanna quiere compartir con los lectores la convicción de que más allá de las decisiones que estamos llamados a tomar cada día hay un hilo conductor que enlaza y da sentido a los infinitos gestos que hacemos cada día. El camino que nos invita a recorrer comienza con la opción a favor de la vida; de ahí brota la apertura a los demás y a Dios. Los nueve capítulos que componen este libro recogen numerosos testimonios de jóvenes que hablan sobre el sentido de la vida, los valores fundamentales, la libertad, la responsabilidad, los otros, la fe en Dios, el amor, la amistad, el matrimonio, el voluntariado, el compromiso parroquial... En cada uno de esos capítulos se formulan numerosas preguntas con el fin de ayudar al joven a reflexionar sobre su propia vida. Se trata de un libro que utiliza el lenguaje de los jóvenes para acercarse a los jóvenes.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA, S.J., *Salmos para «sentir y gustar internamente»*. Una ayuda para la experiencia de los Ejercicios Espirituales («El pozo de Siquem» 163), Sal Terrae, Santander 2004, 182 pp.

Después de haber impartido los Ejercicios Espirituales de san Ignacio a muchas personas, el autor de este libro percibió que debía poner al servicio de los demás el don de la poesía que Dios le dio. De este modo comenzó a publicar los «salmos» que componía en su propia oración personal, con el fin de ayudar a los ejercitantes a superar las dificultades que pudieran tener con algunas durezas del lenguaje directamente ignaciano, o con alguna experiencia que buscaban sin conseguir encontrar. Por brotar de su experiencia de Dios, estos salmos van al encuentro de experiencias semejantes, vividas o anheladas por los ejercitantes. A través de la sencillez y belleza de estos versos, los ejercitantes podrán dar pasos y encontrar la manera de entrar más hondamente en el proceso y en la pedagogía de san Ignacio.

El presente libro ya había sido publicado en el año 2002 en La Habana. Aquí se recoge esa misma edición pero añadiendo otros salmos del mismo autor y anteponiendo a cada poema un epígrafe tomado de los Ejercicios de san Ignacio. Los salmos están divididos según las cuatro semanas de los Ejercicios. Antes de entrar en el

«Principio y fundamento», la presente edición recoge algunos salmos de introducción con el fin de ayudar al ejercitante a buscar su sintonía con Dios y disponerse para la experiencia que el Señor desee concederle.

Siguiendo el juicio de María Clara Bingemer, que encontramos en el prólogo de la presente edición, la poética de Benjamín González Buelta tiene algunos temas que le dan su marca original: su sentido profundo de la belleza de la creación, su amorosa ternura por las personas y su aguda sensibilidad ante la injusticia, la opresión y el pecado social (p. 12). Estos versos utilizan un lenguaje accesible a todos los públicos, destacando por su sencillez, belleza y profundidad.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JUAN MASÍA, *Fragilidad en esperanza. Enfoques de Antropología*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2004, pp. 288 pp.

El ser humano necesita preguntar continuamente por la esperanza y por el fundamento que le dé sentido. Perseguir esa pregunta incesantemente es la tarea de la filosofía de lo humano (cf. p. 22). Ese es el objetivo de este ensayo de Antropología filosófica donde se adopta una postura decididamente hermenéutica y dialogal. El autor se beneficia de su experiencia en el Japón durante un cuarto de siglo. Su reflexión se inspira además en pensadores como Unamuno y P. Ricoeur. Se trata de una nueva versión de su libro *El animal vulnerable* (1997), revisada y modificada con proyección hacia la teología.

Doce capítulos estructuran la presente reflexión, a los que se añade un apéndice en forma de cuestionario y una bibliografía. El autor pone las bases de su reflexión definiendo la filosofía como tarea de educación y arte de leer. Se trata de leer la naturaleza, la vida, los textos, las personas y, finalmente, de leerse a uno mismo. La Antropología filosófica o Antropología de lo humano es una búsqueda interminable para descubrir, crear o reconstruir nuestra identidad. De ahí la estructura relacional que existe entre la tarea antropológica y la educativa, entre el arte de leer e interpretar la vida humana y el arte de ayudar a vivir humanamente y a crecer en humanidad. Ambas tareas deben llevarse a cabo mediante el diálogo con personas de identidades diferentes.

El autor se interroga también acerca de las raíces de nuestra humanidad, las relaciones entre lo biológico, lo cultural y lo filosófico, sobre la circunstancialidad espacio-temporal, la corporalidad y la subjetividad, lo personal del cuerpo y lo cerebral del espíritu. Otros capítulos versan sobre las claves de la humanización a través de tres temas clásicos fundamentales: el lenguaje, la libertad y la muerte. También se interroga sobre el fenómeno de la deshumanización, intentando abrir el camino a una ética de la responsabilidad.

El capítulo diez es el más novedoso respecto a la versión anterior, en él la palabra «iluminabilidad» sirve de hilo conductor para incorporar un tema central del budismo: la presencia de lo absoluto en el seno de cada existente. Para J. Masiá los seres humanos somos animales vulnerables, preocupados por la necesidad de diagnosticar nuestros límites y curar nuestras heridas, pero también criaturas iluminadas. La antropología del diagnóstico, el desengaño y la desideologización lleva consigo la ética de la compasión y la praxis solidaria.

Esta Antropología filosófica abierta a la trascendencia nos indica alguna pista para alcanzar la verdadera esperanza.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

VÍCTOR F. DIOS OTÍN, *Mi querido agnóstico. ¿En qué creemos los cristianos y qué motivos tenemos para creer?* (Colección preguntas y experiencias 18), Desclée De Brouwer, Bilbao 2004, 197 pp.

A través de los seis capítulos que componen el presente libro, su autor intenta bosquejar una justificación de la fe religiosa, queriendo contribuir de algún modo a allanar el camino hacia la fe para personas sinceramente preocupadas por las cuestiones trascendentales; pues estas cuestiones son, de hecho, las únicas capaces de dar un sentido pleno a la vida. Es un libro en defensa de la fe y del estilo de vida cristiano. En él trata sobre el sentido de la vida, la fe, la conciencia moral y la libertad; el último capítulo recoge un elenco de preguntas abiertas para las que tampoco los creyentes tenemos respuestas definitivas o, al menos, no una respuesta tan clara que todos puedan estar de acuerdo en que la cuestión ha sido realmente respondida, como por ejemplo la pregunta: *¿cuál es el sentido del dolor y del sufrimiento?* Su argumentación se sitúa en el terreno de la filosofía de la calle, es decir, en la filosofía basada en nuestras experiencias cotidianas y en la sensibilidad propia del hombre y de la mujer de hoy, sin más armas que el sentido común. Sin embargo, en algunos momentos el autor no ha podido dejar de mencionar corrientes filosóficas y a algunos de sus axiomas de partida o sus conclusiones. Su propósito no es convertir a la fe al lector agnóstico, sino que estas reflexiones muevan a considerar si el agnosticismo o el ateísmo constituyen una postura tan «razonable y normal» como algunas personas piensan.

Estas reflexiones son las de un creyente que tiene la certeza de que Cristo es la piedra angular en la vida de todo cristiano.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

El año de la Eucaristía

Con la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, el papa Juan Pablo II quiso invitar a toda la Iglesia a reflexionar sobre la Eucaristía. Para profundizar todavía más en este sacramento, proclamó un Año dedicado especialmente a vivir este misterio. Dicho *Año eucarístico*, que abarca desde octubre de 2004 a octubre de 2005, es un tiempo de gracia que no dejará de producir sus frutos.

En este número de *Vida sobrenatural* hemos querido recoger esta invitación, reflexionando sobre «el misterio de nuestra fe» desde diferentes ángulos. El primer artículo que aquí presentamos se centra en la Eucaristía como sacramento de la pasión y resurrección del Señor. En él se nos habla de la importancia que tuvo la Eucaristía en la primitiva comunidad cristiana y se subraya el aspecto sacrificial, siguiendo la más sana tradición eclesial. Según san Agustín, sacrificio es toda acción que nos une a Dios en santa sociedad. Por su parte, santo Tomás de Aquino entendía toda la vida de Jesús como un sacrificio. En esta perspectiva tradicional podemos entender la Eucaristía como un verdadero sacrificio, que no se reduce a la pasión de Jesús, sino que abarca desde su encarnación a su Ascensión a los cielos.

El segundo artículo, inspirándose en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, nos invita a aprender a vivir el misterio eucarístico, tomando como modelo a la Virgen María, a entrar en la escuela de esta «mujer eucarística», a imitar su fe, su capacidad de acogida y su entrega generosa al servicio de Cristo y de la humanidad.

El tercer artículo nos habla de una dimensión importante en toda celebración eucarística como es la belleza. En francés se decía en otro tiempo la expresión: «bello como la misa» (*Beau comme la messe*). Hoy se oye a algunos creyentes quejarse de que la celebración eucarística ha perdido su belleza. Sin duda nuestras celebraciones hoy se han vuelto más cerebrales, se centran más en la Palabra, se han abandonado gran parte de los símbolos y se descuidan los gestos. Por eso parece urgente recuperar esa dimensión estética capaz de tocar otras fibras sensibles de nuestra personalidad.

El último artículo versa sobre la relación que existe entre el sacramento de la Eucaristía y la experiencia mística. Tanto el Nuevo Testamento como la Tradición y la historia de la espiritualidad testimonian de la importancia que tiene este sacramento para entrar en contacto con el misterio. Es bueno tener esto en cuenta para escapar de la rutina y hacer de la Eucaristía una experiencia de verdadero encuentro con Dios.

Finalmente presentamos una breve selección de textos del pasado relacionados con la Eucaristía, textos que siguen conservando una gran capacidad evocadora y que nos pueden ayudar a ahondar en este gran misterio.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

La eucaristía, sacramento de la Pasión y Resurrección del Señor

La eucaristía destaca por encima de todas las manifestaciones de la Iglesia y de la vida cristiana, porque es la referencia central del cristianismo. El pueblo cristiano ha tenido conciencia de que en torno a ella se articula la vida de la fe tanto en el culto del rito de la Misa como en la piedad de los fieles manifestada en muy diversas formas. Para darle el valor único y exclusivo que tiene por sí misma es preciso mantener su dimensión cultural, tal como se manifiesta en la vida del Señor. El destino total de su vida y muerte ha de entenderse como un doble movimiento y, por ello como liturgia, esto es, como un movimiento que va desde Dios a los hombres y desde el hombre Jesús a su Padre. Y para ello no es preciso acudir a las concepciones rituales de las diversas formas religiosas. La eucaristía no debe ser entendida a partir de los sacrificios humanos, sino que éstos se iluminan desde el misterio eucarístico. Esta perspectiva es imprescindible, si se quiere seguir manteniendo la originalidad del sacramento y su grandeza.

Es preciso dejar claro desde el principio que en el contexto bíblico, cuando se habla de sacrificio, se trata sólo del de Jesús. Las dimensiones profundas de la eucaristía deben interpretarse a la luz de su decisión de aceptar voluntariamente el destino de su vida como consecuencia de su obediencia al envío por el Padre y de su amor a los hombres. El punto culminante de su misión lo constituye no sólo la muerte, sino sobre todo la resurrección. Este es el misterio que celebra la eucaristía. Por eso una adecuada comprensión de la misma sólo es posible desde la meditación asidua y frecuente del mensaje evangélico.

La eucaristía se presenta como «fuente y cima de toda la vida cristiana», porque es el sacramento, el don más importante, que Dios nos ha dejado: se ha quedado Él mismo bajo la forma de un signo sacramental. En este gesto se reconoce la comunidad cristiana, por eso en su celebración tenemos el acto central de la fe. No cabe duda de que el nivel de conciencia cristiana está en relación directa con la participación o el abandono de la venerable costumbre del pueblo cristiano de la celebración dominical de la eucaristía. Esta celebración es la que sirve de catequesis e instrucción para los fieles sobre la realización concreta del culto a Dios, para la confrontación directa con su mensaje y con las enseñanzas del evangelio de Jesucristo y, por fin, para el encuentro inmediato con la Iglesia.

El contenido de la vida real de Jesús y de la fe en su resurrección quisieron perpetuarla en un símbolo. De ahí surge el sacramento que representa las realidades centrales de la fe cristiana como salvación, conversión, justificación, pecado, perdón, gracia, santidad y comunión. Se trata de vivir en la celebración de la eucaristía estas realidades con confianza y seriedad.

EN LA FRACCIÓN DEL PAN RECONOCIERON AL SEÑOR

Los acontecimientos de la vida de Jesús, pero de modo especial su muerte en la cruz, dejaron una fuerte impronta en el grupo de los seguidores más íntimos. Con su muerte violenta y afrentosa en la cruz parecía que todo había terminado. Los evangelios reflejan el desengaño y la resignación de los discípulos (Lc 24, 13-35). En efecto, había unido de tal modo su persona a su mensaje, que el cumplimiento del mismo parecía imposible sin Él. Nadie podía propagar y defender su doctrina sin su presencia viva. Los discípulos eran conscientes de la dificultad: «Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos,

necedad para los gentiles» (1 Cor 1, 23). Tardaron en adquirir esta conciencia, como se ve en los mismos relatos evangélicos sobre las apariciones, pero al final terminaron por depositar en Él una fe inquebrantable.

El cambio vigoroso que se da en estos discípulos y cuyo impulso se mantiene vivo hasta nuestros días es la resurrección. Un montón de pruebas no darían la menor garantía de lo esencial de la resurrección, a saber, que Cristo no ha resucitado para obtener una prórroga y volver a morir, sino, primero, para vivir por siempre jamás y, en segundo lugar, para darnos la certeza que también nosotros viviremos junto a Él. La resurrección se convierte así en el mensaje central del evangelio. La cruz de Cristo es el centro de la fe porque pone de manifiesto que Dios ha penetrado en la precariedad de nuestra existencia, pero no porque sea signo de que ha sucumbido ante la muerte. No habría ningún motivo para una teología de cruz si a la crucifixión no hubiese seguido la resurrección del Crucificado. El viernes santo conduce al día de Pascua, la cruz a la resurrección. La cruz no se puede separar de la resurrección y de la exaltación del Señor Jesús. El evangelio de Juan muestra unidos el levantamiento en la cruz y su exaltación y glorificación a la derecha del Padre (Jn 3, 14; 12, 34). Concentrados en las dificultades del camino, se corre el riesgo de olvidar la alegre satisfacción de la meta alcanzada al término del recorrido.

La fe de los primeros cristianos en la resurrección es lo que ha dado una dimensión histórica al acontecimiento de la misma. La historia de Dios con los hombres es una salvación, que tiene una estructura sacramental, en el sentido de que el movimiento que parte de Él y que, a lo largo y ancho de toda la historia humana, retorna al mismo origen, se va dotando de símbolos cada vez más precisos. En la tradición bíblica se da tal realismo a la fe de los testigos de Dios en la historia sobre ese mensaje, que muy pronto celebran su presencia y permanencia en signos y entregan sus

vidas al testimonio de ese mensaje, incluso algunos perdiéndola. La fe en la resurrección transforma a los discípulos de atemorizados en valientes evangelizadores y da lugar a esa congregación que anuncia el reino de Dios.

Como dice el relato de Emaús los discípulos, al reconocer al Señor en el gesto del partir el pan, se sintieron impulsados al testimonio. *Partir el pan* era un gesto familiar muy repetido en su vida con sus discípulos. Estaba tan cargado de intensidad de comunión de vida que lo convierten bajo el impulso de la práctica de Jesús en el símbolo de su presencia, no sólo del misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también del misterio de la resurrección, que corona esa fe. Era sin duda un símbolo que para aquellos discípulos llevaba consigo un fondo de experiencia personal con Jesús más amplia que cualquier relato o recordatorio sentimental. Así la realidad evocada se cargaba del sentido de la permanencia del Señor y se enriquecía con nuevas perspectivas.

El banquete, además de su aspecto exterior, contiene elementos más profundos de la vida humana, como la acogida, la solidaridad o la comunión. Para los primeros cristianos la posibilidad de la presencia de Dios en imágenes sensibles, aunque siempre oculta, forma parte de la realidad y se debe, según su fe, a la acción del Espíritu divino. En los apóstoles permanecen los gestos y prendas del Señor, que se grabaron en su memoria de forma indeleble, como lo más verídico sobre su presencia. Como dirá san León Magno: «Lo que era visible en el Salvador fue pasado a sus sacramentos».

El simbolismo humano es una forma de comunicación muy profunda, que descubre en los acontecimientos una realidad que está en el fondo de las cosas y que supera los meros datos biológicos o históricos. Puede parecer extraña hoy día esta mentalidad, pero lo religioso es inseparable del símbolo de una manera muy original. El símbolo, realidad de este mundo como toda palabra, imagen o cosa,

es capaz de sugerir y remitir a algo que sobrepasa nuestros ámbitos conceptuales. El amor de alguien representado en un objeto que nos ha dejado como prenda evoca mejor su persona que todos los datos biográficos. El símbolo evoca con gran viveza e intensidad una experiencia de vida con otra persona, pero al mismo tiempo no agota todo su sentido ni lo reduce a mero objeto. Reconocer al Señor en el gesto del partir el pan supone una intensa presencia, pero al mismo tiempo descarta la ilusión de un dominio posesivo sobre Él.

Los discípulos desorientados, dispersos y desconfiados, muy pronto convierten en sacramento un gesto ordinario de la vida de Jesús que, según las circunstancias, adquiriría contornos muy vivos y definidos. El cristianismo se ha servido de continuo de símbolos, gestos o palabras para evocar la presencia de Jesucristo. En Él, por lo tanto, Dios nos ha dado una serie de símbolos. Además del amor mutuo en el Espíritu, la palabra de la Escritura y los sacramentos, nos ha dado la eucaristía: «haced esto en memoria mía».

INVITADOS A LA CENA DEL SEÑOR

El gesto de la fracción del pan evocaba momentos muy intensos de su vida. El evangelio está jalonado de banquetes a los que asiste, para celebrar la recepción y acogida de los que estaban perdidos en la comunidad salvadora y que se entendían por lo general como preludios del banquete del fin de los tiempos (Mc 2, 16; Mt 15, 2). Se trata de banquetes festivos que expresaban el perdón de los pecados y el nuevo pueblo de Dios. Dar de comer y comer con Jesús se terminan convirtiendo en una cuestión capital para el reino que predicaba. Las multiplicaciones de los panes se interpretan también en esta dirección. Habían aprendido a compartir la abundancia y la escasez, porque en todos esos gestos se manifestaba el amor insondable de Jesús.

Las Iglesias cristianas consideran los relatos de la *última cena*, la noche anterior al día de su muerte, como el fundamento histórico y teológico de la eucaristía. Pero hay que tener presente que presuponen ya la primitiva liturgia cristiana, la reunión en el nombre del Señor, la fe en su presencia real, el recuerdo de lo que hizo Dios en Él y la esperanza de un permanecer establemente unidos a Él. Esta última cena se distingue de todas las anteriores en virtud de la interpretación que el mismo Jesús daba de su muerte ya prevista. La última cena, relacionada con la inminencia de su sufrimiento, contiene el sacrificio de su vida: oblación de su vida entera al Padre como momento culminante de su obra redentora. Por eso, la referencia central de la eucaristía es la «inminencia de la donación definitiva» en favor de todos. La diferencia con los banquetes de la vida ordinaria está en que, si hasta entonces la comunión había sido posibilitada por su presencia física, la cena de despedida contempla ya situaciones nuevas, determinadas por la inminencia de su muerte y, en consecuencia, de su desaparición. Pero la repetición de ese gesto garantizaba vivir una época de salvación mesiánica y de comunión salvífica con Dios.

Por eso, hay que tener también presentes los denominados «banquetes de apariciones» (Lc 24, 13-35; Jn 21, 1-14). Los relatos de las comidas con el Resucitado reflejan la experiencia de que Jesús, condenado a muerte por los hombres, vive y puede hacerse presente también bajo formas sensibles sacramentales. En estos casos el gesto de *comer juntos con Él* adquiere un fuerte sentido simbólico. Estas comidas explican que del mismo modo que las comidas con los pecadores y marginados ponían en claro la misericordia y la voluntad de perdón de Dios, así las experiencias después de la Pascua hicieron posible una comprensión cada vez más profunda de sus hechos poderosos realizados en y sobre Jesús. La fuerza simbólica de los banquetes llevó a los discípulos a experimentar la presencia del Resucitado y a compartir la mesa con el Glorificado.

Pronto se reúnen en el día del Señor y otorgan una intensidad sacramental y simbólica al gesto más profundo y repetido de la comunidad. A ese gesto de su vida le dan el mayor contenido de la vida del Señor: se convierte en el sentido de su vida como redentor y salvador. La primera comunidad ha dejado testimonios vivos de una celebración a la que llaman fracción del pan y cena del Señor (Hech 2, 42.46; 20, 7.11; 1 Cor 11, 20; 10, 21). Se trata de una celebración en la que destaca la participación de toda la comunidad. Pablo ofrece un testimonio muy antiguo de esta celebración hacia el año 55 (1 Cor 10-11). También *Los Hechos de los apóstoles* dan noticia de que la primitiva comunidad apostólica expresa su nueva vida «acudiendo asiduamente, en su reunión por las casas, a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (2, 42-46). Más adelante, en el mismo libro, se refiere que la comunidad de Tróade también tenía esta costumbre: «el primer día de la semana, estando nosotros reunidos para la fracción del pan... Pablo alargó su plática hasta la media noche» (20, 7-12). El mérito indiscutible de los discípulos y de los cristianos de todas las generaciones es haber conservado vivo en la fe no sólo el recuerdo, sino también a Jesús mismo bajo forma sacramental. Estas comidas culturales de fraternidad tenían como rasgo original recordar la doctrina, la muerte y la resurrección del Señor.

LA EUCARISTÍA, SIGNO DEL AMOR DE DIOS MANIFESTADO EN JESÚS

Este sacramento tiene un contenido especial, propio de la forma de entender Jesús las relaciones con Dios. La expresión que resume la buena nueva que predicaba es el hecho de que habla de Él de un modo completamente único. Por eso usa una palabra familiar y penetrada de entrañable confianza como es *Abba*, Padre (Mc 14, 36; Mt

6, 9; Lc 11, 2). Para Él, la solicitud de Dios como Padre se nos manifiesta en toda la creación. La parábola del Padre, que nunca abandona a sus hijos, que nunca los olvida y que organiza una fiesta por la recuperación del hijo perdido, es muy elocuente (Lc 15,11-32). Es toda una justificación y una defensa incuestionable de Dios como Padre amoroso. La imagen de Dios que se desprende de la celebración de la eucaristía no puede estar en contradicción con este mensaje.

En suma, su vida transcurre en diálogo filial con el Padre. Una preocupación permanente en su vida es mantener la relación amorosa y confiada con Dios. San Lucas describe su muerte como la de un varón justo y piadoso: «*Padre, en tus manos pongo mi espíritu; y dicho esto, expiró*» (Lc 23, 46). Sólo y abandonado, pero consciente de su misión, proclama con esa plástica expresión su última voluntad: acogerse, como hombre obediente y filial, a las manos receptoras del Padre. Se entrega a quien con seguridad recoge gustoso semejante forma de vida. Es, por tanto, la expresión de la suprema confianza en Dios.

Para el evangelio de san Juan muere como quien ha llevado a término y en obediencia la misión que el Padre le confiara: «*Todo está cumplido*» (Jn 19, 30). Esta muerte no es una improvisación ni una casualidad, que dejara inconclusa su vida. La había anunciado muchas veces durante su ministerio, a pesar de la oposición y escándalo de los discípulos. Tampoco es el desenlace querido por un dios tirano o la inmolación ante el despotismo de un ser superior, que solicita semejante acto de pleitesía. Jesús ha vivido desde el principio con plena conciencia la dirección que tomaba su vida, en la que se veían cada vez más claras las señales dolorosas del abandono y de la muerte violenta, pero no se aparta del Padre. Es su vida, que había sido hacer la «voluntad del Padre, que lo había enviado» (Jn 4, 34; Lc 22, 42), la que ha llegado a su plenitud de sometimiento a Dios. Esta fue su misión de la que nunca declinó

hasta llegar a la cruz. Voluntariamente se ofreció para cumplir el proyecto del Padre. Ahora con este grito expresa la satisfacción de haber cumplido su misión. Sigue enseñando que Dios interviene incluso en la misma muerte.

Lo que mejor se armoniza con la vida y las enseñanzas de Jesús es reconocer que la primitiva tradición cristiana comprendía la cruz a la luz de la Pascua y de la idea más tardía de la Encarnación, como manifestaciones supremas del amor de Dios en su solidaridad con toda la miseria humana: «Mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Rom 5, 8). La escena de la crucifixión y muerte se presta a descripciones sobre su brutalidad y los sufrimientos que produce. Pero para adentrarse en lo que vivió, mientras agonizaba, no son suficientes los pretextos insidiosos de los acusadores ni siquiera el motivo público de la condena puesta en la cruz, que son muy diferentes de la actitud de Jesús mismo. Aquellos pueden aclarar el motivo del conflicto y de su desenlace, pero en realidad no expresan nada sobre la voluntad de entrega del Señor y de su conciencia redentora. Esto es lo que interesa de esta escena. No es suficiente recrearse en las escenas del dolor, sino que debe llevar a producir el sentimiento de liberación y redención que hay que sentir ante la Pasión. Ahí la eucaristía es el don del amor de Jesús a su Padre y de su obediencia hasta el extremo de su vida (Jn 10, 17-18). El problema para nosotros, como para los primeros discípulos, sigue siendo la comprensión de la cruz.

SÓLO EL GESTO DE JESÚS MERECE EL NOMBRE DE SACRIFICIO

Para comprender la idea de sacrificio asociada a la vida de Jesús es necesario excluir toda representación que hable de un castigo para aplacar la cólera divina. Cuando se habla de sacrificio en la perspectiva de la historia de las

religiones se piensa en las formas rituales que los hombres han ideado para llegar a Dios. En el lenguaje bíblico, la tradición del siervo doliente clarifica que el sacrificio es la *ofer-ta voluntaria* de sí mismo hasta la muerte. En los diversos relatos sobre la institución de la eucaristía en la última cena se interpreta la cercana muerte violenta como conclusión de una nueva alianza y conciben a Jesús como el nuevo siervo de Yahvé. En este contexto sacrificio es darse por propia iniciativa, no ofrecer a otros para aplacar a Dios.

Por eso, en el Nuevo Testamento la idea de sacrificio se modifica e invierte. Aquí la afirmación de sacrificio, en su aspecto fundamental, procede precisamente a la inversa. La donación de Jesús se explica en esta teología como expresión del amor de Dios. La primera y fundamental afirmación es que Dios mismo actúa, se da e inicia este sacrificio, en él se otorga la reconciliación. Dios expresa su amor a la humanidad partiendo de la aplicación incansable de Jesús hasta la entrega plena de sí mismo. Valgan estas palabras de Pablo: «Él (Dios) que no perdonó a su propio Hijo, antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas?» (Rom 8, 32). Por eso, al hablar de sacrificio en la cruz o en la eucaristía, se trata fundamentalmente de percibir el movimiento de donación de Dios a los hombres y la orientación de Jesús hacia el Padre y, sobre todo, su ilimitada confianza en Él. En virtud de la repercusión que tienen las acciones de cada individuo en la colectividad este gesto incluye a todos. Él representa la respuesta, la aceptación y la afirmación del Padre. Por eso, lo esencial del sacrificio no es matar a la víctima. Lo esencial del sacrificio es la total dedicación o consagración a Dios.

Así queda eliminada la diferencia tradicional entre sacerdote y ofrenda, entre el oferente y el sacrificio. En pocas palabras el Señor es al mismo tiempo oferente y víctima, ya que es el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza. Por eso, actuar de forma sacerdotal significa arriesgar hasta el límite extremo la propia vida en beneficio de los demás.

Aquí la idea de culto se personaliza de una manera decisiva: la vida es el culto, y la muerte se convierte en servicio divino. El sacrificio bíblico es una acción religiosa que expresa los sentimientos internos del oferente para encontrar a Dios benevolente. De este modo se deja de asistir al espectáculo obsesivo y permanente de ofrecer víctimas sin cuento, sino que uno se ofrece por todos. En nada se parece al sacrificio pagano repetitivo e interminable. Los hombres han buscado el beneficio de Dios con muchos sacrificios expiatorios, en los que no se ofrece la propia persona. Cuando se hacían estos rituales nunca terminaban de ofrecer víctimas, porque no ofrecían nada personal.

En consecuencia, Jesús, por su sacrificio singular, es el Mediador único entre Dios y los hombres (I Tim 2, 5). Estas ideas son comprensibles si se tiene presente la estructura solidaria de la raza humana según la visión revelada en la Biblia. Su situación doliente y su exaltación expresan, pues, la idea de representación de todas las víctimas, porque Dios no se olvida de ellas. Son la consecuencia de un amor infinito a todos los que sufren.

Lo central del gesto recordado en la eucaristía es el sacrificio de la vida de Cristo, que fue de «una vez por todas» (Hb 9, 12), es decir, la revelación definitiva de Dios. Ello incluye la firme convicción de que el Crucificado vive y de que aquel hombre unido a Dios de tan singular manera permanece en la eternidad: de una vez para siempre y en lugar de todos. Él se ofreció al Padre, no como sacrificio pagano, sino como aceptación filial de su misión para que así lo hagamos nosotros. Por eso, las palabras y los gestos de Cristo son el centro de la eucaristía.

En todo momento hay que dejar a salvo la *absoluta unicidad y transcendencia* del ministerio mediador de Cristo: «Dios es uno y uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos» (I Tim 2, 5-6). Toda su vida, pero de modo más elocuente su muerte y resurrección, realizan la reconcilia-

ción de Dios con la humanidad «de una vez para siempre» (Hb 9, 12). Cristo «es sacerdote para siempre jamás» (Hb 6, 20), de modo que en este sentido no admite ni complementos, ni suplencias, ni sucesores. La eucaristía y los ministerios de los que se dota la Iglesia para celebrarlos derivan de la misión de Cristo. La celebración de la eucaristía no es sacrificio autónomo o añadido a la cruz, sino la celebración sacramental del único sacrificio propiciatorio de Jesucristo por la comunidad concreta.

Esta muerte no significa el fracaso de su misión, sino su cumplimiento extremo. No fue el sufrir y morir físicamente lo que produjo la reconciliación e inauguró la nueva comunión con Dios. Fue la entrega libre de Jesús al Padre hasta la muerte lo que obró la unidad de la autodonación del Padre al Hijo y la entrega agradecida del Hijo al Padre por los hombres. Su muerte corporal es sólo el reflejo de su voluntad de ser obediente al Padre hasta la muerte en cruz, para manifestar con ello el amor de Dios. Esta es la causa suprema a la que se entrega con voluntaria generosidad y que incluye su obediencia radical a su misión, su identificación con todos los hombres que son víctimas del mal y su intercesión suplicante en favor de todos. San Agustín señala certeramente: «Por consiguiente, el verdadero sacrificio es toda obra hecha para unirnos a Dios en santa alianza, es decir, referido a la meta de aquel bien que puede hacernos de verdad felices. Y así, aun la misericordia con que se socorre al hombre, si no se hace por Dios, no es sacrificio. Pues aunque sea hecho u ofrecido por el hombre, el sacrificio es una obra divina».

La comprensión del sacramento de la eucaristía como actualización del gesto supremo de Jesús de sometimiento al Padre vale para todas las estaciones de la vida, pero sobre todo para aquellas que más inquietud y preocupación proporcionan. En el momento del luto y de las lágrimas por un ser querido este sacramento proporciona la fuerza para sentirse unidos en el mismo proyecto y recibir el consuelo de la esperanza cristiana. En los momentos de euforia y alegría

por acontecimientos gratos y satisfactorios es un canto de alabanza y acción de gracias por el bien que nos proporciona. El cristiano es el que carga con su propia cruz sin descargarla sobre los demás y, si aún le quedan fuerzas, echa una mano a los demás. De ahora en adelante el verdadero mártir es el que mancha la bandera de la humanidad con su propia sangre, nunca con la sangre de los demás. El hombre es invitado a escribir una historia distinta, a dejar de una vez para siempre de echar borrones en la trama de su vida.

HACER MEMORIA INCESANTE

Desde los comentarios de san Pablo se ha meditado mucho en este mandato: «recordadme con esta comida» (1 Cor 11, 24-25; Lc 22, 19). El contenido de hacer «memoria» implica, en primer lugar, permanecer fieles al mandato del Señor; pero sobre todo invita a descubrir el sentido de esa obediencia. Jesús puso en este gesto toda su intencionalidad posible y nos ha mandado recordarle así. La repetición de lo que el Señor hizo en la última cena es la obediencia a realizar en la propia vida lo que Él hizo hasta su muerte: darse por entero al Padre. Para que la eucaristía sea culto en «espíritu y verdad» ha de reproducir incesantemente ese doble movimiento de Dios a los hombres y de los hombres a Dios. Es más que realizar un acto cultural mecánico y repetitivo. Se comprende que la eucaristía se convierta en el acto central de la Iglesia y de la vida cristiana.

«Hacer memoria» de Cristo es aceptar el sentido de una vida que llegó hasta la muerte por amor a los demás. La eucaristía contiene el sentido de su vida por situarse en el momento culminante de su misión: oblación de su vida entera al Padre. Por consiguiente, en la repetición de este gesto se condensan todos los valores presentes en la vida de Cristo. Celebrar la eucaristía nos invita incesantemente a renovar los valores evangélicos, donde «el que quiera llegar a ser gran-

de entre vosotros será vuestro servidor» (Mt 20, 26). Para los primeros cristianos aquella cena suscitaba intensamente la vida de Jesús salvador y modificaba su escala de valores.

«Hacer memoria» de Cristo es aceptar vivir bajo el signo de la cruz y en la esperanza de la resurrección. Es aceptar el sentido de una vida que llegó hasta la muerte por amor a los demás. La historia que escriben los hombres es con frecuencia desgarrada. Dada la presencia persistente del mal diario, los significados profundos de la eucaristía no se pueden presentar como permanentes y duraderos. Es preciso renovar incesantemente el gesto único de Jesús de entregarse por todos y su definitiva fuerza redentora, que actúa en el misterio eucarístico para superar el mal humano. El empeño cristiano de vencer al mal con el bien derivado del evangelio es la mejor prueba de la seriedad de su compromiso por un mundo mejor.

«Hacer memoria» de Cristo en la cena, además de permanecer fieles al mandato del Señor de hacer presente su vida en la comunidad surgida del Resucitado, hay que subrayar también que implica el compromiso por no hacer quebrar la fraternidad humana. Porque la ausencia de la comunión eclesial puede descalificar la participación en el culto, que precisamente celebra la acción definitiva del Señor, que forjó una profunda comunidad entre los hombres. El mal de la división falsifica la misma entraña de la iglesia eucarística, por lo que se impone en todo momento el espíritu del arrepentimiento y de la confesión de la culpa. En esta línea todos los gestos de perdón mutuo, que se realicen, tienen un alto contenido eclesial. En la eucaristía más que en cualquier otra celebración debe hacerse presente y operante el espíritu de la comunión que viene de Jesús. Este espíritu suscita y reclama de los participantes una voluntad eficaz de reconciliación y fraternidad.

GREGORIO CELADA LUENGO, O.P.
Salamanca

Aprender de María, Madre del «Cristo eucarístico»

El día de Jueves Santo del año 2003 firmaba Juan Pablo II su encíclica sobre la Eucaristía (Ecclesia de Eucharistia: EdE), un nuevo documento dedicado a reflexionar sobre esta realidad eclesial que constituye el centro de nuestra vida cristiana. Su propósito declarado era más bien apologético: «disipar las sombras de doctrinas y prácticas no aceptables» (EdE 10). Sin embargo, a lo largo de estas páginas el Papa nos entrega un caudal de reflexiones muy valiosas sobre este sacramento admirable, misterio de fe por antonomasia y corazón vivo de la Iglesia.

Me fijaré aquí únicamente en el último capítulo de la encíclica: «En la escuela de María, “mujer eucarística”» (EdE 53-58). Es de sobra conocido el amor de Juan Pablo II a la Virgen María, y sabemos también que el amor estimula la imaginación del amante. Por eso, al ahondar en el misterio eucarístico desde su amor hacia la madre de Jesús, su mente es capaz de descubrir en la vida y la figura de María elementos que la hacen reveladora de lo que es la Eucaristía en algunas de sus dimensiones fundamentales. En este caso, el propio enunciado del capítulo («En la escuela de María...») nos indica ya que se trata de mostrarnos las enseñanzas que se desprenden, para alimento de nuestra fe eucarística, de una mirada penetrante a esta mujer que el mismo Papa llama también «eucarística». Como vamos a ver a continuación, «María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él» (53).

No sigo el mismo orden de ideas que propone el documento, preferentemente narrativo, sino que las recojo de un

modo más libre, aunque ateniéndome a ellas en lo esencial y tratando de glosarlas con brevedad. Afirma el texto que María es «modelo para la Iglesia en su relación con la Eucaristía» (*Ibid.*). Lo es porque nos remite a ésta en sus diversas facetas: misterio de fe, memorial de la Pascua y preludeo del Reino; incluso nos sugiere también algunos aspectos relativos a su celebración.

1. MARÍA NOS REMITE A LA EUCARISTÍA COMO MISTERIO DE FE

La Eucaristía, como dice el sacerdote en la misa inmediatamente después de la consagración, es «el sacramento de nuestra fe», «el misterio de la fe». Como todo sacramento, supone la fe de la Iglesia, sólo existe porque la Iglesia –y en ella cada creyente– así lo cree y lo confiesa. Ahora bien, este sacramento no es otra cosa que Cristo presente entre nosotros de una manera peculiar. Esta presencia es, pues, fruto de nuestra fe, a la vez que interpelección a nuestra fe. Y precisamente María, como fruto de su fe, hizo presente a Cristo entre nosotros por primera vez: *la encarnación del Hijo de Dios* tuvo lugar porque ella creyó en la palabra de Dios que se lo anunciaba por medio del ángel (Lc 1, 26-38). El Papa compara el «fiat» de María con el «amén» del creyente que se acerca a comulgar. Ella aceptó, en la «obediencia de la fe», el misterio que Dios le proponía, y así se hizo realidad en su seno la presencia incipiente de Cristo; el comulgante acoge, en una confesión explícita de fe, el misterio que la Iglesia le muestra («el cuerpo de Cristo», «la sangre de Cristo»), y así recibe efectivamente en su interior al mismo Cristo encarnado. Esa sencilla palabra hebrea –*amén*– no expresa sólo el asentimiento racional a una verdad que se propone, sino la acogida cordial de una realidad que se entrega. La fe de María en la palabra de Dios cuando tuvo lugar la encarnación es, pues, una referencia ejemplar para nuestra fe

en la palabra de la Iglesia cuando recibimos la comunión eucarística.

En el AT el Señor se hacía presente a su pueblo en el arca de la alianza, símbolo también de la fe de Israel en la cercanía de su Dios. Asimismo la Iglesia aplica frecuentemente a María en la liturgia o en la piedad popular esa imagen bíblica: «Arca de la (nueva) alianza, ruega por nosotros» (invocación de la Letanía lauretana). Ella es portadora de la presencia de Dios por ser «tabernáculo» de Cristo, como el Papa recuerda a propósito de la escena evangélica de *la visitación a su prima Isabel* (Lc 1, 39-56). Ésta reconoce en María a «la madre de mi Señor» y experimenta en su propio seno el influjo peculiar de quien aún vive oculto en las entrañas de su pariente, a la vez que proclama: «dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor». Dos actitudes de fe se hacen patentes aquí: la de Isabel, que confiesa la presencia de Cristo en su madre («bendito el fruto de tu vientre»), y la de María, que su prima le atribuye como respuesta al anuncio recibido de Dios y que María misma expresará a continuación al proferir el cántico del Magnificat. Una fe semejante es la que prestamos a la presencia sacramental de Cristo en el tabernáculo o sagrario de nuestras iglesias. De ahí que, al considerar a María como portadora de Cristo en su vientre –por ejemplo, en el tiempo de Adviento, o cuando veneramos una imagen de la Virgen de la Esperanza, o en otras circunstancias–, podamos evocar la presencia del Señor en la reserva eucarística y despertar nuestra fe adorante a los pies del Santísimo o nuestro diálogo de amor con Jesús sacramentado. Y viceversa, estas actitudes ante el sagrario nos pueden llevar a la veneración de María en el misterio de su concepción mesiánica.

La actitud del que recibe a Cristo en la comunión es, al decir de Juan Pablo II, un reflejo de la de *María en Belén*: una mirada y un abrazo de amor a su niño recién nacido (55), en quien se recrea incansable la joven madre, que no

sólo ve en él el fruto de su vientre, sino también, gracias a su fe, el misterio del Dios hecho carne suya en un rincón humilde de la tierra de Israel. Fe que se ve confirmada por la sorprendente adoración de los pastores y la desconcertante ofrenda de los magos. En la Eucaristía Jesús se nos ofrece igualmente como objeto de amor entrañable, como quien renueva ante nuestra fe el milagro de su presencia ofrecida a nuestra adoración y a nuestra intimidad. Es, aquí también, una presencia humilde, sin protocolo y sin apariencia, que se entrega para ser paladeada y consumida como alimento sustancioso del alma («te comería», decimos en un arrebato de ardor a quien amamos con pasión y con quien tal vez desearíamos fundirnos).

2. MARÍA NOS REMITE A LA EUCARISTÍA COMO MEMORIAL DE LA PASCUA

Ya desde los primeros balbuceos de la vida de Jesús encontramos referencias a su trágico destino. En la escena de la *presentación en el templo* Simeón pronuncia una profecía sobre la futura pasión de la madre y del hijo (Lc 2, 34-35). Es como un anticipo de la dimensión sacrificial que marcará su andadura terrena hasta que se consume en el Calvario. Y María la asume desde ese momento en la fe. La Eucaristía, como prelude sacramental de la cruz, tiene también una dimensión esencialmente sacrificial. Asumirla así es imitar a María en su aceptación precoz de ese destino. Para el cristiano este memorial de la Pascua es una invitación a asociarse a la pasión de Jesús, una intimación a tomar la cruz de cada día y seguirle.

Entre la infancia de Jesús y la Cruz, María vive una paulatina preparación para los acontecimientos que culminarán en el Calvario. La vive *en el deseo y el ofrecimiento de su vida*, como se dice en la encíclica (56). En el deseo, porque toda su existencia está centrada en la persona y la obra

de su Hijo, que polariza sus anhelos más íntimos: no tiene otro proyecto que el de identificarse totalmente con el de él, seguir sus pasos, acompañarle por todas partes, aunque sea sólo con el corazón y aunque no siempre comprenda el alcance de sus palabras y de sus actos. Y en el ofrecimiento de su vida, porque ese seguimiento permanente lleva consigo entregar por completo su voluntad a la de Dios, que le va descubriendo gradualmente sus designios para con el Hijo común. El Papa compara estas actitudes con las que suscita en el creyente la «comunión espiritual» con Cristo, esa práctica cristiana tan recomendada antaño y que vuelve de nuevo a inculcarse a los fieles, para que los efectos de la comunión sacramental perduren lo más posible en su vida. Es, pues, una exhortación a compartir los sentimientos de María de Nazaret, marcada desde muy joven por su vocación de madre de un Hijo tan singular. Cada cristiano, al ejercitarse en esta práctica piadosa, orienta su caminar tras los pasos del Maestro, tratando de participar en sus preocupaciones y en sus gozos, en sus propósitos y en los rechazos con que se acogen muchas de sus palabras y acciones. Desea lo que él desea, acepta lo que él propone, aspira a comulgar plenamente con sus alegrías y sus sufrimientos. Y, en consecuencia, ofrece su vida por él, está dispuesto a acompañarlo hasta el fin, sea cual fuere el desenlace que le toque conocer. Tal es el fruto de esa «comunión espiritual» que le inspira el ejemplo de la madre de Jesús.

Al fin, María se encuentra *al pie de la Cruz*. Ahí desemboca el largo itinerario que ha ido recorriendo día tras día, desconcertada y sumisa o esperanzada y gozosa, pero siempre dispuesta, en pos de su Hijo. La escena que el evangelista Juan nos describe sobre la colina del Calvario (Jn 19, 26-27) es como el resumen de toda una vida de compenetración de dos personas, madre e Hijo, y de un proyecto, el de Dios en favor de la humanidad, compartido por sus dos principales protagonistas: Jesús, el Mesías, el «siervo de

Yahvé», y María, «la esclava del Señor». Ella está presente en ese momento decisivo en su *triple condición de madre, de discípula y de asociada a la obra de la redención del mundo*. Como madre, sufre el dolor del suplicio y de la separación de su Hijo, a la vez que lo devuelve, ahora triturado y escarnecido, a aquel que se lo había dado, adorable y prometedo, unos cuantos años antes. Como discípula, aprende la suprema lección del Maestro agonizante: él, desde el seno de su insoportable sufrimiento y de la confesión de su angustioso abandono, hace voluntaria entrega del espíritu a aquel que desde el principio fue la razón de ser de su vida encarnada y la fuente perenne de su misión terrena. Como asociada al Redentor, ella lo ofrece por última vez al mundo para remedio definitivo de su pecado, como lo había mostrado por primera vez en Belén para alegría y consuelo de todos los que esperaban al Mesías. María aparece también aquí como un supremo ejemplo a imitar por los fieles que se acercan a la Eucaristía a sabiendas de que en ella se hace presente todo el misterio pascual de Cristo (EdE 57). También ellos son los discípulos del crucificado; también ellos contemplan con dolor la muerte ignominiosa no de su hijo, pero sí de su Maestro y amigo, que dio su vida por los que amaba; también ellos son conscientes y reciben agradecidos el fruto de la redención que el sacramento les transmite.

Pero al pie de la cruz hay todavía otra lección que aprender. Es allí donde el Hijo toma una última e insospechada decisión: confiar su madre al cuidado del discípulo amado, y, sobre todo, confiarle a ella *una nueva maternidad*: la que abarca a todos sus seguidores, representados en aquel único apóstol fiel hasta el postrer aliento de su Señor. Una tradición piadosa nos cuenta que Juan cuidó de María hasta el final de sus días, sin duda volcado enteramente hacia aquella que era el mejor fruto de la redención obrada por su inolvidable Maestro. Podemos imaginarlo pendiente de sus recuerdos, conmovido por sus sentimientos, partícipe de sus esperanzas. Si la Eucaristía es memorial del Calvario,

es legítimo meditar, cuando se visita al Santísimo, en todas estas circunstancias que rodearían verosímilmente los últimos años de la Virgen madre de Dios, y extraer de ellas comportamientos concretos para alimentar nuestra devoción mariana.

En cuanto a la nueva maternidad de María, inaugurada a la vera de su Hijo moribundo, la piedad eucarística nos mueve a confiarnos de buena gana a ella, tomándola como refugio en nuestros pecados, consuelo en nuestras aflicciones, auxilio en la práctica difícil de nuestra fe. Ella es la madre de los cristianos, «madre de la Iglesia», como la llamó Pablo VI, que cuida de los discípulos de su Hijo hasta ver en ellos plasmada su imagen, hasta acogerlos a todos bajo su manto de estrellas en la gloria que ella comparte con los ciudadanos del cielo.

3. MARÍA NOS REMITE A LA EUCARISTÍA COMO PRELUDIO DEL REINO

Acabamos de aludir a la gloria del cielo. En esa etapa definitiva de nuestro destino, cuando Dios lo será todo en todos, nuestra vida consistirá en una perpetua alabanza, delante del trono de Dios y del Cordero, como reza el Apocalipsis (7, 9ss.). El Papa nos recuerda, a este propósito, cómo María *alaba jubilosa al Señor* en su encendido canto en casa de Isabel (58). Es expresión exultante de reconocimiento por la obra que Dios ha llevado por fin a su término en ella y a través de ella. La «*espiritualidad del Magnificat*», al decir de Juan Pablo II, nos sirve de pauta para esta referencia al Reino que también encierra en sí la Eucaristía, verdadero «sacrificio de alabanza», como la Iglesia lo designa con frecuencia. Pero hay más: María canta las maravillas de Dios en la historia de la salvación, que culminan en la encarnación operada en su propio seno y en todo lo que se realizó desde aquella hora en quien

fue el fruto de sus entrañas. Todo eso lo rememoran, con solemne acción de gracias, cada uno de los prefacios que se proclaman al comienzo de la plegaria eucarística en la celebración de cada misa a lo largo del año litúrgico.

El Reino es también aludido en el Magnificat de otra manera, muy en sintonía con la sensibilidad de nuestros días. María *ensalza las «proezas» que hizo el Señor* con su brazo: «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (Lc 1, 52-53). He ahí las «hazañas» de Dios: prodigios de justicia y de misericordia, que revelan la grandeza de su poder al servicio de la humanidad necesitada de salvación y que muestran el comienzo del reino proclamado más tarde por Jesús en las bienaventuranzas. Juan Pablo II comenta, en este contexto, cómo también en la «pobreza» de las especies eucarísticas (unos gramos de pan, unos centilitros de vino) se nos da «la prenda de la gloria futura», invitándonos, al mismo tiempo, a construir desde ahora el reino venidero en la perspectiva de su consumación al término de la historia humana. «Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas» (EdE 20), entre las cuales tienen especial urgencia y relevancia las que se emprenden en favor de los más necesitados. La encíclica cita, al hilo de esta preocupación prioritaria, unas significativas palabras de san Juan Crisóstomo (nota 34):

¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentres desnudo en los pobres... ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo.

4. SUGERENCIAS MARIANAS EN TORNO A LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

El texto juanpaulino incluye otras dos referencias a María, que pueden llamar nuestra atención sobre aspectos relativos a la celebración eucarística. Así, el episodio de *la boda en Caná* de Galilea, a la que asisten como invitados Jesús y su madre, junto con los discípulos de aquél (Jn 2, 1-11). La intervención de María («haced lo que él os diga») es una invitación a creer en Jesús y a poner en práctica lo que él mande, no sólo en aquel momento, sino a lo largo de su itinerario evangélico, incluido lo que habrá de prescribir a sus discípulos en la última cena con ellos (Lc 22, 19: «haced esto en conmemoración mía»). Repetir los gestos sacramentales que realizó Jesús al instituir la Eucaristía es una forma de sintonizar con aquella confianza en él y aquella docilidad a sus indicaciones que María quiso inspirar a los servidores del banquete nupcial. El Papa pone en sus labios un eco de las palabras que el evangelista le atribuyó en aquella ocasión: «No dudéis, fiaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así “pan de vida”» (EdE 54). Cada vez que celebramos la Eucaristía estamos, pues, respondiendo simultáneamente al mandato taxativo de Cristo y a la recomendación solícita de su madre; somos discípulos que obedecen responsablemente a su Maestro y Señor, y somos hijos que se dejan guiar de buena gana por los expertos consejos de su Madre.

El texto pontificio menciona aún otra presencia mariana que puede ilustrar nuestra celebración eucarística. María se encontraba *inserta en la comunidad apostólica* y participaba en su oración (Hch 1, 14). Hay que suponer que formaría también parte de la asamblea reunida para la «fracción del pan» bajo la presidencia de los Apóstoles. El

Papa no puede menos que sentirse conmovido al evocar aquella experiencia única:

¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: «Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros» (Lc 22, 19). Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¿era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz (EdE 56).

Ese estremecimiento que sólo aquella madre pudo sentir en lo más profundo de su ser ante semejante experiencia no es transferible a ninguna otra criatura. Pero sí es una luminosa sugerencia para cualquiera que, al encontrarse con Cristo en la intimidad de su corazón cuando se acerca a la Eucaristía, quiera vivir una relación personal también única con aquel que es «el amado de mi alma», como lo llama la esposa del Cantar de los Cantares (Ct 3, 1-4). No sólo los místicos, sino también cualesquiera otros miembros de la comunidad creyente, son invitados a unirse a Cristo en este *inefable abrazo de amor* que tiene una privilegiada expresión precisamente en la comunión eucarística, como han testimoniado tantos santos cristianos.

Finalmente, y prolongando la reflexión sobre la «presencia eucarística» de María en la primitiva comunidad, tendríamos que resaltar la *dimensión fraterna* que sin duda esa presencia implicaba. Si hay algo patente a lo largo de todo el *Libro de los Hechos de los Apóstoles* es la constante referencia comunitaria de cuanto sucede en los albores de la predicación apostólica: la incorporación a los Once de un nuevo «testigo de la resurrección», el envío en misión de los heraldos de la Palabra, las decisiones acerca de la distribución de los bienes, la preocupación por las persecu-

ciones incipientes, el discernimiento sobre la apertura del evangelio a los gentiles, la resolución de los conflictos surgidos de ésta, la institución de los responsables de las comunidades nacientes, etc. Todo ello tiene como sujeto inequívoco, en primera y última instancia, a la comunidad creyente. Y, naturalmente, la celebración de la Eucaristía –la «fracción del pan»– es uno de los momentos centrales de la vida de los hermanos (Hch 2, 42), tanto de los que habitan en Jerusalén como de los que se van congregando en las nuevas comunidades (Hch 13, 2). Es cierto que no tardarán en surgir discriminaciones condenables en la forma de llevar a cabo esas asambleas eucarísticas, como censura Pablo a sus destinatarios corintios (1 Co 11, 20-29). Pero el mismo Apóstol reconoce que la unidad de la comunidad se asienta en la participación sacramental de todos en el cuerpo de Cristo (1 Co 10, 16-17).

El recuerdo de María presente en estas celebraciones de la comunidad recién nacida debe, por tanto, llevarnos a valorar la importancia de la Eucaristía para mantener y desarrollar nuestra comunión fraterna. Y viceversa, nuestra vida fraterna, cuando es sincera y profunda, ha de movernos a celebrar juntos la Eucaristía, donde encontramos al Señor que nos congrega y donde evocamos a «María, la Virgen Madre de Dios», como se dice literalmente en los textos de la plegaria eucarística de cada misa.

En resumen, una mirada atenta y devota a la figura de María, la madre del Señor, tal como se nos muestra en la Escritura, debe suscitar en nosotros un mayor aprecio a la Eucaristía y un denodado empeño por vivirla en todas sus dimensiones. Ella, mujer «eucarística», le es propuesta a toda la Iglesia, según hemos visto, como modelo de múltiples actitudes cristianas en torno a este admirable sacramento: fe en la presencia adorable de Cristo, invitando a un encuentro de amor con él; conciencia de participar en su misterio pascual, compartiendo el dolor de su pasión y la entrega en manos del Padre; alabanza exultante por lo que

Dios ha hecho con nosotros al darnos a su Hijo, que acompaña cada día nuestra peregrinación desde su discreta presencia sacramental; edificación de una comunidad cada vez más fraterna entre todos aquellos que participamos de un mismo pan; compromiso por ir construyendo el reino entre los más necesitados, con la esperanza puesta en la gloria futura, de la que la Eucaristía es ya un misterioso anticipo.

EMILIO GARCÍA, O.P.
Salamanca

Eucaristía y belleza

1. UNA TRADICIÓN RELIGIOSA Y UN INGENIO CULTURAL

La base histórica remota donde se va a instalar la Eucaristía es la historia del pueblo de Israel, en interacción religiosa con Dios, que conmemora acontecimientos saludables, alguno de los cuales supone para la comunidad algo decisivo, incluso identificatorio de su condición de porción elegida. El Éxodo fue una «proeza» poco menos que constituyente de su categoría de pueblo de Dios. El rito que lo conmemora debe estar a la altura, debe tener primacía entre las celebraciones. Es la Pascua, la cena puntualmente normalizada por un ceremonial cuidado y celosamente cumplido. Es el rito legal que Jesús cumplirá sin descuidar una tilde.

A la vez la historia del pueblo de Dios, del pueblo de la Promesa, discurre hacia el cumplimiento. La Promesa cabalga sobre las fuerzas de las genealogías y de los varones que le dan nombre. Pero para lo que es salud operativa, para lo que es redención de las lágrimas de Eva, la historia es un sucederse en vano, «un proceder inútil heredado de los padres (1P 1, 18), un proceder que se verifica en el rechazo de Jesús, el varón único, el capaz, el *homo* ejemplar, el que nació al final de las genealogías pero existía antes, el que nació de mujer aunque no de varón; el que nació de modo virginal, sin los lastres de las genealogías, sin sus posos mórbidos.

2. UNA EXPERIENCIA TRADICIONAL Y UN INJERTO CREATIVO

Jesús cumple la ley y crea la gracia. Celebra la Pascua «ansiosamente», y en ella proyecta todo su plan redentor;

toda la pasión amorosa, el «amor loco» que le lleva a dar la vida. Come ritualmente el cordero pascual, «se come su propia figura», y organiza un memorial en el que Él se convierte en especie, en comida, en material ritual, y en contenido profundo de misterio. Y esto ya es algo inefable; tiene nombre de sacramento cristiano pero entraña más de lo que la mente humana puede abarcar y entender. Jesús llega a la Pascua como comensal, pero la reedita con otros grados de categoría. Llega de judío, líder polémico, pero también llega de arquetipo del pueblo; llega de pequeño Jesús, «el hijo de José», pero llega de Mesías, de «Hijo del Hombre», de Verbo encarnado, «esplendor de la gloria del Padre».

Jesús llega con deseo «ansioso» por comer la Pascua con sus discípulos, pero llega como «deseado de las naciones». Y en Él llega la razón de los ritos y de la religión judía, llega la «plenitud de la Religión», el elegido, el Hijo que tiene «las complacencias» del Padre. Su «proceder» no es inútil.

Cuando dice «esto es mi cuerpo» hace un gesto soberano, no de pequeño Jesús, vecino, vulnerable, mortal, sino de Gran sujeto revestido de poder, gesto de Señor «a quien los vientos y el mar obedecen»; hace un gesto de *Kirios* y deja la materia configurada, no al modo de nuestros organigramas, con más o menos ingenio y funcionalidad, sino según su proyecto redentor. Por eso luego puede decir: «haced esto en memoria mía», y desde entonces la Pascua ya no se hará recordando solo el primer éxodo hebreo, sino también su «muerte y resurrección». La Eucaristía será un dossier de memorias y valores acumulados.

3. «HACED ESTO EN MEMORIA MÍA»

La Pascua fue un cumplimiento de la Ley y una fundación del don personal de Dios. Fue un cumplimiento de la Ley, que, en sí «no llevó nada a perfección», y una novedad cristiana, un ingenio de revelación y trasmisión del don de

Dios. Un diseño litúrgico y eclesial que gestiona «eficazmente» el amor de Dios para todos los hombres. Es el amor servido en sacramento.

«Esto» se refiere, de inmediato al gesto de donar la carne y la sangre, el pan y el vino, en el marco de la Cena. Pero «esto», aquella realidad concreta de Jesús, tenía marcos más amplios de contexto: la comida quedó unida al lavatorio de los pies, al servicio fraterno, hecho que condicionaba el tener parte en el reino; la ingestión del cuerpo y sangre quedaba unida a la disposición fraternal. «Esto» tenía también un sentido que trascendía lo puntual: era la pascua festiva, la inmolación del cordero, en esquema de comida conmemorativa; era el rito que disponía a la marcha diligente, inmediata, recordando el Éxodo. El «haced esto en memoria mía» adquiriría un peso redoblado, el de la historia secular de la Promesa y el de la irrupción del cumplimiento, el de los siglos de espera y el *kairós* de plenitud.

4. LA ANTROPOLOGÍA ATENDIDA POR EL SACRAMENTO *PHARMACUM*

Para lo que más le importa al hombre, para lograr su destino, para vivir con salud, para su dicha y su cielo adonde tiende sépalo o no, el hombre nada puede, o puede solamente consentir, aportar una reacción de consentimiento y de modesta respuesta. «Sin mí no podéis hacer nada». El hecho de salud es don de Dios, no fruto de varón, es don nacido virginalmente, es Dios con nosotros, es Dios potenciando mi libertad, es un juego conjunto divino-humano.

En la tradición cristiana se ha hablado de medicina sacramental, de sacramento como *laboratorium salutis* (*laboratorio de salvación*), y a Jesús se le ha llamado «Médico carnal y espiritual». También se le ha llamado «Música del Padre», más que «Nuevo Orfeo» capaz de calmar las pasiones de los hombres. Con su amor loco cura nuestra locura,

con su desmesura nos instala en métrica. Con su visita llena de valor la antropología, «restaura al Adán caído», «redime las lágrimas de Eva».

Con Jesús llega una plenitud de suerte: «y vendremos a él y haremos morada en él»; con ello se alcanza algo que nunca se hubiera podido intuir desde la imaginativa humana, nunca hubiera podido ser solicitada, aunque fuera una oscura y secreta añoranza de todo ser humano. Es algo que modifica la presencia humana en el tramo de vida, y lo revisite de una dinámica de esfuerzos por prepararse para el encuentro, cuidando el comportamiento ético y preparándose para activar las posibilidades morales de un creyente que quiere responder. Entre nuestro estado de separación Creador-criatura, Padre-hijo, la Eucaristía media, como un símbolo eficaz y metodología de camino hacia la vida.

5. BELLEZA DE LA COMUNIÓN

La belleza se da en esa acumulación de componentes extraordinarios: la convergencia de deseos, la envergadura del sello unitivo. La categoría modélica del encuentro que, desde la unión enunciada en Calcedonia sabemos de sus dos notas: unión indivisible, definitiva, y unión respetuosa, sin mezcla o confusión, y eso se edita en toda unión ordenada, en toda unión que es extensión de aquel milagro, el único milagro en la fe. Unión que salva unas distancias y diferencias que desde las fuerzas humanas nunca se podrían salvar.

En la Eucaristía se experimenta un aspecto de la realidad que se ofrece a los contemplativos: Jesús actúa «una sola vez» (Hb 9), mientras nosotros debemos reiterar la acción eucarística incesantemente. Esto tiene una grandeza digna de atención. En Jesús admiramos la plenitud de su actuar, de forma que en lo que es redención, no vive procesos, actúa «una sola vez», suficiente, exhaustiva, eficaz, en acontecimiento de valor absoluto, de expresión irrepro-

chable. Es una maravilla lo que ocurre en su ser, sujeto de dos temperaturas, de dos medidas: es el hombre limitado y vulnerable que padece y siente la amenaza del mal, y el sujeto poderoso que actúa «una sola vez» y su acción repercute en toda la longitud de los tiempos, y en todo el tejido humano de la historia. Es el pequeño Jesús, vecino, vulnerable y mortal sometido a los ciclos y ritmos de nuestro vivir que sentía necesidad de comer todos los días, y el Señor de la historia, el gran Jesucristo, santo y feliz, Nuevo Adán en su eficacia mesiánica, obra con perfección irreversible. «Una sola vez», desde su realismo biográfico, es *kairós*, llena el futuro de su presencia, en la realidad sacramental. Del «una sola vez» participa su cuerpo «que es la iglesia», «yo en ellos, Tú en mí» (Jn 17, 23), donde crece y se multiplica.

Es, así mismo, el Verbo encarnado que «se despojó de su rango», y «pasó entre nosotros haciendo el bien», que ingresó en el santuario «una sola vez», que ha sido «constituido en poder», y es el que decide una extraña identificación: «esto es mi cuerpo», y se convierte en material de Eucaristía, en parte del memorial, en instrumental del símbolo, elemento de práctica reiterable. No es fácil medir su presencia, ni es fácil ponderar la categoría del encuentro, el efecto de Jesús-Señor con el hombre criatura, ni es fácil imaginar el canje de dones, de su don a mí y de mi don a él. Sólo cabe abandonarse al don previo de la confianza y entregarse a su vida... Introducido en los pliegues del tiempo, da sentido y consistencia a la imagen de Dios en el mundo, garantiza lo esencial de la antropología, a la vez que modera las erosiones de lo contingente.

6. LA EUCARISTÍA, PEDAGOGÍA DE DIOS EN LA HISTORIA

Si es infinito el don de Dios, es también desmedido el modo pedagógico de aproximarse al hombre. La Eucaristía es encuentro personal. La categoría del sujeto divino no se rodea de solemnidad que turbe al sujeto humano. Se dosi-

fica el protocolo; queda ritualizado para facilitar la acogida de lo trascendente; pero todo se encomienda al recato de la conciencia y de la interioridad. Una iglesia respalda la acción grande con los créditos que tiene en la Palabra, en los ministerios, en los rituales, nada desdeñables, y la persona se siente ubicada en la comunidad autorizada y con poderes para bendecir, consagrar, disponer la normativa. Entre el infinito de Dios y la desmesura de su imagen, la comunidad eclesial se torna intermedio, prodigio de pedagogía, en la que se garantiza el misterio de lo personal. Así la Eucaristía es el todo de Dios, de dimensiones cósmicas, y el fragmento abarcable, donde lo subjetivo es atendido y con posibilidad de decir: «Cristo vive en mí». Siendo «el Todo», se recibe como «fragmento». De la especie de pan se pasa al cuerpo del Redentor; del cuerpo del Redentor se pasa al Verbo trinitario, porque ese es el destino del encuentro: «y vendremos a él y haremos morada en él».

Quedan así asociados los símbolos: Cristo-persona, símbolo fundamental, «quien me ve a mí ve al Padre», y la Eucaristía que se apropia el nombre de sacramento, término cristiano de símbolo, que contiene presencia. Ambas realidades son símbolo; las que lo son más apropiadamente, los genuinos símbolos, los que permiten transitar de un extremo visible a otro invisible; por el símbolo se transita según el *aliud videtur et aliud intelligitur* (*Una cosa es lo que parece y otra lo que se comprende*), se supera el nivel natural y se alcanza el sobrenatural... En el encuentro sacramental yo voy al Padre desde Jesús, el *Homo*, por la humanidad del *Kirios*; y el Padre «viene a mí y hace morada en mí», desde su comunidad trinitaria, por la humanidad del Verbo encarnado, hasta el punto sacramental que yo activo. El encuentro se da en la convergencia de mi acceso de subida y descenso del Padre por la misma humanidad del Hijo, y por el elemento común del tejido sacramental.

La pedagogía de Dios facilita el sentido social del encuentro, pues la Comuni3n Eucarística tiene un resulta-

do específico de hacer iglesia, de configurar la comunidad. De la Eucaristía se desprende poco a poco, un mundo nuevo, fruto de la conjunción del propósito de Dios y de la opción libre de los hombres. Todo ocurre con sabiduría, con omnipotencia pedagógica, *fortiter suaviterque disponens omnia* (*dispones todas las cosas con firmeza y suavidad*), sin que se imponga el poder de Dios anulando la libertad de los hombres. Como en María prosperó la Palabra de Dios, porque el deseo de Dios fermentó en deseo de la Virgen y maduró humanamente en el Sí libre.

Frecuencia eucarística y formación de la conciencia social van juntas. La comida común anima un organismo supraindividual, comunitario, eclesial. Se comulga en cuerpo individual y se forma un organismo fraterno. El bien profundo de una comunión Eucarística no acaba en regalo individual sino en fruto de relaciones, en vida personal común. Comemos el Todo en fragmento de la hostia, para ser unidad orgánica de vida, el gran Cuerpo de Cristo... pero en todo este discurso se esconde la gestión sacramental, el ingenio de Dios para lograr la unidad divino-humana, una empresa imposible para el hombre.

Los ricos de Corintio que censura san Pablo porque se hartaban de comer sin compartir, manipulaban el diseño eucarístico. Se detenían en el comer y no transitaban por el símbolo. Hacían de la Eucaristía banquete-estancia, y la Eucaristía es sacramento-paso, símbolo, tramo de acceso, desde las especies hasta la divinidad. Los Corintios se salían del símbolo, se salían del diseño sacramental, de las intenciones de Jesús, del efecto propio de la comunión, de la relación hacia lo comunitario eclesial.

Otro aspecto de la pedagogía de Dios es que para el encuentro elige lo común a Dios y a los hombres: el cuerpo. El Verbo encarnado, consustancial al Padre según la divinidad, es también consustancial al hombre según la humanidad. El Corpus, fiesta de exaltación eucarística, realidad sublime, ¡quien lo iba a pensar! es fiesta cristiana. El

hombre que acude a la Eucaristía, va espiritual-corporal, preparado para activarse entero.

7. EUCARISTÍA Y BELLEZA

Como en el «Padre nuestro» se da un elemento que señala la entrada de la belleza en el mundo de los hombres, en el «hágase tu voluntad», por donde se prolonga la creación del mundo en la historia que elabora el hombre, también en la eucaristía se marca un ingenio pedagógico eficaz, por donde acontece la comunidad de vida humano-divina. La Eucaristía es sacramento, símbolo, instrumento de comunión que ofrece la iglesia al mundo de los hombres en la liturgia. El misterio eucarístico permite decir que la liturgia es «calógena», generadora de belleza. Es el punto encendido que cura, ilumina, santifica al hombre y lo introduce en la vida de Dios. Supone todo lo que ha ocurrido en el Verbo encarnado, toda la peripecia histórica de Jesús, su sacrificio dramático y el hecho decisivo de la resurrección; supone también, por parte del hombre, una promoción de su deseo, de su religiosidad, de su suerte antropológica potenciada por el Espíritu Santo.

No hay institución humana capaz de hacer en el hombre lo que hace la Liturgia, sobre todo en su centro Eucarístico. El amor de Jesucristo, Dios y hombre, ni acabó en su tramo biográfico, ni se limitó a influir en sus contemporáneos, sino que se dispuso como encuentro perdurable, brindándose a todos los hombres. La liturgia atiende al centro del hombre, allí donde ni el propio hombre llega, aunque llega el Espíritu. No es extraño que de la Iglesia se diga todo lo que se dice de Cristo, el Esposo, pues todo su patrimonio «lo pasó a la iglesia» (Ef 1, 22; 5, 23). El amor infinito y redentor quedó en la iglesia «modo sacramental». La belleza de Dios tiene su sede histórica en la Iglesia, por la que se introduce el Reino.

8. LA ESTRUCTURA ESTÉTICA

Es la estructura estética, la que muestra los hiatos de la trascendencia que facilita los movimientos de la analogía, con los dos polos, espíritu y materia. El arte no llega a tener la plenitud estética de la liturgia. La conciencia del hecho estético se da en la liturgia por la encarnación, antropomorfismo de Dios y *teoandrisimo* humano se cruzan en el encuentro sacramental de la liturgia, causando trascendental atractivo: «Amo la belleza de tu casa, el lugar donde se asienta tu gloria» (Sal 26, 8).

La estética tiene en la liturgia el sumo analogado al prolongar la estructura de la encarnación. Basta comparar el alcance del arte con el de la liturgia en la experiencia de los hombres: el arte habla de inspiración, la liturgia de *epiclesis* del Espíritu; el arte habla de «obra»; la liturgia de «celebración»; el arte habla de gusto en la experiencia específica de la belleza; la liturgia de «experiencia» única, inherente al encuentro con Dios; al papel unificador de la estética sobre la inteligencia-sentidos, se asocia la unidad superior de «sacramento» que genera comunión. Y si el arte no pasa de una prestancia de lo figurativo, y ciertas actitudes religiosas, como la Protestante tolera sólo el valor de la interioridad, el católico confiesa el misterio que unifica gracia y conciencia, voluntad de Dios y libertad del hombre, en el hecho de la comunión de vida. Si el arte habla de ruptura de nivel, se refiere al nivel de la superficie psíquica, mientras la liturgia extrema la ruptura aludiendo al acceso a la estricta trascendencia.

— Toda la riqueza de lo humano, todos sus valores, personas, acontecimientos, memoria, existencia, futuro, lengua y palabra, canto y silencio, gesto y acción... es reactivada en la liturgia y restituida a su valencia propia. La expresión litúrgica parte del hombre concreto y asume al hombre total; es el valor que aproxima al objetivo maduro: «Todo es vuestro, vosotros de Cristo, Cristo de Dios» (1Cor 15, 28). La razón estética le es consustancial. No hay institución

humana que genere belleza tan profunda, tan humana, tan trascendente... El arte del Espíritu en conjunción con la libertad humana.

Belleza hay en la naturaleza, siempre ejemplar; en la cultura la belleza es la gloria de los temas y de la actividad recta, con sus logros y límites, con sus límites y taras como se puede ver en la publicidad de nuestro mundo urbano que, superadas las primeras necesidades, tiene ofertas sofisticadas de salud (gimnasios, dietéticas, técnicas de adelgazamiento) y de promoción más refinada, y se muestra con toda la gama de marcas: instituto, academia, taller, clínica de belleza. Por algo en la antigüedad se habló del sistema sacramental como «físico farmacológico» (Harnak); y de la práctica sacramental como terapia que «opera la metástasis del hombre en nueva criatura» (Florovskij).

— La iglesia se sirve del arte para expresar la belleza que ya lleva dentro; la liturgia introduce en el misterio, y desde su código *aliud videtur, et aliud intelligitur*, es obra de arte. No busca la belleza, la produce; como tampoco busca la alegría, ella rebosa. Y en los sacramentos brindan e imparten salud, belleza y alegría... Todo lo que proclama es de alto valor. Del pecado dice: ya no importa; del dolor dice: es redentor; y en la propia fórmula penitencial juega con «el bien que puedas hacer, el mal que puedas sufrir, sirvan para perdón de tus pecados, aumento de gracia...». Y en intuición simple se encuentra como «casa de la alegría».

— La liturgia conecta el obrar humano con la acción creadora primera, la del Creador, con el juicio valorativo: «y vio que era bueno-bello» (Gn 1, 31). La creación fue fundación de mundo; la liturgia pertenece al gesto grande de intervención en lo humano para refundar. Y en la liturgia, moderada por el Espíritu, se recupera el mecanismo de conocimiento de Dios: «por la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, mediante la analogía, a contemplar a su Autor» (Sb 13, 5), pues «fue el Autor mismo de la belleza quien los creó» (CCE 2500). Y es el Autor de la belleza el que

se esconde en las especies eucarísticas, esperando ser atendido «para cenar juntos» (Ap 3, 20).

— La belleza nace en el acontecer biográfico de Jesús, el *Kirios*, encarnado, sacrificado y pascual, y se convierte en oferta para el hombre: «En Cristo, redentor y salvador, la imagen divina alterada en el hombre por el primer pecado ha sido restaurada en su belleza original y ennoblecida con la gracia de Dios» (CCE 1701).

La belleza asoma en todo intento de expresión del misterio que nos llega alojado en el símbolo. Y el símbolo manda con el imperio de su grosor ontológico: exige metáfora para mostrarse, porque no hay en los idiomas un logos ajustado a su perímetro preciso; su contenido no tiene «casa propia» y necesita hospedarse en otra: la metáfora. Pero lo simbólico (cosa del ser) es de mayor talla que lo metafórico (cosa del decir), y en la liturgia, esfera del símbolo, somos potenciados para vivir, mientras que en la esfera de la metáfora somos estimulados a la alabanza. El símbolo nos funda, la metáfora nos permite dar respuesta.

También exige tener a punto otras medidas: el *mito*, la narrativa de su origen, el alba de lo real, que tampoco tiene una historia fechada y con límites. El mito intenta contactar con el origen, con la fuente del ser; es el punto de sutura de mi ser con el «principio». Su vigencia acredita mi identidad en el río de la vida, en la filogénesis. Así mismo exige un modo de actuación: el *rito*, un comportamiento cultural, enguantado, un ingenio que supone eufemismo de la acción humana individual, que permite acceder a lo comunitario mediante una acción abstracta-rito, que socializa. La manera de contactar con la comunidad es atravesar la frontera individuo-comunidad, con el eufemismo del rito.

El arte, con una belleza segunda, se activa en la liturgia con especial pureza: «brota de un talento concedido por el Creador y del esfuerzo del hombre, y es un género de sabiduría práctica, que une el conocimiento y la habilidad (cf. Sb 7,16-17) para dar forma a la verdad, en lenguaje accesible a la vista y al oído» (CCE 2501).

9. LA DIVINIDAD DEL VERBO, LA PEQUEÑEZ DE JESÚS,
EL SEÑORÍO DEL *KIRIOS*

La liturgia incluye en su configuración a Jesús mismo, diseñador y material (Palabra-Pan) litúrgico. Ha sido trazada por el Dios-hombre que prescribió los elementos esenciales, y que el hombre organizó en unidad cultural. El elemento estético se cumplió en ambas fases del diseño: Jesús era hombre-Dios, visible-invisible, y Él mismo se introdujo en su intuición operativa, como vida. Se mezcló con las especies materiales y con la naturaleza humana existencial, y quedó como componente de la iglesia, del sacramento, de la comunidad litúrgica. Entre el Alfa y la Omega que es, respondiendo a su señorío de *Kirios*, se quedó como materia sacramental, en el tramo histórico de nuestros procesos. Es el Camino, la Verdad, la Vida y el hombre, co-agente litúrgico, en comunión sacramental con Jesús, perteneciente a la comunidad cristiana, es el autor de las envolturas culturales y canónicas de la realidad eclesial y de los misterios «eficaces». Así la Eucaristía es fundación peculiar, «no hecha por mano humana», no aparecida como producto de la recta *ratio*, sino como la «Jerusalén bajada del cielo», superior a lo que entendemos por obra de arte. Es «la puesta en marcha de la verdad» (Heidegger) revelada. Y es después de esta evidencia de misterio, cuando la liturgia da entrada al otro arte, al de la belleza segunda, al arte de los hombres artistas, a los elementos sonoros y visuales de nuestros productos humanos, estrictamente culturales e históricos.

— Tiene un primer elemento de irrupción en la frescura original de la Creación, con su belleza inatacable y fecundísima, y un segundo elemento de arte, belleza segunda de nuestros estilos, pero en todo su tejido está atravesada de belleza. Entre una y otra está el propio ser humano que hace visiblemente la liturgia, la comunidad viva que celebra, el grupo humano que acude emocionado, se postra, gesticula, canta, ruega, se estremece... él mismo queda afec-

tado de todo lo que es estructura eclesial, litúrgica, sacramental; él mismo es ostensible y perceptible, y a la vez es misterio escatológico en perpetuo cambio interior, en permanente transfiguración. Él mismo se incorpora al centro litúrgico que es la Eucaristía, sometándose a su imperativo metabólico, de efectos múltiples: santidad personal, fraternidad humana, experiencia trascendente y escatológica. Todo el fenómeno externo y emocional, bajo la tutoría del Espíritu, se traduce, en nombre de la caridad, en voluntad de obras y propósito de servicios, todos referidos al orden de la convivencia, de la asistencia fraterna, de combate contra el mal y la miseria. La Eucaristía tiene un tramo de intimidad y otro de socialización. El de la intimidad educa al sujeto y lo convierte en delegado de Dios para el orden de Dios entre los hombres

Donde realmente se da una *poiesis*, una creación, y donde verdaderamente se da una sabiduría de técnica e ingenio, una verdadera *tecné* como método es en la Eucaristía. Finalmente es admirable el rol asignado al hombre en el ministerio eucarístico: no le toca crear sino administrar; no es el autor del ingenio sacramental, sino el usufructuario. No podría responder del proyecto, pero el proyecto es para él. La Eucaristía es don de Dios, es Don-Dios, don divino, saciativo. En el ministerio eucarístico se activa lo divino de Dios, pero se activa desde el sujeto humano con su recortada competencia de «hacer el memorial», es decir, de solicitar la fuerza de aquella actuación original de Jesús, verdaderamente creativa (poiética) y verdaderamente pedagógica, ingeniosa (técnica). Lo grande, desde el equipamiento sacerdotal recibido por el cristiano en el bautismo, ya no se lo reserva Dios, sino que pertenece también al hombre.

— El Patriarca Focio de Constantinopla pudo hablar de «misterios visuales» al referirse a unas pinturas murales restauradas, haciendo coincidir misterios y figuraciones, misterios mezclados con los pigmentos. Era una de las últimas

consecuencias del hecho de la *Iconoclastia*, de forma que las expresiones tienen toda la intención de precisar la realidad de la encarnación, el contexto del misterio que es el culto eclesial, la categoría de la figuración artística. La comunión divino-humana tiene su reflejo plástico en la unidad misterio-figura del arte sacro. El recorrido estético del arte: sensitivo-inteligible tiene la misma dirección que el recorrido teológico del tramo de la fe: humano-divino, y el mismo de su concreción eucarística: especies-comunión.

La belleza de la Iglesia-Liturgia-Eucaristía no depende de la pulcritud ceremonial, ni de la dotación del presidente, ni de la capacidad cultural de la comunidad que participa, sino del diseño interno, de forma que la Eucaristía es belleza, aunque se trate mal. Y si la presencia en la celebración es insuficiente, indigna, deficitaria, entonces se oscurece la obra de Dios, la trama estética, se malea la presentación, y, permaneciendo potencialmente como Belleza trascendente, puede quedar oculta, habiendo sido concebida para aparecer e irradiar. La irrelevante expresión de la Palabra, la frivolidad del comportamiento ritual, el desdén de los moderadores o ministros, el oscurecimiento de los niveles simbólicos, la insignificancia de los gestos, comprometen la *doxa* propia de la Palabra, la gloria del misterio, olvidan «el esplendor de la gloria del Padre», «el más bello de los hijos de los hombres». Entonces queda oculta la belleza de la liturgia, y lo que ocurre es más que un desprecio por lo estético, un maltrato del misterio de Dios y un descrédito de la comunidad reunida en su nombre. En la liturgia deben brillar, a la vez, la revelación y la antropología, la gloria de Dios y la comunidad en su estado de fiesta. La Eucaristía es el centro del juego litúrgico y eclesial. En su entraña se contiene danza, risa, júbilo incontenible.

MIGUEL IRIBERTEGUI, O.P.
Salamanca

Eucaristía y experiencia mística

Si entendemos la experiencia mística como el encuentro personal y la manifestación interior de Cristo y, a través de Cristo, de la Trinidad¹, hay que reconocer que, según la tradición cristiana más genuina, existen dos caminos de acceso a dicha experiencia: el camino de la oración y de la contemplación, y el camino del sacramento de la Eucaristía, que también es oración y contemplación. El gran místico jesuita, José Surin, expresa esta enseñanza diciendo que «la unión mística se obtiene de dos maneras: o por la oración que atrae a Dios a lo más íntimo de nuestro corazón o por la divina Eucaristía, que lo introduce en nosotros con la carne de Jesucristo»². Estos dos caminos no son paralelos o independientes, sino que se relacionan y complementan mutuamente. Pero, con mucha frecuencia se asocia la experiencia mística a la oración y contemplación, y raramente al sacramento de la Eucaristía. No obstante esta enseñanza encuentra un fundamento sólido en la Escritura y en la Tradición como veremos a continuación. Desde Orígenes hasta el siglo XVIII encontramos numerosos testimonios de autores espirituales que consideran la Eucaristía «puramente y simplemente el sacramento místico»³. Pero a partir del siglo XVIII tanto los teólogos como los autores espirituales se olvidaron de esta enseñanza.

1. Cf. E. LONGPRÉ, «II Eucharistie et expérience mystique», *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 4/2, Paris 1961, c. 1587.

2. J. SURIN, *Lettres inédites*, ed. Abbé Pouzot-Sarion, Lyon-Paris 1845, p. 237, tomado de: E. LONGPRÉ, «L'Eucharistie est le sacrement de la paix mystique», en *XXXV Congreso Eucarístico internacional. 1952. La Eucaristía y la paz. Sesiones de estudio*, t. 1, Barcelona 1953, p. 160.

3. Expresión de Graber d'Eichstätt. Tomada de E. LONGPRÉ, «L'Eucharistie est le sacrement de la paix mystique», p. 161.

1. EL FUNDAMENTO ESCRITURÍSTICO

Los autores espirituales apoyan su convicción de que la Eucaristía es el sacramento místico en varios textos del Nuevo Testamento. El primero es Jn 14, 23, donde Jesús mismo dice: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y en él haremos morada». Según dice J. Surin a propósito de este texto, lo que aquí promete Jesús es la comunicación que Dios hace de sí mismo, y una caridad privilegiada que une al hombre con Dios⁴. Esta promesa se hace realidad de modo especial en el sacramento de la Eucaristía. Por eso algunos místicos relacionan este texto con Jn 6, 56 donde se dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él». Estas palabras expresan que la Eucaristía une al cristiano de forma íntima con Jesús. El comer y beber sacramental se convierte en el medio privilegiado para alcanzar la comunión personal entre Cristo y el creyente. El objetivo de la comunión sacramental no es otro que el de realizar esta comunión personal y, a través de ella, introducir al creyente en el círculo vital de Dios. Por la Eucaristía se produce una permanencia recíproca, una compenetración mutua entre Cristo y quien comulga, pero sin anular la propia personalidad. Tal compenetración no puede compararse con ninguna otra experiencia humana, ni tiene analogía perfecta con nada conocido⁵. La Eucaristía se revela así como la fuente de la vida en Cristo o como la causa de la unión más elevada con Dios⁶.

Algunos místicos recurren también a Ap 3, 20, donde podemos leer lo siguiente: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en

4. E. LONGPRÉ, «II Eucharistie et expérience mystique», c. 1591.

5. Cf. R. SCHNACKENBURG, *El evangelio según san Juan. II Versión y comentario*, Herder, Barcelona 1980, p. 107.

6. E. LONGPRÉ, «II Eucharistie et expérience mystique», c. 1591.

su casa y cenaré con él y él conmigo». Según algunos exegetas se trata de un texto paralelo a los dos anteriores, un texto con sabor eucarístico. E.-B. Allo, en su estudio sobre el *Apocalipsis*, dice expresamente que «se trata de la entrada secreta [de Jesús] en el corazón seguida de la alegría de la gracia y, más especialmente, sin duda, de la eucaristía. No hay ninguna imagen en todas esas Cartas [del Apocalipsis], que tenga un carácter más íntimo, más individual y más emotivo»⁷.

Otro texto más raramente empleado es el que nos narra el episodio de Emaús, en el que los dos discípulos descubren la presencia del Señor en la fracción del pan. Es un texto invocado para poner de relieve el papel iluminador de la Eucaristía, que favorece especialmente la contemplación. Ya san Agustín asociaba a la Eucaristía una gracia especial de intuición. Por su parte, los exegetas modernos consideran este sacramento como el signo que permite reconocer a Cristo vivo y resucitado⁸.

2. EN LA TRADICIÓN

Según dice E. Longpré, «la tradición afirma el origen eucarístico de la experiencia mística»⁹. Los Padres de la Iglesia establecieron una relación entre la Eucaristía y la mística al comentar algunos textos del Antiguo Testamento o cuando desarrollan los temas de la «ebriedad espiritual» y de la experiencia de la dulzura de Dios. Uno de esos textos es el Salmo 23 (22), tan utilizado en las catequesis mistagógicas y que se cantaba en la noche de Pascua. En algunos de los versículos de este Salmo los Padres vieron profetizados los sacramentos cristianos de la iniciación. Las

7. Tomado de E. LONGPRÉ, «II Eucharistie et expérience mystique», c. 1592.

8. Cf. ID., cc. 1592-1593.

9. Cf. ID., c. 1593.

alusiones al sacramento de la Eucaristía se encuentran, en concreto, en el versículo 5 que dice así: «Tú preparas ante mí una mesa frente a mis adversarios; unges con óleo mi cabeza, rebosante está mi copa». La traducción de los Setenta habla del «cáliz embriagador». Los Padres recurren al tema del «cáliz embriagador» para hablar de los efectos espirituales que produce la Eucaristía. Esos efectos son semejantes a los del vino, es decir, produce la alegría espiritual, el olvido de las cosas de la tierra, el éxtasis. A diferencia de los efectos del vino normal, el vino eucarístico produce una «sobria ebriedad». Esta expresión tradicional para designar los estados místicos fue utilizada por primera vez por Filón de Alejandría¹⁰, refiriéndose a la sabiduría divina. Orígenes fue el primero en utilizar la idea de la «ebriedad espiritual», adaptándola a las exigencias de la fe cristiana. En su opinión dicha ebriedad no la provoca una sabiduría divina de carácter impersonal, sino la persona misma del Logos, que es la verdadera sabiduría y la verdadera «viña», según Jn 15, 1. Su interpretación del versículo 4 del capítulo segundo del *Cantar de los Cantares* influyó definitivamente la historia de este tema de la ebriedad espiritual. Pero el primer autor cristiano conocido que utiliza la expresión «sobria ebriedad» fue Eusebio de Cesarea († 340).

Por su parte, Cirilo de Jerusalén († 386) contrapone los efectos que produce la «sobria ebriedad» y la «ebriedad corporal»: la primera introduce en el conocimiento de las cosas desconocidas, mientras que la segunda hace olvidar las conocidas.

En el pensamiento de san Gregorio de Nisa este tema de la «sobria ebriedad» tiene una gran importancia. El pasaje de sus obras en el que mejor se expresa la relación existente entre la Eucaristía y la ebriedad mística dice así: «Aportándole el vino que alegra el corazón del hombre,

10. J. DANÉLOU, *Bible et Liturgie*, Paris 1958, p. 249.

Cristo provoca en el alma esta sobria ebriedad, que eleva las disposiciones del corazón haciéndole pasar de las cosas pasajeras a lo eterno. Qué admirable es mi cáliz embriagador. En efecto, quien ha probado esta ebriedad cambia lo efímero por lo que no tiene fin, y permanece en la casa del Señor todos los días de su vida»¹¹. Para Gregorio de Nisa, la vida eterna comienza cuando recibimos la Eucaristía, aunque la plenitud de la bienaventuranza sólo es posible en la eternidad; no obstante ya ahora, al saborear las especies eucarísticas, el éxtasis de la comunión constituye un verdadero anticipo. Para Gregorio de Nisa, la ebriedad espiritual de la comida eucarística es la misma que experimentó David cuando vio en éxtasis la belleza invisible (Sal 115, 11), es también la misma que experimentó san Pablo y que le llevó a decir: «si hemos perdido el juicio, ha sido por Dios; y si somos sensatos, es por vosotros» (2Co 5, 13); es también la misma ebriedad que experimentó Pedro cuando cayó en éxtasis antes de la llegada de los emisarios del centurión Cornelio (Hch 10, 9 ss.). San Gregorio de Nisa interpreta el éxtasis producido por la comunión eucarística no sólo en su sentido místico, es decir, como salida de sí, sino también, en su sentido más general, como una verdadera transformación en Dios por la gracia, sin que esto lleve consigo necesariamente fenómenos psicológicos especiales¹².

Como podemos apreciar, san Gregorio de Nisa, pone claramente en relación la vida sacramental con la vida mística. Para él existe una estrecha relación entre la deificación que produce el vino eucarístico y la cima de la vida mística. Con ello quiere indicarnos que la vida mística depende en primer lugar de la acción objetiva de Cristo. Esta acción es la fuente normal de la mística cristiana, que transforma el alma y el cuerpo del creyente en el alma y el cuerpo de Cristo¹³.

11. Tomado de: J. DANÉLOU, *Bible et litugie*, p. 251.

12. Cf. J. DANÉLOU, *Platonisme et théologie mystique. Essai sur la doctrine spirituelle de saint Grégoire de Nysse*, Paris 1944, p. 259.

13. Cf. Id., p. 260.

Otros Padres orientales utilizaron la idea de la «sobria ebriedad» para hablar más bien de los efectos que produce en el creyente la presencia del Espíritu Santo.

Entre los Padres latinos, san Ambrosio de Milán es el que alude con mayor frecuencia a la ebriedad espiritual. Para san Ambrosio, la buena ebriedad consiste en una especie de éxtasis hacia los bienes mejores. Esta ebriedad se realiza en cierto modo por la inteligencia del Nuevo Testamento y llega a su plenitud en la Eucaristía. Lo que causa esta ebriedad es la remisión de los pecados en el momento de la Eucaristía y especialmente la conversión a Cristo. El efecto de dicha ebriedad, tal y como lo describe Ambrosio, es la práctica de las virtudes.

También san Cipriano, comentando el Salmo 23, desarrolla este tema de la sobria ebriedad, expresándose del siguiente modo: «El Espíritu Santo no calla el misterio de esta sangre en los Salmos, mencionando el cáliz del Señor y diciendo: *tu cáliz que embriaga es muy excelente* (Sal 23, 5) [...]. El cáliz del Señor embriaga, como Noé se embriagó, en el Génesis, bebiendo vino. Pero la embriaguez del cáliz del Señor y de su sangre no es como la del vino profano, pues al decir el Espíritu Santo en el Salmo: *tu cáliz que embriaga, añadió, es muy excelente*, es decir, que el cáliz del Señor embriaga de tal modo a los que lo beben que los hace sobrios, que conduce los ánimos a la sabiduría espiritual, que cada uno se convierte de este sabor de lo profano al conocimiento de Dios y, como con este vino común se pierde la razón y se relaja el alma y se echa toda tristeza, así bebiendo la sangre del Señor y el cáliz de salvación se disipa el recuerdo del hombre viejo, y se echa en olvido la conducta anterior del mundo, y la tristeza que antes acongojaba el ánimo por los pecados se expelle por el gozo del perdón»¹⁴.

14. SAN CIPRIANO, *Carta 63 a Cecilio*, en *Obras de San Cipriano*, edición bilingüe por J. Campos, B.A.C., Madrid 1964, p. 607.

Al comentar el libro del *Cantar de los Cantares*, los Padres de la Iglesia establecieron una relación estrecha entre la Eucaristía y la experiencia mística. Todo el libro fue interpretado como figura de los sacramentos de iniciación, tratando de relacionar los diferentes versículos con uno u otro sacramento o con la liturgia misma de la iniciación cristiana. Por lo que se refiere en concreto a la Eucaristía, los Padres hablan de este sacramento como la unión nupcial entre Cristo y el alma. Algunos versículos son interpretados expresamente en sentido eucarístico. Así, la llamada que hace el Esposo del *Cantar de los Cantares* a la ebriedad fue interpretada por Gregorio de Nisa del siguiente modo: «La Iglesia, viendo una gracia tan grande –la celebración por Cristo del banquete nupcial– invita a sus hijos, invita a sus vecinos, a acudir a los sacramentos: Comed, amigos, bebed, embriagaos, oh queridos. Por lo que comemos, por lo que bebemos, el Espíritu Santo nos ha dicho en otra parte por medio del Profeta: *Gustad y ved qué dulce es el Señor*. Cristo está en este sacramento. Porque el cuerpo de Cristo, no es como un alimento corporal, sino espiritual»¹⁵. En otro pasaje de sus obras celebra la sobria ebriedad que da el vino eucarístico: «Cada vez que tú bebes, recibes la remisión de los pecados y tu espíritu se embriaga. Quien está ebrio por el vino corporal vacila y titubea, pero quien se embriaga del espíritu está enraizado en Cristo. Admirable ebriedad que opera la sobriedad del espíritu. Ese es el camino que tenemos que recorrer en los sacramentos»¹⁶.

Otro de los temas relacionados con la interpretación de la Eucaristía y la vida mística es –como hemos dicho– el de la *experiencia de la dulzura de Dios*. A partir de los siglos IV y V, en la mayor parte de las grandes Iglesias de la cristiandad se acompañaba la comunión eucarística, en las

15. Tomado de: J. DANIELOU, *Bible et Liturgie*, p. 276.

16. *Ibid.*

misas solemnes, cantando: *Gustad y ved qué dulce es el Señor* (Sal 34, 9).

3. EN LA EDAD MEDIA

Sin pretender ser exhaustivos, vamos a recordar ahora las enseñanzas de algunos autores medievales que contribuyeron con su reflexión a poner de relieve la relación que existe entre el sacramento de la Eucaristía y la experiencia mística.

a. *Guillermo de Auxerre* († 1231)

Este autor estableció una relación profunda entre la Eucaristía y los sentidos interiores. En una de sus obras trata de explicar por qué se dice que el pan eucarístico contiene en sí todo deleite. Eso se debe, a su juicio, porque el pan eucarístico deleita el sentido espiritual de la vista por su belleza; deleita el oído espiritual por su melodía; deleita el olfato espiritual por su olor; deleita el gusto espiritual por su dulzura; deleita el tacto espiritual por su suavidad. Además, este pan enriquece a quien lo comulga porque en él se encuentran escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Hablando de la sangre de Cristo, Guillermo de Auxerre retoma la idea de la sobria ebriedad¹⁷.

b. *Guiard de Laon*

Es conocido como el «doctor eucarístico» de la época. Fue canciller de la universidad de París y obispo de Cambrai. Estuvo relacionado con Juliana de Mont-Cornillon y con el movimiento eucarístico de Lieja. Hacia 1222 publicó un escrito sobre los doce frutos que produce la comunión euca-

17. Cf. E. LONGPRÉ, «II Eucharistie et expérience mystique», c. 1597.

rística (*De XII frutibus venerabilis sacramenti*). Puesto que en la eucaristía encontramos el cuerpo, el alma y la divinidad de Cristo –dice Guiard–, este sacramento produce en el que se acerca a él debidamente el gusto por la inmortalidad perfecta, el sentimiento de la santidad perfecta y la degustación de la suavidad perfecta. En este escrito nos da a entender que el fruto más alto de la comunión eucarística es una experiencia mística que anuncia la bienaventuranza futura¹⁸.

c. *San Buenaventura († 1274)*

Es uno de los autores más importantes de la Edad Media con relación a nuestro tema, por esa razón vamos a detenernos a presentar algunas notas de su doctrina eucarística, centrándonos únicamente en su sermón *Del Santísimo cuerpo de Cristo*.

En el encabezamiento de dicho sermón cita unos versículos del Salmo 106 (8-10), que luego desarrolla a lo largo de su reflexión. En las palabras del Salmo san Buenaventura descubre la inmensa misericordia de Dios que viene a colmar los múltiples defectos de la miseria humana mediante el don de la Eucaristía. Esos defectos se resumen en seis: el hombre estaba vacío y el Señor lo colmó por el don de su inhabitación; estaba hambriento, y el Señor se le dio en manjar; estaba sentado en las tinieblas, y se le dio para iluminar su corazón; yacía en sombras de muerte, y se le dio en sacrificio de reconciliación; estaba cautivo de la miseria y el Señor le enriqueció para que pudiera practicar la virtud; estaba encadenado y se le dio para ablandarle el corazón. Dios es la plenitud de los vacíos, el alimento de los hambrientos, la luz de los que están sentados en las tinieblas, la reconciliación de los que yacen en sombras de muer-

18. Cf. *Id.*, c. 1598.

te, el tesoro de los mendigos y la causa que ablanda los corazones endurecidos como el hierro.

San Buenaventura establece una correspondencia entre estos seis efectos y las seis figuras de la Eucaristía que encontramos profetizadas en el Antiguo Testamento. Exponiendo estas figuras nos presenta el sacramento de la Eucaristía como el gran sacramento de la experiencia mística. La primera figura es la «grasa» de los animales sacrificados. La grasa animal tiene la propiedad de ser penetrante y llenar por ello los vacíos, lo mismo ocurre con la Eucaristía, penetra hasta lo más íntimo del alma colmando su vacío. La grasa animal tiene también otras cualidades comparables al cuerpo eucarístico de Cristo: así como la grasa hace sabrosos los alimentos, así también el cuerpo de Cristo llena de gozo el alma de quien lo comulga; así como la grasa dilata la piel ungida con ella, así también la Eucaristía, dilata el alma en todas las direcciones, es decir, promueve el amor al prójimo; así como la grasa aviva y levanta la llama en el fuego que toca, lo mismo hace la Eucaristía, porque eleva el corazón hacia Dios para conservar en él la devoción y le hace exultar en acción de gracias.

La segunda figura eucarística es el «pan», prefigurado por el pan que el ángel le llevó al profeta Elías. Así como Elías fue reconfortado con aquella comida, pudiendo caminar todavía cuarenta días hasta la montaña del encuentro con Dios y recibir allí los secretos divinos, así también el pan eucarístico reconforta para la acción, eleva a la contemplación, dispone para recibir la revelación de las cosas divinas y provoca el deseo de las cosas celestiales y eternas. De este modo el pan eucarístico es el alimento que sacia a los hambrientos.

La tercera figura es la metáfora de la «miel». La miel deleita el gusto y, según la medicina de la época, tiene la virtud de purificar la vista. De este modo, el cuerpo de Cristo deleita la voluntad e ilumina los ojos del entendimiento. Para ilustrar esta idea san Buenaventura recurre a varias

citas de san Bernardo de Claraval, el llamado Doctor melifluo. El primer texto dice así: «Jesús, dulzura de los corazones, fuente de aguas vivas, luz de las mentes, excede todo gozo y todo deseo». El siguiente texto dice: «Jesús es miel en la boca, melodía en el oído y júbilo en el corazón». Un tercer texto dice así: «¡Oh Jesús, gloria de los ángeles, en el oído suave cántico, en la boca dulce miel y en el corazón néctar celestial!». Finalmente, otro texto se expresa del siguiente modo: «La presencia de Jesús es más dulce que la miel y todas las demás cosas». El cuerpo de Cristo representado bajo la metáfora de la miel viene a iluminar a los que están sentados en sombras de muerte.

La cuarta figura es el «cordero pascual», que significa el cuerpo de Cristo por el que somos reconciliados con Dios, pues Cristo es el cordero inmaculado que quita el pecado del mundo.

La quinta figura es el «tesoro celestial». El cuerpo eucarístico de Cristo es el tesoro celestial porque contiene en sí todas las riquezas de la gracia. Cristo es ese tesoro escondido que en otro tiempo Dios prometió por boca del profeta Isaías (45, 3). Se trata de un tesoro escondido porque está oculto en el sacramento bajo las especies del pan y el vino.

Finalmente, el cuerpo de Cristo aparece prefigurado por el «maná». Según dice el libro de la Sabiduría (16, 21), el maná se adaptaba al deseo del que lo tomaba y se transformaba en el alimento que cada uno quería. Del mismo modo, nos dice san Buenaventura, los frutos del sacramento de la Eucaristía están en correspondencia con la buena voluntad y el grado de santidad de vida del que comulga.

San Buenaventura concluye su sermón diciendo: «Por tanto, si te encuentras vacío, busca tu hartura en este sacramento, figurado por la grasa; si te hayas hambriento, busca tu alimento figurado en el pan; si te hayas ciego y en tinieblas, busca tu iluminación en este sacramento, figurado por la miel; si te hayas postrado en sombras de muerte, busca tu reconciliación en este sacramento, figurado por el cor-

dero pascual; si te hayas necesitado y menesteroso, busca tu enriquecimiento en este sacramento, figurado en el tesoro celestial; si tienes un corazón duro como el hierro, busca el modo de ablandarte en este sacramento, figurado por el maná»¹⁹.

d. Jean de Guerson († 1429)

Este autor considera la Eucaristía como la vía por excelencia que nos conduce a la «teología mística», es decir, a la experiencia de Dios. Guerson no cesó jamás de proclamar la función capital de la Eucaristía en la vida mística. Desarrolló también el tema de la sobria ebriedad. Por otra parte, habla de la piedad eucarística de la Virgen María; según nos dice, la Virgen, «Madre de la Eucaristía», vivió en grado eminente las experiencias eucarísticas; su contemplación eucarística no tiene comparación con la de ninguna otra persona.

4. EN LA EDAD MODERNA Y EN LA EDAD CONTEMPORÁNEA

De estos dos períodos de la historia nos detendremos únicamente en tres autores.

a. Santa Teresa de Jesús

Santa Teresa de Jesús habla de su experiencia de la comunión como de un verdadero encuentro con Cristo. La presencia de Cristo en la Eucaristía le parece tan real, que no entiende que alguien pueda envidiar a quienes vivieron en tiempos de Jesús y trataron con él. Es más, si Cristo en otro tiempo hacía milagros con solo tocarle, ahora, al reci-

19. SAN BUENAVENTURA, *Del Santísimo Cuerpo de Cristo*, en *Obras de San Buenaventura*, t. II, BAC, Madrid 1946, p. 543.

birle con fe en la comunión, nos dará todo lo que le pidamos, «pues está en nuestra casa» y el Señor no suele «pagar mal la posada si le hacemos buen hospedaje»²⁰.

Cristo en la Eucaristía –nos dice santa Teresa– se muestra al alma «por grandes sentimientos interiores y por diferentes vías»²¹. Por eso aconseja a sus monjas: «Estaos vos con él de buena gana; no perdáis tan buena razón de negociar como es la hora después de haber comulgado. Si la obediencia os mandare, hermanas, otra cosa, procurad dejar el alma con el Señor; que si luego lleváis el pensamiento a otra y no hacéis caso ni tenéis cuenta con que está dentro de vos, ¿cómo se os ha de dar a conocer? Éste, pues, es buen tiempo para que os enseñe vuestro Maestro, y le oigamos y le besemos los pies porque nos quiso enseñar, y le supliquéis no se vaya de con vos»²². Y continúa diciendo un poco más adelante: «Mas, acabando de recibir al Señor, pues tenéis la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrid los del alma y miraos al corazón; que yo os digo, y otra vez lo digo y muchas lo querría decir, que, si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgareis (y procurad tener tal conciencia que os sea lícito gozar a menudo de este Bien) que no viene tan disfrazado que, como he dicho, de muchas maneras no se dé a conocer conforme al deseo que tenemos de verle; y tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo»²³.

En sus *Cuentas de conciencia*, santa Teresa relata cómo cierto día, después de comulgar vio a la Santísima Trinidad: «El martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración –después de comulgar– con pena, porque me divertía de manera que no podía estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó a

20. Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, en *Obras completas*, Editorial de Espiritualidad, 5.ª ed., Madrid 2000, c. 34, 8.

21. *Id.*, c. 34, 10.

22. *Ibid.*

23. *Id.*, c. 34, 12.

inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente a toda la Santísima Trinidad en visión intelectual, adonde entendió mi alma por cierta manera de representación, como figura de la verdad –para que lo pudiese entender mi torpeza– cómo es Dios trino y uno».

b. La beata María de la Encarnación (1566-1618)

María de la Encarnación es una de las grandes místicas de la Eucaristía. Su testimonio es un caso único en la literatura mística de la Iglesia.

María de la Encarnación habla con gran realismo de la presencia de Cristo en la Eucaristía. Cristo mismo le aseguraba su presencia haciéndole gozar de ella y rehaciendo sus fuerzas:

«El mayor alivio que el alma encuentra en este estado de unión con Jesucristo y en el sentimiento habitual de su presencia, está en la comunión cotidiana, donde el alma tiene la certeza de poseer la vida. No solamente la fe viva le dice, sino que él le hace experimentar que es él, por un vínculo y unión de amor que la hace gozar de una manera inexplicable... Después de todos los esfuerzos que yo hacía para servir a mi prójimo, mi cuerpo roto por las penitencias tomaba fuerzas por la manducación de este divino pan y adquiría un nuevo impulso para volver a comenzar todo de nuevo, cosa que naturalmente yo no hubiera podido hacer»²⁴.

Uno de los efectos de la comunión eucarística que María de la Encarnación insiste en subrayar es el conocimiento de Dios por propia experiencia:

«Estaba un poco aliviada por la santa comunión, acercándome con un deseo extremo de abrazar, de querer y de

24. E. LONGPRÉ, «II Eucharistie et expérience mystique», cc. 1611-1612.

acariciar el sagrado Verbo encarnado, esperando la perfecta consumación de la unión, porque, habiéndolo recibido, no sabría expresar la manera como yo le poseía y él me poseía, haciéndome sentir por experiencia y por sus toques que era él, él, digo yo, que es Amor y el Señor de los corazones. Después de haberme tenido mucho tiempo en una gran unión, yo permanecía en la visión y en el gozo de la Divinidad y de la Trinidad que yo sabía que estaba en este divino sacramento; porque, aunque yo le viera pertenecer al sagrado Verbo encarnado, yo tenía también un conocimiento que, la Divinidad siendo indivisible y las Personas inseparables, yo poseía todo eso en este sacramento de amor. ¡Oh!, cómo se conocen ahí grandes verdades... Jamás acierto a decir lo que Dios descubre a mi alma cuando él se da a ella en este sacramento adorable»²⁵.

La comunión eucarística le producía una gran paz interior y una unión tal con Dios, que no se rompía a pesar de sus tareas:

«Cada vez que me acerqué a la santa comunión, quiero decir desde el día uno de enero, sentí fuertemente el amor de nuestro Señor en ese divino sacramento de tal forma que no puedo decir todo lo que ha sentido mi corazón... Es un fuego amoroso que hace que el alma experimente las palabras de nuestro Señor: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29). He padecido una paz tan grande, pero algunas veces más que de ordinario, que no soy capaz de expresarla, e inmediatamente después de esto era unida tan fuertemente a Dios, yendo y viniendo a mis acciones, que algunas veces mis grandes abrazos se hacen de camino»²⁶.

25. Id., c. 1612.

26. Id., c. 1613.

c. *San Pedro Julián Eymard*

San Pedro Julián Eymard²⁷ (1811-1860). Fundó la congregación de Sacerdotes del Santísimo Sacramento y de Las Esclavas del Santísimo Sacramento, además de otras asociaciones. Su espiritualidad estuvo centrada en la Eucaristía, haciendo de ella el pivote de la vida cristiana e incluso de la vida social. La Eucaristía es para él la Persona del Señor; es Jesús pasado, presente y futuro. En el Cristo eucarístico podemos encontrar todo. Entiende la presencia de Cristo en la Eucaristía como una presencia dinámica que está también en relación con la misión.

Como presencia dinámica, la Eucaristía es el sacramento donde Nuestro Señor perpetúa el don de su amor. La Eucaristía hace presente para hoy el amor de Jesucristo y nos concede entrar en comunión con él. Aunque las acciones de Jesús pertenecen al pasado, la Eucaristía actualiza todos sus misterios. Por eso Eymard no duda en afirmar lo siguiente: «Con la Eucaristía no envidio la dicha de Belén, la sociedad de Nazaret, la hospitalidad de Betania. Tengo todos esos estados, todos esos amores, todas esas gracias en el estado eucarístico de Jesús».

La adoración eucarística que propone a sus religiosos y a los demás fieles es un medio de penetrarse del amor de Cristo. Esta adoración se inspira en la celebración Eucarística, y lejos de bastarse a sí misma, desemboca en la comunión sacramental.

Eymard fue un promotor infatigable de la comunión frecuente. En uno de sus bellos textos expresó el papel central de la Eucaristía en la vida cristiana: «Convencido de esta verdad de que el sacrificio de la santa misa y la comunión del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo continúan

27. En lo que sigue nos guiaremos por el artículo de A. GUITTON: «Pierre-Julien Eymard (saint)», *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 12/2, Paris 1986, cc. 1679-1693.

siendo la fuente vital, al mismo tiempo que la cima de toda religión, cada uno debe orientar su piedad, sus virtudes, su amor, convirtiéndolos en medios para alcanzar este fin: la digna celebración y la recepción fructuosa de esos divinos misterios».

Los frutos de la comunión eucarística son numerosos; en primer lugar se produce una transformación de la propia vida. Cristo viene sacramentalmente a vivir espiritualmente en el alma de quien comulga. Además, en la comunión Cristo se revela a sí mismo: «El que no comulga –dice Eymard– no tiene más que una ciencia especulativa. No sabe casi más que de términos, de palabras. Pero ignora lo que significan: Jesús no se ha mostrado... El alma que comulga, que tenía antes una idea de Dios, le ve, le reconoce en la Mesa Santa. Sólo se conoce bien a Nuestro Señor a través de él mismo». Otro de los frutos de la Eucaristía consiste en nutrir la caridad de los cristianos.

Pedro Julián Eymard estaba convencido de que la Eucaristía hace brotar un mundo nuevo, por eso decía con firmeza: «El gran mal de nuestro tiempo es que no se va a Jesucristo como a su Salvador y a su Dios. Se abandona el único fundamento, la única gracia de la salvación... ¿Qué hacer pues? Hay que remontar a la fuente de la vida, a Jesús, no solamente de paso en Judea, ni a Jesús glorificado en el cielo, sino también y, sobre todo, a Jesús en la Eucaristía».

CONCLUSIÓN

Después de este breve recorrido por la Escritura, la Tradición y la historia, vemos con mayor claridad la importancia que tiene el sacramento de la Eucaristía en el origen y desarrollo de la experiencia mística. La Eucaristía no es, por consiguiente, un camino entre otros, sino el camino privilegiado para encontrarse con el Dios de Jesucristo, y expe-

rimentar la riqueza y la transformación que este encuentro trae consigo. Es urgente tomar conciencia de esta realidad para poder vivir este sacramento en toda su plenitud, pues aunque Dios se nos da totalmente, esta entrega no produce todo su efecto si no va acompañada, por nuestra parte, de la fe y el amor. Como el maná en el desierto, Dios se acomoda a nuestras disposiciones. En la medida en que seamos más conscientes de lo que se nos ofrece en la Eucaristía, podremos agudizar mejor nuestra capacidad receptiva hasta alcanzar una verdadera experiencia del misterio. De lo contrario, la presencia de Cristo en este sacramento pasará desapercibida y no podremos hablar de verdadero encuentro.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca

Textos eucarísticos

Ofrecemos en esta sección una brevísima selección de textos eucarísticos, que datan del siglo XV en adelante. La mayoría de los autores de estos escritos son muy conocidos y no necesitan presentación. El primer texto procede del capítulo segundo del libro cuarto de la famosa obra titulada *Imitación de Cristo*, atribuida a Tomás Hemerken de Kempis († 1471). Es una obra representativa de la llamada *devotio moderna*. Las ediciones se multiplicaron rápidamente y muchos cristianos, hasta nuestros días, han quedado impregnados de esta piedad afectiva y nada teórica. El contenido del mencionado capítulo dice así:

«*Voz del discípulo.*

1. Fiado en tu bondad y misericordia infinita, Señor, me acerco, enfermo, al Salvador; hambriento y sediento, a la fuente de la vida; necesitado, al rey de los cielos; siervo y esclavo, a mi Dueño y Señor; criatura, a mi Creador; desconsolado, a mi dulce Consolador.

2. *Pero, ¿de dónde a mí tanta dicha que Tú vengas a mí, Señor? ¿Quién soy yo para que te me des a Ti mismo? ¿Cómo se atreve el pecador a comparecer en tu presencia, y Tú cómo te dignas venir al pecador?*

3. Tú conoces a tu siervo, y sabes de sobra que nada bueno tiene de sí para que le concedas una gracia semejante. Confieso, pues, mi bajeza, reconozco tu ternura, ensalzo tu indulgencia y te doy gracias por tu amor inmenso.

4. Pues haces esto por Ti mismo, no por mis méritos; para que se ponga más de manifiesto tu bondad para conmigo, y tu caridad se me comunique con creces, y me entregue con más perfección a una humildad cordial y sincera.

5. Puesto que así te place y así ordenaste que se hiciese, también a mí me gusta tu beneplácito en hacerme digno de Ti; ojalá mi inquietud no sea obstáculo a ello.

6. ¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesús, cuánta reverencia y acción de gracias, qué infinitas alabanzas te son debidas por la recepción de tu sagrado cuerpo, cuya dignidad ningún mortal podrá justipreciar jamás!

7. Mas ¿qué pensamientos puedo abrigar al comulgar, al acercarme a mi Señor, a quien no puedo venerar cual se merece y, sin embargo, a quien ardo en deseos de recibir con la mayor devoción?

8. ¿Qué cosa mejor y más saludable puedo hacer sino humillarme totalmente en tu presencia y enaltecer tu divina bondad para conmigo?

9 Te alabo, Dios mío, y te ensalzo para siempre. Siento desprecio de mí mismo y me someto a Ti en lo más profundo de mi vileza. Tú eres el Santo de los santos y yo la escoria y el más ruin de los pecadores.

10. Tú te inclinas hacia mí, siendo como soy indigno de alzar los ojos para mirarte. He aquí que Tú vienes a mí, y quieres estar conmigo y me invitas a tu mesa.

11. Tú me brindas el manjar del cielo y *el pan de los ángeles* para que yo lo coma; y ese pan no es otro que Tú mismo *en persona, pan vivo que bajaste del cielo y que das la vida al mundo.*

12. ¡He aquí la fuente de donde procede el amor y en donde brilla su excelsa dignación! ¡Qué acciones de grandeza, Señor, cuántas alabanzas se te deben por estos prodigios de tu bondad!

13. ¡Oh, qué saludable y útil fue tu designio al instituir este misterio! ¡Qué suave y delicioso es este banquete en que te has dado a Ti mismo en comida! ¡Qué admirables son tus obras, Señor, qué arrolladora es tu fuerza, qué inenarrable tu verdad!

14. Porque *Tú lo dijiste, y fueron hechas todas las cosas, y se hizo realidad cuanto Tú mandaste.*

15. Es cosa admirable y digna de fe, pero que no alcanza a comprender el entendimiento humano, que Tú, Señor y Dios mío, verdadero Dios y verdadero hombre, te ocultes íntegro bajo las especies de un poco de pan y de vino, y que, sin detrimento de tu esencia soberana, seas comido por el que te recibe.

16. *Tú, Señor de todas las cosas, que no necesitas de nada ni de nadie*, quisiste morar en nosotros merced a tu Sacramento.

17. Conserva sin manchilla mi corazón y mi cuerpo, para que con una conciencia pura y con alegría del alma pueda celebrar muchas veces tus misterios y recibirlos para mi eterna salvación, pues los instituiste y consagraste ante todo para que redundaran en gloria tuya y fueran al mismo tiempo eterno memorial de tu amor.

18. Gózate, alma mía, y da gracias a Dios por tan noble don y consuelo tan singular, que se te ha dejado para ti en este valle de lágrimas.

19. Pues no olvides que *cuantas veces celebras este misterio y recibes el cuerpo de Cristo se realiza la obra de tu redención* y te haces partícipe de todos los méritos que Cristo atesora.

20. Y es que el amor de Cristo no disminuye jamás y la grandeza de su misericordia es inagotable para siempre.

21. Por eso debes disponerte a recibir estas maravillas con un espíritu siempre nuevo y sopesar con atenta consideración la grandeza de este misterio que nos salva.

22. De tal manera debe parecerse grande, nuevo y deleitable cuando celebras u oyes el santo sacrificio, como si fuese el mismo día en que Cristo, descendiendo por primera vez al seno de la Virgen, se hizo carne, o aquel en que, pendiente de la cruz, padeció y murió por la salvación eterna de los hombres»¹.

1. THOMAS HEMERKEM DE KEMPIS, *Imitación de Cristo* (Versión de LEÓN E. SANSEGUNDO, según el manuscrito original de Bruselas), Editorial Regina, Barcelona 1979, pp. 617-624.

El segundo texto procede de la obra *Introducción a la vida devota* (1604), de San Francisco de Sales, el mayor representante del llamado *humanismo devoto*, y conocido como «el doctor de la amabilidad». El texto que aquí transcribimos es el capítulo XIV de la segunda parte de la mencionada obra:

«1. Aun no te he dicho nada del sol de los ejercicios espirituales, que es sacrosanto y soberano Sacrificio de la Misa, centro de la religión cristiana, corazón de la devoción, alma de piedad, misterio inefable que comprende el abismo de la caridad divina, por el cual Dios, entregándose todo a nosotros, nos comunica con magnificencia sus gracias y favores.

2. La oración hecha en unión con este divino sacrificio tiene indecible fuerza, Filotea; el alma *se llena* de favores celestiales *apoyada en el Amado*, que le regala perfumes y suavidades espirituales semejantes a *una columna de humo de madera aromática, de mirra, de incienso y de todas las esencias olorosas*, como dice el Cantar de los Cantares.

3. Haz los esfuerzos posibles para oír todos los días la Santa Misa a fin de ofrecer, con el sacerdote, el sacrificio de tu Redentor a Dios Padre, por ti y para toda la Iglesia. Los ángeles se encuentran presentes en gran número, como afirma san Juan Crisóstomo, para honrar este santo Misterio; nosotros, al encontrarnos entre ellos y con la misma intención, no podremos menos de recibir el benéfico influjo de tal compañía. La Iglesia triunfante y la militante se reúnen y se juntan a Nuestro Señor en este acto divino, para en Él, con Él y por Él arrebatar el Corazón de Dios Padre y convertir hacia nosotros su misericordia. ¡Qué dicha para un alma hacer que sus afectos contribuyan a la eficacia de tan precioso y deseable bien!

4. Si por fuerza mayor no puedes estar presente a la celebración del Santo Sacrificio de manera física o real, al menos es necesario que asistas a él con tu corazón, o sea, de manera espiritual. A cualquier hora, pues, de la maña-

na, ve a la Iglesia en espíritu si no puede ser de otra forma; une tu intención a la de todos los fieles cristianos, y compórtate interiormente lo mismo que si asistieras al oficio de la Santa Misa en cualquier iglesia.

5. Para asistir real o mentalmente a la Santa Misa es necesario: 1.º Desde el principio hasta que el sacerdote sale al altar hacer con él la preparación, que consiste en ponerse ante la presencia de Dios, reconocer la propia indignidad y pedir perdón de las faltas cometidas. 2.º Desde que el sacerdote llega al altar hasta el Evangelio, medita sobre la venida de Jesucristo al mundo con los principales hechos de su vida, de una forma general. 3.º Desde el Evangelio hasta después del Credo, considera la predicación del Salvador; haz reiterada protesta de vivir y morir en la fe y obediencia a su divina palabra y en la unión de la Santa Iglesia Católica. 4.º Desde el Credo hasta el *Pater noster*, reflexiona en tu corazón sobre los misterios de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, actual y esencialmente representados en este Santo Sacrificio, el cual has de ofrecer juntamente con el sacerdote y con todos los fieles a Dios Padre para su honor y por tu propia salvación. 5.º Desde el *Pater noster* a la comunión, excita mil deseos en tu corazón; desea ardientemente estar unida por siempre al Salvador mediante un amor eterno. 6.º Desde la Comunión hasta el fin, da gracias a su divina Majestad por su Encarnación, por su Vida, Pasión y Muerte y por el amor que nos ha manifestado en este Santo Sacrificio, pidiéndole insistentemente que por medio de él te sea siempre propicio y extienda esta gracia a tus padres y parientes, a tus amigos y a toda la Iglesia; y con la más profunda humildad recibe devotamente la santa bendición que Nuestro Señor te da por medio de su ministro.

Si quieres hacer tu meditación durante la Misa, sobre los misterios que hayas escogido de cada día, no te es necesario cuanto he dicho anteriormente; será suficiente que al principio pongas la intención de adorar y ofrecer el Santo

Sacrificio como ejercicio de tu oración y meditación, pues en toda meditación se encuentran estos mismos actos»².

El tercer texto es de María de la Encarnación (1599-1672), quien tras haberse quedado viuda entró en las ursulinas y fue una de las primeras misioneras de Canadá. Entre los místicos de la Eucaristía se la considera como una de las figuras de primer rango. Es conocida como la «Teresa de Jesús de Canadá». El texto que transcribimos dice así:

«Nuestro Señor me había descubierto las verdades de este divino sacramento con tanta claridad que no lo puedo expresar, y me asombro de que se diga que hace falta cautivar el entendimiento para someterlo a las verdades que la fe nos enseña con respecto a este sacramento de amor. Mi entendimiento conocía todo sin cautivarse, y yo decía: *Dios mío, pienso que ya no tengo fe; conozco más allá de lo que la fe me enseña. Con tanta luz, ¿cómo es posible que yo no haya corrido hacia el Amor?* De ese divino alimento yo sacaba fuerzas para subsistir en todas las penas y las fatigas que tenía.

[...] No sabría expresar la fuerza ni la dulzura de la unión de mi alma con Nuestro Señor, principalmente por la santa comunión. Y como de ordinario después de esta acción iba a vacar en los asuntos de mi hermano, ni el ruido de las calles, ni lo que yo iba a tratar con los comerciantes, ni todas las preocupaciones de las que estaba encargada me podían apartar de la relación interior que yo tenía con la Divinidad.

Me sentía llena de la unidad de Dios en el fondo del alma por medio de este sacramento de amor, y aunque tuviera la presencia habitual, sin embargo ésta era una presencia de una manera totalmente distinta. Eso me causaba un hambre continua de comunicar sin cesar, si me hubie-

2. SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, en *Obras completas*, t. 1, BAC, Madrid 1953, pp. 105-107.

ra sido posible, porque experimentaba que es ahí precisamente donde se goza verdaderamente de Dios. Algunas veces, más de cinco o seis horas después de haber comulgado, y vacado a muchos asuntos de los más distraídos del mundo, y hablado sin cesar, y estando necesitada, sentía con tanta fuerza esta ligazón interior que tenía que hacerme violencia para tomar mi comida. Estando con personas que hablan sin cesar de asuntos o de cosas indiferentes, no me era posible prestar atención a lo que decían»³.

El siguiente texto tiene por autor al conocido orador francés Santiago Benigno Bossuet (1627-1704), y está tomado de sus *Meditaciones sobre el Evangelio*:

«Leed las palabras de la institución de la Cena en san Mateo XXVI, 26, 27, 28, añadiendo las palabras de los otros autores sagrados que tratan sobre el mismo tema. “Mientras cenaban, como ellos seguían comiendo (griego), Jesús tomó el pan, lo bendijo después de la acción de gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad, comed, esto es mi cuerpo dado por vosotros; haced esto en memoria mía. Y tomando la copa después de la cena, dio gracias y la dio a sus discípulos diciendo: Bebed todos de ella, es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que es derramada por la multitud para remisión de sus pecados; cada vez que la bebáis, hacedlo en memoria mía”. Ahí está todo lo que se refiere a la institución. Únicamente en el lugar en el que san Lucas hace decir al Salvador: Esto es mi cuerpo “dado” por vosotros, san Pablo le hace decir: Esto es mi cuerpo “roto” por vosotros; siempre en el mismo sentido: es entregado a la muerte, herido por los golpes, taladrado por las heridas, violentamente colgado de una cruz; en ese sentido “roto y destrozado”: ese es el cuerpo que Jesús nos da; el mismo cuerpo que pronto iba a sufrir esas cosas, que ahora las

3. Texto tomado y traducido de: F. TOLLU, *L'Eucharistie. Vingt siècles d'histoire* (Textes en main), Paris 1998, pp. 201-202.

ha sufrido. Todavía una palabra sobre el texto. Donde la Vulgata traduce: “La sangre que será derramada” por vosotros, el original dice: “que es derramada, que se derrama”, en tiempo presente en san Mateo y en san Marcos; y sobre el cuerpo, el mismo original dice en san Pablo: “El cuerpo que es roto, que se rompe”, paralelamente en tiempo presente. Y, en efecto, en san Lucas, tanto la versión como el original dicen: “Que es dado, que se da”: *Quod datur*, y no en futuro, “será dado”; en el mismo sentido que Jesús decía: “Pascua será en dos días y el Hijo del hombre será entregado; es entregado”, según el griego: “lo va a ser”; la obra se está realizando, se celebra ya el consejo para encontrar el medio de apresarle y hacerle morir: “Y el Hijo del hombre se va, como se ha escrito de él; pero desgraciado aquel por quien el Hijo del hombre será entregado; es entregado”, según el griego. Habla siempre en tiempo presente, porque su pérdida estaba resuelta, tramada para el día siguiente, y que en dos horas se iba a comenzar a proceder a la ejecución, y también para que cuando nosotros después recibiéramos su cuerpo y su sangre miráramos su muerte como presente.

Cristiano, ahí estás instruido: has visto todas las palabras que están relacionadas con el establecimiento de este misterio: ¡qué sencillez!, ¡qué nitidez en esas palabras! No deja nada que adivinar ni glosar; y si hay algo que glosar es solamente para hacer caer en la cuenta de que según el original habría que traducir: “Esto es mi cuerpo, mi propio cuerpo, el mismo cuerpo que es dado por vosotros; esta es mi sangre, mi propia sangre, la sangre de la nueva alianza, la sangre derramada por vosotros en remisión de vuestros pecados”. Porque también por esta razón el sirio, tan antiguo como el griego, y escrito en tiempo de los apóstoles, lee: “Esto es mi propio cuerpo”; y que en la liturgia de los Griegos se dice que “lo que se nos da, lo que se hace de ese pan y de ese vino, es el propio cuerpo de Jesús, su propia sangre”. Esa es la glosa, si hace falta: ¡qué sencillez!, ¡toda-

vía una vez más!, ¡qué nitidez!, ¡qué fuerza en esas palabras! Si hubiera querido dar un signo, una semejanza totalmente pura, bien hubiera sabido decirlo: sabía bien que Dios había dicho al instituir la circuncisión: “Circuncidaréis vuestra carne; eso será el signo de la alianza entre vosotros y yo”. Cuando ha propuesto semejanzas, bien ha sabido torner su lenguaje para hacerlo comprensible de tal forma que nadie tenga dudas jamás: “Yo soy la puerta: quien entra por mí se salvará: yo soy la viña y vosotros los sarmientos: y como el sarmiento sólo da fruto si está unido a la cepa, así también vosotros no podéis dar fruto si no permanecéis en mí”. Cuando hace comparaciones, semejanzas, los evangelistas han sabido bien decir: “Jesús dijo esta parábola, hizo esta comparación”. Aquí sin preparar nada, sin templar nada, sin explicar nada, ni antes ni después, se nos dice simplemente: “Jesús dijo: Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre, mi cuerpo dado, mi sangre derramada”: eso es lo que os doy. Y vosotros, ¿qué haréis al recibirlo? Acordaos eternamente del regalo que os he hecho esta noche: acordaos que fui yo quien os lo ha dejado y quien hizo este testamento, que os he dejado esta Pascua y que la he comido con vosotros antes de sufrir. Si os doy mi cuerpo como debiendo ser, como habiendo sido entregado por vosotros, y mi sangre como derramada por vuestros pecados, en una palabra, si os lo doy como una víctima, comedle como una víctima; y acordaos de que eso es una prenda de que ha sido inmolada por vosotros. ¡Oh, mi Salvador, por tercera vez, qué nitidez!, ¡qué precisión!, ¡qué fuerza! Pero al mismo tiempo, ¡qué autoridad y qué poder en tus palabras! “Mujer, estás curada”; ella fue curada en el instante. “Esto es mi cuerpo”, es su cuerpo: “Ésta es mi sangre”, es mi sangre. ¿Quién puede hablar de este modo, sino el que tiene todo en su mano? ¿Quién puede hacerse creer, sino aquel para quien hacer y hablar es la misma cosa?

Alma mía, detente aquí sin discurrir: cree tan sencillamente, tan fuertemente que tu Señor ha hablado, con tanta

sumisión como autoridad y poder él pone en sus palabras. Todavía una vez más, él quiere en tu fe la misma sinceridad que él ha puesto en sus palabras: “Esto es mi cuerpo”, es, pues su cuerpo; “Ésta es mi sangre”, es, pues, su sangre. En la forma antigua de comulgar, el sacerdote decía: “El cuerpo de Jesucristo”; y el fiel respondía: Amén, así es. “La sangre de Jesucristo”; y el fiel respondía: Amén, así es. Todo se hacía, todo se decía, todo se explicaba con esas palabras. Yo me callo, creo, adoro: todo está hecho, todo está dicho»⁴. p. 213-215.

El siguiente texto procede del capuchino alemán Martín de Cochem (1634-1712):

«Entre los objetos que encantan los ojos y los oídos, no son los menores los espectáculos en los que se reproducen con vivos colores los hechos pasados. El mundo encuentra en ellos tal placer que le consagra los días y las noches, y nada le cuesta gozar de ellos. Si estuviéramos atentos a los grandes misterios de la Misa, si comprendiéramos algo de ese drama maravilloso en el que Cristo se adelanta, como vestido de fiesta, para renovar ante nosotros todas las escenas de su admirable vida, nos precipitaríamos hacia la iglesia al primer toque de campana, para asistir a una representación tan interesante. Sin embargo, por una contradicción sorprendente, nosotros que pagamos tan cara una butaca en el teatro, que corremos tan apresuradamente a las representaciones, digamos mejor, a las locuras de los comediantes, sin preocuparnos del tiempo y del dinero, desertamos de la Misa en la que, lejos de empobrecernos, nos enriquecemos con todos los misterios del Salvador, con la única condición de acudir a ella como espectadores piadosos.

Pero, ¿qué hay de extraño –respondéis vosotros– en que las personas frívolas se apresuren más a las comedias

4. Texto tomado y traducido de: F. TOLLU, *o. c.*, pp. 213-215.

que a la Misa? La comedia es divertida, mientras que en el santo Sacrificio nada halaga el oído ni deslumbra las miradas. ¡Qué ceguera, digo yo por mi parte, la de esos hombres ligeros que no tienen otros ojos que los órganos abiertos bajo la frente, y cuya vista intelectual está enteramente oscurecida! Si tuvieran la luz de la fe, encontrarían en este agosto espectáculo gozos íntimos y variados, porque la misa es el compendio de la vida entera de Nuestro Señor y la reproducción de todos sus misterios. No es una simple representación poética de los acontecimientos, semejante a los dramas, sino una representación exacta y real de todo lo que Cristo hizo, de todo lo que sufrió sobre la tierra...

Se revistió de las vestiduras sacerdotales en el santuario del seno materno donde, tomando nuestra carne, tomó el manto de nuestra mortalidad. Salió de ese tabernáculo virginal en la noche bendita de Navidad, y comenzó el Introito entrando en este mundo. Dijo el *Kyrie eleison* cuando extendió sus pequeñas manos en el pesebre, como para pedir socorro. El *Gloria in excelsis* fue entonado y ejecutado por los Ángeles del Cielo, elevados sobre las nubes, mientras que el recién nacido reposaba en su cuna, circunstancia representada por el sacerdote que permanece en su asiento durante el mismo cántico. El Salvador ha dicho la oración Colecta en las vigiliass que pasaba en oración para invocar sobre nosotros la misericordia divina. Leyó la Epístola cuando explicaba e interpretaba a Moisés y a los profetas; el Evangelio, cuando recorría Judea para difundir la buena noticia; el Ofertorio, cuando se ofreció a Dios Padre por la salvación de los hombres y aceptó todos sus sufrimientos. Cantó el Prefacio alabando a Dios sin cesar en nuestro lugar y dándole gracias por sus beneficios. El pueblo hebreo hizo resonar el *Santus* cuando gritó el día de Ramos: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna al Hijo de David!» Jesús realizó la consagración en la última Cena por la transubstanciación del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre. La Elevación tuvo lugar

cuando fue clavado en el patíbulo y levantado en el aire para servir de espectáculo al mundo. Recitó el *Pater* cuando pronunció las siete palabras sobre la Cruz, efectuó la fracción de la Hostia en el momento en el que su alma santísima se separó de su cuerpo sagrado. En fin, vosotros reconoceréis en el *Agnus Dei* la confesión del centurión golpeándose el pecho y gritando: Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios; en la Comunión, el embalsamamiento y la sepultura. Jesús bendijo al pueblo cuando, antes de abandonar el mundo, extendió sus manos sobre los discípulos en la cima del monte de los Olivos. ¡Que bella y solemne es esta Misa celebrada así sobre la tierra por el Salvador! Ahora bien, es la misma que los sacerdotes dicen todavía cada día, aunque más brevemente. «Sí –insiste un piadoso autor– la santa Misa es el compendio de la Vida de Cristo. En una media hora vemos en ella representado lo que él hizo durante treinta y tres años». Como un contable que anota exactamente en su libro todo lo que ha dado y recibido y luego reúne las sumas en un total general, Jesús concentra en la santa Misa todos los misterios de su carrera y los pone ante nuestra mirada como en una corta recapitulación. De este modo somos tan favorecidos, sino más, que los que han vivido con él en la tierra. Aquellos han escuchado una Misa muy larga, pero única, mientras que nosotros podemos escuchar cada día varias y recoger casi sin pena todos los méritos de Jesús»⁵.

El último texto es de François Mauriac (1885-1970):

«*Construid vuestras casas a orillas del Vesubio*, aconsejaba Nietzsche a sus discípulos para darles a entender que es importante vivir peligrosamente. El hombre que toma parte en la fracción del pan, osa construir su casa en el centro mismo del amor. Se encuentra como deificado; pero, a

5. M. DE COCHEM, *Messerklärung*. Tomado de: F. TOLLU, o. c., pp. 222-224.

pesar de la fuerza que saca de ella, su libertad permanece. Aun tratándose de una gracia inmensa, somos siempre libres de desconocerla, de abusar de ella. El mayor amor puede ser traicionado. Alimentados con el pan de vida, no ocultamos menos una parte de nosotros que prefiere el alimento de los cerdos.

La Eucaristía nos compromete a fondo: pacto de amor, alianza firmada en el más profundo pliegue de nuestro ser, todas nuestras potencias alertadas aseguran la protección y la llevan a su cumplimiento; pero la traición será la medida de esta alianza y de este pacto.

Cristo nos advierte que se nos pedirá según lo que hayamos recibido. ¿Qué no se nos pedirá si es Él mismo lo que recibimos?

Vosotros estáis limpios, pero no todos... Esta palabra, pronunciada en la noche del Jueves Santo, supera el círculo estrecho de los amigos de Cristo en el que la sola alma de Judas estaba manchada. ¿Qué pecador reconciliado, arrodillado delante de la Santa Mesa, no se pregunta a veces si no está en el momento de comer y de ver su propia condenación?

Los que denuncian la debilidad y la cobardía cristianas ni siquiera pueden imaginar la audacia que necesita el pecador arrepentido cuando, de pie, mezclado entre la multitud fiel, ver aproximarse el instante de recibir la comunión. Dichosos los que en este minuto se anonadan hasta el punto de ni siquiera verse a sí mismo. Y sin duda Aquel cuyo amor ha concebido la Eucaristía, apenas ha franqueado el umbral de un pobre corazón amante y aterrado, disipa en él todo terror. Le trae consigo la paz según la promesa que nos ha hecho el Jueves Santo. Basta con el más pequeño movimiento de amor para que el alma se tranquilice y se abandone.

Pero no creáis que la comunión es un gesto fácil, una rutina sin importancia –ni siquiera una simple dulzura, una emoción, una cierta manera de cerrar los ojos, de meter

la cabeza entre las manos. El error esencial de Nietzsche consiste en no haberse dado cuenta de que el mayor amor no existe sin la audacia suprema, y que este hombre que avanza con las manos juntas hacia la pequeña forma, echa el resto, soporta, a veces heroicamente, la visión de su existencia entera como en la agonía, supera este horror, se mueve hacia adelante, se lanza a una aventura infinita.

Esta vida apasionada que Nietzsche coloca tan alto, esta «vida púrpura», es la que el cristiano fiel saborea, en este minuto, infinitamente mejor que la hayan podido saborear los César Borgia y todos los débiles brutos esclavizados que Zaratustra nos proponía como ejemplos irrisorios.

Ninguna otra religión, dice Rivièrre, ha hecho intervenir entre «el fiel y su Dios, el amor, con sus enormes incomodidades, su lógica extravagante, todas las inquietudes que él introduce en las almas...». Habría que añadir con su fulgurante claridad, con este conocimiento de sí mismo que arranca el alma del sueño, y la mantiene en un estadio de atención, de vigilia, de vigilancia, que le obliga a permanecer tensa, armada, siempre dispuesta, porque el Esposo está a la puerta.

El misterio de amor del Jueves Santo hace fuertes a los que eran débiles, audaces a los cobardes, libres a los esclavos, nobles a los seres viles, puros a los manchados, misericordiosos a los implacables. Y descubre a todos, al mismo tiempo que la miseria del pobre orgullo humano, la omnipotencia de la heroica humildad»⁶.

6. FRANÇOIS MAURIAC, *Le Jeudi-Saint*, Flammarion 1931, pp. 97-101. Texto tomado y traducido de: F. TOLLU, *o. c.*, pp. 366-368.

Bibliografía

SOR CARMEN GONZÁLEZ, O.P. y RICARDO CUADRADO, O.P., *La «Santa Familia» de Caleruega*, Monte Carmelo, Burgos 2004, 192 pp.

Este libro quiere acercarnos a los personajes que componen la familia de santo Domingo de Guzmán y que han pasado a la historia con fama de santidad. La parte más extensa está dedicada, como es lógico, al mismo santo Domingo. Sobre él se nos han transmitido numerosos testimonios procedentes de sus contemporáneos. Esos testimonios, junto con otras biografías y documentación más recientes, constituyen la base de esta publicación. En primer lugar se recoge su biografía; luego la magistral e insuperable semblanza espiritual que hizo en su día su inmediato sucesor en el gobierno de la Orden, el beato Jordán de Sajonia; después se presenta su descripción física siguiendo los valiosos testimonios de la beata Cecilia, el mencionado Jordán de Sajonia y fray Constantino de Orvieto. El siguiente capítulo vuelve de nuevo sobre la semblanza espiritual del santo patriarca centrándose en los diez rasgos más característicos: la compasión hacia los pobres y pecadores, su inmensa caridad hacia todo ser humano, su pasión por anunciar al Dios de Jesucristo, insistiendo - como san Pablo - a tiempo y a destiempo, su firmeza en las resoluciones que consideraba ineludibles, su religiosidad auténtica, su oración constante, su celo por la salvación de todos, su pobreza evangélica, su espíritu fraterno o esa capacidad que tenía para conquistar desde el primer momento el afecto de todos, y, finalmente, su amor a la virgen María. Después de la presentación de cada uno de estos rasgos encontramos un breve cuestionario que invita a reflexionar sobre ellos con el fin de hacerlos presentes también en la experiencia del propio lector. El siguiente capítulo nos ofrece de forma resumida el contenido del célebre opúsculo de la literatura dominicana del siglo XIII titulado *Los modos de orar de santo Domingo*. A este capítulo le sigue otro donde se habla de santo Domingo como fundador del rosario, y donde se alude también a las diversas etapas por las que ha pasado esta oración contemplativa en su ya larga historia hasta llegar a su configuración actual. Luego vienen varios *excursus*: sobre la familia dominicana, sobre las notas propias de su carisma, sobre la oración dominicana, sobre algunos lemas de esta Orden, y sobre sus prioridades y fronteras en el día de hoy.

Un capítulo muy breve nos habla del padre de santo Domingo, el venerable Félix de Guzmán, y de su hermano mayor, el venerable Antonio; este último fue sacerdote secular y se destacó por su entrega total al servicio de los enfermos.

La segunda parte del libro está dedicada a la beata Juana de Aza, madre de santo Domingo. Los autores hacen un recorrido por su biografía y por su semblanza espiritual, para detenerse luego en algunos aspectos concretos: nos la proponen como modelo de «esposa y madre cristiana», nos hablan de su presencia en el corazón de la Caleruega de hoy, enumeran seis lecciones que la mujer actual puede descubrir en ella, la presentan como «mujer mística» y, finalmente, recogen una letanía a la santa y una oración compartida.

La última gran sección del libro centra la atención en la figura del beato Manés, hermano de sangre de santo Domingo y miembro de su misma Orden. También aquí se sigue un esquema similar: biografía y semblanza espiritual. El libro concluye hablándonos de los datos históricos relativos al panteón de los Guzmanes y transcribiendo varias oraciones tomadas de la fiesta de este beato.

Los autores son conscientes de ofrecernos el único libro hasta ahora publicado en lengua española que reúna las biografías y otros datos sobre esta santa familia de Caleruega. Además de todo este material aquí seleccionado, ordenado y presentado, el libro contiene fotografías de pinturas, tallas, vidrieras, mosaicos, grabados y reliquias relacionadas con el tema que aquí se trata, así como fotografías de alguna procesión realizada en Caleruega durante las fiestas.—
Manuel Ángel Martínez, O.P.

RICARDO CUADRADO TAPIA, *Diccionario de valores. Para una «Cultura de la Vida» en los jóvenes de hoy*, Monte Carmelo, Burgos 2004, 328 pp.

Con el objetivo de ser más práctico y pastoral, el autor ha reunido en un solo tomo tres de sus libros ya publicados anteriormente y con los siguientes títulos: «1000 Pensamientos», «500 Compromisos», «800 Felicitaciones». Se trata, en cierto modo, de su segunda edición. Los destinatarios de estas páginas son primordialmente los alumnos de la E.S.O. y bachillerato, los adolescentes, chicos y chicas inquietos que buscan *rutras de valores* por donde caminar. Pero también se dirige a los profesores que tienen la costumbre de comenzar la clase con una breve reflexión. Va destinado igualmente a los animadores y responsables de la catequesis de confirmación, y, finalmente, a los padres, colegios, centros educativos y todas las personas que deseen vivir más humanamente, asentando su vida sobre los valores más genuinos. Al tratarse de una fusión de tres libros en la que cada uno de ellos abordaba un aspecto, cada valor es presentado desde tres perspectivas: en primer lugar se proponen unas diez «pistas de luz», que recogen diez frases o máximas de distintos autores; luego hay una sección titulada «compromisos a vivenciar», donde se enuncian cinco «preceptos» o «compromisos», algunos están formulados en positivo (como por ejemplo: «Viviré mi dignidad de persona humana y mi

dignidad de cristiano en “clave de alabanza”) y otros en negativo (como por ejemplo: «No me dejaré arrastrar por la corriente de lo que está de moda, de lo que hacen todos, o de la mayoría»); la última sección de cada valor proclama ocho bienaventuranzas o felicitaciones para quienes viven según el valor propuesto. La presentación de cada valor finaliza con una oración. En la presentación del libro el autor indica una propuesta de trabajo, aunque el material que aquí se ofrece es susceptible de diversos tratamientos dependiendo de la creatividad de quien lo presente.

Este libro nos recuerda un reto importante y urgente que tenemos que afrontar: la educación en valores y la construcción de una sociedad más humana. Por eso el autor de estas páginas no duda optar claramente por una «cultura de la vida» totalmente contrapuesta a la amenazadora «cultura de la muerte», que tiende a hacerse presente de forma vigorosa sobre todo en las sociedades que atraviesan un período crítico. Es tarea principal de padres y docentes, así como de las instituciones más directamente implicadas en la educación social y religiosa de responder a este reto. Aquí encontrarán una orientación de carácter personalista y cristiana.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

FRANÇOIS DAGUET, *Théologie du dessein divin chez Thomas d'Aquin. Finis omnium Ecclesia*, Librairie Philosophique J. Vrin, Paris 2003, 541 pp.

Esta obra es la publicación de una tesis de doctorado dirigida por el profesor Benoît-Dominique de La Soujeole, o.p., y presentada en la facultad de Friburgo (Suiza). En el prefacio –a cargo del cardenal Christoph Schönborn, arzobispo de Viena– se nos informa de que el tribunal de la tesis elogió la amplitud del tema, la audacia y la profundidad de su penetración teológica, así como el dominio de la obra del Doctor Angélico, y se señaló que más que un ejercicio académico poderoso se aproxima más bien a una obra de madurez (cf. p. 7).

Como su título indica, se trata de una obra sobre el designio de Dios según el pensamiento de santo Tomás de Aquino. El subtítulo -*Finis omnium Ecclesia*- está tomado de una frase de san Epifanio, con la que se afirma que todo el mundo creado lo ha sido en razón de la Iglesia. Con esta expresión el autor de la tesis ha querido mostrar que santo Tomás, siguiendo las enseñanzas bíblicas y de la tradición patrística, veía todavía el misterio de la Iglesia, que es la comunión sobrenatural de las criaturas espirituales –ángeles y hombres–, como el objetivo del designio creador del Dios Trinidad. El texto mayor de la Escritura que legitima esta idea se encuentra en la carta de san Pablo a los Efesios, y dice así: Dios nos ha dado «a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer

que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (1, 9-10). En la conclusión el autor afirmará que, en definitiva, este estudio le ha conducido a desarrollar una exégesis teológica de este himno paulino. Por lo que se refiere a la visión patristica de la Iglesia heredada por santo Tomás, se encuentra corroborada por los textos de los Padres y también por algunas voces autorizadas del siglo XX; entre éstas el autor cita el caso de J. Daniélou, quien afirmaba que la eclesiología de los primeros siglos tenía «por objeto mostrar la preexistencia en el designio de Dios de las realidades escatológicas». Esta misma opinión ha sido retomada por el concilio Vaticano II (LG 2) al decirnos que el Padre Eterno, antes de todos los siglos, estableció convocar a quienes creen en Cristo en la santa Iglesia, «que ya fue prefigurada desde el origen del mundo,...».

El proyecto primero de este estudio consiste -en palabras de su autor- en mostrar hasta qué punto esta concepción salvífica de la Iglesia está presente en los análisis teológicos de santo Tomás, y que constituye en su obra como el marco no explicitado, pero realmente presente. O, dicho de otro modo, se trata de mostrar que el *ordo disciplinae* del Aquinate responde a una concepción del designio divino. Esto no es evidente, pues hasta ahora no había retenido la atención de los comentaristas de santo Tomás. En este sentido estamos ante el primer trabajo universitario que trata directamente sobre este tema. Por esa razón, al no contar con mucha bibliografía, el autor de este estudio trata de dar la palabra lo más posible a santo Tomás, transcribiendo los textos relacionados con este asunto, para mostrar que la lectura que nos propone está realmente fundamentada en sus obras. Por el hecho de tratarse de un tema englobante, el autor se ha visto obligado a evocar numerosos temas secundarios estudiados ampliamente en la historia del tomismo; en este caso la bibliografía es desbordante.

El estudio se divide en tres grandes partes. La primera trata sobre la concepción tomasiana de la Iglesia en el mundo prelapsario. Aunque parezca un asunto hipotético, su estudio es fecundo en consecuencias. Esto permite discernir en el enfoque de santo Tomás la distinción siempre presente, pero no siempre explícita, entre la *ratio* y el *modus* de esta sociedad de criaturas espirituales, entre lo que procede del designio de Dios y lo que se encuentra, pase lo que pase, en su realización, y lo que depende de la respuesta de las criaturas a lo que Dios ofrece. Uno de los elementos esenciales de ese designio es que Dios quiere que el ser humano coopere a su realización. La segunda parte de este estudio se centra en la economía de la redención; también en este caso el designio de Dios continúa siendo el mismo, pero la manera de realizarlo es nueva. Según la terminología de santo Tomás la economía original contempla al hombre en su estado de inocencia o de justicia original, mientras que la economía de

la redención lo contempla en su estado de naturaleza rescatada. Los análisis que encontramos en esta segunda parte están centrados en Dios, es decir, en la comprensión del gobierno de Dios y en la sustitución de la vía de salvación propuesta inicialmente por una nueva. En cambio, la tercera y última parte se orienta hacia la realización de esta nueva economía, centrándose sobre la Iglesia, que ahora es la Iglesia de la redención.

Nos encontramos ante un estudio profundo y novedoso que deberá ser consultado a la hora de abordar la eclesiología de Tomás de Aquino.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

BERNARD SESBOÛÉ, *Creer. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XXI*, San Pablo, 2.^a edición, Madrid 2001, 655 pp.

Este libro quiere ser una «invitación» a creer dirigida a todos, cristianos y no cristianos. Trata del tema de la fe y del acto de creer. No es ni un catecismo ni un curso de teología. Por eso no se tratan aquí todos los temas de la fe cristiana. En lugar de contenidos nos ofrece un itinerario en lo que se expresa aquello de lo que se habla siguiendo un orden y un dinamismo elocuentes para el lector. El punto de partida de este itinerario es la experiencia humana más profunda, común a todos.

Dado que para creer hay que superar muchos obstáculos dentro y fuera de nosotros mismos, estas páginas se dedican preferentemente a las dificultades que hay para creer hoy y las innumerables objeciones que cierran el camino de la fe. Es un libro voluminoso porque el autor está convencido de que para creer se requiere un saber, aunque sea mínimo. Por eso aquí se quiere ofrecer una información honrada y actual sobre un gran número de cuestiones, sin pretender dar respuesta a todas. El autor nos asegura que es «un libro sobre la fe escrito de buena fe» (p. 8).

El hilo conductor de las cuatro partes que estructuran el libro es el texto del credo de los apóstoles. La primera parte versa sobre el sujeto humano que cree, sobre el acto de creer y sobre las peculiaridades del lenguaje de la fe. Cada una de las otras tres partes está dedicada a una de las tres personas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que vive en la Iglesia. Después de la conclusión el autor nos ofrece un léxico de términos filosóficos y teológicos.

El hecho de que este libro ya vaya por la segunda edición es un indicativo más del valor que tiene este apasionante itinerario e invitación a creer.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

BERNARD SESÉ, *Edith Stein*, San Pablo, Madrid 2004, 166 pp.

El presente libro nos ofrece una breve biografía de Edith Stein. Como señala Dominique Poirot, o.c.d., en el largo prefacio, toda bio-

grafía tiene sus límites y nos ofrece juicios sobre circunstancias políticas y religiosas que pueden acarrear errores de apreciación. Según afirma acertadamente el mismo prologuista, Bernard Sesé, autor de esta biografía, tiene el arte de escribir con sencillez y claridad, haciendo indicaciones muy precisas y útiles para el historiador; reconstruye con arte el marco y el lugar de los pueblos, así como el medio familiar de los personajes biografiados; «nos hace participar en su búsqueda de la verdad: pone de manifiesto el interés que siente por las personas portadoras de pensamiento, al mismo tiempo que hace atractiva su personalidad, capaz de sufrir y angustiarse, dotada de un corazón sensible a la amistad; de esta forma nos muestra la importancia que tiene para ella, sin que tenga que renegar del pensamiento que lo habita» (pp. 16-17); nos ayuda a entender su búsqueda espiritual; nos explica su humildad en la práctica del acompañamiento espiritual; nos presenta a Edith Stein como una mujer a la que le gusta relacionarse y que reflexiona sobre el lugar que le corresponde a la mujer en la sociedad y en la Iglesia.

Esta presentación de la interesante figura de Edith Stein está ilustrada con diversos testimonios de personas que estuvieron directamente relacionadas con ella, así como con algunos textos de ella.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

FRANCO BOSCIONE, *Los gestos de Jesús. La comunicación no verbal en los evangelios*, Narcea, Madrid 2004, 150 pp.

El propósito de este trabajo no es otro que el de proporcionar al lector una indagación panorámica de los gestos de Jesús y de los otros personajes del Evangelio, sin aislarlos de su contexto histórico, sino considerándolos capaces de comunicar por sí mismos algo de Cristo. De este modo —nos dice el autor— no se hace más que obedecer a una exigencia ya adquirida desde hace años, que pretende la recomposición de la humanidad de Jesús en todas sus dimensiones.

Franco Boscione nos introduce en el contexto cultural de Jesús presentándonos el significado que tenía en aquel momento el vestido, la adoración y la postración, la genuflexión, el gesto de apoyarse en el pecho de una persona, el gesto de levantarse, estar de pie o sentado, el lenguaje de los ojos, las expresiones del rostro, el beso, las expresiones relacionadas con las manos y los pies, los gestos litúrgicos como la circuncisión o los ritos penitenciales, los gestos rituales de saludo, el gesto de partir el pan y las costumbre relativas a las comidas, los gestos ofensivos y de amenaza, así como las acciones punitivas.

El autor de este libro pone con acierto al alcance del gran público las investigaciones especializadas que se han realizado en este ámbito.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

Para recordar al papa Juan Pablo II

Desde estas páginas de *Vida Sobrenatural* queremos tener un recuerdo agradecido hacia la persona de Juan Pablo II, quien ejerció el ministerio petrino al frente de la Iglesia universal durante más de veintiséis años. Mucho se ha escrito sobre su vida y obra a lo largo de su pontificado y también después de su muerte. Ante la imposibilidad de analizar todos sus escritos, aquí nos vamos a centrar en su carta apostólica *Novo millennio ineunte*, donde nos propone un programa pastoral para responder a los nuevos retos que nos plantea el nuevo milenio. Nos fijaremos principalmente en los elementos más directamente relacionados con la espiritualidad cristiana. En ellos podemos descubrir un reflejo de sus propias preocupaciones y vivencia espirituales. Sus recomendaciones, que nos orientan una vez más hacia lo esencial, constituyen su mejor testamento.

En esta carta se nos propone como primer fundamento de toda actividad eclesial el misterio de Cristo; misterio que hay que orar y contemplar. De este modo escaparemos al riesgo, que gravita constantemente sobre nosotros, del activismo, del «hacer por hacer» y de dar primacía al «hacer» sobre el «ser». Pero con nuestras solas fuerzas no podemos llegar a la contemplación plena del rostro del Señor; tenemos

que dejarnos guiar por la gracia. A este respecto nos dice expresamente el papa Juan Pablo II lo siguiente: «Sólo *la experiencia del silencio y de la oración* ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan: “Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 14)» (n.º 20).

La certeza de que Jesús, fiel a sus palabras, está y estará siempre con nosotros hasta el fin del mundo, ha acompañado siempre a la Iglesia durante los dos primeros milenios. De esa misma certeza debemos sacar un renovado impulso en la vida cristiana, convirtiéndola en la fuerza inspiradora de nuestro camino (cf. n.º 29).

El programa para el nuevo milenio debe ser el de siempre. Un programa centrado en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar en él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén futura. Es un programa que no cambia, aunque cambien los tiempos y las culturas. Sin embargo, ha de tener en cuenta el tiempo y la cultura para entablar un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. La invariabilidad del programa no niega tampoco la necesidad de formular orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad eclesial.

Hoy más que nunca es una urgencia pastoral hacer hincapié en la santidad a la que estamos llamados todos los miembros de la Iglesia, como enseña el concilio Vaticano II y como anteriormente predicaba con energía el P. Arinterro. Hay que tener en cuenta que los caminos de la santidad son personales y exigen una *pedagogía de la santidad* verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Para esta pedagogía –nos dice el papa– «es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el *arte*

de la oración». No hay que dar por supuesto que ya sabemos rezar o que nuestras comunidades ya saben rezar. Necesitamos aprender de nuevo este *arte* de labios del divino Maestro. En la oración se desarrolla un diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos, haciéndose realidad lo que anunciaba en sus palabras cuando exhortaba a sus discípulos diciéndoles: «permaneced en mí, como yo en vosotros» (Jn 15, 4). Esta reciprocidad es el fundamento y el alma de la vida cristiana y una condición para toda vida pastoral auténtica. La oración, realizada en nosotros por el Espíritu Santo, nos abre, por Cristo y en Cristo, a la contemplación del rostro del Padre. Esta lógica trinitaria de la oración, vivida en la liturgia, que es la cumbre y la fuente de la vida eclesial, y en las experiencias personales, «es el secreto de un cristianismo realmente vital que no tiene motivos para temer al futuro porque vuelve continuamente a las fuentes y se regenera en ellas» (n.º 32).

Juan Pablo II señala como uno de los signos de los tiempos la difusa exigencia de espiritualidad que se manifiesta en la necesidad de orar. También otras religiones presentes en lugares de antigua tradición cristiana ofrecen una respuesta, a veces de forma atractiva, a esta necesidad. Por nuestra parte, los cristianos, «que tenemos la gracia de creer en Cristo, revelador del Padre y Salvador del mundo, debemos enseñar a qué grado de interioridad nos lleva la relación con él» (n.º 33). Los místicos cristianos, tanto del Oriente como del Occidente, nos muestran que la oración puede convertirse en un diálogo de amor capaz de alcanzar un alto grado de comunión con Dios. Pero en el camino de la oración no están ausentes las dolorosas purificaciones.

Más adelante Juan Pablo II continúa diciendo que «nuestras comunidades tienen que llegar a ser “*escuelas de oración*”, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el “arrebato del corazón”» (n.º 33). La oración inten-

sa abre nuestro corazón al amor de Dios y de los hermanos y, lejos de apartarnos del compromiso con la historia, nos hace capaces de construirla según el designio de Dios. Esta oración intensa, capaz de llenar la vida, tiene que ser practicada por todos los fieles sin excepción. De lo contrario será difícil escapar a la mediocridad y a las múltiples pruebas a las que el mundo de hoy somete a la fe. Sin esta oración intensa, los fieles «correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición» (n.º 34). Por ese motivo la educación en la oración tiene que convertirse en un punto determinante de toda programación pastoral. Para conseguir este objetivo sería de gran ayuda que no sólo las comunidades religiosas, sino también las parroquiales se esforzaran por crear un clima espiritual marcado por la oración. Dar prioridad a la oración en la programación pastoral significa respetar un principio primordial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia.

La oración nos hace vivir en la verdad evangélica de que sin Cristo no podemos hacer nada. La oración nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con él, la primacía de la vida interior y de la santidad. Como testimonian las personas más allegadas al papa Juan Pablo II, la oración marcó de forma profunda su vida. Ese es el testimonio, por ejemplo, del predicador de la Casa Pontificia, R. Cantalamessa, como podemos apreciar en las siguientes palabras: «Me preguntan también qué impresión se tiene de este papa cuando se está cerca de él. Dos cosas me han impresionado siempre de él. La primera es su constante actitud de oración. Parece que está siempre dialogando con una presencia invisible. La segunda es aquella que yo llamaría sobriedad. Incluso en los momentos de mayor éxito sobre la escena política mundial, cuando, incluso por su acción, caían uno tras el otro todos los regímenes totalita-

rios del Este, nunca ha dado un signo de complacencia o de embriaguez por el éxito. Ante cualquier tentativa de aludir a tal hecho, respondía: “Demos gracias a Dios, demos gracias a Dios”».

Otro aspecto capital en el que insiste la carta apostólica es la promoción de una espiritualidad de comunión. Juan Pablo II dice expresamente que hay que «hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*». Este es el gran desafío que tenemos al comienzo del nuevo milenio. Esto significa que «antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades» (n.º 43). La espiritualidad de comunión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz se refleja también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico; es también capacidad para ver lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; es igualmente saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, deseos de hacer carrera, desconfianzas y envidias.

Es necesario rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, ajena a las verdaderas exigencias de la caridad o a la lógica misma de la encarnación.

Acoger estas propuestas tan importantes en el comienzo del nuevo milenio y llevarlas a la práctica, es, sin duda, la mejor manera de guardar la memoria del papa Juan Pablo II.

La Última Cena de Jesús con sus discípulos

«Siendo, pues, fuente de caridad, la Eucaristía
ha ocupado siempre el centro de la vida
de los discípulos de Cristo».

(JUAN PABLO II, *Dominicae coenae*, n.º 7)

1. LOS RELATOS DE LA ÚLTIMA CENA DE JESÚS

En el Nuevo Testamento se nos relata la Última Cena de Jesús con sus discípulos en cinco ocasiones, cuatro de las cuales se encuentran en los evangelios¹ y una en las epístolas paulinas².

La Última Cena, en san Pablo y en los sinópticos, es el marco de la institución de la Eucaristía, pero en san Juan no encontramos dicha institución. El cuarto evangelio reserva este momento último de Jesús con sus discípulos para otro gesto profético: *el lavatorio de los pies*. Pero los autores sagrados, presentándonos la Eucaristía o el lavatorio en sus distintas narraciones de la Cena del Señor, tienen un firme propósito: el de reflejar mediante un lenguaje simbólico de gestos proféticos un profundo significado y una verdad que hagan pensar a los creyentes. Todos los evangelistas quieren, por un lado, sintetizar en el gesto elegido toda la vida y el mensaje del maestro y, por el otro, pretenden que todo discípulo se identifique y siga el comportamiento y el estilo de vida de su Señor.

1. Mt 26, 14-29; Mc 14, 17-25; Lc 22, 14-38; Jn 13, 1-17.

2. 1 Co 11, 23-26.

Un hecho incuestionable que encontramos en estos textos tal y como han llegado hasta nosotros, es la directa influencia de la práctica litúrgica de las primitivas comunidades cristianas³. Nadie se atreve a negar que el NT nos está transmitiendo en estos relatos un momento de la vida de Jesús relatado desde el prisma y el lenguaje de la liturgia cristiana.

No podemos con los datos que poseemos reconstruir la forma original de la Cena, pero las diferencias existentes entre los textos de la institución de la Eucaristía se explicarían precisamente por la presencia de estas diversas tradiciones litúrgicas de cada comunidad, recogidas por los evangelistas y Pablo. Estas tradiciones además enriquecieron con nuevos sentidos, contenidos e interpretaciones, las acciones realizadas por Jesús ante sus discípulos.

Simplificando las cosas podemos reconocer en estos fragmentos de la Última Cena dos tradiciones neotestamentarias sobre la Eucaristía. Una es la representada por los evangelistas Marcos y Mateo y la otra es la de Pablo y Lucas. Entre estas dos corrientes de tradición lo más divergente es el contexto de la Cena y el esquema empleado para narrar la comida de Jesús con los suyos. Y lo más común y, por tanto, lo más importante son los gestos realizados por Jesús y las palabras por él pronunciadas, cuyo sentido es de mandato pues están en imperativo. Pero una vez más surgen las diferencias entre los textos y éstas aparecen de nuevo en las palabras pronunciadas por el Señor, mientras que en lo referente a los gestos estas dos tradiciones, son coincidentes.

3. M. GESTEIRA GARZA, *La Eucaristía, Misterio de comunión*, Madrid 1983, p. 106.

2. LAS DOS CORRIENTES DE TRADICIÓN SOBRE LA EUCARISTÍA

Tanto la tradición de Marcos y Mateo como la de Lucas y Pablo se preguntaron por su antigüedad. En la actualidad los investigadores defienden que Marcos y Pablo son los textos más antiguos de cada tradición, aunque es casi imposible determinar cuál puede ser el más primitivo. Por lo general, se reconoce que Marcos y Pablo no dependen entre sí, sino que han nacido de tradiciones anteriores, y que cada uno aporta su propia impronta.

a. *La tradición de Marcos y Mateo*

El texto más antiguo de la primera tradición evangélica sobre la Eucaristía es Marcos, mientras que Mateo es una reelaboración helenizante de lo transmitido por Marcos, que tiene un tono más semitizante y palestinese.

En la versión ofrecida por Mateo, claramente explicativa, queda claro que Jesús ni come ni bebe sino que Él se encarga de dar de comer y de beber a sus discípulos. Este hecho no queda tan claro en el texto de Marcos, en cuya versión Jesús pronuncia las palabras mientras que los suyos están bebiendo⁴. Sin embargo en Mateo, antes de beber se pronuncian las palabras y se comunica anticipadamente con qué intención se realizan las cosas: «*para la remisión de los pecados*». De este modo no queda ninguna duda de la intencionalidad soteriológica y eclesial de la Eucaristía. En esta tradición no se separan las bendiciones sobre el pan y sobre el vino.

b. *La tradición de Lucas y de Pablo*

En el texto de Lucas se resalta la iniciativa de Jesús en la cena: Él manda preparar la cena, la preside y hace de

4. Mc 14, 23-24.

anfitrión. Todos los verbos que aparecen en el relato le tienen a Él como sujeto. Y llama la atención la designación de los discípulos en la narración como apóstoles, dándose al relato un marcado sentido eclesial.

Comparando el texto lucano con el de Pablo, en la actualidad no se duda de la mayor antigüedad del texto paulino. Lucas es claramente una elaboración teológica de la Cena posterior a la interpretación que Pablo hace de la tradición que él ha recibido. Sin duda alguna el texto de 1 Co 11, 23 ss., fechado hacia el año 55 d. C., es el documento escrito más antiguo del NT, que contiene la narración de la institución de la Cena del Señor⁵, y que el apóstol de los gentiles considera un memorial que proviene directamente de Jesús histórico.

El texto de Lucas nos recuerda al de Pablo, pero también nos evoca a Marcos en la mención de la traición de Judas de la que el apóstol de la gentilidad no habla. También parece en Lc 22, 27 recordarnos en la referencia a Jesús como siervo al cuarto evangelio en la alusión al lavatorio de los pies.

En esta tradición de Lc y Pablo se ha conservado el dato de que la bendición y posterior distribución de la copa se realiza después de la Cena y por tanto separada de la acción y palabras sobre el pan.

3. CONTEXTO DE LA ÚLTIMA CENA EN LOS SINÓPTICOS

El contexto de la Última Cena es pascual, es la Última comida de Jesús con los suyos y en un ambiente de traición de uno de los suyos.

En los sinópticos, después del pacto de Judas con los sumos sacerdotes, que tiene el objetivo de entregar a Jesús,

5. J. L. ESPINEL, *La Eucaristía del Nuevo Testamento*, Salamanca 1997, p. 51.

existe una sección en la que se prepara la cena pascual. Se trata de la Última jornada de Jesús con los suyos en la que está muy presente la inminente muerte del maestro. En este contexto pascual se desarrolló el episodio de la institución de la Eucaristía. Jesús pretende pasar la noche pascual en comunión con los suyos y celebrar un acontecimiento que tiene un valor especial y único. Si en la pascua hebrea está muy presente la liberación de Egipto, no lo está menos la viva esperanza de una redención futura en la que se manifiesten las obras de Dios a favor de su pueblo. Aprovechando este contexto festivo da comienzo Jesús su cena pascual con sus discípulos.

El contexto de la Última Cena es el del ambiente pascual judío, en el que se celebra la fiesta de la liberación de Israel y en el que Jesús es consciente de una entrega inminente de su persona. En 1 Co 11, 23 se nos recuerda que *«la noche en la que el Señor era entregado»*, Él realizó su acción eucarística. Con estas palabras se establece otro contexto y ambiente en el que se crea una atmósfera de dramatismo que tiene connotaciones de un testamento, de una despedida y de una traición.

En Mt 26, 20-25 se especifica que Jesús está sentado a la mesa (Mt 26, 20) con sus doce discípulos, celebrándose así en esta postura un solemne banquete en el que había un plato común del que todos mojan. Judas, que llama a Jesús maestro, a diferencia del resto de los discípulos que le denominan Señor, es señalado como el hombre que va a entregar a Jesús con sus propias palabras. Jesús no pronuncia el nombre del traidor pero se le identifica. En Mc 14, 17-21 se insiste en dos aspectos: en que el traidor es uno del grupo más cercano a Jesús y en que es comensal suyo. El contexto de Lc 22, 21-23 es más breve, menos dramático y emocional y la traición no condiciona la institución de la Eucaristía, pues acontece dicho anuncio de traición después de la Eucaristía.

4. GESTOS, PALABRAS Y SENTIDO DE LA ÚLTIMA CENA EN LOS SINÓPTICOS

Los sinópticos, narran cómo Jesús en la Última Cena, siguiendo la tradición judía de la *beraká* (bendición), bendice y da gracias a Dios. En aquella noche pascual, Él tomó el pan, lo rompió y se lo dio a sus discípulos pronunciando unas palabras que interpretan y explican el gesto realizado. Además tomó un cáliz y con la misma actitud de la *beraká* hebrea se lo dio a los suyos que bebieron, diciéndoles una vez más una serie de palabras que son las que dan el significado al gesto realizado.

Entre los dos gestos, uno sobre el pan y otro sobre el vino, según nos dice la tradición de Lucas y de Pablo, medió un tiempo. La acción sobre el pan fue antes de la Cena y la efectuada sobre el cáliz después de la comida. En ambos casos se prescribe un mandato, el de repetir estos gestos haciendo referencia a que se realicen en memoria de Jesús, pues recordando este hecho se recuerda todo el evangelio. Esto es, toda la persona de Cristo.

Puesto que existen cuatro recensiones acerca de las palabras pronunciadas por Jesús y que éstas tienen diversas variantes, es imposible determinar exactamente cuáles fueron sus palabras concretas. No obstante, sí podemos sostener el carácter histórico de esta Última Cena de Jesús, y prueba de ello es la pronta liturgización que las comunidades cristianas hicieron y que permitió conservar lo que el Señor celebró en aquella Última comida con los discípulos.

Existe una especial dificultad a la hora de establecer cuáles fueron las palabras de Jesús sobre el cáliz, aunque hay más coincidencias entre los exegetas a la hora de determinar las palabras sobre el pan. Otro problema que se suscita es la alusión a la Nueva Alianza y a la fórmula del cáliz que se refiere a que la sangre será derramada «*por vosotros*» o «*por muchos*». En el primer caso es la fórmula elegida por Lucas y Pablo que parece tener una intención

intraeclesial, dando valor al gesto sólo en el ámbito de la Iglesia. La segunda modalidad, la fórmula elegida por Marcos y Mateo, se entiende con un valor universal siendo traducido el «*muchos*» por «*todos*», incluyéndose en el gesto no sólo a los creyentes sino a todo el mundo. En este segundo caso la salvación efectuada por la Eucaristía sería un hecho más claramente universal.

Desde los gestos y las palabras de Jesús nace un sentido de la Última Cena. El Señor no hizo una simple comida de despedida, ni un banquete que sigue el ritual griego o el judío sin más, ni tampoco celebró la Cena Pascual exclusivamente al modo hebreo. Jesús compartió con sus discípulos una comida singular en la que, dando gracias a Dios y bendiciéndole, celebró el evangelio del Reino y la salvación de Dios. Junto con el recuerdo agradecido a Dios, Jesús renovó solemnemente su entrega incondicional al Padre que conllevaba la posibilidad, cada vez más cierta, de su muerte. Muerte que interpretaba como un requisito que serviría para propiciar una intervención escatológica de Dios, esto es, para que el Padre instaurase su reino definitivo.

Por tanto, el Jesús de la historia, antes de ser apresado y separado de sus discípulos, manifestó con un gesto singular y con unas palabras que lo interpretaban que su vida iba a ser arrancada por una muerte que poseía valor salvífico y que su final estaba abierto a una esperanza escatológica.

5. EL RELATO DE LA ÚLTIMA CENA EN Mt 26, 26-29

La versión de Mt sigue de cerca la de Marcos de quién depende⁶. Y la primera acción relatada por el primer evangelista es el don del pan y se expresa mediante el uso de diversos verbos: tomar, bendecir, partir, dar y decir. En Mt

6. J. JEREMÍAS, *La Última Cena. Palabras de Jesús*, Madrid 1980, p. 120.

es Jesús quien lo hace y los doce quienes reciben explícitamente todas las acciones. Como palabras que ilustran el gesto tenemos dos imperativos que deben cumplir los discípulos: tomad y comed. Y como interpretación hay una identificación del pan con su cuerpo.

La segunda acción es el don del cáliz que viene a su vez descrita con varios verbos: tomar, dar gracias, dar y decir. El gesto se acompaña con una palabra que es mucho más larga que la fórmula anterior, en ella se ordena beber y se identifica el vino con su sangre. Una sangre de la Alianza que es derramada por muchos con una finalidad, para el perdón de los pecados. Existe además un complemento: el anuncio escatológico de beber en el Reino de Dios.

Jesús da al cáliz diversos sentidos. El primero es manifestar que Dios cumple sus promesas y permanece siempre cerca de su pueblo. El segundo es hacer ver la voluntariedad de Jesús en entregar su vida expiatoriamente por todos. Y el tercero es buscar la plena reconciliación y comunión con Dios y el disfrute por parte de los hombres de la vida eterna.

Con el resto de palabras pronunciadas por Jesús se anuncia la llegada del final, prediciendo Jesús de nuevo su muerte pero conectándola con el anuncio esperanzado de la resurrección. La última palabra no es la muerte sino el cumplimiento de un banquete escatológico en el reino de los cielos que simboliza la plena comunión de vida con Dios.

Un detalle que debe producir un gran consuelo a los discípulos es la promesa de que ellos participarán en dicho banquete y que, por tanto, de nuevo vivirán con Jesús en comunión.

6. EL RELATO DE LA ÚLTIMA CENA EN MC 14, 22-25

La tradición del segundo evangelista es semejante a la de Mt, por eso vamos a centrarnos en presentar aquellos

aspectos que pueden ser calificados como diferentes entre los dos.

En cuanto a las palabras que explican el gesto sobre el pan, Mc presenta sólo una orden: tomad. Y en las palabras sobre el gesto del vino no contienen ningún imperativo ni tampoco la explicación que se refiere al perdón de los pecados. Lo que si se certifica es que todos los discípulos beben del cáliz y que este acto no es una secuencia unida al gesto del pan sino que existe una interrupción entre ambos gestos.

En Mc 14, 25 no se hace a los discípulos directamente partícipes del banquete escatológico de un modo explícito. Todo parece centrarse en el final del camino de Jesús y en la apertura hacia el reino de Dios.

Hay además un fuerte componente de inclusión entre Mc 14, 17 y Mc 14, 25 en las palabras de Jesús «*yo os aseguro*» con este esquema se vinculan estrechamente traición e institución de la Eucaristía dando al relato un tono de discurso de adiós, siendo la Cena el gran regalo que Jesús deja a los suyos como participación en el Reino de Dios.

7. EL RELATO DE LA ÚLTIMA CENA EN LC 22, 14-38

Si en Mt y Mc la institución de la Eucaristía está precedida del anuncio de la traición y después de realizada se sigue la predicción de la llegada del final y el cumplimiento de todo, en el evangelista Lucas el orden de los hechos cambia. Precede el anuncio del fin y del cumplimiento (Lc 22, 14-18) a la institución (Lc 22, 19-20) y sigue, una vez efectuada, un breve anuncio de traición (Lc 22, 21-23). Además respecto al resto de los sinópticos Lucas conecta con la Última Cena una serie de temas que están vinculados a la relación de Jesús con sus discípulos: la obligatoriedad del servicio (Lc 22, 24-27), la recompensa prometida a los discípulos (Lc 22, 28-30), el aviso dado a Pedro (Lc 22, 31-34)

y la hora del combate (Lc 22, 35-38). Claramente el género literario empleado en esta sección es el del discurso de despedida de la tradición bíblica para lectores helenistas⁷, en la cual Jesús es el anfitrión de una cena claramente comunitaria donde los discípulos reciben un mandato de repetición del gesto efectuado por Jesús. Con la Eucaristía los discípulos recordarán las comidas con el Jesús terreno mientras esperan la comida definitiva con él en la plenitud del Reino de Dios.

En Mc y Mt intuimos que estamos ante la Última Cena de Jesús con los suyos, pero en Lc claramente lo comprobamos⁸. Y en toda esta narración lucana hay una continua repetición del anuncio de la próxima muerte de Jesús, y por tres veces se afirmará este dato: su cuerpo será dado, su sangre será derramada, y el anuncio del fin de la comunión de mesa es otro modo de hablar de su muerte.

La exhortación a los discípulos a hacer la Eucaristía en memoria de Jesús, es una sugerencia a reemplazar la pascua hebrea por este nuevo gesto. No se manda explícitamente pero está implícito que debe recordarse la muerte de Jesús y sus efectos.

RAFAEL GONZÁLEZ BLANCO, O.P.
Salamanca

7. R. AGUIRRE, *La mesa compartida*, Santander 1994, p. 90.

8. E. LAVERDIERE, *Comer en el Reino de Dios*, Santander 2002, p. 162.

María y la Eucaristía

1. Y EL VERBO SE HIZO CARNE

Nos encontramos en el *Año de la Eucaristía* y con esta reflexión queremos ver la estrecha relación entre *María y la Eucaristía*. Tal relación se dio desde el primer momento en que ambas realidades entraron en contacto. Y ello ocurrió en el misterio de la Anunciación, cuando *el Verbo se hizo carne*. ¿Y de quién tomó carne y sangre? De su Madre, y sólo de ella. *Carne de Cristo, carne de María*.

El misterio eucarístico está en continuidad con el misterio de la Encarnación (*cf. Ecclesia de Eucharistia vivit, 55*). María, al ofrecer su seno virginal, para que Dios se hiciera hombre, recibió lo que no se imaginaba: Dios mismo vino a habitar en su seno. Y en cierta medida, esto es lo que ocurre cuando comulgamos: recibimos de manera sacramental el cuerpo y la sangre del Señor. Se da una profunda analogía existente entre el *fiat* creyente de María en la Anunciación y el *amén* creyente que pronuncia el fiel en el momento de la Comunión. En continuidad con la fe de María, en el misterio de la Eucaristía se nos pide creer que, oculto bajo las especies de pan y de vino, el Dios mismo está ahí. La virtud, por tanto, con la que debemos acercarnos a tan gran sacramento, ya sea para recibirlo ya sea para adorarlo, es la fe. Estamos ante *el Misterio de nuestra fe*.

Como tal Misterio supera todo pensamiento, sólo puede ser acogido en la fe. (*cf. Ecclesia de Eucharistia vivit, 15*) A lo largo de los siglos la teología no ha dejado de hacer arduos y laudables esfuerzos para entenderla. Entre las explicaciones conformes a la verdad de nuestra fe católica

y aquellas otras que se desvían de la verdad revelada, fue el Papa Pablo VI quien trazó la línea fronteriza al afirmar: «*Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independientemente de nuestro espíritu, el pan y vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros*».

2. LA PRIMERA PROCESIÓN DEL CORPUS

Siguiendo la vida de María, recordaremos ahora el viaje y la visita que realizó a su pariente Isabel, llevando a Jesús en su vientre. Así ocurrió *la primera procesión del Corpus*. Cada vez que asistimos a una procesión del Santísimo Sacramento, nuestra mirada se fija en la *Custodia que guarda el Corpus*. ¿Quién nos impide contemplar a María embarazada como una verdadera custodia que guarda el verdadero cuerpo de Cristo? ¿Y quién nos impide calificar el viaje que realizó María para visitar a Isabel, como la primera procesión del *Corpus*?

Cuando procesiona el *Corpus* por nuestras calles y plazas, nada de lo que nos afecta a los hombres se escapa a la mirada compasiva del Corazón de Cristo. Aquel viaje eucarístico de María, desde Nazaret hasta la aldea de Isabel, estuvo motivado por el amor. No en vano la Eucaristía es llamada *Sacramento del Amor*. En ella se contiene el Amor de Dios hacia los hombres y ella es el impulso más eficaz que mueve a los hombres a amarse entre sí. Por esta vinculación tan estrecha entre la Eucaristía y la caridad, las dos fiestas eucarísticas más grandes del año son a la par fiestas del amor cristiano. Así el Jueves Santo es el día del amor fraterno y el día del *Corpus Christi* es el día de la caridad. La Eucaristía es la mejor escuela de amor al prójimo.

Escribe el Papa Juan Pablo II en su encíclica: «*Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega “hasta el extremo” (Jn 13,1), un amor que no conoce medida*» (n. 11). No se limitó Cristo a decir: «*Esto es mi Cuerpo*», «*Ésta es mi Sangre*»; pues añadió «*entregado por vosotros... derramada por vosotros*» (n. 12). Pero este misterio de misericordia es un torrente, siempre en crecida y cuando nos alcanza, nos impulsa a compartir generosamente el amor y la misericordia recibidas. Entendemos así cómo en el mismo contexto de la Última Cena, donde los otros evangelistas narran la institución de la Eucaristía, en el Evangelio de san Juan se narra el lavatorio de los pies. La Eucaristía es el gran servicio de amor que nos hace Cristo y por ello, quien la comulga y la adora en espíritu y en verdad, se compromete a ser servidor y buen samaritano de los demás.

3. NACER EN LA CIUDAD/CASA DEL PAN

En Belén, que significa *Ciudad/Casa de pan*, nació *Jesús Eucaristía*. Campos de Belén, llenos de trigales; molinos de Belén, pulverizando el grano en harina; hornos de Belén, cociendo el pan para el día; hogares de Belén, donde se come el pan cada día. Allí, donde en cada esquina se respira el aroma del pan recién hecho; allí, en Belén, *Ciudad/Casa de pan*, allí nació de María Virgen el *Pan vivo, bajado del cielo*. Y cuando esto ocurrió, del interior de una cueva en las afueras de Belén salió la fragancia de un pan bendito, recién sacado del horno de María; fragancia que subió al cielo y por ello los ángeles bajaron a la tierra; fragancia que se extendió por todo el valle y por eso los pastores corrieron en su búsqueda. Sólo los habitantes de la *Ciudad de pan*, guardados en sus casas, posadas y mesones, no percibieron dicha fragancia, ocupados como estaban en comer su propio pan. Pero entremos con los ángeles y los pastores en la

cueva de Belén, atraídos también por la fragancia de este pan tan singular. Nos recuerda el Papa: «*Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?*» (*Ecclesia de Eucharistia vivit*, n. 55).

Cristo se hace pan y permanece como tal entre nosotros, para ser comido y comulgado. De ahí que cada sagrario deba ser visto como una despensa donde se guarda el alimento que está al alcance de la mano. Y la comunión no deba ser considerada como un premio para los buenos o como un dulce para los días de fiesta, sino como el pan nuestro de cada día, para ser cada día comido por los que nos sentimos débiles en nuestra lucha contra el pecado. No comulgar es dejarle a Cristo plantado con la mesa puesta. La comunión eucarística encierra en sí una *doble comunión*. Por un lado, cuando comulgamos el cuerpo de Cristo, entramos en comunión de vida con el mismo Cristo; por otro lado, acercarse a la Comunión es darle a Cristo la oportunidad de que entre en comunión de vida con nosotros. La Comunión, por lo tanto, alimenta, fortalece y estrecha los vínculos de unión entre Cristo y el cristiano. Unidos a Cristo, produciremos frutos de vida eterna.

4. EL PAN DE CADA DÍA EN NAZARET

Queremos dar la mano a María, para que nos introduzca en la casa-hogar de Nazaret, y siendo testigos de la vida oculta de su Hijo, se reavive en nosotros el *estupor* ante el Misterio Eucarístico, genial invención divina. Se convertirá así la casa-hogar de Nazaret en la más eficaz *escuela eucarística*. Quiso Dios que la normalidad fuera la característica más sobresaliente, que impregnara la vida que en aquel hogar se llevaba. Allí todo transcurría de manera normal: los trabajos de José y los quehaceres de María; los jue-

gos y los rezos del Niño; los silencios de José, las meditaciones de María; el crecimiento del Niño; la muerte del esposo y la vida de una viuda con su hijo único; la marcha de Jesús y la soledad de María. Todo tan normal como normal era el pan de cada día que se comía en cualquiera de los hogares de Nazaret. Pero aquella normalidad estaba transida de un misterio divino. La presencia misteriosa del mismo Dios llenaba la casa, las existencias, las almas de sus moradores. Por ello, en medio de la normalidad más pasmosa, la *adoración y la contemplación* se convirtió en el aire que llenaba y se respiraba en el hogar de Nazaret, donde moraba la Sagrada Familia.

Si Dios está presente y llena la vida nuestra de cada día, es ahí donde tenemos que contemplar la belleza de su rostro y adorar el misterio de su divinidad. Y esto es lo nuclear de la *contemplación y de la adoración eucarísticas*. Profundicemos, siguiendo lo que el Papa afirma acerca de la adoración eucarística en el n. 25 de su encíclica. Aunque esté estrechamente vinculado a la misma celebración de la Misa, el culto a Jesús Eucaristía no se agota cuando termina la Misa. Cristo sigue presente, terminada la Misa, bajo las sagradas especies que se conservan. Se ha quedado con nosotros para siempre; por ello es hermoso estar con Él, reclinarse sobre su pecho como el discípulo amado, sentir su amor en los latidos de su Corazón.

La *comunión en la misa* es, de hecho, el inicio de la *adoración fuera de la misa*. Ambas se implican mutuamente. No tendría sentido comulgar sacramentalmente y cortar luego todo trato con el Señor, que ha venido a morar en nosotros. Y ese tratar con el huésped recibido, es la *adoración*.

5. BODAS DE VINO Y SANGRE

Vayamos ahora a una boda ocurrida en Caná, donde estaban Jesús y su Madre. Intentemos explicar lo que ocu-

rrió en aquella boda desde la luz que viene de la Eucaristía. En lo acontecido en Caná, situado en los inicios del ministerio público de Cristo, se anticipa lo que va a ocurrir al final de dicho ministerio. La *hora* en la que Cristo ofreció su vida en sacrificio, derramando su sangre, para el perdón de nuestros pecados, ya quedó anticipada en los acontecimientos de Caná de Galilea. Y tanto en Caná como en el Calvario aparece la figura de María.

Esa anónima y apurada pareja, representa a toda la humanidad, proveniente de la primera pareja, Adán y Eva. A los hombres les faltaba la salvación. En medio de su apuro y desesperación, se hace presente otra pareja, Jesús y María, quienes de modo diverso, logran que el agua de la tristeza se convierta en vino nuevo de alegría. En el Calvario, juntos otra vez Jesús y María, aunque no del mismo modo, logran ambos que los hombres tengamos abundante salvación, reservada por Dios para el momento final. María le recuerda: *No tienen vino*; y Jesús se deja exprimir como un racimo de la mejor cepa, para que la humanidad pudiera lavar sus pecados en su preciosa sangre. Las *bodas de vino* en Caná anticiparon las *bodas de sangre* del Calvario. Y estas *bodas de vino y de sangre* se hacen en verdad y realmente presentes en cada celebración de la Eucaristía.

En cada Eucaristía se hace presente aquella misma efusión de sangre, ocurrida de una vez para siempre. Entonces ocurrieron unas *bodas únicas*. Cristo, el nuevo Adán, purifica de todo pecado, con el baño de su sangre, a la que iba a ser su Esposa, la nueva Eva, que es la Iglesia. Estas *bodas únicas* ocurrieron una vez para siempre, pero se actualizan en cada celebración eucarística. Cristo Esposo se desposa con la Iglesia.

Pero esta interpretación mística de las bodas del Cordero Inocente con el rebaño redimido, que es la Iglesia, tiene que encontrar su aplicación en la vida de cada uno de nosotros. Cada vez que celebramos la eucaristía, se renueva el pacto y la alianza de amor de cada

uno con Cristo: el Señor es para nosotros y nosotros para el Señor.

6. EL ALIMENTO DE UNA DISCÍPULA

Veamos ahora cómo Palabra y Eucaristía son realidades que siempre caminan unidas, porque el alimento que los discípulos recibimos en ambas es el mismo: *Cristo*. María, en cuanto discípula adelantada en la escuela del seguimiento de Cristo, tuvo que *alimentar* su condición de tal. Jesús elogió a su Madre, no tanto por serlo, cuanto por haber escuchado la Palabra de Dios, haberla guardado en su corazón, llevándola luego a la práctica. Desde el mismo momento en que la Palabra de Dios se encarnó en ella, empezó María a alimentar su condición de discípula. Siguió alimentándola en la Palabra leída y oída en la sinagoga y en la Palabra de los intermediarios, que le indicaban lo que Dios esperaba de ella. Las palabras de su propio Hijo fueron, sobre todo, el alimento más sabroso y nutriente para su condición de discípula. Y continuó María alimentándose con la palabra autorizada, predicada y enseñada, por los apóstoles de su Hijo.

Fijémonos en la experiencia vivida por los dos discípulos, camino de Emaús. *La explicación de las Escrituras* por el misterioso viandante puso ardor en sus corazones. Así luego se les abrieron los ojos para reconocer al Maestro mientras *partía el pan*. Y este proceso se actualiza en cada Misa. La participación provechosa en la *mesa de la Eucaristía* depende del aprovechamiento que hayamos hecho de la *mesa de la Palabra*, que la precedió. Cuando Jesús en el *Discurso Eucarístico* explica a los suyos el realismo eucarístico: *Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida*, algunos se escandalizaron y le dejaron. Pedro, portavoz de los demás y de la Iglesia de todos los tiempos, mantiene unidas Palabra y

Eucaristía, al decir: *Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna.*

Pensemos en la lluvia suave y constante; pensemos cómo poco a poco, pero con tozuda eficacia, va penetrando esta lluvia en el terreno; pensemos en las semillas que empiezan a germinar... Así nosotros somos el terreno en el que Cristo no deja de realizar su sementera; somos el terreno que recibe de Cristo la lluvia temprana y tardía. La Palabra de Dios, revelada por Cristo, nos trabaja, es semilla de vida eterna y es lluvia bienhechora que asegura los frutos esperados.

7. EN COMUNIÓN CON JESÚS

Ponemos en relación a *María y la Eucaristía*, apoyados en la seguridad de que haciéndolo así, somos fieles a la entraña misma de las verdades de nuestra fe católica. María vivió su existencia *en comunión con Jesús*. Esta comunión se puso de manifiesto en las horas trágicas del Calvario. Pero su *stabat*, sin huir, sin moverse junto a la Cruz, del que se ofrecía como *Víctima eucarística* de suave olor al Padre, ya empezó cuando presentó en el Templo a su Unigénito. Entonces quedó anunciado el drama del *sacrificio* del Hijo y la presencia activa de la Madre junto a la Cruz del *sacrificio*. Se podría decir que María vivía en permanente *comunión espiritual*, deseando ofrecerse ella misma con el que iba a ser ofrecido como Cordero inocente. Y esta comunión de vida de la Madre con su Hijo se prolongó después de la resurrección, cuando María participaba en la celebración eucarística, presidida por los apóstoles de su Hijo. Pensemos en María, oyendo decir a los apóstoles de su Hijo: «*Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros*». Aquel cuerpo, entregado en sacrificio y ahora presente en el sacramento, era *el mismo Cuerpo concebido en el seno de María*. Recibir la Eucaristía debía suponer para María como si

recibiera de nuevo en su seno aquel corazón que había latido al unísono con el suyo.

Cada vez que vivimos la Eucaristía estamos recibiendo del mismo Jesús el don de su misma Madre, pidiéndonos que acojamos y llevemos a nuestra casa, como verdaderos hijos, a aquella que es nuestra verdadera Madre. Por ello María siempre estará presente en cada celebración eucarística de la Iglesia.

Nadie se extrañará de que ahora centremos nuestra atención en la exigencia de comunión, que debemos tener nosotros con Cristo. La Eucaristía está ahí para ser comulgada. Cristo mismo espera de los suyos que le reciban y pueda Él venir a ser huésped de cada uno de ellos. En la Eucaristía, Cristo está presente y a la par cercano. Pero esta exigencia de comunión debe alcanzar a todas las dimensiones de nuestra vida. También cuando Cristo nos pida que clavemos nuestras cruces junto a la suya; que unamos nuestros dolores a los suyos; que asociemos la ofrenda de nuestra existencia a la suya.

8. EN COMUNIÓN CON LA IGLESIA

Acudamos de nuevo a *la escuela de María, mujer eucarística*. En el *Libro de los Hechos* se dice que la Iglesia de los comienzos se reunía con frecuencia para escuchar la Palabra, orar y celebrar la Eucaristía. Siendo María miembro preeminente de aquella Iglesia primitiva, no podía faltar a aquellas reuniones de Iglesia, cuando la primera generación cristiana celebraba la Eucaristía. La Eucaristía es *Misterio de fe*, que nos invita al más puro abandono obediente a la Palabra del mismo Dios. Y para esto necesitamos a María, la que fue llamada dichosa por haber creído. Repetir el gesto y el mandato de Cristo en la Última Cena: «*Haced esto en conmemoración mía*», es aceptar sin titubeos la invitación de María a obedecer a Cristo: «*Haced lo que*

Él os diga». Poniendo en relación Caná con el Cenáculo, María parece decirnos: «No dudéis, fíaros de la palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así pan de vida».

La Eucaristía presupone que previamente se dé la comunión eclesial. Esta *comunión con la Iglesia* abarca tanto las dimensiones invisibles como las visibles. Respecto a las primeras, todos sabemos que no debemos sentarnos a la mesa del Señor con una conciencia manchada. Aunque toquemos mil veces el cuerpo del Señor, ello no será para nosotros motivo de vida y comunión sino causa de condenación. Si hay conciencia de pecado grave, estamos obligados a seguir el itinerario penitencial del sacramento de la Reconciliación, para acercarnos a la mesa de la Eucaristía.

La *comunión con la Iglesia* implica atender también sus dimensiones visibles. Se entiende que un no bautizado, por ejemplo, no pueda recibir la Eucaristía; que sólo hay verdadera Eucaristía cuando ésta ha sido confeccionada por un sacerdote; que toda Eucaristía, debe estar abierta a la Iglesia Universal; que cada Eucaristía debe celebrarse en comunión con el propio Obispo y con el Romano Pontífice. La *Eucaristía crea comunión y educa para la comunión*. Quien recibe el cuerpo eucarístico de Cristo se une con todos los que forman el cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia.

9. EL CIELO HA COMENZADO

El cielo ha comenzado. Sí, cada vez que se celebra la Eucaristía es como si el cielo realizara una incursión en la tierra o como si nosotros entráramos en la dimensión celeste. También esto nos enseña María en el *Magnificat*. Cada vez vemos a Cristo, bajo la *pobreza* de pan y vino, en nuestro mundo queda plantado el germen de una nueva historia,

donde la soberbia de los poderosos es vencida y donde triunfa la humildad de los débiles. María canta el *nuevo cielo y la nueva tierra*, que se anticipan en cada Eucaristía. Es como si María nos dejara entrever ya el *diseño programático* que Dios tiene trazado como nuestro mejor y último final: *el cielo*.

La Eucaristía es tensión hacia la meta y pregustación del gozo prometido por Cristo, anticipación del Paraíso y prenda de la gloria futura. Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía ya posee en la tierra la primicia de la plenitud futura. Al comulgar a Cristo Eucaristía, recibimos la garantía de nuestra resurrección corporal. Y al recibir el cuerpo glorioso de Cristo *asimilamos el secreto* de la resurrección gloriosa. Esta tensión *hacia el cielo* expresa y a la vez consolida los lazos de comunión entre la Iglesia que peregrina y la Iglesia celestial. Al celebrar aquí en la tierra el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia del cielo, asociándonos a la multitud que aclama al Cordero vencedor. La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de la gloria del cielo, que atravesando las nubes de la historia humana, proyecta su luz sobre nuestro camino cotidiano.

Y todo ello estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a las obligaciones que tenemos aquí en la tierra, animándonos a contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios. Celebrar la Eucaristía *hasta que venga el Señor* nos compromete a ir transfigurando el mundo, según la figura querida por su Creador. En el fruto bendito de María, Dios nos ofreció la posibilidad de un nuevo comienzo. María misma es el fruto más logrado de los sueños de Dios. Y Dios sigue soñando y queriendo ver hechos realidad sus sueños de cielo en cada uno de nosotros.

LINO HERRERO PRIETO CMM
Salamanca

La alegría de Domingo de Guzmán

Todos los testimonios de las personas que conocieron y convivieron con Domingo resaltan esta cualidad y virtud de la alegría. Tanto los testigos de su canonización, de Bolonia y Tolosa, como Sor Cecilia y sus biógrafos hablan y ponderan este don que ilumina toda su vida. A este respecto el beato Jordán de Sajonia, quien le sucedió inmediatamente en el gobierno de la Orden de Predicadores, escribe lo siguiente:

«Había en él una igualdad de ánimo muy constante, a no ser que se conmoviera por la compasión y la misericordia. Y como el corazón alegre alegre el semblante, el sereno equilibrio del hombre interior aparecía afuera en la manifestación de su bondad y la placidez de su rostro. El testimonio de su buena conciencia, como queda dicho, resplandecía siempre en la serena placidez de su semblante, sin que palidciera la luz de su rostro» (Origen de la Orden, n.º 103).

A primera vista nos puede parecer extraño, que todos hablen con entusiasmo de la alegría de Domingo. Y esto en un hombre como él, penitente, que mortifica y disciplina su cuerpo, austero, que se sacrifica hasta el agotamiento, de continua e intensa oración. Esto nos puede dar la imagen de una persona retraída, de carácter duro, de semblante y vida triste. Sin embargo, nada hay de esto en Domingo. Es una falsa imagen. Los mismos testigos nos hablan de su ternura, amabilidad, sencillez, cercanía, dulzura, generosidad, y desde luego de la alegría que inundaba su interior y se transparentaba al exterior y se derramaba a todos. En Domingo reina la alegría de los que tienen a Dios; la alegría como don del Espíritu. Los santos y los verdaderos cristianos no son hombres y mujeres tristes, porque no pueden estar tristes los que tienen un gran motivo para estar ale-

gres. «Un santo triste es un triste santo»; eso no tiene cabida entre los cristianos. Domingo no fue un santo triste, ni lo son los hombres y mujeres que aún en medio del dolor, del sacrificio, de las penalidades y persecuciones tuvieron la alegría y el gozo que nadie les podía arrebatarse. A Domingo podemos aplicarle ese pensamiento de san Atanasio que dice que «los santos, mientras vivían en este mundo, estaban siempre alegres, como si siempre estuvieran celebrando la Pascua» (*Carta 14*). No pueden estar tristes los que poseen a Cristo, plenitud de la felicidad. San Juan Crisóstomo dice que «los seguidores de Cristo viven contentos y alegres y se glorían de su pobreza más que los reyes de su diadema» (*Homilía sobre San Mateo, 38*).

¿Qué es la alegría? ¿En qué consiste estar alegre?

Es difícil dar una respuesta a esta pregunta. Es difícil dar una definición de la alegría como también es difícil definir el amor o la vida. Entra dentro del misterio. El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* entiende por alegría el «grato y vivo movimiento del ánimo, ya por algún motivo fausto o halagüeño, ya, a veces sin causa determinada, y el cual, por lo común se manifiesta con signos exteriores». El Papa Juan Pablo II hablando de la alegría cristiana decía esto: «La alegría cristiana es una realidad que no se describe fácilmente, porque es espiritual y también porque forma parte del misterio. Quien verdaderamente cree que Jesús es el Verbo encarnado, el redentor del Hombre, no puede menos de experimentar en lo más íntimo un sentido de alegría inmensa, que es consuelo, paz, abandono, resignación, gozo» (Al. 24-3-1979). Pues bien ésta es la alegría mesiánica, la alegría evangélica, la alegría que ha traído Jesús nuestro Salvador. Esta es la alegría de María: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de alegría en Dios, Salvador mío» (Lc 1, 46). Es la alegría del anciano Simeón: «Ahora, Señor, ya puedes llevarte a tu siervo de este

mundo, porque mis ojos han visto la salvación» (Lc 2, 29). La de los magos en su inmenso gozo al encontrar la estrella que los llevaba hasta Jesús. La alegría que promete Jesús a sus apóstoles, que invadirá sus corazones a pesar de las persecuciones y las dificultades. «Yo os daré una alegría que nadie os podrá quitar». Pero «bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos, y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (Mt 5, 11-12). Es la alegría de Pablo que sufre por la fe en Jesucristo, pero declara abiertamente: «*Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en medio de todas nuestras tribulaciones*» (2 Co 7, 4). Este es el motivo de la alegría y gozo de Domingo en su vida. La alegría tiene motivos muy especiales. Se da en las circunstancias más diversas, en las favorables pero también en las dificultades y en las pruebas, en el dolor y la enfermedad, en persecuciones y en los momentos más oscuros y tristes de la vida. Así fue en la vida de Domingo, su vida y su apostolado transcurren en circunstancias y en ambientes hostiles. Pero el alma del cristiano se eleva en los momentos más difíciles que pueda tener. En esos momentos el alma siente la cercanía y la presencia de Dios que es el motivo de la alegría y gozo profundo que nadie puede arrancar.

La alegría de Domingo se fundamenta en Dios y su Hijo Jesús

Dios y su Hijo Jesús es el anhelo de la vida de Domingo, su vivir. Las fuentes históricas nos lo presentan en búsqueda constante de Dios. Por eso encontramos en él la oración intensa y constante. El lema y el ideal preferido de Domingo fue: «*Hablar con Dios y de Dios*». Y todo ello para consagrarse por entero a servir al prójimo y compadecerse de los que viven en la miseria, sea material o espiritual. «En las horas de la noche nadie era más ardiente para velar, para

orar y suplicar en todas sus formas... Compartía el día con el prójimo y las noches con Dios». Por eso mantenía un coloquio ininterrumpido con el Maestro: «Vamos, pensemos en nuestro Salvador, dice a sus compañeros de ruta» (Fray Pablo de Verona).

Domingo descubre en su trato continuo con Dios y con el prójimo la auténtica alegría. Que Dios es lo más positivo, lo más humano y lo más radiante. Que quien lo encuentra halla el tesoro más preciado, lo que busca el corazón inquieto del hombre. Descubre que Dios es la alegría. La fuente de toda alegría y todo gozo. Que la experiencia de quien encuentra a Dios lleva consigo el júbilo y la exaltación que hunde hasta la carne y los huesos. Domingo siente la experiencia de Dios en él. De ahí saca toda su energía, toda su fuerza, toda su esperanza y el empuje para batallar y luchar, su «celo por la salvación de las almas». Dios es para Domingo la fiesta, el manantial perenne de agua viva, es el pozo que mana amor. Domingo se siente atraído hacia ese imán que es belleza, embrujo, que es arrobamiento, que es el núcleo de todo, visible e invisible. Domingo no tiene otro interés que Dios, que es el interés supremo de su vida y de la vida de los hombres.

Domingo ha leído y meditado muchas veces en su libro preferido después de las Escrituras, en las *Colaciones* de Casiano estas palabras. «No dijo San Pablo que el reino de Dios consistía en la alegría de una manera general y absoluta, sino que precisa y específica que se trata de una alegría o gozo en el Espíritu Santo. Él sabía de sobra que existe otra alegría: una alegría reprehensible de la cual está escrito: el mundo se alegrará. Ay de vosotros, los que ahora reís, porque llorareís» (Lc 6, 25; Jn 16, 20; *Colaciones*, 1, 14). La alegría de Domingo es la alegría misteriosa que proviene del Espíritu Santo y que permanece en las dificultades, penas, contradicciones, y en las mismas persecuciones.

*La alegría de Domingo dimana del amor a Dios
y a su Hijo Jesucristo*

Es de santo Tomás esta sentencia que dice: «La alegría es el primer efecto del amor y, por tanto, de la entrega» (2-2, q. 28, a. 4). Y esta otra del mismo autor: «El amor produce en el hombre la perfecta alegría. En efecto, sólo disfruta de veras el que vive en caridad» (*Sobre la caridad*, 1, c. 205). Ahora bien, podemos decir que hay tantas clases de alegrías cuantos son los motivos por los que amamos, o cuantas clases de amor existen. Así la alegría del enamorado, del trabajo bien hecho, del deber cumplido, de una obra buena, de la buena conciencia, la alegría de unas vacaciones merecidas, el encuentro con los seres queridos... Sin embargo, la mayor de las alegrías es amar a Dios, que es bien Supremo, al que nada se le puede comparar. Por eso perdemos la verdadera alegría cuando nos separamos de Dios.

Cuando la aspiración del alma es el poder, el tener y el placer como sea, realidades que alienan al ser humano en lo profundo de sí mismo y le quitan el sentido del verdadero camino para su realización personal. Cuando se queda en alegría puramente humana, llega el vacío, el disfrute transitorio, incapaz de colmar el ansia y la sed profunda del corazón. El corazón del hombre no está hecho para esa alegría. De ahí que nos diga san Gregorio Magno: «Perdemos la alegría verdadera por el deleite de las cosas temporales» (*Homilía segunda sobre los Evangelios*). San Agustín exclamaba diciendo: «Nada hay más infeliz que la felicidad de los que pecan». La falsa alegría es una máscara que encubre y quiere ocultar el desencanto, el hastío y el vacío de la vida.

Toda la vida de Domingo estuvo centrada en Dios y su divino Hijo, Jesús. Eran para él el principio, el centro y el fin de su existencia. A ellos consagra toda su vida. De ellos se nutre. Por ellos se entrega a los hombres, a la salvación de sus almas. En la oración del beato Jordán de Sajonia podemos leer lo siguiente: «Inflamado por el celo de Dios»,

«tú que con tanto celo deseaste la salvación del género humano». Dios es el amor de Domingo. Por los hombres hace grandes penitencias, se disciplina, se sacrifica, se fatiga, se da totalmente a todos para llevarlos a Cristo. El amor, la entrega, la generosidad es la raíz de la alegría que inunda su vida y transmite a todos. El Beato Jordán decía de él: *«se atraía con facilidad el amor de todos; a penas le veían, se introducía sin dificultad en su corazón. Dondequiera se encontrara, de viaje con los compañeros, en alguna casa con el hospedero y demás familia, entre la gente noble, príncipes y preladados, le venían en abundancia palabras edificantes y multiplicaba los ejemplos con los que orientaba el ánimo de los oyentes al amor de Cristo y al desprecio del mundo. En el hablar y actuar se mostraba siempre como un hombre evangélico. Durante el día nadie más afable con los frailes, o compañeros de viaje; nadie más alegre»* (Origen de la Orden, n.º 104). Estas palabras constituyen todo un retrato de la vida de Domingo, un retrato de la alegría que emanaba de su persona y comunicaba e irradiaba a su alrededor.

Domingo comparte las alegrías y las penas de los hombres

Domingo siente como suyas las alegrías de las gentes, pero también de manera especial las penas, las calamidades, las angustias de los que las padecen. Domingo se conmovía profundamente cuando trataba de remediar el hambre o cuando se ofrecía como esclavo para salvar al que ha caído prisionero, o cuando se encuentra con un hombre que no puede dejar la herejía porque perdería su sustento; pero se conmovía especialmente ante el hombre alejado de Dios y presa del pecado. Ante esa situación grita a Dios diciendo: «Qué será de los pobres pecadores» Y llora. A todos se siente unido y les abre el corazón. «Daba cabida a todos los hombres en su abismo de caridad. Hacía suyo el lema de alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran. Inundado como estaba de piedad, se prodigaba en atención

al prójimo y en compasión para los necesitados» (*Origen de la Orden*, n.º 107).

A todos transmite su amor, su bondad, su compasión, su ternura, y la alegría de Dios, la que refleja su rostro e inunda su corazón. En el libro de *El Pastor* de Hermas se dice: «Una persona alegre obra el bien, gusta de las cosas buenas y agrada a Dios. En cambio el triste siempre obra el mal» (*Mand.* 101). Son las obras de Dios, las obras del amor las que producen el bien y las cosas buenas. Las obras del mal producen cosas malas. Domingo tiene a Dios en su corazón y da lo que tiene: el amor y las obras del amor.

Fray Juan de España declara en el proceso de canonización «*que lo vio siempre alegre en presencia de los hombres, sin embargo en la oración lloraba frecuentemente, esto lo sabe porque le vio y oyó llorar*» (Proc. B., Test. V, n.º 5). También Fray Rodolfo testifica que «era alegre, afable, paciente, misericordioso, benigno, y consolador de los frailes» (Proc. B., Test. VI, n.º 3).

Domingo se alegra en las adversidades y contradicciones

Domingo siente una alegría especial cuando llegan las dificultades, la adversidad, y la contradicción. Su vida como la del cristiano no estaba exenta de las pruebas, de incompreensión y de rechazo. Y en medio del dolor Domingo conserva el dinamismo de la alegría y el gozo. Porque la alegría que da el Señor no es pasajera, sino un estado del alma que permanece. Domingo hace suya la advertencia de Jesús a sus discípulos, que serían perseguidos, calumniados y entregados, pero que se alegrarían por haber sufrido por Él. Esa es la experiencia de alegría que tuvieron los apóstoles después de ser azotados por predicar en nombre de Jesús, según nos cuenta el libro de los *Hechos de los Apóstoles*: «Ellos se fueron contentos de la presencia del Sanedrín, porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús» (5, 41). Y el apóstol de las gentes, san Pablo,

dirá: «Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2 Co 7, 4). Para Domingo sufrir no es motivo de tristeza sino de felicidad, de gozo y alegría, porque el sufrimiento vivido en comunión con el Señor Jesús pierde toda su mordiente. Hay que participar en los sufrimientos de Cristo. En la primera carta de san Pedro podemos leer lo siguiente: «Alegraos en la medida en que participáis de los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis alborozados en la revelación de su gloria» (4, 13). Domingo une sus sufrimientos y penalidades, dificultades y pruebas a las de Cristo: las dificultades en su vida de apóstol, el rechazo de su predicación, las burlas de los enemigos, el frío y el calor, el cansancio de las largas caminatas. Se alegra «cuando en los viajes era deficiente la comida o bebida y lejos de quejarse exteriorizaba su alegría» (Proc. B., Test. I). Y Fray Guillermo de Monferrato declara: «Cuando eran mal recibidos y no tenían lugares para dormir no le oyó quejarse nunca por todo ello, tanto estando sano como enfermo. Lo mismo que si atendían mal a sus necesidades, daba mayores muestras de alegría que si se cuidaran todos los detalles. Se gozaba de vivir pobre como Cristo pobre» (Proc. B., Test. 2).

Sus compañeros podían percibir la alegría reflejada en sus ojos y en el resplandor de su rostro. Desprecios, humillaciones, amenazas de los adversarios, las adversidades en su difícil apostolado en medio del enemigo. Por eso Fray Esteban declara «que era paciente y gozoso en la tribulación». Interrogado cómo lo sabe respondió: «Porque le veía gozarse y alegrarse en la pobreza e indigencia del alimento y vestido que padecían por entonces él y sus frailes» (Proc. B., Test. VII). De esta manera Domingo pobre, siguiendo los pasos de Cristo, liberado de todo, puede compartir el pan de cada día que la providencia ponía en sus manos. Y esa confianza en la providencia le proporciona una inmensa alegría para la salvación de las almas. Así cuando un día faltó el alimento para dar de comer a los frailes, nos dice

Fray Bonviso de Piacenza: «Fray Domingo hizo señas para que diera pan a los frailes, pero el testigo le dijo que no había. Entonces él con semblante alegre, elevó sus manos, alabó al Señor y lo bendijo al momento. Inesperadamente entraron dos personas...» (Proc. B., Test. IV, n.º 3).

Domingo se goza y exulta en las pruebas y en las muchas contradicciones que no le faltan en su apostolado. Él estaba plenamente consagrado a llevar las almas a Cristo. Actuaba sin miedo, y cuando sentía el peligro, cantaba. «Entonces fray Domingo que se gozaba en las tribulaciones, alababa y bendecía al Señor, cantando en voz alta el himno *Ave, maris stella*. Terminado este himno, comenzaba otro, a saber, *Veni creator Spiritus* (Fray Bonviso, Proc. B., Test. IV). Lo hacía en medio de enemigos brutales y traidores que deseaban su muerte. Domingo está dispuesto a dar su vida por aquel a quién ama, Cristo. Por Él se olvida de sí mismo y está dispuesto a toda clase de privaciones, sea el frío, la lluvia, los caminos, el hambre... Todo por esa sed que tenía de llevar los hombres a Cristo. Fray Frugerio declara: «que fue humilde, benigno, paciente en las tribulaciones, alegre en las adversidades, piadoso, misericordioso, consolador de los frailes y de los demás» (Fray Frugerio, Proc. B., Test. IX).

Ese mismo recuerdo de Domingo guardan los muchos que testificaron en el proceso abierto en Tolosa. Así Poncio, abad cisterciense de Boulbonne, declara que «buscó con empeño a los herejes, fue amante de la pobreza, parco para sí y benigno para los demás, casto, humilde, paciente, en las persecuciones firme, en las tribulaciones alegre» (N.º 3). Y otro testigo distinguido, Guillermo Peyronnet, abad de San Pablo de Narbona, también testifica: «que aceptaba las injurias, las afrentas y ofensas con mucha paciencia y alegría, como si se tratara de un regalo y recompensa grande» (N.º 18).

De esta manera, Domingo, poseyendo la alegría y con la certeza que le daba la imitación de Jesús y sus apóstoles, caminando con los pies descalzos por los caminos, vestido

con su único hábito ya raído, sin oro ni plata predicaba la Buena Noticia por las ciudades y aldeas. Podemos aplicarle la sentencia de san Juan Crisóstomo: «En la tierra hasta la alegría suele parar en tristeza; pero para quien vive según Cristo, incluso las penas se truecan en gozo» (*Homilía sobre San Mateo*, 18). Esa misma alegría experimentaba «cuando tropezaba con el pie en las piedras se le alegraba el semblante, y sin turbarse decía: esto es penitencia; como hombre que se gozaba siempre en las tribulaciones». Domingo vive de este modo el Evangelio, sigue los pasos de Jesús con radicalismo, pensando siempre en su Salvador sin hablar con nadie, y mantiene su mente y corazón abiertos a Dios, sólo «hablando con Dios y de Dios» para comunicarlo a los hombres. De este modo se manifestaba el hombre evangélico.

Domingo se alegra y goza en la enfermedad. Así lo destacan los testigos del proceso de canonización. Fray Bonviso de Piacenza dice «que cuando le remitía la fiebre, hablaba de Dios con los frailes, leía un libro o hacía que se le leyeran; alababa a Dios y se alegraba en la enfermedad, siguiendo la costumbre de gozarse siempre más en las tribulaciones, que en la prosperidad». En el mismo sentido lo afirma Fray Ventura de Verona cuando declara que «hacía llamar a su presencia a los novicios y los consolaba y exhortaba al bien, con dulcísimas palabras y alegre semblante. Soportaba aquellas y otras dolencias con tanta paciencia, que ni se quejaba ni gemía, aún más se le veía siempre alegre y contento» (Proc. B., Test, I).

La alegría de Domingo era una alegría especial. Lo diremos con palabras del Padre Vicaire: «La alegría de Domingo no la produce la facilidad de la tarea ni del éxito. La alegría de Domingo es la alegría de un corazón sobrenatural que sabe ver inmediatamente en la cruz la purificación, la promesa de la gracia venidera y la señal de la actual presencia de Jesús. Es la alegría del combatiente en primera fila de fuego, que no tiene tiempo para pensar en sí mismo y está persuadido de que cuando Dios quiera, la situación cam-

biará» (*Historia de Santo Domingo*). La mirada de Domingo está puesta en el cielo, como sus pies están en la tierra. La mirada y la esperanza en el cielo. Domingo había leído en su libro preferido *Las Colaciones* de Casiano estas palabras: «Si tenemos fija la mirada en las cosas de la eternidad, y estamos persuadidos de que todo lo de este mundo pasa y termina, viviremos siempre contentos y permaneceremos inquebrantables en nuestro entusiasmo hasta el fin. No nos abatirá el infortunio, no nos llenará de soberbia la prosperidad, porque consideraremos ambas cosas como caducas y transitorias» (*Colaciones*, 9).

Domingo es apóstol de la alegría. Dedicó su vida entera a llevar el Evangelio, la Buena Nueva de la salvación para los hombres: «Os anuncio una gran alegría». Domingo anuncia la gran alegría, a Cristo que nace, muere y resucita para dar al hombre la posibilidad de encontrarse con Dios. Domingo anuncia con su palabra a Jesucristo. Domingo es el predicador de la gracia. La anuncia y proclama con su vida generosa y entregada hasta deshacerse imitando a su Señor Jesucristo. El Evangelio es mensaje de alegría. Domingo es el predicador de la alegría.

Sor Cecilia nos dejó un retrato de su padre Domingo, a quien amaba tiernamente. Se le había quedado en la memoria la imagen física que tantas veces había contemplado. En ese recuerdo aparece la de un Domingo inundado de gozo, felicidad y alegría. La alegría que permanecía siempre en él, sólo eclipsada por la compasión hacia el sufrimiento humano. «*De su frente y entrecejas irradiaba un cierto resplandor, que atraía a todos a la reverencia y amor. Permanecía siempre sonriente y alegre, a no ser que se conmoviera por la compasión hacia cualquier sufrimiento del prójimo*».

FORTUNATO BODERO, O.P.
Burgos

No bajó de la Cruz

Juan Pablo II ha muerto en la Cruz. Hasta el último momento de su vida se ha abrazado a la Cruz. *Ecce Homo*. He aquí al hombre. Especialmente en los dos últimos años cuando ya su fortaleza física iba decayendo, los nuevos «humanistas de la misericordia», afilaron sus dardos implacables para atacarlo, ridiculizarlo y hasta ofenderlo con expresiones insultantes por la firme decisión de seguir tomando el timón de la Iglesia hasta su último suspiro.

Cuando en un Viernes Santo le preguntaron porqué seguía aferrado al «poder» –decían estos «misericordiosos»– el Papa contestó con convicción que había recibido el ministerio del servicio a la comunidad de los cristianos y a los hombres de buena voluntad en cualquier parte del mundo en que se encontrasen o de cualquier cultura a la que perteneciesen, y que Jesús subió voluntariamente a la Cruz; pudo bajar de ella porque era Dios, sin embargo, no lo hizo y en ella murió. Juan Pablo II llevaba impresas en su espíritu las palabras del Maestro: «No ha de ser el siervo mayor que su Señor». Yo seguiré, afirmó el Pontífice en el ministerio encomendado hasta el último momento; hasta que el Señor me dé fuerzas y energía para servirle hasta el fin. Y Juan Pablo II ha sido consecuente y fiel hasta su último suspiro. No ha bajado de la Cruz, dando un ejemplo aleccionador para un mundo que falsamente se enfrenta ante la muerte, la niega o se esconde de ella, la enmascara y disfraza para no «herir susceptibilidades».

Juan Pablo II ha afrontado su muerte con lucidez, con esperanza rendida, con fe arrodillada. Con dignidad. Hasta el fin abrazado a la Cruz, subiendo al Calvario jadeante en los últimos días, pero con fortaleza de espíritu. Ha dado al mundo la gran lección sobre el sentido cristiano del sufri-

miento. Esto no lo han entendido los «sabios» del mundo, ni los grandes triunfadores, para quienes, como en tiempos de san Pablo, hablan de la locura y necesidad de la Cruz. Pero sí ha sido sabiduría de los sencillos y de los humildes, sean jóvenes, hombres y mujeres maduros, ancianos, enfermos... para quienes la Cruz puede convertirse en Cruz gozosa y redentora. Juan Pablo II había dicho recientemente: «Ciertamente es imposible que en este mundo se venza totalmente el dolor. En el camino de cada ser humano permanece la pesadilla de la muerte, sin embargo todo cobra otro color a la luz de la Resurrección de Cristo. El sufrimiento vivido con amor y en unión con el de Cristo da frutos de salvación: se convierte en *dolor salvífico*. Incluso la muerte afrontada desde la fe alcanza el rostro tranquilizador de un paso a la vida eterna, en espera de la resurrección de la carne. Así ha muerto este gran creyente y testigo del Evangelio que fue Juan Pablo II.

La Cruz es misterio y mística. Vivir la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo implica una *mística de vida* y esta mística se apoya sobre el misterio: el de una vida que crece allí donde aparece la muerte; el misterio de un amor que surge allí donde se manifestó el odio. Cada Cruz lleva en sí una denuncia y una apelación. *Denuncia* la cerrazón del hombre sobre sí mismo: su propio egoísmo y autosuficiencia. *Apela* a un amor capaz de soportarlo todo hasta el punto de que el Padre acepta la entrega de su propio Hijo a la muerte a favor de sus enemigos.

La Cruz tiene dos lados: el anverso y el reverso. En su reverso tenemos la Cruz desnuda y solitaria expuesta al odio humano. Es la Cruz sin Cristo. En el anverso la Cruz habitada y doliente –la Cruz con Cristo– apunta hacia el amor humano y divino. Esta paradoja de la Cruz no se entiende ni por medio de la razón formal ni de la razón dialéctica. Es sólo la lógica de la Cruz de que habló San Pablo (1 Co 1, 18): La locura y la necesidad de la Cruz, que no se realiza mas que por la praxis, combatiendo y asumiendo la Cruz y la muerte. No hay palabras. No se resuelve el problema del sufrimiento huma-

no pensando sólo en él, sino asumiéndolo. Como lo dijo y vivió san Pablo: «Somos oprimidos de mil modos, pero no nos abatimos; nos sentimos desorientados, pero no desesperamos; estamos perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no rematados. Estamos moribundos, pero estamos vivos; como castigados, pero no muertos; pobres, pero enriqueciendo a muchos; no teniendo nada, pero poseyéndolo todo (2 Co 4, 8-9; 6, 9-10).

En el drama de la Cruz y de la muerte, se esconde el sentido *último y la Vida. Nudus nudum sequi*: seguir desnudo al desnudo. Esta es la mística y el misterio de la Cruz.

URBANO ALONSO, O.P.

Granada

LITURGIA

A la sombra del Todopoderoso: Sal 91 (90)

Este poema tiene un marcado carácter *didáctico* y canta la protección que dispensa Dios al que se confía a su Providencia. Se divide en dos partes netas: a) Seguridades conferidas al que se confía en Dios (vv. 1-13), y habla el salmista dirigiendo la palabra al fiel piadoso; b) Confirmación de las afirmaciones anteriores por un *oráculo* divino (vv. 14-16), pues el que habla es el mismo Dios. La primera parte se caracteriza por un estilo brillante con atrevidas metáforas; el salmista enumera las ventajas de confiarse al Altísimo. Las expresiones son muchas veces hiperbólicas, y, por tanto, no han de tomarse al pie de la letra, como si el fiel tuviera un procedimiento talismánico para evitar las calamidades de la vida. Por la confianza en Dios no evitará al justo morir por la peste, la guerra y el hambre, ni estará al abrigo necesariamente de las necesidades de la vida. Pero el salmista quiere recalcar que la Providencia divina vela paternalmente por el fiel que a ella se confía, y en consecuencia, le salvará de muchas situaciones de peligro.

El lenguaje del Salmo tiene muchas analogías con lo expresado en Dt 32, y con otras composiciones sapienciales¹. Así, la doctrina del poema viene a resumirse en la frase de san Pablo: “Si Dios está con nosotros, ¿quién podrá estar contra nosotros?” (Rm 8, 31). Porque el fiel se encuentra a la sombra de la protección divina como el huésped en una casa bien abastecida y segura. Ya que se halla como el pajarillo bajo las alas de su madre, como el soldado apostado en

1. Cf. Jb 5, 19-26; Pr 3, 23, 26; Sal 121, 1s.

inexpugnable fortaleza, ya que el Omnipotente pone a disposición de sus fieles a los ángeles para que les guíen y protejan. Porque Dios no abandona a los suyos. Pero en la perspectiva del salmista no está la idea de la esperanza en la ultratumba, y por eso urge que la protección divina se extienda al fiel en esta vida. En la perspectiva cristiana, esta vida está condicionada a las exigencias de la vida eterna; y por tanto, Dios puede permitir que sus fieles sufran aquí toda clase de calamidades, con tal de preservarlos incólumes para el más allá. Porque la panorámica neotestamentaria difiere totalmente de la del A.T., aún en los espíritus más selectos, desde el punto de vista religioso, como son los salmistas. Pero la idea de retribución en la ultratumba aparece ya en la teología judía intertestamentaria con las ideas de la resurrección y la inmortalidad del alma².

No es posible determinar la época de composición del Salmo, pero las concomitancias literarias que tiene con Dt 32 hace pensar que sea posterior a este libro, redactado probablemente en el s. VII a.C., a pesar de que en la versión de los LXX el título del Salmo es: “Alabanzas del cántico de David”, por la propensión a atribuir a David, el poeta por antonomasia, gran número de las composiciones salmódicas. Pero este Salmo parece traslucir una situación de paz sin grandes convulsiones político-sociales, y por tanto, bien puede atribuirse a los tiempos de la monarquía israelita o a los postexílicos de la “paz iránica” (ss. VI-IV, a.C.).

LAS VENTAJAS DE CONFIARSE EN DIOS (1-12)

1 El que habita al amparo del Altísimo, y mora a la sombra del Todopoderoso, 2 diga a Dios: “Tú eres mi refugio y mi ciudadela, mi Dios, en quien confío”. 3 Pues Él te librá

2. Véase M. GARCÍA CORDERO, *La esperanza del más allá a través de la Biblia*, Salamanca 1992, pp. 195-232.

de la red del cazador y de la peste exterminadora³, 4 te cubrirá con sus plumas, hallarás seguro bajo sus alas, y su fidelidad te será escudo y adarga. 5 No tendrás que temer los espantos nocturnos, ni las saetas que vuelan de día, 6 ni la pestilencia que vaga en las tinieblas, ni la mortandad que devasta en pleno día. 7 Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu derecha, a ti no te tocará. 8 Con tus mismos ojos mirarás, y verás el castigo de los impíos. 9 Teniendo a Yahvé por tu seguro, el Altísimo por tu asilo⁴, 10 no te llegará la calamidad, ni se acercará la plaga a tu tienda. 11 Pues te encomendará a sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos, 12 y ellos te levantarán en sus palmas para que tus pies no tropiecen en las piedras, 13 pisarás sobre áspides y víboras, y hollarás al leoncillo y al dragón”.

Algunos autores suponen que el Salmo comenzaba con la consabida frase: “Bienaventurado el que habita...” como en otras piezas del Salterio⁵. Sin embargo, el texto hace sentido tal como está ahora el principio del Salmo. El poeta invita al fiel que se halla bajo la protección del *Altísimo* a que estreche más sus relaciones afectivas con Él, reconociéndole como único sostén de su vida. Los vocablos *Altísimo* (en hebreo *Elyon*) y Todopoderoso (en heb. *Shadday*) son arcaizantes y muy del gusto de los poetas más recientes⁶, por eso no prueban el arcaísmo en la composición. La metáfora de la *sombra* aplicada a Dios es corriente en la Biblia⁷, lo mismo que la de la *ciudadela*⁸. Estos símiles son muy expresivos para reflejar la confianza que inspira la protección divina.

A continuación el salmista enumera los diversos peligros que pueden sobrevenir al hombre, y en primer lugar, la hos-

3. La versión griega de los LXX y la Vg. traducen “palabras”, leyendo en el texto hebreo *mim dabbar* en lugar de *mi-déber*, “peste” del TM.

4. “asilo”. Así según los LXX, mientras el TM dice “tu morada”.

5. Cf. Sal 1; 32; 41; 112; 119; 128.

6. Cf. Gn 17, 1; 28, 3; 15, 11; 43, 14, Ex 6, 5.

7. Cf. Sal 17, 8; 36, 8; 37, 2; 61, 5; 63, 8.

8. Cf. Sal 18, 3; 31, 4; 71, 3; 144, 2; 14, 6; 46, 2; 61, 4; 68, 8.

tilidad de los que buscan su ruina. Estos son comparados a *cazadores* que colocan la *red* para capturarlo como ingenuo pajarillo⁹. La *peste exterminadora* vuelve a aparecer en el v. 6 como uno de los grandes peligros que acechan al hombre. Si se lee, según los LXX, “de la palabra nociva”, se aludiría a las calumnias de los enemigos que conspiran contra el justo, y haría perfecto paralelismo con el estiquio anterior, exactamente como se dice en Sal 38, 13: “Tiéndenme lazos los que buscan mi vida..., todo el día están maquinando engaños”.

Con nueva metáfora, el salmista enseña que el que se confía a Yahvé, está en la situación del pajarillo bajo las alas de la madre¹⁰. Porque la *fidelidad* de Yahvé a sus promesas de protección será siempre como un *escudo* protector contra toda eventualidad¹¹. Y a continuación el salmista especifica los posibles peligros imprevistos: los *espantos nocturnos*, provenientes o bien de un ataque imprevisto del enemigo en las altas horas de la noche, o de las pesadillas perniciosas durante el sueño. Las *saetas que vuelan de día* (v. 5) pueden ser las flechas del enemigo que ataca en pleno día, o, metafóricamente, los rayos solares que en pleno día fomentan la transmisión de las epidemias¹², las cuales pueden ser enviadas por el mismo Dios¹³. Quizá, el salmista, inspirándose en la mortandad de los asirios durante la noche cuando asediaban a Jerusalén¹⁴, habla de los estragos nocturnos y de las epidemias diurnas.

El salmista parece trabajar sobre el “Cántico de Moisés”, en el que se anuncian los terribles castigos para los incumplidores de la Ley: “Amontonaré sobre ellos males y males, lanzaré contra ellos todas mis *saetas*, los consumirá el ham-

9. Cf. Sal 124, 7; Os 9, 8; Sal 7, 16; Jr 18, 22.

10. Para el simil cf. Sal 17, 8; Dt 32, 13; Mt 25, 37.

11. Cf. Sal 5, 13; 35, 3; 84, 12.

12. Cf. Sal 121, 6; 2 R 14, 18s.

13. Cf. Sal 38, 3; Jb 33, 18; Lm 3, 12s.

14. Cf. Is 37, 36; Ex 12, 19: muerte de los primogénitos egipcios.

bre, los devorará la fiebre, y la nauseabunda *pestilencia*. Mandaré contra ellos los dientes de las *fieras* y el *veneno* de los *reptiles*, que se arrastran por el polvo. A los que fuera están, los matará la *espada*, y a los de dentro el *espanto*” (Dt 32, 23s.). Vemos que en este fragmento lírico las *saetas* (*hambre, fiebre y pestilencia*), el *espanto*, el *peligro* de las fieras y de los animales venenosos son castigos enviados por Dios. Son justamente los términos que utiliza el salmista para describir los diversos peligros que amenazan al hombre, contra los que es buen conjuro el confiarse en Yahvé. Y las plagas y pestilencias son personificadas como ángeles exterminadores, mandatarios de Yahvé¹⁵.

Para insistir más en el grado de seguridad conferida al fiel, el poeta presenta a éste en medio de la batalla, en la que cruje el venablo y caen las saetas por doquier, haciendo miles de víctimas, pero sin alcanzarle a él (v. 7). Por otra parte, el justo tendrá la satisfacción de ver a sus enemigos, los impíos, cayendo bajo los golpes mortíferos de Dios, conforme a la teoría de la retribución en esta vida comúnmente aceptada en el A.T. (Sal 37, 34). Y el salmista insiste en que, contando con la protección divina el fiel yahvista está libre de calamidades y plagas (v. 10).

Pues la Providencia divina llega hasta poner a sus *ángeles* como custodios de los suyos para que no les alcance ningún mal. La expresión del poeta es bellísima, pues los mismo *ángeles* levantarán en sus manos a los fieles para que al andar no tropiecen y caigan. Este texto es aducido por el tentador de Cristo en el desierto (Mc 4, 6). Es más, el que está bajo la protección divina podrá caminar pisando animales venenosos sin ser mordido (Cf. Is 11, 8; Lc 10, 19; Mc 16, 18). La expresión ha de entenderse en sentido hiperbó-

15. Cf. Is 37, 36. Entre los babilonios existía la creencia de que *Namtaru*, mensajero de *Nergal*, dios de la región de los muertos, traía las *pestilencias* a los vivientes para poblar el *Arallu* o región de los muertos. Cf. P. DHORME, *La religion assyro-babylonienne*, París 1910, p. 76.

lico, para encarecer el cuidado excepcional que Dios tiene de los suyos.

ORÁCULO DIVINO CONFIRMATORIO (14-16)

14 “Porque se adhirió a mí, y lo libentaré, yo lo defenderé porque conoce mi nombre. 15 Me invocará él, y yo le responderé, estaré con él en la tribulación, le liberaré y le glorificaré. 16 Le saciaré de días, y le haré ver mi salvación”.

Sin indicación alguna se introduce un oráculo divino para confirmar las declaraciones anteriores del salmista¹⁶. Yahvé se siente obligado a libentar y proteger al que en tales circunstancias permanece adherido a él, reconociéndole como su Dios: “Conoce mi nombre”, expresión que equivale a hacer profesión de yahvismo (cf. Sal 9, 11). Por eso, el fiel le invoca en la tribulación, está seguro de que su Dios no le dejará abandonado. Por lo que Yahvé promete escucharle y *liberarle*, rehabilitándole socialmente, y *glorificándole* ante los que han sido testigos del auxilio divino prestado (cf. Sal 50, 15). Finalmente, Yahvé otorgará al fiel el mayor bien anhelado en al A.T.: Una vida prolongada y feliz¹⁷, cumpliendo así las antiguas promesas a los que fueran fieles a su Ley¹⁸. La perspectiva es netamente paleotestamentaria, y no encontramos en el Salmo atisbos mesiánicos. Porque el ideal es el de la “aurea mediocritas” que caracteriza no pocos escritos del A.T.

MAXIMILIANO GARCÍA CORDERO, O.P.

16. Cf. Sal 12, 4; 75, 3; 95, 8; 20, 7-9; 85, 9s.

17. Cf. Dt 30, 20; Pr 3, 2.16; Sal 50, 23.

18. Cf. Ex 20, 12; 23, 26.

TESTIGOS

El P. Silverio: «Incansable y santo trabajador misionero»

INTRODUCCIÓN

Cuando el dos de Febrero de 1991 el P. Silverio entregaba su espíritu al Señor, bien se le podían aplicar las palabras evangélicas: «*Siervo bueno y fiel, has sido fiel en lo poco; te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor*» (Mt 25, 21), ya que desde su llegada a tierras de misión en las selvas amazónicas peruanas el año 1946, apenas tuvo descanso en su amplio, variado y complicado trabajo misionero.

El P. Silverio había nacido en Murias (Asturias), el 5 de octubre de 1921, perteneciendo a esa gran y excelente generación de dominicos asturianos que tanto prestigio y santidad han dado a la Orden Dominicana. En el haber de las raíces de la generosidad de su fe, podemos señalar como dato significativo que: «*celebró su primera misa el 22 de julio de 1945, en el altar de la iglesia de su pueblo natal, donde había sido descuartizado su querido padre otro 22 de julio de 1936, víctima inocente de una guerra absurda*». Desde aquella fecha celebró las Eucaristías del día 22, «*agradeciendo a Dios el don del martirio de su padre, el don de su vida dominicana y misionera*».

Su primer destino estuvo en la cuenca del río Madre de Dios, en Puerto Maldonado, y el Pilar, la misión donde dejó gran parte de sus mejores esfuerzos misioneros.

Después de seis años en estas primeras tareas misioneras tiene un breve paso por los puestos misioneros de Quincemil y el Sepa; también estuvo unos años en Lima,

donde fue Procurador de las Misiones, Director de la Revista de Misiones y capellán del Santuario.

En 1959 regresa a su querida misión del Pilar donde estará diez años; de allí saldrá para la misión del Timpía, desde donde emprende unas difíciles y arriesgadas expediciones a los kugapakoris, hasta que tiene que regresar a España para operarse de desprendimiento de retina. A su regreso al Perú, ya con limitaciones físicas para volver al campo misionero, ejerció con gran celo su misión evangelizadora en la parroquia de S. Juan Macías en Lima.

Los que con él convivieron señalan como cualidades de su persona: *«cordialidad, laboriosidad, acogida siempre alegre y fraterna, atenciones y sobre todo su humildad»*.

En cuanto a su profunda vida espiritual destacan también los que más le conocieron *«la devoción delicadísima a la Santísima Virgen María... y su Vida centrada en la Eucaristía y en el sacerdocio»*.

El 22 de Mayo de 1990 conocida y aceptada con gran paz la gravedad de su enfermedad de cáncer, se dispone a hacer el último recorrido de su vida con la generosidad de siempre. El 2 de Febrero de 1991, fiesta de la Presentación de la Virgen María, atendiendo a una súplica que él había hecho a Nuestra Señora: *«Cuando tenga que morir, PRESÉNTAME TÚ, MADRE MÍA»*, fue llevado a la presencia misericordiosa de Cristo Resucitado.

Dejaba a los que le atendieron un hermoso obsequio: *«Pocas veces una muerte había dejado tanta paz a los compañeros que estuvieron con él en sus últimos momentos»*.

1. «¡YA VOY SEÑOR!»

El día cuatro de agosto de 1946, fecha en que antes se celebraba la fiesta de santo Domingo padre y fundador de la Orden de los Predicadores, el P. Silverio junto con otros seis dominicos, recibía en una hermosa y emotiva ceremo-

nia el Crucifijo de Misionero, mientras se le decía: «*Toma este Santo Crucifijo, signo de salvación que has de levantar a la faz de los pueblos*». El P. Silverio añadió pleno de entusiasmo apostólico: «*Besamos el Crucifijo con emoción. ¡Ya voy Señor! Repetíamos en nuestro interior mientras salíamos del templo*».

La fidelidad y el entusiasmo evangelizador para misioneros del estilo del P. Silverio, les acompañarán desde el principio hasta el final de su vida misionera. Pacientemente tendrán que soportar un incómodo y prolongado viaje de más de cuarenta días, hasta llegar a la «Casa de Dios» de la Granja de Misiones de Quillabamba (Cuzco), donde después de «cuarenta días de oración y silencioso retiro durante los cuales nuestro espíritu y vocación fue robusteciéndose para las futuras tareas apostólicas», se ponen de nuevo en marcha para ir a su primer *puesto misionero*.

Trece nuevos días de viaje en destartalados camiones que se averían cada paso, cruzando las cumbres andinas cercanas a los cinco mil metros de altura para descender a la planicie selvática, tratando de seguir el viaje por carreteras de tierra borradas por los aguaceros tropicales... Al fin llegan a Puerto Maldonado el 29 de noviembre, fiesta de san Miguel Arcángel, teniendo el consuelo y la alegría de ser recibidos por el gran misionero José Álvarez, rodeado de algunos de sus hijos predilectos de la selva: *los mashcos*. «En compañía de estos y del P. Álvarez –escribe el P. Silverio– pasamos a la Capilla. Aquí pudo más la emoción y... no fue tan fácil cantar el *Te Deum Laudamus*. A continuación la Santa Misa..., y después silencio profundo para que el corazón hable con el Divino Misionero.

Silencio también a estas páginas ya que desde hoy comenzamos la realidad de la vida misionera, bajo la advocación del invicto San Miguel Arcángel».

2. LA MISIÓN DEL PILAR

a) *Manos a la obra*

La Misión del Pilar cercana a Puerto Maldonado, capital del Departamento de Madre de Dios en plena selva amazónica, fue un ilusionado proyecto del Obispo Sarasola y el benefactor asturiano Máximo Rodríguez, que bautizaron con el ambicioso nombre de «Colonizadora del Madre de Dios». Pretendía dicho proyecto, que la Misión de El Pilar fuera un *«centro de atracción donde se forme un gran pueblo y todas las tribus que pueblan los bosques reciban su regeneración moral y social, incorporándose para siempre a la vida de la religión y de la patria»*.

La inesperada muerte de los dos padres del proyecto, supuso un retraso de los difíciles trabajos de roturación y preparación del terreno en plena selva virgen, que ya se habían iniciado con el P. Gerardo Fernández en 1943.

Justamente es aquí donde aparece providencialmente el P. Silverio, que vino a ser el gran impulsor y el alma de la creación de la misión del Pilar. Inaugurada la capilla en 1947, el P. Silverio ya se siente con fuerzas para seguir adelante con el proyecto de la nueva misión: *«Después de este hecho, indudablemente de importancia trascendental, podemos dejar correr los días dedicados al trabajo y actividad constante y siempre creciente, ya en roturar bosques que se transforman en chacras, ya en los preparativos para construir la Casa-Misión, no simple choza pajiza, sino amplia y acomodada para Colegio-Internado»*.

El 17 de mayo de 1948 el P. Silverio se siente satisfecho porque inaugura el internado con dieciséis chicos de cuatro tribus diferentes, y porque le mandan un Hermano de Obediencia para ayudarle en la educación de los internos: *«El aspecto y la vida de este rinconcito se transforma. Desaparece la soledad del misionero, ya que con los niños ha venido también de modo permanente Fr. Antonio Osore, en*

reemplazo de Fr. Ochoa, que estaba solo por temporadas para los trabajos de construcción. Con los niños, hay quien juegue, corree y alborote en horas de recreo; quien estudie y, sobre todo, quien rece y cante en los días solemnes la Misa, las plegarias al Señor y a la Sma. Virgen».

Después de un paréntesis de ausencia de siete años, el P. Silverio regresa a su querida misión del Pilar en 1959 con nuevos proyectos: internado para niñas, pista de aterrizaje, casa de ancianos, posta sanitaria, comedor escolar.

A pesar de estas carencias, no puede menos de sentirse satisfecho porque a los veinticinco años del soñado proyecto de Sarasola y Máximo, en aquel trozo de selva de vegetación exuberante, había brotado un pueblo nuevo de 218 personas, una escuela reconocida por el Estado con cerca de noventa alumnos, una Granja-Escuela donde se iniciaba a los jóvenes en el cuidado de la ganadería y en diversos cultivos de alimentación.

b) Trabajador incansable

Antonio Valentín, misionero seglar que pasó tres años junto al P. Silverio, nos hace un vivo retrato de su capacidad trabajadora, que hizo posible la mejora de vida de muchos selvícolas abandonados a un futuro de penalidades y sufrimientos.

«El P. Silverio llevó El Pilar, con el corazón y coraje puesto en el cariño a sus gentes y el esfuerzo y la salud de su cuerpo, derramando sudor físico en las chacras, la granja, la carpintería, el río, la escuela, la enfermería y la hermosa capilla donde encontraba las fuerzas de día o de noche, ilusionándonos en la Misa de la mañana, el Rosario en la tarde y los Sacramentos adecuados de las festividades.

Esto dicho así no parece cosa singular, pero supone una personalidad marcada y sobre todo esforzada. Y así, sudar en las chacras, exige que habíamos de contar con arroz, maíz, yuca, plátanos, mangos y paltas para los 40 niños

internos, 50 externos y otras personas necesitadas de la misión. La caza y la pesca que nos llegaban habría que pagarla de algún modo. La granja siempre procuró tenerla abastecida: Vacas, cerdos, patos, gallinas, todos viviendo por su cuenta en los alrededores de la misión. En carpintería el P. Silverio era un experto: la capilla, viviendas, escuelas y locales (todo en madera) fueron de su práctico estilo. Su fortaleza física (no sus continuas jaquecas) y su experiencia necesitada le obligaron a conocer casi todo lo que podía producir esa selva. Su recuerdo de la niñez le hizo rememorar el manejo de la doma del buey para la carga, las vacas para la leche, etc.

De caza y de pesca, abastecía a los conocedores de escopetas y cartuchos, anzuelos y naylon para que nos proveyeran. He de notar aquí cómo estos alimentos, al no disponer de frío, habíamos de repartirlos entre todo el poblado para que no se malograrán, ya que aquellas temperaturas y la profusión de insectos inmediatamente los estropeaba».

c) *Un corazón abierto*

Pero tanto o más que su esfuerzo físico, lo que más agradecían los que a él se acercaban eran su bondad y caridad, que según Antonio Valentín, manifestaba con «*contagiosa naturalidad*»:

«La acogida para todos era la clave de su natural confianza para con él. Su trato abierto desde el primer momento era la entrada para el placer de su amistad desde que le saludabas. La conversación sobre tus inquietudes, era el consuelo que te ofrecía desde el primer encuentro. El ofrecimiento de su ayuda, rompía el hielo de una conversación que ya sería sincera y amigable. La caricia para el pequeño en brazos de la madre era tan espontánea que no dudaba el “guagua” en pasar a sus brazos sin llorar, paseando en sus fornidos brazos.

Los escolares, siempre fueron el adorno de su mesa de trabajo, acodados en ella, pues no tenía sillas en aquella habi-

tación construida por él mismo; donde aparte de su cama, mosquitero, pequeña estantería de escasos libros, herramientas de trabajo a disposición de quienes las necesitasen, algún balón esperando su arreglo en lo que era experto. Medicamentos inmediatos para consolar al que veía o venía quejoso, y una variedad de anzuelos, sogas, telas, platos, cubos, caramelos, calzados, alguna botella con qué celebrar algo muy de tarde en tarde.

En fin como pueden ver, un almacén con cama y escritorio, en el que de vez en cuando había que dar una batida a los murciélagos que en su caballete anidaban y hasta en una ocasión cayó sobre su cama una pequeña pero venenosa serpiente... Y en esta original morada, el padre hacía sus cuentas con Dios en sus rezos, y con los comerciantes del río y de Puerto Maldonado a los que siempre algo les adeudaba. Así en la mesa, él a lo suyo. Los niños acodados hablando, silenciosos, comentando o recriminándose algún hecho. Alguna pregunta que distraía al padre la que servía de apoyo para el consejo, la aclaración, ayuda o la cariñosa reprimenda. Todo le servía para que adquiriesen con él más confianza en el trato y el cariño.

¿Quién no conocía por el río Madre de Dios, arriba y abajo, al padre Silverio? ¿Quién no le esperaba siempre en sus chacras con ilusión por sus ayudas y confianza que suponía su visita? ¿Cómo no iban a proteger y celebrar con su “masato” la llegada o paso del padrecito? Todos tenían algo que ver y hablar con el padre Silverio; de sus chacras, sus vacas, sus enfermedades, sus bienes y en casi todas, de sus hijos a los que el padre tenía en el internado o colegio de “El Pilar”.

Todos los niños del río pasaron por la institución. La pertenencia a distintos grupos humanos, nunca fue obstáculo para integrarse en la misma escuela, comedor o dormitorio del internado. Los padres lo pedían para que sus hijos “fueran gente”. Y todos confiaron siempre y se graduaron en Primaria en el colegio de “El Pilar” que el padre construyó, dirigió y protegió con tanto entusiasmo, esfuerzo, protección y cariño».

3. «LOS KUGAPAKORIS»

Hubiera bastado la misión del Pilar para justificar con creces su realización misionera, pero ya en la madurez de la vida cumplidos los cincuenta años, el P. Silverio, regresa a la cuenca del río Urubamba, y emprende una difícil y arriesgada expedición por las cabeceras del río Timpía, para ir al encuentro del grupo conocido con el nombre de los «*kugapakoris*»: los hijos de la selva más olvidados y marginados, huidos y escondidos en lugares inaccesibles, debido a la experiencia desastrosa que habían tenido en sus encuentros con los caucheros y comerciantes.

a) *La ascética de la selva*

La selva que tiene su encanto, y su indudable atractivo exótico para los que hacen una visita pasajera, no es, sin embargo, un lugar fácil para vivir en ella a causa de su acusado clima tropical; a esto hay que añadir las dificultades para comunicarse y caminar por ella, salvo, por supuesto, para los selvícolas. De ahí que las expediciones misioneras supusieran un desafío añadido para los misioneros, que debían estar siempre preparados y dispuestos para ellas. El diario del P. Silverio durante los trece días de expedición a los «*kugapakoris*» tiene la frescura de un joven y novel misionero:

«Cuatro días por la misma ruta que recorrió fray Regino hace un año; con sus tropiezos, dificultades y penurias. Marcha fatigosa, metidos en el río, en sus playas y peñolera interminable. Día hubo que cruzamos el río quince veces. En el atardecer acampábamos los trece hombres en torno a la fogata, para la cena y para repartirnos el suelo duro donde dormir...

... Estamos en la tarde, se avanza primero sobre precipicios peligrosos, por entre rocas peligrosas, resbaladizas y, al final, como en prueba de acróbatas, pasamos como

colgándonos sobre un abismo sobre el río. Así son sus caminos...

Estamos metidos en una zanja fangosa; la dejamos por la derecha y avanzamos entre tupida maleza, volvemos a la quebrada... Y así media hora larguísima de lodo, agua y arena...»

Estas dificultades eran insignificantes, si al final se lograba un contacto pacífico y amistoso con aquellos seres humanos resentidos y desconfiados hacia cualquier visitante ajeno a su grupo.

b) *En los límites de la subsistencia*

La vida de estos hijos de la selva, en las cumbres inhóspitas y pobres de las cabeceras de los ríos, se limitaba a subsistir bajo mínimos, satisfaciendo con dificultad las necesidades primarias del ser humano. Una vez más, el P. Silverio, como antes habían comprobado otros misioneros, testimonia esta triste situación: «*Todo refleja una inmensa pobreza, sin más vestigio de vida humana que los tercios de flechas, bolas de resina y sus ollas, muy mal cocidas y tremendamente gruesas*».

Por ello, siguiendo una valiosa tradición misionera, el P. Silverio rompe el hielo de la desconfianza, ofreciéndoles vestidos, instrumentos de trabajo y hasta unos «*caramelos*» que alivien la dureza de sus vidas: «*Llegó el momento de mayor ilusión para ellos, el de recibir dos hachas nuevas, cuatro machetes, tres cuchillos y todo lo que se logró sobrar en los repartos anteriores. Hubo que mendigar entre los expedicionarios hasta lograr una prenda de vestir para cada uno. Al que no le tocó pantalón se conformó con la camiseta. ¡Y qué felices se consideraron con una ropita usada y unas herramientas viejas que van a aliviar un poco su duro vivir*».

A su vez los selvícolas corresponden a la generosidad misionera compartiendo su elemental comida, que los expe-

dicionarios aceptan gustosos, más por necesidad que tienen de ella que por gusto: «...*Están muy contentos; saben la razón de nuestra visita. Ellos nos invitan a comer; comemos mono casi al natural, al primer hervor; así será la costumbre. Vimos descuartizarlo en grandes raciones; eran tres las víctimas. Y ya estamos paladeándolos; buena carne, mas no muy grato el tufillo del pellejo... No pudimos mejorar el frugal desayuno; del mono no quedaba nada. Estos hombres, obligados por el miedo a escapar de uno a otro lado, no tienen ni yuca, la planta base de su alimentación; la planta sagrada traída del cielo. Doloroso signo y flagelo de la pobreza de vida en que van naciendo y muriendo. ¿Qué hablar o pensar del mundo espiritual de sus almas?».*

Compartir obsequios y comidas eran los primeros pasos en el camino de encuentro entre seres humanos tan distantes y diferentes entre sí. Con suma facilidad se derrumbaron las barreras de desconfianza y resentimiento hacia los nuevos visitantes: «*Este atardecer histórico e inolvidable lo compartimos con ellos ya como amigos. A pesar de no saber expresarnos con sus palabras nos vamos entendiendo. Esta familiaridad con el misionero a quien aceptan como hermano y la confianza con el paisano de otro río, hace que muy pronto estén de vuelta los hombres huidizos, las mujeres con sus hijos y cinco jóvenes entre los 15 y 20 años*».

c) Anunciar al Dios Salvador

Pero el objetivo final del P. Silverio, por el cual había emprendido esta difícil y arriesgada expedición, era anunciarles la buena nueva del Evangelio. Resulta entrañable, el relato que el P. Silverio hace del bautizo de una anciana a través de la catequesis de urgencia, mediante las palabras del selvícola machiguenga Zacarías, acompañante e intérprete del grupo expedicionario:

«¡Cameti, cameti! Es la respuesta aprobatoria que da la anciana abuela que nos vio llegar cuando Zacarías, en bre-

vísima catequesis le explica, ante el pequeño Cristo del altar, el misterio de un Dios hecho hombre muriendo por nuestros pecados para llevarnos al cielo. 'Ahora pregúntale si quiere recibir el agua de Dios...' 'Ha dicho que sí que está bien'. ¡Cameti, cameti! (¡Hermoso, hermoso!). Con toda la emoción del caso, y como la mejor estampa que recoja los veinticinco años de misionero, recito: 'María Casimira, yo te bautizo...».

Por eso al despedirse de estos olvidados y empobrecidos hijos de la selva, aunque han quedado abiertos los caminos para futuros contactos de promoción humana y evangelizadora, el P. Silverio, siente tristeza por no poder quedarse con ellos más tiempo.

«También llegó para el misionero ese momento doloroso de decirles a cada uno: ¡Me Voy! ¡Me voy! (¡Atana! ¡Atana!). Sentí pena en el alma dejarlos así, allí, sin poder hacer más por ellos que el haber llegado a su río, el Marentari, para decirles que somos hermanos y brindarles nuestra amistad. Quedaban en la misma pobreza; quedaban, sí, con la ilusión y esperanza de entrar a participar en la vida de un mundo mejor, iluminados por la luz de la Fe. Qué tristeza la retirada cuando tanto costó la conquista».

4. LA ÚLTIMA MISIÓN

El día 22 de mayo de 1990, mientras ejercía su ministerio en la Parroquia de San Juan Macías en Lima se le anuncia que padece un cáncer generalizado. La reacción de P. Silverio fue la de toda su vida: asumir con prontitud su nueva misión:

«Sí, quiero ahora ser misionero en el dolor, en el sacrificio, el sufrimiento y la renuncia a todo, cuidando que mi sacerdocio sea siempre como lámpara encendida al pie del sagrario, iniciando el eterno agradecimiento de mi voca-

ción, que ahora se purifica por haber sido considerado digno de sufrir».

Y días más tarde escribía:

«¡Gracias y mil gracias al Señor, por este sacerdocio y vida misionera! Sigo recogiendo todos los toques de atención que el Señor me va dando para mantenerme firme en la enfermedad como quien vive el presente via crucis. Madre, Virgen María querida, presenta a tu Hijo mi disposición y la ofrenda de mi sacrificio para que en tus manos no se desperdicie nada de cuanto tenga de sufrimiento o de martirio. Me preguntan si estoy bien en Lima. Como respuesta: sí, en el querer de Dios. El ideal está allá lejos, con los hijos de la selva. Aquí o allá quiero alabar a Dios en nombre de todos los hijos de la selva; sí, con ellos y por ellos alabándole y dándole gracias».

Poco que añadir a estas hermosas palabras de generosidad del P. Silverio. Quisiéramos no obstante cerrar esta pequeña síntesis de su vida con unas breves y emotivas palabras del P. Joaquín Barriales: «*Lo espectacular de su presencia en las misiones ha sido su sencillez y humildad, su mayor milagro encontrar tiempo para todo. Jamás pidió nada para sí mismo, porque al decidirse a venir a misiones lo había ofrecido todo y se consumió este ofrecimiento*».

ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia

Conformidad a la voluntad divina en las pruebas y tentaciones

DEFINICIÓN:

La palabra conformidad tiene un sentido más amplio que la de abandono. San Antonio M.^a de Ligorio ve en ella incluso a la vez la obediencia y la conformidad totalmente amorosa. Aquí le damos el sentido de «aceptación amorosa». Eso nos permitirá estudiar en primer lugar el objeto del abandono, es decir, sus aplicaciones en las diferentes pruebas que se presenten. Se reservará el sentido estricto de la palabra abandono, para el don total y filial respecto a todo lo que pueda presentarse, sin que nada sea fijado por adelantado.

Por el análisis sucesivo sobre la conformidad a Dios en las pruebas concretas, que forman una gran parte de la vida, estudiaremos la conformidad en su objeto. Estas pruebas son: males físicos, arideces, tentaciones, caídas, vuelta a levantarse con dulzura y paciencia.

San Francisco de Sales quiere animarnos: no se podría hacer una verdadera unión con Cristo sin participar en el Calvario y en la cruz. El santo se imagina la protesta de una de sus dirigidas por carta: «Oh me diréis, [...] *sois muy severo de repente*». Y responde: «No lo soy de repente, ciertamente, pues desde que tuve la gracia de conocer un poco el fruto de la Cruz, este sentimiento entró en mi alma y no ha salido jamás. Todos los golpes vienen de la mano paternal de esta suprema bondad» (*Cartas*).

En otro de sus escritos podemos leer lo siguiente:

«Yo encuentro dos maneras por las cuales se lleva al Señor [...]. La primera es llevarle sobre las espaldas, como san

Cristóbal; la segunda, llevarle en brazos, como san Simeón y Nuestra Señora. Ciertamente, aunque san Cristóbal no llevase a Nuestro Señor más que sobre sus hombros, no dejó de ser muy dichoso y mereció ser llamado Cristo-foro (portador de Cristo). Llevarlo de esta manera no es otra cosa mas que querer soportar y sufrir de buen corazón todo lo que a Él le plazca que suframos, por dura y pesada que sea la carga y el fardo que Dios nos ponga sobre las espaldas. Por más que su yugo sea ligero, es preciso, como san Cristóbal, llevar a Nuestro Señor sobre nuestros hombros sufriendo todo lo que le agrade, abandonándonos totalmente... La segunda manera es llevarlo como san Simeón y Nuestra Señora lo llevaron. Hacemos esto cuando sufrimos los trabajos y penas con amor... éste nos vuelve el yugo suave y agradable en medio de las amarguras; eso es llevar a Nuestro Señor en brazos. Ahora bien, si lo llevamos de esta manera, también Él mismo nos llevará sin duda alguna. ¡Oh! qué felices seremos si nos dejamos llevar de buena gana por este querido Señor, si lo llevamos a la espalda como san Cristóbal y en brazos de la Providencia [...]. No sabría decirnos cual de las dos maneras es más dichosa» (Sermones reconstruidos).

Incluso en medio de las pruebas, no hay que desanimarse ni cerrarse. Dios las permite para purificar el objeto de nuestra esperanza. A san Francisco de Sales le gusta mostrar al padre que levanta a su hijo ante un obstáculo. En el apostolado o en el esfuerzo religioso personal, la esperanza no se funda sobre los méritos adquiridos sino sobre la palabra de Dios: «la virtud probada produce esperanza y la esperanza no defrauda» (Rm 5, 4). San Francisco es deliberadamente optimista.

El sufrimiento es el camino de la perfección y del cielo, el más seguro contra las ilusiones y el más real: es el de nuestro Maestro.

El camino de la cruz es más seguro que el de las consolaciones. Las pruebas espirituales, tan dolorosas, son una purificación. A pesar de las apariencias, las obras que se

hacen durante estas pruebas espirituales, tienen un valor mil veces superior: v. gr. una sequedad bien llevada, sin dejar traslucir nada al exterior, como si fuera un bálsamo enviado del cielo.

En las arideces y tentaciones podemos estar mucho más cerca de Cristo, como Magdalena en las tinieblas del Calvario. «Ella no veía, sin embargo, más que una cierta blancura, pálida y confusa». «Ella va por un camino muy seguro, con tal que su aspereza no la desanime. Los caminos más fáciles no siempre nos llevan más recta y seguramente; se distrae uno algunas veces, tanto por el placer que se tiene en él y en contemplar los paisajes agradables de una y otra parte, como porque se olvida la diligencia del viaje» (*Cartas*, t. XVI, p. 124).

Si en la vida activa como en la contemplativa se busca la voluntad de Dios y a Dios por Él mismo, los dos caminos no son más que uno y la vida activa es una constante adoración de Dios en medio de las pruebas. San Bernardo coloca la perfección del amor en el matrimonio místico y el éxtasis; para san Francisco de Sales, se sitúa directamente en una vida plena enteramente sumisa a Cristo. Las pruebas pueden santificar hasta el punto de elevar a una actitud contemplativa, en el seno mismo de la acción más trepidante.

Sería una peligrosa ilusión creer que se puede llegar a esta actitud del alma sin la ascesis y la oración. San Francisco recomienda mucho el ejercicio de la presencia de Dios. La vida de un apóstol no podría encontrar su equilibrio, si no estuviese siempre unido filialmente a Dios. Su sensibilidad y su actividad se degradarían: la plegaria profunda no es una parte de su vida, es el alma misma de ella.

«Si tuviéramos el olfato mínimamente bien afinado, oleríamos las aflicciones todas almibaradas y perfumadas de mil buenos olores; pues, aunque por ellas mismas tengan un olor desagradable, sin embargo saliendo de la mano, y más aún [...] del Corazón del Esposo que no es otra cosa que perfume

y bálsamo todo Él, llegan por lo mismo, todas llenas de suavidad» (Cartas, t. XIII, p. 193).

«Dios se complace [...] en que nos quejemos de Él, con tal que esto sea amorosa y humildemente y a Él mismo, como hacen los niños pequeños cuando su querida madre les pega» (Cartas, t. XII, p. 387).

LAS DISTRACCIONES

«Entre los negocios, lo más que podáis, examinad si vuestro amor no está en absoluto hipotecado, si no está en absoluto empeñado, desarreglado, y si os mantenéis asida por una mano a Nuestro Señor. Si os encontráis embrollada, recoged vuestra alma y ponédla en reposo. Imaginaos cómo Nuestra Señora empleaba dulcemente una de sus manos, mientras con la otra tenía a Nuestro Señor, o en su brazo, durante su infancia, y esto con gran cuidado» (Cartas, t. XIV, p. 8).

«Cuando vuestro corazón se extravíe o distraiga, volvedlo a traer suavemente a su punto: remitidlo tiernamente cerca de su Maestro; y aun cuando no hiciérais otra cosa a lo largo de toda la hora (de oración) más que volver a tomar con paciencia y dulzura vuestra hora estaría muy bien empleada» (Cartas, t. XVIII, p. 37).

NO SE PUEDEN EVITAR TODAS LAS TENTACIONES

«La purificación y curación ordinaria tanto de los cuerpos como de las almas, pasando de un adelantamiento a otro, se hace poco a poco, progresivamente, a fuerza de trabajo y de tiempo [...]. Ni puede ni debe acabarse este ejercicio de purificar el alma hasta que acabe nuestra vida; así es que, no tenemos que turbarnos por nuestras imperfecciones, porque la perfección consiste en combatirlas y sería imposible combatirlas sin verlas y vencerlas sin encontrarlas; de modo que

nuestra victoria no consiste en no sentir las, sino en no consentir en ellas. Pero no es consentir el que nos incomoden, antes bien, para el ejercicio de la humildad conviene que alguna vez salgamos heridos en esta espiritual batalla; mas nunca quedamos vencidos sino cuando perdemos la vida o el esfuerzo (ánimo) [...]. Por eso David decía: "libradme Señor de la cobardía y falta de ánimo" (Sal 54, 9); porque, a la verdad, en esta guerra es una gran ventaja para nosotros saber que no necesitamos más que pelear para salir siempre vencedores» (Y. V. D. 1.^a parte, c. V).

Dios quiere que suframos pruebas. san Francisco de Sales escribía a santa Juana de Chantal:

«Esos deseos no se contentan con que no consintamos en las tentaciones, sino que querrían que no las sintiésemos [...]. Son deseos de una perfección bastante dulce» (Cartas, t. XIII, p. 306).

«Vosotros quisiérais, por ventura ser de esos soldados que tienen todo lo que desean en una buena ciudad [...]: son dueños de una buena casa, se acuestan en buena cama... se llaman, sin embargo soldados, haciéndose los valientes y animosos mientras no van en absoluto a la batalla [...]. Pero Nuestro Señor no quiere de ninguna manera estos guerreros en su ejército, quiere combatientes y vencedores, no holgazanes y cobardes; Él mismo ha querido ser tentado para darnos ejemplo» (Sermones reconstruidos, t. X, p. 202).

NO HAY PECADO SIN CONSENTIMIENTO

Vengan, pues, las tentaciones que vinieren, y aunque siga a ellas delectación, siempre que tu voluntad no consienta ni a la tentación ni aún a la delectación, no tienes porque turbarte, pues no hay ofensa de Dios; [...] sucede algunas veces que con la violencia de la tentación parece que el alma ha perdido totalmente sus fuerzas y que, como pasmada, no tiene vida espiritual ni movimiento; mas para conocer la verdad,

pongamos la mano en el corazón, observemos si el corazón y la voluntad conservan su movimiento, esto es, si rehúsan como deben, consentir y seguir la tentación y delectación, pues mientras subsista en nuestro corazón el movimiento de resistencia, estamos ciertos de que hay en nosotros caridad, que es la vida del alma, en la cual está Jesucristo nuestro Salvador, aunque escondido y encubierto y que, por tanto, con el ejercicio continuo de la oración, de los santos sacramentos y de la confianza en Dios, recobramos las fuerzas y viviremos una vida cabal y deliciosa» (Y. V. D., 4.^a parte, c. V).

REMEDIO CONTRA LAS TENTACIONES VIOLENTAS

«Cuando sientas alguna tentación has de hacer lo que los niños cuando ven algún lobo o algún oso en el campo, que al punto corren a echarse en los brazos de su padre o su madre o, al menos, los llaman para que los ayuden o socorran; acude tú a Dios del mismo modo, implorando su auxilio y su misericordia, que éste es el remedio que nos enseña Nuestro Señor: velad y orad para no caer en la tentación.

Si con todo esto ves que la tentación dura o se acrecienta, corre espiritualmente a abrazarte con la Santa Cruz como si vieras a Jesucristo crucificado; ofrece no consentir en la tentación, pídele socorro para vencerla y persevera todo el tiempo que dure la tentación, protestando que no quieres incurrir en ella.

Pero en tanto que haces estas protestas y rehúsas el consentimiento, huye la cara de la tentación; mira, sí a Nuestro Señor, porque si fijas tus ojos en la tentación, en especial cuando es muy violenta, podrá hacer titubear tu esfuerzo. Aparta tu tentación con algunas ocupaciones útiles y laudables, porque éstas, entrando en el corazón y asentándose en él, desalojarán las tentaciones y sugerencias malignas.

Pero el gran remedio contra todas las tentaciones, grandes o pequeñas, es abrir el pecho al director espiritual» (Y. V. D., 4.^a parte, c. IX).

MODO DE RESISTIR A LAS TENTACIONES LIGERAS

«Ya que es imposible librarse enteramente de la importunidad de esas tentacioncillas de vanidad, sospecha, disgusto, celos, envidia, enamoramiento [...] etc. que como moscas o moscones pasan delante de la vista [...] el mejor modo de resistir a ella es no apurarnos, pues aunque nos pueden molestar, no podrán dañarnos si estamos firmemente resueltos a servir a Dios.

[...] y cuando vengan a picarte y veas que de algún modo se paran en tu corazón, no hagas más que espantarlas, no poniéndote a pelear con ellas ni a darles respuesta, sino haciendo cualesquiera actos contrarios, pero en particular de amor de Dios; pues, a mi parecer, no conviene empeñarse en querer oponer la contraria, porque sería, de algún modo, disputar con ella, sino después de haber hecho un acto de la virtud contraria, si cómodamente se conoce la calidad de la tentación, se ha de volver sencillamente el corazón a Jesucristo crucificado, besando sus sagrados pies por medio de un acto de amor suyo.

Este es el mejor modo de vencer al enemigo, tanto en las tentaciones pequeñas como en las grandes; pues como el amor a Dios contiene en sí la perfección de todas las virtudes (...) es también el mejor remedio contra todos los vicios» (Y. V. D., 4.^a parte, c. IX).

ATAQUE A LAS PUERTAS

La Iglesia declara falso que podamos estar perfectamente exentos de pasiones. *«Dios quiere que tengamos enemigos» (Tratado del amor de Dios)*, pero es preciso sacar bien del mal por la vigilancia, la oración, la humildad, la paciencia, la mortificación y el acrecentamiento de méritos.

En las tentaciones, como en las pruebas espirituales, debemos ser pacientes, guardar la confianza y la paz. A

pesar de su rabia pavorosa, el demonio no puede entrar más que por la puerta del consentimiento. Burlémonos, pues, de sus ladridos:

«Dejad rabiarse al enemigo a la puerta: que llame, que moleste, que grite, que aúlle y haga lo peor que pueda; nosotros estamos seguros que no podrá entrar en nuestra alma más que por la puerta de nuestro consentimiento. Mantengámosla bien cerrada y veamos a menudo, si está bien cerrada. Y de todo lo demás no nos preocupemos en absoluto, pues no hay nada que temer» (Cartas, t. XIII, p. 28).

Éstas son las directivas que el santo da a la señora de Chantal: si las facultades están demasiado turbadas, expresar su súplica por un grito, un gesto, como prosternarse ante Dios:

«Burlémonos de los asaltos del enemigo, mantengámonos bien a cubierto, bajo nuestras inviolables resoluciones [...]. No nos asustemos de sus pasacalles: no podrá hacernos ningún mal, por eso quiere al menos darnos miedo y por ese miedo inquietarnos y por la inquietud, cansarnos y por el cansancio, hacémoslas dejar [...]. No temamos en absoluto a nadie más que a Dios y aún con temor amoroso; mantenemos nuestras puertas bien cerradas, tengamos cuidado de no dejar arruinar las murallas de nuestras resoluciones y vivamos en paz. Dejemos rondar y merodear al enemigo; que rabie cuanto quiera, pero no puede nada [...], es preciso tener un poco de paciencia en sufrir su ruido y su algazara en los oídos de nuestro corazón; al fin y al cabo no puede perjudicarnos» (Cartas, t. XIII, pp. 300-301).

«Que alborote tanto cuanto quiera a la puerta, no es preciso si quiera preguntar: ¿quién va? –Es verdad, me diréis, pero me importuna y su ruido hace que los de dentro no se entiendan los unos con los otros al hablar. –Es igual, paciencia, será preciso hablar por señas. Hay que prosternarse ante Dios y permanecer así, a sus pies. Él comprenderá por esta humilde postura que queréis su socorro, aunque no podáis hablar. Pero sobre todo, manteneos bien cerrada por dentro

y no abráis de ninguna manera la puerta ni para ver quien es ni para arrojar a este importuno. Al fin se cansará de gritar y os dejará en paz [...]. Es buena señal que el enemigo golpee y eche pestes a la puerta, pues es señal de que no tiene lo que quiere. Si lo tuviera no gritaría ya, entraría y (tomaría posesión) se pararía [...]. Mientras el enemigo se distrae queriendo escalar el intelecto, hacer una salida por la puerta de la voluntad y hacédle una buena descarga [...], haced que en lugar de disputar con el enemigo por el discurso, vuestra parte afectiva se lance con todas su fuerzas sobre él [...] uniendo a la voz interior la exterior» (Cartas, t. XII, p. 355-356).

Hay que permanecer tranquilos tanto cuanto podamos. «*La inquietud es el mayor mal del alma [...] después del pecado*». La angustia nos priva de nuestras posibilidades, pues, pensamos que todo está perdido y abrimos así la puerta a las tentaciones. Hay que evitar la crispación que causa el esfuerzo mal dirigido. Oremos: Dios no nos abandona. Él nos deja correr el riesgo de ligeras caídas y humillaciones, pero en las dificultades graves nos ofrece su mano todopoderosa y jamás somos tentados por encima de nuestras fuerzas.

Durante los asaltos más grandes, a pesar de todas las apariencias, Dios está en nosotros y Él sólo nos sostiene. «*Hacer estos rechazos con mucha suavidad (...) y como por amor, no por la necesidad del combate*». Pongamos el acento sobre lo positivo más que sobre lo negativo, ofrezcamos actos morales buenos y afectos mayores. San Francisco escribía: «*vuestro mal viene de que teméis más los vicios de lo que amáis las virtudes*».

A menudo no se habla más que de la inteligencia y de la voluntad. Tal y como lo enseña actualmente la psicología, san Francisco de Sales pedía utilizar la sensibilidad en armonía con la voluntad y la inteligencia. Ofrecer a Dios el propio sufrimiento sin complacerse en él, pero sin renuncia a la prueba.

«*Así pues, cuando sintáis (las tentaciones) inclinad dulcemente vuestro corazón del otro lado y no os inquietéis en absoluto*» (Cartas, t. XIV, p. 113).

Si el demonio ve que aprovechamos las tentaciones para «inclinarnos» hacia Dios, cesará. Más todavía, hagamos un gesto delicado y positivo que excluya la turbación.

«En las pruebas contra la fe [...] haced un acto positivo de fe, protestando querer creer siempre todo lo que Dios ha revelado [...]. Distraed vuestro corazón a otras ocupaciones, principalmente exteriores. Y aunque la tentación venga en torno a vos, no hagáis ningún semblante de verla, sino, disimulando este ataque, aplicaos a los otros ejercicios» (Cartas, t. XIV, p. 113).

En lugar de utilizar el método negativo, ofrecer objetos moralmente buenos a la actividad de las fuerzas psíquicas. Las otras inclinaciones pierden atractivo. Existe el peligro de poner toda la atención sobre el mal: «no pensar en su ruido».

La psicología moderna justifica por completo este consejo de la distracción, capital para san Francisco de Sales. Tengamos tanta paciencia cuanto sea preciso. Muchos santos han sido violentamente tentados, como santa Juana de Chantal lo fue durante más de cuarenta años.

Una paz verdadera puede subsistir en la fina punta del alma. La distinción entre las dos partes del alma es muy tranquilizadora. Nuestra mala naturaleza no es nuestra verdadera personalidad. ¡Cuántas almas han continuado orando y manteniéndose gracias a esta distinción! Ésta es, junto con la confianza en la superabundancia de las gracias de la Redención, una de las bases de su optimismo.

Hay que corregirse con paciencia. Hace falta tiempo y la hora del éxito pertenece a Dios. Él nos da la gracia para vencer poco a poco. No debemos perdernos en un futuro soñado, para dispensarnos hacer día a día el esfuerzo del momento presente impuesto por la vocación; debemos caminar tramo a tramo, humildemente, en medio de las dificultades, tanto tiempo como plazca a Dios. Debemos tener en cuenta nuestra realidad personal concreta, de otro modo iríamos contra la conformidad a la voluntad de Dios. Seamos lo que somos y seámoslo bien.

Un poco de verdad

Vivimos dándole vueltas
para cosas conseguir,
creyéndonos está en ellas
todo lo que hay aquí.

Ni siquiera esto logramos,
aun siendo tan banal,
y la vida nos pasamos
deseando tener más.

Esfuerzos que nada valen,
pues no nos llena jamás,
produce insatisfacción,
y vacío emocional.

Cuánto error, cuánta carencia,
y falta de precisión,
no saber ver desde lejos
lo importante, lo mejor.

Ver en profundidad el futuro,
y para él trabajar,
esforzarnos en aquello
que es vital y sustancial.

Eso que llena la vida,
ahora, y en el después,
que equilibra y armoniza,
nos da paz y lucidez.

Hemos de ser muy sensatos,
y sabernos valorar,
reflexionar que podemos,
hacia dónde caminar.

Lo que importa, y lo necio,
en qué esforzarse en el ya,
para así coger los frutos
en lo cierto y la verdad.

BASILIO BENITO SÁNCHEZ
Salamanca

Bibliografía

GERHARD LUDWIG MÜLLER, *La Misa Fuente de vida cristiana*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2004, 230 pp.

A lo largo de este libro su autor, profesor de teología y obispo de Regensburg (Alemania), reflexiona sobre los siguientes aspectos de la Eucaristía presentes en la celebración litúrgica: la comunión de vida con Cristo; el encuentro con el Dios encarnado; la liturgia de la palabra como actualización del mensaje de Jesús sobre el reino de Dios; el sacrificio eucarístico como comunión con Cristo crucificado y resucitado, y como sacrificio sacramental de Cristo y de la Iglesia.

El extenso e interesante apéndice con el que concluye esta reflexión se centra en el desarrollo reciente de la teología de la misa. En dicho apéndice se comienza a recorrer la historia de este desarrollo aludiendo a los decretos de Pío X sobre la primera comunión de los niños y sobre la frecuencia de la comunión. Se recuerdan también otros momentos de este desarrollo como el impacto del movimiento litúrgico, que despertó la conciencia de la «participación activa» en la celebración pascual de nuestra redención, los trabajos fecundos de Odo Casel sobre la teología de los misterios, los intentos por superar el lenguaje y el pensamiento de la teología escolástica. Se alude igualmente a la encíclica *Mystici Corporis* (1943) donde el papa Pío XII proponía la actuación conjunta de los miembros del cuerpo místico con Cristo, su cabeza; también se habla de la *Mediator Dei*, que resaltó el significado del sacerdocio de todos los fieles, sin perjuicio de la actuación propia del sacerdote ordenado. Asimismo se hace alusión, de modo especial, a la constitución sobre la liturgia del concilio Vaticano II, que se convirtió en la carta magna de la reforma litúrgica posconciliar. Retoma igualmente las palabras de Juan Pablo II que se encuentran en su carta apostólica *Novo millennio ineunte*, con las que el papa afirma que en el siglo XX, especialmente a partir del Concilio Vaticano II, la comunidad cristiana ha ganado mucho en la forma de celebrar los sacramentos y sobre todo la eucaristía. Después de aludir a estos momentos capitales del desarrollo reciente de la eucaristía, se pregunta si el llamado «hombre de hoy», marcado, entre otras cosas, por la secularización y el trato inmanentista y tecnocrático con el mundo, sigue siendo litúrgico. Esta pregunta le lleva a otra más fundamental, es decir, a la pregunta por la capacidad humana de trascendencia. Y afirma que «sólo puede comprender y participar del lenguaje de la liturgia quien, más allá de su contexto natural en el lenguaje huma-

no, entiende los conceptos fundamentales del lenguaje y de la palabra de Dios que se expone en el lenguaje confesional de la Iglesia» (p. 192).

En este mismo apéndice recoge algunas críticas o rechazos de la eucaristía, como la incompreensión por parte del hombre contemporáneo, formado en el psicoanálisis de Freud, de la interpretación de la muerte de Jesús en la cruz como «sacrificio» representativo y expiatorio de nuestros pecados. A este propósito el autor nos remite a la definición que da san Agustín del sacrificio. A su juicio, la teología renovada sobre la eucaristía no ha dado los frutos esperados porque «ha encallado en el banco de arena del deísmo y en las arenas movedizas de la sociedad de la experiencia» (p. 199). Su reflexión prosigue entrando en diálogo con la interpretación feminista de la eucaristía, representada por la teóloga Agnes Wuckelt, y con las cuestiones de teología sistemática en perspectiva ecuménica. Nos encontramos ante una reflexión seria y serena sobre el sacramento de la eucaristía.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

ALFREDO TOLÍN, *De la montaña al llano. Claves para el encuentro con Jesús*, Narcea, Madrid 2003, 116 pp.

Podemos constatar que la ineficacia de muchas de nuestras actividades pastorales se debe, en gran medida, a querer construir sin cimientos, sin bases; a querer hacer andar o echar a correr sin haber dado los primeros pasos. En estas páginas se quiere responder a la pregunta: ¿Cómo ayudar a dar los primeros pasos del camino vital del cristiano? La respuesta que aquí encontramos se basa en la experiencia pastoral parroquial del autor, iluminada por los escritos del Nuevo Testamento. Esos primeros pasos constituyen una síntesis elemental de espiritualidad cristiana que A. Tolín resume del siguiente modo: En primer lugar, hay que desarrollar una fe en el Dios de Jesucristo, en el Dios del llano, que camina y se encuentra allí donde estamos; en segundo lugar, este encuentro con Dios en Jesucristo, nos lleva a la admiración y al asombro, reconociéndole y cayendo en la cuenta de su presencia amorosa entre nosotros; en tercer lugar, esa presencia nos lleva a hacernos como niños para participar en el reino de Dios; en cuarto lugar, este encuentro nos debe llevar a vivir en nuestro mundo de forma comprometida; en quinto lugar, debemos recuperar la alegría como base de la experiencia y del testimonio cristiano; y, finalmente, tenemos que entablar nuevas relaciones con la naturaleza, con nosotros mismos y con los demás. Estas ideas se desarrollan a lo largo del libro. El epílogo es una invitación al crecimiento espiritual, que es una verdadera vocación y que se propicia por: la memoria constante del amor de Dios en nosotros, la fidelidad presente a la llamada a la convivencia y al seguimiento de

Cristo, y por la revisión frecuente a la luz y desde la escucha de la Palabra de Dios.

En estas páginas se nos hace una oferta de reflexión abierta en la que se nos dan ideas, sugerencias, reflexiones, intuiciones, meros planteamientos ordenados con cierta coherencia.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

ANSELM GRÜN, *Evangelio y psicología profunda* (Colección «espiritualidad»), Narcea, Madrid 2003, 104 pp.

Inspirándose en el libro de E. Drewermann, titulado *Psicología profunda y exégesis*, y en un libro de Sanford, discípulo de C. G. Jung, donde hace una exégesis bíblica desde el punto de vista de la exégesis profunda, y sirviéndose también de sus propios cursos de psicología profunda y de los cursos especiales impartidos a jóvenes, el conocido autor de este libro, A. Grün, trata de abrir nuevos caminos para leer e interpretar la Biblia a través de imágenes y transmitir la exégesis bíblica común en el monacato desde el siglo IV. El objetivo de esta exposición del evangelio en imágenes narradas no es otro que el del encuentro con Dios o la transformación por Jesucristo de la propia existencia y la apertura a la acción curativa y santificadora del Espíritu de Dios, que quiere transformar al creyente en la palabra y por medio de la palabra.

A. Grün entiende la exégesis profunda como una continuación de la exégesis espiritual elaborada por Orígenes y practicada por la tradición monástica. Es la exégesis practicada por los místicos de todos los tiempos, que siempre pensaban con imágenes y a través de imágenes.

Antes de pasar a la aplicación de este método exegético a textos concretos del Evangelio, el autor hace un breve recorrido por los distintos métodos de acercamiento al texto sagrado, desde la exégesis espiritual de la Iglesia primitiva, aludiendo principalmente al método practicado por Clemente de Alejandría y Orígenes, hasta el método histórico-crítico y sus variantes (la historia de las religiones, el método camillario, la historia de las formas y la historia redaccional), y deteniéndose más ampliamente en la exégesis psicológico-profunda que se aplica en el resto del libro a algunos relatos evangélicos de curaciones, parábolas, «narraciones ejemplificadas», tradiciones orales, historias de encuentros, la pasión y la resurrección. Estas aplicaciones son en algunos casos sugerentes, en otros nos parecen personalmente un tanto forzadas, dando incluso la impresión de que se trata más de transponer o proyectar el contenido de un mito que de escuchar lo que verdaderamente el texto nos quiere comunicar.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JOSÉ FERNÁNDEZ-PANIAGUA, *Las Bienaventuranzas, una brújula para encontrar el Norte* (Colección «espiritualidad»), Narcea, Madrid 2002, 94 pp.

El autor de este libro quiere sumergirnos a través de sus páginas en la inmensa riqueza y en las incalculables posibilidades que ofrecen las Bienaventuranzas para el cristiano, convencido de que en ellas está la estrategia de vida para acertar a vivir el Evangelio. En las Bienaventuranzas se pueden encontrar también, y de forma paradójica, las armas para alcanzar la felicidad plena y total. El autor las entiende no tanto como mandamientos, sino como orientaciones o «brújulas» que nos señalan el Norte, es decir, al Padre. El libro se estructura en ocho capítulos, siguiendo cada una de las Bienaventuranzas, según la versión del Evangelio de san Mateo. Cada capítulo se estructura, a su vez, en tres partes: 1) en primer lugar, una interiorización, en verso, de la Bienaventuranza; 2) luego viene una reflexión sobre la Bienaventuranza en cuestión; 3) y finalmente una presentación en forma de oración.

Escrito desde su experiencia de sacerdote y de orante, el autor de este libro nos ofrece unos apuntes que sólo pretenden ser una ayuda para la oración personal, consciente de que para orar no hay recetas y de que cada orante debe encontrar su modelo; aunque sí es posible señalar sendas para que cada uno encuentre su propio camino de oración. Esto último constituye precisamente el objetivo primordial de estas páginas donde se utiliza un lenguaje sencillo y comprensible para todos.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JOSÉ ANTONIO SAYÉS, *Teología de la fe* (Magister 28), San Pablo, Madrid 2004, 329 pp.

El tema de la fe es clave para nuestra existencia cristiana; sobre él descansa toda la teología. El autor de este libro se plantea de entrada las siguientes cuestiones que están en el trasfondo de su reflexión: ¿No nos hallamos hoy en día en una crisis de fe? ¿Puede ser la fe una interpretación de la Escritura desde una experiencia personal sin atender a la Tradición y a la guía del magisterio? ¿Puede fundarse la fe en el don de la gracia divina al margen de las exigencias de la razón? ¿Cabe tener una certeza racional en el asentimiento de la fe?

J. A. Sayés considera que la crisis actual no es sólo una crisis del mundo, sino también una crisis de la misma fe. A este respecto nuestro tiempo se caracteriza por un fuerte «fideísmo», pues muchos piensan que hoy no puede darse una fundamentación racional de la fe. Tal opinión, contraria al magisterio eclesial hace imposible el diálogo con los no creyentes o incluso con los no cristianos. El autor sale al paso de esta opinión retomando las siguientes palabras de Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio*: «La fe, privada de la razón, ha subrayado

el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal. Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición» (FR 48).

Recorriendo las vicisitudes por las que ha pasado el tratado de la fe a lo largo de la historia, el autor recuerda cómo quedó herida con la Reforma, que negó el carácter salvífico de los contenidos de la confesión y eliminó la función de la razón; con el liberalismo protestante quedó reducida a una mera experiencia. Sin caer en ese extremo, la teología católica, en muchas corrientes del pasado y de la actualidad, ha renunciado a la fundamentación racional de la fe. El autor quiere recuperar el equilibrio que encontramos en los autores de talla del pasado, como por ejemplo en santo Tomás; equilibrio entre el don sobrenatural y la razón, entre la confesión intelectual y la confianza en Dios. Con ese objetivo distribuye el material en dos partes, una histórica, la más extensa, y otra sistemática, para que el lector pueda conocer los problemas surgidos en la historia y las respuestas a los mismos. La parte sistemática reflexiona sobre las siguientes dimensiones de la fe: la fe como confesión, la racionalidad de la fe, la sobrenaturalidad de la fe, la relación entre gracia y libertad y entre fe y salvación. Uno de sus objetivos ha querido ser el de hacer una aportación personal a uno de los mayores problemas de la teología, como es el de la relación que existe entre fe y razón. En este sentido lo que sí consigue es poner el dedo en la llaga, insistiendo, como lo hace el papa Juan Pablo II en la mencionada encíclica, en la necesidad de dar a la razón el papel que le corresponde en la fundamentación de la fe.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

GUY BEDOUELLE, *Historia Ilustrada de la Iglesia. Los grandes desafíos*, San Pablo, Madrid 2004, 277 pp.

Este libro retoma prácticamente, con algunas modificaciones, el texto de la *Historia de la Iglesia* publicado en español por el mismo autor en 1993. Ahora se nos ofrece una edición de lujo, en papel satinado y con 563 bellas ilustraciones acompañadas de un breve comentario. No quiere ser una historia ilustrada de la Iglesia como las que se hacían en el pasado, ni una historia del arte explicada en su contexto religioso, sino que se trata de «un proyecto novedoso», consistente en hablar de toda la historia del cristianismo latino utilizando dos caminos paralelos y complementarios: la palabra escrita y la imagen. El autor expresa su convicción de que «si una frase tiene necesariamente algo de incompleto, debido a su brevedad, sintaxis y coherencia, la imagen ofrece plenitud remitiendo a la complejidad o a la armonía del fenómeno histórico» (p. 7). La imagen tiene la ventaja de hablarnos por medio de símbolos visuales, colores y formas, y es más adecuada para evocar el misterio, aunque necesita ir acompa-

ñada del texto o de una explicación; el arte nos permite ver, mientras que el relato histórico explica y hace reflexionar. Esos dos caminos son –a juicio de G. Bedouelle– necesarios para comprender.

El libro se presenta también como un *manual* destinado a los estudiantes. En él se ofrece una visión de conjunto de la historia de la Iglesia romana a lo largo de los veinte siglos de existencia. No se pretende entrar en todos los detalles. Quiere ser una historia centrada en las cumbres. Discurre al ritmo de los desafíos, los quebrantos y las recuperaciones, las conversiones y las integraciones sucesivas. A través de este proceso el creyente puede discernir «el dedo de Dios escribiendo en la arena del tiempo».

Se trata igualmente de un *ensayo*. Además, no se ha querido ofrecer una perspectiva ecuménica. El punto de vista desde el que se analiza esta historia es declaradamente el occidental e incluso el europeo, y, en algunas ocasiones, el francés.

Ante la cuestión que se plantea si la historia de la Iglesia es una ciencia humana o una teología, el autor quiere mostrar en estas páginas que ambas ópticas no son contradictorias, sino que deben ser, a la vez, separadas y asociadas: separadas en cuanto al procedimiento y al método, pero asociadas en la comprensión. G. Bedouelle expresa su convicción de que es urgente reflexionar sobre la visión teológica, que tiende a desaparecer a la hora de presentar la historia de la Iglesia.

Los once desafíos que nos invitan a recorrer estas páginas nos proporcionan una visión penetrante y serena de la historia de la Iglesia. Se trata de un libro que todo el mundo puede disfrutar, no sólo por lo ameno de la narración, sino también por la belleza de las expresiones artísticas que lo ilustran.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU, *Los Nuevos Movimientos Religiosos (Nueva Era, Ocultismo y Satanismo)* (Colección «Las Religiones ¿qué son?» 6), San Pablo, Madrid 2004, 140 pp.

Hoy estamos asistiendo a una proliferación de los llamados «nuevos movimientos religiosos» que se están difundiendo en las sociedades occidentales; estos movimientos comparten la convicción de que el racionalismo científico no es capaz de orientar la vida social contemporánea. Este retorno a la religión tiene manifestaciones irracionales e intolerantes, pero también hay manifestaciones liberadoras y dialogantes, con un enorme esfuerzo de renovación y autenticidad de vida. Hay que reconocer que este resurgir de las religiones se realiza de una manera confusa. Se mezclan todo tipo de espiritualismos, esoterismos, meditaciones orientales, psicoterapias y dietas de adelgazamiento, conformando una especie de conglomerado confuso que es importante clarificar. Por ello es de capital impor-

tancia conocer, aunque sea someramente, el panorama religioso actual con el fin de actuar en consecuencia.

El objetivo principal del autor de estas páginas es precisamente situar críticamente esta «nueva espiritualidad» y señalar los nuevos movimientos religiosos más significativos que surgen en las diversas tradiciones religiosas para que el propio lector adquiera unos adecuados parámetros de valoración de los mismos.

Después de decirnos qué son los nuevos movimientos religiosos, el autor comienza su recorrido analizando el fenómeno denominado «Nueva Era», que, juntamente con los otros movimientos religiosos, es uno de los desafíos más urgentes para la fe cristiana. Dicho fenómeno –nos dice el autor del libro– se presenta como una respuesta engañosa a la esperanza más antigua del ser humano, es decir, a la esperanza de una Nueva Era de paz, armonía, reconciliación consigo mismo, con los demás y con la naturaleza. A continuación J. L. Vázquez nos presenta los nuevos movimientos religiosos de origen africano y asiáticos; luego los movimientos religiosos relacionados con las grandes religiones (judaísmo, cristianismo e islamismo). La última parte del libro está dedicada a la presentación del cientifismo, el ocultismo y el satanismo. En la conclusión se nos ofrecen varias propuestas para situar al cristianismo ante el clima religioso en el que nos desenvolvemos, a veces sin percatarnos totalmente de lo que ocurre a nuestro alrededor. Cada capítulo va seguido de un breve vocabulario que ayuda al lector a comprender mejor la exposición del tema tratado. Luego se ofrece también un material didáctico; otros recuadros, que acompañan el desarrollo de cada capítulo, completan el análisis.

Este libro de carácter divulgativo hace accesible a todos los públicos una información breve y concisa relativa al panorama religioso actual, y nos indica algunas pistas de renovación para situarnos adecuadamente como cristianos ante él.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

DOMENICO DEL RÍO, *Karol Wojtyła. Historia de Juan Pablo II*, San Pablo, Madrid 2004, 414 pp.

Esta nueva biografía sobre el papa Juan Pablo II es obra del periodista y escritor italiano Domenico del Río, quien trabajó como corresponsal en el Vaticano y fue especialista e informador religioso del diario *La Repubblica*. Además de esta biografía que presentamos aquí, es autor de los siguientes cinco libros sobre Juan Pablo II: 1) *Wojtyła, el nuevo Moisés*; 2) *Wojtyła. Un pontificado itinerante*; 3) *Floreceillas del Papa Wojtyła*; 4) *La zarza ardiente. Retrato de Karol Wojtyła*; 5) *Karol Wojtyła. Historia de Juan Pablo II*. El libro que reseñamos ahora se publicó después de su muerte. En él narra la vida de Juan Pablo II comenzando por una anécdota de sus años de niñez, cuando asistía a la escuela en Wadowice, su pueblo natal, situado a

50 kilómetros de Cracovia. Con un estilo ameno, incorporando diálogos y frases de los distintos personajes que van saliendo a la escena, el autor de esta biografía va seduciendo al lector para que siga adelante en su lectura como si estuviera leyendo más bien una novela. Sabe articular y presentar de forma atractiva toda la vasta información que maneja. El libro está escrito con un gran respeto y una profunda admiración hacia el personaje biografiado, al que califica de «grande», inspirándose en los hechos y también en una frase de la revista semanal *Time* de Nueva York, que en el año 1994 eligió a Juan Pablo II como «hombre del año» y daba la siguiente explicación: «Sus ideas son completamente diversas de las de la mayor parte de los mortales. Son más grandes». Domenico del Rio se muestra agradecido hacia el papa Juan Pablo II por su testimonio orante. Él le ha enseñado a «meterse en Dios». En uno de sus libros había manifestado lo siguiente: «De nadie he recibido tanta ayuda como de su fe».—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

MICHEL LEDRUS, *El Padrenuestro, oración evangélica* (Beber de la roca), San Pablo, Madrid 2004, 135 pp.

Estas páginas están entresacadas de entre un cúmulo de notas, apuntes y referencias de M. Ledrus, profesor de Teología espiritual en la Gregoriana. En ellas se muestra su continua profundización en la experiencia orante, su «gustar y sentir cada vez más íntimamente» el misterio de Dios y su meditación cada vez más penetrante de la Palabra de Dios. Por su ancianidad y enfermedad no pudo revisarlas ni verlas publicadas. El hecho de sacarlas ahora a la luz tiene como objetivo ayudar a todos a rezar y a rezar mejor.

Como se expresa en el título, el libro es un comentario al *Padrenuestro*, oración que -en palabras de M. Ledrus- representa el punto de convergencia de todas las líneas de la enseñanza evangélica. A juicio del autor, cada una de las peticiones representa todo un mundo de consideraciones, de tal modo que detrás de cada una se pueden alinear numerosos textos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, y descubrir las dimensiones esenciales que articulan el mensaje evangélico; todas ellas se resumen en la petición del don del Espíritu Santo. Según nos dice M. Ledrus, podemos encontrar en el *Padrenuestro* todo un tratado completo de vida espiritual; pero nunca profundizaremos suficientemente en él. El orden que sigue en la presentación y en la meditación de estas peticiones no es el *sapiencial* propio del texto tal y como nos ha sido transmitido, sino el *pedagógico*, es decir, el orden de elaboración normal de la vida espiritual del cristiano. Por tanto, opta por el orden ascendente que va de menos a más, de lo más conocido a lo menos conocido y menos experiencial, de nuestra miseria y alejamiento al reino. Para M. Ledrus «el estudio del *Padrenuestro* es fecundo si marca un

ingreso humilde en el espíritu de oración» (p. 25). Estas densas reflexiones buscan provocar en el lector una fecundidad de ese orden.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

FRANCO BROVELLI, *En el corazón del apóstol. A la escucha de san Pablo*, San Pablo, Madrid 2004, 183 pp.

En este libro se presentan los ejercicios espirituales predicados por el autor a los presbíteros de la diócesis de Milán. El texto fue transcrito a partir de las grabaciones efectuadas y que el autor no ha revisado. Por tratarse de una transcripción de discursos hablados la palabra viva y llana resuena de modo especial. En esas charlas el autor se había propuesto ahondar en la experiencia apostólica de san Pablo con el fin de favorecer la contemplación de su llamada durante el camino hacia Damasco, así como también la contemplación de su unión con Jesucristo, la contemplación de su pasión por la Iglesia y de su anhelo misionero, plasmado en su propósito de llevar a Jesucristo a todo ser humano. El autor quiere igualmente explicar y hacer «gustar» en qué medida estas dimensiones fundamentales de la existencia apostólica se mantienen, crecen y se consolidan precisamente en el ministerio, en la pruebas y en los consuelos que lo acompañan. A partir de aquí surge la reflexión atenta para comprender lo que sucede en el corazón del Apóstol cuando sirve al Evangelio y para familiarizarse con los caminos por los que el Señor conduce a la madurez.

La meditación sobre algunas páginas autobiográficas de Pablo que aquí se nos propone, quieren ayudarnos a escuchar no sólo lo que el Apóstol de las gentes nos aconseja de vez en cuando, sino también lo que le sucede a él mientras sirve al Evangelio, mientras entrega su vida a las jóvenes Iglesias, mientras las exhorta, sostiene, anima, reclama e impulsa en un contexto extraño y hostil. Esto último es precisamente el hilo conductor de las reflexiones que se nos ofrecen en este libro. En el fondo se pretende responder a los siguientes interrogantes: ¿Qué le sucede a una persona que entrega su vida al servicio del Evangelio? ¿Qué experimenta en su humanidad, en su fe y en la comprensión de su misma vocación?—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JESÚS ESPEJA, *¿Tiene sentido la vida religiosa? Cuando fallan los proyectos utópicos*, San Pablo, Madrid 2004, 224 pp.

El conocido teólogo dominico Jesús Espeja nos ofrece este nuevo libro en el que no pretende elaborar ninguna teoría sobre la vida religiosa, sino más bien señalar algunos interrogantes y atisbos de nuevos caminos que hoy se van apuntando. Dicho con otras palabras, el autor intenta «discernir los latidos de la vida religiosa tal como está

sucedendo en distintas regiones, para vislumbrar lo común y lo nuevo que quiere nacer». Esta reflexión sobre la vida religiosa arranca primordialmente de la propia experiencia del autor como religioso dominico. Esta experiencia ha sido enriquecida además por su participación en varios encuentros y asambleas con religiosos y religiosas de España y América Latina, y, últimamente, con el ejercicio de su ministerio en Cuba.

El libro consta de tres partes formadas por la reunión de materiales diversos a los que se ha intentado dar una unidad. La primera reflexiona sobre la vida religiosa en la sociedad europea, caracterizada por la secularización. El contenido de esta parte tuvo su origen en unas sesiones de reflexión con los monjes benedictinos de Santo Domingo de Silos, en el verano de 2002. La segunda parte trata sobre la vida religiosa en la situación de injusticia que se vive en el contexto latinoamericano. Esta parte salió de sus contactos y seguimiento de la CLAR en sus asambleas y reflexiones. En julio de 2003 impartió un curso de teología en Bogotá y tuvo la ocasión de visitar esa institución e informarse un poco sobre su situación actual. Aquí introduce también una breve referencia a la vida religiosa tal y como se vive hoy en Cuba. En la tercera y última parte reflexiona sobre todo lo descrito anteriormente con el fin de explicitar algunos puntos que son, a su juicio, decisivos para renovar la vida religiosa y mirar confiadamente hacia el porvenir. Esta última parte se estructura en torno a los tres puntos que propone el papa Juan Pablo II a toda la Iglesia en los inicios del nuevo milenio, y que constituyen las tres vertientes hacia donde los religiosos deben orientar su conversión para traer la salvación evangélica a sus comunidades: la conversión al verdadero Dios, el encuentro con el mundo y la atención a la causa de los excluidos.

Todos los análisis y reflexiones que se ofrecen en estas páginas quieren orientar a los religiosos y religiosas de hoy a no dejarse impresionar excesivamente por las experiencias negativas, que sin duda son bien reales. A pesar de ellas, el autor de este libro invita a seguir creyendo en la vida religiosa y a volver a su radicalismo evangélico más genuino.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

Beato Josemaría Escrivá de Balaguer: Un hombre de Dios. Testimonios sobre el fundador del Opus Dei (Testimonios mc), Palabra, Madrid 2001, 447 pp.

Esta reedición reúne veintiocho testimonios escritos por algunas personalidades relevantes de la vida eclesial española —obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, ...— que trataron directamente con el ya canonizado Josemaría Escrivá de Balaguer. Todos estos testimonios, antes de publicarse en pequeños folletos (en 1992) o en la primera edición de este libro (1994), formaron parte de la docu-

mentación procesal entregada a la Congregación para las Causas de los santos durante las primeras etapas de su proceso de canonización. Hay una característica común a todos estos testimonios que es importante subrayar, y que es también lo primero que resalta al leer estos relatos, nos referimos al testimonio de la amistad. Efectivamente, todos los personajes que aquí escriben estuvieron unidos a san Josemaría por una verdadera amistad.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

ALFONSO MÉNDIZ y JUAN ÁNGEL BRAGE, *Un amor siempre joven. Enseñanzas de San Josemaría Escrivá sobre la familia*, Palabra, Madrid 2003, 357 pp.

El presente libro está dividido en cuatro partes. La primera recoge tres estudios preliminares que enfocan de diferentes formas una idea central de Josemaría Escrivá sobre la familia: que el matrimonio es una auténtica vocación divina y un camino de santificación personal. La segunda parte es una selección de textos sobre su predicación oral en relación con la familia. Dicha predicación abarca los años 1972-75 en que el fundador del *Opus Dei* realizó intensos viajes catequéticos por España, Portugal y Latinoamérica. Estos textos proceden de intervenciones más o menos espontáneas, surgidas al hilo de preguntas planteadas por diversas personas que asistieron a esos encuentros multitudinarios. Son textos poco conocidos que se han reunido de fuentes muy diversas. La tercera parte recoge un conjunto de estudios sobre sus enseñanzas relacionadas con el amor conyugal y la familia. Son un total de trece ensayos, agrupados en torno a cuatro grandes temas: Matrimonio y amor conyugal, vida familiar, mujer y familia, y educación de los hijos. La cuarta y última parte está formada por un conjunto de testimonios en torno a la figura de Escrivá de Balaguer y la familia. Presenta un tono más íntimo y casi autobiográfico. Los autores de estos testimonios son en algunos casos personajes conocidos en la vida pública, otros son escritores de cierto renombre (como José Luis Olaizola y José Asenjo), en la mayoría de los casos se trata de hombres y mujeres que tratan de vivir su matrimonio de cara a Dios, con sencillez y alegría.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

Contemplar el rostro de Cristo

El rostro es la parte del cuerpo humano que nos permite reconocer a una persona. Según el dicho popular, «la cara es el espejo del alma». Normalmente miramos el rostro de una persona, y, sobre todo, sus ojos, para descubrir sus sentimientos ocultos y sus estados de ánimo. Por eso miramos el rostro de Jesús para conocer lo que hay en su corazón, para descubrir cuáles son sus sentimientos respecto a nosotros. Pero, además, el rostro de Cristo permite remontarnos hasta el rostro del Padre. Jesús mismo así lo reconoce cuando afirma que *quien le ha visto a él ha visto al Padre*. Por su parte, san Pablo habla de Cristo como imagen del Padre o como imagen del Dios invisible. También la carta a los Hebreos habla de Jesús como «resplandor» de la gloria de Dios e «impronta de su sustancia». La mirada contemplativa no pretende ser indiscreta, no se reduce a un simple ver, sino que consiste en una mirada que nos compromete hasta el fondo de nuestro ser. Sólo podemos contemplar el rostro de Cristo si él mismo nos lo muestra. No podemos acceder a su rostro si no es por medio de los ojos de la fe.

En el Antiguo Testamento el rostro de Yahvé es Dios mismo considerado como fuente de luz; es su presencia resplandeciente, su radiante belleza; es la mirada que dirige

hacia sus criaturas, provocando la mirada de éstas. En la fórmula de bendición que Dios reveló a Moisés encontramos esta referencia al rostro: «Yahvé te bendiga y te guarde; ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio; te muestre su rostro y te conceda la paz» (Nm 6, 24-26). El rostro de Dios es un signo de su presencia. En la Escritura, volver el rostro hacia alguien significa expresarle sus sentimientos de benevolencia; pero también puede ser un signo de enemistad. Dios aparta su rostro con cólera de quien lo desprecia. El salmista grita a Dios diciendo: «haz brillar tu rostro sobre nosotros y seremos salvados» (Sal 80, 4); tenía la convicción de que el rostro de Dios habita de modo especial en el templo de Jerusalén, por eso pregunta: «¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?» (Sal 42-43, 3). El justo clama a Dios diciendo: «¿Hasta cuando me ocultarás tu rostro?» (Sal 13, 2). Pero es inútil que Dios muestre su rostro si hay en nosotros demasiados obstáculos que nos impiden verlo. Por su parte, el impío piensa que Dios tiene el rostro tapado y que no mira jamás (Sal 10, 11).

Los hebreos sabían que no se puede ver el rostro de Dios y seguir viviendo. En el libro del Éxodo se declara que aquí abajo sólo podemos ver la espalda de Dios. Este modo de expresarse es una forma de confesar la trascendencia de la luz divina. Sin negarla, los cristianos creemos que Dios nos ha mostrado su rostro, de forma definitiva para esta vida, en su Hijo Jesucristo.

La belleza del rostro de Dios siempre ha ejercido una irresistible fascinación en la humanidad, al menos cuando ese rostro se muestra tal cual, sin ser deformado con nuestras afirmaciones o con nuestra vida. Anunciar el rostro de Dios es tarea de toda la Iglesia sin excepción. Para ello necesitamos contemplarlo antes. Poder contemplarlo es, en primer lugar, una gracia de Dios. Pero entre los muchos recursos que tenemos para responder a esta gracia está la oración del Rosario. Esta sencilla y profunda oración nos ayuda a recorrer los misterios de la vida de Cristo en los que

su rostro se va desvelando. El Rosario es una escuela de oración donde aprendemos a contemplar el rostro de Cristo con los ojos de su madre. En él aprendemos a contemplar el rostro de un niño pequeño, pobre y necesitado del socorro de su familia; le contemplamos adolescente, sacando a la luz su conciencia de ser el Hijo de Dios a título único y exclusivo. Le vemos más adelante, sorprendiéndonos, poniéndose a la fila de los pecadores que acudían al Jordán a confesar sus pecados y dejarse bautizar por Juan. Le contemplamos mostrando con sus signos la presencia del Reino de Dios y la necesidad que todos tenemos de volver a Dios de todo corazón. Le contemplamos también transfigurado en el Tabor y entregado en el cenáculo a la hora de instituir la Eucaristía. Contemplamos su rostro desfigurado por el dolor en Getsemaní, escupido, tapado y abofeteado ante el Sanedrín, sufriente y ensangrentado en la pasión. Pero, sobre todo, lo contemplamos glorioso.

La escuela del Rosario sigue siendo fecunda, siempre que entremos en ella con humildad, con los ojos de la fe abiertos y dispuestos a aprender la lección que el Espíritu de Jesús nos imparte en ella.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

La elegancia espiritual de Teresa de Lisieux

En el bello canto que san Pablo hace a la Caridad en la Carta a los Corintios enumera una serie de cualidades que orientan el quehacer espiritual: *La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; no es descortés; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo tolera* (1Co 13, 4-7). El apóstol da mucha más importancia a estas manifestaciones de la caridad de andar por casa que a otras que están más fuera de lo común, como *el don de lenguas, el don de profecía, el don de ciencia*; e incluso les da más relieve que a la misma fe y esperanza. San Pablo afirma con rotundidad que éstos últimos no son nada sin la caridad.

Sin duda alguna la pequeña Teresa fue una especialista en el desapercibido ejercicio de los detalles más insignificantes de la caridad de cada día. En contraposición con las biografías de los santos, que por entonces se leían en los ámbitos religiosos donde resaltaban grandes sucesos o señales prodigiosas, el heroísmo de Teresa se centra en poner todo el amor en los retos que le ofrece la vida en un escondido convento de clausura. La exquisita delicadeza, con que se expresa en sus escritos cuando se refiere a las religiosas de su comunidad, no hace más que reflejar el gran respeto con que actúa en las relaciones con cada una de ellas. Quizás ahí resida uno de los principales encantos con los que ha atraído a tantas personas a seguir su *caminito espiritual*.

En nuestra reflexión, releeremos los textos en que Teresa hace alusión a la caridad, fijándonos primordialmente en la elegancia espiritual con que ella vivió esta gran virtud dentro del quehacer diario de su comunidad religiosa.

1. «AMAR A LAS HERMANAS COMO LAS AMA DIOS...»

Pudiéramos decir que la reflexión que hace Teresa en el último año de su vida sobre la caridad es consecuencia de una experiencia muy trabajada y madurada, en su corta pero intensa vida en la comunidad carmelitana de Lisieux. No fue un camino fácil, pero la perseverancia en encontrar la verdad del auténtico amor llevó a Teresa a un dominio de sí misma que le dio un toque de *especial delicadeza* en sus relaciones fraternas con la comunidad.

«Yo me dedicaba –escribe Teresa–, sobre todo a amar a Dios. Y amándole, comprendí que mi amor no tenía que traducirse tan sólo en palabras, porque ‘No todo el que me dice Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de Dios’. Y esta voluntad, Jesús la dio a conocer muchas veces, debería decir que casi en cada página de su Evangelio. Pero en la última cena [...], les dijo con inefable ternura: os doy un mandamiento nuevo [...], que os améis unos a otros igual que yo os he amado [...]. ¿Y cómo amó Jesús a sus discípulos, y por qué los amó? No, no eran sus cualidades naturales las que podían atraerle... Sin embargo, Jesús los llama amigos y sus hermanos. Quiere verles reinar con él en el reino de su Padre, y, para abrirles las puertas de ese reino, quiere morir en una cruz, pues dijo: Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos [...]. Meditando estas palabras de Jesús, comprendí lo imperfecto que era mi amor a mis hermanas y vi que no las amaba como las ama Dios. Sí, ahora comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud

que les vemos practicar. Pero, sobre todo, comprendí que la caridad no debe quedarse encerrada en el fondo del corazón: Nadie, dijo Jesús, enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa... Esa lámpara representa la caridad que debe alumbrar y alegrar, no sólo a los que me son más queridos sino a todos los que están en casa, sin exceptuar a nadie»¹.

Por otra parte no se le escapaba a Teresa la gran dificultad de amar al prójimo *como lo amó Jesús...* Si ya era una gran prueba amar al prójimo *como a uno mismo*, la dificultad se acrecentaba considerablemente si teníamos que amar a nuestros semejantes con el mismo amor de Jesús... Teresa había padecido, especialmente en el comienzo de su vida religiosa, la gran dificultad de amar a las hermanas con sus propias fuerzas. En los ejercicios espirituales para la toma de hábito escribe dos cartas a su hermana sor Inés bien expresivas: *las criaturas que me rodean son muy buenas, pero hay en ellas un no sé qué que me repele... No sé explicártelo, comprende tú a esta pobre alma. Sin embargo, me siento MUY dichosa, dichosa de sufrir lo que Jesús quiere que sufra. Si no es él quien pincha directamente a su pelotita, sí que es él quien guía la mano de la que pincha*².

Nos complace que Teresa muestre su fragilidad sin rodeos, al decir que hay algo que *le repele de las criaturas*, pero nos conmueve más aún cuando con cierto humor le atribuye a Jesús *el guiar la mano de la (hermana) que pincha*.

Una vez más hará de su debilidad un motivo de confianza plegaria: *“Yo sé Señor, que tú no mandas nada imposible. Tú sabes bien que yo nunca podré amar a mis hermanas*

1. Cf. *Manuscrito dirigido a la Madre María de Gonzaga. Manuscrito «C», Obras Completas*, Monte Carmelo, Burgos 1996, 11v^o-12r^o, pp. 287-288. Las citas que siguen a continuación las tomamos de esta edición de las *Obras Completas*. En adelante citaremos este escrito con las siglas Ms C.

2. *Carta a Sor Inés de Jesús*, n^o 74, 6 de Enero de 1889, p 398. También en *Carta 76*.

como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras en mí... ¡Cómo amo este mandamiento, pues me da la certeza de que tu voluntad es amar tú en mí a todos los que mandas amar...! Sí, lo se: cuando soy caritativa, es únicamente Jesús quien actúa en mí. Cuanto más unida estoy a él, más amo a todas mis hermanas"³.

2. "LOS PENSAMIENTOS MÁS PROFUNDOS NO SON NADA SIN LAS OBRAS"

Teresa, a pesar de su juventud, pronto descubrió que una de las trampas más corrientes de la vida religiosa, era la de engañarse en la autocomplacencia de los bellos pensamientos y hermosas palabras, que pueden quedar reducidas a *bronce que suena o címbalo que retiñe* (1Co 13, 1). Fiel hija de santa Teresa sabía que *se ha de ver el amor, que no a los rincones, sino en mitad de las ocasiones*⁴.

Consciente de este peligro, Teresa da a entender en sus escritos la necesidad de verificar en la vida cotidiana lo vivido en los momentos de oración: *No desprecio los pensamientos profundos que alimentan al alma y la unen a Dios. Pero hace mucho tiempo ya que he comprendido que el alma no debe apoyarse en ellos, ni hacer consistir la perfección en recibir muchas iluminaciones. Los más bellos pensamientos nada son sin las obras*⁵.

Por eso, pronto pone manos a la obra e ilustra sus luces contemplativas sobre la caridad con bellos ejemplos donde aparece siempre esa *delicadeza y elegancia* de la que hemos hablado al principio de nuestra reflexión. *Delicadeza y elegancia* que no están reñidas, por supuesto, con un sutil humor que casi siempre insinúa en sus referencias a las

3. Cf. Ms C, 12v^o, p. 288.

4. SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*, B.A.C., Madrid 1976, p. 534.

5. Cf. Ms C 19v^o pp. 299-300.

relaciones humanas. De un hermoso ramillete de estas acciones caritativas vamos a ofrecer dos donde aparecen especialmente estas cualidades.

3. LA HERMANA DE CARÁCTER SUMAMENTE DESAGRADABLE

Hábil observadora, a la santa no se le escapa la dificultad de relaciones que puede haber en una comunidad de religiosas, un pequeño mundo de mujeres procedentes de distintos temperamentos, sensibilidades y educación, que tienen que convivir en un ambiente muy limitado por la clausura: *La verdad es que en el Carmelo una no encuentra enemigos, pero sí simpatías. Se siente atracción por una hermana, mientras que ante otra darías un gran rodeo para evitar encontrarte con ella, y así, sin darse cuenta, se convierte en motivo de persecución. Pues bien, Jesús me dice que a esa hermana hay que amarla, que hay que rezar por ella, aun cuando su conducta me indujese a pensar que ella no me ama: 'Pues si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman'* (Lc 6, 32-33). *Y no basta con amar hay que demostrarlo*⁶. Teresa pone manos a la obra:

«Hay en la comunidad una hermana que tiene el don de desagradarme en todo. Sus modales, sus palabras, su carácter me resultan sumamente desagradables. Sin embargo, es una santa religiosa, que debe ser sumamente agradable a Dios [...]. Para no ceder a la antipatía natural que experimentaba, me dije a mi misma que la caridad no debía consistir en simples sentimientos, sino en obras, y me dediqué a portarme con esa hermana como lo hubiera hecho con la persona a quien más quiero. Cada vez que la encontraba, pedía a Dios por ella, ofreciéndole todas sus virtudes y sus méritos [...]. No me conformaba con rezar mucho por esa

6. Cf. ID., 15r^o, pp. 292-293.

hermana que era para mí motivo de tanta lucha. Trataba de prestarle todos los servicios que podía; y cuando sentía la tentación de contestarle de manera desagradable, me limitaba a dirigirle la más encantadora de mis sonrisas y procuraba cambiar de conversación [...]. Con frecuencia también, fuera de la recreación [...], como tenía que mantener relaciones con esta hermana a causa del oficio cuando mis combates interiores eran demasiado fuertes, huía como un desertor.

Como ella ignoraba por completo lo que yo sentía hacia su persona, nunca sospechó los motivos de mi conducta, y vive convencida de que su carácter me resulta muy agradable. Un día en la recreación, me dijo con aire muy satisfecho más o menos estas palabras: '¿Querría decirme Teresa del Niño Jesús, qué es lo que le atrae tanto en mí? Siempre que me mira, la veo sonreír'. ¡Ay! Lo que me atraía era Jesús, escondido en el fondo de su alma, que hace dulce hasta lo más amargo... Le respondí que sonreía porque me alegraba verla (por supuesto que no añadí que era bajo un punto de vista espiritual)⁷.

4. LA PEQUEÑA SAMARITANA

La atenta mirada de Teresa sigue profundizando en su reflexión sobre el siempre problemático tema de las relaciones humanas, y comprueba que paradójicamente la virtud puede producir una especie de segregación o división dentro de las comunidades, ya que, por ejemplo, es más agradable compartir la vida con una persona humilde y paciente que con otra más susceptible o dominante: *He observado (y es muy natural) –dice Teresa– que las hermanas más santas son también las más queridas. Se busca su conversación, se les hace favores sin que los pidan. En una palabra, estas almas, tan capaces de soportar faltas de consideración o de delicadeza se ven rodeadas del afecto de todas*

7. Cf. ID., 13vº, pp. 290-291.

[...]. Por el contrario, a las almas imperfectas no me refiero solamente a las imperfecciones espirituales, pues ni las más santas serán perfectas hasta que lleguen al cielo. Quiero decir faltas de discreción, de educación, la susceptibilidad de ciertos caracteres, cosas que no hacen la vida muy agradable. Sé muy bien que estas enfermedades morales son crónicas y que no hay esperanza de curación; pero sé también que mi Madre no dejaría de cuidarme y de tratar de aliviarme aunque siguiera enferma toda la vida. Y ésta es la conclusión que yo saco: en la recreación y en la licencia, debo buscar la compañía de las hermanas que peor me caen y desempeñar con esas almas heridas el oficio de buen samaritano⁸.

No faltaron múltiples ocasiones para que Teresa ejerciera de *buen samaritana* en el Carmelo de Lisieux, donde algunas de sus hermanas religiosas yacían en el camino de sus vidas, heridas y abandonadas en sus propias limitaciones.

En el relato que hace “*del paseo con sor San Pedro*”, lleno de candor y profundidad a la vez, Teresa se retrata a sí misma en su gran compasión, en su exquisita delicadeza, y como hemos apuntado antes, en su peculiar sentido del humor:

«Recuerdo un acto de caridad que el Señor me inspiró hacer siendo todavía novicia –dieciséis o diecisiete años tendría entonces Teresa–. No fue nada importante, pero nuestro Padre, que ve en lo escondido y que mira más a la intención que a la importancia de la obra, ya me lo ha pagado sin esperar a la otra vida.

Era en la época en que sor San Pedro iba todavía al coro y al refectorio. En la oración de la tarde se ponía delante de mí. Diez minutos antes de las seis, una hermana tenía que encargarse de llevarla al refectorio, pues las enfermeras tenían en aquel entonces demasiadas enfermas para venir a buscarla a ella.

8. Cf. ID., 27vº-28rº, pp. 312-313.

Me costaba mucho ofrecerme para prestar ese pequeño servicio, pues sabía que no era fácil contentar a la pobre sor San Pedro, que sufría tanto que no le gustaba andar cambiando de conductora. Sin embargo, no quería perder una ocasión tan hermosa de practicar la caridad, recordando que Jesús había dicho: Lo que hagáis al más pequeño de los míos, a mí me lo hacéis. Me ofrecí, pues, con mucha humildad a conducirla, ¡y no me costó poco trabajo conseguir que aceptara mis servicios! Al fin puse manos a la obra, y fue tanta mi buena voluntad, que el éxito fue completo.

Todas las tardes, cuando veía que sor San Pedro comenzaba a agitar su reloj de arena, sabía que eso quería decir: Vamos. Es increíble lo que me costaba hacer aquel esfuerzo, sobre todo al principio. Sin embargo, acudía inmediatamente, y a continuación comenzaba toda una ceremonia.

Había que mover y correr el asiento de una determinada manera, y, sobre todo, no ir deprisa. Luego venía el paseo. Había que ir detrás de la pobre enferma, sosteniéndola por la cintura. Yo lo hacía con toda la suavidad posible; pero si, por desgracia, ella daba un paso en falso, ya le parecía que la sostenía mal y se iba a caer. '¡Dios mío, vas demasiado deprisa, voy a romperme la crisma!' Si trataba de ir más despacio: '¡Pero sígueme, no siento tu mano, me has soltado, me voy a caer! Ya decía yo que tú eras demasiado joven para acompañarme'.

Por fin llegábamos sin contratiempos al refectorio. Allí surgían nuevas dificultades. Había que sentar a sor San Pedro y actuar hábilmente para no lastimarla; luego, había que recogerle las mangas (también de una manera determinada); y entonces ya quedaba libre para marcharme.

Con sus pobres manos deformadas, echaba el pan en la escudilla como mejor podía. No tardé en darme cuenta de ello, y ya ninguna tarde me iba sin haberle prestado ese pequeño servicio. Como ella no me lo había pedido, esa atención la conmovió mucho, y gracias a esa atención, que yo había buscado intencionalmente, me gané por completo sus simpatías, y sobre todo (lo que supe más tarde) porque,

después de cortarle el pan, le dirigía antes de marcharme mi más hermosa sonrisa»⁹.

Una vez más, Teresa hace grande, trascendente, lo insignificante, lo pequeño, las cosas más rutinarias de cada día. Hace de su pequeño camino un pretexto para realizarse en un horizonte sin límites. Pone la santidad al alcance de cualquier persona de buena voluntad. No se necesitan grandes obras, se necesita la generosidad de un gran amor.

5. EL OLVIDO DE SÍ MISMA

Ciertamente Teresa tuvo a su favor para las relaciones con sus hermanas de religión la esmerada educación familiar en un ambiente de delicadeza y gran respeto a las personas, aunque esta exquisita sensibilidad y responsabilidad ante las cosas y las personas le podía crear, y de hecho le creó, frecuentes contratiempos. Ella misma reconoce que no siempre practicó la caridad entre transportes de júbilo, y que la práctica de la caridad no le fue siempre tan dulce¹⁰.

¿Pero cómo llegó la joven carmelita a ese sorprendente dominio de sí misma en las relaciones con sus hermanas de religión? Parecida pregunta parece que le hizo su hermana sor Inés apenas dos meses antes de morir: *¿Cómo has logrado esa paz inalterable que posees?* Teresa se limitó a decir a su hermana con sencillez: *Me he olvidado de mí y he procurado no buscarme a mí misma en nada*¹¹.

Años antes, en plena adolescencia, cuando en la navidad de 1886 recibió lo que ella llamaba la *gracia de mi total conversión*, ya había asentado la práctica de la caridad sobre este mismo principio: *Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón caridad, sentí la necesidad de olvidarme de*

9. Cf. ID., 28vº-29vº, pp. 313-315.

10. Cf. ID., 30rº, p.316.

11. *Últimas conversaciones*, 3.8.1., p. 871.

*mí misma para complacer a los demás. ¡Desde entonces fui feliz...!*¹².

Por supuesto que este fue don que Dios concedió a Teresa, porque lo imploró y lo buscó con ahínco y perseverancia, sabiendo que ahí estaba el secreto y fundamento del auténtico amor al prójimo:

«...Cuando no siento nada, cuando soy INCAPAZ de orar y practicar la virtud, entonces es el momento de buscar pequeñas ocasiones, naderías que agradan a Jesús más que el dominio del mundo e incluso que el martirio soportado con generosidad. Por ejemplo, una sonrisa, una palabra amable cuando tendría ganas de callarme o de mostrar un semblante enojado, etc., etc.»¹³.

Teresa, en sus palabras y en sus obras, es como un relato evangélico. Hace tuyas las palabras de Jesús: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16, 24).

6. “SI ESTAS COSAS ENTENDÉIS, DICHOSOS VOSOTROS SI LAS PONÉIS POR OBRA” (JN 13, 17)

El cristianismo en sí mismo es una paradoja. Jesús lo anuncia con claridad camino de su muerte y resurrección: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. Quien se ama a sí mismo, se pierde; y el que se odia a sí mismo en este mundo, se guarda para la vida eterna* (Jn 12, 24-25).

Aparentemente, la vida de Teresa buscando los últimos puestos dentro de la comunidad, escogiendo la compañía de las religiosas menos agradables, soportando en paciente silencio y con la mejor de sus sonrisas, situaciones de

12. *Manuscrito “A”*, 45vº, p. 165.

13. *Carta a Celina*, nº 143, 18 de Julio de 1893, p. 478.

menosprecio y humillación injustificadas..., no podía ser más frustrante para una jovencita que pasó por estas situaciones entre los quince y veinticuatro años.

Pero no. Teresa se encarga de demostrarnos todo lo contrario. La cortesía y el cariño con que Teresa trata a las almas más necesitadas de su entorno, fue correspondida por el buen Dios oculto en la limitación de los seres humanos. Retomando de nuevo *el paseo con sor San Pedro*, Teresa nos dice que a veces recuerda de aquella acción caritativa ciertos detalles que fueron para su alma como una brisa de primavera:

«Una tarde de invierno estaba yo, como de costumbre, cumpliendo con mi tarea. Hacía frío y era de noche... De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salón muy iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; unas jóvenes elegantemente vestidas se hacían unas a otras toda suerte de cumplidos y cortesías mundanas. Luego mi mirada se posó sobre la pobre enferma a la que estaba sosteniendo: en vez de una melodía escuchaba de tanto en tanto sus gemidos lastimeros; en vez de ricos dorados, veía los ladrillos de nuestro austero claustro apenas alumbrado por una lucecita.

No puedo expresar lo que pasó en mi alma. Lo que sí sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, que excedían de tal forma el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podían creer en mi felicidad...

No, no cambiaría los diez minutos que me llevó realizar mi humilde servicio de caridad por gozar mil años de fiestas mundanas»¹⁴.

Teresa encontró *el tesoro escondido, la perla preciosa* en los campos más abandonados de la existencia humana. Supo pronto que la felicidad del ser humano está en la grandeza de su corazón, amando a los seres humanos con la verdad y libertad con que Dios ama a todas sus criaturas.

14. *Manuscrito "C"*, 29v^o-30r^o, p. 315.

7. «...SERÁ COMO UNA LLUVIA DE ROSAS»

Una hermosa y atinada síntesis de lo que fue la presencia de Teresa dentro de su comunidad la hizo sor M.^a de los Ángeles, cuando aún no se podía presentir la gran fama de santidad de Teresa: *Sor Teresa del Niño Jesús. 20 años. Novicia y joya del Carmelo... Grande y fuerte, con un aire de niña, un tono de voz y una expresión idem, que ocultan en ella una sabiduría, una perfección y una perspicacia de cincuenta años. De espíritu siempre sereno, y totalmente dueña de sí en todo y para con todas. Una verdadera santita, a quien se le podría dar la comunión sin confesarla, y a la vez con una cabecita llena de picardía para sacarle chispa a todo. Mística, cómica, todo se le da..., es capaz de hacernos llorar de devoción o desternillarse de risa en los recreos*¹⁵.

Grande, fuerte, y a la vez niña; serena, dueña de sí misma, pero llena de juguetona picardía para sacarle chispa a todo; mística y cómica. Y todo esto mientras se encaminaba al encuentro de la Santa Faz de Cristo Crucificado en la agonía de su propio calvario. No sin razón Dietrich Bonhoeffer, teólogo contemplativo y mártir del nazismo, dejó escrita la frase siguiente que podemos aplicar a Teresa: *La seriedad última no está nunca desprovista de una dosis de buen humor*¹⁶.

Entristecida su hermana y madrina María del Sagrado Corazón ante la cercana muerte de Teresa, le decía: *¡Qué tristes nos vamos a quedar cuando nos dejes!*. La Santa le da una respuesta que es como un hermoso epílogo de los nueve años de su presencia en el Carmelo de Lisieux: *No, ya veréis, será como una lluvia de rosas*¹⁷.

15. *Hitos importantes en la historia de Teresa*, p. 51.

16. DIETRICH BONHOEFFER, *Resistencia y Sumisión*, Salamanca 1983, p. 262.

17. *Últimas Conversaciones*, nueve de junio, pp. 808-809.

Teresa fue sorprendente y admirable hasta en la víspera de su muerte. Muchos santos dentro de la Iglesia han sido modelo de penitentes, de grandes misioneros, de grandes predicadores, de grandes inteligencias... Teresa quiso ser todo eso y lo fue como ella deseaba, a través del AMOR, pero además lo fue con un toque de distinción, elegancia y absoluta confianza en Dios.

ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia

NOVEDADES DE LA EDITORIAL SAN ESTEBAN

MIGUEL IRIBERTEGUI ERASO, *María. Un don de Dios y una existencia de fe* (colección trazos 8), Editorial San Esteban, Salamanca 2005, 135 pp.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, *Orar en el Espíritu de Jesús* (colección trazos 6), Editorial San Esteban, Salamanca 2005, 146 pp.

¿Sigue siendo actual el rezo del Rosario?

El Rosario es un método de oración, y como todo método ayuda o puede ayudar, pero hay que respetar ciertas condiciones. La primera consiste en reconocer que toda oración es siempre un diálogo amoroso con Dios. Se ha dicho y se sigue repitiendo que el rezo del Rosario está pasado de moda, que ya no va con los criterios y modos de nuestro tiempo. ¿Es verdad esto? Hace unos tres años que el papa Juan Pablo II sorprendió al mundo con la publicación de su Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16 de octubre de 2002). En ella declaraba un año del Rosario y añadía una nueva serie de misterios a las tres series o partes tradicionales: *los misterios luminosos*. Esto resultaba un tanto desconcertante, y más en nuestros días en que muchos tachan esta devoción de obsoleta y carente de futuro.

Con las presentes páginas quiero acompañar a los lectores en su reflexión sobre la importancia que tiene en la piedad cristiana esta devoción tan sencilla y al alcance de todos, como decía el papa san Pío V. Para ello vamos a comenzar espigando algunos momentos de su historia. Pero antes quiero recordar algunas frases célebres del magisterio de los últimos papas, que fueron todos ellos muy devotos del Rosario. Recordemos en primer lugar esas palabras de Pablo VI contenidas en su Encíclica *Christi Matri Rosarii: El Rosario es una forma de oración muy adaptada al sentido del pueblo de Dios, muy agradable a la Madre del Señor y eficaz para obtener los dones del cielo. Esta oración la recomendó el Concilio Vaticano II a todos los hijos de la Iglesia, de manera bien cierta, aunque no explícitamente*

diciendo que se dé gran importancia a estas prácticas y ejercicios de devoción para con María como el Magisterio de la Iglesia recomendó en el decurso de los siglos.

Por su parte el papa Juan XXIII afirmaba: *Para los sacerdotes, el Rosario tiene su lugar después de la Misa y del Breviario o liturgia de las horas, como para los laicos, después de la participación en los sacramentos.* Su predecesor, el papa Pío XII, hablaba del Rosario *como compendio del Evangelio*, expresión que retomó más tarde Pablo VI.

1. BREVE HISTORIA DEL ROSARIO

a) *La repetición del Padrenuestro*

La oración del *Padrenuestro* fue siempre la oración fundamental de los cristianos, aquella que todos los bautizados deben conocer. Sabemos que los *Padres de la Iglesia* comentaron muchas veces esta oración del Señor en sus homilías.

En la Edad Media, en los monasterios, los hermanos y hermanas que no sabían leer sustituían la oración de los 150 salmos por la repetición de 150 *Padrenuestros*. Para contarlos se servían de cuerdas con nudos o con cuentas que llamaban *pater noster*. Se conocía también con el nombre de *Salterio de Cristo* a una serie de 150 *Padrenuestros*. A partir del siglo XI se utiliza también este instrumento para contar las *Avemarías*.

b) *El salterio de María*

Tenemos noticias de que en Roma en el siglo VII, en las misas en que se leía el Evangelio de la Anunciación (antes de Navidad y el 25 de marzo) en el responsorio del ofertorio se recitaba el *Ave María llena de gracia*. En la piedad de los monjes la Virgen María tenía un lugar importante y así

es frecuente encontrar en el oficio breve en su honor este versículo.

Cuando en el siglo XI se va introduciendo la costumbre de saludar a las imágenes de María se recita o se canta el *Avemaría*. Eremitas y piadosos laicos, que no rezaban el Oficio de los Salmos, repetían con gusto el saludo del Arcángel Gabriel a María y lo hacían con genuflexiones, y las contaban con el *pater noster*.

Se llama *Salterio de la Virgen* a una serie de 150 *Avemarías*, agrupadas en tres cincuentenas, como los salmos de la Biblia. El uso de coronar con flores las estatuas de María dio origen a llamar «corona» a las series de cincuenta *Avemarías*.

La segunda parte del *Avemaría* se introdujo de forma oficial con el Breviario de san Pío V, en el año 1568. Esta invocación fue poco a poco introducida en la práctica del Rosario a lo largo del siglo XVII.

c) *Las alegrías de María*

El *Avemaría* está referida a la mayor alegría de María: la *Encarnación del Salvador*; alegría compartida por su prima santa Isabel y por Juan Bautista en la *Visitación*.

A partir del siglo XII se comienza a asociar la repetición del *Avemaría*, ya muchas veces por decenas, al recuerdo de las cinco alegrías de María: *Anunciación*, *Navidad*, *Resurrección*, *Ascensión*, *Asunción*. Este número está inspirado en los cinco alégrate del responsorio *Gaude Dei genitrix*, que se refieren a las cinco grandes fiestas del año litúrgico. Si añadimos la *Epifanía* y *Pentecostés* o la *Visitación* tenemos las siete alegrías: una para cada día de la semana o para cada hora del oficio cotidiano. En el siglo XIII los franciscanos propagaron la *Corona de las siete alegrías*.

d) *Los dolores de María*

Los cristianos de la Edad Media eran propensos a venerar las cinco llagas de Cristo: manos, pies y costado. O los cinco derramamientos de sangre: agonía, flagelación, corona de espinas, crucifixión y corazón traspasado.

A principios del siglo XIV, en relación con las cinco llagas de Cristo, pero también con las cinco alegrías de María, nació la devoción a los cinco dolores, después a los siete dolores de María a lo largo de la Pasión de Cristo. Paralelamente se compuso otra serie de siete dolores incluyendo la infancia de Jesús (“espada”, muerte de los inocentes, Jesús perdido y hallado en el templo).

e) *El Rosario de Domingo el Cartujo*

A comienzos del siglo XV, Domingo de Prusia, cartujo de Colonia, redactó 150 meditaciones cortas (o cláusulas) relacionadas con la vida de Jesús, con las que se concluía cada *Avemaría*. Este método tuvo tal éxito que en el mismo siglo proliferaron muchos salterios de este tipo¹. Esta práctica siguió teniendo mucho arraigo en diferentes regiones de lengua alemana.

1. Algo de esto aunque con variantes es lo que propuso el P. Pascual Meseguer Gerique, O.P. (1919-2003), quien dedicó una parte importante de su vida a la formación de la juventud en el Colegio *Cardenal Xavierre* de Zaragoza, donde fue Rector dos veces, y en el de *San Vicente Ferrer* de Valencia. Aunque nunca descuidó el ministerio pastoral, al cumplir los 65 años pidió dejar el trabajo con la juventud y dedicarse más de lleno él. Cuando el P. Isidro Díez, O.P., que había introducido en España los *Equipos del Rosario*, tuvo que abandonar este ministerio, el P. Pascual Meseguer tomó el relevo en la dirección del mismo. Con los *Equipos del Rosario* recorrió el país introduciendo este movimiento en muchas provincias, llegando a contabilizar unos diez mil equipos en toda España. La Editorial EDIBESA publicó en 1999 su libro: *El Rosario meditado. Una reflexión del Evangelio para cada Ave María*, que está teniendo un gran éxito en el público y del que ya se han hecho varias ediciones; al publicar el papa Juan Pablo II la *Carta Apostólica* sobre el Rosario, el P. Pascual lo actualizó.

f) *El nuevo salterio de Alano de la Roca, O.P.*

En 1464 el dominico Alano de la Roca comenzó su fervorosa predicación en favor del *Salterio de la Virgen María* organizándolo en torno a quince decenas de *Avemarías* recitadas cada día. Él, atribuyó su origen a Santo Domingo de Guzmán, diciendo que éste lo había recibido directamente de manos de la Virgen María como un medio de evangelización. Este salterio es nuevo, porque debe ser acompañado por una meditación. Entre las diferentes maneras de rezarlo, la primera que propone es ésta: *Rezar dirigiéndose directamente a Cristo. Y así la primera cincuentena será recitada en honra de Cristo Encarnado, la segunda en honra de Cristo sufriente y la tercera en honra de Cristo resucitado, subiendo al cielo, enviando el Paráclito y sentándose a la derecha del Padre.* A Alano de la Roca le debemos la estructura de los misterios del Rosario en tres series, siguiendo el misterio de Cristo: *Encarnación, Cruz, Resurrección.* En esta estructura el papa Juan Pablo II situó *los misterios luminosos*, que abarcan la vida pública de Jesús.

2. LOS MISTERIOS LUMINOSOS DEL ROSARIO

El papa Juan Pablo II en la alocución del Ángelus del 29 de septiembre de 2002 nos decía: *Nos encontramos ya a las puertas del mes de octubre que, con la memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen del Rosario nos estimula a redescubrir esta oración tradicional tan sencilla y al mismo tiempo tan profunda. El Rosario es un camino de contemplación del rostro de Cristo realizado –por así decir– con los ojos de María. Por tanto es una oración que, si se arraiga en el corazón mismo del Evangelio, está en plena sintonía con la inspiración del Concilio Vaticano II y en perfecta línea con la indicación que he dado en la Carta Apostólica «Novo Millennio ineunte»; es necesario que la Iglesia ‘reme mar*

adentro' en el nuevo milenio, recomenzando por la contemplación del rostro de Cristo².

Estas palabras han sido la pauta (y para nosotros la explicación) que movió al papa Juan Pablo II a perfeccionar esta hermosa y multiseccular devoción del Rosario. Si el Rosario es un compendio del Evangelio orientado a la contemplación del rostro de Cristo con los ojos de María a través de la repetición del *Avemaría*, es importante que en estos misterios se incluyan los acontecimientos de la vida pública de Jesús, que hasta ahora no se contemplaban directamente. Los cinco misterios luminosos ponen de relieve la luz que brota del mismo Cristo. Hablando de estos misterios Juan Pablo II nos dice:

Pasando de la infancia y de la vida de Nazaret a la vida pública de Jesús, la contemplación nos lleva a los misterios que se pueden llamar de manera especial «misterios de luz». En realidad todo el misterio de Cristo es luz. Él es la luz del mundo (Jn 8, 12). Pero esta dimensión se manifiesta sobre todo en los años de la vida pública, cuando anuncia el Evangelio del reino. Deseando indicar a la comunidad cristiana cinco momentos significativos –misterios luminosos– de esta fase de la vida de Cristo, pienso que se pueden señalar: 1) su bautismo en el Jordán; 2) su autorrevelación en las bodas de Caná; 3) su anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión; 4) su transfiguración; 5) la insti-

2. El papa Juan Pablo II en la *Encíclica Ecclesia de Eucharistia* en el número 6 nos dice: *En este anhelo eucarístico que deseo despertar con esta Carta Encíclica que da continuidad a la herencia jubilar que quise entregar a la Iglesia con la Carta Apostólica: Novo Millennio Ineunte y su coronamiento mariano 'Rosarium Virginis Mariae'. Contemplar el rostro de Cristo y contemplarlo con María es el "programa que propuse a la Iglesia en el comienzo del tercer milenio, invitándola a adentrarse a lo largo del mar de la historia, lanzándose con entusiasmo en la nueva evangelización. Contemplar a Cristo implica saber reconocerlo donde quiera que él se manifieste, en sus diversas presencias, pero sobre todo en el sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. La Iglesia vive de Jesús Eucarístico, por él es nutrida, por él es iluminada. La Eucaristía misterio de fe es al mismo tiempo misterio de luz. Siempre que la Iglesia la celebra, los fieles pueden en cierto modo revivir la experiencia de los dos discípulos de Emaús. Se le abrieron los ojos y le reconocieron.*

tución de la eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual.

Cada uno de estos misterios revela el Reino ya presente en la persona misma de Jesús. Misterio de luz es ante todo el bautismo en el Jordán. En él, mientras Cristo, como inocente que es se hace «pecado» por nosotros (cf. 2 Co 5, 21), entra en el agua del río, el cielo se abre y la voz del Padre lo proclama predilecto (cf. Mt 3, 17), y el Espíritu desciende sobre Él para investirlo de la misión que le espera. Misterio de luz es el comienzo de los signos en Caná (cf. Jn 2, 1-1), cuando Cristo, transformando el agua en vino, abre el corazón de los discípulos a la fe gracias a la intervención de María, la primera creyente. Misterio de luz es la predicación con la cual Jesús anuncia la llegada del Reino de Dios e invita a la conversión (cf. Mc 1, 15) perdonando los pecados de quien se acerca a Él con humilde fe iniciando así el misterio de la misericordia que él continuará ejerciendo hasta el fin del mundo, especialmente a través del sacramento de la reconciliación confiado a la Iglesia. Misterio de luz por excelencia es la transfiguración, que según la tradición tuvo lugar en el Monte Tabor. La gloria de la divinidad resplandece en el rostro de Cristo, mientras el Padre lo acredita ante los apóstoles extasiados para que lo «escuchen» (cf. Lc 9, 35) y se dispongan a vivir con Él el momento doloroso de la Pasión, a fin de llegar con Él a la gloria de la Resurrección y a una sola transfiguración por el Espíritu Santo. Misterio de luz es, por fin, la institución de la Eucaristía, en la cual Cristo se hace alimento con su cuerpo y su sangre bajo las especies del pan y del vino, dando testimonio de su amor por la humanidad «hasta el extremo» (Jn 13, 1) y por cuya salvación se ofrecerá en sacrificio (n. 21).

Como vemos, no se trata de crear una devoción nueva, sino de completar y perfeccionar la que ya existía.

3. EL ROSARIO Y LA PAZ DEL MUNDO

El mismo Juan Pablo II en el ya mencionado Ángelus del 29 de septiembre de 2002 decía: *Deseo por tanto, sugerir el rezo del Rosario a cada una de las personas, a las familias, y a las comunidades cristianas. Deseo encomendar a la oración del Rosario una vez más la gran causa de la paz. Estamos ante una situación interna llena de tensiones, en ocasiones incandescentes. En algunos puntos del mundo, en que el enfrentamiento es más fuerte –pienso en particular en la martirizada tierra de Cristo– se puede constatar que de poco sirven los intentos de la política –siempre necesarios–, si los ánimos permanecen exacerbados y no son capaces de una nueva mirada de corazón para retomar con esperanza el diálogo. Ahora bien, ¿quién puede infundir estos sentimientos? ¿No es acaso Dios? Es más necesario que nunca que se eleve a Él desde todo el mundo la invocación por la paz. Precisamente en esta perspectiva, el Rosario se revela una oración particularmente indicada. Construye la paz al mismo tiempo que hace un llamamiento a la gracia de Dios, siembra también en quien lo reza esa semilla de bien, de la que se pueden esperar los frutos de justicia y de solidaridad en la vida personal y comunitaria. Y concluye así: Pienso en las naciones, pero también en las familias. ¡Cuánta paz se aseguraría en las relaciones familiares, si se retomara el rezo del Santo Rosario en familia!*

Estas últimas palabras me traen a la memoria el mensaje de la Virgen María en Fátima dirigido a los tres pastorcitos en el lejano año de 1917. Y me hacen recordar un hecho que para mí tiene mucha trascendencia. En la corona de la imagen de la Virgen de Fátima, entre las piedras preciosas que la adornan, se ha colocado la bala que extrajeron al papa Juan Pablo II después del atentado sufrido en la plaza de San Pedro. El mismo papa pidió que la colocaran ahí como expresión de su agradecimiento a la Virgen María. Precisamente en el famoso tercer secreto de Fátima hay una

alusión a este atentado. Se trata de una visión que, como todo lo profético, se adelanta al futuro, pero de una manera un tanto difusa. El día 13 de mayo de 1982, al cumplirse un año del atentado, el papa estuvo en Fátima y allí pronunció las siguientes palabras: *Me siento endeudado con Nuestra Señora de Fátima. ¿Cómo olvidar que el haberme salvado del atentado contra mi vida, sucedió a la misma hora y el mismo día de la primera aparición del 13 de mayo de la Santísima Virgen de Fátima? En todo lo sucedido yo sentí la extraordinaria protección de la Madre de Cristo y en este primer aniversario, vengo a Fátima a darle las gracias.*

En las *Memorias de Sor Lucía*, se nos cuenta que en todas las apariciones de Fátima la Virgen María insiste en la necesidad de rezar el Rosario todos los días para alcanzar la paz del mundo. Pero después del concilio Vaticano II y de los cambios culturales que se están produciendo en nuestro mundo podemos preguntarnos si el Rosario continúa siendo una oración actual. A esta pregunta se dan hoy al menos tres respuestas: 1) Para unos se trata de una oración que carece de vigencia y eficacia dada la sensibilidad moderna; 2) otros, en cambio, defienden a ultranza su vigencia actual, pero sin ninguna autocrítica; 3) otros, finalmente –entre los que me incluyo– valoran esta oración porque han experimentado su eficacia en la propia vida.

Lo que a veces hemos de lamentar es el escaso conocimiento que se tiene de su incidencia histórica en la vida de la Iglesia y de su riqueza teológica. Durante mucho tiempo el rezo del rosario fue el soporte de la fe de pueblos enteros³. Hoy por hoy, y más después de la Carta Apostólica de

3. En el número de febrero de 2003 de la revista *Rosario de María*, editada por los dominicos de Portugal se recoge el testimonio del obispo de Siberia-Rusia, Monseñor Jerzy Mazur, SD, quien nos dice que la fe se conservó viva en su diócesis a pesar del bolchevismo y de la dura persecución de Stalin. Después de la Revolución de Octubre los sacerdotes fueron expulsados o asesinados y se cerraron las Iglesias; en tiempo de Stalin ya no había misioneros y fueron los abuelos los que mantuvieron la fe mediante la reci-

Juan Pablo II, contamos con tantas enseñanzas y orientaciones sobre esta devoción, que uno se pregunta si no se habrá dicho ya todo.

4. EL REZO DEL ROSARIO HOY EN LA IGLESIA CATÓLICA

Dejaré de lado la visión negativa de quienes consideran el Rosario como devoción pasada, que no sintoniza con la sensibilidad contemporánea, puesto que se trata, en general, de afirmaciones gratuitas, faltas de cualquier demostración convincente.

Tampoco nos interesa la postura casi derrotista de quienes lo consideran devoción inoperante, falta de meollo, de teología, vieja devoción popular, sobre la que se puede bromear, pero nunca tomar en serio, y, menos practicar. Postura cómoda de quienes ignoran lo que es, y, sobre todo, lo que puede ser. Preocupan, eso sí, las personas que por trabajo, cansancio o voluntad débil desaprovechan el contenido espiritual del rezo del Rosario.

Para no ir muy lejos en el orden del tiempo, voy a partir de la figura de Pío XII, el papa de la gran guerra mundial, cuyos esfuerzos a favor de la paz en el mundo, tan discutidos por algún sector de la cultura y hoy plenamente reivindicados con los documentos del Archivo Vaticano, que últimamente se han puesto a disposición de los estudiosos. Este papa hizo mucho, y, en apariencia, consiguió poco. No faltan quienes le atribuyen con mucho fundamento que si no fue bombardeada Roma se debió a sus buenos servicios.

El papa Pío XII, obsesionado por la paz –el lema de su pontificado era *la paz es la realización de la justicia*–, lacerado por tantas traiciones y calumnias, tuvo que ser testigo maniatado, desde su Sede Apostólica, de una guerra ciertamente mundial, que desembocó en el estallido de la

tación del Rosario. Según el mismo testimonio, el Rosario, esa oración que la Virgen pidió en Fátima, fue el catecismo en tiempo de persecuciones.

bomba atómica. En su lucha por la paz mundial tuvo presente constantemente la fuerza impetratoria del Rosario, como la mejor palanca ante la reina de la paz. Y no solamente por la fuerza de su poder impetratorio, sino por la riqueza de su contenido. A su juicio el Rosario es promesa inquebrantable de ayuda celestial, que permite mantener la esperanza.

En su Carta Encíclica sobre el Rosario en la familia (*Ingruentium malorum*), de 1951, vuelve sobre otro de los temas que lleva muy dentro, el de la familia cristiana. Se complace en insistir en la importancia del Rosario como oración de la familia, como *súplica doméstica*. Y no se llama a engaño, pues ante las innegables dificultades que encuentra la familia cristiana para ser fiel a su misión, no duda en decir que *el rezo del Santo Rosario en familia es un medio muy apto para conseguir un fin tan arduo. No en vano es considerado como eficaz escuela de la vida y de las virtudes cristianas «ya que el origen del Rosario es más celestial que humano»*.

El Beato Juan XXIII en su Carta Encíclica sobre el rezo del Rosario (*Grata Recordatio*), de 1959, echaba una mirada atrás recordando la labor rosariana del gran papa León XIII, que tanto había impresionado al antiguo Patriarca de Venecia: once encíclicas que constituyen un monumento imperecedero del Rosario de María, orquestando la celebración del mes de octubre durante muchos años. El papa Juan XXIII no dudaba en calificarlas de *varias en su contenido, ricas en sabiduría, encendidas siempre con nueva inspiración y oportunísimas para la vida cristiana*. Es cierto que el papa León XIII quedaba lejos, pero Juan XXIII recordaba sus encíclicas porque reconocía en ellas una perenne actualidad.

El mismo Juan XXIII, el día 29 de septiembre de 1961 tuvo gala en hacer resaltar la profundidad del contenido rosariano en el triple aspecto de *misterio, reflexión e intención*, con todo lo que conlleva la intención por la paz.

Y no tuvo reparo en confesar que las luminosas enseñanzas de León XIII sobre el Rosario le han marcado para toda su vida, y que dicha devoción mariana formaba parte de su vida.

La figura histórica de Pablo VI tiene el especial interés de ser el primer gran intérprete del *Concilio Vaticano II*. Testigo excepcional de la evolución producida en la asamblea conciliar, dotado de un carisma muy concreto, dio un especial significado a las ricas y profundas enseñanzas de su magisterio. Sobre el tema en particular de la actualidad e importancia del rezo del Rosario y su elevado contenido nos ha legado dos especiales intervenciones de acusado relieve: por una parte, la Carta Encíclica *Christi Matri Rosarii* (1966), y, por otra, la Exhortación Apostólica *Marialis Cultus* de 1974.

En la primera, ante las alarmantes perspectivas de una posible guerra nuclear, de imprevisibles y tremendas consecuencias, nos asegura que el poder impetratorio del Rosario es *una forma de oración muy adaptada al sentido del pueblo, muy agradable a la Madre del Señor y eficaz para obtener los dones del cielo. Esta oración la recomendó el Concilio Vaticano II a todos los hijos de la Iglesia, de manera bien cierta, aunque no explícitamente, diciendo que se dé gran importancia a estas prácticas y ejercicios de devoción para con María como el Magisterio de la Iglesia recomendó en el decurso de los siglos.*

Cuando ocho años después Pablo VI publicó su Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, con el fin de precisar el sentir de la Iglesia y orientar el ejercicio y perfeccionamiento del culto divino, no podía dejar de lado las implicaciones del culto mariano. Esto le obligó a precisar con detenimiento las posibilidades renovadoras que lleva consigo la devoción del santo Rosario. Después de traer a colación las diversas intervenciones rosarianas personales como papa, apoyándose en que sus predecesores le habían dedicado también vigilante atención y primorosa solicitud,

porque habían *reconocido la aptitud para desarrollar una oración contemplativa de alabanza y súplica al mismo tiempo*, se detiene a analizar la riqueza de su contenido que cifra en las expresiones siguientes: *captar su intención originaria, su energía primera, su estructura esencial* (nn. 42-45).

Partiendo de los elementos esenciales y de la mutua relación existente entre ellos, Pablo VI carga el acento sobre la *índole evangélica del Rosario*, ya que no duda en calificarlo de *oración evangélica*. El hecho de presentar en armónica sucesión los principales acontecimientos salvíficos que se han cumplido en Cristo, suscita en su mente la idea de la primitiva catequesis cristiana, de neta inspiración paulina (Fil 2, 6-11), centrada en la expresiva trilogía de *humillación, muerte y exaltación*⁴.

Lógicamente insiste al mismo tiempo en la dimensión contemplativa del rezo del Rosario como algo fundamental. De lo contrario sería un cuerpo sin alma. De ahí se deduce la posibilidad interna de relacionarlo con la sagrada Liturgia. No será ocioso recordar el multiseccular concepto del Rosario como el salterio de María, que se puede ampliar con la fuerza de la sucesión litánica, y robustecerlo más todavía con una cuidada aplicación de textos de la Escritura, según el tiempo y la ocasión.

Por su parte, el papa Juan Pablo II retomó el fecundo tema del *Rosario en familia*. Como oración familiar es un instrumento que enriquece el concepto teológico de familia.

El mismo Juan Pablo II, al beatificar a Bartolomé Longo, comentó: *Bartolomé Longo, Terciario de la Orden Dominicana y Fundador de la Institución de las religiosas*

4. El dominico valenciano, FR. TERCENIO M^a HUGUET (1907-1987), fue un gran misionero en la Alta Verapaz de Guatemala. A los 51 años, después de una vida entregada al estudio, a la formación y al gobierno, fue destinado por petición propia a las misiones de Alta Verapaz. Allí se encontró con una población muy dispersa y con escasos medios de comunicación. Tenía que trabajar a través de catequistas ya que él no llegó nunca a hablar el *ketchi*, y el método que empleó para formar a los catequistas fue el Rosario, a través de sus misterios. Con este método consiguió frutos muy abundantes.

Hijas del Santísimo Rosario de Pompeya, puede ser definido realmente como «el hombre de la Virgen»: por amor a María se convirtió en escritor, apóstol del Evangelio, fundador del célebre santuario en medio de enormes dificultades y adversidades; por amor a María creó Institutos de caridad, se hizo mendigo para los hijos de los pobres, transformó a Pompeya en una ciudadela de bondad humana y cristiana; por amor a María soportó en silencio tribulaciones y calumnias. Y concluye así: Él, con el Rosario, nos dice también a nosotros, cristianos del siglo XX: Despertad vuestra confianza ante la santísima Virgen del Rosario.

En numerosas ocasiones Juan Pablo II ha aludido al Rosario como su oración preferida, sin ruborizarse al confesar que mientras hablaba en la ONU, lo tuvo todo el tiempo en la mano. Tampoco debe extrañarnos que en sus polifacéticas intervenciones abunden expresiones de claro entusiasmo al respecto. Su proverbial amor a la Virgen da para esto y mucho más. Incluso llega a afirmar *que el Rosario es, en cierto modo, un comentario-oración del último capítulo de la Constitución Lumen Gentium del Concilio Vaticano II, el capítulo que trata de la admirable presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia, porque los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos (del Rosario) nos ponen en comunicación viva con Jesús por mediación –podríamos decir– del corazón de su Madre.*

El papa Juan Pablo II no se olvida de la dimensión antropológica de esta oración cuando se expresa del modo siguiente: *Nuestro corazón puede encerrar en estas decenas del Rosario todos los hechos que componen la vida del individuo, de la familia, de la nación, de la Iglesia y de la humanidad. Vicisitudes personales y del prójimo, y de forma particular, de los que nos son más cercanos, que llevamos más en el hondo del corazón. De esta forma, la oración sencilla del Rosario mantiene el ritmo de la vida humana.*

Como hemos ido repitiendo machaconamente Juan Pablo II, siguiendo las orientaciones de Pablo VI, ha querido

centrar la devoción del Rosario en la línea del Concilio Vaticano II, donde María, sin dejar de ser importante en el misterio de la salvación, es reconocida como la primera redimida. Por tanto, el Rosario, más que mariana es cristocéntrica, porque nos enseña a contemplar a Jesús con los ojos de su madre.

En este recorrido hemos podido apreciar cómo a lo largo de toda la tradición, especialmente a partir del dominico Alano de la Roca, el Rosario es una contemplación de la vida de Jesús y, por tanto, es justo que figuren también los cinco misterios luminosos que resumen y sintetizan los tres años de la vida pública de Jesús.

Creo que la pregunta por la actualidad del rezo del Rosario en la Iglesia católica actual queda respondida en todo lo que llevamos diciendo hasta aquí. Recordemos una vez más esas palabras de Pablo VI que afirman que el Rosario es una forma de oración muy adaptada al sentir del pueblo de Dios, muy agradable a la Madre del Señor y eficaz para obtener los dones del cielo. Son palabras que ya habían sido pronunciadas a su modo por el papa Pío V y sobre las que volvió a insistir Juan Pablo II; palabras ratificadas por la misma historia de la Iglesia. Sin duda se puede seguir afirmando con todo derecho que el rezo del Rosario es una oración actual. Pero para que lo siga siendo hay que rezarla con dignidad.

JUAN JOSÉ GALLEGO SALVADORES, O.P.
Valencia

Santa Teresa del Niño Jesús, misionera en el claustro

Tengo la vocación de apóstol... Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre, y plantar sobre el suelo infiel tu Cruz gloriosa. Pero ¡oh Amado Mío!, una sola misión no me bastaría. Desearía anunciar al mismo tiempo el Evangelio en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas. Quisiera ser misionero, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguir siéndolo hasta la consumación de los siglos (MB 3r).

1. VIDA CORTA, PERO INTENSA

Luis Martín, relojero de profesión, y Celia Guérin, experta en confección de puntillas, fueron los padres de Teresa, *más dignos del cielo que de la tierra*. De los nueve hijos que tuvieron, cuatro murieron pronto y las cinco hijas que les sobrevivieron entraron todas ellas en la vida religiosa: María, Paulina, Celina y Teresa en el Carmelo de Lisieux, y Leonia en las Hermanas de la Visitación.

Teresa fue la pequeña de todas. Nació el 2 de enero de 1873 en Alençon, donde estaba establecida la familia. La madre muere en 1877, quedando el padre al cuidado de las cinco hijas. Ese mismo año toda la familia se traslada a Lisieux.

Mientras tanto, Teresa va creciendo y madurando, alimentando un único objetivo: entrar en el Carmelo. Esta entrada se ve retrasada por su minoría de edad. De peregrinación en Roma, al mismo Papa le pide licencia para poder entrar en el Carmelo con 15 años de edad. León XIII le anima: *Venga, venga... estarás allí si el buen Dios lo quiere.*

La fecha de entrada en el Carmelo quedó fijada para el 9 de *abril* de 1888. El 10 de *enero* de 1889 toma el hábito. Realizó la profesión religiosa el 8 de *septiembre* de 1890. Mientras tanto su padre había enfermado mentalmente, muriendo en 1894.

La enfermedad pronto alcanzó a la misma Teresa. El Viernes Santo de 1896 tiene un primer vómito de sangre. Al día siguiente otro. Los doctores descubren que la tuberculosis está demasiado avanzada; ella sabe que se acerca su Esposo. Y a la par que la enfermedad, Teresa experimenta una fuerte prueba de fe, que lejos de enfriarla en su amor a Dios, le hace crecer en confianza en Él.

Teresa fallece el 30 de *septiembre* de 1897. Pío XI la canoniza y dos años después la declara Patrona de las Misiones. Juan Pablo II la declaró Doctora de la Iglesia en 1997.

2. UNA ENSEÑANZA SENCILLA, PERO PROFUNDA

El Papa San Pío X, hablando de Teresa, dijo: *Lo más extraordinario en ella, es su prodigiosa sencillez*. Aquí radica su magisterio y enseñanza. En un mundo de complicaciones nada humanizadoras, Teresa nos propone lecciones de sencillez evangélica. Son lecciones bien profundas, que nada tienen que ver con una superficialidad fácil.

Enseña Teresa la meta de la santidad por el *Caminito* del abandono y de la confianza. Es el magisterio de la *Infancia Espiritual*: magisterio hecho vivo en su propia vida. Teresa pone así el Evangelio al alcance de cada bautizado. Esta propuesta es Evangelio puro, pues al mismo pertenece la verdad según la cual para entrar en el Reino hay que venir de nuevo a ser niños.

Sencillez, infancia espiritual, abandono filial: éste es el atajo evangélico que nos ofrece Teresa, quien se ha convertido así en la *carmelita del senderito*. En sus escritos nos dice: *No quiero saber, no quiero entender, no quiero ver ni*

sentir. Sólo sé una verdad, y ésa me hace feliz. Dios es amor, Dios es poder, suma bondad, sumo entender...

Pío XI, el Papa que la canonizó y la declaró Patrona de las Misiones, afirmó: *Si la infancia espiritual se generaliza, la reforma de la sociedad sería una realidad.*

3. MIS HERMANOS LOS MISIONEROS

Teresa vivió su vocación contemplativa en clave misionera. Entró en el Carmelo convencida de que su vida en el claustro iba a repercutir positivamente en bien de las actividades apostólicas y misioneras de la Iglesia. Pudo haber sido misionera, pues la Iglesia francesa del siglo XIX apreciaba mucho la labor de sus misioneros. Pero ella tuvo otra intuición: ser misionera desde el claustro. En la Iglesia no cabe alternativa: o eres misionero o no eres Iglesia. La diversidad de vocaciones y carismas eclesiales prueban que esto no es una quimera.

Es tradición carmelitana no sólo rezar por las misiones en general, *bombeando amor desde el corazón de la clausura*, sino acompañar a un determinado misionero. Teresa acompañó a dos: al P. *Adolfo Roulland* y al P. *Mauricio Barthélemy Bellière*. El primero pertenecía a la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. Trabajó en China. Declinó ser obispo y murió en Francia, donde ejerció tareas de gobierno en la sociedad misionera a la que pertenecía. Se conservan hasta seis cartas que dirigió Teresa a este misionero. El segundo pertenecía a los Padres Blancos. Estuvo de misionero en África. Se conservan hasta diez cartas escritas por Teresa a este misionero. Murió en Francia aquejado de la enfermedad del sueño.

En sus cartas a estos dos misioneros Teresa anima, consuela, estimula, se preocupa, comparte e instruye en su *Caminito de la Infancia Espiritual*. Se convierte así en evangelizadora de aquellos dos evangelizadores. Pero con todo lo dicho no hemos sino descrito hechos, gestos y obras de

Teresa en favor de los misioneros. Aunque aquí no reside su grandeza ni su originalidad. Estas son las ramas y los frutos visibles de una raíz más profunda. Todo ello nace de un amor cristiano de lo más genuino. Ella amaba y, de la manera más espontánea y normal, le nacían estos gestos y obras rebosantes de espíritu misionero y apostólico. Lo radical en cristiano es el amor y la adhesión personal a Cristo. Las obras vienen luego como expresión de fidelidad al Señor. El Señor espera de nosotros una respuesta afirmativa a su pregunta sobre nuestro amor hacia Él. Luego vendrá el momento de verificar por las obras la autenticidad de la respuesta.

El Señor quiere nuestras obras y trabajos, pero sobre todo nos quiere a nosotros. Él espera nuestros servicios, pero sobre todo espera que le reconozcamos como Señor. Él quiere que trabajemos en su viña, pero sin perder la conciencia de quién es aquél para el que estamos vendimian-do. Empecemos la casa por los cimientos: ser misionero es guardar fidelidad a la alianza de amor con Cristo. Ésta es la *justicia del reino* que tenemos que buscar; lo demás vendrá o se nos dará por añadidura.

4. QUE HABLEN LOS TEXTOS

Recogemos ahora un florilegio de textos, de innegable espiritualidad misionera y de fuerte empuje apostólico, de la que es la Patrona de las Misiones.

En la *Historia de un alma* (MC 33v) escribe: *El celo de una carmelita debe abarcar el mundo entero. Espero ser útil, con la gracia de Dios, a más de dos misioneros, y no podría olvidarme de rogar por todos, sin omitir a los simples sacerdotes, cuya misión es a veces tan difícil de cumplir como la de los apóstoles que predicán a los infieles. Quiero, en una palabra, ser hija de la Iglesia como lo era nuestra Madre santa Teresa, y rogar por las intenciones de nuestro santísimo Padre el Papa, sabiendo que sus intenciones abarcan el universo.*

En otro lugar de la misma obra (MC 7r) nos deja esta confidencia: *Corro a mi Jesús, le digo que estoy dispuesta a derramar hasta la última gota de mi sangre por confesar que existe un cielo. Le digo que me alegro de no gozar de ese hermoso cielo en la tierra a fin de que se lo abra él en la eternidad a los pobres incrédulos.*

En otra de sus obras (MA 45v.) escribe convencida: *Jesús hizo de mí un pescador de almas. Sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores... Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad... ¡Desde entonces fui dichosa!*

En una carta a su hermana Celina, fechada el 12 de marzo de 1889, le anima: *Ofrezcamos nuestros sufrimientos a Jesús para salvar las almas... Ellas tienen menos gracias que nosotras, y sin embargo, toda la sangre de un Dios fue derramada para salvarlas... Jesús quiere hacer depender su salvación de un suspiro de nuestro corazón... ¡Qué misterio! Si un suspiro puede salvar a un alma, ¿qué no podrán hacer sufrimientos como los nuestros?... No rehusemos nada a Jesús.*

En otra carta a Celina, del 15 de octubre de 1889, escribe: *Siento que Jesús quiere que yo te diga esto, porque nuestra misión es la de olvidarnos, la de anonadarnos... Jesús quiere que la salvación de las almas dependa de nuestros sacrificios, de nuestro amor.*

En la carta que le escribió el 8 de julio de 1891, afirma: *Sólo el sufrimiento puede engendrarle almas a Jesús... ¿Es sorprendente que estemos tan bien provistas de sufrimientos, nosotras, cuyo único deseo es salvar un alma que parece perdida para siempre?*

Y en otra del 15 de agosto de 1892, afirma: *Nuestra misión, como carmelitas, es la de formar obreros evangélicos que salven a millones de almas, cuyas madres seremos nosotras... ¡Me parece tan bella nuestra participación!... Ved cómo en mi cielo hay sitios vacíos, os toca a vosotras llenarlos... Vosotras sois mi Moisés orante en la montaña;*

pedidme obreros, y yo los enviaré. ¡No espero más que una oración, un suspiro de vuestro corazón!

En una carta a su hermana Leonia, del 22 de mayo de 1894, convencida le dice: *¡Recoger un alfiler por amor puede convertir a un alma! ¡Qué misterio! Sólo Jesús puede dar tal valor a nuestras acciones, amémosle, pues, con todas nuestras fuerzas.*

En una carta al P. Mauricio Barthélemy Bellière, fechada 21 de octubre de 1896, escribe con contundencia: *Una carmelita que no fuese apóstol, se apartaría del fin de su vocación, y dejaría de ser hija de la seráfica Santa Teresa, la cual deseaba dar mil vidas por salvar a una sola alma.*

Y en la carta al mismo abate Bellière, del 26 de diciembre de 1896, escribe: *Jesús os trata como a privilegiado. Quiere que empecéis ya vuestra misión, y que por el sufrimiento salvéis a las almas. ¿No fue sufriendo, muriendo, como él mismo redimió al mundo? Sé que aspiráis a la dicha de sacrificar vuestra vida por el divino Maestro, pero el Martirio del corazón no es menos fecundo que el derramamiento de sangre, y desde ahora éste es vuestro martirio... Trabajemos juntos por la salvación de las almas, no tenemos más que el único día de esta vida para salvarlas y dar así al Señor pruebas de nuestro amor.*

Y en otra carta al mismo misionero, con fecha del 24 de febrero de 1897, le confía: *No conozco el futuro, pero si Jesús realiza mis presentimientos, os prometo seguir siendo vuestra hermanita allá arriba. Nuestra unión, lejos de romperse, se hará más íntima; allí no habrá ni clausura ni rejas, y mi alma podrá volar con vos a lejanas misiones.*

En una carta escrita al P. Roulland, del 23 de junio de 1896, le dice: *Me sentiré verdaderamente dichosa trabajando con vos en la salvación de las almas, para eso me hice carmelita; no pudiendo ser misionera por la acción, quise serlo por el amor y por la penitencia...*

Y en otra, dirigida al mismo misionero, con fecha del 14 de julio de 1897, le hace partícipe de sus deseos: *Cuento con*

no estar inactiva en el cielo. Mi deseo es seguir trabajando por la Iglesia y por las almas; se lo pido a Dios, y estoy segura de que me escuchará...

En *Palabras a Sor María del Sagrado Corazón* (UC. Varia 2) afirma: *Camino por un misionero. Pienso que allá, muy lejos, alguno de ellos, tal vez, pueda estar agotado en sus correrías apostólicas, y para disminuir sus fatigas, yo ofrezco las mías a Dios.*

5. APRENDIENDO DE LA DOCTORA

Si como misioneros y apóstoles invocamos sobre nosotros la especial protección de santa Teresa del Niño Jesús y la contemplamos como nuestro modelo más acabado, no es por razones arbitrarias o tangenciales. No en vano es la Patrona de las Misiones.

Santa Teresa nos recuerda a los misioneros de vida activa un par de verdades importantísimas.

Una primera: *Que somos misioneros siempre*. Nuestra condición de tales no depende ni de la edad, ni del lugar, ni de la tarea encomendada, ni de los estudios, ni de las habilidades, ni de la salud o falta de ella. Cuando alguien sintoniza con Dios, que quiere que todos los hombres se salven, allí hay un misionero. Esto es lo sustancial y lo demás es algo accidental.

Y una segunda: *Que lo nuclear de la misión es el amor*. Nadie duda de la importancia del trabajo misionero. Pero puede uno matarse a trabajar sin recta intención o incluso olvidarse de aquél para quien uno está trabajando. Por ello, para ser buen misionero hay que crecer en la virtud teológica de la caridad, núcleo de la santidad cristiana. El mejor misionero es el santo y santo es el que ama a Dios y al hermano.

LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca

Fidelidad y observancia cristianas. Reflexiones sobre la vida Religiosa

De palabra y de comportamiento, fidelidad y observancia suelen considerarse sinónimas. Porque la manera común de hablar las confunde, y en la práctica se las identifica con sus actitudes y sus obras. Las expresiones «ser fiel» y «ser observante» se usan con el mismo significado. La persona fiel y observante es la que cumple debidamente con su obligación. Sin embargo, se da entre ambas una importante distinción, que conviene clarificar para comprender su real diferencia y su mutua relación complementaria. Pues equiparar la observancia con la fidelidad sería enmascarar la vida de fe. La observancia se mide por la regla y la ley. La fidelidad se relaciona con la fe en general, y especialmente con la fe religiosa. Podría servirnos como criterio de discernimiento el principio siguiente: la *fidelidad* se constituye por su realidad teológica; es la fe viva en acción. La oración colecta del domingo 19 del tiempo ordinario lo expresa con claridad ferviente: «Dios todopoderoso y eterno, te pedimos entregarnos a ti *con fidelidad* y servirte con sincero corazón». La *observancia* es el cumplimiento de una norma legal o disciplinar, que suele, a veces, arrogarse como una perfecta «fidelidad». Pero su característica es ante todo pedagógica.

El Señor enseñó claramente el contraste distintivo de estas actitudes tan fácilmente confundidas, cuando hablaba sobre la ley y su cumplimiento: «no he venido a abolir las enseñanzas de la ley [...], sino a llevarlas a su plenitud [...]. Pues os digo que si no sois mejores que los maestros de la ley y los fariseos, no entrareis en el reino de los cielos»

(Mt 5, 17.20). Sobre todo, lo resalta con los ejemplos tan significativos de las parábolas: las vírgenes necias, la oración del fariseo, el hermano del hijo pródigo, etc. La observancia como la ley, en su práctica, están un tanto tocadas del contagio farisaico. Sin embargo, en el contraste distintivo entre observancia-regla-ley y fidelidad-fe no hay contradicción, sino complementariedad. La fidelidad no sólo comprende normalmente la observancia regular como campo adecuado de su ejercitación; sino que también influye con su actuación sobrenatural en ella, preservándola de los tentáculos esterilizantes que suelen darse suscitando rutina y tibieza, inercia y arrogancia, confundiendo tradición verdadera con prácticas acostumbradas... Todo ello obstaculiza la inevitable evolución renovadora de la vida, incluso la impide.

En cuestión tan vital conviene aplicarse el criterio discrecional que san Francisco de Sales expone sobre la verdadera devoción en su famosa y excelente *Introducción a la vida devota* (cap. 1). Con ejemplar discernimiento para todo estado de vida cristiana, el santo doctor de la Iglesia asienta la base pedagógica: «es necesario que conozcas desde un principio, en qué consiste la virtud de la verdadera devoción, pues son numerosas las devociones falsas e inútiles y sólo hay una verdadera, que si no la conoces, podrías sufrir engaño determinándote a seguir una devoción inconveniente y supersticiosa». Y resalta casos: «el que se siente inclinado a ayunar se considerará muy devoto si puede ayunar, aunque su corazón esté enconado de rencillas, y por sobriedad no se atreva a mojar su lengua [...] ni siquiera en el agua, pero no temerá teñirla en la sangre del prójimo mediante maledicciones [...]. Otro se creará devoto porque reza un sinnúmero de oraciones diariamente, aunque después su lengua se desate de continuo en palabras insolentes, arrogantes e injuriosas [...]. La devoción viva y verdadera es el específico amor de Dios, y no un amor cualquiera [...]. La devoción no es otra cosa que la

caridad en cierto grado de excelencia [...]. Entre la devoción y la caridad no existe mayor diferencia que entre la llama y el fuego [...] cuando está bien inflamada, se llama devoción».

La observancia regular constituye una tutela apropiada para el desarrollo personal y comunitario; la disciplina tiende a modelar el desarrollo de la personalidad; preserva con saludable eficacia de ciertos hábitos deficientes en las relaciones de convivencia... Sin embargo, de suyo, no constituye una fuerza vitalizadora, en cuanto fomenta actitudes arrogantes de perfección identificándose con el rigor y aún el rigorismo. Por ello, con el tiempo, degenera en estratificación psíquico-espiritual que impide caminar al paso vital de la historia humana, historia siempre en evolución salvadora. El papa, Juan Pablo II, dijo con estimulante acierto: «Dios habla en la Historia del hombre mediante las señales de los tiempos, con el fin de que pueda ser más fácilmente escuchado y comprendido» (*Cruzando el umbral de la Esperanza*).

Los *signos de los tiempos* constituyen la dinámica renovadora de la historia. Pero renovar no equivale a reformar o cambiar. De la reforma resulta un reiterado envejecimiento, pues el cambio es la superficialidad barnizada. Renovación, por el contrario, es renacer del mismo ser, emanar de la fuente original. En la primavera los árboles se renuevan renaciendo de la misma raíz, del mismo tronco. Cristo nos ha hecho renacer de nuevo asumiendo nuestra misma naturaleza humana. San Bernardo lo dice con expresivo realismo: «¿De qué manera podía manifestar mejor su bondad que asumiendo mi carne? La mía, no la que tuvo Adán antes del pecado» (LH. Ofc. de Lectura, 29 de diciembre). La renovación revivifica nuestra existencia radical hacia su plenitud. O aplicando la frase del poeta, es «la depuración constante de lo mismo» (Juan Ramón Jiménez). Porque la «depuración constante» es el esfuerzo pacientemente eficaz de la obra bien hecha. Pero la

depuración religiosa se realiza conforme a su propia característica por la actuación del Espíritu Santo, que es siempre exigencia renovadora de la vida.

OBSERVANCIA DE FIDELIDAD

La fidelidad nace de la fe vivida en la caridad y en la libertad de espíritu (Ga 5, 5-6; St 1, 25; 2, 12). Y se realiza en el seguimiento de Cristo por la fe viva en él. Toda fe tiene la misma estructura, en medio de sus múltiples y variadas clases y formas. La fe es creer en *alguien*, y, consecuentemente, en *lo que* la persona dice y hace, como testificación de *quién* es. La diferencia de las clases de fe se caracteriza por la persona *en quien* se cree, y, consecuentemente, en *lo que* se cree por *su testimonio* personal. No es lo mismo la fe social, política, aún científica, de amistad... que la fe religiosa, en general, y, más concretamente, la fe específica cristiana. Ésta se constituye *por y en* la persona de Cristo, su vida y enseñanza. Por la fidelidad el cristiano se autoconciencia del seguimiento auténtico de Cristo. Porque Cristo no propone un plan de vida, sino que él mismo personalmente es el camino y la vida a seguir, por donde camina todo cristiano. San Pablo expresó vivencialmente este misterio cristificante: «Vivo yo, más no yo, es Cristo quien vive en mí. Ahora, en mi vida mortal, vivo creyendo en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Ga 2, 20).

La fidelidad surge de una comunicación interpersonal compenetrante. El ejemplo personal por excelencia es Cristo *en su autorrevelación*: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6); y *en su estimulante invitación*: «Veníos detrás de mí» (Mt 4, 19-22); «sígueme, y él se levantó y lo siguió» (Mt 9, 9); «Los dos discípulos [...] siguieron a Jesús [...] y se fueron con él» (Jn 1, 37-39). Jesús revela y comunica su divinidad a través de su humanidad rebosante de gracia (Jn 1, 14-16). Él se ha hecho «el primogénito entre

muchos hermanos» (Rm 8, 29); con una fraternidad co-participada sin avergonzarse de llamarnos hermanos (Hb 2, 11-12). Esta hermandad divino-humana es la universal atracción convincente del hombre: «Has hecho, Señor, nuestro corazón para ti, y estará inquieto hasta descansar en ti» (San Agustín, *Confesiones*, cap.1).

Un himno litúrgico lo canta con humanizante exaltación: «Así: te necesito/ de carne y hueso... Así: tangible, humano,/ fraterno/ ...Carne soy, y de carne te quiero./ ¡Caridad que viniste a mi indignidad,/ qué bien sabes hablar en mi dialecto!/ Así, sufriente, corporal, amigo./ ¡Cómo te entiendo!/ ¡Dulce locura de misericordia:/ los dos de carne y hueso!». Cristo fraternalmente encarnado es la fuente de toda fidelidad cristiana. La fidelidad no es una añadidura de fe, sino su fruto testimonial. Fidelidad es seguimiento de y con Cristo-Camino en toda circunstancia de la vida. «Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eterna»; «Las sendas del Señor son misericordia y lealtad» (Salmo 24). «El gran pecado de Judas no fue su traición, sino desconfiar del amor de Cristo» (sta. Catalina de Siena). Es la gran tentación de la que en el *Padrenuestro* pedimos al Padre que no permita que caigamos en la tentación.

SANTOS FUNDADORES: BENITO DE NURSIA Y TERESA DE JESÚS

Benito y Teresa son dos ejemplos de observancia regular y de fidelidad. *San Benito* no redactó su Regla como ideal de perfección. Propone su Regla fundamentada en Cristo y su evangelio, del principio al fin. Desde el prólogo asienta que el monje «debe militar bajo el verdadero rey, Cristo Señor»; pero ello no puede hacerlo sino «tomando por guía el Evangelio, a fin de que merezcamos ver en su reino a Aquel que nos llamó». Entre todos «los instrumentos de las buenas obras», el primordial mandamiento es «amar ante todo, amar a Dios de todo corazón, con toda el alma y con

todas las fuerzas. Luego al prójimo como a sí mismo» (cap. 4, 1-2); y «no anteponer nada al amor de Cristo» (cap. 4, 21). Con recalcada contundencia final confirma a los monjes que su vida no tiene otra motivación ni finalidad, sino la de que «nada *absolutamente* antepongan a Cristo, el cual nos lleve a todos a la vida eterna» (cap. 72, 11).

La exhortación evangélica del Señor es clara y contundente: «sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48); «sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36). Pablo lo confirma por la vivencia de su conversión y su experiencia apostólica: «El amor es la plenitud de la Ley» (Rm 13, 10).

Santa Teresa de Jesús abunda en esta doctrina espiritual. La santa *doctora*, (título que le hará sonreír, porque nunca se consideró letrada, y ni partidaria de las postulantes letreas), expone las tendencias peligrosas que surgen con frecuencia en la mera observancia regular. Tendencias deformantes y falsificadoras de la espiritualidad cristiana, que ella resume en dos sintéticas frases lapidarias: «celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño»; y «como una lima sorda, que hemos menester entenderle a los principios». Y, «porque quiero decir alguna cosa, para dárselo mejor a entender», lo concreta en casos frecuentes: «ímpetus de penitencia», «celo de perfección muy grande [...], que cualquier faltita de las hermanas le pareciese una gran quiebra»; y a las veces podría ser no ver las suyas, por el gran celo que tiene de la religión.

Contra esta actitud errónea y desviacionista, la santa reacciona con su docta sabiduría evangélica: «Lo que aquí pretende el demonio, no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño. Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, mientras con más perfección guardáremos estos dos mandamientos seremos más perfectas. Toda nuestra Regla y Constituciones no sirven de otra cosa sino de medios para guardar esto con más perfección.

Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño. Cada una se mire a sí» (*Moradas Primeras*, cap. 2º, 16-17). Con cierta contundencia dice en otro lugar sobre el mismo tema: «hemos de procurar al principio tener cuidado de sí sola y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella, esto es lo que conviene mucho» (*Vida* 13, 9).

La diferencia y la relación ascética entre *observancia* y *fidelidad* no puede exponerse con más solidez y claridad. Teresa de Jesús, doctora de la Iglesia, *dixit*.

EJEMPLOS DE CONTRASTE

Al hermano Martín de Porres se le dio el apelativo de «Martín de la Caridad», y así se le conocía y llamaba entre la gente; era el sobrenombre de la *vox populi* (la voz del pueblo, o la fama popular) que identificaba al hermano lego. Recibió la formación cristiana de su madre, y su vida se desarrolló en el ambiente popular, entre el montón sin ser del montón, imitando la vida oculta de Jesús en Nazaret. En ella descubrió su carisma evangélico: «lo que hicieris con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). Ya ingresado en el convento dominicano, su carisma vocacional se desarrolló atendiendo a los enfermos, especialmente a los marginados y desahuciados. Su caridad suscitó ciertas dificultades en la observancia regular. Acogió en el convento a un desahuciado grave. Se le corrigió por desobediente, y él respondió: «Padre, siempre me han dicho que no hay precepto contra la caridad». La sintonía evangélica con la mentalidad tereciense y sanjuanista es evidente: «la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo... Regla y Constituciones no sirven de otra cosa sino de medios para guardar esto con más perfección» (santa Teresa de Jesús); «A la tarde te examinarán en el amor; aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición» (san Juan de la Cruz, *Dichos de*

luz y amor, 64). El regente de estudios lo confirmó con acierto: «No se admiren, que fray Martín tiene la ciencia de los santos y alcanza más sirviendo a Dios que nosotros estudiando».

El caso de san Juan de la Cruz es más contundente y espectacular. En una grave situación conflictiva de la reforma de la familia carmelitana, Juan de la Cruz resulta sospechoso *cabecilla*. Trasladado prisionero a la celda-cárcel del convento toledano, pasa meses de castigos rigoristas que amenazaron su deficiente salud. Juan de la Cruz, «modelo de abnegación de sí mismo, y del amor a la Cruz», preparó, con reflexiva decisión y estudiado plan, su arriesgada huida humana y religiosa. Es una noche estrellada y bullanguera de agosto. Juan de la Cruz actúa con la libertad de espíritu propia de la fe viva animada por la caridad. La fe viva es la orientación de la vida cristiana (Ga 3, 23-25). Actitud sanjuanista en fuerte contraste con la reiterada insistencia rigorista dorian: «Observancia rigurosa, padres míos, observancia rigurosa... aún después de muerto, mis huesos, dándose unos con otros en la sepultura, han de clamar: observancia regular, observancia regular». Santa Angela de Méricis escribió en su testamento espiritual: «El corazón bueno y el ánimo encendido en caridad, no puede sino producir obras buenas y santas; por esto, decía san Agustín: Ama, y haz lo que quieras; es decir, con tal de que tengas amor y caridad, haz lo que quieras, que es como si dijera: La caridad no puede pecar». El amor siempre tiende y obra el bien; nunca hace el mal.

JUAN ANTONIO PASCUAL DÍAZ DE AGUILAR, O.S.B.
Valle de los Caídos

Liturgia

La oración colecta de la fiesta de Ntra. Sra., la Virgen del Rosario

*«Derrama, Señor, tu gracia sobre nosotros,
que, por el anuncio del ángel,
hemos conocido la encarnación de tu Hijo,
para que lleguemos, por su pasión y cruz
y con la intercesión de la Virgen María,
a la gloria de la resurrección».*

Esta oración tan conocida se recitaba, según el antiguo misal, y sin la alusión a la intercesión de la Virgen María, en la fiesta de la Anunciación, después de la comunión. Hoy se sigue recitando en la colecta del cuarto domingo de Adviento y al concluir el rezo del *Ángelus*. En el nuevo misal la encontramos también sustituyendo a la antigua colecta de la fiesta de la Virgen del Rosario, que decía así:

«Oh Dios, cuyo Hijo Unigénito nos mereció, con su vida, muerte y resurrección el premio de la vida eterna, te rogamus nos concedas que, meditando estos misterios en el santísimo Rosario de la Bienaventurada Virgen María, imitemos los ejemplos que contienen y obtengamos la recompensa que prometen».

Ambas oraciones están dirigidas al Padre y acentúan el carácter cristológico y mariano de la fiesta del Rosario. Las dos hacen memoria del misterio indivisible de Cristo. Ciertamente, no podemos comprender su vida sin tener en cuenta su muerte y resurrección, como tampoco podemos comprender su resurrección sin referirnos al camino que recorrió hasta la pasión, ni podemos comprender ésta sin hacer memoria de su vida anterior y de su resurrección.

Entre la vida, muerte y resurrección de Cristo existe una correlación perfecta. Por la vida, muerte y resurrección de Cristo nos ha venido la salvación de Dios. Según decía bellamente santo Tomás de Aquino: «Todas las acciones y sufrimientos de Cristo obran instrumentalmente la salvación humana en virtud de la divinidad»¹. Esos misterios son los mismos que meditamos en el rezo del Rosario. Los misterios de la vida de Cristo, que se meditaban de forma implícita, ahora se explicitan al añadir la nueva serie de los llamados misterios luminosos.

La nueva oración tiene una composición muy clásica, muy sonora, muy bien trabada y muy transparente². En ella pedimos al Padre lo más necesario: *que derrame su gracia sobre nosotros*, es decir, *sobre quienes hemos conocido el misterio de la encarnación*. La gracia es una de las nociones más ricas de la espiritualidad cristiana. La gracia es el don de Dios que contiene todos los demás. Es, en primer lugar, Dios, que al darse a sí mismo envuelve con su generosidad a quien lo recibe. Jesús es la encarnación de la gracia y el que nos la comunica. Así lo expresa san Juan en el prólogo de su evangelio: Jesús, el Hijo único del Padre, está lleno de gracia y de verdad (1, 14). Más adelante nos dirá que *de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia* (v. 16). Luego, contraponiendo a Moisés con Jesús afirma que *la Ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo* (v. 17). También san Pablo se refiere con frecuencia al don de la gracia; siempre encabeza sus cartas deseando la gracia y la paz a sus corresponsales.

El salmista del Antiguo Testamento, que no llegaba a sospechar todavía el alcance de la gracia divina, se dirigía a Dios en su oración diciéndole: *Tu gracia vale más que la vida* (Sal 62, 4). Ciertamente, reconocía que la vida es el

1. *Suma de teología*, III, q. 48, a. 6c.

2. Cf. C. URTASUN, *Las oraciones del misal. Escuela de espiritualidad de la Iglesia*, Barcelona 1995, p. 66.

soporte sobre el que se asientan todos los demás dones, pero vivir de espaldas a la gracia de Dios o a su amor es como no vivir ya. Después de Cristo conocemos más profundamente este misterio.

Cuando oramos pidiendo a Dios que *derrame sobre nosotros su gracia*, en el fondo es porque ya la poseemos. Si nuestra oración es consciente y verdadera, eso quiere decir que ya la gracia de Dios está presente en nosotros; pues sólo se puede orar en espíritu y en verdad a impulsos de la gracia divina. Pero, además, en esta oración pedimos a Dios que nos conceda la gracia *para alcanzar la gloria de la resurrección*. Esta petición es un testimonio de fe, esperanza y caridad. La oración es la voz de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Por una parte, la fe nos lleva a conocer y a dar crédito a la buena noticia comunicada por el ángel de la anunciación. María fue el primer testigo de la encarnación del Verbo. Por la fe damos crédito a su testimonio. Pero la fe también hace que miremos con otros ojos la pasión y la cruz de Cristo. Ya no podemos ver ahí solamente la muerte injusta de un inocente, sino también la generosidad de Dios, que está dispuesto a todo para que nosotros nos salvemos. Ahora bien, nuestra salvación no consiste sólo en conocer y meditar estos misterios, sino en unirnos a ellos. San Pablo habla en sus cartas de ser crucificados y de morir con Cristo para resucitar con él. Este acompañamiento de Cristo en la pasión y en la muerte se realiza dejándose mover por el Espíritu de Jesús, que nos impulsa a vencer nuestro egoísmo a fuerza de entrega y generosidad. Así la pasión y la cruz se convierten en un medio para alcanzar la resurrección.

La esperanza de resucitar mantiene nuestra vida orientada hacia la meta de nuestra existencia; hace llevadero todo esfuerzo y sufrimiento, porque conserva vivo el recuerdo de la generosidad de Dios, que sostiene nuestra esperanza. Hay una diferencia radical entre quien sabe adónde

va y quien vive a la deriva, a merced del viento que sople. El cristiano sabe cuál es el *camino* que tiene que recorrer y adónde le conduce, aunque no sepa exactamente la distancia que le separa de la meta, ni las experiencias concretas que tendrá que vivir hasta llegar al final. La esperanza de la resurrección dinamiza toda su vida. Sin embargo, incomprensiblemente hay muchos cristianos a los que la resurrección les resulta *indiferente* o incluso *superflua*. En ese caso podemos repetir con san Pablo que la fe resulta vana. ¿Cómo mantener la esperanza si la muerte trunca definitivamente nuestra existencia y nos hace morir con el dolor de no ver satisfechas nuestras aspiraciones más nobles? Es necesario, pues, seguir predicando la esperanza en la resurrección. Aunque desconozcamos casi todo lo que ocurrirá después de nuestra muerte, podemos seguir confiando en las promesas de Dios. Él ha prometido llevarnos a su reino; nos ha prometido hacer todas las cosas nuevas, enjugar nuestras lágrimas, destruir el sufrimiento y aniquilar la muerte para siempre. Confiados en esas promesas esperamos la transformación total de nuestro ser, el día en que Dios destruya nuestras limitaciones físicas, psíquicas y morales.

Pedir la gracia de alcanzar la gloria de la resurrección es una forma de expresar nuestro amor a Dios; pues el mundo futuro, el de la resurrección, es el mundo en el que podremos gozar de la presencia de Dios. ¿Cómo amar a un Dios con el que no es posible encontrarse nunca cara a cara? El amor busca compartir la vida. Dios es el primero que quiere compartir su existencia con la humanidad y pone en nuestro corazón el anhelo de comunión.

Esta petición la hacemos por intercesión de la Virgen María. En el cristianismo toda intercesión pasa de una u otra manera por Jesucristo. Pero la intercesión de Jesucristo no excluye la de los cristianos; al contrario, la fundamenta. Cristo mismo prescribe a sus discípulos que recen los unos por los otros. Dios nos concede colaborar unos con

otros en nuestra salvación. La intercesión de la Virgen María es un caso especial, no sólo por su inmediata asunción en cuerpo y alma a los cielos, sino, sobre todo, por su estrecha colaboración con su Hijo en el misterio de nuestra redención. La fiesta de la Virgen del Rosario, en definitiva, quiere poner de relieve el acompañamiento maternal de la Virgen María en nuestra vida de creyentes.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca

Testigos

Paulina María Jaricot, la creatividad de la entrega

Paulina María Jaricot nació en Lyon (Francia) en 1799. Era la más pequeña de siete hermanos. Su padre, Antonio, fue un comerciante de seda que se enriqueció bajo Imperio. Sus padres le dieron una educación profundamente cristiana. Paulina dice de sí misma haber nacido «con una imaginación viva, un carácter superficial, violento y perezoso». Cuando se entregaba a una cosa lo hacía totalmente, sin guardar el justo medio en nada. Ella misma reconocía que Dios le había dado «un corazón recto y fácil de inflamar por la piedad». Más tarde, volviendo sobre su vida pasada, Paulina habla, en su relato autobiográfico escrito por mandato de su confesor, de la piedad religiosa que le embargaba a los catorce años. En esa época su gran alegría era ir a rezar sola al pie del sagrario de una iglesia cercana a su casa. La devoción a la Eucaristía y su profunda compasión por los pobres marcan su vida espiritual desde este momento. A su madre le confesó su deseo de entregarse completamente a Dios y a los pobres, y le pidió que le permitiera no vestirse con ninguna tela lujosa y no aparecer ya en las fiestas.

Pero eso no era todo, sino que sentía dentro de sí dos tendencias diametralmente opuestas y casi igual de fuertes: por un lado, estaba inclinada a la contemplación, al sacrificio y al desprendimiento de todo; y, por otro, se sentía inclinada ardientemente al placer, ávida del amor de las criaturas y sensible a toda vanidad. Y se entregaba a uno u otro de esos impulsos, según las circunstancias, pero

sentía una especie de remordimiento¹. Ella misma habla de esta época haciendo la siguiente confesión:

«No tenía el valor de sacrificar ciertas cosas que, sin estar prohibidas, eran para mí causa de enfriamiento. Mi falta de generosidad me ha hecho experimentar hasta qué punto nuestro corazón es frágil cuando está entregado a sus propias fuerzas. El mío era así. Jesús, que me conocía, me inspiraba que le recibiera todos los días; pero el temor de parecer singular me hacía diferir el alimentarme con el pan de los fuertes, y acabé pronto sumergiéndome, de caída en caída, en un profundo desánimo.

La malicia de mi enemigo redoblaba las astucias a medida que yo llegaba a la edad en que las pasiones se desarrollan, y me hacía tímida y temerosa ante el rostro de mi Dios, que tanto deseaba amar. Este enemigo me repetía sin cesar que, no pudiendo guardar la gracia en mi alma, no tendría jamás la fuerza de seguir la ley divina, demasiado difícil para mí; que sería un objeto de maldición a los ojos del Señor, y otras mil cosas desoladoras. Y yo no sabía, no osaba decir todas estas cosas al sacerdote al que confesaba mis pecados...»².

Paulina refiere que su confesor no fue una gran ayuda en estos momentos: «Un alma recta y sencilla se hubiera contentado con esos socorros; la mía, demasiado orgullosa, era como el pájaro cautivo, que bate en vano las alas sin darse cuenta del obstáculo que le impide tomar su vuelo. También, a pesar de todas mis aspiraciones hacia el infinito, me apegaba cada vez más a la criatura y a la vanidad»³. Recordando aquel período de su vida confiesa que hubiera sido necesario «estar muerta o ser de hielo para resistir

1. Cf. M. J. MAURIN, *Vie de Pauline Jaricot*, Paris 1892, p. 21. Ésta es la primera biografía que se escribió sobre Paulina Jaricot; es también la obra que seguiremos aquí al no tener a manos otras más actuales.

2. *Ibid.*, pp. 23-24.

3. *Ibid.*, p. 24.

con indiferencia a las alabanzas que le prodigaban». Y continúa diciendo:

«Engañada sin duda por no sé qué apariencia de candor y de modestia impresa sobre mi rostro y en mi aspecto, mi madre me creía enteramente entregada al deseo que le había confiado. Por mi parte, en lugar de confesarle el cambio que se realizaba en mí, guardaba silencio. Hinchada de orgullo, estaba embriagada de los cumplidos que recibía; y, para reunir todos los sufragios, halagaba diestramente a las personas que parecían no prestar bastante atención a mis pretendidas amabilidades... Lo hacía con el único objetivo de gustar; pero por nada del mundo quería hacérselo sospechar a quienes de este modo les mendigaba la mirada.

Y no pensaba, oh mi Salvador Jesús, que te había prometido una inviolable fidelidad... Cuando tu gracia me hacía escuchar la voz del remordimiento y ponía el arrepentimiento en mi corazón, un paseo, un traje nuevo, una palabra de halago bastaba para volverme a sumergir en la disipación»⁴.

A los quince años una mujer quiso casarla con su hijo. Ella se entusiasmó con la idea; pero su madre hizo lo posible por no comprometer tan pronto a su hija. Entre tanto Paulina tuvo un accidente, cayó de un taburete. Durante algunos días disimuló sus sufrimientos, pero era tal el dolor que no pudo ocultarlo por más tiempo. El médico, después de intentar inútilmente todos los remedios, decidió sangrarle, lo que afectó a su sistema nervioso. Su madre se desveló cuidando de ella. Tanto Paulina como su madre tuvieron el presentimiento de que alguien de la familia iba a morir. Paulina por su lado rezaba a Dios diciendo: «Señor, si alguien de nosotros debe morir, que sea yo y no mamá». En cambio su madre oraba así: «Dios mío, siento que quieres llamar de este mundo a alguien de mi casa. ¡Ah! Si tuviera que ser Paulina, llámame a mí en su

4. *Ibid.*, p. 25.

lugar...». Cada una trataba de no comunicar a la otra esos temores. La madre confió los suyos a su esposo y a sus otras hijas. Estos temores no eran inciertos, pues su hermano Narciso no tardó en morir. Y poco después su propia madre. El epitafio de su tumba define muy bien su personalidad y su vida; dice así: «Aquí yace Juana Lattier, esposa de Antonio Jaricot. Ella se olvidó constantemente de sí misma para pensar solamente en Dios, en su familia y en los desgraciados».

Durante todo un año su familia ocultó a Paulina la muerte de su madre, aunque ella presentía la triste noticia. Paulina continuó con su enfermedad hasta que un día, después de la insistencia de su párroco, se decidió a comulgar y quedó curada. No obstante, ella se resistía aún a la llamada de Dios. Incluso el duelo y la tristeza que reinaba en su casa le parecía excesivo:

«Yo me decía a mí misma: ¿Se imaginan que tengo ochenta años para secuestrarme así?... Qué triste es, pues, mi juventud... Pero, apenas me detenía un instante en esos culpables pensamientos, una voz dulce y poderosa me respondía en el fondo de mi alma: “¿Cuándo hayas perdido el tiempo en adornarte y danzar, qué te quedará?... ¿No sabes que la parte más noble de ti misma es inmortal, y que el resto debe morir?

¡Morir!... Verdad insoportable para quien no pertenece a Dios, ¡cómo me has torturado!...

Demasiado cobarde para aprovechar esas advertencias, me rebelaba pensando en la muerte y maldecía mi existencia. *Sí, sí, habría que abandonarlo todo, me repetía la dulce voz, y ¿qué será de tu alma inmortal?*

Este terrible combate de mí misma contra mí misma y contra la gracia duró largos meses, durante los cuales sufrí de manera indecible, sin tener el valor de librarme de esos sufrimientos, rindiéndome a la tierna llamada de mi Salvador»⁵.

5. *Ibid.*, p. 38.

Cuando la familia abandonó el duelo, Paulina continuó buscando las vanidades, mostrándose más elegante y graciosa que nunca. Pero nada de esto colmaba el vacío inmenso de su corazón. Ella escribe a este respecto: «Cuántas lágrimas disimulé con sonrisas, cuántos quebrantos secretos bajo la apariencia de placer... La inmortal Belleza y el eterno Amor, presentes sin cesar a los ojos de mi alma, no me hacían encontrar en los brillantes objetos de mi vanidad más que miserables nadas, y en el amor perecedero una gota de agua para mi sed devoradora»⁶.

Paulina continuaba disimulando a los ojos de todos la violencia de sus combates interiores:

«Cuántas veces –dice ella– después de largas horas de aturdimiento me encerraba en mi cuarto y derramaba torrentes de lágrimas, reprochando a Dios sus adorables exigencias, y le preguntaba *por qué* me reprochaba, a su vez, lo que tantas personas se permitían sin el más mínimo remordimiento... En una palabra, yo estaba reducida a adorar y a maldecir al mismo tiempo el vínculo que oprimía y encantaba mi corazón...»⁷.

Cada día Paulina comenzó a escuchar más claramente la voz del divino maestro. Comenzó a obedecerle sacrificando tal o cual rico adorno y dando el importe de su valor a los pobres. Aunque todavía no acababa de entregarse completamente a Dios.

Cierto día del año 1816, su hermana Sofía la animó a ir a escuchar la predicación del vicario de la parroquia de San Niezer, llamado Juan-Wandel Wurtz. Paulina iba vestida con una elegancia soberbia. El predicador habló con gran sencillez de los peligros e ilusiones de la vanidad. Más de un oyente allí presente murmuró diciendo que la señorita Jaricot debería aplicarse a sí misma gran parte del sermón.

6. *Ibid.*, pp. 41-42.

7. *Ibid.*, p. 43.

Ciertamente, ella lo hizo, y de forma insospechada. Terminada la ceremonia religiosa, se dirigió a la sacristía y le pidió al sacerdote Wurtz que la confesara; le abrió su corazón y quedó muy liberada. Ese día fue el primero de su conversión. Tenía entonces 17 años. Desde ese día se dejó dirigir por los sabios consejos de dicho sacerdote. Paulina dio comienzo a una nueva existencia dedicándose a cuidar a los enfermos incurables de un hospital. Cambió su modo de vestir utilizando vestidos pobres, e incluso ridículos para su condición social. Su familia estaba disgustada por este modo de aparecer en público, aunque tampoco se atrevía a prohibírselo. Alguna gente murmuraba diciendo que se había vuelto loca. Tampoco a su director espiritual le ahorraron las críticas. Ella se justifica diciendo: «Tomé esta opción extrema: porque si no hubiera roto con todo a la vez, jamás hubiera ganado nada. Estaba tan avergonzada por aparecer en público con el triste vestido violeta, que todos mis miembros temblaban. Necesitaba hacer eso para derribar mi orgullo. Un justo medio no hubiera sido suficiente para hacer que mi resolución fuera inquebrantable»⁸. La nueva existencia le llevó a realizar gestos concretos, incluso heroicos para una joven de su edad y de su condición, pero no presume de ello:

«Para testimoniar mi gratitud a *Aquel* al que yo había olvidado por la criatura, deposité al pie de mi crucifijo mis brazaletes, mis collares y los otros objetos de vanidad que fueron vendidos en beneficio de los pobres; consagré a los ornamentos de iglesia las ricas telas de mis vestidos; y las flores con las que me adornaba, sirvieron a las niñas que acompañaban las procesiones del Santísimo Sacramento. Yo comprendía, en fin, que todo lo que es perecedero impide el vuelo del alma hacia las alturas del amor: por eso deseaba no tener más que lo estrictamente necesario.

8. *Ibid.*, pp. 56-57.

Desgraciadamente, mi padre, conociendo mis planes, me prohibió dar, sin su permiso, nada de lo que yo poseía. Que nadie se sienta tentado de atribuir algún mérito a este desprendimiento de las vanidades a las que yo estaba tan aferrada. La sobreabundancia de larguezas de mi Dios me las hacía, en esta hora, viles y despreciables...»⁹.

En la noche de Navidad de ese mismo año (1816) hizo voto de virginidad; aunque permaneció viviendo en su casa. Hablando de su vocación dirá: «No soy yo quien eligió al Señor, sino Él quien me eligió primero. Dudé entre Dios y el mundo hasta la edad de 17 años cuando prometí a Jesús pertenecerle sólo a Él»¹⁰.

Paulina era una joven alegre, enérgica, generosa, inteligente, buena, afectuosa, accesible, cordial, de una delicadeza extrema. Poseía una imaginación viva y brillante. Todas esas cualidades las puso sin regateos al servicio de Dios y del prójimo.

Desde el momento de su conversión se entregó de lleno a algunas actividades apostólicas en las que fue pionera. Conocía bien –aunque no por propia experiencia– la angustia por la que atravesaban entonces algunas jóvenes de su edad pertenecientes a familias nobles que habían quedado reducidas a la miseria por la revolución francesa de 1793; estas jóvenes, no atreviéndose a mendigar, y estando desprovistas de las cosas más necesarias, fácilmente se deslizaban hacia una vida inmoral. Para poner remedio a esta situación abrió un taller dedicado a fabricar flores artificiales; de este modo las jóvenes encontraban un trabajo agradable y, al mismo tiempo, lucrativo. Aunque a Paulina le costaban mucho los trabajos manuales, se entregó a ellos con todas sus fuerzas y se dedicó a enseñar a las demás jóvenes a realizar ese trabajo. El éxito fue tal que pronto recibieron muchos encargos.

9. *Ibid.*, p. 58.

10. *Ibid.*, p. 90.

Paulina alternaba esta tarea con la atención a los enfermos, la ayuda a los necesitados y una intensa vida de oración. Ya entonces comenzó a endeudarse pidiendo préstamos para sacar de apuros a alguna familia necesitada. Ella misma se metía en apuros hasta el punto de pasar por situaciones de angustia que minaban su salud física. Pero en esos momentos todavía contaba con el respaldo de su padre.

A los 19 años tuvo la idea de reunir a un grupo de jóvenes obreras de su edad al que denominó: *Reparadoras del Corazón de Jesús, desconocido y despreciado*, grupo que siempre estuvo a su lado, incluso cuando el fracaso y la miseria se instaló definitivamente en su vida. Este grupo se lanzó a una vida de piedad y de acción impresionantes. Paulina cuenta el origen de esta asociación, que compararía la espiritualidad de la época, en estos términos:

«Cuanto más frecuentaba a los pobres tanto más se me concedía profundizar en los males que devoran a la sociedad. Yo suspiraba por el retorno de los culpables, y por conseguirlo estaba dispuesta a tomar todas las medidas que estaban en mi poder.

Con esta idea buscaba almas que quisieran ayudarme a compadecerse del abandono del Corazón de Jesús, del que yo veía que la mayoría pagaba su amor por la ingratitud. Tuve la dicha de encontrar esas almas que comprendieron mi pensamiento y compartieron mi ambición. Eran pobres obreras, criadas, porque a los ricos del mundo hubiera sido difícil hacerles entender mi llamada al sacrificio y a la reparación: me despreciaban demasiado por haberme privado de sus placeres.

Los sencillos y las piadosas jóvenes a las que yo hablaba con frecuencia de Nuestro Señor y de los intereses de su gloria, aceptaron con alegría la proposición que yo les hice de hacerse las *Reparadoras del Corazón de Jesucristo, desconocido y despreciado*. Con este pensamiento comenzamos una retractación honorable en acción.

A partir de este momento el Corazón de este adorable Maestro se convirtió a la vez en el objeto de nuestro culto,

el de nuestras reparaciones y también en el *vínculo* de nuestra unión, en la *sala* de nuestras asambleas y en *el registro* de nuestro alistamiento sagrado»¹¹.

Pero todo esto no eran más que los primeros pasos de un largo camino. El combate continuaba en su corazón. Ella misma lo cuenta con una gran sencillez y transparencia, abriendo su corazón de par en par:

¡Ay!, yo era todavía una *esclava a medio liberar*, a la que los antiguos tiranos querían remachar de nuevo los hierros... Había en mí asaltos terribles: mi orgullo se enderezaba más imperioso que nunca, buscaba hacerme odiosas las pequeñas humillaciones a las que yo me exponía, y a veces había en mi corazón como una *inundación de sentimientos y de pensamientos que me habían hecho errar lejos de Jesucristo*.

Esos ataques del *enemigo* eran tan terribles que, para resistir a su impetuosidad, yo agarraba lo que encontraba bajo mi mano, y lo llevaba a mi boca, para apretarlo fuertemente entre los dientes para dar así alguna satisfacción a mis nervios irritados por la violencia que yo me hacía. Entonces guardaba silencio, pero abundantes lágrimas se escapaban de mis ojos a mi pesar.

¡Piloto divino, yo gritaba desde el fondo de mi alma, despierta, porque los vientos y las olas amenazan la pequeña barca que te he confiado!

El todopoderoso Dueño de las tempestades parecía no escucharme. Sin embargo, ni los vientos ni las olas volcaron el frágil esquiife»¹².

A Paulina se le debe también la fundación de la asociación de *la Propagación de la fe*, que pronto adquirió un carácter universal. Esta asociación tenía como objetivo recaudar fondos para socorrer las necesidades de las Misiones extranjeras, que entonces se encontraban en una

11. *Ibid.*, p. 62.

12. *Ibid.*, p. 63.

situación financiera crítica. Paulina se hizo sensible a esta necesidad gracias a su hermano Philéas, que por entonces estaba estudiando en el seminario de San Sulpicio de París; uno de los amigos de éste, también seminarista, le apremió para que hiciera intervenir a su hermana menor en favor de las Misiones extranjeras.

Desde 1818 Paulina, apoyándose en el grupo de las *Reparadoras*, organizó una serie de colectas. Pero al año siguiente ideó un plan de organización de estas colectas, que hasta entonces eran modestas e irregulares. Se trataba de hacer grupos de 10 en los que cada persona se comprometiese a aportar un centavo a la semana. Al frente de cada grupo de diez había un jefe que tenía la misión de recoger el dinero. Al frente de cada diez grupos de diez había otro jefe encargado de recoger el dinero de los otros nueve jefes de cada grupo; al frente de cada cien grupos de diez había otro jefe encargado de recoger el dinero de los diez jefes de cada centena, etc. Esta asociación se desarrolló rápidamente, llevando a cabo una importante contribución a la misión evangelizadora de la Iglesia. El 3 de mayo de 1822, bajo Pío VII, la autoridad eclesiástica aprobó la fundación oficial de esta obra. Desde ese momento Paulina abandonó su dirección. De 1822 data también su opúsculo titulado *El amor infinito en la divina Eucaristía*, donde subraya vigorosamente el amor de Dios hacia la humanidad.

Otra de sus ideas ingeniosas fue la fundación del *Rosario viviente*, con el objetivo de salir al paso –como ella misma declara– de la decadencia religiosa que se estaba viviendo en Francia en esos momentos:

«Hasta entonces me había preguntado ¿cómo sería posible presentar a la ligereza francesa, a su poca atracción por la meditación y la oración, una práctica mirada desde hacía tiempo como anticuada, y que se dejaba al grupo de los ignorantes, del que tan pocas personas pretenden formar parte? ¿Cómo, sobre todo, esperar que *los enfermos espirituales*, a los que el exceso de debilidad ha quitado el

sentimiento del mal, e incluso el deseo de la curación, aceptarían un remedio cuya dosis espanta a quien no conoce su dulzura?

Tal era mi confusión cuando pensaba qué camino tomar para rejuvenecer la devoción del Rosario»¹³.

Su propia experiencia orante queda retratada en las siguientes palabras: «por la virtud del Rosario mi débil corazón ha osado unir su voz a la del Salvador, que en las lágrimas, la pobreza y el sufrimiento no han cesado, en su vida mortal, de hacer resonar las peticiones del *Padrenuestro*»¹⁴.

Paulina organizó el *Rosario viviente* formando grupos de quince personas, una por cada misterio; cada persona se comprometía a rezar un misterio del Rosario al día, y a buscar otras cinco personas más que quisieran unirse a la obra. Esta organización contó también con la ayuda del grupo de las *Reparadoras*. La nueva obra se extendió con rapidez por el mundo entero. Desde su origen el *Rosario viviente* fue, en la mente de Paulina, un medio de propagación universal de la oración y de la caridad. Las circulares que ella escribía para las reuniones mensuales, además de proporcionar comentarios de los misterios del Rosario y una explicación de la importancia de esta devoción, ponían a disposición de todos el fruto de su propia experiencia. Entre las intenciones que asociaba a esta oración destaca sobre todo su preocupación por la unidad de los cristianos. Paulina se adelantó medio siglo a la llamada del papa León XIII señalando al mundo católico la devoción del Rosario como el medio más seguro de salvación.

Esta fundación, como de *la Propagación de la fe*, le dio bastantes disgustos y le hizo blanco de acusaciones y calumnias infundadas. La obra fue asociada a la Orden de Predicadores en 1836. En 1873 el P. Larroca, Maestro general de los Frailes Predicadores, reconocía que la familia

13. *Ibid.*, pp. 159-160.

14. *Ibid.*, p. 162.

dominicana debía a Paulina Jaricot «la eclosión de una nueva flor sobre su árbol del Santo Rosario». Por su parte, los frailes dominicos fueron los primeros en promover su canonización.

A los cuatro años de la fundación del *Rosario viviente*, ya se había difundido por Italia, Suiza, Bélgica, Inglaterra, por algunos lugares de América, por la India y, sobre todo, por Canadá. El *Rosario viviente* se introdujo en todas las clases sociales, y ayudó a muchas personas a retornar a Dios. Esta obra iba acompañada de la difusión de buenos libros. Gracias al *Rosario viviente* Paulina contribuyó a la renovación del espíritu cristiano de los laicos del siglo XIX.

No obstante, algunos obispos se negaron en un primer momento a aceptar esta obra. Hay una anécdota simpática a este respecto. Cuando Paulina le propuso a cierto obispo introducir en su diócesis el *Rosario viviente*, éste le dijo con un aire terriblemente severo: «Entonces, señorita, *el otro está muerto*». Y ella le respondió con su fina y dulce sonrisa: «No, Monseñor, *pero estaba dormido y yo he querido despertarlo...*».

Paulina no se detuvo a gozar en paz de su fortuna, ni del éxito inaudito de las dos grandes obras de su juventud, sino que se comprometió con todas sus fuerzas en favor de la clase obrera. Desde bastante tiempo atrás buscaba con angustia la ocasión de comenzar una obra regeneradora mediante establecimiento de una colonia obrera, regida por leyes cristianas, que pudiera servir de modelo a quines quisieran multiplicarla. Con ese objetivo ideó lo que ella misma denominó el plan general de la *Conservación de la fe*, porque debía reavivarla, alimentarla y conservarla en las naciones cristianas de modo que se pudiera propagar a las no cristianas. Esta nueva obra comprendía tres ramas principales: 1) Una liga de oración y de caridad, que ya estaba en marcha desde 1826 gracias al *Rosario viviente*; 2) lo que ella denominaba la *Banca del cielo*, que consistiría en la asociación de personas ricas que quisieran dar diez mil

francos cada una con el fin de crear un capital de base, de modo que con los intereses anuales se pudiera crear un fondo de préstamos sin interés destinado a los obreros católicos que tuvieran dificultades económicas; estos préstamos serían devueltos en pequeñas fracciones. Con ello Paulina quería, además de ayudar a las familias pobres, establecer una especie de contrapeso al acaparamiento del capital en ciertas manos; 3) la tercera rama consistía en la regeneración de la clase obrera mediante la caridad cristiana.

Sus intenciones están expresadas con claridad en el siguiente texto:

«Desde hacía diez años sobre todo, yo buscaba ante Dios el modo de remediar al desánimo, a la inmoralidad y a la exasperación que se manifiestan cada vez más en las masas. Hoy me parece haber adquirido la certeza de que sería necesario *en primer lugar* devolver al obrero su dignidad de *hombre*, arrancándole de la esclavitud de un trabajo sin descanso; su dignidad de padre, haciéndole gustar las dulzuras y los encantos de la familia; su dignidad de *cristiano*, procurándole, con las alegrías del hogar doméstico, el consuelo y las esperanzas de la Religión. En una palabra, yo quisiera que se le devolviera la esposa al esposo, el padre al hijo, y Dios al hombre, pues Dios es la felicidad y el fin. Se obtendría dulcemente ese retorno salvífico si nos dirigiéramos en primer lugar *al corazón* del obrero para llegar después a su alma. Cuando el corazón es ganado por el reconocimiento se abre por sí mismo a la luz que queremos hacer penetrar en él.

Es inútil *moralizar* al pueblo dirigiéndose a su espíritu: Los gritos del dolor o del odio ahogan las voces más elocuentes... Si ustedes quieren cosechar el ciento por uno, *aliviad, amad en primer lugar y moralizad después*».

Para llevar a cabo su labor, después de asesorarse convenientemente, se lanzó a la compra de una empresa metalúrgica que reunía las condiciones ideales. Pero cayó en manos de dos financieros estafadores que devoraron su

fortuna personal y la redujeron a la miseria haciéndola deudora e insolvente hasta la muerte. Paulina se encontró indefensa ante tres clases de acreedores: 1) Aquellos a los que no había podido pagar el precio de la adjudicación de la fábrica, y de los que podía desprenderse consintiendo que se hiciera una nueva venta judicial de la misma; 2) los que por su propio riesgo y peligro habían invertido dinero en este inmueble; estos se portaron con crueldad con ella; y 3) varias familias de obreros a los que Paulina había creído que les hacía un favor comprometiéndolas a invertir sus escasos ahorros en la fábrica. Estos últimos se comportaron con ella con una delicadeza admirable. Lo que más le torturaba a Paulina era precisamente no poder devolver el dinero a dichas familias. Estaba convencida de que el mayor de los sufrimientos era haber contraído deudas y ocasionar pérdidas a otros. Los obreros fueron su gran preocupación hasta el punto de llegar a escribir: «Yo he amado a Jesucristo más que a todo sobre la tierra, y por amor a Él he amado más que a mí misma a los que estaban en el trabajo y el dolor».

Su familia rica y poderosa se negó a ayudarle, e incluso una de sus sobrinas más cercanas le hizo un proceso. En 1852, Paulina ideó hacer un camino que atravesara su propiedad para acceder más rápidamente a la capilla de Fourvière. Cobrando un pequeño derecho de peaje podría ir pagando a sus acreedores. Pero justamente en ese momento surgió una Comisión de Fourvière que creó un camino rival y un nuevo proceso. A este respecto un eclesiástico pronunció esas terribles palabras: «Es una hormiga y hay que aplastarla»¹⁵.

Esta mujer célebre a la que el cardenal Newman pedía consejo, a la que el papa Gregorio XVI fue a visitar cuando ella estaba de paso en Roma, a quien el cura de Ars ponía

15. G. NAÏDENOFF, «Pauline Jaricot», C. SAVANT (dir.), *Histoire des saints et de la sainteté chrétienne, t. X Vers une sainteté universelle 1715 à nos jours, 2^e partie*, p. 32.

como ejemplo de persona que sabía llevar bien las cruces y los obispos la saludaban como «madre de los misioneros», no pudo escapar al fracaso. Pero a pesar de todo su sufrimiento, mantuvo una confianza absoluta en Dios. Nunca maldijo a sus enemigos, al contrario, oraba por ellos diciendo: «Dios mío, perdónales y cólmales de más bendiciones cuanto más me abreven de amargura»¹⁶.

Diez años antes de su muerte su indignancia era tal que fue a inscribirse en la oficina de beneficencia de su parroquia. A partir de ese momento le quedan todavía diez años de vida. El 23 de agosto de 1856, seis años antes de morir, redactó una especie de testamento en el que podemos leer entre otras cosas lo siguiente:

«Mi esperanza está en Jesucristo.

Mi único tesoro es la cruz.

La parte que me ha tocado en suerte es excelente, y mi herencia es muy preciosa [...]. Poco me importa, pues, oh voluntad omnipotente y totalmente amable del Salvador, poco me importa que me quites los bienes terrenos, la reputación, el honor, la salud, la vida, que me hagas descender por la humillación hasta los pozos del abismo más profundo.

Poco me importa volver a encontrar en esos pozos, no *agua*, sino *barro*, y ser sumergida en ellos incluso por encima de la cabeza, si en ese barro encuentro el *fuego oculto de tu amor*, si soy abrazada de tal forma que, volviendo de nuevo a la superficie por tu voluntad, te ofrezco en fin *mi holocausto* y me consumo de amor por ti y por las almas, rociando con mis lágrimas y mi sangre el altar del sacrificio.

Oh, mil veces dichosa seré si al morir puedo decir así por ti, voluntad santa, y por mis hermanos: *para esto yo había nacido...mi tarea está cumplida*.

[...] Confieso que soy la debilidad misma, que naturalmente tengo miedo, que siento repugnancia al sufrimiento y al

16. M. J. MAURIN, *Vie de Pauline...*, p. 519.

furor de los malvados... Pero no me inquietan los gritos de la naturaleza, ni temo el momento en el que será necesario pagar a tu Justicia misericordiosa mi deuda de amor: porque pongo mi esperanza en tu Misericordia, que sobrepasa todas tus obras...

Acepto tu cáliz como si fuera la copa deliciosa de tus bendiciones más dulces... Me reconozco totalmente indigna de beberlo; pero todavía espero de ti mi transformación y la consumación de mi sacrificio, por tu mayor gloria y la salvación de mis hermanos, particularmente por los que han contribuido a hacerme merecer delante de ti.

A ti, querido Salvador, recomiendo a aquellos respecto a los cuales yo podría morir insolvente. Te suplico que permitas que, habiéndote sacrificado todo, tus amigos realicen por mí toda justicia después de mi muerte»¹⁷.

Paulina murió el 9 de enero de 1862, a la edad de 62 años. Un gran número de religiosos, religiosas y obreros, muchos de ellos todavía acreedores, la acompañaron hasta la sepultura. Su causa de beatificación ya está introducida en Roma.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

17. *Ibid.*, pp. 423-425.

Textos sobre el Rosario

«De este modo (con calma y reflexión) convendría rezar cada día el Rosario. Pero nuestra máquina interior desajustada, embrutecida, debilitada, embotada por la vida cotidiana, no es siempre capaz de semejante esfuerzo. Muchas veces, con excesiva frecuencia, llegamos al fin del Rosario sin saber lo que hemos dicho. Sólo se han movido los labios sin que apenas rozase, de cuando en cuando, a nuestro espíritu un pálido destello de devoción. Un acto realizado de este modo, ¿es inútil o irrisorio? Ni una cosa ni la otra. Por nuestra parte pusimos, después de todo, algo de lo que estaba en nuestras manos; y los niños, los rudos, los enfermos –esos privilegiados de las atenciones divinas– nunca rezan de otro modo.

Por el ejemplo de Bernardita, sabemos que esos pobres coágulos salidos a duras penas de nuestra boca, pero contados por los dedos de la Virgen, se convierten en la suya en gotas de celestial rocío» (Paul Claudel).

«La Iglesia se reencuentra en el Rosario. Reencuentra su fe. Newman no ha tenido empacho en llamar al Rosario para definirlo, no ser otra cosa que el “Credo hecho plegaria”» (Cardenal Garrone).

«El Rosario es un Ave María dilatado, explicitado» (Teillard de Chardin).

«María es como el nodo de la vida cristiana, en ella se concentran las oraciones de los fieles para llegar al Señor y en ella las gracias del Señor para derramarse sobre los hombres. Es como poderoso lente espiritual, a través del cual y por cuya virtud se relacionan Dios y la humanidad» (M. de Unamuno)¹.

1. *Diario íntimo*, Escelicer, Madrid 1970, p. 101.

«Quinto misterio gozoso: El niño perdido y hallado en el templo. En el templo y enseñando a los doctores halló María a su hijo perdido, a Cristo niño. En el templo y no en vanas disputas hemos de buscar a Cristo, si por nuestra desgracia lo perdimos. Y le hemos de buscar niño, sencillo, humilde» (M. de Unamuno)².

«Perdí la fe pensando mucho en el credo y tratando de racionalizar los misterios, de entenderlos de modo racional y más sutil. Por eso he escrito muchas veces que la teología mata al dogma. Y hoy, a medida que más pienso, más claros se me aparecen los dogmas y su armonía y su hondo sentido. ¿Cabe mayor postración del dedo de Dios? Me parece recobrar lo que perdí por el camino inverso a aquel porque lo perdí; pensando en el dogma lo deshice, pensando en él lo rehago. Sólo que donde hay que pensarlo y vivirlo es en la oración. La oración es la única fuente de la comprensión del misterio. ¡El Rosario! ¡Admirable creación! ¡Rezar meditando los misterios! No sutilizarlos y escudriñarlos sobre los libros, sino meditarlos de rodillas y rezando; éste es el camino» (M. de Unamuno)³.

«Por su espíritu humilde el Rosario me conmueve» (François Mauriac).

«(Con el rezo del Santo Rosario) todo el credo pasa ante nuestros ojos, no de manera abstracta, con fórmulas dogmáticas, sino de una manera concreta en la vida de Cristo, que desciende a nosotros, y sube al Padre para conducirnos a Él. Es todo el dogma cristiano, en toda su profundidad y esplendor, para que podamos de esta manera y todos los días, comprenderlo, saborearlo y alimentar nuestra alma con él.

Por eso, el Rosario es una escuela de contemplación, puesto que nos eleva poco a poco por encima de la oración vocal y de la meditación razonada o discursiva» (R. Garrigou-Lagrange).

2. *Ibid.*, pp. 102-103.

3. *Ibid.*, pp. 328-329.

«El Rosario une en sí, de modo muy perfecto, los dos modos fundamentales de oración: la lenta y progresiva profundización mental en los misterios de Dios y la repetición vocal [...]. No se puede rezar siempre el Santo Rosario. Por ejemplo, quien se encuentra en la duda o en la inquietud religiosas no podrá rezarlo y fácilmente lo abandonará. El Santo Rosario exige una fe viva y, sobre todo, quietud y sosiego interior. No tiene ningún sentido recitarlo rápidamente (aun prescindiendo de la irrelevancia que esto supone). El Santo Rosario debe ser recorrido lento y atentamente. Si no se tiene tiempo de recitarlo todo, se debe recitar sólo una parte. Mejor una parte bien recitada que todo mal.

La esencia del Santo Rosario consiste en representarse ante el espíritu, y en el ámbito de la vida de María la figura y las obras del Señor. El que recita el Santo Rosario contempla quince misterios de la vida del Señor, pero no en sí mismos, sino en el ámbito vital del corazón que ha estado más cercano al Señor. A esto se añaden las palabras del *Ave María*, que constantemente se repiten, y en las que los misterios quedan como engarzados. La auténtica esencia del Santo Rosario consiste en esta unión de reflexión y recitación, que es necesario aprender para recitarlo adecuadamente.

A quien lo ha alcanzado el Santo Rosario se le presenta como una tierra escondida y tranquila, en la que siempre puede buscar refugio y donde puede internamente sosegarse o como un templo cuyas puertas están siempre abiertas y donde puede presenciar ante Dios todas las preocupaciones que le inquietan (R. Guardini)⁴».

«[...] lo que más profundamente arrastra al creyente hacia María es aquel deseo [...] de permanecer en el ámbito de una vida santa. El creyente quiere permanecer en la cercanía de esta vida, en su ámbito de irradiación, en el

4. *Introducción a la vida de oración*, San Sebastián 1961, pp. 145-147.

ambiente de intimidad de su misterio. La palabra “misterio” no significa aquí un “enigma”, esto es, algo aún no comprendido. Ello explicitaría solamente nuestro entendimiento o nuestra curiosidad. “Misterio” significa aquí, más bien, un carácter esencial, una excelsitud, una esfera de ser: la presencia de Dios en el hombre, el hálito de la vida eterna. Aquí es donde quiere adentrarse el hombre que ora, aquí quiere permanecer, respirar, sosegar y alcanzar alivio y fortalecimiento interior, para después poder continuar de nuevo su vida con un corazón renovado. El Santo Rosario [...] reúne en sí de forma característica todos estos diversos momentos. En el Santo Rosario se suplica, una y otra vez, la intercesión de María, y es por lo tanto capaz de abarcar todas las miserias de la vida humana. El Santo Rosario contiene la meditación y reflexión sobre la vida de María, llena de Dios, y al mismo tiempo la participación y el gozo en su plenitud. Permite también una pacífica permanencia en la proximidad de esta vida santa. Nos muestra asimismo la función de María en la obra de la salvación, pues a cualquier parte que en su recitación se dirija la atención, se encuentra siempre la vida de Cristo identificada con el contenido mismo de la vida de María (R. Guardini)⁵».

«En cierto sentido, cuando nos sumimos en los misterios del Rosario somos como los pescadores de perlas que se zambullen en el Océano. El valor de los tesoros que obtengamos dependerá de cómo nos hayamos equipado para descender a sus profundidades (Francis Beauchesne Thornton).

«El Rosario es el Evangelio mismo hecho plegaria» (Marceliano Llamera).

«El rosario es una oración mariana frecuentemente recomendada por la Iglesia. No nació de una sola inspiración. Ni jamás fue instituida en forma definida y completa. Sino que fue apareciendo gradualmente, como resultado

5. *Ibid.*, pp. 212-213.

de un lento proceso de desarrollo, durante el cual estuvo sometido a muchas adaptaciones, cambios, adiciones y omisiones. Su desarrollo quedó influido también, poderosamente, por factores profanos. El contar y repetir una misma oración es una práctica tan difundida en casi todas las religiones antiguas del mundo, que podríamos considerarlo como un hecho religioso universal. Forma parte íntima de nuestra estructura espiritual y física.

En realidad, no hay verdadera diferencia entre la forma psicológica de la oración del Rosario y de la oración del breviario. Los dos son formas vocales de oración y, al mismo tiempo, son una oración interior. La diferencia básica entre ambas es la siguiente: en el caso del Rosario, la oración exterior y vocal se hace siempre según la misma fórmula. La oración es siempre, en primerísimo lugar, un acontecimiento que se realiza interiormente, en el alma. Lo que sucede exteriormente es también oración, pero tan sólo en cuanto es una exteriorización de la actitud de oración del alma. Haríamos mal en presentar la continua repetición de avemarías como una *simple* técnica exterior destinada a ocupar sosegadamente el cuerpo, para que el alma pueda remontarse libremente. La recitación externa de avemarías es, ciertamente, una oración, y no sólo una técnica.

El que desea orar mucho y orar bien, se da cuenta enseñada de la ayuda providencial que tiene en el Rosario. La formulación del Rosario es tan atinada, que el alma puede remontar el vuelo místicamente. Y, en el momento de la más alta contemplación, aun pasando maquinalmente las cuentas del Rosario, el alma se eleva y la oración se hace más interior. El Rosario ha alcanzado entonces su meta. En la mayoría de los casos, el Rosario sería un precioso auxiliar para los momentos de sequedad y desolación espiritual [...]. El abandono filial, con espíritu de fe y amor, la intención que preside la oración, determinan –también aquí– el valor del Rosario: se trata de estar en la presencia de Dios. Esta conciencia de la presencia de Dios se mantiene y

fomenta por medio del Rosario, incluso en los momentos en que el alma se siente embotada y el corazón desolado. Puesto que tales circunstancias son frecuentes en la mente del hombre, el Rosario seguirá siendo para él una oración saludable y que enriquecerá su vida espiritual. El Rosario puede crear esos estados admirables de quietud, que con frecuencia son fuente de un arranque creador.

[...] Cuando hacemos uso del Rosario, deberíamos dejar más bien a Dios que nos moviese y penetrara todo nuestro ser. La esencia de todo acto de oración es lograr que nuestra voluntad se conforme a la voluntad de Dios. En el caso del Rosario, esto se logra por una murmuradora y casi silenciosa fusión de voluntades.

[...] El valor de la oración del Rosario consiste en su concentración sobre el misterio salvífico de la redención. Cristo fue quien trajo esta redención. Pero María está activamente presente en y asociada con todo el conjunto de este orden histórico de la salvación. El Rosario es un credo cristológico sistemático, un símbolo o compendio de dogma y doctrina, en forma de meditación, de todo el dogma de la redención. Puesto que su uso se ha difundido tanto, el Rosario es –claramente– un arma importantísima para instruir a la comunidad eclesial en el dogma cristiano. Al orar, el pueblo cristiano va anclándose más fuertemente en los dogmas de su fe. Por medio de la oración, nos remontamos hasta el pasado, y nos ponemos en la situación de María. El Rosario nos capacita para ir siguiendo la evolución de María, el desarrollo de su vida. Con fe y esperanza podemos ir experimentando todas las fases del misterio de Cristo: tomamos como punto de partida los gozos de la madre y de su Hijo, pasamos a través de los sufrimientos soportados por el Redentor y por su madre, y finalmente llegamos al punto en el que compartimos la felicidad de María por la victoria y triunfo de su Hijo. Cristo –redención personal, la redención misma– constituye el centro mismo de la oración mariana. Cuando rezamos el Rosario, estamos

centrando internamente nuestra atención sobre los misterios vivos de Cristo. Externamente, no hacemos más que musitar –casi como un susurro– las avemarías, mientras que nuestra mirada está fija internamente, por la fe, en cada misterio. Lo que, en realidad, decimos a María –en toda esa oración interior– no es más que: “¡Gracias, María!” La oración del Rosario puede enseñarnos a modelar nuestro *fiat* según el ejemplo “típico” de María. Y puede enseñarnos a aplicar ese sentimiento personal a las diversas etapas de nuestra propia vida: en los momentos de gozo, en los momentos de sufrimiento y en los momentos de triunfo. Aprenderemos a no dejarnos impresionar por las circunstancias momentáneas y transitorias de nuestra vida en la tierra [...].

Cuando rezamos el Rosario estamos haciendo lo que María misma hizo: “Su madre conservaba todas estas cosas en su corazón” (Lucas 2, 51). Mientras oraba y meditaba, María fue adquiriendo conciencia del misterio de Cristo, y del papel especial que a ella le estaba reservado en la economía de la redención. Y nosotros sólo de una manera llegaremos a adquirir conciencia de nuestro papel y de nuestra vocación concreta en este mundo redimido: uniéndonos, por medio de la oración, con el “misterio de Dios”, misterio que *abarca* también el misterio mariano» (E. Schillebeeckx)⁶.

«Hay pocas oraciones que puedan reunir cualidades tan dignas de estimación como ésta del Santo Rosario: tan profunda, tan bíblica, tan popular, tan familiar, tan acomodada a las necesidades del alma de cada uno en los diversos aspectos de la vida personal, tan fácil para poder extraer de ella consecuencias de paz social y de fraternidad humana» (Cardenal Marcelo G. Martín).

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

6. *María, madre de la redención*, Madrid 1969, pp. 448-455.

Bibliografía

GERALD O'COLLINS, *El segundo viaje. Despertar espiritual y crisis en la edad madura* (Camino 53), Desclée De Brouwer, Bilbao 2005, 120 pp.

En torno a «la mitad de la vida» muchas personas experimentan lo que el autor de este libro prefiere llamar «segundo viaje», expresión creada por la Hermana Bridget Puzon, O.S.U., y expuesta por ella en su tesis doctoral defendida en la Universidad de Harvard en 1973. A la hora de exponer sus ideas sobre este tema, G. O'Collins se inspira tanto en esta tesis doctoral como en las conversaciones privadas mantenidas con su autora. En el presente libro se profundiza sobre esta experiencia que se presenta con frecuencia como angustiada y deprimente, y, a veces, como un viaje a ninguna parte. Tratar de identificarla puede ayudar a desmontar los terrores y reforzar la seguridad de quienes se ven reflejados en cuanto se dice aquí.

La presente traducción española está hecha sobre la tercera edición. El tema se desarrolla en cinco breves capítulos seguidos de un interesante epílogo en el que se sigue ahondando en algunas de las características propias de este segundo viaje. Y a continuación viene un apartado titulado: *A propósito de la tercera edición*, donde el autor apunta algunas correcciones que hoy haría o algunos temas que añadiría o desarrollaría más. También en este apartado anuncia que ya ha escrito un relato de su propio segundo viaje, aunque todavía no ha sido publicado.

En el primer capítulo el autor distingue los tres viajes principales que resumen la vida humana. El *primero* abarca todo el proceso que va desde la infancia a la madurez pasando por la adolescencia. Este viaje implica superar los retos y las crisis de las dos primeras décadas de la vida para encontrar una cierta identidad provisional. A la luz de los valores que se le enseñan, la persona alcanza una cierta existencia significativa y se confía a esa existencia; hace compromisos estables (matrimonio, vida religiosa, etc.); ocupa un lugar en el mundo. El éxito consolida la confianza en sí misma. Aunque con frecuencia ocurre que este primer viaje entraña mucha inseguridad y profunda introspección antes de que la persona llegue a sentirse liberada de los miedos e incoherencias de la adolescencia. Uno puede vivir crisis severas a la hora de aceptar los deberes impuestos desde fuera, o a la hora de consolidar los propios compromisos o antes de alcanzar metas y descubrir la propia personalidad. En cambio, quienes son más adaptables sufren con menos dolor este primer viaje porque aceptan ese «deber» sin grandes problemas, asumen o encuentran

sus valores sin complicaciones, se dedican a un campo de actividad y fraguan una identidad provisional más fácilmente.

El *tercer* viaje abarca el envejecimiento y los últimos años antes de morir. Es una etapa marcada normalmente por el abandono del trabajo de toda la vida, el mudarse a una residencia de ancianos, la muerte del cónyuge, el mudarse para ir a vivir con algún hijo o hija, etc.

A diferencia de los otros dos, el *segundo* viaje tiene un carácter imprevisible. La persona puede encontrarse «totalmente sin preparación» (Jung). Este viaje ocurre hacia la mitad de la vida; aunque no hay que entender esto de forma excesivamente rígida. Por eso algunas personas pueden iniciarlo poco antes de los treinta años, o a los cincuenta e incluso a los sesenta. Al comenzar este viaje todo se pone en cuestión. La persona se autoexplora buscando descubrirse verdaderamente a sí misma.

El autor ha optado por la expresión «segundo viaje» descartando otras que indican lo mismo, pero que tienen connotaciones que él considera negativas, como por ejemplo la expresión «crisis en la mitad de la vida» (Elliott Jaques) o «segunda adolescencia» (Vaillant).

El segundo capítulo está dedicado a presentar y comentar brevemente algunos relatos concretos de segundo viaje. En el tercero se recogen algunas pautas características de estos segundos viajes con el fin de que los lectores se vean reflejados en la imagen diseñada a través de las características mencionadas. Examinando los relatos anteriores, el autor pone de relieve seis rasgos importantes: 1) el segundo viaje ocurre o sobreviene a la persona sin previo aviso; nadie se embarca en él voluntariamente; 2) entraña una crisis afectiva; 3) normalmente incluye un desplazamiento geográfico, un viaje específico o, por lo menos, una inquietud física que mueve a la persona a viajar con la esperanza de que si se cambia de lugar encontrará la solución; 4) se da un cambio de ideales, valores y metas; 5) la persona experimenta una profunda soledad; 6) en el mejor de los casos, estos viajes finalizan tranquilamente, con una sabiduría nueva y un retorno a uno mismo que libera mucho poder.

En el cuarto capítulo se dan algunas recomendaciones destinadas a las personas que se identifican con esta situación, pero sienten una gran ambigüedad en sus vidas. En primer lugar, hay que aceptar este viaje, cosa que no resulta fácil. Pero no hay que abandonar los compromisos adquiridos y dejarse arrastrar a destinos falsos. Los segundos viajes –nos dice O'Collins– pueden acabar de dos maneras: llegando a un lugar nuevo y a un compromiso nuevo o volviendo al punto de partida o al compromiso original. Para el viajero creyente, e incluso para el que cree a medias, la oración puede ser una ayuda en la soledad y darle a la persona una cierta seguridad que le fortalezca.

El último capítulo ofrece un conjunto de breves advertencias y ciertas consideraciones dirigidas a los lectores comprometidos religiosamente.

Como el mismo autor reconoce, el mérito de este libro consiste en conducir a los lectores a intuiciones muy específicas acerca de sus vidas (cf. p. 87). Con brevedad y con un lenguaje asequible a todos, nos informa sobre una experiencia por la que todos hemos de pasar o hemos pasado, y nos ofrece una ayuda eficaz para identificar esta experiencia y afrontarla lo mejor posible. Lástima que en tan pocas páginas se hayan colado relativamente tantas erratas e incluso algunas faltas de ortografía.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

WILLIAM G. BARRY y ROBERT G. DOHERTY, *Contemplativos en la acción. La espiritualidad jesuítica* (ST Breve 45), Sal Terrae, Santander 2004, 142 pp.

Este libro nos ofrece una presentación clara y profunda de la espiritualidad jesuítica, no de la espiritualidad ignaciana. Aunque aquella se deduce de ésta no se identifican completamente. La espiritualidad jesuítica no es la espiritualidad de una persona, sino la de una orden religiosa perteneciente a la Iglesia católica. Y se expresa no sólo en los *Ejercicios espirituales*, sino también en las *Constituciones de la Compañía de Jesús* y en muchos otros documentos, así como en las tradiciones y la praxis de la Compañía a lo largo de sus cuatro siglos y medio de existencia. Estas páginas se centran en los rasgos característicos que mejor distinguen a la espiritualidad jesuítica.

Los autores recogen la idea en la que se viene insistiendo en los últimos años y que sostiene que la espiritualidad jesuítica es una espiritualidad de tensiones creativas. De los diez breves capítulos que estructuran la obra, los que van del tercero al noveno nos presentan las siete tensiones siguientes: 1) la tensión entre la confianza en Dios y la confianza en las propias fuerzas; 2) la tensión entre la oración y la acción; 3) la tensión entre el compañerismo y la misión; 4) la tensión entre obedecer y aprender de la experiencia; 5) la tensión entre el centro y la periferia de la Iglesia; 6) las tensiones creativas en el uso de los bienes de este mundo; 7) las tensiones creativas en la práctica de la castidad. Los autores de este libro expresan su convicción de que la espiritualidad jesuítica funciona mejor cuando estas tensiones se experimentan con intensidad y claridad, es decir, cuando los jesuitas experimentan en sí mismos los desgarros ocasionados por cada una de las polaridades mencionadas. Dios mismo es el origen de estas tensiones. Como se nos dice en la conclusión, en el corazón de todas esas tensiones hay una realidad: la experiencia creyente de que nuestro Dios trino, que trasciende todo lo creado, está trabajando activamente en este mundo para hacer realidad su reinado, y desea que hombres y mujeres cooperen con él en dicho plan.

En el primer capítulo nos cuentan los orígenes de la espiritualidad jesuítica al hilo de la narración de la experiencia espiritual del fundador de la Compañía de Jesús, Íñigo de Loyola, quien más tarde se cambió el nombre por el de Ignacio. Desde el principio fueron apareciendo algunos rasgos distintivos de esta espiritualidad. En primer lugar, Ignacio estaba convencido de que Dios llama a todos a la intimidad con él. De ahí que la espiritualidad jesuítica haya sido siempre notablemente optimista respecto al deseo de Dios de entablar una relación de intimidad con todo ser humano. Además, Ignacio comprendió que Dios intervenía en su vida a través de los acontecimientos, y ahí radica el germen de otro rasgo distintivo de la espiritualidad jesuítica como es la idea de «buscar y hallar a Dios en todas las cosas». Ignacio aprendió a encontrar a Dios prestando atención a lo que acontecía en su corazón y en su mente; tenía la costumbre de examinarse a sí mismo muchas veces a lo largo del día con el fin de descubrir la mano de Dios en la experiencia diaria. La atención a los sentimientos, deseos, sueños, esperanzas y pensamientos es otra de las características distintivas de la espiritualidad jesuítica. Históricamente se ha denominado a esta espiritualidad «catafática» para distinguirla de la «apofática». Ignacio elaboró además dos series de reglas para «discernir los espíritus», es decir, para comprobar lo que proviene y no proviene de Dios en la experiencia personal. El discernimiento de espíritus es otra característica distintiva de esta espiritualidad. Otras características que aparecen al hilo de este relato son: el hecho de tratarse de una espiritualidad trinitaria, la convicción de que la autoridad en la Iglesia es algo también querido por Dios, la insistencia en la competencia intelectual para «ayudar a las almas», el hecho de ser una espiritualidad de servicio en la Iglesia y el recurso al debate franco y abierto de los problemas, además de la oración, para descubrir la voluntad de Dios.

Estamos ante un libro muy interesante para quienes quieran conocer la rica espiritualidad jesuítica, que tanto ha contribuido a la labor educativa y evangelizadora de la Iglesia católica.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

LAWRENCE S. CUNNINGHAM y KEITH J. EGAN, *Espiritualidad cristiana. Temas de la tradición* (Presencia teológica 135), Sal terrae, Santander 2004, 264 pp.

Este libro no pretende ser un estudio sistemático de la espiritualidad. El propósito de sus autores es sencillamente reflexionar sobre algunos de los principales temas clásicos de la espiritualidad cristiana, así como provocar en los lectores el deseo de seguir reflexionando sobre ellos; con ese objetivo se nos ofrece al final de cada capítulo una breve bibliografía seguida de una propuesta de ejercicios prácticos. Los autores han procurado mezclar en cada capítulo

las investigaciones históricas y la reflexión contemporánea mostrándonos la pertinencia, también en nuestros días, de los temas clásicos de la espiritualidad cristiana. Los mismos autores confiesan la influencia que ha ejercido sobre ellos dos autores espirituales clásicos como son san Juan de la Cruz y Thomas Merton. El pensamiento de ambos maestros se refleja en estas páginas con las que se quiere rendirles homenaje.

El libro se dirige expresamente a las personas interesadas en la espiritualidad cristiana y que quieran conocer algunos datos sobre el contexto histórico y las reflexiones actuales sobre los documentos históricos. Ha sido concebido, además, para que pueda ser utilizado tanto en un curso universitario como por una persona particular o un grupo pequeño.

Los autores del libro entienden la *espiritualidad*, en general, como esa dimensión de la experiencia humana que proporciona el aspecto espiritual a nuestras vidas, enriqueciéndolas y dando «densidad» a nuestras experiencias ordinarias. Por lo que se refiere más concretamente a la experiencia cristiana, ésta es definida aquí como el encuentro vivo con Jesucristo en el Espíritu. En este sentido –nos dicen– la espiritualidad cristiana no se ocupa tanto de las doctrinas del cristianismo como de los modos en que tales enseñanzas nos configuran como individuos que formamos parte de la comunidad cristiana que vive en este mundo (cf. pp. 15-16).

Los diez capítulos en los que se divide el libro tratan los diez temas siguientes: la espiritualidad cristiana; la escucha y cumplimiento de la Palabra (estudio de la Biblia, *lectio divina*, etc.); el itinerario espiritual; la oración, meditación y contemplación; el ascetismo; la vida en la presencia de Dios; la soledad en comunidad; la amistad y, finalmente, la Eucaristía como fuente y cumbre de la vida cristiana.

La brevedad del libro y la amplitud de los temas tratados no permite ahondar demasiado en cada uno de ellos, pero aún así la presentación es bastante completa y puede ayudar al lector a alcanzar un buen conocimiento de esos ricos tesoros de la historia de la espiritualidad cristiana y a mirarlos sin complejos ni estrecheces.—
Manuel Ángel Martínez, O.P.

PAUL O'CALLAGHAN, *La muerte y la esperanza* (Libros Palabra 44), Palabra, Madrid 2004, 120 pp.

Ante el enigma de la *muerte* y la necesidad actual de recuperar el sentido y la vivencia de la *esperanza*, el autor de este libro nos ofrece sus reflexiones, desde la perspectiva cristiana, sobre ambas realidades. Cinco breves capítulos estructuran el desarrollo de su discurso. El primero sitúa el tema de la muerte en un contexto humano y cultural amplio, haciendo una breve presentación fenomenológica de la muerte y de la inmortalidad. La muerte aparece aquí, en primer lugar,

como una realidad que se impone; es lo más cierto y universal, aunque puede ser comprendida y explicada de modos incluso opuestos. En este primer capítulo encontramos alusiones breves a pensadores, de diversas épocas, que han hablado sobre esta realidad; algunos excluyen la posibilidad de la inmortalidad o incluso la temen, otros resuelven el dilema de la muerte abrazando la doctrina de la *reencarnación*. En cambio, la fe cristiana considera la inmortalidad –independientemente de la forma que adopte– como un don que procede únicamente de la misericordia de Dios.

El segundo capítulo presenta la doctrina escatológica cristiana ante la ambivalencia de la muerte. Aquí el autor constata cómo «la perspectiva y la promesa de la vida eterna y de la resurrección final, objetivamente determinante para la predicación de la Iglesia, no parecen conmovir plenamente a muchas personas de la época en que vivimos» (p. 40). O'Callaghan señala cuatro razones que pueden explicar esta difundida actividad de relativa «indiferencia» o hasta de «burla» hacia las realidades ultraterrenas predicadas por la Iglesia, y que están en la base de la esperanza cristiana. Luego alude a los dos modos de entender la muerte humana, es decir, como realidad que procede de la naturaleza misma, y como consecuencia del pecado original. Varios autores de distintas confesiones cristianas sostienen que la muerte no se viviría de forma tan dramática si no se hubiera introducido el pecado en la historia humana.

El tercer capítulo es considerado por el autor como el eje del libro. Se centra en la vida del creyente entendida como una incorporación a la muerte y resurrección de Jesucristo. El cuarto capítulo versa sobre la cuestión de la escatología intermedia. Después de descartar otras explicaciones, O'Callaghan presenta la doctrina tradicional sostenida hasta ahora por el magisterio de la Iglesia católica. Finalmente, el último capítulo nos ofrece una breve reflexión sobre dos cuestiones íntimamente ligadas entre sí: el lugar de la justicia humana en el contexto del más allá, tal y como se presenta en la predicación cristiana, y la cuestión del sentido de la muerte y del morir humano.

Nos encontramos ante una exposición breve, clara y académica de un tema de gran actualidad, que en su origen fue compartido con numerosos obispos por el profesor O'Callaghan en el *Curso anual para Obispos* promovido por la archidiócesis de Río de Janeiro-Brasil.—
Manuel Ángel Martínez, O.P.

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

«Haced esto en memoria mía»

La memoria tiene una importancia capital en la vida humana. Ella nos permite revivir y asumir nuestro pasado y afrontar el futuro. En muchos casos la memoria es lo único que permite a dos o más personas mantenerse unidas. La Escritura habla con frecuencia de la memoria. Muchas veces Dios y sus profetas hacen una llamada a la memoria de los miembros del pueblo elegido para que se acuerden de Él y de todo lo que hizo para salvarlos, pues con frecuencia este pueblo se mostró olvidadizo, incapaz de recordar con afecto y gratitud al Dios que le dio la vida y le colmó de bienes. En otras ocasiones son los creyentes los que apelan con angustia y urgencia a la memoria de Dios para hacerle recordar su alianza y sus promesas salvadoras, que en algunas circunstancias parecen estar lejos de cumplirse. Los salmos están salpicados de gritos que piden a Dios que recuerde su amor, su ternura, su compasión... En esta tensión entre el recuerdo y el olvido se sitúa también nuestra vida cristiana. Para los cristianos la memoria es todavía más importante porque nuestra fe tiene como punto de partida la venida del Hijo de Dios a nuestro mundo, así como todo lo que dijo e hizo entre nosotros.

En la Última Cena Jesús hizo una llamada al recuerdo; llamada dirigida no sólo a los doce que le acompañaban aquella noche, sino también a todos los discípulos de todos los tiempos. El evangelista san Lucas recoge una sola vez este encargo, después de las palabras que Jesús pronunció sobre el pan (Lc 22, 19). Por su parte, el apóstol san Pablo, dirigiéndose a los Corintios, recoge por dos veces este mismo encargo: una después de las palabras pronunciadas sobre el pan, y otra después de las pronunciadas sobre el cáliz (1 Co 11, 23-26). Ni san Mateo ni san Marcos aluden a este cometido, tal vez porque lo dan por supuesto, pues en las comunidades cristianas para las que ellos escriben se celebraba ya la Eucaristía.

Este encargo de Jesús no se limita únicamente a recordar el pasado, sino que consiste en actualizarlo. Hay que hacer memoria de este gesto, pero teniendo en cuenta que en él Jesús sintetizó, de forma admirable e inesperada, toda su vida. Además, mediante este gesto Jesús se hace presente, en todos los tiempos, en el seno de la comunidad cristiana. Este recuerdo es demasiado importante como para encomendarlo a la sola memoria del creyente. Por eso se hace necesaria la intervención del Espíritu Santo. Como dice el Evangelio de san Juan, es el Espíritu el que nos enseña y hace recordar todo lo de Jesús; su papel en la Eucaristía es capital.

Para explicar las palabras de Jesús en la Última Cena se habla en la tradición cristiana y, sobre todo, en la liturgia, de *anámnesis* y de *memorial*. La palabra *anámnesis* procede del griego y significa «conmemoración, recuerdo». En la Eucaristía la anámnesis no se reduce a un mero recuerdo subjetivo, sino que significa que aquello que se recuerda está realmente presente. Algo semejante puede decirse de la palabra «memorial», que hace referencia a la presencia de lo que ocurrió históricamente. Aunque la Última Cena es un hecho históricamente irrepetible, sin embargo, cada vez que celebramos la Eucaristía la fuerza salvadora de ese aconteci-

miento llega hasta nosotros. Lo mismo ocurre con los otros misterios de la vida de Cristo. Por eso puede decirse que no hay más que una Eucaristía que se «actualiza» o se «perpetúa» sacramentalmente en la Iglesia a lo largo de su historia. Sintetizando esta doctrina santo Tomás de Aquino dice que la Eucaristía que nosotros celebramos «no es un sacrificio distinto del que ofreció Cristo, sino su conmemoración» (III, q. 22, a. 3, ad 2um).

Hacer memoria de Jesús compromete nuestro presente y nuestro futuro. Dinamiza nuestra vida; nos impulsa a realizar sus mismas obras. Cuando comulgamos su cuerpo y sangre Jesús mismo se convierte en el protagonista de nuestras vidas. Él sigue actuando en nosotros y por nosotros.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

NOVEDADES DE LA EDITORIAL SAN ESTEBAN

MIGUEL IRIBERTEGUI ERASO, *María. Un don de Dios y una existencia de fe* (colección trazos 8), Editorial San Esteban, Salamanca 2005, 135 pp.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, *Orar en el Espíritu de Jesús* (colección trazos 6), Editorial San Esteban, Salamanca 2005, 146 pp.

Contemplación: mirar y vivir en el mundo desde Dios

Nos ha tocado vivir un tiempo en que los seres humanos dejan de mirar al cielo y se curvan sobre la tierra; en ella encuentran sustento y en el acceso a una vida más placentera ponen todos sus empeños. La utilidad es el baremo de sus empresas y la garantía de sus progresos. Prevalcen las lecturas planas de la realidad, Dios queda cada vez más como hipótesis inútil, y con frecuencia los seres humanos se instalan en la superficialidad. Y sin embargo, en ese horizonte alicorto, puja de modo confuso una insatisfacción, una demanda no muy definida de más humanidad, como un rumor de ángeles que sugiere la existencia de otra dimensión. En ese brote de inconformismo y en ese anhelo de penetrar la cáscara de las personas y de los acontecimientos para descubrir algo permanente y absoluto que barruntamos, se sitúa lo que podríamos llamar talante contemplativo.

Redacto estas notas partiendo de mi vocación como dominico. Esta vocación tiene su peculiaridad propia; pero como todos los carismas en la Iglesia, puede ser indicativo para todos los cristianos.

DESBROZANDO UN POCO EL TERRENO

Al menos en mi noviciado el P. Maestro insistía mucho en la oración. Para responder a esa necesidad tan importante, además del oficio litúrgico solemne, rezábamos lo que se llamaba el «oficio parvo»; además, cada uno por su cuenta tenía que garantizar sus ratos de oración privada. En

esa preocupación me ayudó el libro *Oración y meditación*, de fray Luis de Granada, y algunas obras del P. Arintero. En aquellas fechas no distinguía bien la oración y la contemplación, entre otras cosas porque la palabra contemplación se refería también a un grado muy elevado de oración o trato de amistad con Dios. Y a veces entendía que para orar bien era necesario dejar a un lado afectos y preocupaciones en que se va tejiendo la existencia humana.

Aunque algunas veces lo intenté, me resultaba muy difícil, por no decir imposible, abstraerme de mi vida cotidiana, con sus alegrías y tristezas, éxitos y fracasos, para entrar en esa relación especial con Dios que llamamos oración. Después he comprendido que puede haber un equívoco, y hasta un engaño, en la pretensión de olvidar y dejar a un lado los acontecimientos de la vida para orar debidamente. Llamados a ser más de lo que somos, y experimentando continuamente los golpes sordos de nuestras muchas limitaciones, los humanos fácilmente soñamos con un mundo superior a este donde vivimos, por encima y al margen de ruidos, problemas y conflictos que ahora nos aquejan; la contemplación sería una forma de huir a ese otro mundo soñado y refugiarnos ahí, dejando a un lado esa realidad, tan compleja y a veces tan dura, de cada día.

Por el otro extremo, frecuentemente hoy en la mentalidad de muchos tiene prioridad el principio de rendimiento: producir y consumir. Hasta los mismos religiosos hemos aceptado este principio del rendimiento, programamos nuestra existencia por el trabajo que debemos realizar y medimos el valor de la misma por la eficacia en nuestras gestiones. En esa mentalidad ¿qué sentido puede tener la contemplación?

JESUCRISTO, REFERENCIA INELUDIBLE

En las últimas décadas los orantes sufren una crisis, debida en buena parte al cambio cultural que con distinta ver-

sión, a todo el mundo afecta. Todavía recuerdo una canción que, a mediados del siglo pasado, reflejaba la situación en los pueblos latinoamericanos que tomaban conciencia de su opresión injusta y clamaban por derecho a ser ellos mismos: «no, no basta rezar; hacen falta muchas cosas para conseguir la paz»; el compromiso por la liberación desplazó a segundo plano a la oración y actos religiosos para gustar y expresar la cercanía de Dios. En los países europeos, entre los que se cuenta la sociedad española, la crisis vino por ese complejo fenómeno que llamamos secularización: los hombres buscan emancipación de todo lo religioso, se curvan sobre la tierra y, convencidos de que tienen en su manos el poder para dominar las situaciones, no encuentran sentido a la oración; unos la dejan como inservible mientras otros dicen que hoy la oración es el encuentro con el otro.

Estas reacciones tienen su lado positivo. La oración que significa huída del compromiso responsable por erradicar la pobreza y la injusticia del mundo, no es verdadera. Cuando esa oración no expresa y promueve un encuentro en profundidad con el hermano, tampoco tiene garantía de verdad. Pero como, por otra parte, sigue pujando en los seres humanos esa otra dimensión de trascendencia que les constituye, también durante los últimos años vienen surgiendo movimientos y grupos celosos de recuperar la oración. La preocupación es normal, con tal de que busquemos los caminos adecuados para la renovación. Porque algunos cristianos, a la hora de recuperar el espíritu de oración, acuden a visiones, métodos y gurús venidos de oriente. No tengo nada contra ese recurso, Dios se revela de algún modo a todos los seres humanos y en todas las culturas; es necesario leer los signos de su presencia y escuchar su voz. Pero, si queremos renovar la oración «cristiana», la referencia decisiva es Jesús de Nazaret.

Aquel judío, que vivió hace dos mil años en Palestina, y a quien nosotros confesamos Hijo de Dios, gustó una intimidad única con el Padre, cuya presencia de amor descu-

brió en todas las personas, en todos los acontecimientos y a pesar de todo. Nunca se quedó en la superficie, siempre miró con los ojos del corazón; fue un contemplativo. Pero ni se retiró al desierto ni a un monasterio. Fue contemplativo sobre la realidad; descubrió y gustó la cercanía de Dios en los ruidos del mundo y el trajín de cada día: en los lirios del campo y en las insignificantes aves que cruzan los espacios, en los enfermos y en los pobres, incluso en los acontecimientos oscuros de injusticia y de muerte cuando Dios guarda silencio.

Tampoco fue fácil para Jesús mantener esta confianza incondicional: también le asaltaron el cansancio, la tentación y el desánimo. Y para mantener ese clima contemplativo, haciendo que su alimento, la inspiración y el sustento de su vida fueran la voluntad del Padre, «solía retirarse a despoblado para orar». Eran momentos fuertes donde se abría incondicionalmente a la escucha de Dios, dejaba que la luz del Espíritu inundará el espesor de la vida con sus promesas, alegrías y tristezas, logros y fracasos. Nada tiene de extraño que Jesús orase de modo especial en momentos de crisis, cuando la superficialidad y la instalación amenazaban el talante contemplativo, la mirada de todo y sobre todo desde Dios. Según los evangelios, Jesús oró en su bautismo; tenía que discernir el camino de su mesianismo: También oró al sentirse fracasado porque las autoridades religiosas judías rechazaban su mensaje y la gente del pueblo lo malinterpretaba. Y oró insistentemente cuando llegó la crisis final: ¿por qué debía morir siendo inocente?; ¿por qué le cortaban la trama de la existencia profética a favor de su querido pueblo? Esa oración animó su clima contemplativo, su confianza en el Padre: «gracias al Espíritu eterno se ofreció a sí mismo como sacrificio sin defecto».

La contemplación cristiana no es huida de este mundo. Es más bien mirada en profundidad sobre las realidades y personas en cuya relación se va tejiendo nuestra existencia.

Calando primero, en un viaje de ida, las apariencias o primeras impresiones, para encontrar en el fondo de esas realidades los ojos de Dios que, sin odiar nada de lo creado, a todo mira con esperanza. Desde la encarnación del Verbo, toda la humanidad y su historia quedan ya dentro de esa cercanía absoluta y gratuita del misterio de gracia. En esa realidad histórica podemos y debemos discernir las «semillas del Verbo» y los signos del Espíritu. El encuentro con la verdad más profunda y auténtica de las personas y de los acontecimientos –«en él existimos, nos movemos y actuamos», «el da vida y aliento a todo»– se llama contemplación cristiana. Ella nos permite mirar y amar desde el verdadero Centro que es Dios mismo.

EN EL EJERCICIO DE LA FE

La carta a los Hebreos recomienda que avancemos por la vida mirando a Jesucristo «iniciador y consumidor de la fe». Una invitación a que caminemos con espíritu contemplativo, descubriendo en todas las cosas a Dios, amándolas. Entenderemos esto si damos al término «fe» su verdadero contenido teológico.

La fe no existe ni funciona en abstracto. Más bien hay creyentes, cada uno con su singularidad, porque singular es también la historia en que la fe va tomando cuerpo. En nuestra formación escolástica tuvo gran relieve la mediación conceptual; ésta fue importante y, bien utilizada, es muy útil para distinguir y precisar en cualquier debate. Pero resulta nefasta cuando se toma como fin, olvidando la experiencia cristiana y personal hacia la que apuntan conceptos y formulaciones. A lo largo de nuestra vida cristiana, cada uno hemos vivido nuestra fe como aventura en evolución al ritmo de nuestra historia. Sin pretender que sea la ejemplar, ahora sólo puedo, como aproximación, decir algo sobre mi recorrido que ha tenido distintas etapas.

Nacido en una familia sencilla y tradicionalmente cristiana, recibí la fe como aceptación de verdades que mis padres y el catecismo me enseñaron. Eran creencias no discutibles y cuya explicación competía sólo a «los doctores de la santa madre Iglesia». Una herencia que debía entrar en el dinamismo de mi existencia personal, donde me tocaba ser agente principal y último responsable. Cuando estudié teología, ya me chocó gratamente que Tomás de Aquino hiciera entrar en el acto de fe no sólo la inteligencia sino también la voluntad; creer es un acto complejo que de algún modo dinamiza y compromete a toda la persona humana. Fui descubriendo después que la fe, más que aceptación intelectual de verdades sobrenaturales formuladas por una autoridad divina, es encuentro personal con Alguien que se ha revelado en Jesucristo como Amor incondicional y encarnado. Esta epifanía se concretó en dos vertientes. Descubrí que la contemplación y la oración conllevan una dimensión afectiva. El encuentro y el diálogo amistoso con Alguien que me ama incondicionalmente sólo prosperan en un clima de amor. Y el descubrimiento se cifró en una segunda vertiente. Mi compasión espontánea viendo las carencias y la humillación de los pobres, encontró eco en el evangelio: «tuve hambre y me diste de comer». Caí en la cuenta de que ese Alguien, con el que me encuentro y dialogo gracias a la fe, es compasivo, que no sabe más que amar, y cuya mirada te hace mirar con amor samaritano a los más desvalidos e indefensos. Mi fe se convirtió así en un imperativo de justicia; en una llamada para salir de la propia tierra, y abandonar cualquier instalación, siguiendo la mirada de Aquel que se ha revelado en Jesucristo como «un Dios de los hombres». En la vida religiosa dominicana me ha costado poco ser rico, tener cosas que no tuve y que tal vez nunca hubiera tenido fuera; me cuesta más hacerme pobre, cosa que, sin embargo, pertenece a la esencia misma de mi fe cristiana.

Ya en las últimas décadas, sobre todo en el segundo periodo postconciliar, sufrí la crisis al ver cómo los recla-

mos de la libertad y autonomía que pide la sociedad española generan cada vez más el abandono de todo lo que signifique Dios y de su mediación, que ha sido la religión cristiana. Los cinco años pasados en la sociedad cubana, oficialmente marxista y hambrienta de humanismo, han agudizado más en mí esa crisis y los interrogantes. No es ahora cuestión de buscar culpables de este divorcio entre cultura y cristianismo. Tan nefasto es el hecho de curvarse el ser humano sobre sí mismo como la ceguera e instalación de muchos cristianos, incluidos algunos miembros de la jerarquía eclesiástica, pegados a lo viejo que debe morir e incapaces de abrirse a lo nuevo que quiere nacer. El caso es que nos encontramos con una indiferencia religiosa generalizada, un eclipse de Dios, un serio interrogante para la fe cristiana. Y esta situación inesperada me ha hecho dar un paso más en la forma de vivir mi fe cristiana. Se trata de vislumbrar y gustar la presencia de Dios, siempre mayor y encarnado en la cotidianeidad de la existencia, en los anhelos de libertad y felicidad que respiran los seres humanos, en la insatisfacción del bienestar logrado, en su reacción contra tanto deterioro humano. Vivir la fe cristiana en esta situación es dilatar las pupilas, ampliar la mirada para descubrir esa trascendencia y acción permanente del Dios «que a todo da vida y aliento», en mi propia interioridad, en el clamor de los otros por ser ellos mismos, en tantos vacíos y futuros de inseguridad que, sin embargo, ya están habitados por el amor y por la gracia. Si el Verbo se ha hecho carne, la humanidad y todos los acontecimientos históricos están habitados por la Palabra que podemos escuchar en todas las circunstancias y a pesar de todo. Desde su omnipresencia en nuestro camino, esa Palabra abre los ojos de nuestro corazón para descubrir y gustar el amor de Dios que sale a nuestro encuentro.

Después de tantos ensayos por comprometerme con la transformación de este mundo desde los pobres, de tantos empeños por superar situaciones de injusticia, de tantos fra-

casos por no lograr el objetivo deseado, voy entendiendo que necesitamos una cura de activismo, recuperar el sosiego de la fe cristiana, cuyo ejercicio existencial llamamos contemplación. Es ahora, en esa vocación de relacionarme con los seres humanos y de vivir todos los acontecimientos en profundidad teológica, donde tiene sentido y experimento como necesaria la oración. Orar es un signo personal y social de una dimensión esencial a la vida humana: la trascendencia en lo inmanente y pasajero. La oración es el lugar donde recupero la verdad más auténtica de los otros, de la realidad histórica y de mi propia existencia.

CONTEMPLATA ALIIS TRADERE

Todavía cuando puedo, camino a pie los pocos kilómetros que hay de mi pueblo a Caleruega. Contemplando el horizonte amplio y la tierra rojiza por la que voy andando, recuerdo la figura de Domingo de Guzmán que, como predicador itinerante, va de una ciudad a otra como el hombre que, movido por el Espíritu, habla siempre de Dios y con Dios. Los dominicos tenemos como lema *contemplata aliis tradere*, literalmente «dar a los demás lo contemplado». Y a veces se da una interpretación: primero hay que llenar bien el vaso para dar de beber a los otros; como si tratara de dos momentos; hay que almacenar muchos conocimientos para después impartirlos. Pero originariamente la interpretación es más profunda e integral: el dominico debe actuar siempre en clima contemplativo, no sólo cuando celebra con sus hermanos la liturgia, sino también cuando ejerce para los hombres el ministerio de la predicación. El convento –«la santa predicación»– es la *cella veritatis*, el espacio donde cada religioso, respirando un clima contemplativo, vive su propia verdad y la verdad de los otros; todos son imagen de Dios; consiguientemente deben caer los ídolos o falsos absolutos con los que cada uno pretende suplantar a

la divinidad; por su condición de imagen, queda garantizada la dignidad de cada hermano, cuyos derechos humanos tienen algo de divino. Y ese mismo clima contemplativo debe ser ambiente y mensaje de toda predicación dominicana.

ALGUNAS APLICACIONES

Si ponemos en una balanza de un lado los sufrimientos y de otro los momentos de felicidad, a simple vista pesan más los sufrimientos. Sin embargo, creo que nos espera una inmensa ternura que de algún modo ya lo envuelve todo. No sé dónde leí este pensamiento, pero me impactó. Responde a una mirada contemplativa sobre la humanidad y su historia, que están habitadas y acompañadas por Dios. Esa convicción puede y debe sazonar evangélicamente nuestra existencia dominicana. Me fijo ahora en tres aspectos.

HACER SIENDO

Alguno dirá que esta expresión es una perogrullada. Si el actuar sigue al ser, nadie puede actuar si antes no existe. Ya pasando de un discurso lógico al ámbito existencial, quiero decir: antes y más prioritario es ser que hacer; la calidad de vida se transparenta y toma cuerpo en la acción.

He dicho que nuestra cultura está polarizada por el principio y la obsesión de rendimiento; se valora el trabajo productivo, hasta considerar como extraño, si no inmoral, saborear y celebrar la belleza de la creación, y la misma existencia humana con tantas satisfacciones que entranña. En esta visión no puede tener sentido la vida contemplativa en un monasterio que tiene como principal objetivo la búsqueda y la relación filial con Dios y la relación fraterna con los otros seres humanos. Por lo mismo ni siquiera tendría sentido la vida

religiosa que se define como apasionamiento por la dimensión trascendente y por «dejarlo todo» para dar prioridad al único absoluto: Dios y su proyecto de nueva humanidad.

Sin embargo el principio del rendimiento y de la eficacia, que desfigura hoy a nuestra cultura, también se infiltra en nuestra vida religiosa. Nos obsesiona el hacer cosas, y no es raro que midamos nuestra eficacia por los resultados inmediatos e incluso por la rentabilidad económica. Personalmente fui formado en la preocupación por el estudio y mi larga vida como profesor de teología ha procedido marcada por preparar bien los cursos, elaborar conferencias y redactar publicaciones. Todo eso ha entrado en mi proyecto vocacional, pero reconozco que muchas veces este hacer ha prevalecido sobre el ser. No he dejado espacio suficiente para lo espontáneo y lo gratuito, para la relación con las otras personas, viviendo sin más con ellas, amándolas y dejándome amar por ellas. Una vez, siendo joven profesor en Salamanca, me lamentaba con el P. Armando Bandera de que algunas visitas no me dejaban tiempo para estudiar, y aquel hombre de Dios me comentó: «antes son las personas que las cosas». Al menos en la intención general, siempre consideré que mi estudio es para servir a los seres humanos; pero también aquí, a nada que te descuides, lo que es simple medio puede ocupar el lugar del fin, y el rendimiento puede postergar al ser de la persona humana, que significa relación con los demás. La existencia humana realizada en comunión con Dios, que sólo sabe amar gratuitamente a todos, siempre fructifica en «pro-existencia», en una existencia para los demás.

CONTEMPLATIVOS EN LA PREDICACIÓN

La vocación del predicador dominico tiene como inspiración y garantía de permanencia el amor al otro sin reservas; cosa que no sólo encuentra fundamento sólido y último cuando en el ser humano descubrimos la presencia

del Otro, siempre mayor en su misma cercanía benevolente. Descubrimiento que hacemos gracias a la fe o mirada contemplativa. Ella nos permite ser nosotros mismos, vivir nuestra verdad, y descubrir algo absoluto en el otro que no es irreverentemente manipulable por nosotros. Esa mirada del corazón, purificada del ansia posesiva, es fuente limpia para nuestras relaciones con los otros cuando les entregamos la Palabra de Dios en palabra de hombre. La predicación dominicana es ante todo y, finalmente, la expresión de un amor «re-creativo», el testimonio del Creador que ama sin pedir nada a cambio.

En los últimos años se viene hablando de «contemplativos horizontales», «contemplativos en la acción». Estas y otras expresiones parecidas apuntan en buena dirección: la contemplación cristiana no alimenta ninguna evasión espiritualista, es posible descubrir la presencia de Dios en los avatares de nuestra historia, y la dimensión contemplativa no es más que el ejercicio de la fe, una experiencia común a todos los cristianos. Cualquiera de ellos, sin la necesidad de hacerse monje, puede y debe vivir la dimensión contemplativa en todas sus actividades. Domingo de Guzmán fue contemplativo en la predicación y los dominicos debemos re-crear hoy ese carisma. El Maestro de la Orden Vincent de Cuesnongle comentaba: «la contemplación no debe sólo preceder a la predicación; el anuncio del mensaje vivifica y enriquece, si sabemos estar atentos, nuestra relación vivida con Dios: ¡dichosos los que en la Orden tienen la misión de predicar la fe!; puede resultarle más fácil que a otros ser verdaderos contemplativos según Santo Domingo».

CUANDO NOS LLEGA LA JUBILACIÓN

En nuestra sociedad apenas tienen ciudadanía los jubilados; se les concede una escueta pensión por los servicios prestados. Y es normal que así sea, dado que el criterio de valoración es el caudal productivo, la eficacia en las tareas.

Los que ya no pueden rendir económicamente quedan a un lado. Es posible que algunos cristianos, incluidos los religiosos, se dejen llevar por ese criterio y, acogiéndose a la edad de jubilación legal, se queden ahí arrugados y vegetando, como si ya hubieran terminado su misión en esta tierra. Sin embargo, la jubilación legal, lejos de ser el cierre de la existencia, debe y puede ser una oportunidad para vivir con más intensidad la contemplación cristiana.

Otra vez aquí Jesús de Nazaret, que plasmó en su conducta la figura ideal de contemplación cristiana, es referencia saludable. Leyendo los evangelios se perciben muy bien dos etapas en su vida pública. En la primera respiraba optimismo, proclamó con alegría la llegada del reino, hizo signos anticipadores de la liberación que llegaba como don gratuito de Dios, y puso al servicio de esa causa su inteligencia y su voluntad, sus palabras y sus gestos. Pero llegó una segunda etapa de incomprensión y fracaso; era inútil seguir hablando y haciendo signos. Sin embargo, apasionado por llevar a cabo el proyecto de Dios a favor de la humanidad, aquel hombre entregó la propia vida, convencido de que todo lo que se hace con amor no cae ya en el vacío porque, ocurra lo que ocurra, sosteniendo y dando sentido a la realidad está el *Abbá*, el amor gratuito de Dios en quien siempre se puede confiar. A todos, con más o menos furia nos llega también esta segunda etapa de la vida, cuando nuestras facultades se atrofian, pronunciamos torpemente las palabras y nos van faltando las fuerzas. Es el tiempo en que, mirando a Jesús de Nazaret, podemos entregar lo más íntimo y valioso para nosotros: la propia vida. No haciendo muchas cosas sino viviendo una sola: esa cercanía benevolente de Dios en quien nos sentimos amados y esperanzados, sembrando amor y esperanza en los demás.

Últimamente una y otra vez me rondan esas frases lapidarias: «el amor nunca muere»; «en la tarde de la vida te examinarán del amor». Alguien dijo que nacemos viejos; de niños el narcisismo nos acompaña y en la madurez el hacer

cosas nos obsesiona. Pero los muchos años de existencia nos permiten ver el límite de todo lo perfecto, incluidas nuestras hazañas más gloriosas y vivir con intensidad aquello que, con palabras y gestos, quisimos transmitir en nuestra predicación: Dios nos ama, no sabe más que amar y siempre nos mira con esperanza. Una etapa que, habiendo visto ya el límite de lo perfecto en las múltiples actividades a lo largo de la vida, podemos relativizar el hacer, para dar prioridad al ser; nuestra vida tiene valor no por lo que hacemos o rendimos, sino por lo que somos: hijos de Dios y hermanos de todos. La invitación a «ser perfectos como el Padre», según el evangelista Lucas significa ser misericordiosos: vivir amando, confiando, comprendiendo y sembrando esperanza en los que nos rodean. Somos verdaderos cristianos no tanto por lo que hacemos sino por nuestra forma de relacionarnos y ser para los demás. Y aquí no cabe jubilación para ningún discípulo de Jesucristo.

A LA HORA DE PROCESAR LOS CONFLICTOS

El profeta Isaías sueña con ese mundo mesiánico de paz y concordia, donde pueden habitar todos los vivientes en armonía gozosa; y con este sueño nació la Iglesia. Pero ya cada uno llevamos dentro la tensión conflictiva que inevitablemente aflora en nuestra relación con los otros. Tampoco los religiosos en nuestra vocación comunitaria estamos exentos de la conflictividad; diría incluso que, precisamente por nuestra forma comunitaria de organizar la vida, los conflictos son más ineludibles. No debería extrañarnos, ya que la vida de Jesús, manso y humilde de corazón, sufrió la oposición que le llevó al martirio.

Ya en nuestra vida de comunidad a menudo encubrimos los conflictos porque su enfrentamiento nos da miedo; preferimos ignorar al que no piensa como nosotros y, si tenemos que convivir con él, hacer un pacto de mutua segu-

ridad. Pero a veces intentamos superar los conflictos, eliminando al opositor; rediciéndole hasta que piense como nosotros, o descalificándole para que su punto de vista no tenga crédito; no aceptamos que sea él mismo, diferente, con su propia visión de las cosas. En el fondo negamos la irrupción de Dios en el otro que es su imagen y, a la vez, nosotros pretendemos ser tan absolutos como Dios.

Cuando actuamos así, nos falta una mirada desde la fe, una mirada contemplativa para descubrir la verdad del ser humano y la verdad de Dios. Todos los seres humanos, como imagen del Creador, son portadores de su verdad; no hay que tolerarlos sino acogerlos con amor y gratitud. Con el mismo derecho que defendiendo mis propias convicciones, tengo que apoyar el derecho de otro a ser diferente, pensar y decidir por su cuenta. Sólo así puede irrumpir Dios encarnado en nuestra vida. Sin un talante contemplativo no es posible llevar a cabo el proyecto de vida comunitaria. En la oración recobramos ese talante, procesamos evangélicamente los conflictos que, lejos de aminorar, pueden ser momentos de gracia para la vida cristiana.

Nos toca vivir en una sociedad marcada por el individualismo. Cada vez nos cuesta más salir de la propia tierra, trascender, ir hacia el otro, tal vez porque tampoco vemos en él nada trascendente. Si el que no ama permanece en la muerte, nuestra sociedad tiene una enfermedad muy grave que fácilmente contagia también a los religiosos. También nosotros perdemos la dimensión trascendente, nos falta una mirada contemplativa y nos quedamos en la superficialidad. Cada uno se considera centro absoluto, se curva en su concentración egoísta, ya no es posible un auténtico diálogo, el escepticismo nos invade y nuestra vida pierde significado evangélico. La contemplación es mirar en el mundo desde Dios encarnado, como el único Centro.

JESÚS ESPEJA, O.P.
Cuba

Etty Hillesum: Un canto de esperanza en los campos de exterminio nazis

INTRODUCCIÓN

Sylvie Germain, autora de una de las biografías de Etty Hillesum, escribió lo siguiente sobre ella y sobre las personas que, como ella, han sido un hito de aliento y esperanza para la humanidad: «*La aventura de Dios en este mundo comienza de nuevo con cada ser humano, con cada nacimiento. A menudo, la aventura se malogra, o peor aún, ni siquiera tiene lugar. Pero gracias a un puñado de justos, de inspirados, de audaces, esta aventura se reinicia una y otra vez, retoma el hilo sinuoso del tiempo, reemprende el azaroso camino de la historia... y la lucha cuerpo a cuerpo con el mal*»¹.

1. PERO, ¿QUIÉN ERA ETTY HILLESUM?

Etty Hillesum nació en Holanda el 15 de enero de 1914. Su padre, Louis Hillesum, era un judío de Ámsterdam, profesor de lenguas clásicas, y su madre, Rebeca, también judía, nacida en Rusia, había emigrado a Holanda para librarse de la persecución de la que eran objeto los judíos por entonces en ese país. Etty tuvo dos hermanos menores que ella: Jaap y Mischa.

1. S. GERMAIN, *Etty Hillesum. Una vida*, Sal Terrae, Santander 2004, p. 162.

Etty murió el 30 de noviembre de 1943, tres meses después de haber sido deportada al campo de Auschwitz, en el mismo tren que condujo también a la muerte a sus padres y a su hermano Mischa; éste moriría en Marzo de 1944. Su hermano Jaap murió de tifus en abril de 1945 en el tren que le llevaba al campo de exterminio de Auschwitz. Etty tenía veintinueve años cuando fue víctima de la sinrazón y del odio de uno de los períodos más nefastos de la historia humana.

¿Quién sacó a Etty del anonimato de esa gran multitud de inocentes sacrificados en las cámaras de gas de Auschwitz? Un impresionante diario escrito desde el 8 de marzo de 1941 hasta el 5 de junio de 1943, fecha en que fue deportada, y unas bellas y entrañables cartas escritas a sus amigos. Alguien ha dicho con gran verdad, que la vida reflejada en estos escritos es «*inclasificable*» por lo imponente de «*la originalidad y la intensidad de su experiencia y de su pensamiento*»².

Desde esta rica herencia de la fuerza y profundidad de sus escritos, sus biógrafos han retrotraído la mirada sobre el resto de su vida, y han descubierto a una chica de gran personalidad que le crearía problemas de relación con su madre; de talante liberal, llena de vitalidad e independiente; sin referencia a normas éticas religiosas, llegaría a mantener relaciones íntimas con dos hombres mucho mayores que ella, uno de los cuales Julius Spier, psicólogo, la llevaría a descubrir la interioridad del espíritu, y la iniciaría en el camino de la búsqueda y encuentro con Dios.

Aunque se doctoró en Derecho, los derroteros de su espíritu se inclinaron más bien por la filosofía, y, sobre todo, por la literatura a través de una lectura profunda de los autores rusos: Dostoievski, Tolstoi y, especialmente, el austriaco Rainer María Rilke. Más adelante, encaminada por su

2. P. LEBEAU, *Etty Hillesum. Un itinerario espiritual*, Sal Terrae, Santander 2000, p. 11.

amigo J. Spier, acudió a la lectura de la Biblia, primordialmente de los Salmos y del Evangelio de san Mateo, y también de las *Confesiones* de san Agustín y las meditaciones místicas del Maestro Eckhart³. El amplio bagaje cultural-religioso adquirido a través de la lectura de autores tan significativos, se vio facilitado por su buen conocimiento de las lenguas rusa, alemana y francesa.

Sobre la base de esta apretada síntesis biográfica, veremos a esta joven judía, que en los comienzos de su juventud fue tanteando la vida a su aire, hasta encontrar la luz y el sentido más profundo de la existencia en una de las pruebas más difíciles para cualquier hombre o mujer: la degeneración y aniquilación de la existencia de todo un pueblo a través de la obsesión de un odio inhumano.

2. UNA CRUEL REALIDAD

Antes de sumergirnos de lleno en la belleza y hondura de su espíritu, quisiéramos dejar un apunte de la realidad a la que Etty, como tantos miles de judíos, tuvieron que enfrentarse.

El 10 de mayo de 1940, la Alemania nazi invadió los Países Bajos, y a partir de este momento empieza a estrecharse un implacable y progresivo cerco a los judíos, que va desde la confiscación de todos sus bienes, la señalización con la letra jota en las tarjetas de identidad, la obligación de llevar una estrella amarilla, la prohibición de comprar fruta, verduras frescas y pescado salvo en las tiendas reservadas a los judíos; la prohibición de tomar el tranvía, entrar en casas no judías y –suprema vejación en una ciudad holandesa– la de circular en bicicleta⁴.

3. W. TOMMASI, *Etty Hillesum. La inteligencia del corazón*, Narcea, Madrid 2003, pp. 41-54.

4. *Ibid.*, p. 128.

Pero esto era tan sólo el preludio de lo que les esperaba. En enero de 1942, un grupo de dirigentes nazis meditan un plan demoníaco para acabar con los judíos, conocido como *la Solución Final*:

«Cientos de miles de judíos son asesinados en masa. Pero estas masacres se consideran insuficientes y, sobre todo, se estima más juicioso y eficaz reagrupar el ganado para abatirlo en los campos destinados al efecto, antes que tener que matar en su propio terreno al rebaño disperso por toda Europa.

«Como ha señalado el historiador Raul Hilberg, los nazis se habían contentado hasta entonces con explotar –a ultranza por cierto– los métodos de matanza inspirados en la experiencia pasada, que ya era considerable. Pero llegó un momento en que esos viejos métodos no daban abasto, y se vieron obligados a hacer innovaciones para poder llevar a término el gran proyecto de aniquilación. “Entonces estos burócratas se volvieron inventores. Pero, al igual que todos los fundadores, no patentaron sus hazañas y prefirieron la oscuridad [...]. Inventaron la ‘Solución Final’. Fue un gran invento, y por eso este proceso fue diferente a todo lo que le había precedido. Lo que se produjo cuando se adoptó la ‘Solución Final’ o, para ser más precisos, cuando la burocracia hizo su labor, fue un viraje decisivo en la Historia”»⁵.

La antesala de la muerte en los campos de exterminio de Auschwitz, tuvo una desolada y agonizante sala de espera en el campo de concentración de Westerbork, situado al norte de Holanda, adonde fueron deportados miles de judíos capturados en las redadas nazistas. En este campo, ETTY fue testigo de la barbarie humana a la vez que de los ilimitados e injustos sufrimientos de millares de inocentes.

Pero en la desolación del campo de Westerbork, lleno de enfermos, de miseria, de angustia y de odio, ETTY, alcanzó las cotas más altas de humanismo y grandeza de espíritu,

5. S. GERMAIN, *Etty Hillesum. Una vida...*, p. 35.

que están solo al alcance de las mejores personas de nuestra especie humana.

3. SUPERAR EL MIEDO

Quizás la mayor angustia que pueda padecer un ser humano sea la de sentirse perseguido, torturado y el deseo de ser aniquilado por uno de sus semejantes. Como es lógico nuestra querida Etty también participó de esta angustia, pero como veremos a continuación, no se dejó acorralar por sus oscuros mensajes, y su enfrentamiento con ella fue a cara descubierta:

«De momento, estoy rota. Esta mañana, a las siete, se ha encendido en mí un infierno de inquietud y de angustia al pensar en todas estas nuevas prohibiciones. Pero está bien, eso me hace sentir un poco el miedo de otros, pues ese miedo se ha convertido cada vez más en algo ajeno a mí»⁶.

Lo peor de todo, sería dejar penetrar este infierno en la vida de uno, por eso Etty reacciona de inmediato y sacando fuerzas de flaqueza sigue el curso de la vida, dejando atrás la impotencia del miedo: «*A las ocho, ya era yo otra vez la misma calma en persona. Y estaba casi orgullosa de conseguir dar hora y media de clase de conversación rusa, a pesar de mi decaimiento físico. Antes me bastaba con mi estado físico para suprimir la clase. Pero esta tarde comienza un nuevo día. Vamos a recibir la visita de una muchacha con problemas, una católica. Que un judío ayude a un no judío a resolver sus problemas, tal y como están los tiempos proporciona una singular sensación de fuerza*» (*Diario, 1 de julio de 1942, p. 483*)⁷.

Etty era consciente de que la persecución, el desprecio, la amenaza de muerte, son pruebas que iban a acosarla de

6. P. LEBEAU, *Etty Hillesum. Un itinerario espiritual...*, p. 131.

7. *Ibid.*

continuo; por ello por su espíritu permanecerá vigilante para no desfallecer:

«Quieren nuestro total exterminio... ¡Está bien!: acepto esta nueva certeza: Ahora lo sé. No impondré a los demás mis angustias, y me abstendré de todo rencor hacia quienes no comprenden lo que nos sucede a nosotros, los judíos. Pero que una certeza adquirida no sea socavada o debilitada por otra. Yo trabajo y vivo con la misma convicción, y encuentro la vida llena de sentido, sí, llena de sentido a pesar de todo, aunque apenas me atrevo a decirlo a la sociedad» (3 de julio de 1942, pp. 488-489)⁸.

Y con una enorme fortaleza integra las nuevas amenazas en el conjunto de su vida: *«La vida y la muerte, el sufrimiento y la alegría, las ampollas de los pies destrozados, el jazmín detrás de la casa, las persecuciones, las atrocidades sin cuento, todo, todo está en mí y forma un conjunto poderoso. Lo acepto como una totalidad indivisible, y empiezo a comprender cada vez mejor –para mi propio uso, sin poder explicarlo a los demás– la lógica de esta totalidad.*

Más aún, quiere dejarnos en herencia la fuerte experiencia que a ella le ha tocado vivir, porque presiente que es un camino nuevo que podrá iluminar a las futuras generaciones: *«Quisiera vivir mucho tiempo, para estar un día en condiciones de explicarlo. Pero si no es posible, ya lo hará otro por mí. Otro proseguirá el hilo de mi vida allí donde haya quedado interrumpido. Y por eso debo vivir esta vida hasta mi último aliento con toda mi conciencia y la convicción posibles, de suerte que mi sucesor no tenga que volver a empezar de cero y encuentre menos dificultades. ¿No es esto una manera de trabajar para la posteridad?»⁹.*

Todos los martes, Etty ve salir por la mañana los trenes de la muerte, «con una regularidad matemática», cargado

8. *Ibid.*, p. 134.

9. *Ibid.*

con más de mil personas. Asume con su acostumbrada fortaleza esta dramática realidad:

«El lamentable final que probablemente nos aguarda y que ya desde ahora se deja ver en las pequeñas cosas de la vida corriente, lo he mirado de frente y le he concedido un lugar en mi sentimiento de la vida, sin que por ello se haya visto menguada su gravedad. No estoy amargada ni indignada, he conseguido vencer mi abatimiento y no sé lo que es la resignación. Sigo progresando día a día, sin que haya aumentado el número de obstáculos, aun tenido presente la perspectiva de nuestra aniquilación».

A semejanza de otra gran mujer, Teresa de Jesús, que ante la magnitud de los problemas con que tenía que enfrentarse llegó a decir: «*Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada*» (*Camino de perfección* 11, 4). ETTY, llegó a asumir el final de su vida, con la misma naturalidad que el resto de los componentes de su existencia:

«Mirar la muerte de frente y aceptarla como parte integrante de la vida es tanto como ensanchar esa vida. Y a la inversa, sacrificar ya desde ahora a la muerte una parte de esa vida, por miedo a la muerte y por negarse a aceptarla, es la mejor manera de no preservar más que un pobre y pequeño fragmento de vida mutilada, que apenas merecería ser llamada 'vida'. Esto puede parecer paradójico: excluyendo la muerte de nuestra vida, no vivimos en plenitud; mientras que, acogiendo la muerte en el corazón mismo de nuestra vida, ensanchamos y enriquecemos a ésta... Todo esto es enormemente simple. La muerte está ahí de repente, grande, simple y natural, y ha entrado en mi vida sin hacer ruido. En adelante, tiene su sitio en ella, y ahora sé que es parte integrante de la vida» (3 de julio de 1942, pp. 488-489)¹⁰.

10. *Ibid.*, p. 150.

4. VENCER AL OUDIO

En la situación que sufría el pueblo judío, se daban todos los ingredientes para que surgieran los sentimientos más degradantes de odio, de rabia, de resentimiento. Sentimientos comprensibles..., que *pueden funcionar como barreras defensivas, como intentos de mantener el sufrimiento fuera de sí mismos*¹¹.

Etty percibe con claridad meridiana que el odio no solucionará nada. Responder al perseguidor nazi con la misma moneda sería igualarse en los mismos sentimientos nefastos:

«La barbarie nazi puede despertar en nosotros otra barbarie, que podría utilizar los mismos métodos si nosotros pudiéramos hacer lo que quisiéramos. Debemos extirpar esta barbarie de nosotros mismos. No nos está permitido alimentar este odio en nosotros; si lo hacemos, el mundo no dará un solo paso para salir del atolladero en que nos encontramos»¹².

Por supuesto que tal postura no es de una resignación pasiva: «*Es perfectamente posible ser combativo y fiel a los principios, sin hundirse en el odio... Para decirlo crudamente, cosa que quizás haga daño a mi pluma: si un número de las SS me pisoteara hasta matarme, yo lanzaría una última mirada hacia su rostro y me preguntaría con estupefacción y un arranque de humanidad: 'Dios mío, ¿qué cosas tan terribles has podido vivir, pobre muchacho, para hacer semejante cosa?'*» (14 de marzo de 1941, pp. 19-23)¹³.

Para Etty los sentimientos de odio nunca son justificables, y lo único que hacen es añadir más oscuridad y sufri-

11. W. TOMMASI, *Etty Hillesum. La inteligencia del corazón*, Narcea, Madrid 2003, p. 96.

12. P. LEBEAU, *Etty Hillesum. Un itinerario espiritual...*, p. 139.

13. *Ibíd.*

miento a nuestra humanidad. A su amigo Klaas Smelik, militante trotskista, que alimentaba un profundo sentimiento de odio contra los nazis, le dice de frente: «*Este odio no nos conducirá a nada*». Y a continuación pasa a razonar su heroica postura:

«Tenemos tanto que cambiar en nosotros mismos, que ni siquiera deberíamos preocuparnos de odiar a aquellos a quienes llamamos nuestros enemigos. Ya somos bastante enemigos los unos de los otros.

Es la única solución, verdaderamente la única, Klaas, no veo otra salida: hacer que cada uno de nosotros se dé una vuelta sobre sí mismo y extirpe y aniquile en él todo lo que cree que debe aniquilar en los otros. Y que estemos bien convencidos de que el menor átomo de odio que añadimos a este mundo nos lo hace más inhóspito de lo que ya es. Y Klaas, el viejo partisano, el veterano de la lucha de clases, dijo entonces, dividido entre el asombro y la consternación: 'Pero... ¿eso sería volver al cristianismo?'. Y yo divertida al verle en semejante aprieto, proseguí sin inmutarme: 'Pues sí, al cristianismo, ¿por qué no?' (23 de septiembre, pp. 559-561)¹⁴.

Etty insiste reiteradamente, que desterrar de nuestras vidas el odio al enemigo no supone dejación de los principios de la dignidad humana, y que por otra parte, solo el amor es la única solución para poder subsistir con un mínimo de convivencia en este mundo:

«La ausencia de odio tampoco implica necesariamente la ausencia de una elemental indignación moral.

Sé que los que odian tienen buenas razones para hacerlo. Pero ¿por qué hemos de elegir siempre la vía más fácil, la menos costosa? En el campo he sentido muy fuerte el hecho de que cada átomo de odio que añadimos a este mundo, nos lo hace más inhóspito de lo que ya es. Y pienso –quizá con pueril ingenuidad, aunque con tenaz convicción– que esta

14. *Ibid.*, pp. 161-162.

tierra sólo puede llegar a ser un poco más habitable gracias al amor, ese amor del que habló un día el judío Pablo a los habitantes de la ciudad de Corinto en el capítulo trece de su primera carta» (finales de diciembre de 1942, p. 629)¹⁵.

5. AYUDAR A DIOS

Pocos seres humanos, ante situaciones tan sin sentido como la padecida por el pueblo judío en la segunda guerra mundial, no han dejado de hacerse la pregunta: *¿Dónde estaba Dios?* «*¿Dónde estaba Dios en Auschwitz?*» –como se ha escrito.

Quizás lo más original del pensamiento y conducta humana de Ety, fue la repuesta que dio al sufrimiento inhumano y a la presencia pasiva y silenciosa de Dios: «no es Dios quien nos tiene que ayudar, sino más bien nosotros tenemos que ayudar a Dios». En otro texto dice así:

«Dios mío, estos tiempos son tiempos de terror. Esta noche, por primera vez, me he quedado despierta en la oscuridad, con los ojos ardientes, mientras desfilaban ante mí, sin parar, imágenes de sufrimiento. Voy a prometerte una cosa, Dios mío, una cosa muy pequeña: me abstendré de colgar en este día, como otros tantos pesos, las angustias que me inspira el futuro. Pero eso requiere cierto entrenamiento. De momento, a cada día le basta su pena. Voy a ayudarte, Dios mío, a no apagarte en mí, pero no puedo garantizarte nada por adelantado. Sin embargo, hay una cosa que se me presenta cada vez con mayor claridad: *no eres tú quien puede ayudarnos, sino nosotros quienes podemos ayudarte a ti y, al hacerlo, ayudarnos a nosotros mismos*. Esto es todo lo que podemos salvar en esta época, y también lo único que cuenta: un poco de ti en nosotros, Dios mío. Quizá también nosotros podamos contribuir a sacarte a la luz en los corazones devastados de los otros» (12 de julio de 1942, p. 516)¹⁶.

15. *Ibíd.*, p. 173.

16. *Ibíd.*, p. 110.

Etty ha sido conducida hasta el umbral de la trascendencia de Dios: «*Tú me colocas ante tus últimos misterios, Dios mío. Te estoy agradecida. Siento en mí la fuerza para confrontarlos y saber que no hay respuesta. Hemos de ser capaces de asumir tus misterios*» (15 de septiembre de 1942, p. 544)¹⁷. El misterio del Dios-Amor, comparte los sufrimientos de los inocentes, habiendo sido Él mismo una de las víctimas de los desmanes y atrocidades de la autonomía y libertad humanas:

«Sí, Dios mío, pareces bastante poco capaz de modificar una situación que, a fin de cuentas, es indisociable de esta vida. Pero no te pido cuentas de ello. Por el contrario es a ti a quien corresponde convocarnos un día a dar cuentas. Me parece cada vez más claro, a cada latido de mi corazón, que tú no puedes ayudarnos, sino que nos corresponde a nosotros ayudarte y defender hasta el final la morada protectora que tienes en nosotros. Hay personas –¿quién lo creería?– que en el último momento tratan de poner a salvo sus máquinas aspiradoras y sus cubiertos de plata, en lugar de protegerte a ti, Dios mío. Dicen: ‘¡Yo no he de caer en sus garras!’, olvidando que mientras estemos en tus brazos no estaremos en las garras de nadie. Esta conversación contigo, Dios mío, empieza a devolverme un poco de calma. Por eso habremos de tener otras muchas, y de ese modo impediré que me rehuyas. Sin duda conocerás también momentos de escasez en mí, Dios mío, momentos en los que mi confianza ya no te alimentará con tanta abundancia. Pero, créeme, seguiré trabajando para ti, te seguiré siendo fiel y no te echaré de mi recinto» (12 de julio de 1942, p. 517)¹⁸.

Con absoluta clarividencia, Etty llega a una conclusión que será guía y luz en su oscuro futuro: «*Adoptaré como principio el ‘ayudar a Dios’ tanto como sea posible y si lo con-*

17. *Ibíd.*, p. 118.

18. *Ibíd.*, p. 115.

sigo, entonces estaré ahí también para los demás» (11 de julio de 1942, p. 512)¹⁹.

CONCLUSIÓN

Sin duda alguna, el intenso y rápido camino que hizo Etty en la búsqueda y encuentro de Dios, alcanzó su plenitud, en presencia del sin-sentido de la persecución nazi y en la tragedia humana del campo de Westerbor.

Un día, recibe una llamada telefónica de su amigo e iniciador espiritual J. Spier, que acosado por la persecución nazi, le dice: «*Tenemos que orar mucho esta noche» Unas horas más tarde, Etty le hace llegar esta nota a través de su amiga Gera Bongers: «Debemos orar cada minuto, no sólo esta noche. Es como si algo en mí se hubiera conectado a una oración continua. «Ese algo reza en mí» hasta cuando río o bromeo». Y añade: «¡Me habita una inmensa confianza!» (p. 518)²⁰.*

Queremos poner punto final a esta breve y limitada reflexión sobre Etty, la mujer cuya grandeza de espíritu iluminó la profunda oscuridad de los campos de exterminio nazi, con una reflexión que es un diálogo de absoluta confianza con el Dios que siempre buscó y que al fin acaparó por completo el intenso amor de su vida.

«Conversar contigo, Dios mío. ¿Te parece bien? Más allá de la gente, no deseo dirigirme más que a ti. Si amo a los seres con tanto ardor, es porque en cada uno de ellos amo una parcela de ti, Dios mío. E intento sacarte a la luz en los corazones de los otros, Dios mío». (15 de septiembre de 1942, pp. 543-544)²¹.

ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia

19. *Ibíd.*, p. 114.

20. *Ibíd.*, p. 132.

21. *Ibíd.*, p. 152.

María, madre de los discípulos de Jesús

MARÍA, MADRE DE JESÚS

María se presenta en Caná de Galilea como madre de Jesús y de modo significativo contribuye al «comienzo de las señales» que revelan el poder mesiánico de su Hijo. Como faltaba el vino, le dice a Jesús su madre: «no tienen vino». Jesús le responde: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? aún no ha llegado mi hora». Aunque tal respuesta de Jesús a su madre parece un rechazo, sin embargo, María dice a los criados «hacer lo que él os diga». La madre de Jesús se presenta ante los hombres como portavoz de la voluntad del Hijo, porque primero se ha puesto ante Él como mediadora y no como una persona extraña. Consciente de su papel de madre, se siente con confianza para presentar a su Hijo las necesidades de los hombres. En Caná María aparece como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera «señal» y contribuye a la fe de los discípulos (*RM* n.º 21).

Se puede decir con toda verdad que en esta página del evangelio de Juan encontramos como un primer inicio de la solicitud materna de María. Y como dice el Concilio en la *Lumen Gentium*, n.º 46 «esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia [...] hasta la consumación de los elegidos». Pero a pesar de que el episodio de Caná y el del Calvario están separados por el ministerio de la vida pública de Jesús, en el pensamiento de Juan están unidos. En Caná Jesús realiza su primer milagro. En el Calvario acaba su obra. En ambos casos la madre de Jesús está junto a su Hijo; la primera vez se encuentra en

compañía de los discípulos; la segunda, con el discípulo que Jesús amaba. En las dos ocasiones Jesús se dirige a María con la misma palabra: «mujer». En Caná Jesús le hará comprender que ella no intervendrá ya en su vida pública hasta que llegue su «hora». En el Calvario, habiendo llegado esa «hora», María muestra con su actitud que ella participa en el «sacrificio redentor», pues no cabe duda de que María se asoció con todo el ardor de su alma amorosa a todo el misterio de la Cruz. Pero tanto en el Calvario como en cualquier misterio de la vida de su Hijo, ella sigue siendo la «humilde esclava del Señor».

Si el pasaje del Evangelio de Juan sobre el hecho de Caná presenta la maternidad solícita de María al comienzo de la actividad mesiánica de Cristo, el pasaje del Calvario confirma esta maternidad de María en la economía de la gracia en su momento culminante, es decir, cuando se realiza el sacrificio de la Cruz de Cristo, su misterio pascual (Juan Pablo II, *RM* n.º 23).

MARÍA, MADRE DE LOS DISCÍPULOS

Antes de morir Jesús confió su madre al discípulo que Él amaba, pero notemos que lo primero que Jesús hace no es confiar María a Juan, sino Juan a María. El acento se pone en la solicitud con la que María debe rodear al discípulo, solicitud a la que el discípulo debe responder con un amor filial.

María es realmente nuestra Madre, no porque Juan la recibió por madre en la Cruz, sino simplemente porque es Madre de Jesús, en quien todos los fieles se encuentran y no forman más que uno: «Las palabras de Cristo lejos de crear la maternidad de gracia, no tienen sentido sino suponiéndola», pues la maternidad de María parte de que Ella aceptó ser madre de un Mesías Salvador en el «sí» de la Encarnación. Ello implicó aceptar que en su seno se for-

para ese Jesús que vivió y murió en Palestina, a la vez que también en Jesús Cabeza de un gran organismo de salvación, al que nosotros vamos incorporándonos a lo largo de la historia (Cuerpo místico de Cristo).

Fue entonces cuando María comenzó a engendrarnos en su seno. El «sí» de María al ángel es el fundamento último de su maternidad espiritual con respecto a nosotros. En el Calvario, Jesús proclama los lazos que ya preexistían entre María y los discípulos de Jesús. Pero una vez revelados esos lazos, tendrán que ser vividos conscientemente.

Por consiguiente, esta «nueva maternidad de María», engendrada por la fe, es fruto del «nuevo» amor que maduró en Ella definitivamente junto a la Cruz, por medio de su participación en el amor redentor del Hijo (*RM* n.º 23).

MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

Pero las palabras que Jesús pronunció desde lo alto de la Cruz, significan que la «maternidad» de su madre encuentra una «nueva» continuación en la Iglesia y a través de ésta, simbolizada y representada por Juan (*RM* n.º 24).

Entre todos los discípulos de Jesús, Juan es el que más íntimamente conoció a María, no sólo como madre de Jesús, sino también como Madre nuestra. Sin embargo, juzgó conveniente no revelarnos nada a ese respecto, sino que lo que nos quiere decir en su Evangelio y en el Apocalipsis es que el misterio de María es totalmente interior. Esta aventura extraordinaria y absolutamente única, que hizo de una joven de Israel la madre de Dios, es ante todo una aventura espiritual. Por reacción, sin duda, contra lo que había visto con sus ojos carnales, Juan traslada, por así decirlo, su afecto filial al plano sobrenatural; él que conocía tan bien a «María íntima» nos la muestra

en la historia de la salvación. Su pensamiento gravita en torno a dos temas que son como los dos polos de un mismo eje.

María es por excelencia la mujer asociada a la Redención. El relato de Caná sirve en cierta manera de introducción al relato del Calvario; una vez llegada la «hora» de Jesús, María estará presente junto a su Hijo, en comunión con Él en el dolor; la hora de la Pasión del Hijo será la hora de la compasión de la Madre.

Madre de Jesús, María aparece también como madre del resto de la descendencia. En la hora del dolor más grande le era fácil a María replegarse sobre sí misma, guardar su dolor para ella sola, guardar su amor para Jesús sólo, cerrar su corazón a todo. Y es precisamente en esta hora cuando Cristo le pide que abra su amor maternal al resto de sus hermanos; le recuerda así que su maternidad con respecto a Él debe ensancharse según las dimensiones de la Iglesia, que es tan grande y universal como el Cuerpo Místico. El caso de Juan será la aplicación concreta de este principio, se trata de una enseñanza en acción.

Esto nos lleva a lo que nos dice en el Apocalipsis: que el misterio de María está orientado, por una parte, hacia Cristo, y, por otra, hacia la Iglesia, pues la madre de Jesús, la nueva Eva, es también la madre espiritual de todos los redimidos. Por eso, en la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: María en Nazaret y María en el Cenáculo de Jerusalén. En ambos casos su presencia discreta, pero esencial, indica el camino del «nacimiento de la Iglesia». Está presente en el misterio de Cristo como Madre, se hace –por voluntad del Hijo y por obra del Espíritu Santo– presente en el misterio de la Iglesia. También en la Iglesia sigue siendo «una presencia materna», como indi-

can las palabras pronunciadas en la Cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo»; «ahí tienes a tu madre» (*RM* n.º 24).

Esta maternidad de María continúa a través de toda la historia de la Salvación hasta la Parusía.

CONCLUSIÓN

Amando a Jesús, María aprendió a amarnos. Ahora se podría añadir: amando a Jesús y a sus hermanos, aprendemos nosotros a amar a María.

SOR M.^a CARIDAD CABALLERO ROQUE, O.P.
Monasterio de Santa Catalina de Madrid

Las oraciones colectas de las misas de exequias según el nuevo Ritual romano

INTRODUCCIÓN

La celebración de la Eucaristía en el momento de los funerales no se conoce en Occidente hasta el siglo IV. En Oriente nunca se generalizó, de tal modo que allí la acción litúrgica principal consiste en algo similar a nuestro *oficio de difuntos*. En cambio, el hecho de ofrecer la Eucaristía por los difuntos es una práctica que se remonta al menos al siglo II. Más que el día mismo del funeral, la Iglesia antigua celebraba la misa por los difuntos al tercer día del fallecimiento, o al séptimo, o a los treinta días, o el día del aniversario de la muerte. Pero desconocemos cuando se creó una misa propiamente de exequias. No obstante, la práctica de celebrar la misa teniendo delante el cadáver del difunto está atestiguada por el mismo san Agustín cuando habla en sus *Confesiones*, a propósito de las exequias de su madre en Ostia, como de una costumbre romana que le impresionó. El Ritual de exequias de 1614, que fue el primer ritual romano de este género a nivel oficial, contempla la posibilidad de incluir la Eucaristía en las exequias, costumbre que se generalizó para todos los entierros.

El nuevo *Ritual de exequias*, publicado bajo el pontificado de Pablo VI en 1966, contempla también la posibilidad de la celebración eucarística al interior del mismo rito exequial en cada uno de los esquemas que se proponen. Según las *Orientaciones doctrinales y pastorales del episcopado español*, «la celebración de la misa en el interior del rito exequial

representa el signo más expresivo de las exequias cristianas, por cuanto conecta sacramentalmente la muerte del cristiano con el misterio pascual de Cristo» (n.º 40). Ocho números más adelante se insiste en la misma idea con las siguientes palabras: «El objetivo primario de la celebración de la Eucaristía en las exequias es el manifestar la vinculación de la muerte del cristiano con el misterio pascual de Jesucristo. Al mismo tiempo, la misa debe considerarse como el más excelente sufragio por el difunto, ya que la Iglesia, al ofrecer el sacrificio pascual, pide a Dios que el cristiano difunto, que fue alimentado por la Eucaristía, prenda de vida eterna, sea admitido en la plenitud pascual de la mesa del reino. Por ello, puede decirse que la celebración de la misa representa el punto culminante de los funerales cristianos y por ello se prevé como parte integrante de las exequias, aunque no imprescindible» (n.º 48).

Estos planteamientos responden no sólo al programa general trazado por la constitución dogmática sobre la liturgia, *Sacrosantum concilium*, del concilio Vaticano II, sino también a las dos indicaciones precisas que allí se hicieron:

«El rito de las exequias debe expresar más claramente el sentido pascual de la muerte cristiana y responder mejor a las circunstancias y tradiciones de cada país, aun en lo referente al color litúrgico» (n.º 81).

«Revítese el rito de la sepultura de niños, dotándolo de una Misa propia» (n.º 82).

LAS ORACIONES

El nuevo *Ritual de exequias*¹ nos ofrece una gran variedad de oraciones colectas, adaptadas a las diversas cir-

1. Utilizaremos la quinta edición renovada del *Ritual de Exequias*, publicada en España en 1996.

cunstancias en las que sobreviene la experiencia humana de la muerte: la niñez, la edad del uso de razón, el caso de la muerte causada por un accidente público, la juventud, la madurez, la muerte repentina, el caso en que la familia queda muy desconcertada, etc. Estas oraciones quieren responder a todas esas situaciones con una palabra de esperanza para quienes lloran la muerte del difunto. Pero ese mismo mensaje de esperanza se dirige también a todos los que participan en las exequias.

Dado que no podemos transcribir aquí todas esas oraciones, nos limitaremos a señalar algunas ideas que están en la base de su formulación y que nos permitirán asomarnos a la concepción cristiana de la muerte que se refleja en ellas. Dicha concepción supone, a su vez, un modo concreto de entender las relaciones de Dios con la humanidad, tanto en este mundo como en el mundo futuro.

Los muertos nos evangelizan, no sólo por la vida ejemplar que hayan llevado mientras vivían en este mundo, ni porque nos congreguen en torno a la Palabra de Dios el día de su funeral, sino también porque nos recuerdan a todos la brevedad de nuestra vida; nos hacen tomar conciencia de nuestra fragilidad y de la caducidad de nuestra vida sobre esta tierra; nos enseñan a relativizar algunos problemas a los que le damos una importancia excesiva; nos urgen a reconciliarnos con Dios y con las personas que forman parte de nuestro entorno; nos muestran el camino de la vida verdadera; nos hacen volver una y otra vez a lo esencial; nos hacen pensar la vida en este mundo desde su final. Sólo desde ahí la realidad adquiere todo su valor y densidad. Todo esto gravita, de forma implícita o explícita, en las bellas oraciones del Ritual de exequias.

En la primera oración colecta propuesta por el *Ritual* (formulario común I) se encomienda a la hermana o hermano difunto a Dios en los siguientes términos:

Te encomendamos, Señor,
a nuestro hermano (nuestra hermana) N.,
a quien en esta vida mortal
rodeaste con tu amor infinito;
concédele ahora que, libre de todos los males,
participe en el descanso eterno.
Y, ya que este primer mundo acabó para él (ella),
admítelo (admítela) en tu paraíso,
donde no hay ni llanto ni luto ni dolor,
sino paz y alegría eternas.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Encomendar a alguien a otra persona es ponerle en sus manos para que cuide de ella. Es un acto de confianza en la persona a la que hacemos este encargo, creyendo realmente que tiene capacidad y buenas disposiciones para llevarlo a cabo. En este caso es a Dios a quien se le hace dicho encargo. En esta misma oración se afirma que Dios rodeó al difunto, durante su vida mortal, con un amor infinito. Apoyándose en esta convicción se le pide a Dios que lo libre de todos los males, le haga participar del descanso eterno y lo admita en el paraíso donde –según las expresiones del libro del Apocalipsis– ya no hay llanto ni luto ni dolor, sino paz y alegrías eternas. Como todas las oraciones de la Iglesia se concluye diciendo «por nuestro Señor Jesucristo», puesto que él es el único mediador entre Dios y los hombres; él es nuestro único intercesor ante Dios Padre.

La siguiente oración colecta, al igual que algunas otras, define al difunto como «siervo» de Dios, y habla de la muerte como salida de este mundo. Ser «siervo» de Dios no es una condición humillante. Al contrario, es una suerte porque eleva la dignidad del ser humano; el siervo de Dios es el más libre de toda esclavitud, incluso de la esclavitud más radical como es la del pecado. En esta segunda oración se pide para el difunto el perdón de sus pecados y la liberación de toda pena, y que se le conceda gozar, junto a Dios, de la vida inmortal. Encontramos también aquí una alusión al

gran día de la resurrección, que tendrá lugar al final de la historia. Se le pide a Dios que en aquel día siente al difunto entre sus santos y elegidos.

El siguiente formulario común (II) propone una primera oración que, basándose en la certeza conferida por el Padre omnipotente, habla de la muerte como participación en el misterio pascual de Cristo. Y, puesto que el difunto acaba de participar en la muerte del Señor, se pide al Padre que también lo resucite con Cristo y lo lleve con él a la luz de la vida eterna. En realidad toda la vida cristiana es una participación en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. La participación en su muerte es más total en el momento de nuestra muerte real.

La siguiente colecta de este mismo formulario se dirige a Dios como «perdón de los pecadores y felicidad de los justos», para implorar que le conceda al difunto tomar parte en el gozo de sus elegidos y que, una vez liberado de la corrupción de la muerte, le conceda disfrutar de la claridad de su presencia.

La primera oración del formulario común III comienza aludiendo a la disposición permanente de Dios a la misericordia y al perdón, para implorar que perdone al difunto. Se alude también a la fe y a la esperanza de éste y se pide a Dios que lo conduzca a su reino, que es la patria verdadera de todo creyente, para que goce con Dios mismo de la alegría eterna. El tema de la «patria» del cielo permite hacer grandes desarrollos doctrinales. Aquí nos limitaremos a señalar lo que nos dice al respecto la carta a los Hebreos; en ella se habla de esa patria mejor a la que implícitamente aspiraban los patriarcas con toda su fe cuando suspiraban por la tierra concreta de Canaán (He 13, 14ss.). En esta misma carta se dice que «no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la futura» (He 13, 14). El creyente no puede desentenderse de la realidad presente, pero tampoco puede apegarse tanto a ella que olvide que su patria definitiva no está aquí. Por eso, más allá del lugar

de esta tierra donde estemos enraizados junto a las personas a las que queremos, debemos buscar la patria definitiva donde podremos vivir para siempre junto a nuestros seres queridos.

La siguiente oración pide al Señor que no sea severo en su juicio con su siervo que acaba de salir de este mundo, pues nadie es inocente frente a Dios si Él mismo no perdona sus culpas. Pide también al Señor que escuche las súplicas de su Iglesia y conceda al difunto un lugar entre sus santos y elegidos, «pues en esta vida ya estuvo marcado con el sello de la Santa Trinidad». Desde el bautismo el cristiano está marcado con el sello de la Santa Trinidad. Dicha marca simboliza su pertenencia a Dios. Por eso ahora se pide al Señor que se haga cargo de lo que ya le pertenece por llevar su marca.

La primera oración del formulario IV pide humildemente a Dios, «ante quien viven los que están destinados a la muerte y para quien nuestros cuerpos, al morir, no perecen, sino que se transforman y adquieren una vida mejor», que acoja el alma del difunto y la coloque junto a nuestro padre Abrahán su amigo (de Dios), para que pueda resucitar con gloria en el día grande del juicio; y si en algo pecó durante esta vida, que su amor misericordioso lo purifique y lo perdone.

Otras oraciones aluden a la situación de desconcierto que produce en la familia la muerte repentina de un ser querido. La primera se expresa así:

Escucha, Señor, las súplicas de tu pueblo,
 rociadas con las lágrimas del dolor
 en que nos sume la muerte [inesperada]
 de nuestro hermano (nuestra hermana) N.,
 y haz que goce ya para siempre
 de la luz de aquella patria
 que nunca ningún mal podrá oscurecer.
 Por nuestro Señor Jesucristo.

La siguiente oración nos hace pensar que nuestras vidas están en las manos de Dios y que Él conoce su duración sobre la tierra:

Oh Dios, que tienes en tus manos la vida de los hombres y a cada uno señalas el número de sus días, escucha misericordioso la oración de tu Iglesia y muéstrate propicio con tu siervo (sierva) N., que [tan inesperadamente] acabas de llamar de esta vida; no tomes en cuenta sus culpas y pecados y admítelo (admítela) en la alegría eterna de tu reino. Por nuestro Señor Jesucristo.

Ambas oraciones pueden utilizarse en el caso de un accidente público.

También se prevé la situación de un difunto muy joven. La primera oración para dicha ocasión dice así:

Concede, Señor, la felicidad de la gloria eterna a tu siervo (sierva) N., a quien has llamado de este mundo cuando el vigor de la juventud empezaba a embellecer su vida corporal; muestra para con él (ella) tu misericordia y acógelo (acógela) entre tus santos en el canto eterno de tu alabanza. Por nuestro Señor Jesucristo.

La segunda oración prevista para la misma circunstancia expresa, al mismo tiempo, nuestra incomprensión de los designios de Dios y la aceptación sincera de la voluntad divina:

Oh Dios, que riges el curso de la vida humana y concedes a los hombres breves días de vida en la tierra, para que su existencia florezca eternamente en tu reino;

ante la muerte, a nuestros ojos prematura,
 del (de la) joven N., acudimos a ti
 y, aunque sin comprender tus designios,
 aceptamos tu voluntad y te pedimos
 que a nuestro hermano (nuestra hermana)
 lo (la) acojas en tu reino
 y le concedas vivir una juventud perenne
 entre tus santos y elegidos;
 y que a sus padres (familiares)
 los consueles con la certeza
 de que [no en vano dieron la vida al (a la) que lloran
 y de que] lo (la) volverán a encontrar
 un día en tu reino.
 Por nuestro Señor Jesucristo.

Otras oraciones tratan de adaptarse a las exequias de un niño llegado a la edad de uso de razón. El Ritual contempla también el caso de las exequias de párvulos tanto bautizados como no bautizados. En ambos casos las oraciones son breves, pero cargadas de esperanza y de una gran belleza expresiva. Otras situaciones previstas por el Ritual son las exequias de un obispo, un sacerdote, diácono, religioso, religiosa, etc.

En estas breves páginas no hemos hecho más que apuntar algunos temas sugeridos por las oraciones colectas propuestas por el nuevo *Ritual de exequias*, que cada lector puede ahondar y completar con su propia experiencia de Dios y su confrontación personal con el hecho contundente de la muerte.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca

Testigos

La Beata Ana de San Bartolomé (1549-1626), secretaria de santa Teresa, alma mística y eminente escritora

1. DIOS ORIENTÓ SU VIDA

Ana de San Bartolomé –Ana García Manzananas, según el registro de su bautismo– nació el 1 de octubre de 1549 en *El Almendral*, hoy *Almendral de la Cañada*, en la serranía norte de Toledo, estribaciones de la Sierra de Gredos, y en las cercanías de *Navalmorcuente*, perteneciente entonces a la diócesis de Ávila. En su juventud, antes de ingresar en la Reforma de santa Teresa fue una humilde pastora, dotada de una extraña sensibilidad para percibir la voz de la naturaleza, y de una capacidad poco común para observar y conocer sus secretos. Por la naturaleza se comunicaba con Dios, y con su Jesús, al que profesó una ardiente devoción desde niña. Esto fue una nota determinante para toda su vida. Por lo mismo, es una clave fundamental de lectura, para valorar e interpretar toda su vida.

Esta afirmación tiene su fundamento en el testimonio mismo de la joven Ana, consignado en varios de sus escritos. Sus padres le dieron una educación religiosa, al estilo de la época. Ella elogia esta solicitud de sus progenitores, y reconoce la influencia que ejerció para su vida. Nos dice en una de las relaciones de su autobiografía, refiriéndose a su infancia:

«Esto me hace muchas veces acordar de lo que importa que los padres críen sus hijos desde niños en temor de Dios, y cosas santas...

Este ir al campo me duró poco, dos o tres años, que era ya de doce años, y mandávanme que hiciese labor. Yo me consolaba más de estar sola. Y dije un día al buen Jesús, que estaba, como he dicho, a par de mí: 'Señor, si vos queréis, yo me estaré con vuestra compañía, en los montes. No me dejé(i)s ir adonde a «hay» gente, que me embaraçan'. Mas no quiso. Yo le tenía ya tanto amor, que estando en casa, aunque no le tenía como era en el campo, mi corazón estaba con Él siempre inflamado, y hacía todas las penitencias que podía, sin que me viesen» (*Autobiografía*, Ms de Bolonia, 2,1).

Esta presentación de su vida nos recuerda la que hace santa Teresa de Jesús de sí misma en el libro de la *Vida*. No perdamos de vista que Ana de San Bartolomé acompañó a santa Teresa durante muchos años, y que fue su secretaria. Estaba acostumbrada a su estilo de vida e imitaba su conducta. Por eso, no debe extrañarnos que quiera imitar también en algunos momentos el estilo de sus escritos.

Antes de entrar en el Carmelo había experimentado ya algunas gracias místicas, que en ocasiones no es fácil configurar con toda precisión. Pero, esto indica su profunda vivencia del misterio de Dios, que iba guiando la vida de la joven pastorcita de *El Almendral*. Vivió también en profundidad la realidad espiritual de Jesucristo, con quien desde niña mantenía entrañables diálogos. Llega a decir incluso, más adelante, cuando había ya madurado mucho en su vida interior, e interpretando en una mirada retrospectiva su vida espiritual cuando era joven:

«En este tiempo, me parece que traía siempre a mi lado al Niño Jesús, de la misma edad que yo. Era recibiendo de Él tan grandes consuelos, regalos espirituales, visiones y revelaciones,... Y de ahí me quedó tan gran deseo de soledad, que me duró mucho tiempo, y me era gran desconsuelo verme entre gentes» (Ver J. Urquiza, *Ana de San Bartolomé, compañera de santa Teresa...*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2004, p. 20).

No es extraño que los mejores conocedores de su vida la califiquen como *una exuberante vida mística*, no sólo durante el tiempo que fue religiosa carmelita, sino también antes de entrar en el convento. Así la describe el P. J. Urquiza, editor de sus escritos, y quien más ha contribuido a hacernos actual y familiar su figura y sus enseñanzas espirituales. «La vida mística es tan exuberante en esta hija predilecta de Santa Teresa, que toma facetas insospechadas. Está fundada en un principio o vivencia existencial, que se convertirá en el evangelio de su vida: ‘Dios se da al hombre’. La práctica de esta verdad, vivida diariamente por ella, nos introduce en el mundo de un Dios, quien se quiere dar sin reservas y que busca personas para ‘satisfacer’ su corazón. Por eso, exclama ella: *Señor, date a conocer a todos, porque te amen. No permitas que todas las almas ignoren quien eres*» (J. Urquiza, *Ana de San Bartolomé, Obras completas*, MHCT 5, Roma 1981, p. 62*).

Esta vivencia de la presencia de Dios, como determinante de toda su existencia, se hará más patente a lo largo de su vida religiosa. Pero, antes de consagrarse al Señor, ella experimentará que es Dios quien marca su camino y quien la va conduciendo hacia la cima del monte de la perfección, en el que experimentará al máximo la fuerza de su amor a su Dios, a Jesucristo, a las personas de la Trinidad, y a la Virgen María y a su esposo san José.

Como síntesis de su vida interior se puede decir: «Dios obra en ella de la forma más sencilla cosas extraordinarias, se sirve de la imaginación y sentimientos, de todos los mecanismos psicológicos de Ana. Uno que sigue a Ana desde su infancia hasta su ancianidad, queda convencido de que Dios dirigía aquella vida, de que era el dedo de Dios el que escribía en su alma las más altas experiencias místicas...» (J. Urquiza, *Beata Ana de San Bartolomé, compañera...*, p. 9).

2. EN EL CARMELO TERESIANO

a) *Carmelita en San José de Ávila*

La joven Ana García Manzanos había experimentado deseos de abrazar la vida religiosa desde que era una niña. Tuvo que sobreponerse a algunas incomprendiones y superar otras dificultades para conseguir lo que era para ella una aspiración vital, existencial. Cuando tuvo conocimiento de santa Teresa y de la Reforma que había iniciado en la ciudad de Ávila en 1562, todas sus aspiraciones se canalizaron hacia el primer convento de la Reforma teresiana, bajo la advocación de san José.

En 1570, cuando apenas contaba 21 años, se encaminó hacia Ávila, acompañada de sus hermanos. Llegó a la ciudad la víspera de todos los Santos; y el día de Ánimas, 2 de noviembre de 1570, fue recibida en el monasterio de las Carmelitas. Al atravesar el dintel de la puerta reglar, le desaparecieron todos los temores y las inquietudes que le habían perturbado en los días precedentes. Era un alma sencilla, dotada de una reconocida y reverente humildad; pero, al mismo tiempo, adornada de otras excelentes cualidades, que garantizaban los altos valores de su persona. Apenas sabía leer y escribir, lo cual no es de extrañar en aquella época. Pero, muy pronto dio muestras de la grandeza de su alma y de las relevantes cualidades humanas y espirituales de que estaba dotada.

b) *Sencillez y grandeza de espíritu*

Desde que abrazó la vida religiosa, nada era vulgar en su vida, y en su comportamiento. Consciente de su condición y movida por su humildad ingresó en el convento como hermana *lega*, o hermana *de velo blanco*, no como religiosa de coro, es decir: sin voz ni voto en la comunidad; una categoría en el convento, con la que la Madre Teresa no

estaba muy de acuerdo. Pero, aún así, dio muestras desde el principio de ser un espíritu privilegiado, y, por otra parte, de estar dotada de cualidades excepcionales para desempeñar cargos de gobierno, para desarrollar otras actividades selectas y para desempeñar oficios comprometidos y de responsabilidad.

Santa Teresa de Jesús, espíritu perspicaz y clarividente, con gran capacidad de discernimiento de personas e inteligencia práctica privilegiada, descubrió los altos valores morales y espirituales de la nueva religiosa, y esas cualidades ocultas y latentes –o aún no desarrolladas plenamente–, que la convertirán más adelante en una excepcional fundadora de monasterios, superiora competente de comunidades, con un don de consejo singular y privilegiado, al mismo tiempo que en una escritora eminente en el género histórico y autobiográfico.

Vivió más de cincuenta años como carmelita. Ella se consideraba como una iletrada porque no había cursado estudios especiales de ningún género, a diferencia de sus hermanos, para los que su padre había concertado a un clérigo docto que los enseñaba a leer y a escribir. A las cuatro hijas ni eso; sólo les enseñó el catecismo, que en parte se aprendía de memoria.

Siendo religiosa tampoco recibió una formación esmerada, ni en el campo religioso ni en el humano, más que la enseñanza común que se daba a las postulantes y novicias, que consistía casi exclusivamente en un aprendizaje de las normas de la vida religiosa y las reglas para la recitación del oficio divino.

A pesar de esto hizo obras maravillosas; se desenvolvía en los cargos y en los oficios conventuales de forma plenamente satisfactoria; recibió elogios y aprobaciones de propios y extraños. Santa Teresa de Jesús, que la había cogido como secretaria particular suya y como ayuda en las mil ocupaciones que tenía que solventar, estaba plenamente satisfecha de su labor; tanto que hizo de ella este elogio, y

manifestó este reconocimiento: *Ana, Ana; tú tienes las obras, yo tengo la fama.*

c) *Méritos acumulados*

Ana de San Bartolomé acumuló muchos méritos a través de su larga vida religiosa. Fijándonos solamente en los más relevantes, podemos recordar los años continuados que vivió cerca de santa Teresa de Jesús, como su colaboradora singular. «A su sombra», y siguiendo de cerca sus inspiraciones, llegó a configurarse con su espíritu y con sus formas de actuar. Es significativo en este ambiente, la confianza que la santa Reformadora depositó en la que había sido su más estrecha colaboradora. Tanto fue así, que a la hora de su muerte quiso tenerla cabe a su lecho de muerte, y expiró descansando su cabeza entre sus manos. Estos últimos gestos de la Madre Reformadora dicen mucho a favor de su hija en el espíritu, y de su cabal y diligente colaboradora, Ana de San Bartolomé.

Entre sus méritos más relevantes hay que contar la obra que llevó a cabo al introducir el Carmelo Teresiano en Francia (1604), con la colaboración de Ana de Jesús y de otras religiosas españolas. Ella era la que tomaba las iniciativas, y sobre la que recaía el peso de la responsabilidad. Fundó los conventos de Pontoise (1605), y de París (1607) (Francia), y más tarde el de Amberes (Países Bajos), en 1611, entre otras grandes obras que llevó a cabo.

No pensemos que estos trabajos de fundadora fueron para ella algo así como recorrer un camino de rosas. Tuvo que superar dificultades de todo género, desde la incompreensión por parte de algunas jerarquías de la Iglesia de Francia, hasta la contradicción y la oposición por parte también de algunas religiosas carmelitas, que no estaban conformes con la orientación que ella imprimía en los carmelos reformados. En realidad su actitud obedecía a su deseo de mantener el espíritu, la enseñanza y la orientación

que santa Teresa de Jesús había dado a su Reforma. Para ella era un problema de conciencia: su fidelidad a los orígenes y al carisma teresiano.

El haber superado felizmente todas las dificultades, que surgieron entre 1605-1622, es la mejor garantía de la grandeza de espíritu y de las relevantes y excepcionales cualidades humanas y sobrenaturales de que estuvo dotada la Beata Ana de San Bartolomé. Ella dio muestras de ser el oro acrisolado por el fuego, no sólo en problemas pertenecientes a la vida interior, sino también en dificultades y contratiempos de carácter doméstico, humano, social y eclesial.

La magnitud y la gravedad de esta situación crítica, o de esta oscura y dolorosa noche, que la Beata Ana tuvo que pasar, nos la dan a conocer algunos documentos autobiográficos. Tal vez uno de los más auténticos, sincero y objetivo, sea la oración que dirigió al Señor, abatida por la prueba, pero esperanzada, pidiendo su ayuda y protección, y ofreciendo como aval de su petición, su ofrecimiento de ser enteramente fiel en el cumplimiento de la voluntad divina.

Nos resulta ahora algo patético leer algunas páginas de su autobiografía, o descripciones sueltas de estos acontecimientos, que reflejan al vivo sus sentimientos interiores, y el estado de postración psicológica y de dolor espiritual en que se encontraba, víctima de calumnias y de acusaciones infundadas, en una situación de angustia, sin confesor que le infundiese confianza, y sin poder incluso ejercer con libertad y eficacia su oficio de priora, para el que había sido elegida legítimamente.

En esa situación acudió al Señor en oración ferviente:

«Dios mío, ayudadme en la tribulación. No me falte tu gracia, tu luz y espíritu para que te sea fiel en todas las ocasiones...

Otra vez y muchas te suplico me des el don de serte fiel, y padezcan todos mis sentidos y miembros de la manera que tú lo dispusieres...

Mirad Señor que he dejado la patria, mis conocidas y hermanas queridas del alma, los padres espirituales por quien y por cuyos consejos os hallaba mi alma y era consolada en sus dudas (sic)...

Mira, Señor, mi soledad y la confusión de mi alma. Tuya soy, no me desampares...

Y aunque sé bien que lo sabéis todo, os quiero contar mi pena y descansar en hablar lo que sabéis, Señor...

Veo que todas se van ejercitando de muchas maneras; yo me hallo más fuerte, aunque sin fuerzas de mi parte, porque algunas veces está el alma como en una noche oscura, y sin armas, y siéntese cercada de muchos enemigos que pretenden darle la muerte, más no se rinde, ni pierde su coraje» (*Oración en el desamparo*, 1607; *Obras completas*, l.c., pp.146-149).

d) *Penas y sufrimientos*

No sé si podemos hacernos cargo de las tribulaciones y sufrimientos que tuvo que pasar la Beata Ana en estas circunstancias y en estos años. La implantación de la Reforma teresiana en Francia y en Bélgica despertó dificultades y desavenencias en el interior de la Orden, y también en los sectores externos, tan fuertes y violentas, que solo almas fuertes, entregadas plenamente al servicio de Dios y enamoradas de su gloria, como la Beata Ana y algunas de sus compañeras, son capaces de superar.

No todas las religiosas tenían un mismo sentimiento, ni un mismo criterio en la interpretación del espíritu de la Madre Teresa, y por lo mismo, en el establecimiento del estilo de vida conforme a su legado espiritual. Ana se vio privada del apoyo de la parte más influyente de la autoridad de la Iglesia; muchas de las religiosas de su comunidad habían perdido su confianza en ella, y pasaban por alto la práctica de la obediencia religiosa, fundamento de la disciplina y de la vida ordenada en los monasterios.

Aparte de esto, las inquietudes y la inseguridad interior, la noche oscura por la que atravesaba su alma, aunque con-

fiaba en la misericordia de Dios. Hacia 1607 esta era la situación interior; en la que vivió sumida durante muchos días: «...me pone el demonio delante que «he» errado en venir a la Francia, y que todo lo he perdido; que me he de condenar; que Dios ya me ha dexado. No me turbo, antes el alma corre con más fuerza a Dios» (*Relación de conciencia*, 1607; *Obras Completas...*, p. 157).

Estas dificultades se prolongaron en más o en menos durante muchos años. Se suavizaron durante su estancia en Bélgica, desde la fundación del convento de Amberes en 1611, gracias al apoyo y la buena acogida que siempre le dispensó Isabel Clara Eugenia, Gobernadora de los Países Bajos, que consultaba con ella muchos e importantes asuntos de Estado. Encontró en ella como un oráculo de la verdad.

Ni las contrariedades, ni las humillaciones que en ocasiones tuvo que soportar, ni la difamación ni las calumnias fueron capaces de doblegar su ánimo firme y confiado, y menos aún de empañar su buen nombre, y el límpido y transparente espejo de su comportamiento, y de su actitud humana y espiritual. Nada logró reducir su comprensión y su amor y caridad fraterna. Al contrario, se vio compensada con el aprecio, la ayuda y la admiración de cuantos la trataban, principalmente durante su estancia en Bélgica, donde ella fue un punto de referencia para todos los residentes bajo la protección del Gobierno de España.

Durante ese tiempo realizó obras admirables y gozó de un prestigio y de un don de gentes extraordinario. Se relacionó satisfactoriamente con las autoridades de la Iglesia y los gobernantes de la nación, que en muchos y difíciles asuntos se asesoraban con la humilde carmelita. Se la consideró en su tiempo con plena uniformidad como la salvadora y liberadora de Amberes (1622, 1624). Obispos, sacerdotes y religiosos españoles, residentes en Flandes, se honraron con su amistad. Con frecuencia acudían a ella en demanda de consejo y de orientación espiritual.

El jesuita madrileño Pedro de Bivero, predicador y confesor de los Príncipes, mantuvo un trato de amistad continuada con la Priora de las Carmelitas de Amberes, en cuya iglesia había predicado un solemne sermón en 1622. Hace de ella una elogiosa semblanza en uno de sus libros, publicado después de su muerte, en 1634: *Santuario sagrado de la Cruz, y de la paciencia de los crucificados...* Otro ilustre español, el famoso predicador Fray Bartolomé de los Ríos y Alarcón, de la Orden Agustiniiana, uno de los mariólogos españoles más relevantes del siglo XVII, tuvo un trato frecuente con la Beata Ana, a la que consideraba como 'maestra' en los asuntos del espíritu. De ese trato se conservan varios documentos epistolares. En París conoció y trató a Antonio Pérez, que había sido secretario de Felipe II. Gracias a sus buenos consejos y a sus oraciones, según lo afirma ella misma, se convirtió de la vida poco ejemplar que llevaba y murió en paz con Dios y con la Iglesia.

3. ANA DE SAN BARTOLOMÉ, ESCRITORA MÍSTICA

Las reflexiones que hemos hecho anteriormente podrían prolongarse con abundancia de datos y de consideraciones. Todo contribuye a conseguir una imagen cabal, la más objetiva de lo que la Beata Ana fue y significó en su vida, para el Carmelo de Francia y de Bélgica, y para la Iglesia y la sociedad de su tiempo.

Habían quedado atrás los cuidados y entretenimientos de la humilde pastorcita de *El Almendral*, y su actitud callada y comedida, y de no tener relevancia en nada. En el último cuarto de su vida tuvo que desempeñar varios cargos y llevar a cabo obras relevantes, que ella orientó siempre «para glorificar al Señor» o para cumplir su voluntad.

Se había operado en ella una profunda transformación, lentamente y sin estridencias. El contacto con santa Teresa de Jesús y con otras religiosas eminentes de la primera hora de la Reforma teresiana, le había facilitado el desarrollo sor-

prendente que experimentó, en la práctica de la vida religiosa y, sobre todo, en el conocimiento natural y sobrenatural de todo lo relativo a lo que ella vivía y practicaba.

El cambio operado en ella había sido sorprendente: cambio de actitudes y de criterios de discernimiento; cambio en el trato con las gentes –que de jovencita, en su pueblo, ella rehuía–, aprendido sin duda en la escuela de la Madre Teresa de Jesús. Sus creaciones literarias y autobiográficas, sus libros y las relaciones de los fenómenos espirituales y místicos que había experimentado... Todo arguye en ella un cambio y un desarrollo sorprendente de sus altas y singulares cualidades humanas y sobrenaturales.

A lo largo de su vida no había desaparecido nada de lo positivo que la joven Ana había atesorado en su corazón y en su espíritu. No perdió nada de lo mucho bueno que había acariciado en sus manos. Llevó a su máxima perfección, con sabiduría sapiencial y prudencia sobrenatural, todo lo bueno que el Señor y la misma naturaleza le habían regalado desde los primeros años de su existencia.

Se habían desarrollado todas las gracias y dones naturales y sobrenaturales, enraizados en su alma; todas las buenas cualidades, virtudes y actitudes de que estuvo dotada, o que había adquirido en el seno de la familia. Todo fue en ella fruto de su decisión inquebrantable de mantener vivo en su corazón a su Cristo amado, camino verdad y vida, y de dar un sentido plenamente espiritual a cada uno de los momentos de su vida.

A pesar de todos los cambios experimentados quedaba en ella su profundo espíritu de oración y de contemplación, como le había enseñado su maestra, la Madre Teresa de Jesús. Su oración era una vivencia de la presencia de Dios y un continuado diálogo con Él. De joven pasaba largas horas de la noche contemplando el cielo estrellado, después de reunir y recoger su rebaño en el aprisco. Ahora, en el cielo de su alma, contemplaba el rostro de su Amado, y dialogaba de continuo con Él: «querido amado, bien de mi alma,... Doyte gracias,

Dios mío, mi verdadero consolador y todo mi bien, refugio mío, que nunca faltas a los que te llaman,... Sabéys bien que tengo siempre una voluntad deseosa de agradaros...».

¿Quién y cómo operó ese cambio en su vida: desde la humildad de una pastorcita iletrada, llegar a escalar las más altas cimas de la santidad y de la vida mística? Además, como santa Teresa de Jesús, no solamente tuvo la gracia de conocer los misterios de su alma, y de saber distinguir sus efectos y sus matices; gozó también del carisma de saber interpretarlos y exponerlos para bien de las almas.

Sus escritos son en su mayor parte *autobiografía*, en la línea de santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Ella no disimuló esta característica de sus relatos. Aparte de los escritos históricos y de la redacción cuidadosa de la historia de su vida (conservada principalmente en los códices de Amberes y de Bolonia), dejó escritas varias relaciones de conciencia, relaciones y diálogos sobre su espíritu, y notas y declaraciones de fenómenos que había experimentado en su vida de oración: conocimiento extraordinario de los misterios, locuciones y revelaciones extraordinarias y otras piezas sueltas en las que da a conocer diversos estados interiores de su alma.

Es aquí donde la Beata Ana se revela como una eminente escritora mística; porque sin tener grandes ni profundos conocimientos teológicos, supo darnos una descripción adecuada y precisa de sus experiencias extraordinarias.

Ya conocemos lo que ha significado el mundo de *lo místico* en la vida de la Beata Ana de San Bartolomé. Desde joven, antes de ingresar en el Carmelo teresiano, vivió una *exuberante vida mística*, que tuvo manifestaciones sorprendentes a partir de su madurez humana y espiritual.

Por eso, en la mayor parte de sus escritos autobiográficos aparecen con frecuencia descripciones de fenómenos místicos. El desarrollo de su vida estuvo jalonado con estas experiencias extraordinarias. Parece que el Señor quería regalarla y mantenerla en la luz y en la fortaleza del espíritu, frente a las dificultades y sufrimientos, que tuvo que soportar. Así los

interpretaba ella: «En aquellas ocasiones Dios me daba tanta oración, que parecía que las contradicciones y trabaxos (sic) eran deleites» (*Relaciones de gracias místicas*, 3).

Este cuaderno: *Relaciones de gracias místicas*, que llena más de 50 páginas, desarrollado en tres secuencias, es la fuente más importante y valiosa para conocer y valorar a la Beata Ana como escritora mística. Ella familiarizada con el espíritu y con los escritos de santa Teresa, refleja en estas páginas el estilo de su maestra.

Desde otro punto de vista, esta pieza es fundamental para conocer las singularidades y las características de las experiencias místicas de la Beata Ana de San Bartolomé.

CONCLUSIÓN

He querido poner de relieve algunos aspectos de la Beata Ana de San Bartolomé, para contribuir a que pueda ser más y mejor conocida. Es una figura de primera categoría, que debe ocupar el puesto que le corresponde en la vida de la Iglesia y en la Orden Carmelitana. La *Fundación Amigos de Ana de San Bartolomé* trabaja con entusiasmo por dar a conocer la figura de esta Carmelita excepcional, y para que se incentive su proceso de canonización. También para promover la devoción a esta sencilla y entrañable Beata, cuya vida es un mensaje perenne para todos los cristianos, porque tiene muchos destellos de santidad.

El haber sido secretaria y persona de confianza de santa Teresa, y el hecho de que la santa la llamase a la hora de su muerte para expirar en sus brazos, es un reconocimiento a su virtud, y una garantía de que estamos ante una verdadera santa. Ojalá despierte muchos admiradores y devotos suyos, que imiten sus virtudes y su vida de oración y contemplación, y den testimonio de su grandeza espiritual y de su santidad.

P. ENRIQUE LLAMAS, O.C.D.
Salamanca

Escuela de vida

Textos sobre la muerte

Recogemos en este apartado una serie de textos que afrontan la experiencia de la muerte desde la perspectiva cristiana. En su mayoría se trata de oraciones y cantos litúrgicos. Algunos pertenecen a otras confesiones cristianas. Todos ellos están tomados de la siguiente obra: Philippe Rouillard, *Histoire des liturgies chrétiennes de la mort et des funérailles*, Cerf, Paris 1999.

BIENAvenida EN EL PARAÍSO

«Acoge, Señor, el alma de tu siervo que vuelve a ti, revís-tela con el vestido celestial, lávala en la santa fuente de la vida eterna, para que comparta la felicidad de los bienaventurados y la sabiduría de los sabios; que reciba la corona de los mártires de Cristo, que camine entre los patriarcas y profetas, que con los apóstoles aprenda a seguir a Cristo; que con los ángeles y los arcángeles alcance a entrever la claridad y obtenga el conocimiento de los misterios de Dios; que con los querubines y los serafines vea la claridad de Dios; que con los veinticuatro ancianos escuche el cantar de los cantares; que con los que lavan sus túnicas en la fuente de luz lave sus vestidos; que con los que llaman a las puertas encuentre abiertas las puertas de la Jerusalén celeste; que con los videntes vea a Dios cara a cara; que con los cantores cante el cántico nuevo, y que con los que escuchan escuche las armonías celestes»¹.

1. *Pontifical romano-germanique du Xe siècle*, édité par C. VOGEL, II, pp. 284-285 (nº. 24).

LA FINALIDAD DE LA ORACIÓN FÚNEBRE SEGÚN BOSSUET

«Cuando la Iglesia abre la boca de sus predicadores en los funerales de sus hijos, no es para acrecentar la pompa del duelo por medio de quejas estudiadas, ni para satisfacer la ambición de los vivos por vanos elogios de los muertos. La primera de esas dos cosas es demasiado indigna de su firmeza; y la otra, demasiado contraria a su modestia. Se propone un objetivo más noble en la solemnidad (...) de los discursos fúnebres: ordena que sus ministros, en los últimos deberes que se rinden a los muertos, hagan contemplar a sus oyentes la común condición de todos los mortales, a fin de que el pensamiento de la muerte les dé un sano gusto de la vida presente, y que la vanidad humana enrojezca al mirar el término fatal que la Providencia ha dado a sus esperanzas engañosas»².

«SOBRE EL UMBRAL DE SU CASA»

Sobre el umbral de su casa
nuestro Padre te espera,
y los brazos de Dios
se abrirán para ti.

Cuando las puertas de la vida
se abran para nosotros,
en la paz de Dios
te volveremos a ver.

2. BOSSUET, *Oraisons funébres*, édité par J. TRUCHET, Garnier, Paris 1961, p. 9 (n.º 30). El número que ponemos entre paréntesis corresponde al número del texto citado de la obra de Ph. Rouillar. Las referencias bibliográficas también están tomadas directamente de este libro.

El agua que te ha dado la vida
lavará tu mirada,
y tus ojos verán
la salvación de Dios.

Cuando venga el último día,
a la llamada del Señor
tú te levantarás
y caminarás.

Como en tu primera llamada
brillará el sol,
y entrarás
en el gozo de Dios³.

«RESTAURA MI BELLEZA PRIMERA»

«Los santos han encontrado la fuente de la vida; dignate, Señor, por la penitencia, abrirme también a mí la puerta del Paraíso. Yo soy la oveja perdida: llámame, Señor, y sálvame.

Santos mártires que habéis anunciado al Cordero de Dios, y como ovejas habéis sufrido la inmolación, vosotros que ahora gozáis de la vida eterna, pedid para nosotros el perdón de nuestros pecados.

Yo soy el icono de tu gloria inefable, aunque llevo la marca del pecado; de tu criatura, Señor, ten piedad, purifícame en tu bondad, concédeme la patria celeste y haz que pueda retornar al Paraíso.

Antiguamente tú me has sacado de la nada para formarme a imagen de Dios, pero yo he violado tu ley y tú me has hecho retornar al barro del que tú me habías creado;

3. *Rituel des funérailles*, n.º 110 (n.º 45).

hazme volver ahora hacia tu semejanza y restaura mi belleza primera»⁴.

EL EXTRAÑO DESTINO HUMANO

«Cuando ajustaste la creación, me pusiste en la encrucijada del universo, y modelaste al hombre entre el cero y el infinito. Salvador, concede el descanso al alma de tu fiel servidor.

En los orígenes tú me estableciste como ciudadano y jardinero del Paraíso, y me has expulsado de él cuando violé tu ley. Señor, concede el descanso al alma de tu fiel servidor.

Sólo tú, Señor, eres inmortal, Autor y Creador del género humano, nosotros los mortales, que hemos sido formados de la tierra, hacia esta misma tierra nos encaminamos, como lo ha prescrito mi Creador cuando me dijo: “Tú eres polvo, y al polvo volverás”. Allí vamos todos nosotros los mortales, y como lamentación fúnebre cantamos: “Aleluya”.

Por tu verbo creador me has permitido nacer y existir; para hacer de mí un ser vivo, tú has unido en mí lo visible y lo invisible; de la tierra has modelado mi cuerpo, me has dado un alma igualmente por tu soplo divino y vivificante. Concede el descanso a tu servidor, Dios salvador, en los tabernáculos de los justos, en la tierra de los vivos.

Yo lloro y me lamento cuando pienso en la muerte, cuando veo yacente en la tumba, sin forma, sin gloria y sin atractivo, la gracia que nos fue dada a imagen de Dios: ¡prodigioso misterio de nuestro destino! ¿Cómo es posible que bajemos a la tumba?, ¿que estemos íntimamente ligados a la muerte? Según las Escrituras es por orden de Dios, que concede a los difuntos el descanso. Del buen ladrón que sobre la cruz te gritaba: “Acuérdate de mí, Señor”, tú hiciste por adelantado un ciudadano del Paraíso; a mí también, tu indigno servidor, concédeme imitar su arrepentimiento.

4. *Funerailles au rite byzantin*, Rome 1979, p. 11 (n.º 53).

Dueño de la vida y de la muerte, en los atrios de tus Santos haz reposar al que tú has tomado de esta vida efímera, porque te grita: “Acuérdate de mí, Señor, cuando entres en tu Reino”⁵.

ÚLTIMO BESO AL DIFUNTO

«Venid, hermanos, demos un último beso al difunto, dando gracias a Dios; porque ha dejado a su parentela y se apresura ahora hacia la tumba, sin preocuparse ya de las vanidades y de los sufrimientos de la carne.

¡Qué separación!, ¡qué dolor! Hermanos, ¡qué duelo en este momento! Venid, pues, y demos un beso al que está todavía entre nosotros por un poco de tiempo.

Mirad que cesa toda vana celebración de la vida: de su tabernáculo se separa el espíritu, se apaga la arcilla y se rompe el vaso, sin vida, sin movimiento, privado de voz y de sentido...

Viéndome privado del soplo y de la voz, parientes y conocidos, hermanos y amigos, llorad todos juntos sobre mí; ayer yo hablaba con vosotros, luego se fundió sobre mí la hora terrible de la muerte. Venid todos los que me amáis, dadme el último beso, porque ya no tendré la ocasión de caminar o de hablar con vosotros»⁶.

INTERCESIÓN DIACONAL

Apaga, Señor, el ardor del fuego y de la llama
para los muertos que han creído en ti
y se han dormido confiando en tu esperanza.

5. *Funerailles au rite byzantin*, Rome 1979, pp. 14-23 (n.º 54).

6. *Funerailles au rite byzantin*, Rome 1979, pp. 26-28 (n.º 55).

Que tu cruz, desfiladero de vida,
 sea un puente y una pasarela para las almas y los cuerpos
 que se han revestido de ti en las aguas del bautismo.

Concede, Señor, en tu bondad el descanso a los muertos
 que se han dormido en tu Nombre;
 que resuciten a tu derecha con los justos y los santos⁷.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Oración de un enfermo que pide a Dios las disposiciones necesarias para una buena muerte; después de dirigirse al Padre y al Hijo, invoca al Espíritu Santo.

«Señor Dios, Espíritu Santo, ten piedad de mí. Espíritu divino, que iluminas a los ciegos, que fortaleces a los tullidos y que das la vida a los muertos, te ruego desde el fondo de mi corazón que seas ahora y siempre mi luz, mi fuerza, mi consuelo y mi vida. Provéeme y proporcióname, por tu gracia, todas las armas de Dios para alcanzar la salvación. Asísteme en la angustia de la muerte; hazme vencedor del pecado y de la carne, del mundo y de Satanás, de la muerte y del infierno; y fortaléceme de tal manera en mi agonía y en mi último combate, que yo triunfe por la fe de todos los terrores. Ven a asistirme poderosamente, oh Dios, en esos momentos peligrosos y decisivos, en los que nadie puede vencer ni perseverar sin la ayuda de lo alto.

Cuando mis ojos se oscurezcan y entre en el valle de la sombra de la muerte, sé mi apoyo y mi conductor. Cuando mi cuerpo debilitado esté a punto de descender al polvo de la tumba, levanta mi alma hacia el cielo y alívala con suspiros inenarrables y santos arrebatos. En el momento en que el alma abandonará este cuerpo corruptible, introdú-

7. M. HAYEK, *Liturgie maronite*, Mame, Paris 1964, p. 407 (n.º 58).

cela en el seno de la Iglesia triunfante; únela, por tu gracia, a Jesucristo su Salvador, a Dios su Creador y su Padre.

En fin, celeste y divino Espíritu, estate a mi lado; no me abandones al salir de este valle de miserias; y condúceme con seguridad a la estancia de los vivos y bienaventurados, a la patria celeste, para que allí pueda alabar, bendecir y glorificar a Dios en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén»⁸.

«QUÉDATE CON NOSOTROS, SEÑOR»

Oración de intercesión por los que están en la pena y el duelo, en la soledad y en la noche.

«Señor, en nuestras horas oscuras, quédate con nosotros. En ti tenemos la luz de la fe y de la esperanza. Sin ti estaríamos solos en la noche.

Quédate con nosotros en la hora del duelo, en la hora de la separación dolorosa, cuando tenemos que abandonar un ser querido para caminar en adelante solitarios. Ilumina con tu presencia nuestro camino, sé nuestro guía y nuestro consolador, tú que tienes palabras de vida eterna.

Quédate con nosotros en la hora del sufrimiento, del temor, de la desesperación. Sé tú mismo nuestro valor y nuestra confianza. Quédate con nosotros en la hora en que lleguemos, un día, quizás sin saberlo, al término de nuestra vida. Porque sólo tú puedes iluminar el final de nuestra ruta.

No nos abandones ante el misterio de la muerte. No nos dejes solos.

Quédate con nosotros, Señor»⁹.

8. *Liturgie, ou Manière de célébrer l'office divin dans l'Église de la Confession d'Augsbourg*, Berger-Levrault, Nancy 1884, pp. 373-375 (n.º 62).

9. *Église réformée de France, Liturgie*, Berger-Levrault, Paris 1963, p. 317 (n.º 63).

DEL SILENCIO DE LA MUERTE A LA PALABRA DE VIDA

Ante la muerte, el hombre escucha la Palabra de Dios y pide a Dios que escuche su voz suplicante.

«Oh Dios vivo, tú que pronuncias la primera y la última palabra de toda vida y de toda cosa, aquí estamos ante el silencio de la muerte.

Estamos desamparados, impotentes y afligidos. Guárdanos de las consolaciones mentirosas y de las ilusiones engañosas. Aquí sólo la verdad puede consolarnos y solamente tú puedes decirla. ¿A quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna.

Señor, afianza nuestra certeza de tu victoria sobre la muerte. Por tu Espíritu Santo haznos atentos a tu palabra viva. En tu misericordia, oriéntanos hacia la esperanza de tu venida y de la resurrección de los muertos. Amén.

Te invoco, oh Eterno, desde las profundidades del abismo. Señor, escucha mi voz. Estate atento a mi voz suplicante. Si llevas cuentas de las faltas, Señor, ¿quién podrá subsistir? Pero en ti se encuentra el perdón para que caminemos sin temor.

Tengo fe en el Eterno, mi alma espera en él y confío en su palabra. Mi alma espera en el Señor más que el centinela la aurora.

Pongamos nuestra esperanza en el Eterno, porque en él abunda la misericordia. Él multiplica las redenciones. Amén.

Padre de misericordia, Dios de todo consuelo, te rogamos, por tu amor y tu piedad, que mires a tus servidores en duelo. Sé su refugio y su fuerza; dales encontrar en ti una presencia compasiva en su dolor y conocer el amor de Cristo que supera todo conocimiento. Concédeles creer y esperar en Jesucristo, nuestro Señor, que por su muerte ha vencido la muerte, y por su resurrección abrió las puertas de la vida eterna. Amén»¹⁰.

10. Église réformé de France, *Liturgie*, Berger-Levrault, Paris 1963, p. 310 (n.º 67).

«UN AMOR ME ESPERA»

Lo que ocurrirá del otro lado,
cuando todo para mí
haya basculado en la eternidad,
no lo sé.
Creo, creo solamente
que un AMOR me espera.

Sé, sin embargo, que entonces tendré que hacer,
pobre y sin peso,
el balance de mí.
Pero no penséis que desespero.
Creo, creo con fuerza
que un AMOR me espera.

Cuando muero, no lloréis;
hay un AMOR que me toma.
Si tengo miedo –y ¿por qué no?
Recordadme simplemente
que un AMOR, un AMOR me espera.

Él va a abrirme de par en par
a su alegría, a su luz.
Sí, Padre, vengo a Ti
en el viento,
del que no se sabe de dónde viene, ni adónde va,
hacia Tu AMOR, Tu AMOR que me espera¹¹.

11. Texto de la madre Alicia Amada, carmelita (1922-1967), según san Juan de la Cruz (n.º 76).

«EL SUPREMO DÍA DEL HOMBRE»

*Yo soy la resurrección y la vida, dice Jesús.
Quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá.*

«Y yo creo, sí, yo creo que un día, tu día, oh Dios mío, me adelantaré hacia ti, con mis pasos titubeantes, con todas mis lágrimas en mis manos, y este corazón maravilloso que tú nos has dado, este corazón demasiado grande para nosotros porque tú lo has hecho para ti...

Un día, iré, y tú leerás sobre mi rostro toda la angustia, todos los combates, todos los fracasos de los caminos de la libertad, y tú verás todo mi pecado.

Pero sé, oh Dios mío, que no es grave el pecado cuando uno está delante de ti.

Porque es delante de los hombres donde uno es humillado.

Pero delante de ti, es maravilloso ser tan pobre, ¡porque uno es tan amado!

Un día, tu día, oh Dios mío, iré hacia ti.

Y en la formidable explosión de mi resurrección, sabré en fin que la ternura, eres tú, que mi libertad, también eres tú.

Yo iré hacia ti, oh Dios mío, y tú me darás tu rostro.

Yo iré hacia ti con mi sueño más loco: llevarte el mundo en mis brazos.

Yo iré hacia ti, y te gritaré con todas mis fuerzas toda la verdad de la vida sobre la tierra.

Yo te gritaré mi grito que viene desde el fondo de los siglos: “¡Padre! He intentado ser un Hombre, y soy tu hijo...”¹².

12. J. LECLERCO, *Le Jour de l'homme*, Éd. Du Seuil, Paris 1976, pp. 152-153 (n.º 79).

«ENTRE LAS MANOS DE NUESTRO PADRE»

Entre las manos de nuestro Padre
adonde el hombre es llamado
desde el fondo de su miseria,
te dejamos partir;
el Dios que ha amasado
con el cuerpo de Jesucristo
tu carne y tu espíritu
bien sabrá acogerte:
tu sitio está en la eternidad
entre las manos de nuestro Padre.

Entre las manos de nuestro Padre
más suaves que nuestras manos,
más fuertes que la tierra,
depositamos tu cuerpo;
el Dios que ha dado
el amor y la amistad
no puede separarnos
para siempre por la muerte.
Un día sólo seremos uno
entre las manos de nuestro Padre.

Entre las manos de nuestro Padre
que ve cada dolor,
que sabe toda oración,
volveremos a encontrar la esperanza:
el Dios que ha venido
a decirnos por Jesús
la alegría de su salvación
no puede decepcionar.
¿Cómo no recuperar la esperanza
entre las manos de nuestro Padre?¹³

13. Chant pour le dernier adieu, *Rituel des funérailles*, n.º 111 (n.º 80).

Poesía

Paralelo del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz

ESPOSA:

4

1

¿Dónde te apacientas?
Me dejaste llorando,
huiste con ligereza;
sin dejar que te apreciara,
lo dejé todo, no tengo nada.

¡Ay, inmenso cosmos!,
tienes las huellas del que amo.
¡Ay, estado celestial!,
hermoseado de ángeles y
santos,
¡cuántas maravillas en voso-
[tros ha creado!

2

Ángeles mensajeros
vayan a la Suma Alteza,
¡ojalá los oiga y vea
el que amo con franqueza!,
díganle que sufro por su
[ausencia.

5

¡Cuánta belleza pusiste!,
creando cada destello
desde el rostro de tu Amado,
quedando esparcido en el aire
como perfume impregnado.

3

Viviendo en amor le busco
por caminos de obras y ora-
[ción.
No me detendrán los surcos,
tampoco los gustos
ni los caprichos de un
mundo injusto.

6

Nada me complace,
mi hambre aumenta.
No mandes más mensajes
camuflados de señales
que no saben orientarme.

7

Todas las criaturas
destilan tu gracia,
me van enamorando,
dejándome en tal estado
que yo no acierto a expre-
[sar]lo.

11

¡Que te descubra!,
aunque no soporte tu hermo-
[sura],
mira que mi enfermedad
no se cura
sin tu presencia y figura.

8

¿Cómo no muero
sin vivir en ti?,
pues causan agonías
tus toques amorosos
surcándome de dones her-
[mosos].

12

Fe que nutres la fuente,
que comunicas a medias,
si me lo mostrases como
[deseo],
los dos tendríamos
un acercamiento pleno.

9

¿Por qué me has herido
y no me acabas de matar,
dejándome doliente,
sangrando sin parar?
Róbame, no tardes más.

13

¡Aleja tus ojos
que me sacan de mí!

ESPOSO:

10

Calma mis fatigas
porque anhelo tu llegada
para mirarte de frente,
luz de los ojos del alma,
por esto los guardo como a
[nada].

14

¡Vuelve!,
que también estoy herido.
Es que tú sólo te asomas,
¿no ves que a ti corro
y me enamoras?

ESPOSA:	19		
15		Comunícame conocimientos divinos, profundos y sencillos. Disfruto de las hazañas con que enamoras mi alma.	
Él es grande y gracioso. En su misterio me cobija e inunda de secretos, ternura. Me desborda de hermosura.			
		ESPOSO:	
16	20		
Armoniosamente crece mi amor, florecen virtudes que para ti ofrezco. ¡Cuidemos este amor perfecto!		Distracciones desazonadas, arrebatos, apetitos, vicios desordenados, temor, aflicción y males escurridizos.	
17	21		
¡Detente resequedad! Ven Espíritu de nuevo, remueve mis entrañas y prepara la morada para quien me tiene ilusio- [nada.		Por aquella paz del alma cuando absorbo sus dolores ¡ya cesen las turbaciones! sin tocar el bien que anhela. Que se deleite en mí, su pri- [mavera.	
18	22		
¡Oh interior barro!, en ti yace mi gracia y frecuente el Espíritu; apacigua tus sentidos, no perturbes mi camino.		Haciendo conmigo un matrimonio espiritual donde se funda en mi lecho y disfrute la meta entre fuerzas y flaquezas.	

23

Allí, en la cruz,
tomé tu mano,
te llevé a mi lado,
rompí las ataduras
para así reconciliarnos.

ESPOSA:

24

Nuestro nido cultivado,
fuertemente cimentado,
ejercitándose en amar,
acarrear tranquilidad
y me atrapa tu gratuidad.

25

Siguiendo tus huellas
las almas enamoradas,
tocadas por tus manos,
quedan embriagadas
y por eso te reclaman.

26

En mi interior
gusté tu sustancia,
cuando salí al mundo
andaba perdida;
poseías todas las ganas mías.

27

Te di la amistad pedida,
y tú me diste tu ciencia,
gratis me la ofreciste
dejándome endeudada la vida
que hoy quiero compartirte.

28

Soy tu sierva
y lo mío es tuyo,
pues no ando tras caprichos
que en nada ejercitan
este amor gratuito.

29

Si no me encuentran
donde yo frecuentaba
ténganme por perdida
porque voy muriendo
y ganando vida.

30

Con gracias y dones
recibidas en mi juventud
conquistaré más almas
para que en tu amor florez-
[can
y su actuar sea de obediencia.

31

En esta fortaleza
el Espíritu me eleva.
Viste en mí firmeza,
he aquí que me quisiste
por fe, fidelidad y pureza.

32

Con afecto
me miraste
en tu misericordia infinita,
dignándome entre tus ojos
se deleitaba mi vista.

33

Aunque soy polvo,
llena de imperfecciones,
ya puedo ser visitada
porque me hiciste graciosa,
astuta, negra, y hermosa.

ESPOSO:

34

Limpia te encuentro,
pues te llega
la Gracia
gozándote en mí
y sintiéndote amada.

35

Vivías en soledad,
pero en mí te satisfaces,
te dejaste
mover por mi soplo
quedándome preso de amarte.

ESPOSA:

36

¡Ámame!
Dime más de tus secretos,
llenos de sabiduría,
en esas aguas profundas,
ya sea de noche o de día.

37

El misterio
del Verbo,
que nunca acierto a entender,
será nuestro punto de
encuentro
para gustar nuestro bien.

38

Ahí me concederás
aquello que más deseo:
¡ver tu gloria!
Vida mía,
predestinación de aquel día.

39

En comunión con el Sopro
cantaré tus alabanzas;
embellecerá mi rostro
dirigirte las palabras
que pusiste en mis entrañas.

40

Tengo el alma desnuda,
sin perturbación alguna,
totalmente sosegada
porque tu amor me sustenta
en la lucha cotidiana.

Ángela Cabrera, O.P.
República Dominicana

Bibliografía

ANTONIO MARÍA RAMÍREZ, *Cerca de Dios. Meditaciones en torno a la Santa Misa* (Cuadernos Palabra 145), Palabra, Madrid 2004, 324 pp.

Como indica su autor en la introducción, éste no es un libro destinado a los teólogos expertos, ni es un libro científico sobre la Eucaristía, ni un tratado sistemático de erudición litúrgica. En él se recogen las homilías, ratos de oración en voz alta y ejercicios espirituales impartidos en el santuario mariano de Torreciudad y dirigidos a gentes de condiciones muy diversas. Con su publicación sólo busca ayudar a amar más a Dios y a gozar de sus dones, y, sobre todo, del Don de su Palabra y del Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados para que seamos más felices ahora y siempre (cf. p. 9). En estas páginas el autor –según su propia confesión– trata de verter todo lo que ha aprendido tratando y estudiando los trabajos de san Josemaría Escrivá. Antonio María Ramírez ha optado por un estilo sencillo, dirigiéndose directamente al lector, tratando de interpelarle al mismo tiempo que relaciona este gran misterio de la fe con las páginas evangélicas, las grandes cuestiones y la vida misma.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

FRANCISCO FERNÁNDEZ-CARVAJAR, *Quédate conmigo. Vivir de la Eucaristía* (Cuadernos Palabra 146), Palabra, Madrid 2004, 281 pp.

Con motivo del *Año eucarístico* proclamado por el papa Juan Pablo II, el autor de este libro nos ofrece una meditación eucarística para cada jueves del año, con el propósito de ayudar a los lectores a vivir junto al Señor minutos en oración que puedan llenar de fe y de amor la vida. Estos textos y meditaciones, casi en su totalidad, ya han sido publicados en otras obras del mismo autor (*Hablar con Dios, Antología de Textos, El día que cambió mi vida*, etc.). Aquí están recogidos con algunos cambios y retoques a fin de facilitar ese rato de oración delante del Señor presente en la Eucaristía. La selección de textos ha sido realizada por Francisco de Asís de Ribera Martín. Cada meditación tiene dos partes: la primera es más expositiva y la segunda nos ofrece una serie de textos para reflexionar pertenecientes a autores espirituales de toda la historia del cristianismo hasta nuestros días. Las meditaciones son breves con el fin de situar al orante en la órbita de la oración para que luego se deje conducir por el Espíritu. Se trata de un libro de gran utilidad para fomentar la oración eucarística.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JUAN PABLO II, *Sus oraciones a la Virgen. Cuando el «Totus tuus» se hace invocación filial*. Edición preparada por Alberto García Ruiz (Cuadernos Palabra 151), Palabra, Madrid 2005, 380 pp.

El presente libro recoge 412 plegarias dirigidas a la Virgen María por el papa Juan Pablo II a lo largo de más de 26 años de pontificado y en duntas circunstancias y lugares de los cinco continentes. Hay que reconocer que ningún pontífice ha dirigido tantas plegarias a la Virgen María como Juan Pablo II, al menos de una forma pública. Ninguno ha impartido tantas enseñanzas sobre ella ni ha visitado tantos santuarios marianos. Consciente de la importancia de su intercesión maternal, el papa Juan Pablo II ha presentado ante ella todas las necesidades espirituales y materiales de la humanidad actual.

El objetivo de Alberto García Ruiz al reunir y clasificar todo este interesante material no es otro que el de exhortarnos a imitar al papa Juan Pablo II en el esfuerzo por conocer mejor a la Virgen María, en fomentar la oración pidiendo la intercesión de la madre del Salvador, en confiar más en su ayuda maternal, en amarla más y en hablar de ella como lo hizo él.

Estas oraciones están clasificadas en nueve apartados de diferente extensión. También las oraciones tienen diferente extensión. En ellas podemos apreciar tanto la riqueza doctrinal como la piedad sincera.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

CARDENAL JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2005, 250 pp.

Ediciones Cristiandad ha vuelto a editar *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, una de las obras de Benedicto XVI, entonces Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

La obra es un diálogo crítico acerca de todo lo que ha acontecido sobre la reforma litúrgica en los años que van desde la clausura del Concilio Vaticano II hasta nuestros días. Esta renovación fue uno de los elementos más característicos a través de las orientaciones trazadas en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*. Sin embargo, a lo largo de los años se ha producido una serie de abusos y de faltas de criterio que manifiestan que la renovación tan esperada ha llegado a los fieles únicamente como meros cambios exteriores, más que como un espíritu. Esto se ha manifestado en numerosas iniciativas vacías de contenido y en una falta de crecimiento, madurez y profundidad en el significado profundo y puesta en práctica de las mismas, traduciéndose en una falta de sentido y presencia de lo sagrado. Así, la eucaristía ha pasado de ser “algo sagrado” que ocurre, a una ceremonia que “hacemos”.

El prólogo lleva la firma de Olegario González de Cardenal, catedrático de la Facultad de Teología de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Cabe señalar el análisis magistral que hace del problema fundamental de la liturgia en nuestros días, referido primordialmente a la eucaristía, en su dimensión cristológica, eclesial y antropológica.

El espíritu de la liturgia. Una introducción de Ratzinger tiene sus raíces en el libro de Romano Guardini titulado *Sobre el espíritu de la liturgia* (1918), porque fue una de sus primeras lecturas después de comenzar los estudios de teología. Esta obra trataba de animar a celebrar la liturgia de manera más esencial. Guardini se convirtió en el símbolo y guía del movimiento litúrgico de principios de siglo, animado a recuperar los fundamentos del cristianismo, instaurando la conexión entre liturgia, cristología e Iglesia, intentando superar por un lado la neoescolástica y por otro el modernismo.

Escrita en 2001, ha sido menos difundida y comentada que otros títulos, pero por su significado y contenido se trata sin duda de una de las más importantes. El Cardenal Ratzinger realiza un análisis teológico riguroso de todos y cada uno de los elementos que forman la liturgia desde una perspectiva de continuidad, desde la alianza con Israel del Antiguo Testamento, la revelación del Nuevo Testamento, la Tradición y el Magisterio a lo largo de la historia de la Iglesia, hasta las renovaciones que estableció el Concilio Vaticano II.

La obra se divide en cuatro partes: sobre la esencia de la liturgia; el espacio y el tiempo en la liturgia; el arte y la liturgia; y la forma litúrgica. Algunas cuestiones más concretas sobre las que se centra son el significado del templo, el altar y su orientación, la reserva del santísimo sacramento, el tiempo sagrado, el arte y las imágenes, la música y el canto, las posturas y los gestos del cuerpo, los ornamentos, etc. Aspectos que pueden llamar la atención son la consagración hacia el Señor –lo que en ciertos ambientes se ha criticado como estar “de espaldas al pueblo”–, y la necesidad de recuperar el latín, temas ambos que se han tergiversado de las reformas del Concilio Vaticano II.

En sus páginas trata de llamar la atención sobre la importancia de estudiar, atender y vivir la liturgia desde sus raíces más profundas –haciendo una severa llamada de atención a los Seminarios diocesanos y centros de formación–, pues es el vínculo para entender la fe del evangelio, la oración de la Iglesia y la misión en el mundo, distinguiendo entre lo que es contenido, figura expresiva y realización concreta.

Ratzinger pretende mostrarnos una idea de continuidad y no de ruptura en la Iglesia, para enseñarnos a vivir la liturgia como un tesoro que nos abre la puerta hacia lo sagrado, que nos ayude a contemplar y adorar el Misterio. En este sentido, las formas, los signos y las

acciones, deben dar respuesta a ese espíritu, y éste ha de introducirnos en la misión de la Iglesia para ayudarnos personalmente a vivir plenamente nuestra vida cristiana. No tiene ningún sentido fabricar liturgias nuevas –más creativas o que fomenten la participación–, para un hombre viejo y ciego ante el Misterio. Por eso se afirma que la misión más importante hoy es abrir a los fieles a este ámbito y descubrirlo como morada sagrada, enseñándoles a habitar en él.

El autor no puede ser más claro: la destrucción de la liturgia puede ser inminente a causa de las restauraciones o reconstrucciones desafortunadas, así como por las masas de fieles que pasan de largo. Frente a ello, el objetivo del libro no es ofrecer investigaciones o discusiones científicas, sino ayudar a la comprensión de la fe y a su adecuada celebración en la liturgia, que es su forma de expresión central.

Impulsar un movimiento litúrgico que lleve una adecuada celebración, tanto interna como externa, cumpliría la intención que le ha movido a realizar este trabajo.—*Gabriel Cortina de la Concha.*

Índice General del año 2005

EDITORIAL

MARTÍNEZ, M. A., <i>Fray Luis de Granada, predicador de la vida cristiana</i>	3-5
— <i>San José, un hombre justo</i>	81-85
— <i>El año de la Eucaristía</i>	161-162
— <i>Para recordar al Papa Juan Pablo II</i>	241-245
— <i>Contemplar el rostro de Cristo</i>	321-323
— « <i>Haced esto en memoria mía</i> »	401-403

DOCTRINA

ALONSO DEL CAMPO, U, <i>Fray Luis de Granada admirador y cantor de la Naturaleza</i>	15-18
— <i>El mejor sermón de fray Luis de Granada: su buena muerte</i>	28-33
— <i>No bajó de la Cruz</i>	278-280
BODERO, F., <i>La alegría de Domingo de Guzmán</i>	267-277
CABALLERO ROQUE, Sof M. ^a <i>Caridad, María, madre de los discípulos de Jesús</i>	430-434
CELADA LUENGO, G., <i>La eucaristía, sacramento de la Pasión y Resurrección del Señor</i>	163-176
DE PAZ CASTAÑO, H., <i>Fray Luis de Granada, asceta y místico</i>	11-14
— <i>Excelencia y actualidad de los escritos de fray Luis de Granada</i>	23-27
ESPEJA, J., <i>Contemplación: mirar y vivir en el mundo desde Dios</i>	404-417
GALLEGO SALVADORES, J. J., <i>¿Sigue siendo actual el rezo del Rosario?</i>	337-351
GARCÍA, E., <i>Aprender de María, Madre del «Cristo eucarístico»</i>	177-188
GONZÁLEZ BLANCO, R., <i>Jesús felicita a los discípulos misericordiosos</i>	86-93
— <i>La Última Cena de Jesús con sus discípulos</i>	246-255
HERRERO PRIETO, L., <i>El misterio de san José según el pensamiento de Francisco Pfanner, fundador de la Trapa de Mariannahill</i>	105-120

— <i>María y la Eucaristía</i>	256-266
— <i>Santa Teresa del Niño Jesús, misionera en el claustro</i>	352-358
HUERGA TERUELO, A., <i>Magisterio espiritual de fray Luis de Granada</i>	6-10
— <i>Fray Luis de Granada, predicador y escritor</i>	19-22
IRIBERTEGUI, M., <i>Eucaristía y belleza</i>	189-202
MARTÍNEZ, M. A., <i>Eucaristía y experiencia mística</i>	203-220
PASCUAL DE AGUILAR, J. A., <i>Fe-Fidelidad</i>	94-104
— <i>Fidelidad y observancia cristianas. Reflexiones sobre la vida Religiosa</i>	359-366
PÉREZ CASADO, A., <i>La elegancia espiritual de Teresa de Lisieux</i>	324-336
— <i>Etty Hillesum: Un canto de esperanza en los campos de exterminio nazis</i>	418-429

LITURGIA

GARCÍA CORDERO, M., <i>Oración de un afligido en peligro de muerte: Sal 88 (87)</i>	121-125
— <i>A la sombra del Todopoderoso: Sal 91 (90)</i>	281-286
MARTÍNEZ, M. A., <i>La fiesta de Navidad: Liturgia y primeras representaciones iconográficas</i>	34-53
— <i>La oración colecta de la fiesta de Ntra. Sra., la Virgen del Rosario</i>	367-371
— <i>Las oraciones colectas de las misas de exequias según el nuevo Ritual romano</i>	435-442

TESTIGOS

ESCALLADA TIJERO, A., <i>En el tesoro, el corazón. Sor Isabel Cabeza, O.P. (IV)</i>	54-65
LLAMAS, E., <i>La Beata Ana de San Bartolomé (1549-1626), secretaria de santa Teresa, alma mística y eminente escritora</i>	443-455
MARTÍNEZ, M. A., <i>Paulina María Jaricot, la creatividad de la entrega</i>	372-387
MORAL, T., <i>El mensaje a nuestro tiempo de un insigne maestro de la vida espiritual: El beato Columba Marniñón, O.S.B.</i>	126-140
PÉREZ CASADO, A., <i>El P. Silverio: «Incansable y santo trabajador misionero»</i>	287-298

ESCUELA DE VIDA

MONASTERIO DE LA VISITACIÓN DE VALENCIA, *Textos de san Francisco de Sales sobre el abandono espiritual* 141-154
 — *Textos de san Francisco de Sales sobre la conformidad a la voluntad divina en las pruebas y tentaciones* 299-308
Textos de fray Luis de Granada 66-77
Textos eucarísticos 221-234
Textos sobre el Rosario 388-394
Textos sobre la muerte 456-466

POESÍA

BENITO SÁNCHEZ, B., *Sensatez de vida* 155
 — *Un poco de verdad* 309
 CABRERA, A., *Paralelo del Cántico espiritual de san Juan de la Cruz* 467-472

BIBLIOGRAFÍA

BARRY, W. G. y DOHERTY, R. G., *Contemplativos en la acción. La espiritualidad jesuítica* 397-398
 — *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer: Un hombre de Dios. Testimonios sobre el fundador del Opus Dei* 319-329
 BEDOUELLE, G., *Historia Ilustrada de la Iglesia. Los grandes desafíos* 314-315
 BOSCIONE, F., *Los gestos de Jesús. La comunicación no verbal en los evangelios* 240
 BROVELLI, F., *En el corazón del apóstol. A la escucha de san Pablo* 318
 CUADRADO TAPIA, R., *Diccionario de valores. Juan Pablo II a los jóvenes del mundo* 79-80
 — *Diccionario de valores. Para una «Cultura de la Vida» en los jóvenes de hoy* 236-237
 CUNNINGHAM, L. S. y EGAN, K. J., *Espiritualidad cristiana. Temas de la tradición* 398-399
 DAGUET, F., *Théologie du dessein divin chez Thomas d'Aquin. Finis omnium Ecclesia* 237-239
 DIOS OSTIN, V. F., *Mi querido agnóstico. ¿En qué creemos los cristianos y qué motivos tenemos para creer* 160
 ESPEJA, J., *¿Tiene sentido la vida religiosa? Cuando fallan los proyectos utópicos* 318-319
 FERNÁNDEZ-CARVAJAL, A., *Quédate conmigo. Vivir de la Eucaristía* 473

FERNÁNDEZ-PANIAGUA, <i>Las bienaventuranzas, una brújula para encontrar el Norte</i>	313
FERRER, U., <i>¿Qué significa ser persona?</i>	78-79
FRAYLE DELGADO, L., <i>Pensamiento humanista de Francisco de Vitoria</i>	80
GERMAIN, S., <i>Etty Hillesum. Una vida</i>	156
GEVAERT, J., <i>El primer anuncio. Proponer el evangelio a quien no conoce a Cristo. Finalidades, destinatarios, contenidos, modos de presencia</i>	157
GONZÁLEZ, C. y CUADRADO TAPIA, R., <i>La «Santa Familia» de Caleruega</i>	235-236
GONZÁLEZ BUELTA, B., <i>Salmos para «sentir y gustar interiormente». Una ayuda para la experiencia de los Ejercicios Espirituales</i>	158-159
GRÜN, A., <i>Elogio del silencio</i>	156-157
— <i>Evangelio y psicología profunda</i>	312
LEDRUS, M., <i>El Padrenuestro, oración evangélica</i>	317-318
JUAN PABLO II, <i>Sus oraciones a la Virgen. Cuando el «Totus tuus» se hace invocación filial</i>	474
MASIÁ, J., <i>Fragilidad en esperanza. Enfoques de Antropología</i>	159-160
MENDIZ, A. y BRAGE, J. A., <i>Un amor siempre joven. Enseñanzas de San Josemaría Escrivá sobre la familia</i>	320
MÜLLER, G. L., <i>La Misa Fuente de vida cristiana</i>	310-311
O'CALLAGHAN, P., <i>La muerte y la esperanza</i>	399-340
O'COLLINS, G., <i>El segundo viaje. Despertar espiritual y crisis en la edad madura</i>	395-397
RAMÍREZ, A. M., <i>Cerca de Dios. Meditaciones en torno a la Santa Misa</i>	473
RATZINGER, J., <i>El espíritu de la liturgia. Una introducción</i>	474-476
RÍO, D. DEL, <i>Karol Wojtyła. Historia de Juan Pablo II</i>	316-317
SAYÉS, J. A., <i>Teología de la fe</i>	313-314
SEBOUÉ, B., <i>Crear. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XXI</i>	239
SESÉ, B., <i>Edith Stein</i>	239-240
TOLÍN, A., <i>De la montaña al llano. Claves para el encuentro con Jesús</i>	311-312
VANNA, U. DE, <i>«Eres grande». Tu vocación profunda. 15 minutos cada día para saber quién eres de verdad y valorarte</i>	157-158
VÁRQUEZ BORAU, J. L., <i>Los Nuevos Movimientos Religiosos (Nueva Era, Ocultismo y Satanismo)</i>	315-316